

A R T U R O B O R D A

EL LOCO

TOMO III

M. MUNICIPALIDAD DE LA PAZ

BIBLIOTECA PACEÑA

La Paz - Bolivia - 1866

Publicación dirigida por:

ALCIRA CARDONA TORRICO,

Directora General de Cultura de la H. Municipalidad
de La Paz.



IMPRESO EN BOLIVIA — PRINTED IN BOLIVIA

**DERECHOS RESERVADOS DE LA H. MUNICIPALIDAD DE
LA PAZ**

PRIMERA EDICIÓN SEPTIEMBRE DE 1966

Impresores: "Talleres Gráficos Bolivianos" — La Paz — Bolivia

**Publicación auspiciada por el señor
General de Brigada Don ARMANDO
ESCOBAR VRIA, H. Alcalde Municipal
De La Paz y Presidente del H. Consejo
Municipal de Cultura.**

DE LA RAZA

I

LA FIESTA DE LA RAZA

es el divino fervor
de una alegría
en la gloria de su victoria
y no el dolor
de un ser ilota
en la vergüenza
de su derrota.

La naturaleza reverbera bajo el sol canicular y la luz hiere mis retinas; tanta es la claridad del sol.

Hoy es **la Fiesta de la Baza**. En el ambiente flota un constante y acompasado son, cual si fuese el angustiado latir de la tierra. Luego, más oír, se adivina un lejano llanto; notas fugitivas de yaravíes.

Mi corazón palpita, desesperado por huir ¿acaso a dónde?

.....

Estoy sentado en el corredor, recibiendo la lluvia del sol que cae a modo de un chorro de agujas.

La música indígena se acerca momento a momento, a semejanza de una pulsación ambiente, dolorosa y monótona, tanto que más parece un eco de las tumbas.

ARTURO BORDA

A consecuencia de semejantes melodías, la sangre que cae en mi corazón, casi traquetea en mi oído, adquiriendo el acento de una voz que insinúa hacer porque se aclare y precise pronto ese lejano y matador son indígena, que viene lentamente, a modo de una marcha fúnebre soterrada.

Pero ya llega. El vecindario se alborota y sale a la calle.

.....

Corro a la ventana de mi dormitorio. Agitado con las más violentas pulsaciones, espero un momento.

.....

Al compás de la música que se acerca, el gentío se aglomera en la esquina. La mayoría del populacho componen los aborígenes, descalzos y emponchados. Lila, esmeralda, graneé, bermellones, negros y morados, ostentan en sus ropas. Entre los espectadores se ve algunos mestizos.

La orquesta o banda se compone de cornetas, kgenas, platillones y bombos, cuyos sonos repercuten sordamente en mi pecho.

La multitud desemboca en la esquina, semejando un olaje de torrentera.

.....

Me acodo en el pretil de la ventana.

En hilera, en medio de la poblada, aparecen unas indiecitas, ataviadas a la usanza inca. Vienen con las caras cubiertas con tul; y también a la izquierda, en columna, los varones.

Son los aymarás.

¡Qué danza tan rara y tétrica!

Con lujosa vestimenta recamada de oro y plata, acompasando con el cetro el latir de los corazones, viene

EL LOCO

llorando el inca **Huachacuyac**. Le acompañan dos incas, gravemente, hilando en grandes ruecas. Todos tres se hallan escoltados, a la izquierda por auquis y curacas, que van escarmenando lana blanca; y a la diestra, hilando, las ñus tas y pallas, que, núbiles aún, avanzan llevando al compás con las caderas. Hay derroche de colorín en sus ropas de lana.

Todos, como por resorte, llevan con sus cuerpos pesados ese ritmo de música taladrante.

Luego el Inca, deteniéndose en la esquina, hace la señal de ¡Alto!

Al momento calla la música y todos forman círculo en derredor del monarca, mientras que una de las **ñustas**, cargada del Real Heredero, enjuga con su lujosa **llijlla** el largo y silencioso llanto del Rey, el cual hace a instante señal de ¡Marcha!

Nuevamente resuena la música. Y la comitiva se va, hilando siempre su nostalgia racial.

.....

Esta no es una danza, es, más bien, una procesión que año por año repite el mismo grito, como recordando a la raza el deber de buscar el sucesor de Atahuallpa. Son los Kullahuas.

Y no puedo más; la fiesta me inculca toda su tristeza. ¡Qué danza de pena tan honda! Mi espíritu y mi corazón sufren opresiones con tan monótono e incansable son.

✱

Cierro la ventana. Me pongo el sombrero, tomo el bastón y salgo. Echo llave a la puerta y me dirijo al campo. Pero cuanto más huyo tanto más me sigue el monótono e incansable compás.

Así he dejado ya muy atrás el camposanto. El camino por el que voy, es pedregoso y está cercado de retamas, de menta y toronjil. A mano derecha, detrás de una tapia, se yergue un espino en flor, en la cual bebe la miel un colibrí, sosteniéndose con revolar febril sobre un luminoso azul.

.....

Trepo la cima del monte.

La música aymara me persigue; está en mí: se ha infiltrado en mi ser y tiene el ritmo eterno del corazón en angustia. Es la congoja de la vieja raza, por eso tan dolorosa; para quien sepa oírla, cada compás es un latido, cada son es una lágrima que viene de muy lejos, de remotas edades. ¿No se recuerda su origen? Sí: la opresión esclavizadora del español.

Sopla el viento solano, gimiendo en la paja brava, cual si fuere el eterno dolor de las tierras eriales, clamando la vuelta de las civilizaciones aborígenes.

Luego, cuando los vientos se aquietan, el universo parece en modorra.

Andando así, sin rumbo, pienso que se reconoce la música aymara, cuando oída aún de lejos, se advierte en ella el ritmo de la sangre, que, sumergiendo la vida en la melancolía caótica, asfixia las almas en su misteriosa congoja: es el llanto de los **harevecs** o **Uaquiarus** soñando el retorno del Inca victimado; es el lúgubre miserere de una ronda fantástica de auquis y curacas que gimen en su profunda desolación, buscando en vano el perdido imperio. Es más: es la soberbia del dolor recogándose en sí.

Meditando de esta suerte, y ambulando bajo un sol de plomo hirviente, tuve con los ojos abiertos el siguiente casi ensueño.

Hálleme sentado en la cima de un alto monte, mirando la sucesión de colinas y lomas, de sierras y collados, y,

EL LOCO

más allá, los inquietos cristales rotos del lago, a continuación del cual distinguí nueva sucesión de quebras y lomas, y, al fondo, los Andes, detrás de cuyas nevadas crestas se hundió el sol, entintando el cielo, desde el violeta leve del cénit al encendido escarlata de los horizontes.

Luego, más que ver, presentí que alguien turbaba el sacro silencio del instante. Mas, todo se ahogó en la mística calma. Entre tanto el crepúsculo se apagaba funeralmente.

Después soplaron los cierzos, de Poniente a Levante, y emergieron de lontananzas nubarrones siniestros.

De pronto veo que trepando escarpas se aproxima un viajero; pero al instante desaparece detrás de las breñas.

Los vientos resoplan ya con furia, y, sorda, muge a lo lejos la tempestad.

¿Es visión de mi mente acalorada o es una aparición la de este viajero que se aproxima, sin más abrigo en plena cordillera, que su burdo sayal, en tanto que su enmarañada melena, batida por los soplos, semeja una umbreola forjada en tinieblas?

En esto, mientras la sombra nocturna se difunde en el orbe, los relámpagos abaniquean instantáneamente, disipando un punto las lobregueces, que luego caen más hondas.

EL PEREGRINO (mirándome fijamente)

Oye tú, que al parecer estás en sopor y sin deseos ¿qué buscas en mis yermas heredades, si miras sin ver y escuchas sin oír? ¿Acaso en estas calmas y tormentas que supones sentir y ver, ansias dormir un sueño sin por qué?

No; ¡despierta! Desde remotos siglos, andando sin descanso, de Oriente a Occidente y de Septentrión a Mediodía, en el continente, busco en vano el espíritu que cante mis conmociones.

ARTURO BORDA

Despierta, alma sonámbula: atiende cómo las aguas y el cielo, el fuego y la tierra, se ponen ora furiosos, ora severos o ya alegres, tristes o mudos; oye cómo los vientos tan pronto suspiran, se mofan y ríen, o, en su defecto, cantan, lloran o apostrofán, entonando sus litúrgicos cánticos.

YO

Ignoro a mi tierra y mis padres: soy expósito.

EL PEREGRINO

Llevas sangre autóctona incendiada con la violación del extranjero. Ya que sabes el origen de tu sangre, di lo que sientes y canta mis agitaciones, dilatándote en la humanidad.

Quise hablar, pero un gran decaimiento me rindió en una especie de mareo. Sentí como si hubiese regresado a la sangre aymara o kqechua, de lo que poco después me sentí volver aun más saturado de infinita tristeza.

YO

Llevo el alma enlutada ya con la insondable nostalgia por mi lar perdido desde la bárbara conquista. No busques, pues, en mí, ¡oh enigmático caminante!, ninguna actividad en el mundo real; ve que sólo vivo en las somníferas calmas del azul, allá donde bebo la serenidad de mis dioses Inti, Phajsi y Huarahuaras, que inundan de melancolía el aire ambiente. Vivo el alma hostil de mi raza reclusa y conculcada, y que —esperando en vano el retorno ilusorio del Inca asesinado—, resiste aún, estoica y en agonía, el demoledor golpe de *la* civilización inútil.

En vano, por ignorancia, el egoísmo extranjero acusará de abyecta y haragana a mi raza anhelante de su Imperio hundido en las trágicas sombras de la conquista menesterosa del áureo metal; mi raza añora las venturas que un día le diera: mi raza instituyó la comunidad nacional en territorio de más de cuarenta grados, tornando, por tal manera, en hecho, el eterno ideal humano.

EL LOCO

Sí, oigo que la impotencia y la villanía humanas, ineptas a organizar semejante orden social, religioso, económico y político, que en las naciones civilizadas no pasa ni pasará de ser un imposible, acusan a mi raza, ellos, los extranjeros en América.

Y es el anarquismo social de las civilizaciones, que viniendo desbocadas desde el otro lado del ancho mar, destruyen con la cruz, tornada en daga, aquello que en vano intentó aún el mártir del Gólgota, la comunidad nacional.

Y esa horda que ha sentado en mi suelo sus reales, roe arteramente los escombros del Imperio aniquilado, demoliendo aún los milenarios y sagrados muros de la ciudad mil veces santa.

¿Qué quieres que haga, enigmático viajero, si no ha de ser soñar, meciendo el alma en la región azul, huyendo del contacto de la orgía emigrada y angurriente de oro?

Pensaba, no hace mucho, que si la vieja Europa se empeña en acusar de bestial vegetarismo a mi raza, que intente desterrar de sus dominios, si puede, por una hora, nada más, su leproso proletariado, que para eterna vergüenza le azota sin cesar la faz.

Ten, pues, piedad, señor: no hurgues más esta sorda carcoma; respeta mi alto retiro; no pretendas turbar mi alma que huye: no conturbes mi anímica modorra, sublime símil de la dulce muerte.

EL PEREGRINO (con acento inflexible)

No temas; yo alentaré tu canto: haré que tu alma flote en los deliquios del ensoñado amor; haré que en un infernal estallido broten en tu cerebro y en tu corazón los ecos de todas las humanas pasiones; haré que en las eternidades de tu ser se agite el horror plutónico del derrumbamiento de toda fe. No temas; yo que alentaré tu canto, un día te volveré a tu amado y silencioso sueño sin recuerdo, sumergiéndote en las inmóviles y mudas ondas del Aullagas.

ARTURO BORDA

YO

¿Quién eres, para pretender elevar el inerte plomo,
cuyo símil soy?

EL PEREGRINO (cerrando los ojos aspira mucho aire, e
inclinándose me sopla en el pecho un
frío de muerte)

¡Pfúuu...!

Y se desvanece en la noche inmensa.

Y mientras estuve agonizando en el espantable horror
de la tormenta: los sordos y formidables rumores del
concertado fragor al ímpetu de los aquilones, traían una
voz misteriosa

LA VOZ

Oíd, legisladores y gobernantes, oíd la voz del
subsuelo americano. Prestad oído al eco inmemorial.

Dijo. Y cielo y tierra enmudecieron.

LA VOZ (solemnemente severa)

A nadie asalte la duda ni el espanto; nadie se engañe.

Es en vano creer en la supervivencia racial al través
de los cruces. El amalgama o fusión de dos en una es la
anulación de ambas en la emergencia de una otra, ya que viene
con tendencias opuestas a los progéneres.

Toda raza lleva inmutable su alma al través de mil
vicisitudes.

Pero las asimilaciones, exóticas siempre, no hacen
más que adherirse al yo racial, semejando excrecencias
parasitarias, sin conseguir debilitar la fe religiosa, aquello que
forma el yo racial, más acaso que la propia sangre.

Una idea o costumbre extraña en el espíritu de una
raza, es una simple idea o costumbre en rehenes, que des-

EL LOCO

pues de tomar forma de conciencia en la raza emergente del cruce, succiona la energética de las maternas, condición única con la que se ha podido formar la nueva fe, con la que surge la nueva raza.

Así consideradas estas razones y refiriéndome a los aymarás, mejor aún, a la América toda, me llama la atención, y de modo muy especial, la simulación del empeño feroz que tienen de resurgir el alma de aquel Imperio sin contornos en la historia, el alma nirvánica ya, venturosa en su estoicismo, lógico fin y compensación al más grande de los esfuerzos alcanzados con éxito ante la faz del universo incrédulo. Aquel Imperio que, el único por siempre en la historia, expulsó la miseria de sus dominios, asentando la comunidad nacional.

La civilización más avanzada de la hora presente, siglo XX (años del 14 al 19), hundiéndose en miseria, en llanto y postración al mundo entero, ebria de neurosis y sangre, no va más allá de sus crímenes. El salvajismo civilizado, con la ultraperversidad de todos los refinamientos, está en Europa.

Dejad, pues, soñar a los aborígenes americanos; no despertéis la raza; basta su ejemplo. ¡Silencio! Está soñando el deliquio de su obra: sólo percibe ya las eternas armonías del cosmos.

No turbéis su reposo, borrando sus huellas al rastrearla; antes recibid la lección de aquel pasado ejemplar.

Mas, si queréis oír la revelación de sus kipus y huacas ascendidas a sus Kgallkas, a su avatar y nirvana: si no, ¡chito! ¡Silencio! Pasito a paso; mesurad el aliento, porque el espíritu de esa raza es el alma divina; dejadla soñar en su historia los hechos invictos. Hoy es la única Fiesta de la Raza en América el Inti Raimi.

Tal se expresó la voz de tierras de Levante, hasta que se apagó la canción de los vientos. Entonces sopló el viento Ocaso, portante de la grande y clara voz de tierras de Poniente.

ARTURO BORDA

LA VOZ

La raza en medio de su sueño sólo espera el cruce, para rubricar su destino. ¿Qué esperáis, pretendidos redentores? Solicitad, exigid o imponed el cruce al soplo de todos los vientos.

En eso, a medida que el huracán iba cesando, fue enmudeciendo la grande voz de tierras de Poniente.

*

Y desperté de mi ensueño, durante el cual no había cesado de caminar en la pampa.

El día se iba apagando y los horizontes, cenicientos y esfumados, temblaban en las evaporaciones, al través de la luz crepuscular.

Así, sin que la música aymara dejase de obsesionarme, regresé a casa, con la cabeza que parece que ha de reventarme, mientras que mi corazón se recoge.

II

EL AGITADOR

Una tarde, a medida que iba pensativo en la calle de Los Remolinos, en los suburbios Sur, me despertó un alboroto de reyerta que venía de una tiendita próxima. Pero enmudeció de repente.

Cuando llegué a ella supe que era una chichería. Me detuve a ver por la ventanilla, en la que se había aglomerado la chiquillada, pegando, a manera de ventosas, los labios y las narices en los vidrios empañados ya con el aliento escarchado, que limpiaban de vez en cuando con sus manecitas. Era toda la inocente miseria de los bajos fondos, acaso la futura prostitución, el robo y el asesinato por necesidad.

Unas dos oleografías licenciosas, pendían de cualquiera manera de las paredes sanguinolentamente man-

EL LOCO

chadas en aquel antro de hampa. Cinco sillas desvencijadas, un pianito, y, sobre dos caballetes bajos, una viga larga, era todo el mueblaje. En un rincón, sobre una mesa mugre, un cántaro y muchos vasos a medio servir o beber que los vaciaba en un bañador una india de pies desnudos y musculosas piernas a medio lavarlas. Después de mover ligeramente los vasos en esa agua de sobras, los llenaba nuevamente con chicha, para que sigan bebiendo los clientes.

Un foquito de mortecina luz eléctrica alumbraba el cuarto.

Las cholitas, de zimba doble y amplias caderas torpes, llevando hasta las rodillas sus multicolores polleras, lucían sus regordetas piernas de lujosas botas de cabritilla dorada o plateada; terciándose ufanas a la cintura sus mantas de filosedas, sosteniendo listas en la mano el pañuelo para el baile, escuchaban atentas, abrazadas a sus hombres, un obrero de hirsuta melena alborotada y de fisonomía ruda, que, en mangas de camisa y con amplio y tiznado pantalón de diablofuerte, fascinando con los relámpagos de sus ojos inyectados, habla mostrando, como tigre, los dientes, a la vez que agita en el aire la cachucha empuñada con su áspera mano,

EL OBRERO (golpeando con sus pies el suelo i embadurnado de mugare)

Sí compañeros, los tiempos han cambiado y los procedimientos también.

Así que estamos induciendo en todos la reacción más honda y fuerte de la altivez.

Pero, compañeros, cuando al hombre lo han envilecido hasta la humillación, entonces los reactivos deben ser los precipitados rojos más fuertes.

¿No sería, por ejemplo, más humano el concluir de una vez a bala con el indio?

Sí, compañeros, porque ha llegado a tal condición, que cualquier individuo, por idiota que sea, al igual que el más sabio, —lo vemos a diario— se supone, inconscientemente ya, por la fuerza del hecho secular, perfectamente autorizado para salir a la calle y emprender a bofetones y puntapiés con el primer indígena que halle a mano. Y todos obramos así, sin más ni más, descansando en la convicción de que el indio se callará, mordiendo su corazón, toda vez que sabe, a conciencia, que jamás ha de hallar justicia en ninguna autoridad, sea divina o humana.

La América es testigo.

En verdad: el indio aguantará todos los bofetones posibles, sin que clave instantáneamente una puñalada al ofensor, como obraría cualesquiera de nosotros, cualesquiera que tenga una gota de sangre en sus arterias, si alguno osase tocarnos siquiera sea con un dedo. Tal procede quien se estima como hombre. Pues basta saber que si se le atracase un simple papirote al primer clérigo o fraile que pase —esto nos demuestra la experiencia diaria— ese clérigo o fraile, piriéndose en su Cristo, emprenderá a golpe limpio con el ofensor, sin embargo de que con la doctrina cristiana han humillado hasta lo inconcebible el espíritu aborígen.

Sí, sólo la infamia de una civilización ultraoceánica, angurriente de oro, pudo haber consumado tanta ignominia, en nombre de un dios humildemente sanguinario, habiendo continuado con ese envenenamiento o paralización racial, la pseudocivilización del mestizo citramontano, de aquel cuya humillación no hizo sino cambiar de lado, hacia su cacique.

Sí, nosotros que contemplamos impasibles en el aborígen ese lento asesinato del hombre, somos cómplices de lesa humanidad, siendo los gobiernos, por su patronato, reos de infamia ante la historia de América, por no hacer nada efectivo para redimir a sus conciudadanos. Y esto es verdad. Se considera como ciudadanos a los aborígenes, para mayor sarcasmo, de modo absolutamente único como elemento numérico para elecciones; para lo único también que

EL LOCO

se le enseña a escribir, pero solamente el nombre del candidato que interesa al gobierno, es decir, les enseñan el dibujo de un nombre. Y eso llaman instrucción del indio.

Compañeros proletarios, sed ya puramente ácratas; porque jamás en la historia de las razas se ha dado el caso de haberse bestializado tanto a ninguna a nombre de la conquista, sólo por explotarla, tanto que lo único que falta ya para que sea animal perfecto es una ley obligándolo a que camine de cuatro patas.

Entonces nosotros, compañeros proletarios, suscitemos, propalando a voz en grito, y a toda luz, la máxima rebelión del alma indígena, para que pase a degüello a nuestra generación, lo que estará muy bien hecho, o, en su defecto, concluyamos con ellos a bala.

Toda humillación hay que extirparla de raíz, para la libre conquista del futuro.

Ahora bien; esto que sucede con el indio, sucede también, y en escala aun más miserable, por sus agravantes de civilización, con mucha otra gente de trabajo, o de cualquiera, nacional y europea, a la que también sería urgente asesinarla, por esa su infinita humillación por la plata, lo cual constituiría salvarla por siempre, o, en su defecto, habría que redimirla para la vida noble, fustigándola hasta que recobre su dignidad, porque por el dinero se vuelve espía, canalla y triadora: va hasta las últimas infamias.

Ahora cada cual grave muy bien esta ley en su corazón:

Al que alza la voz se le grita,
al que grita se le pega
y al que pega se le mata;
sin perder, pues, ya de vista
que así a la gente se lega
la libertad que se desata.

Y sin decir más salió a carrera, como si estuviera perseguido por la justicia, sin hacer caso del aplaudir desa-

ARTURO BORDA

forado de la concurrencia, que, alzando en alto los vasos de chicha, gritaba que daba miedo, poniéndose a bailar de inmediato al son de la charanga.

Luego proseguí tranquilamente mi camino, sin que me importen un año las ideas y la vida absurda de toda esa gente que, en resumen de cuentas, no vale la pena preocuparse, toda vez que las ideas y los sentimientos resbalan en su alma como el agua en el sebo, sin que jamás puedan asimilar ni los simples enunciados.

Distrayéndome con tales pensamientos llegué a casa.

III

LA CONQUISTA

Los calores han comenzado desde hace ocho días. Anoche estuve en el kiosco del Parque Murillo, gozando del fresco, a la vez que me divertía observando el inusitado trajín de autos, de coches y peatones. Los caballeros iban con sombrero de copa, frac y guante blanco, y las señoras y "niñas, lúbricamente descotadas, ataviadas con telas que diseñaban a maravilla sus formas. Estuve deleitado en tan encantador espectáculo, cuando llegaron dos viejecitos que, tomando asiento a mi lado, entablaron el siguiente diálogo, mientras que la modorra me iba rindiendo en un dulce bienestar.

—¿Qué significa, Nonato Yberidades, este movimiento tan desusado? ¿Algún matrimonio?

—No sé, Arauco Huáscar. Pero... ¡Ah! Van al teatro. Ya recuerdo. Hoy es la Fiesta de la Baza... Sí. Ya, y a . . . Si quieres podemos ir a galería. Justamente tengo dos entradas que me obsequiaron ayer. ¡Qué tal, hombre! Pues había olvidado completamente el asunto. Además, mira la concurrencia que va; lo más selecto de la sociedad.

—¿A galería, para oír las estupideces de toda esa gente inconsciente? No. Aunque abajo también hay gente tan idiota como la de arriba, pero, por lo menos, por estar

EL LOCO

donde está, se ve obligada a guardar silencio. Más bien tengo una gana invencible de ir a dormir.

—¡Caramba! Siento mucho; pues hubiéramos pasado una noche deliciosa.

—Yo siento más. Pero para nuestra edad mejor es el sueño. Si no estuviese la noche tan agradable, yo no hubiera salido. Además, no entiendo lo que es eso de la Fiesta de la Rara. Hace ya algunos años que oigo decir, pero, ¿creyeras?, no se me ha ocurrido averiguar lo que significa. ¿Puedes decirme de qué raza se trata?

—Creo que es de la . . . Sí, parece que es de la celtívera o... En fin, yo no sé cómo se llama. No entiendo bien este embrollo de razas. Mas, me parece que es de la española, festejando el descubrimiento de América. Exactamente. Eso, eso es. ¿Vamos?

—¡Qué disparate! Si es como dices, mayor razón para no ir. Yo tengo perfecta conciencia de mi dignidad individual y nacional. Pues me parece que tú no pensaras. Vives feliz un envidiable estado de sonambulismo o cosa así. ¿Cómo es posible, querido Nonato, que los americanos vayamos a festejar nuestra derrota, o su significado, o lo que es igual, la gloria del conquistador? ¿Supondrías que España festejase en la misma España las glorias de sus conquistadores, sean los vándalos, los suevos o los alanos? Te digo que yo soy indio; así que puedes tacharme de toda la estrechez de miras que quieras, pero no iré a festejar como americano la gloria española de habernos conquistado para su vasallaje. ¿Comprendes?

—Tienes unas zoncerías encantadoras. Si te animas, iremos y verás en palcos de primera a toda nuestra nobleza.

—Qué bien. ¿Los incas, eh?

—¡Tch, tch! No, hombre. Qué incas ni qué niños muertos. Los verás a los Monteblando y Regiastirpe. Irán los Imperator y otros.

—¡Cá, cá...! No embromes. Esta sí que es la gorda. Pero se ve que tampoco sabes lo que significa nobleza.

—¡Já, já! ¿Cómo que no he de saber, si nosotros somos nobles? Dicen que todavía mis padres conservaban los pergaminos; ahora no se sabe a dónde fueron a parar. Pero ya se hallará para los nenes, porque has de saber que la nobleza no es poca cosa.

—Cuando yo tenía, Nonato, unos quince años, más o menos, recuerdo muy bien... Pero también debes recordar. Vosotros vivíais en casa. Y de eso ya hace unos cincuenta años; por ahí anda. Entonces en la esquina de las calles Ingavi y Letanías tenía su buen almacén un jovencuelo, de aquellos diablísimos, hijo de la Jaqneirpa y de un tal Rosanegra, de quien debes recordar mucho, porque a la sazón tú andabas merodeando a la chiquilla de . . . En fin... ¿Recuerdas?

—Ya lo creo que sí. Sí, por ahí andaba la Remedios de la Esperanza; mocita linda.

—Pues bien. Entonces no has olvidado que cuando ese muchacho, que era un redomado bellaco, se volvió millonario con la venta de unas minas de plata, que había descubierto, según decía, en Apolo, o no sé dónde; pero el caso es que lo primero que hizo fue volar a España a comprar el título de Príncipe de Chiquitos. Así resultó noble aquel bellaco, en virtud de unos miles de pesos. ¿Ya ves cómo las Coronas venden noblezas? Pues te digo que desde entonces tengo un desprecio ilimitado por la nobleza, porque incuestionablemente ese es el origen de toda nobleza.

Pero, Huáscar, no adviertes que nobleza significa...

—Sí. Sé muy bien. Significa ilustre, famoso, esclarecido, generoso. Esto según el diccionario; pero de acuerdo con su sentido íntimo más elevado, la forma más alta de nobleza es desprendimiento, dación, sacrificio y caridad. Si San Francisco de Asís es como cuentan, ese sería un hombre noble.

EL LOCO

La nobleza no es la consecuencia de la educación, es el impulso lícito en el individuo; y el que lo es permanece tal aún en un ambiente de tahúres; pero un canalla, por mucho que encubra su condición, cuando menos espere, sorprendiéndose a sí mismo, escandalizará al mundo entero con sus groserías e iniquidades de que es capaz su naturaleza.

—¿No observas que en este caso es asunto de la sangre, es decir, de la raza?

—No me he referido a la estirpe, sino al individuo. Pero si ves así el asunto, peor para tí. Raza que viene del latín **radix**, raíz, significa origen. Así que ya tendrás menudo trabajo para indagar la procedencia de tu sangre.

Pero vamos por partes.

La raza es visible primero por el color de la piel, luego, observando más, por la formación ósea, en lo cual tiene importancia capital el ángulo facial, que decide del grado intelectual del individuo. Como ves, en lo físico el color y los huesos van pregonando la raza; pero los huesos y el pellejo llevan de modo ancestral sus correspondientes vicios y virtudes, morales e intelectuales. También hay que considerar el idioma.

—Y acaso la casta...

Casta significa calidad pura, es sinónimo de tribu, de aduar, de horda, de estirpe y ralea: de raza. Un laberinto . . . sobre el mismo asunto. Disparates idiomáticos. Hay que ir siempre sólo al fondo.

—Mas, no negarás que la nobleza, por ejemplo, la mía, e s . . .

—No, absolutamente no. Qué he de negar nada, si te comprendo. Pero los caribes, los cafres y los hotentotes también tienen sus noblezas, y legítimas, según el más alto sentido de la palabra pura, igual al de los francos en Lutecia, de los latinos en Roma y de los griegos en Atenas. Y

así desde los atlantes y los arios. Pero hoy, mi querido Nonato, la sangre azul no tiene valor en Nueva York que va empujando el futuro. Si entre nosotros la nobleza de la sangre conserva algún mérito y autoridad de fantasma, sospecho que sea no más que para que el noble, acorralado en la evocación de su estirpe, goce de la inútil y secreta exhumación de sus pergaminos, que si se exhiben en público es para arrancar la carcajada general.

—Puede, querido Huáscar, que tengas razón; no obstante se sabe que entre los primeros conquistadores vinieron . . .

—Justamente. Los extranjeros que vienen, desde la conquista, casi todos fueron la hez del rebase. Es muy posible que nadie podría señalar uno solo de la sangre de los Fernandos; y, en un orden más elevado, a los de la sangre moral de Lucano, Séneca, Columbela y Quintiliano, de Cervantes, Quevedo, Argensola, Mariana y Capmani, de Jovellanos, Solís, Moratín y Goya; de Murillo y Zurbarán, de Velásquez y Coello, y otros intelectuales de positivo valer. La máxima nobleza que nos vino de Europa es la de media luz, la intermedia entre la regia y la villana. Pero aun suponiendo —como afirma algún historiador, sin aportar más testimonio que su afirmación— que España se despobló de su nobleza que emigró a las Américas, ello no prueba otra cosa que aquella nobleza estaba ya envilecida, es decir, que dejó de ser nobleza.

—¿Cómo debo entender eso?

—Observa, por ejemplo, que el Quijote, que era caballero en ambos sentidos, noble y aventurero, no asesinaba reyes para robar soles; no mataba de hambre con las mitas y a palos a los que le daban su oro, su tierra y sus productos, y sus mujeres y sus hijos. El mismo Sancho, con ser Panza, no exaccionó a nadie cuando gobernó la ínsula Barataría. Y de las mil cuatrocientas minas que explotaban los españoles, en sólo las de El Potosí mataron con las mitas más de ocho millones de americanos.

—Mi nobleza, Huáscar, en España, cuando Carlos V...

EL LOCO

—Bueno, Nonato; lo primero que tienes que hacer es mirarte en un espejo y verás con tus propios ojos y tu conciencia, lo que eres físicamente y por ahí analizarás y verás lo que eres moral e intelectualmente. España ha sido un campo fecundo de mezclas; seguramente no hay un solo individuo que no sea un batido de celtas, godos, griegos, fenicios, moros, cartagineses y romanos; de los suevos, alanos y musulmanes, de los astingos y silingos, hordas de bárbaros, de forajidos y desalmados. Si efectivamente eres como pretendes de sangre real española, ¿sabrías desentrañar tu origen de la filtración de esa mezcla?

Con aquella laya de nobleza a la que te refieres, sucede lo que con los verdaderos intelectuales, aquella reyecía del intelecto y del sentimiento; esos no vienen a la América, si no es alguno que otro, por vía de estudio o de paseo y con Ja rareza de los cometas; pues en estos lares no hay ningún centro de sibaritismo apropiado para sus refinamientos intelectuales, morales o físicos: aquí no tenemos nada más que la cruda inmensidad de la naturaleza sin artificios. Los americanos que nacen de semejantes bólidos son espurios. Lamentable nobleza, por cierto. Y no te asuste oír así. La verdad, tan claramente expresada.

Pero veamos algo aun más importante. La prosapia, el linaje y la alcurnia, en el fondo y en el hecho no tienen más importancia que la de una dignidad que en el momento de su ejercicio transitorio fue legada o comprada, y este siempre con valor puramente local; la ralea que ni siquiera abarca los contornos de la raza, casi tiene la limitación del aduar, como mínimo, que como máximo apenas se le rinde pleitesía en el Reino o en el Imperio. La nobleza de sangre es, como verás, la supervivencia de los primitivos estados de salvajismo de los trogloditas o sus predecesores, de las prístinas organizaciones de la sociedad, de los que, imponiéndose en virtud de su fuerza bruta, tomaron el gobierno de los suyos. He aquí cómo la sangre azul sale del pueblo mismo; pero luego —creado ya en religión el terror— los patriarcas, no satisfechos con ser los dueños y señores del mundo físico, pretenden ser de la dinastía de los dioses y se denominan enviados o hijos de los dioses. Ahí tienes la historia de la nobleza, en toda su

ARTURO BORDA

repugnancia de meros soldados, mercaderes y explotadores, naciendo con la inconciencia del imperialismo militar. Así, pues, cualquier bandido que se imponga en un pueblo y que su familia se vaya sucediendo en el mando, sólo en virtud de eso y de ciertas modalidades sociales adquiridas, llegará a consagrarse con el tiempo como estirpe de sangre azul...

Estas son las inmundicias sociales que es necesario cantarlas alguna vez así limpiamente, en toda su desnudez, escandalizando el pudor de los necios o de los cobardes o hipócritas, para que no vuelvan a levantar olímpicamente la mísera nonada de su nobleza de sangre.

—¡Hum!... Parece que tuvieras razón. Pero ahora tenemos ya las nueve menos cuarto. A en punto comienza la función. ¿Vamos?

—Si no serás testarudo. Me parece que estás sordo. Dos veces te dije que no. ¿Quieres que vaya a festejar el día de la raza que aniquiló a nuestra raza? Hemos de loar todavía la expoliación de nuestros sojuzgadores? No, yo no. ¿No ves cómo ahora mismo se burlan de nuestros protomártires de la independencia? Yo amo mi tierra y renace en mí todo el rencor inconfundible e indisimulable de los sufrimientos de mis antepasados, de los Huáscar y Atahualpa, en aquel imperio inimitable que un día suprimió la miseria en sus extensos dominios, en virtud de la comunidad nacional. Yo amo mi sangre. Todos los cercenes y detenciones físicas o morales en mi patrio suelo son inyecciones de odio en mi corazón. Las únicas fiestas que exalto con todo mi entusiasmo son las de la independencia, las de la libertad, y la única nobleza de sangre o linaje que debería reconocer en América es la aborigen; en el caso concreto la de los Incas.

—Así debería ser, al parecer.

—Sí. Pero nosotros, los mestizos, los actuales americanos, los mulatos y malatos, etc., como el café con leche, ya no somos ni españoles ni aborígenes, ni blancos ni negros; víctimas de todo el lastre ibero, de los vicios de todo

aquel elemento que no pudo triunfar en su medio —se sobreentendiendo que hablo del éxito puramente económico— vamos arrastrando sus miserias. Y quieres que nosotros los hispano (?) americanos festejemos la miseria que nos inyectó el sumum de sus fatigas en el apogeo de sus esfuerzos, precipitándonos en esta molición de abulia o impulso a la muerte?

Quizá tendríamos obligación de tomar parte en la Fiesta de la Raza, si esa raza hubiera sido algo como la sajona, que, como en Norte América, la conquistó para dar gloria a su conquistada, para triunfar potentemente en la vida, desplegando toda su energía creadora y constructora, con una actividad inusitada. Por el influjo fatal de las razas, Suramérica no puede ostentar, según dicen, un educacionista como Horacio Mann; científicos como Edison, Rumford, Morse y Graham Bell; historiadores como Irving, Bancroft y Prescott; sociólogos como Giddings o Ward; ni un filósofo de la talla de Emerson; ni poetas como Longfellow, Poe o Walt Whitman; en música, escultura y pintura, nada. ¿Por qué? Por esa maldita influencia de la raza española. Desde Méjico al Cabo de Hornos sólo se siente un siniestro soplido de verbalismo ampuloso, desorientado en los ensueños fracturados de abulias sensuales, muy de la península. ¿Qué es esto? Todo se pierde en la vorágine de locuras desperdigadas en fanfarronadas de prostíbulos, de circos o de burdeles políticos, de política digestiva en un deseo estúpidamente salvaje de sangre y más sangre, como en una precipitación a la muerte inútil.

¿Qué es, qué significa esto? Es, mi querido Nonato, el influjo fatal de la raza, de aquella que para gobernarse, un día tuvo que mendigar su soberano en todas las cortes de Europa para concluir por veinticuatro horas con el de Saboya. La nota máxima del hispano americano la dá Méjico, destruyéndose sin término, ebrio de sangre y vandalaje. Méjico, a la Europa entera ha querido destruir, por haberse proclamado república. Recorre Suramérica y no hallarás ni una universidad, ni una gran industria española; a lo más el pequeño comercio de baratija. Eso es lo más, de ellos que destruyeron aquí la organización social y

política más sabia que recuerda la historia y que la humanidad persigue en vano, diezmándose a sangre y fuego.

El Imperio Incásico fue, mediante la expropiación integral estatizada, el perfecto estado socialista en el régimen comunista. Esta era la fórmula de hecho: —Todos para todos—. Pues bien: porque el socialismo es el imperio de la honradez, porque todos trabajan para todos, porque ya nadie tiene el cilicio del mañana, porque el dinero no vale, por eso entre los incas no había hipócritas, no había ladrones, no había asesinos: la ingenua honradez del individuo descansaba absolutamente en la justicia y la verdad de su gobierno verazmente socialista, que constituye la máxima aspiración de todas las sociedades. Pero la cancerosa Europa, mediante España, a saco y mandoble, echó por tierra, por ignorancia, aquella maravilla que la sabiduría de todos los pueblos no puede organizar, siendo que es la obsesión de los mejores del mundo, siendo que es una necesidad netamente humana, el fin de las civilizaciones, una especie de canto misterioso, de teorías mágicas y fascinantes en labios de Schacffle, de Hengel, de Renard y Bitri, de Merneix, de Kaustsky, de Gambeta y Marx, y de mil más. Por eso yo, Nonato, sonrío ante la impotencia del resto del mundo. ¡Soy Huáscar! Yo y los míos nada tenemos que hacer con España. Y si ellos gritan tanto por su idioma que no necesitamos; ahí tienen su idioma, que hay otros que son más útiles para la vida, tales como el inglés, el alemán y el francés.

—Yo, Huáscar, soy más socialista que vos.

—¡Já, já! El socialista es proletario, es obrero; no potentado egoísta. El socialismo es la caridad, no la avaricia. El propietario que predica el socialismo —si no es un León Tolstoy, que reparte su fortuna— es un hipócrita que pretende robar el salario del proletario. El propietario que quiere ser socialista, para ser aceptado entre socialistas íntegros, primero debe renunciar su propiedad de tierras o valores en beneficio de la estatización colectiva.

—Bueno, amigo, Huáscar: como ya ha comenzado la función, aun podemos alcanzar a ver el tercer acto.

—Si vos, Nonato, el suramericano, ya no tienes vergüenza ni sangre de origen en tus venas, anda a festejar la raza española.

—Pero Huáscar, olvidas que Colón...

—Siempre, Nonato, tu atroz falta de observación, tu falta de criterio, tus escrúpulos, tus respetos, tu falta de valor, de libertad y . . . Observa que Cristóbal Colón, español, o Cristóforo Colombo, corso... Y desentrañas ese lío de raigambre bipartida (!). Digo que Colón ni por intuición ni por ciencia... Es decir, que Colón pisaba tierra americana y era tal su ignorancia y la suerte de su audacia, que ni siquiera soñaba haber descubierto un continente para la Corona, para los españoles que, en agradecimiento, lo encadenaron al inmortal en el más inmundado sótano, en la cripta para criminales. Esta es la historia, mi querido Nonato. Ahora oye éste apostrofe de un ibero a su patria:

" **¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?**

" **¿Nunca se ha de decir lo que se siente?**

" ¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira

" que con Quevedo descendió a la tumba,

" en medio de esta universal mentira,

" de este viento de escándalo que zumba,

" de este fétido hedor que se respira,

" de esta España moral que se derrumba,

" Si en medio de esta borrascosa orgía

" que infunde repugnancia al par que aterra,

" esa lira estallara ¿qué sería?

" Grito de indignación, canto de guerra

" que en las entrañas mismas de la tierra

" la muerta humanidad conmovería."

Mas, ello no quita que los americanos rindamos culto a Colón, cada cien años, como a Arquímedes, a Copérnico y Franklin, a todos los grandes de todos los tiempos y de todos los pueblos, al igual que a Murillo, el protomártir; a Bolívar, el libertador; a Lincoln, a San Martín y Washington.

—Puede que haya algo de verdad en lo que dices, lo cual no negaré. Pero ni los egipcios ni los fenicios, ni los griegos, ni los romanos, ni ningún pueblo conquistador, ha poblado mayor territorio que España en la América. Es la historia de la conquista más grande y más audaz del mundo. Reducidos grupos de hombres internábanse en esa especie de tinieblas misteriosas en que se escondían estas lejanas tierras. Cada español era un Proteo y un Prometeo andando en las inmensidades de la selva y los arenales, así como en los inaccesibles montes, para civilizar los aduares de los salvajes nómadas, e iban luchando uno contra mil en la inclemencia de lo desconocido, perdidos en la inmensidad de estas Américas, sin más ayuda que su fuerza y su voluntad individual, abandonados a sí mismos. Tal anduvieron, ignorados en pleno misterio y olvidados por su patria —¡oh, misioneros de la civilización!— esforzándose por el honor de su sangre, de su conciencia, de su raza, por el timbre nacional de la Corona, aun en medio de esos desiertos mismos, acosados por el frío, la fiebre, el hambre y las fieras, rompiendo a brazo partido las sombras de la barbarie, precisamente cuando España estaba en la plenitud de su fulgor, llevando la batuta de la civilización en el mundo, dando en su Edad de Oro las máximas en la ciencia, en el arte y en la política.

Sí, mi querido Huáscar, Iberia tuvo el quijotismo de que los indios aztecas, urus, quechuas, araucanos y aymarás, y las mil tribus errantes que pudo exterminarlas, como en el norte los sajones a los pieles rojas, subsistan con sus idiomas, sus creencias y sus vicios y sus virtudes. Si hubiese procedido así la península, hoy no correría, Huáscar, en tus venas tres cuartas partes de sangre española, y no serías, pues, ingrato para quien te dio su idioma, su hidalguía y . . .

Te digo, Huáscar, que yo aborrezco al indio tanto como tú al español. El indio es imbécil, sórdido, malo y haragán, reconcentrado e hipócrita. Mejor hubiera sido exterminarlo para que no resulte el mestizo o mulato, avaro, suspicaz, lleno de odios mezquinos y de ambiciones ridículamente exhibicionistas, mentiroso hasta la repugnancia y simulador hasta la impudicia, sin ninguna iniciativa

EL LOCO

para mejorar el sistema de levantar las cuatro paredes mal hechas de su vivienda ni para mejorar el burdo tejido de sus trapos; sin ninguna iniciativa ni habilidad para perfeccionar tu sistema patriarcal de cultivo de sus tierras ni de la crianza de sus ganados. Tienen toda la estupidez de la máquina que durante siglos de siglos no harán nada más que la inconciencia de los autómatas. Cualquier raza y en cualquier parte del mundo se perfecciona en algo, pero aquí, en tu América, en el decantado Imperio de tus Incas, nada, totalmente nada: cada vez más bobos, cada vez más idiotas. Muerto el indio no hubiera resultado esa hibridez y estúpido egoísmo de caciques que viven en alcobas que son chiqueros, babeando su borrachera, sin ningún noble sentimiento y con siniestra propensión a la tiranía, comenzando por aquella infamia del tratamiento brutal a la mujer, en la que ejercita puños y pies, garrote y daga, si no la alquila o vende. Esto es salvaje. Ni brizna de altruismo. Y esto entre los mejores; lo sé, porque hace años que llevo en estas tus Américas, viviendo a uña y carne con vosotros.

Ya que desataste tu lengua, es también necesario y justo que oigas lo que provocas. Pero lo que en medio mismo de tus barbaridades me agrada es ese tu amor casi perruno a la tierra. Al fin y al cabo soy americano por la bandera. El perro es el que mejor conciencia tiene de su derecho de propiedad: en sus dominios es un celoso guardián; pero en barrio ajeno, las orejas gachas y entre piernas el rabo, huye sin volver cara. Mas, este asunto no es para cegarse tanto.

Ahora habla cuanto quieras, que si tienes conciencia seguirás oyendo mi voz en tus noches de insomnio y tu existencia evolucionará en la inmensa espiral de las ascensiones a los grandes ideales.

Mi consejo es que vayas a España. En cada hogar encontrarás tu familia o algo así: es la raza, Huáscar. Sentirás el cariño como en medio de los tuyos. Aprende. El español es lo contrario del indio, al que si se le pide hospitalidad fatalmente contesta con su cerrado no **hay**, y te da con las puertas en las narices. Vé a España. Y si hallas

que la península está rezagada en el progreso, pues nada más sencillo que la conquistes. Eso te probará lo tremendamente dificultoso que es ser conquistador. Desde luego, se necesita fortaleza de hierro, física, moral e intelectualmente, para imponer idioma, leyes y costumbres. Para eso se requiere ser noble —caballero y magnánimo—, para no exterminar a los conquistados como los sajones a los pieles rojas. Para hacer una conquista es necesario saber hacerla humanamente, tanto como permite la guerra. ¿Comprendes? La guerra, ¡eh! Entonces una conquista es sublime.

Por mis venas, querido Huáscar, corre sangre española que la defiende aportando el testimonio de los hechos. Lee la historia, controlando tus odios y amores. Pero veo que tus conceptos son los ejercicios de una inteligencia embrionaria en el instante de la retorsión y dislocamiento de las civilizaciones. A pesar de todo es simpática tu tendencia a la libertad. Como buen americano de la hidalga cepa española, te aplaudo. Habla, Huáscar amigo. Es verdad, defiendes tu sangre.

—Hablemos; pero andando. Se hace tarde.

Decía que el indio es huraño, tremendamente soberbio, que no quiere ni necesita saber nada de Europa, menos de los españoles, porque todos los ultrajes inferidos por los blancos se transmiten a viva voz(de generación en generación. El indio no busca ideas ni telas españolas, ni las materias primas de España; no va, no quiere ir a buscar nada al Viejo Mundo, como los europeos vienen en busca de oro a las Américas. Los indios están convencidos que si no fuesen nuestros Vellocinos no hubiera quién venga a hablarnos de civilización. Si no fuese nuestro oro, no hubiesen venido ni los misioneros de Cristo. Pero ¿qué hemos ganado con el cristianismo? El vandalaje en nuestros templos y las primicias de nuestras hembras sacrificadas a ellos ante la amenaza del puñal y mil tormentos. ¿Qué progreso es éste que trae la corrupción que no tuvo el Imperio del Sol? Casinos, bares, caramancheles y lupanares de tahúres en clubs sociales, para bestializar la raza con mil toxinas. En fin, tan...

EL LOCO

—No, Huáscar: el indio es malo, es avaro e ingrato por instinto; tiene todas las taras de la imbecilidad. Así son los mestizos.

—Espera un momento, querido Iberiades. He de explicarte que no es como dices y por qué oculta el indio su fortuna y su familia, cerrando su hogar al blanco, repitiendo siempre su fatal no **hay**.

Recordemos hemos concretos, **extractando** la historia.

A propósito traigo aquí un ligero estudio, que seguramente no es creación de nadie, sino que apenas es la humilde relación de los hechos que refieren muchísimos otros historiadores, todo el que como ahora yo ha querido darse el trabajo de hacer una copia más o menos modificada de la forma, como tratan los demás, sin que esto quiera decir absolutamente que por eso es una nueva historia.

—Ya lo creo. Estoy seguro que no se te habrá ocurrido que como historiador puedes crear la historia, ya que los únicos creadores de la historia son los hechos mismos, es decir, que son los únicos originales, y originales en su sentido escuetamente puro, totalmente sin ningún requisito de florilegios verbales. Así que si te has dedicado también a la historia, debes saber que tu papel es menos que de plagiario, lo cual apenas implica una mera modificación de fondo o forma de uno o varios asuntos para formar un solo cuerpo homogéneo; lo cual tiene apariencia de original del sinvergüenza, del que perpetra un tal robo. Todo un pillaje. Digo que el verdadero historiador es menos que plagiario, porque absolutamente no puede ni debe hacer otra cosa que simplemente relatar sin comentarios lo que sabe o ha visto, y, en caso contrario, atenerse al pie de la letra a la tradición, que, en resumen, es la misma cosa, cuidando únicamente de ordenar todo cronológicamente. De manera que en este sentido estás descendiendo al mero oficio de anticuario.

—Ahí tienes que ahora estamos plenamente conformes en este asunto. Es evidente que lo único original es el hecho y que los historiadores, desde Herodoto, no son ni

ARTURO BORDA

pueden ser otra cosa que simples cronistas, copistas o voceros, que no pueden ni deben variar en nada los acontecimientos acaecidos. Así que por mucho que lastime su vanidad, pongan o no pongan comillas, no hacen nada más que repetir en prosa o en verso eternamente la misma historia. Por eso es historia, porque nadie puede ni debe variarla, repitiéndola como simples loros, como ahora yo.

—Ni más ni menos. Y no hay que confundir el asunto con la filosofía de la historia, que es algo absolutamente distinto. Y es por ahí por donde todos se extravían, confundiendo la historia y la filosofía de la historia, porque generalmente carecen del necesario talento para ese fin. La filosofía de la historia se concreta, o debe concretarse, a la investigación de los antecedentes sociales, físicos y morales, e intelectuales, que impulsan a producirse los acontecimientos que menciona la historia, único caso en que proceden los comentarios.

—Estamos también de acuerdo. En el filósofo de la historia ya se nota un poco de trabajo intelectual, pero en el historiador es el *mínimum* imaginable de esfuerzo intelectual. En esto son ni más ni menos que los poetas, o los que así se llaman, aquellos que reconociendo de facto su impotencia para crear —en sentido puramente artístico— la poesía, o sea concebir el asunto emocional, reduciéndose al esfuerzo más insignificante intelectual o sentimental, hinchados de vanidad no hacen nada más que un juego de palabras, tratando temas mitológicos o históricos, cuyos autores ya ni se conoce. De manera que analizando a esos pretensos poetas, se ve reducido su orgullo a la simple sonoridad léxica. Por esta vía verdadera de procedimiento indagatorio, apenas si se halla en el mundo unos cuatro o cinco poetas de verdad, pero poetas propiamente dichos. El historiador, como el poeta, es también algo así como infinitos autores, y muy especialmente como esos profesorcitos del tres al cuarto, que por sostenerse en sus colocaciones, se dedican a extractar la gramática o la aritmética, si no es la química o la física, o cualquier ramo del saber humano, sin hacer más que compendiar las leyes fundamentales, sin poder haber sentado ninguna ley ni procedimientos nuevos; pero, eso sí, ya son autores... garan-

EL LOCO

tizando con ello su colocación **ante la bobería ministerial**. Esto es de todos los días.

—Cierto; pero ya estamos como jumento de noria. Vamos al grano: Pues lo que he **compendiado** de la historia de Colón es lo que sigue, y que no he cerrado entre comillas, repito, porque a nadie se le ocurrirá decir que yo he inventado esa historia, es decir, que yo he creado ese Colón, su tiempo y el continente Americano y el descubrimiento. Oye pues.

LA EPIFANÍA

Los dos habían abandonado su hogar, y una tarde, bajo el calcinante sol de Andalucía, andando a más no poder ya, sudando y hambrientos, tramontando una colilla cayeron en el pórtico de Santa María de la Rávida. El niño era bello y tenía sueño y sed, y la miseria del hombre era majestuosa: imponía respeto a pesar de sus harapos.

Hablaban.

—¿Descansaremos al fin acá, papá?

—Quién sabe... Todas las puertas parecen estar cerradas a cal y canto. **(Y dilatando sus pupilas abarcaba órbitas inconcebibles, para agregar después)** No duermas, Diego. Apóyate en mí, hijo. **(Golpeando la puerta)** Vamos a ver si abren. No duermas, hijo.

—Si no duermo, papá.

—Sí, hijo: veo que se te caen ya los párpados.

—Es que tengo sed. ¿Y cuándo veremos a mamá?

—¡Ah!... Sí. Es verdad... Pero parece que ya abren la puerta...

Minutos después el Padre Juan Pérez de Marchena, superior del monasterio, sintiendo un vuelco en el corazón, hospedó a los trashumantes.

Conversaron.

—De Genova, ¿dices? ¿Hijo de cardador? **Muy bien.**

¿Y éste niño, es tu hijo?

—Sí. Huérfano. Ocho años.

—¿Decías...?

—Que la tierra no es plana: que es redonda. Yendo, Padre, siempre en un mismo sentido, se llega un día al punto de partida. Yendo así, seguro que he de descubrir las tierras de la India Oriental que esconde el misterio. Quizá hay otras razas que convergir al seno del Señor. Dirigiéndose por el Occidente descubrirá al otro lado de Catay y el Japón, el oro de Ophir, las fabulosas minas de Salomón. Todo lo que descubra será para la Corona. Quiero la unidad física, moral e intelectual del mundo; recorreré el misterio de las sombras de Isis y haré que alumbren las nuevas auroras. Por tal manera, Padre, entregaremos a la civilización los prodigios que acaso revele ese nuevo mundo.

*

Al otro día el superior del convento, tocado de la fe del peregrino, vio a los reyes don Fernando y doña Isabel. El corazón de ella se inflamó en amor,* deslumbrada ante los negros fulgores del misterio que el vidente relampagueaba en su fe. Entonces la corte convoca a todos los sabios de España. Profesores de astronomía, geografía, matemáticas y de todas las ciencias conocidas se congregan en el convento de los dominicos de Salamanca, murmurando befas y sonrisas para ese aventurero que no se inmuta sosteniendo sus teorías. Como representante de aquel siglo de oro, Lactancio refuta a Colón en estos términos: —**Nada hay tan absurdo como suponer que existen antípodas, hombres que caminan con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo; que existe parte del mundo donde todo está al revés, que los árboles crecen con las raíces al aire y las ramas en el suelo...**— Y todos aquellos sabios zahieren sardónicamente al vidente a quien no le escudaba ni su or-

todoxia. En vano le defendió el dominico Diego de Deheza. El Rey don Fernando y toda la nobleza sonreían del pordiosero. Nadie quería gastar en él ni una perra blanca.

*

Después, en virtud de aquel amor misterioso que tienen los grandes corazones, doña Isabel, Reina de Castilla y Aragón, arrancándose sus joyas las da en venta, para subvenir los gastos del soñador que obsequiaba a la Corona el imperio de un continente. En eso Inglaterra, Portugal y Francia llaman a Colón, pero él, por amor y gratitud, va detrás de su Reina, esperando siempre humildemente, de campamento en campamento, en la guerra contra los moros. Así miraba Colón con indiferencia cómo Roabdil entrega a Fernando e Isabel las llaves de la ciudad islamita, de los palacios de los Abencerrajes y del alcázar de la Alhambra. Tal en sus ensueños, extraviados los ojos, sólo mira el ponderado movimiento de las revelaciones del misterio al otro lado de los mares, en las tinieblas de lo desconocido. Pero los reyes van y vienen sin advertir siquiera la presencia del gran hombre pobre.

Mas, deshecho ya el corazón en esa esperanza inútil, vuelve el insano a la Rávida a despedirse del Prior y a recoger a su hijo Diego. Y como otra vez el embarazo de su amante doña Beatriz Enríquez le detuviera, si aquel día no hubiese hallado Colón a Marchena, las Américas hubieran sido de Lutecia o Albión. El Padre Juan Pérez lloró al ver la miseria en que volvía el visionario. Y sintiendo que desaparecería para España un mundo, llama al navegante Pinzón, al médico Fernández y al piloto de Lepi, Sebastián Rodríguez, quienes fascinados ante la perspectiva de hallar las minas de oro de Ophir, se ofrecen para la travesía. Con ese objeto escribe el Prior a la Reina. Ella y la marquesa de Maya protegen al genovés, enviándole sus fondos particulares. Así queda convenida la expedición. Entonces discuten el tratado entre aquel mendigo y la tacañería española; pero el monarca regatea el título y privilegios de almirante de océanos fantásticos y la autoridad y honores de Virrey de imperios y continentes de ensueños. Y la sabiduría española exclama: —**Extrañas exi-**

gencias de un aventurero mendigo que pone condiciones de rey, que si triunfa de su empresa le daría la posesión de un virreinato sin límites y el mando de una escuadra en mares que quizá se van al infinito... y que si fracasa no pierde nada, ya que en su pobreza no tiene nada que perder.— Pero a pesar de todo, Colón sostiene sus derechos de loco, con lo cual obliga al Rey, a la corte y a los sabios. Sin embargo, todo huye de las manos del genovés: marineros y barcos. España tiene miedo al misterio; todas las vidas y todos los capitales se retraen avaramente, haciendo fracasar otra vez la temeraria empresa del insano.

PRIMERA EXPEDICIÓN

Un día por fin aquel pobre Prior Juan Pérez logra encender definitivamente la fe en los hermanos Pinzón y en Martín Alonso, con quienes se embarca el loco en las carabelas Santa María, la Niña y la Pinta. ¡Almirante de océanos ignorados y Virrey de tierras desconocidas!

El 3 de agosto de 1492 en el puerto de Palos, al batir de los pañuelos se eleva un sordo murmullo del gentío que maldice a Colón, porque arrastra al sacrificio ante lo ignorado a ciento cincuenta marinos. Mientras tanto, el Padre Pérez Marchena, húmedos los ojos, adelantándose entre la multitud, hace inmensamente la señal de la cruz sobre los mares, bendiciendo en silencio a los argonautas. Sopla el viento y las carabelas se hacen a la mar abierta.

Más allá de las Canarias, a semejanza de un gigantesco faro, se perdía en el horizonte el volcán de Tenerife. Luego en el misterio que se profundizaba en lo ignorado, en las ondas cada vez más hondas, más negras, más limpias, más infinitas, como en una obsesión sin fin, en los lejanos horizontes en que desaparecían las aguas, se apoderó de los corazones la nostalgia. Los vientos alisios soplan siempre suavemente. Y el almirante los ilusionaba a los marinos, así como si ya hubiese visto, contando de montes de piedras preciosas que reverberaban al sol, de minas inimaginables de oro macizo y de torrentes de perlas; mas, ocultaba en su corazón sus angustias, clavando sus ojos absortos en la bitácora, mirando las extrañas variaciones de

la brújula, al pasar a otro hemisferio. ¿Qué era? ¿Acaso se hallaba en otro mundo en el que los elementos cambiaban sus leyes?

Y así las horas y los días se sucedían en la monotonía matadora de las linfas. En eso las olas, como burlándose, de vez en cuando, arrastraban yerbajos de las tierras que las nubes simulaban en los horizontes, por lo que la tripulación prorrumplía en verdaderos himnos de alegría. Pero sólo eran saludos a costas que luego se desvanecían. Y las horas y los días continuaban sucediéndose en aquella desconsoladora uniformidad de agua y cielo. Los astros y las aves parecían engañar. Las auroras de todos los días simulaban sonreír ante el ansia de las desilusiones que acongojaba aquellos corazones. Y así, impaciente la tripulación, iba a empalar ya a su Almirante, cuando éste, jurando temerariamente, con el recurso de la última esperanza, con acento de profeta ofreció que si al tercero día no veían costa en el horizonte, volverían inmediatamente a Europa.

El pacto con los hombres, tentando a Dios, estaba hecho. Y fue que al segundo día se vio sobre las olas un tallo de oxiacanto en flor y una rama con un nido con polluelos, por lo cual del pecho de los marinos salió un ¡Gloria a Dios! Y la noche de ese mismo día fue de insomnio colectivo en la suprema angustia. Entonces la intuición del Almirante ofreció un premio al que anuncie tierra. Por lo cual toda la tripulación se encaramó en obenques y jarcias, sirviendo de vigía. Y las carabelas siempre iban con el mismo rumbo, rompiendo el silencio milenario del océano, mientras que Colón solo en la toldilla, abismado en sus pensamientos, vio de pronto allá, en las tinieblas, una lucecita que desaparecía a intervalos entre las olas. La esperanza hizo latir en su corazón; pero guardó su secreto. En el silencio de aquella noche infinita sólo las procelarias, fingiendo voces misteriosas, se rompen en las proas.

En el amanecer del tercer día se siente respirar en todos los pechos una enorme angustia muda, y el loco sigue paseando abismado indiferentemente en sus pensamientos, cuando un cañonazo rompe la atmósfera y de todos los

pechos restalla el grito de ¡Tierra! Colón cae de rodillas. La tripulación se aferra en jarcias y vergas las velas y espera anhelosamente la aurora. Así la luz iba disipando lentamente las tinieblas. La espectación de los corazones era indecible. De tal modo, poco a poco, ante la vista de todos el misterio de un nuevo mundo se iba concretando en una isla poblada de gente desnuda y pacífica en la zona ecuatorial, bajo las frondas de una naturaleza asombrosamente prolífera. El primero que de su chalupa saltó a tierra fue Colón, llevando en la diestra el lábaro de Isabel y Fernando con el signo de la cruz, y cayendo de rodillas en la arena, humildemente gozoso la regó con sus lágrimas en plena aurora. Después de orar nombró a la isla, San Salvador.

Entonces aquella tripulación rebelada días antes cayó a los pies del Almirante, vencida por la silenciosa superioridad del genio que prosterna las conciencias en su misma rebelión. Y viendo el Descubridor el candor infantil de los autóctonos que sin desconfianza se familiarizaron instantáneamente, ofreciendo su pan de tapioca, sus aves, sus frutos y sus adornos de oro que llevaban los hombres en las orejas y la nariz, y las mujeres, a manera de ajorcas y collares, en sus piernas y cuello, los llamó indios, creyendo estar en la India, al otro lado de] Japón. Después, despertada la codicia de los marinos, las carabelas se internaron gallardamente en el laberinto del archipiélago, recibiendo, por donde iban, la más solícita hospitalidad.

Así llegan a Cuba, donde principia la verdadera historia de infamias de los españoles a Colón; pues Alonso Pinzón pretende desertar de la Pinta para volver a España y anunciar la nueva, robando de ese modo la gloria del Descubridor; pero, ignorante y sin genio, se extravía en el archipiélago. Mas el agradecimiento del gran hombre disimuló esa ingratitud de envidioso. Pero fue otro ingrato, un florentino, Américo Vespucio, que mediante la indiferencia de la Corona roba el derecho del nombre al continente.

Más tarde desembarcaron en la isla Santo Domingo. Los caciques y el pueblo les dieron hospitalidad, no como a

EL LOCO

hombres, sino que como a dioses. Poco después levaron anclas. El piloto de la carabela en que iba el almirante, en la noche dirige, con siniestra intención, el barco contra los escollos, entre los cuales se deshace al combate de las olas; mientras tanto salta a tierra con parte de la tripulación y huye, suponiendo que Colón moriría fatalmente; pero el loco, perdonando a los canallas, salvó a los náufragos suyos. El cacique **Guacanagari y su pueblo lloraron** el desastre, atendiendo como a hermanos a los extranjeros náufragos. Colón escribe a propósito a Isabel y Fernando: —**No existe en el universo mejor nación ni mejor país. Aman al prójimo como a sí mismos; usan siempre lenguaje dulce y agradable, y en los labios tienen constantemente una tierna sonrisa. Desnudos van, es verdad, pero les viste su decencia y candor.**— Además, les obsequiaron coronas y mil objetos de oro. Más todavía. Viendo cómo ante aquel metal se dibujó en los extranjeros el gesto de la pasión ávidamente feroz, sonriendo el cacique les da el derecho de las minas.

EL REGRESO

Colón vuelve a la península, salvando una tempestad en las Azores, y después que los portugueses pretenden asesinarlo, no obstante que con sus relatos les abre el campo para sus conquistas. En España le reciben como a semidiós, al ver el oro que derramaba a raudales. La Corona mediante un tratado le hace dueño de la cuarta parte de las tierras que descubra y de las rentas que den.

SEGUNDA EXPEDICIÓN

Leva anclas el marino, arrastrando una escuadra en la que se desgala España. El más ilustre que va en ella es Alonso de Ojeda, paje que fue de doña Isabel, y que un día, por hazmerreír de la Reina que subió a la torre más alta de Sevilla, a ver la ciudad, bailó sobre una viga de la Giralda. Llegan a Santo Domingo y ve Colón la fortaleza de la guarnición que había dejado, la aldea del cacique, todo abandonado, en ruinas. Por todas partes la desolación. Los españoles habían violado a las mujeres, pasando a degüello a los esposos, todo por sed de oro, sometiendo por te-

rror al pueblo a la esclavitud, siendo que Colón pretendía conquistarlo con amor. El cacique Guacanagari relata al genovés la ingratitud de los españoles. Colón se condeue por aquel pueblo del que dijo: —**Tan pródiga es allí la naturaleza que la propiedad no ha engendrado el sentimiento de la avaricia o de la ambición. Diríase que aquellos hombres viven en la edad de oro, felices y tranquilos en jardines abiertos y sin linderos. Sin leyes, sin libros, sin jueces, obran recíprocamente con lealtad, considerando malvado al que goza en hacer daño. Este horror del bueno al malo parece ser toda su legislación.**—

Luego se va a otro punto y funda la ciudad de Isabela, la primera colonia; y manda barcos a España, pidiendo más gente y útiles para propagar la ciencia y el arte; pero sus emisarios todo lo que hicieron fue calumniarlo, mientras se mataba él recorriendo la comarca, conquistando corazones con su infinita bondad, por lo que más tarde agoniza largamente el buen viejo, pero al volver en sí halla ya a su lado a su hermano Bartolomé, quien había llegado en esos días y se hace cargo del gobierno.

Entre tanto el pérfido Ojeda, noble paje que por gracejo danza sobre el abismo en la Giralda, traiciona y asesina vilmente a los indefensos caciques, a aquellos que le daban oro, tierras y mujeres, y todo porque no hallase el oro en las cantidades que su ciega ambición soñara. Por ello los lugareños, justamente ofendidos van a la represalia. Colón es pues obligado a ser guerrero y pacificador magnánimo; pero por eso mismo sus enemigos, españoles envidiosos, lo calumnian ante Isabel y Fernando, hasta tal punto que la Corona cree y envía un juez bellaco, de nombre Aguado, quien le instruye un infame proceso, sugestionado por los calumniadores, y desposee de sus legítimas preeminencias al Descubridor. En eso el oficial Miguel Díaz, que mata por las mismas causas a un compañero, huye al bosque, donde se enamora de una hermosa viuda de cacique, con quien contrae matrimonio. Y esa Reina americana corona inocentemente al español Díaz. Luego, viendo la soberana la pasión de Miguel por el oro, le descubre, aun más inocentemente, el secreto de sus tesoros, el cual era un lavadero en un torrente. Entonces huye Díaz a la

EL LOCO

Colonia, traicionando a su consorte, y trasladada a la tropa al lavadero del torrente. Ahí, creyendo estar Colón en la región de Ophir (!), explota las minas trabajadas desde tiempos inmemoriales.

EL REGRESO

Por mandato del juez Aguado, Colón torna a España, prisionero y como reo, en la carabela que lleva oro a montones para la Corona. Ocho meses de travesía y llega a Burgos, ceñida la cuerda a la cintura, con sayo de franciscano y desnudos los pies. Los monarcas ni miran el proceso, contemplando la miseria resignada del genio calumniado. Isabel Reina de Castilla y Aragón, llorando en silencio al oír a su visionario, adelantándose cuatro siglos, ordena la libertad de los esclavos, por los cuales Colón pedía libertad; y, poniéndose de frente contra toda la península, la soberana protege de nuevo el deseo del vidente para hacer nuevos descubrimientos. Ha de partir por tercera vez ante la fría indiferencia de don Fernando, ante el odio y la envidia de sus ministros y de toda la nobleza, cuando el reverendo Breviesca, Patriarca de las Indias, vomita a Colón mil infamias. Debido a eso, por única vez el genio —como Cristo echando a latigazos los mercaderes del templo— lo pisotea sobre cubierta. Pero una ola de odio estalla en el puerto contra el audaz navegante.

TERCERA EXPEDICIÓN

Sopló el viento y el Almirante se hizo a la mar, llevando rumbo distinto ya. Así descubre la isla Trinidad, pasando una noche, la única, en el verdadero continente, en la desembocadura del Orinoco. Luego estudiando esos mares siguió rumbo a la colonia, donde le recibió su hermano. Santo Domingo estaba en plena anarquía. En esto un tal Guevara, enamorado de la hija de la Reina **Anacoana**, se hizo mar. La doncella era de peregrina belleza y de asombroso talento natural. Sus poesías el pueblo las repetía con amor. Los extranjeros salían de sus dominios con los bolsillos llenos de oro y colmados de mil favores. Ese pueblo estaba bajo el dominio de Roldan, enemigo de Guevara, que era del bando opuesto, por lo que Roldan prohibió a

Guevara casarse con Anacoana. La Princesa se rebela, porque apresando Roldan a Guevara lo envía prisionero a la ciudad Isabela, para que fuese juzgado allí. En seguida, de Isabela parte una expedición que Anacoana la recibe inocentemente. El infame jefe de aquella expedición invita a la Reina, a la Princesa, a treinta caciques, y a sus súbditos, para una fiesta que debía celebrarse en la capital. Acepta la corte y va aun más inocentemente a ciudad Isabela, donde hay danzas y regocijos. Y cuando los autóctonos gozaban más alegremente confiados, viendo las evoluciones de la caballería, ésta cae como una tempestad sobre los indefensos indios que van rodando desarmados por los suelos, mientras que los soldados españoles pasan a degüello a todo los americanos. Entre tanto, la encantadora Princesa y poetisa Anacoana, con su familia y los treinta caciques, se quemaban vivos en el palacio que habían incendiado los españoles.

La **ingratitude** más vil estaba rebasada y estalló la más justa sublevación en las otras comarcas. Colón, viejo, enfermo y magnánimo, hacía lo posible por sofocar la rebelión. Sin embargo, aquella horda de españoles forajidos redobló ante la Corona sus calumnias contra Colón, por lo que poco después llegó a la colonia un tal Bobadilla, con poderes ilimitados. El tal haciendo traer pesadas cadenas, ordena que aprisionen de pies y manos al Descubridor de un continente para España. Pero a pesar de aquella encallecida soldadesca, circuló una honda de pánico en la médula de los hombres, mas, el viejo Colón extendió tranquila y voluntariamente sus gotosos y cansados pies y sus rugosas manos, inclinando resignado su blanca y venerable cabeza. En eso, uno de sus sirvientes, encadenó al inmortal. Tal, encerrado durante muchos meses en un calabozo húmedo, oye cómo todos acumulan contra él millares de calumnias en idioma castellano, al son de sus burlescas carcajadas.

EL REGRESO

Luego le expulsaron de América a España, con su proceso, para que caiga sobre él la ira de la Corona. Lo condujo un tal Alonso Vllejos. Y cuando aquel sublime an-

EL LOCO

ciano llegó enfermo a la península, cargado de hierros, como vil criminal, una inmensa congoja ahogó a todos los pechos. Y cayeron sus cadenas ante las lágrimas y a los pies de la Reina Isabel, en los días en que Vasco de Gama merced a Colón descubría el Sudeste de América, por el cabo de Buena Esperanza. Por esta causa, convencido ya Colón de la redondez del mundo, a pesar de sus dolencias y vejez, propone otra expedición que nuevamente patrocina la Reina, venciendo la eterna indiferencia de don Fernando.

ULTIMA EXPEDICIÓN

A los setenta años de edad parte por última vez el Almirante. Arrastrado por una tempestad llega a la Colonia y pide auxilio al gobernador Ovando, quien le niega. Por eso abandona aquella tierra. Y, pasando por Jamaica, aborda en la bahía de Honduras. Durante sesenta días es el juguete de la tempestad, en la cual pierde un barco y cincuenta hombres. Luego remonta el río Veragua. Y así, de uno en otro río, de selva en selva, va recogiendo oro de los indios, en cambio de chucherías. Y otra vez estalla la guerra entre la tripulación y los aborígenes. Los caciques prisioneros, para librarse de la esclavitud, se matan entre ellos, como hombres libres. En eso Colón cae enfermo y el océano se calma. El visionario en sus fiebres oye voces misteriosas que le consuelan. Y regresan muy apenas a la colonia, perdiendo otro barco; los dos que quedan están viejos y deshechos, sin áncoras y amarrados entre sí, entre el viento y la mar otra vez implacables. Hambrientos y débiles todos, apenas tienen tiempo para encallar en la arena los barcos repletos de hombres. Los náufragos esperan en la playa el socorro de la Providencia. Poco después aparecieron los americanos llevándoles víveres, siempre en cambio de bagatelas.

Los meses transcurrían agotando las provisiones y la paciencia. Entre los marinos, perdida la esperanza, se elevó el murmullo de la sedición. No había más remedio que dar aviso a la colonia, pero distaba cincuenta leguas de mar tempestuosa, y solamente se disponía de una chalupa. Sin embargo, Colón propone la empresa. Los marinos miran

el lente y el océano y se acobardan ante la inmensidad de la empresa; pero saltando a la chalupa el joven Diego Méndez, y exclamando: —**Por la salvación de todos me entrego a Dios,**— se aleja sobre las sonantes olas, desapareciendo en breve entre la niebla. Poco después estalló nuevamente la sedición, sublevando a los indígenas. Los amotinados blanden el sable sobre la cabeza de Colón, echándole en cara sus dolencias y la impotencia de sus setenta años; pero su hermano Bartolomé lo salvó matando al jefe sedicioso, por lo que se sometieron los rebeldes, pidiendo perdón.

Entre tanto, el joven Méndez, arrojado por el océano, llegaba a ciudad Isabela, con el mensaje de Colón. Mas, el gobernador Ovando, dilatando criminalmente adrede el auxilio solicitado, mandó al fin un barco, al cual los naufragos lo vieron pasar a lo lejos, algo como a un fantasma entre la niebla. Así, al fin, a los diez y seis meses, recibieron socorro. Tratado Colón como enemigo y prisionero otra vez en Isabela, se embarca poco menos que en la miseria, con su hermano y su hijo.

EL REGRESO

De tempestad en tempestad, juguete de los abismos, el siete de noviembre llega a San Lúcar, extenuado y moribundo.

A poco tiempo muere su protectora, doña Isabel, a quien llora verdaderamente en su corazón el viejo visionario dueño de un continente, y escribe: —**Si deseo comer y dormir llamo a la puerta de una hostería y no tengo con qué pagar...** El desgraciado glorioso no lleva consigo otro tesoro que las infamantes cadenas con que la **INGRATITUD ESPAÑOLA** lo encadenó un día.

Luego escribe al frío y calculador don Fernando: —**He servido a vuestras Majestades con tanto celo y constancia como pude haberlo hecho para merecer la bienaventuranza; y si falté en algo es porque no pude más.** Pero don Fernando y la corte estaban como sordos, no querían oírle, ya que poseían merced a él todo un continente.... No obstante, insiste Colón pidiendo ayuda, ya no para él, sino que para sus hijos y su hermano, tan hambrientos y

misérrimos como él mismo; desde su lecho de dolor, dice:
 —¿No cree vuestra Majestad conveniente **REALIZAR LAS PROMESAS que recibí de vos mismo y de la Reina que yace en el cielo? Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. Hice lo que debí hacer; Dios que siempre me favoreció hará lo demás.**

Luego, haciendo esfuerzos inauditos, en compañía de su hermano y sus hijos, marchó de Sevilla a Segovia. Su pobreza molestó a la corte, razón **por** la cual no quisieron revisar los procesos. Mas, Colón, **disponiéndose a buen morir**, pide a su fiel **criado el devocionario, obsequio del Papa Alejandro VI**, y escribe en él su testamento en esta forma: —**Ruego a mis soberanos y a sus sucesores mantengan siempre mis disposiciones en la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis cargos; porque habiendo nacido en Genova, he venido a Castilla a servirles y he descubierto el Oeste de tierra firme, las islas y las indias... Mi hijo poseerá mi título de almirante de la parte del océano que está al Oeste de la línea tirada de polo a polo.** Eso sucedía en España mientras que en Italia con Tasso y Bembo le entonan **al nauta de Liguria la gloria de la mayor cosa que en tiempo alguno lograron ejecutar los hombres.** Y después, ese gran mendigo acusado, distribuye entre su familia sus derechos sobre un mundo y los miles de millones de renta que debe dar. Ni más ni menos que en los cuentos. Y agrega, dando a España una lección de gratitud: —**Que mi hijo sirva, en memoria mía, al Rey, a la Reina y a sus sucesores, aun a costa de los bienes de la vida, puesto que después de Dios, ellos son los que proporcionaron lo medios para hacer mis descubrimientos. Verdad es que desde muy lejos vine trayendo el presente a sus Majestades, y que pasó mucho tiempo antes de que se dignasen creer; pero era natural que sucediese así, ya que se trataba de un misterio para todo el mundo.**

*

He ahí en toda su inmensidad la hidalguía española. Tal es, Nonato, la historia que he compendiado, extractando de unos y otros, incluso de Colón mismo —dijo Huáscar— llorando hilo a hilo. Y agregó: —Y España que ha re-

cibido su gloria más grande, vaciando en sus arcas cataratas de oro americano, merced a Colón, y a pesar de ser para España, según sus hijos, tan grande el descubrimiento de América, pienso que ya que tal vez Madrid no significa nada tan enorme como Colón, ¿por qué siquiera la capital del Reino no se llamó Colón? Nuestro pueblo, cuando merced a Bolívar sale de la esclavitud se llama Bolivia. Así se honra a quien dé gloria y provecho. Pero allá hasta hoy no han puesto tan grande nombre ni al villorrio más miserable; y de tanta fortuna malgastada en jolgorios no sustenta ni una mediana industria que honre y perdure la memoria del héroe. Por lo que oíste que dice la historia sabrás ya el por qué de la hurañez del indio. Y ahora, para que no creas que únicamente sentimos y pensamos así los americanos, como resentidos y agraviados, lee este artículo del español Luis Araquistain firmado y publicado en Madrid en noviembre de 1925:

¿ES UN MITO LA CONFRATERNIDAD HISPANOAMERICANA?

En nuestros almacenes intelectuales no falta el último figurín de la literatura francesa, pero que -nadie sueña con hallar en ellos las grandes figuras de la mentalidad americana. América sigue siendo, a excepción de algunos de sus colibríes sin plumas, que nos visitan periódicamente con un libro de versos, un continente desconocido.

Y esto ha ocurrido siempre. Indudablemente en la zona de nuestra psicología ética, debe ocultarse alguna particularidad que explique nuestra refracción al conocimiento. La incomprensión de las cosas nos pierde. Todo el proceso de nuestra decadencia no está representado más que por una serie de incomprensiones. Comprender los fenómenos de la vida, en su aspecto social, equivale a dominarlos. No comprenderlos, equivale a ser víctimas de ellos. Nosotros no hemos sabido comprenderlos en *el* transcurso de algunos siglos, y la realidad nos ha arrollado despiadadamente. Por no comprender los anhelos liberales de América, la perdimos. Pero la pérdida ante todo fue material; el desgarramiento fue solamente de política y administración. En espíritu seguía siendo nuestra aún.

No hemos hecho nada por mantener en América la influencia dominante de nuestro espíritu. No hemos ahondado en su historia, en el carácter de sus gestos, en el desarrollo de sus actividades, en el impulso ideal de su engrandecimiento.

Todo lo americano nos ha parecido siempre menos-preciable. A sus hombres les hemos visto en un plano de mentalidad mediocre, como fabricantes de falsos valores de la inteligencia. En las aduanas de nuestro comercio espiritual, hemos analizado las procedencias americanas con desdén ostensible, y las hemos sellado con una marca de vilipendio.

Pero, de pronto, de importadores nos hemos convertido en exportadores, y nuestras energías van, en caravana, n América. Nuestros productos no se aceptan, en parte, por deficientes, y en parte por un justo sentimiento de hostilidad: A nosotros, que desdeñamos lo americano, se nos desdeña por ley recíproca. Desde España no ponemos ningún empeño en comprender a América, por pereza mental V viejos prejuicios de ex-colonizadores. Al mismo tiempo, América, que ha heredado los vicios y virtudes de sus ascendientes, es rencorosa —**como debe ser**— y no se esfuerza en la comprensión de España. De ese alejamiento mutilo y progresivo, si no se remedia a tiempo, sobrevendría pura América la absoluta independencia de su espíritu, o, til memos, su subordinación a una influencia espiritual ex- I tu fin a la nuestra. Se nos cerrarán, poco a poco, todas las entradas, puesto que aquí apenas se lee nada de América, fu América rehusarán leer lo nuestro —como empieza ya ti observarse— porque no comprenden nuestras inquietudes ni nuestros anhelos, del mismo modo que nosotros no comprendemos los suyos. El castellano en América se irá desviando del castizo tronco español, y si algún día se desmembrara hasta hacérsenos inteligible, ese sería el desastre más bochornoso de nuestra historia.

Hay que reconquistar el espíritu de América, estudiándola fervientemente, en sus idealismos y sus positivismos. Aquí se habla mucho de la confraternidad hispanoamericana, de las carabelas de Colón y de todos los luga-

res comunes echados a circular a los postres de algunos banquetes diplomáticos. **Pero la verdad es que no hay derecho a hablar de eso...**

*

Y ¡claro! Después de leer con toda atención y la consiguiente cólera con que debe hacerlo todo americano de sangre, nos preguntamos: ¿Qué tenemos de común con España? Nada, absolutamente. ¿El idioma? ¡Bah! Lo mismo podíamos estar hablando chino, inglés, alemán o francés, porque eso no altera nuestro espíritu, toda vez que lo que impone su sello en el alma es la configuración de la tierra y no un idioma —que no hablo de la lengua— transplantado de una civilización distinta.

España no tiene los llanos amazónicos ni las pampas argentinas, ni ríos como el Amazonas y el Río de La Plata, ni la Catarata del Niágara, ni el Lago Titicaca, ni la Cordillera de los Andes. Además, España no es nada más que un simple reino y en cambio América es un continente. ¿Comprendes? La sangre y los huesos españoles no se nutren del mismo aire ni de los mismos alimentos que la sangre y los huesos americanos. ¡Y se duelen sólo ahora que no nos importe nada España y sus cosas, sí, no más que ahora que ya no tienen los ingresos de la explotación de la América! ¿Y por qué nos ha de interesar España si jamás se interesó en nosotros por nosotros, si no ha sido nada más que por la explotación de nuestro oro, mediante la esclavitud de los americanos a quienes ni siquiera se nos permitía la lectura de los libros europeos, ya **que todo lo americano les ha parecido siempre menospreciable, suponiéndonos fabricantes de falsos valores de la inteligencia, marcándonos con sello de vilipendio.**

Y ahora, ¡qué chistoso resulta que no sólo quiera volver España a sus andadas, sino que pretenden venir a reconquistar nuestro espíritu! ¡Qué divertidos son los españoles: parece que no supieran que sólo se reconquista lo que habiéndose conquistado se ha perdido después! Entonces ¿cuándo conquistaron ellos nuestro espíritu? Lo que han hecho es apoderarse del territorio a sangre y fuego,

EL LOCO

sembrando el odio en nuestro espíritu y en nuestra sangre, como los moros y otros en ellos. Y pretenden la reconquista de América, burlando los resquicios de las doctrinas de Drago, de Artigas y Monroe, y de cada Presidente de República y de cada ciudadano americano? Y más que todo eso todavía ¿burlando los intereses del porvenir de América? Inocente y delicioso. Cómo se ve que aún nos creen salvajes.

No señores; será a la América a quien ahora le corresponda hacer colonias de América a Inglaterra y a España y a Portugal, colonias industriales o comerciales. Sí, Nonato Iberiades, yo, Arauco Huáscar, te digo esto, para que guardes en tu conciencia como el testamento de la América colonial. En la América no aceptaremos ni la intromisión de los dioses a título de conquista espiritual o material; porque la conquista nos corresponde hacerla por derecho natural, porque somos los jóvenes, los más fuertes. Desde luego, ahí tenéis vuestros dioses, vuestras leyes, vuestras costumbres y sobre todo vuestro idioma que no necesitamos. Todo. Es curioso que los españoles mismos no pudiendo hablar en tantos siglos en su propio territorio el idioma nacional o sea la lengua de castilla, es curioso, digo, que no pudiendo suprimir en su propio territorio el dominio y predominio de tantos dialectos, quiera imponerlo en los vastos dominios del continente americano, sólo por seguir imponiendo el espíritu de la conquista en pueblos autónomos, en pueblos libres o que pretenden serlo. — Dijo Huáscar, viniendo a mí; y tomándome del brazo me «acudió tres veces, diciendo: —¡Oiga, amigo! ¡Despierte! que ya es medianoche!— a tiempo en que se desvanecía.

Desperté sobresaltado. Los viejecitos se habían ido, en cambio el guardián me miraba gravemente y el reloj daba las doce de la noche.

Paso a paso me fui a casa.

Ahora estoy pensando que los de éste continente no debemos ni podemos llevar el nombre derivado de un ladrón, cual el de Américo Vespucio, y menos como pretenden tanto los ingleses como los españoles, llamarnos Amé-

ARTURO BORDA

rica española y América inglesa, como si no fuésemos bastante distinguidos con ser del Norte, del Centro y del Sur.

Todo lo que hoy se llama Las Américas debe llamarse **Las Libertarias**: debiendo en cada una de las tres Libertarias denominarse Colón alguna región, en honor de Cristóforo Colombo, corso, o de Cristóbal Colón, español.

También noto que el hecho del mismo descuido de España respecto de la propiedad del nombre de América demuestra que Colón no era español, porque de ser, la península no hubiese cejado un instante hasta imponer el nombre de Colombia a las Américas.

Pues bien. Tanto se vanagloria España de la conquista americana... en pueblos indefensos, en pueblos de paz, que es llegado el caso de invitarle a que hoy, que nuestras fuerzas son iguales, intente renovar su aventura singularmente desigual y fácil, en que lucharon hombres y bestias, de una parte, acorazados de hierro en planchas y mallas y provistos de armas blancas y de fuego contra hombres desnudos a pie y armados nada más que de hondas y flechas. Esto sin sumar indudablemente diferencias de organización militar y mil otros factores de desigualdades aun más formidables. ¿Es decir que los peninsulares con el soberbio pregón de su fama tratan acaso de humillar la altivez americana? Si es así, pues nosotros entendemos que un Pedro Domingo Murillo, por ejemplo, vale para nosotros más que mil Hernán Corteces, y que más que un Colón o Colombo que descubre casualmente una América para someterla a la esclavitud de Europa, mil más también valen para los americanos los Washington, Bolívar y San Martín, redimiendo de la esclavitud los pueblos a la libertad.

En resumen: así como cada español y cada inglés, tuvo, tiene y tendrá antes que nada el deber y la práctica de ser antes que nada, el español, español neto, y el inglés, inglés neto de la misma manera cada americano tuvo, tiene y deberá tener fatalmente la obligación de ser primero que nada americano, y consiguientemente luchar a brazo partido contra todo lo que vaya en contra de su progreso y libertad. Y ahora, ¿qué tienen que argüir en contra, Inglaterra, España y **América?**

Tal entiendo que debe ser nuestra conciencia.

Los americanos ignorantes, coreando ebrios de alegría a Iberia que sopla su afán d conquista, cooperan ciegamente a instituir **La Fiesta de la Raza**, es decir, de los españoles, como si los americanos, como si nosotros después de haber sufrido la opresión y la explotación Ibérica, necesitásemos ninguna clase de auxilio de la península ¿Es que ignoramos que tenemos con superabundancia **todos** los necesarios elementos de vida hasta la superfluidad? ¿Qué tenemos que hacer entonces con España como que qué tiene que hacer Yanquilandia, con Inglaterra? ¿es que los americanos de habla latina no comprenden que **La Fiesta de la Raza** (española) está instituida como arma de conquista espiritual ya, para llegar luego al predominio o sea la hegemonía económica otra vez? Esto porque ellos ya no pueden ser mil veces más potentes que nosotros para operar la conquista por las armas.

Pues ha sido gloriosa la conquista para España y los otros pueblos que sentaron sus reales en esta tierra, es millares de veces para las Américas la lucha de la independencia –haber sabido sacudir el yugo de la esclavitud,- y eso bajo la práctica de la más alta nobleza: sin acometer venganzas contra Inglaterra, España y Portugal, que han hecho de América, mientras han podido, un continente de esclavos, por derecho de conquista, donde la gente era considerada no como ser, sino que como cosa, como metal, y que como tal era envidia a la Corona; si el Almirante mismo, por intermedio de su hijo D. Bartolomé, **de una sola vez envió trescientos** (americanos) **entre barcos de Pedro Alonso Niño, que llegaron al puerto de Cadiz a fines de octubre de 1496, en que aseguraba la venta indios...** Y se anunció el cargamento de oro en barra. **Colón en su segundo viaje embarcó treinta esclavos, incluso al cacique Caonabo. Y durante una tempestad los tripulantes quisieron comérselos a los indios; pero Colón los salvó. Otros vez en cuatro barcos de Antonio de Herrera Colón envió quinientos esclavos caribes para que fueran vendidos en Sevilla. En esa expedición iba también Diego Colón. Era el 24 de Febrero de 1495. Entonces el gobernador de la corona ordenó al Obispo de Badajozs, que de-**

semeñaba el cargo de Ministro de la India, hacer la venta en Andalucía, porque era allí más lucrativa que en cualquiera otra parte.

Tal con todas las características de una **trata de esclavos**, como se puede ver en la proposición que el Almirante dicta a Antonio de Torres el 30 de Enero de 1494, así: —**Diréis a Sus Altezas...: que visto cuanto son acá menester los ganados y bestias de trabajo, para el sostenimiento de la gente** (la suya: los españoles) **que acá ha de estar y bien de todas estas islas, Sus Altezas podrán dar permiso a un número de carabelas suficiente que venga acá cada año, y traigan de los dichos ganados y otros mantenimientos y cosas... las cuales cosas se les podrían pagar en ESCLAVOS..., que serían mejores que ningunos otros esclavos.** Aún la Reina Doña Isabel, en carta de 16 de Abril de 1495 a Juanolo Berardi, negociante de Sevilla, le decía: — . . . **a fin de que las nueve cabezas de indios enviados por Colón...** (Nueve cabezas de ganado... humano. . . !) .

El Ministro de Hacienda de España D. Luis Santángel, enumerando las riquezas vegetales y minerales de América catalogaba también a los indios como a cosas, en esta forma: — . . . **a los esclavos cuantos mandaren CARGAR Sus Altezas. Y Bartolomé de las Casas, dice: — El Almirante regaló a cada español de los que habían servido en sus viajes un indio para su servicio particular. Yo tuve uno para mí.** Además, desde 1511 quedó establecido que los caribes serían marcados con un hierro candente en la pierna. He visto —dice Alejandro Humboldt.—

Esto hacía Colón el grande hombre desinteresado; ¿qué decir, pues, entonces del resto, esa España que se desgalgó sólo angurriente de oro? Pero quizá explique tales sucesos el hecho de que nada más que en la península el feroz Torquemada, de maldita memoria, desde 1481 al 498, en diez y siete escasos años, hizo quemar más de ocho mil ochocientas personas y seis mi] en efígie. Naturalmente que sin referirnos a sus iniquidades en América, como aquellas perpetrada con Francisco Ulloa y José Sol Obando.

Así, pues, no hay que olvidar que la **Madre Patria** de los americanos, este continente, es América. Y cabe preguntar que si el derecho de conquista da derecho de maternidad, ¿qué número de madres patrias debería tener España?

El **Día de la Raza**: 12 de Octubre: Guanahaní: las Américas... oigo gritar alborozados en América y España a los americanos y a los españoles, mientras que veo salir de las tinieblas, entre negros resplandores orlados de cárdena luz, a Colón que lleva en sus trémulas manos sus fatídicos grillos, los cuales, acaso por el prestigio de Iberia, no fueron colocados en su sepulcro, falseando de esa suerte su testamento verbal: **Quiero que me entierren con mis cadenas.**

Y por un proceso retrospectivo veo que de las reconditeces de la prehistoria surgieron nebulosas de millares de espectros de navegantes de todas las humanidades pasadas que tranquilamente recostados en los horizontes del tenebroso Atlántico, sonreían, como quien deja hacer al niño, ante el intrépido paso de las carabelas de Cristóforo Colombo, mientras que los hijos del Sol en las Américas tejían acaso si su centésima civilización sobre los escombros de Thiahuanacu.

Llega Colón a las riberas de Guanahaní;
salta y planta el **símbolo de su Dios.**
Y elevándose **Inti Pachakcamac** sobre la Cruz
desparramó prolífico su luz
a todo cuanto
del amor emana
y ama
bajo su manto.

Inti el único Dios Luz
en la abscóndita conciencia humana
al fin huyendo consumirá la Cruz
cual a millares de efímeros dioses
que en la existencia han sido
empujados en inútil caravana
hasta que se han desvanecido.

¿Qué Dios saludable cual **Inti** conoces,
mi amante y fecunda cual **Pachakmama**?

Nota que entre Sol y Tierra
el secreto de la vida se encierra
y que entre Jesús y María
la vida se hace ironía.

Cristo se consagra Dios en la ignominiosa cruz, luego
¿quién le vio ni le ve en alma y cuerpo, sino de modo
figurado, tanto como a María, puramente en símbolo? En
cambio, ¿en qué confín de la tierra, del agua o de los hielos
hiperbóreos, día a día no se espera ansiosamente nacer
y poner al padre Sol, fecundando sin cesar la existencia en
la Madre Tierra, operando así segundo a segundo todos los
milagros de la vida?

Pero dando al César lo suyo, y sin embargo de ser
tal la grandeza de Colón en el descubrimiento, que revoluciona
las civilizaciones de dos mundos en conquistados y
conquistadores, es posible esperar en el curso del progreso,
sea en el orden intelectual, moral o físico, algo aun más
grande de quien sepa penetrar los secretos de la vida. ¡Quién
pudiera ser ese...!

*

Es admirable cómo en la existencia se correlaciona
todo de modo tan justo que parece obedecer al meticulosismo
de un propósito.

A causa de mi ensueño de anoche todo el día estuve
pensando en el asunto de la raza, haciendo comparaciones
entre la historia española y la americana: y resulta
que la península ha sido siempre inhóspita y sanguinaria
con sus conquistadores, como no son ni han sido los
americanos con sus conquistadores. Para ejemplo, bastaría el
hecho de que a los moros que un día conquistaron a España,
ahora los españoles pretenden conquistar a los moros,
a sus ex conquistadores. Y ellos, los españoles, abusando
de la inocencia americana, quieren que nosotros los
conquistados festejemos, en medio de nuestra libertad ya, **La**

Fiesta de la **Raza**... de nuestros conquistadores. Así que todo el día estuve indignado, mucho más considerando que para los europeos en sus labios y en su corazón no somos otra cosa que salvajes malos, no obstante que en nuestra historia no se registran hechos iguales a los del viejo Mundo, en cuanto a su barbarie. Cierto. Siempre estaríamos listos a establecer paralelos, o, más propiamente dicho, a cotejar historias. Por ejemplo, entre nuestros tiranos no existe ningún Nerón regimaticida; pero ellos no nos conceden ni el derecho de pensar. Y comencé a recordar la historia de la conquista: por todas partes la devastación: Moctezuma, Atahuallpa y Caupolicán, víctimas de su inocencia y de la desenfrenada angurria de oro.

En la tarde supe, por un periódico, que efectivamente la noche anterior se había llevado a cabo La **Fiesta** de la Raza. En el mismo diario un yaravec, o sea poeta americano, había publicado éste

CANTO DE RAZA

"Soy plebeyo, señora; por mis antepasados
corre en mis venas indias fogosa sangre real,
la sangre de los incas que alzaron deslumbrados
de su indómita raza la corona imperial.
Si es vuestra estirpe regia, sabed, también, señora,
que Huáscar y Atahuallpa alzaron su pendón
y que en mi sangre bulle la grandeza de otrora,
a más de ser poeta de límpido frasón.
Ved, pues; somos iguales: corre por vuestras venas
sangre de estirpe regia para poner cadenas,
aunque ya algo injertada y por eso sensual;
mientras en mí, plebeyo, corre como un torrente
sangre pura de indio de estirpe decadente.
La sangre de mi raza, más que otra, inmortal!"

Este soneto de serena y firme conciencia, de noble orguPo que en el amor mismo no humilla su sangre, me consoló un instante.

*

La noche la pasé en desasosiego. Y me pareció que desde tiempo atrás andaba alicaído, quizá sólo debido a

mi estado de salud. Además, por donde iba todos se burlaban de mí. En esto noté que mis ojos adquirirían una manera especial de ver las formas femeninas, Una tarde pasaron por mi lado unas muchachas más ágiles que lagartijas. A medida que se alejaban, volvíanse a mirarme a cada instante: en sus bocas jugaban diabólicamente sus agudas lenguas, mientras que sus ojos me fascinaban brillando lúbricas. No sé cómo, pero ello es que me volví perro con algo de burro. Ellas vieron mi metamorfosis. Yo era una especie de perro de Terranova o de San Bernardo, pero más grueso, más lanudo y pesado. Oliendo el suelo entré también tras ellas a una casa.

En el salón, espacioso y muy iluminado, al son de un pianito, danzaban muchas parejas. Los atorrantes, muellemente repantigados en los sofás, fumaban de modo distraído. A mi paso algunos me acariciaban, pasándome la mano desde las orejas al rabo, mientras que otros me atracaban recios puntapiés. Entonces yo gruñía mostrándoles mis enormes caninos, con lo que se asustaban.

En torno a una mesa estaban sentadas unas mujeres, comiendo pavos trufados. Bebían champaña. Me detuve un instante, eché las orejas atrás, alcé la cabeza al cielo, y mostrando los dientes, y dilatando las fosas nasales, olfateé largamente el aire. Luego fui a sentarme al pie de las comilonas, quienes me arrojaron algunos huesos que los casqué de inmediato, no obstante que mi conciencia o dignidad de hombre me obligaba a no comer; pero tal era mi hambre, que mascaba a prisa las sobras que me daban. Mi situación era pues terrible; mi conciencia de hombre rebelde no podía nada contra mi perruno instinto. Entonces oré a Dios: y vi que en la pared testera, de piedra sillar, apareció un sol de oro, de uno de cuyos rayos saltó un perro de agua, el cual —supe por intuición— que era Dios mismo. Coleando alegremente vino y me halagó. Quise alzarlo, pero no pude, porque en vez de manos yo tenía patas. En eso, mientras mi cuerpo comía, como ciego hambriento, arrastrando mi conciencia en el suelo dije: —**Pero**, Dios mío, ¿por qué eres perro?— El me contestó de esta manera: —Por humildad, hijo.— Seguí preguntando: —Y yo, ¿por qué, Señor?— y diciendo: —**Por** necesidad— desapareció.

EL LOCO

Entretanto todas las mujeres, después de arrojarme todos los huesos y darme una mezcla infame de licores, festejando sus barbaridades, me propinaron mil puntapiés, y me echaron con agua hirviente, la cual me desolló la cola. Tal fue entonces mi rabia, que como un rayo me lancé a ellas, aunque recordando que Dios se oponía en mi conciencia, y, ¡qué asco!, las tumbé destrozándoles las ropas, mientras que en el salón se armaba la de Dios es Cristo. Entretanto, metiendo mis patas en sus entrañas, arrancaba entre mis dientes lonjas de muslos, pechos, ingles y piernas. ¡Oh cómo en mi dentadura se quebraban esternones, fémures, tibias y costillas! ¡Oh, el vaho salobre de la sangre! Estaba ebrio en lo más álgido de la tragedia cuando se desataba sobre mí el tumulto y me dispararon un balazo que me despertó.

*

Al otro día tuve una inquietud angustiosa que no me daba tregua. En las noches mí lecho era un tormento. Ahora estoy como bajo la acción de tóxicos estupefacientes y de mil choques morales en el recuerdo. A eso se agrega la debilidad mental a causa de mis inútiles preocupaciones por querer indagar los secretos de mi origen, el fatídico misterio en que se ocultan mis padres. Además, en mis pupilas está la imagen pertinaz de la inclusa, y, paliando mis tribulaciones, Luz De Luna. Ni la gnóstica, ni la teosofía, ni el magnetismo, ni el espiritismo resuelven el enigma. Inútil consultar euménides, pitonisas, brujas o magos: el misterio permanece inalterable. ¿De qué condiciones orgánicas, físicas, sociales y morales viene lo que tengo de óptimo progresivo o de pésimo regresivo? Ni el bien ni el mal me conmiseran y me ayudan o me precipitan de una vez en la sinrazón o en la muerte. ¿Cuántas razas estarán luchando en mi sangre? Y mis fuerzas son insuficientes para proseguir hasta despejar el enigma. En estas condiciones advierto que, habiendo descuidado la higiene, la inercia me aplasta y el sueño patológico me rinde por millonésima vez.

*

Las sombras se estriaban febriles, incandescentes y luminosas, y las sombras consultadas en mis sueños

o las luces en mis vigiliás, acerca de los enigmas que me preocupan, adquieren formas extraordinarias, asediándome tenazmente, con la impertinencia con que en mi desesperación indago en ellas.

Las religiones, las ciencias y las filosofías me acosan lo mismo que las industrias y las sociedades. Son tumultos de innúmeras muchedumbres frenéticas. Hay voces que me horrorizan con sus revelaciones; una me dice: —Tu padre es tísico y Presidente del Supremo Tribunal de Justicia; tu madre es Hermana de Caridad y leprosa. Tú eres loco.— Y las muchedumbres ríen perversamente. Después otra voz me grita: —Tu madre es una gran matrona sífilítica y tu padre un Obispo neurótico; por eso eres loco.— Risotadas en el público. Luego otra vez me silba al oído: —Tu padre es asesino y tu madre, idiota. Tú eres cretino; loco eres.— En seguida, en la rechifla general se oye decir: —Eres loco, porque tu madre es ramera del bajo fondo y tu padre es el último degenerado de la nobleza; fuiste engendrado en borrachera, por casualidad, a oscuras, sin amor, por vicio, en iniquidad, en cansancio y con asco.— Risotadas en el tumulto. Me tapo las orejas; pero otra voz más potente, a semejanza del trueno, grita: —Tus padres son millonarios, de noble alcurnia aborigen, santos y sanos. Son víctimas de una infamia; es decir, que te buscan llorándote sin tregua, porque te robaron cuando eras niño. Y tú no eres loco; es la maldad y la ignorancia humanas que pretenden trastornarte.— Y en el tumulto estalló un tremendo japapeo entre el cual se oía voces que gritaban diciendo: —Hay que hacer un lío las ideas y los sentimientos de este idiota; ojala reviente para que tengamos algo con qué divertirnos.— A lo que sigue un silencio largo de muerte.

Me prosterno, orando en silencio, sin saber a quién. Y desaparecen las muchedumbres. Pero al instante veo en el espacio dos masas, que iguales a nubes o montes, luchan entrecruzándose. Y uno de ellos, el Maligno, se internó en el cuerpo del otro, que era Dios. Ambos bufan, chillan y se retuercen. Con su agitación trastornaron el mundo. Mientras tanto yo reía a mandíbula batiente, a modo de un niño que mirase estúpidas maravillas en un inmenso ca-

leidoscopio. Satán metió la mano dentro del mundo y con un jalón lo revolvió igual a guante viejo. El fuego quedó afuera y fue un sol. La humanidad quedamos encerrada con la corteza terrestre. Pero nadie creía en tal fenómeno. Todos sonreíamos porque Satán y Dios luchaban como dos atletas, para, siendo vencedores, convencernos tranquilamente de su existencia y arrastrarnos por donde les pluguiese.

Mas, nosotros que estábamos en el siglo de las luces, no hacíamos caso y sonreíamos, sabiendo, dentro del sueño mismo, que todo lo que ocurría no era otra cosa que fantasías. En esto, de los cuerpos de Dios y del Diablo en lucha, salieron legiones infernales y angélicas, dos a dos e invisibles. Cada pareja entró en cada individuo. Por esa razón todos nos pusimos a dar de pronto extrañas volteretas, como en un circo, en el cual la tropa hubiese enloquecido; pues el ángel atizaba los restos de la fe ancestral y el demonio ultraexcitaba la carne, desde los tuétanos. Pero nuestra razón científica no creía ni en uno ni en otro, sin embargo de que teníamos conciencia de que el mundo estaba revuelto como guante y que todos nos hallábamos en una vorágine; pero no creíamos.

En mí y fuera de mí la existencia se puebla de pronto de un dinamismo inexplicable, cambiando la escena. Veo que la mecánica hace vivir autómatas de acero; en el éter hienden fabulosas naves aéreas; tanques gigantescos roturan las montañas; extraños submarinos llenan los mares, cuyas superficies se pueblan de islas flotantes; las voces misteriosas de los inalámbricos me insultan en el espacio; los fonógrafos se burlan de mí; los biógrafos proyectan los horrores de mi origen en el cielo tinto de las noches; las transmisiones del pensamiento humano enloquecen mi razón; en los crepúsculos llueve oro; y, medio día, plata. Veo exorcismos y conjuraciones, y entre inmundas traperías cuelgan diabólicas baratijas en desorden en rancheríos y bulevares. Hay iluminaciones extraordinarias en cenizales y palacios. Se oyen orquestas, cencerros y organillos. Pasan mercados, iglesias y fábricas. Cadenas enormes lo enredan todo. Y todo y todos rodamos mezclados como en un cubilete que agitase un loco.

En el espacio las dos fuerzas, divina y maligna, saturadas del egoísmo más nefando, luchan subdivididas en todas las conciencias, desgarrando los espíritus, aniquilando en la duda los cerebros, lacerando los corazones y entristeciendo la carne; luchan como fieras, como locos, como criminales, pensando sólo en sí, desorganizando con cada movimiento el orden de los seres, de las cosas y de las fuerzas. El mundo se puebla de lacerias y duelos; el espacio, de congojas, de ayes, de suspiros y de sollozos, mientras que las potencias célicas e infernales continúan su combate cuerpo a cuerpo, salvaje, infamemente, revolando en el espacio o arrastrándose en tierra, jadeando sordamente con rumor de cataclismo.

Entre tanto en el mundo se desata una guerra que deja tendales de muertos, millones de huérfanos, miles de millones de heridos, miles de millones de neuróticos y millares de locos rematados; miles de millares de mujeres paren millones de degenerados entre los lamentos de la humanidad que perece de hambre y con mil pestes. Todos los neuróticos y los locos se alimentan de cadáveres en putrefacción, lanzando agudas carcajadas, repitiendo: —¡Siglo XX! ¡Aja, já, já! ¡Siglo XX!— Ante semejante espectáculo experimento la más inmensa alegría, porque siento que mis maldiciones se cumplen en gran escala.

En eso noté que me moría de asfixia y fatiga. Mi cuerpo cayó agonizando, mientras que mi espíritu se erguía enorme, furioso y potente a la vez que incrédulo; y tomando mi propio cuerpo por los tobillos comenzó a darlo contra las rocas. El cráneo se hizo añicos: saltaron mis sesos, los ojos y los dientes; mis brazos colgaban rotos y desarticulados, sueltos a modo de látigos. Con mi cuerpo así, cual Sansón con la quijada de burro, exterminé alegremente a la humanidad; luego di de firme al Demonio y a Dios que —y es tal su encono— reaparecieron siempre luchando inútilmente. Yo redoblo la tunda con mi cuerpo a guisa de látigo; mas ellos continúan peleando. De pronto en los ensueños de la humanidad se oye un estertor infinito y sordo que resuena en todos los cráneos y desciende tristemente al fondo de los corazones. Con mi cuerpo ensangrentado y laxo, como trapo mojado, moliendo con ca-

EL LOCO

da golpe los huesos, sigo dando de firme a esas dos sombras sin forma, que casi ya no se mueven. Al fin mueren.

Un silencio letal se dilata en la existencia. Entonces noto que con ellos desaparecieron los dioses de todas las mitologías, todos los símbolos absurdos. Yo, es decir, mi espíritu, soy el único omnisciente, omnipresente y omnipotente: he de rehacer pues a mi antojo el universo; todo depende en que me rasque la oreja izquierda. Me rasco y despierto.

¿Y La Fiesta de la Raza?

Qué fiesta ni nada. Mientras tanto ha habido ya una revolución. El país está que arde. Se ha de reunir un congreso constituyente.

Me quedo pensativo. Después salgo a pasear.

IV

ANDANDO A LA VENTURA

Esta mañana llegué al parque. En un banco vi un periódico abandonado. Me dirigí ahí, tomé el diario y por plisar el tiempo me puse a leerlo. Con lo primero que tropecé fue indudablemente con el fatal editorial, que era como todos los de su laya, flojo y descolorido, en los cuales por eso mismo se ve el trabajo obligatorio. Fuera de eso ¡¡ qué leer. Ninguna novedad en nada. El editorial aludido dice:

EL CONGRESO

y

EL SOCIALISMO

Pero desde luego debo declarar que ya el título me (116 risa, porque sabemos que todos los honorables son los lacayos burgueses del capitalismo.

Mas, sigamos viendo lo que a la letra es como sigue:

ARTURO BORDA

EL SOCIALISMO

y

EL CONGRESO

Acaso mañana, tal vez hoy... el futuro nacional se ventilará para ir rectilíneamente, en fuerza de un convenio, y quizá, o sin quizá, entre gente sin ninguna preparación para nada. Pero el congreso funcionará. Eso es incuestionable.

Por consiguiente, son incapaces de ir a las grandes conquistas de las reivindicaciones sociales, la de los menesterosos, la de la gran mayoría eterna y humana, porque éste congreso pasará como todos los demás, comprobando su esterilidad.

Así que hoy o mañana la revolución social se vendrá inconteniblemente, como un soplo de los siglos pasados, a manera de una sanción de la justicia sempiterna.

Diríase que en el universo aun se oye la campanada de rebato, llamando en su hora a todos los proletarios, cual si se cumpliese en la historia la profesión del Nazareno:
— **Los postreros serán los primeros.**

Ahora veamos cómo es urgente que los legisladores consideren, siquiera sea un segundo, que la constitución es ya un libro viejo y que necesita su reforma inmediata y total, con tendencias claras a la estatización parcial del suelo y subsuelo y la estatización relativa de la renta, ya que a la estatización absoluta tiende la actual humanidad.

Y no hay que tener miedo dar el primer paso, sólo porque los demás pueblos no lo hicieron todavía. El no hacer las cosas porque no lo hicieron los otros no revela nada más que un perfecto espíritu de mono.

La expresión de los hechos es ruda; pero es menester prestarle toda la atención que requiere, y hacer eso sin sustos.

EL LOCO

Es aquí que debemos sentar una ley, aceptando todavía el concepto de patria.

El agua, el cielo y la tierra que circunscriben la nación, constituye la heredad nacional; y el propietario de esos elementos, tanto como del hombre mismo, es el ciudadano. En principio, cada ciudadano es como dueño de toda la patria, mucho más si con la contribución de su sangre y de su salario, en forma de impuestos directos, se hace propietario por el trabajo y por la sangre, regando en las revoluciones o guerras con ella los campos de batalla.

Es por eso que se hace inadmisibles que las adjudicaciones del suelo y el subsuelo se haga por el Estado a perpetuidad, sucediéndose de generación en generación; a lo más que se debería conceder su explotación es por la vida del peticionario, y eso con la participación proporcional de la renta a que el Estado tendría derecho, desde determinado tiempo, siendo de advertir que la apropiación de tales ingresos debería ser para la creación y sostenimiento de nuevas industrias en beneficio común.

Por tal procedimiento la fábrica y sostén de incluáis, escuelas, boticas y mercados, y aun las casas habitaciones, vendrían como una consecuencia directa.

Aligeradas las condiciones de la lucha por el pan de cada día, disminuyen las causas del crimen, y el delito es leve si no desaparece. Consiguientemente las leyes penales sufrirían alteración radical, no al rigor de un raciocinio más o menos lógico, sino que por fuerza misma de la disminución de las causas eficientes.

He aquí por qué los legisladores están obligados a quemarse las pestañas en el estudio profundo para la reforma de la constitución, como medio para evitar las violencias del anarquismo que fatalmente tiene que avanzar. Es su hora. Y si no, estad seguros, en nombre de los derechos del hombre iremos a la conquista de nuestros derechos, acaso ya plenamente ácratas. Entonces vuestra consullición la rasgaremos como papel perfectamente inútil.

Hasta entonces es menester que todos los que gozan de un pingüe o mínimo salario, y que carecen de bie-

nes de fortuna, sepan que son socialistas en su más legítima contextura económica y social, por fuerza de su propia condición y no por los malabares de una lógica más o menos aceptable.

Nos referimos a esa gran falange de la clase media, más llena de miserias que los limosneros mismos.

Pero, ¿es qué la gente no medita?, nos preguntamos, oyendo cómo se interrogan los de enfrente: —¿ cuál será la orientación de las nuevas constituciones que deben regir los estados modernos?

El espíritu de la constitución por hacerse está impuesto ya, como una enorme nebulosa en la que se envuelve el ímpetu de los tiempos: la revolución social. Ese espíritu se llama Legislación del Trabajo, apropiación de las tierras y participación de la renta en la coadministración.

Es decir, estamos hablando acaso para diez o para cien años después.

Lo que ahora se necesita con urgencia es organizar una comisión permanente, y bien rentada, para la reforma constante, cada cinco años de la constitución, la cual deberá ser evolucionista.

Para ese efecto todos los gremios organizados deberán constituir también sus delegaciones que estén en constante cambio de ideas con la comisión legislativa, que podríamos llamarla comisión de la reforma, la cual debería durar todo el tiempo posible.

E insistimos en las comisiones gremiales, para que ilustren constantemente en las necesidades particulares, que constituya precisamente allá donde se estrellan las particularidades de la ley escrita, y mucho más si es dictada por la burguesía que desde la cómoda poltrona de su gabinete mira color de rosa la vida del obrero.

Un burgués bien repantigado en su mecedora, por sabio que sea, no alcanzará jamás a comprender los miserias del trabajador.

Actualmente existen cuerpos obreros sindicalizados, como son de comercio, minas, ferrocarriles, etc., y parece que no saben dónde están parados. ¿Es que ignoran el objeto con que se han reunido? ¿No saben de los grandes mirajes que requieren sus derechos, no los particulares de gremio, sino que del proletariado en general?

¡Oh!, ¿siembre los hombres ignorantes han menester perder su tiempo arrastrándose en los chismecillos de livianas mujerzuelas? ¿Jamás han de intentar ponerse a un palmo sobre su propia estatura? Irritados siempre con el escozor de una liendre en su epidermis, ignoran los grandes ideales.

No, éste no es el instante de susceptibilidades de cocina, de chismes infantiles, de intereses personales, como de los politiqueros, es la hora del orto del asalariado y el feminismo, que no son frases políticas con programas de embusteros para embaucar necios, sino que son fuerzas incontenibles y naturales, con la potencia de la necesidad humana que aulla su abandono y su miseria.

No, compañeros, elevad el alma al impulso de las grandes ideas en los altruismos redentores; porque harto mezquina y breve es la existencia, para ir rodando aún en el lodo de las rencillas ridículas, y entre compañeros, precisamente cuando la necesidad de unión está tocando su clarín. En nuestras discusiones, por acaloradas que sean, se requiere disimular nuestras exaltaciones, considerando siempre que no tratamos ningún asunto personal, sino que discutimos el procedimiento para alcanzar el ideal común. Que la contienda por la existencia alcance las más altas zonas de la nobleza al impulso de la serenidad, tanto como sea posible en el hervor del trabajo, en el ajeteo de la faena cotidiana. Que se imponga el proletariado en una esfera a la que no pudo alcanzar la burguesía.

Y consideremos que nada hay tan admirable como un proletario culto y modesto. Tal sean nuestras manifestaciones, ya que somos prácticamente la mayoría humana, para desmentir con el hecho la calumnia burguesa.

Los incultos y los groseros son ellos, más que incultos y groseros, más que traidores, ya que sólo se sienten

hombres para ultrajar cobardemente de obra y palabra a los subalternos indefensos y humildes; además, basta ver sus manifestaciones políticas de turbas borrachas así como su prensa inmunda llena de insultos soeces.

Pues bien, ahora mediten los legisladores, que la responsabilidad histórica de las anteriores legislaturas es una nonada en comparación de las de hoy para con el futuro socialista, cuyas ideas anarquistas envuelven a la humanidad, como la atmósfera a la tierra.

Y que si no se prevé y cuando las legiones de proletarios sin trabajo invadan las ciudades, entonces será tarde; porque si esos trabajadores incendian, roban, asesinan y talan, nosotros diremos que está muy bien hecho: que ese es su deber, que esa es su obligación: su destino; porque si roban, incendian, asesinan y talan, no será porque son criminales, sino que será por necesidad, por no morir de hambre; no será porque son ociosos, porque no quieren trabajar, sino porque yendo de puerta en puerta les cierran todas; y no por que piden trabajo por caridad, sino que porque el Estado, es decir, el país, su patria, está obligado a proporcionárselo, ya que el pueblo ciudadano sostiene con su trabajo y los impuestos la nación. El gobierno está, pues, en la ineludible obligación de tomar por su cuenta la explotación de las industrias que se supriman, para dar trabajo a sus ciudadanos que sostienen la patria con su sangre y con sus esfuerzos, toda vez que toda esa gente sin trabajo tendrá que verse ante un tremendo dilema: suicidarse si no tiene valor para robar y asesinar para comer, y las mujeres, prostituirse por un mendrugo o matarse también.

Si quienes han de velar por la patria, no lo hacen como deben, entonces iremos a la revolución social con el séquito de todos sus horrores en una crisis más o menos lógicamente larga y siniestra, que será, pero al fin, la aurora de los pueblos del porvenir.

Ahora hagamos aquí algunas advertencias.

Los que vivimos en esta parte de América no es que recibimos la idea que bulle en la otra parte del mar, sino

EL LOCO

que más bien tratamos de una pacífica reorganización incásica, el comunismo por el cual la Europa se desangra, por ese comunismo que destruyó en América, por intermedio de España, cuando la casual conquista y descubrimiento.

Así, pues, estas ideas están en nuestra sangre de un modo ancestral.

Ahora, si los legisladores son tales, deben hacer que sus leyes se encarrilen de tal manera en el progreso socialista, que cuando se posesione, —lo que tendrá que suceder fatalmente ahora o después y por cualesquiera vías,— nadie se haya dado cuenta, es decir, que se haya transformado sin violencias, paulatinamente, siguiendo el más sabio proceso de la naturaleza en sus evoluciones. Tal se procedería sobreentendiéndose en los legisladores un patriotismo inteligente y efectivo.

Y si no se procede así, como aconseja una sana sabiduría, temblad, porque esa avalancha roja desatada y sin freno llegará tremolando en son devastador su lábaro rojo, y en la vorágine sentará el gobierno del trabajador.

Pero así, y como siempre, el progreso de la civilización seguirá su curso, a pesar de todo, a semejanza del tiempo, para quien ni la muerte misma es un óbice. Nada es suficiente para detener el curso de las fuerzas vivas. Tal se viene el socialismo.

Verdaderamente que el advenimiento de ese huracán redentor de miserias es la gran esperanza de la gran mayoría humana y todas sus lacerias.

Ninguna aurora trajo a las úlceras humanas mayor esperanza que el trapo rojo.

Pero ¡Alto aquí!

Esta es la más santa advertencia al patriotismo tan cacareado por los explotadores del sentimiento patriótico.

De tal manera concluye el editorial. Indudablemente que yo no he creído nada de tanta zoncería o inocencia;

pues es necesario saber que ese periódico era de algunos años atrás, y que la situación actual del proletariado está peor que antes. ¡Claro! El pueblo jamás sabe lo que quiere y acaso ni lo que necesita, y los gobiernos están hechos por la ignorancia de ese pueblo.

Muy triste por ese motivo proseguí cabiloso mi caminata.

V

REIVINDICACIONES SOCIALES

Otro día reí mucho con esta tontería publicada en "El Tiempo":

La huelga en el cielo, la revolución en el purgatorio y el anarquismo en el infierno.

Pliego de peticiones: ocho horas de trabajo para San Pedro; descanso hebdomadario para los ángeles, arcángeles y serafines, coros y dominaciones; cincuenta por ciento de aumento ambrosíaco; salario mínimo; jubilaciones, ley de accidentes, etc.

Iguales petitorios en el infierno y el purgatorio.

Y así como suena, un día, el menos pensado, porque esos son siempre los más sensacionales, sucedió que la empresa, la magnánima empresa, en connivencia con le supremo gobierno, había resuelto, y no sólo resuelto, sí, que más bien había procedido a la expulsión de los terribles agitadores, de aquellos tremendos bolcheviques, terroristas o anarquistas, según iban diciendo.

Y ¡claro!, esos pobres muchachos apenas eran... Pero qué habían de ser sino unos pobres soñadores. ¿Y en qué? En un mundo mejor: en un mundo absolutamente imposible. Ni más ni menos. Veamos. ¿Qué es, por ejemplo, suponer en algún punto del mundo el imperio de la igual-

dad y la felicidad? Eso indicado ya no habría que agregar ni una tilde para dar el mólulo de un ideal más absurdo, aunque el más grande que hace palpitar el corazón humano desde su aparición en la tierra. Seguramente que tal ideal no es tan absurdo por idiota cuanto por imposible. Pero así son las aberraciones del hombre: todo es que se le meta cualquier disparate entre ceja y oreja, que ¡adiós! su cabeza la sacude sin ton ni son y sin cesar, contra todas las rocas. Por eso...

*

Pero yo tenía el propósito de escribir un artículo de prensa para el diario Vida Estúpida; mas, como recuerdo haber visto periodiquillos como El Burro y La Lucha, y otros, del gobierno también, y gobierno republicano, que ha descendido hasta los últimos silos de la impudicia...

Digo que al saberme escribiendo para la prensa, he escupido con asco en mi corazón.

Y esos periodistas, como los de **La República** y **La Verdad** y **Las Noticias**, clericales, que no saben escribir, menos pensar, son los que jamás pusieron, tanto como el de **La Reforma**, ni una palabra gratuita por su idea. Ellos son los mercenarios que subastan su conciencia y su voluntad al mejor postor, al que subsidia el incendio de sus bajos instintos, al que impulsa a solapa las delaciones criminosas. No obstante, y sólo por dar rienda suelta a esta inveterada manía de escribir las sinrazones que me acribillan, empiezo a decir que mis actuales vecinos son una reunión homogénea de muchachos que componen el directorio de una Federación Ferroviaria, razón por la que se suponen hombres férreos, y férreos de carácter, rectilíneos como el riel que en los desiertos va rompiendo los horizontes, o, mejor aún, rectilíneos como una mirada. Pero todavía son muchachos: aun no han sentido el impío vapuleo de la existencia. Mas, como quiera que se les avecina la expulsión del territorio, porque, según oí decir, saben que el supremo gobierno tiene pacto con las empresas industriales, para desbaratar todo plan sindicalista, disolviendo

a bala si es posible los grupos, para echarlos impunemente fuera de la patria a los agitadores. Se sobreentiende que a los que queden con vida.

Con tal motivo hacen esos pobres muchachos sus más fantásticos proyectos de vida nómada bohemia. Es así cómo explanan los itinerarios más divertidos, fraguando en sus corazones enormes tempestades de reivindicaciones sociales que deberán rodar de pueblo en pueblo por todo el mundo. Entonces sus voces tienen la magia profética del apostolado y, resueltos sobre todo óbice, con la resolución del divino sacrificio postrero se imaginan alegremente expatriarse ya, llevando sí a costas el estigma, según los burgueses, de bolcheviques, siendo que siendo así lo que precisamente buscan es el bienestar racionalmente humano y el aniquilamiento de las guerras, suprimiendo los límites de la patria. Pero no; a ellos se les llama anarquistas ácratas, queriendo significar con ello algo así como asesinos, incendiarios, ladrones y traidores, es decir, algo más inhumano que la secuela de espías que las empresas y los gobiernos alimentan en su seno, infectando la sociedad.

No; el ácrata y el anarquista, son la libertad soberana que va de frente al sol; ellos son los seres más desinteresados, sacrificando su vida al ideal de un problemático bienestar humano remoto.

Bueno, su causa me entusiasma.

Y mientras ellos van tejiendo sus sueños de cruzados del grande ideal, tornados en mártires que no esperan ni buscan, ni quieren más recompensa para sí que el que su doctrina se infiltre de la más infinita conciencia de la necesidad de reivindicaciones sociales en la infinita masa proletaria. Mientras que ellos no tienen más destino en su vida que el holocausto de sus días en el ara de su ideal, yo, empedernido soñador, empiezo a dormir, embriagado en los ensueños que sugieren esos hermosos proyectos de apóstoles anónimos.

Y duermo, lo que contaré sin desvahar.

EL LOCO

La aurora estaba argéntea. Las nubes se hallaban orladas de un extraño fulgor. La tierra tenía el no sé qué del misterio, y el senderito en el desierto fatigaba al sólo contemplarlo; tan desconsolador era. En él iban arrastrando sus osamentas, los ocho proscritos. Muy desganados por el cansancio charlaban de tiempo en tiempo. El primero detúvose de pronto y se expresó así:

EXPULSADO PRIMERO

La fuerza ya nos está faltando; no queda pues más remedio que recurrir al esfuerzo, pero todavía puramente físico.

EXPULSADO SEGUNDO

Sí. ¿Y el hambre? ¿Y la sed?

EXPULSADO QUINTO

No desmayar, muchachos, mientras haya una gota de sangre generosa en nuestras arterias.

Dice. Y en el silencio sólo se oía el rumor crujiente de la arena al desacompañado y lento paso de los emigrados, cuya respiración infundía no sé qué hálito de reconcentrado hastío, algo que decía de una repugnancia ilimitada, como el frío de hielo que en las inaniciones recorre a grandes pinceladas la vía digestiva.

Más tarde, cuando después de un crepúsculo rojo vino la noche lóbrega, los expatriados, tendidos en la arena, dormitaban al raso.

Pasado el primer sueño de aquella especie de cadáveres, fueron despertados uno a uno a la aurora, durante el orto de Sagitario.

Entre nubes se incendiaba la mañana.

EXPULSADO PRIMERO

¡Ea, muchachos! Recibamos **de pie el sol**. Y oremos.

ARTURO BORDA

TODOS (de hinojos hacia Levante)

Así sea.

Y oraron en silencio.

Luego se pusieron en marcha.

Por tal manera anduvieron muchos días en la inclemente extensión de los desiertos de Atacama.

Y un día llegaron hambrientos y sedientos a la orilla del mar. Pobres muchachos: en estómagos vacíos... el agua salada los consumía. Pero uno de ellos, haciendo un sobrehumano esfuerzo, les arengó aún en estos términos:

EXPULSADO OCTAVO

Compañeros:

Siento y veo que nos estamos extinguiendo. De consiguiente, si alguno salva, está obligado a ser el portavoz del ideal que nos anima hasta el último instante.

Y sabed que la intrepidez sagrada e invencible sólo se logra renunciando a la vida, es decir, esperando la muerte como el mayor beneficio.

Por eso he reído siempre ante los propios ojos del valor fanfarrón de los hombres, de sus plantonadas cuando no hay peligro: de sus heroísmos para seducir hembras.

Pero este secreto deben conocer únicamente los apóstoles, porque el miedo y la vergüenza apenas forjan almas de redil en los subalternos sumisos, en los empleados siervos, en los empleados...

Mas no; hay una salvación.

El empleado es, compañeros, empleado, porque necesita vivir y porque no tiene más que la remuneración de su trabajo inmediato. Todo su capital es el trabajo del instante. Y con ese risible salario ha menester sustentar su familia, la que a su vez deberá ir a la fábrica a ganarse el sustento.

EL LOCO

Y la familia, así destruido el amor, en el hogar apenas será un harapo de cansancio, sin ánimo para la más leve sonrisa cariñosa. Y día a día estarán cada vez más cansados y malhumorados.

Tal han desaparecido de hecho el hogar y la patria en el hogar y la patria misma.

Así los asalariados hasta que mueren agotados en provecho ajeno.

Ahora consideremos que ante el patrón angurriente de oro no importa que el asalariado haya consumido miserablemente sus días en beneficio exclusivo del capital, sino que a la menor falta que cometa se le echará a la calle, aunque toda su vida de trabajo haya sido intachable.

Mas si el destituido es viejo ya, está pues físicamente imposibilitado para tomar una nueva profesión. En consecuencia, el hecho es que no sólo se le quita el pan diario, sino que se le arrebatara brutalmente, y en forma directa, el derecho a la existencia.

Esta es otra forma de asesinato.

Y ahora entremos a analizar la explotación que se hace del concepto patria por el capitalista extranjero, lo cual es algo que menoscaba la dignidad y representación de los gerentes de la cosa pública, por mucho que no pasen de ser también esos sanguijuelas la otra forma del capitalista.

Los capitalistas extranjeros, estén en el país que estuvieren, infiltrados de la política jesuítica y maquiavélica, suscitando y excitando en los asalariados, directa o indirectamente, el sentimiento patriótico, tratan —y logran— anonadar las posibilidades de un relativo bienestar obrero. Para ellos la Patria, todas las patrias, esa enorme religión de los corazones inocentes, no es nada más que un objeto de explotación, es el escudo salvador de sus bancarrotas; es el ariete aniquilador de los trabajadores, sumiéndolos en la incondicionalidad de un respeto artera

y falazmente imbuido, de algo que en el hecho ya no existe para el proletariado mundial. ¿Qué hogar ni qué patria puede haber donde todo ha de ser trabajo rudo, cansancio, hambre y desnudez en la familia?

Entiendo que hogar y patria quieren expresar sosiego, amor, alegría y bienestar.

Pero los capitalistas hablan tranquilamente de patria al trabajador villanamente explotado... ¡Patria...!

Es en estas circunstancias, compañeros, que el sacrificio en vano de los redentores me da pena o me arranca la más dura carcajada, porque...

Y es aquí que debo hacerles notar que no solamente los obreros son proletarios.

Tal es el equívoco en el que se enreda la mayoría de los hombres.

Asalariado o proletario, dicen, y pasan por alto, sobreentendiendo por tales nada más que a los herreros, zapateros, barrenderos y picapedreros, sin sospechar siquiera que el verdadero proletariado, o asalariado, más desgraciado, y que tiene los mayores derechos a la reivindicación social, es el señorito de la clase media, el empleado que gana un sueldo miserable y que ha menester vestir bien y vivir bien... aparentemente, sacrificando en su eterna miseria la satisfacción de sus más apremiantes necesidades ante las exigencias de una sociedad estúpidamente falsa. Hay más; y si esos pobres señoritos sin profesión se hallan vacantes, deberán morir de hambre, paseando altivamente heroicos el silencio soberbio de sus angustias. Esos que son la verdadera mayoría del mundo, constituyen el proletariado neto, agónicos bajo el peso de su vergüenza, mil veces más infelices que el más haraposo y desvergonzado limosnero.

Así, pues, el herrero, zapatero o picapedrero rentista —que los hay— no son proletarios por ningún concepto; son contrariamente, los explotadores de la miseria; son

EL LOCO

de hipócritas en medio de los gremios y federaciones algo así como la tenia en los intestinos. Son los más peligrosos explotadores de los ideales del socialismo. So capa de ser artesanos, quieren explotar a carcajadas la ignorancia de los proletarios.

Nuestra lucha es contra todo capitalista, sea quien fuese.

A ver si se entiende lo que son los hechos, las cosas, las fuerzas y las ideas. Es necesario aclarar lo estúpido de las confusiones, que van en detrimento de los conceptos puros. Hay que hacer luz en la testarudez de los imbéciles y allanar la trayectoria de los grandes fines, do aquellos por los eme luchan los altruistas y patriotas de la gran patria, desligados de todo compromiso pueril de banderíos políticos.

La obligación de los proletarios está en hacer en el seno mismo de todos los partidos políticos militantes toda la campaña efectiva posible de convencimiento a todos los asalariados, para que se federen.

Es necesario explicar mucho, que los intereses obreros son eternos, desde que apareció el hombre y serán hasla que desaparezca el mundo. Tal la causa proletaria: su defensa contra los explotadores. En cambio de que los partidos políticos nacen y desaparecen como el humo. No hay un solo hombre que no haya sido testigo del nacimiento y muerte de algún partido político, cuyo único fin no ha sido nada más que robar a las arcas nacionales.

Urge hacer ver el beneficio que reporta la cohesión asalariada.

Y sobre todo hay que hacer comprender estas ideas al indio. Ese es aquí el verdadero proletario, que está en peores condiciones morales que un mujik de cuando los zares.

Y ahora, reanudando el hilo, diré que lo que da mayor lástima es cómo cuando el trabajador asciende a los

puestos superiores se pone de frente y con saña en contra de sus compañeros, de aquellos con quienes hubo compartido las miserias de la vida en las angustias de cada instante, en toda aquella magia que conserva el pasado.

Y proceden así, sin comprender que aunque se llamen gerentes están moralmente obligados a ser ante su propia conciencia más adictos a sus compañeros de antaño, de cuando eran ellos mismos el humilde trabajador.

Pero proceden en sentido contrario esos desgraciados, sin comprender que al recibir el sueldo lo reciben en las mismas condiciones morales que un cargador cualquiera, como toda persona que alquila voluntariamente sus horas, y que seguramente no reciben ese salario como rentistas, sino que como asalariados; y después es porque ignoran que tratando rudamente a sus inferiores se hacen odiar. Por medio de este mismo procedimiento obligan al empleado a que aprenda a engañar en el trabajo y el tiempo. Es así que esos jefes parece que ni sospechan que robando con amor los corazones estarían mejor servidos y respetados, porque no hay bandido ni bestia que no ceda al cariño y trate de demostrar su agradecimiento.

Mas, esos gerentes, subgerentes y jefes de secciones, se ponen resueltamente en contra de los trabajadores, declarándose de hecho algo así como traidores al sagrado ambiente en que se respira aún el aroma proletario del hogar paterno.

Aquellos que se levantan de entre los humildes, de la fermentación de nuestras lacerias, y sabiéndose en un sitial superior, se tornan déspotas, es porque jamás han rolado en sociedad y porque ni sospechan la existencia de un librito que se llama Urbanidad. Y es, en definitiva, que para ser lo que son, tuvieron que pasar únicamente un callejón sin salida de humillaciones, resultando que por eso su sangre se sacude coléricamente, e incapaces de domeñar sus nervios, se sienten impelidos a vengarse en los hombres, aherrojándoles la dignidad en las mismas humillaciones que tuvieron que sufrir ellos.

EL LOCO

Tal es el origen de los déspotas.

Pero es

menester descubrir sus causas ridículas en que cimentan su vanidad, la que es necesario hundirla en el escarnio secreto y público.

Sí, desde Dios para abajo, incluso Dios, toda **autoridad**, debe caer en el ridículo, porque sólo así se alzarán gloriosos los vencidos. Y se alzarán vencedores. Aun más: serán conquistadores de la ventura.

¡Gloria, pues, al humilde obrero en la brega diaria!

¡Gloria a los que un día serán dueños del mundo físico y moral!

Pero, sabed que ni la gloria ni el pan, ni el amor, son fuerzas eficientes ni suficientes para arrastrar en la ignominia al hombre digno, y más si es el humilde proletario; porque la rebeldía del pobre será siempre la rebeldía clásica.

Ahora, compañeros proletarios, explotados como yo, si alguno queda como testimonio vivo de esta jornada, debe obrar resueltamente y sin tregua en el sentido de que...

Y no le oí, porque se iba acabando su voz.

Unas horas más tarde todos habían muerto lenta y suavemente.

El viento cruzaba silencioso los arenales y las **olas** se apagaban con frufú de seda en la orilla del mar.

*

Sus almas, poco después, hendían raudas la inmensidad, hasta que llegando a la puerta del cielo, golpearon alegremente el aldabón.

Husmeando por la ventanilla sacó San Pedro su cabeza milenaria.

ARTURO BORDA

ALMA PRIMERA (sorprendida)

¡El pescador del Tiberiades!...

ALMA SEGUNDA (admirada también)

¡Oh, compañero Pedro! Este sí que es un excelente proletario: proletario en el cielo y proletario en la tierra...
Maña y figura...

ALMA SEXTA (muy alegre)

Mil novecientos y tantos años de portero... Jesús y María. ¡Pobre Pedro! ¿Y no te cansas?

PEDRO (sorprendido)

¿Cansarme?

ALMA CUARTA

¡Claro! Ni más ni menos. Cansarte. Sí, che.

**PEDRO (reconcentrándose frunce el entrecejo,
descendiendo sobre los ojos sus espesas
cejas negras)**

Cansarme... ya lo creo que sí, pequeña ardillita. Esta sempiterna portería a Job mismo lo desesperara de tedio.

ALMA QUINTA (aguantando la risa)

Pobre Pedro. ¿Y eres el único portero en el cielo?

PEDRO (suspirando)

El único...

ALMA OCTAVA (meneando la cabeza)

Qué disparate, che! ¿Y los demás gremios están federados?

EL LOCO

PEDRO (abriendo desmesuradamente los ojos)

¿Qué es eso de gremios federados?

ALMA SEXTA (sonriendo compasivamente)?

Sí, sí, compañero proletario. Gremios. Ni más ni menos.

PEDRO (moviendo olímpicamente su cabeza)

No, che, no comprendo.

ALMA SÉPTIMA (tosiendo)

¡Húm!, húm! Se explica tu ignorancia. Atrasadito estás. Tal es la condición conservadora. Pero apuesto que ya no recuerdas ni tu apellido.

PEDRO (se pone grave. Se siente cómo su cerebro hace un supremo esfuerzo)

De veras. No recuerdo. ¿Cuál es mi apellido... ? Cierto, no recuerdo.

ALMA SÉPTIMA (sonriendo compasivamente)

¿No ves, Pedro? Así es el conservantismo. Ahora sabe que las federaciones son las agrupaciones de los gremios organizados para, rompiendo las leyes escritas, imponer por la fuerza de la huelga, primero pacífica, luego revolucionaria, y, por último, anarquista, es decir, sin Dios ni patria, el mejoramiento de su condición económica y social. La solidarización de tales grupos profesionales autónomos mediante pactos se llaman federaciones obreras.

Los gremios, sindicatos o federaciones, son la salvaguarda de los derechos justos que solicita la gran mayoría de los hombres, los humildes, así como vos, los eternamente explotados. ¿De qué te sirve, por ejemplo, estar en el cielo, si a la postre estás más esclavizado que en la tierra? A ver. Di la verdad.

ARTURO BORDA

PEDRO (meditando)

Cierto. Empiezo a comprender.

ALMA OCTAVA (con autoridad dulcificada)

Pues bien, mi excelente Pedro. Siendo que tú eres aquí un genuino representante, en alma y carne, de los hombres explotados en la tierra, es urgentemente necesario que te federen y seas el presidente de una gran liga de federaciones de ángeles, serafines, arcángeles, coros y dominaciones.

Vamos a ver, ¿qué te parece la idea? No es mala, ¿verdad?

PEDRO (cerrando fuertemente los ojos y boca, medita, mientras que sobre el fondo ocre de la puerta el aura arremolina en la ventanilla su cabellera y barba blancas)

¡Húm! Creo que no estaría del todo mal...

ALMA SEGUNDA (casi vencedora)

Seguramente, mi buen viejo; porque, vamos a ver, ¿no te parece una injusticia manifiesta, que mientras están aquí, unos cantando obligatoriamente, otros tañendo instrumentos y los demás obligados también a contemplación perpetua, eternamente ¿no te parece injusto que los dioses estén pudriéndose en el poce de una ociosidad infinita?

Caray que eso es tremendo. ¿Dónde está pues la justicia? Los han engañado a todos. No sean zonzos.

ALMA TERCERA (con intención burlesca)

Sí, Pedro, no seas zonzo. Es inicuo lo que se hace aquí. En la tierra ya no existe esa forma de esclavitud. A ustedes les han encadenado a comba en el espíritu, los frailes en el mundo, el sentimiento de respeto a las ideas

EL LOCO

sagradas, únicamente para hacer de ustedes en la tierra unas maquinitas de fabricar plata, y para que después, aquí, os vuelvan máquinas de adoración eterna, medios de satisfacción de la vanidad de lo más sin objeto posible para siempre, como son los dioses.

Pobre Pedro.

ALMA SEGUNDA (con energía)

Así es la verdad. Si hasta por humildad misma los dioses deberían ocupar los sitios más ínfimos. Pero como no es así, es necesario escarnecer inmediatamente, por todos los medios posibles, es decir, matar y sepultar en el olvido esas ideas inútiles llamadas sagradas, porque son ellas las verdaderas cadenas de esclavitud. Es menester romperlas y revolucionar cielo y tierra.

Toda revolución es un progreso. Cada revolución es una evolución. Pero aquí todo está como al principio. ¡Oh, esto es una estupidez! Pleno conservantismo.

PEDRO (muy pensativo) '

Parece que s í . . . No obstante...

ALMA CUARTA

Pero te diré que, por lo pronto, antes de presentar un petitorio de condiciones, es necesario hacer propaganda entre las once mil vírgenes y entre todas las jerarquías.

Mas, para eso, Pedro, es necesario escoger almas precursoras, espíritus enamorados del ideal, es decir, agitadores, aquellos que sólo viven para su idea, aquellos que para el logro de su ideal han renunciado, alucinados y sonámbulos, al placer y al dolor, al bienestar y la miseria y a la vida y a la muerte, aquellos que con su pasión infinitamente desinteresada son capaces de arrancar, con amor y por amor, los corazones, llevándolos arrebatados en legión de héroes o mártires.

ARTURO BORDA

Pero, tú, Pedro, sabes eso muy bien. ¿O no es verdad? Si mal no recuerdo, eras predicador: uno de los doce apóstoles y la primera cabeza del cristianismo.

PEDRO (resueltamente)

Sí. Está bien. Entren. Como quiera que aquí están todas las almas anquilosadas, o, mejor dicho, estáticas, pasad vosotros, compañeros proletarios, explotados como yo. ¿O no es ese el santo y seña? Por lo menos así entiendo.

ALMA PRIMERA (muy alegre)

¡Bravo! Diste en el clavo.

PEDRO (entusiasmado)

Me alegro. Y ahora adelante, pero a hurtadillas.

Y se quedó pensativo, acariciando lentamente su barba milenaria, mientras que las ocho almas de los agitadores resbalaban ágilmente por el quicio de la puerta.

Yo también quise escurrirme por ahí; pero no hubo caso.

Esperé, pues, afuera, mucho tiempo, hasta que de pronto se oyó una tremenda gritería femenina; luego un alboroto ronco y sin fin, que iba acreciendo instante a instante, tanto que adquirió las proporciones de algo como si fuese un rugido de todas las desesperaciones y pasiones en lo álgido de todos los cataclismos.

El cielo estaba convulso.

Así me había dormido.

*

Cuando abrí los ojos, las ocho almas salían del cielo, excesivamente alegres. Y se fueron rumbo al purgatorio, en cuyas tinieblas se internaron por el **Saco de Carbón** de la **Vía Láctea**, entonando **La Internacional**.

EL LOCO

Como quiera que en aquellas tinieblas mis ojos carnales no podían distinguir nada, opté también por quedarme afuera.

Pasado algún tiempo oí otro alboroto formidable, similar al que oyerá en el cielo.

Estaba en eso, queriendo adivinar lo que sucedía ahí dentro, cuando salieron a la disparada las ocho almas. Corrí cuanto pude tras ellas; pero me dejaron muy atrás.

*

Y las encontré al fin en la orilla del Leteo, discutiendo animadamente con Caronte y el Cancerbero, tal como discutieron con San Pedro. Había que ver los incidentes chistosos que se produjeron, especialmente con el perro Cerbero.

Instantes después desaparecían entre crepitantes llamaradas de un incendio en la inmensidad, el cual fue avanzando en el infinito, en medio de silbatinas, de estruendo y carcajadas inimaginables.

Y precisamente cuando parecía imposible que aquella algazabía fuese superada, las ocho almas agitadoras salieron más que volando, desternillándose de risa.

ALMA PRIMERA

Ya hemos sembrado en el cielo el germen de la huelga, una revolución en el purgatorio y en el infierno el caos. Ahora volvamos a la tierra e implantemos el imperio de la anarquía absoluta, —por algo somos ácratas,— hasta imponer el gobierno comunista integral.

LAS SIETE ALMAS (saltando de gusto, como pulgas)

¡Eso! ¡Bravo! ¡Muy bien! Estamos listas.

El mar estaba en calma: su murmullo en la orilla moría arrullando ledamente a las ocho momias bien aper-

ARTURO BORDA

gaminadas, en las cuales entraron sus ánimas agitadoras, ni más ni menos que sables en sus vainas.

Aquellos cadáveres resecos, animándose de pronto, sin una gota de sangre, crujiendo con el crujido del cuero que se quiebra al estirarse, eran los espectros de las abracadabras de una infausta pesadilla. Hablaban; y sus voces, alegres y cavernosas, eran siniestras.

Esperanzados en hacer una revolución nunca vista en el mundo, en vano anduvieron de polo a polo; pues en el transcurso de tres siglos de ausencia de la tierra, la humanidad ya estaba bajo el régimen del comunismo integral.

Como quiera que por tal causa ya no podían efectuar la revolución soñada, se fueron al Etna y se echaron de cabeza en el cráter del volcán.

Y yo desperté.

VI

EL YATIRI

Algún tiempo después.

En la mañana, al ir por una calle principal, veo en un zaguán un hombre muy bien trajeado que daba de puntapiés a un pobre indio harapiento, a quien le acusaba de haber robado un pellejo de oveja. —Indio ladrón —decía— de tu cuero he de sacar el pellejo de oveja. Y llamando a un guardián, quien a su vez pedía auxilio a tres o cuatro de los suyos, lo arrastraron a la policía, desgarrándole miserablemente sus andrajos, no obstante que se hincaba el infeliz, pidiendo perdón de un delito que no había cometido, ya que aseveraba haber entregado oportunamente el pellejo de oveja al mayordomo de la finca. Pero ante el patrón energúmeno no había razón valedera.

Preocupado con tal espectáculo de avaricia y perversidad, considerando la ilimitada autoridad que se abro-

EL LOCO

ga sobre el indio, **el cholo** o el blanco, sólo porque es cholo o blanco, como el extranjero sobre los americanos, acaso no más que por diferencia de color y ropa, mientras que el aborígen abaja su conciencia más que de los canes mismos, en fuerza del ambiente que durante siglos le presiona con un tratamiento siempre igual. Es por eso que...

En fin, no sé lo que iba a decir, acaso quise hablar del derecho de rebelión que tiene, como ninguna otra raza, y que dentro de sus derechos tiene todavía perfecta justicia para pasar a degüello a todos nosotros. Y no es esto para que se escandalicen; pues basta considerar que masacrando ellos a toda una generación, no se hicieran pago de lo mucho que abusaron de ellos, ya que los blancos esclavizaron centenares de generaciones indígenas. Ved el ejemplo los mitayos. Ellos mismos o sus personeros mestizos están obligados a ser los agitadores.

Así pensando me había dormido con la cabeza febricitante.

*

En una callejuela de suburbio va enlutada y llorando una indiecita, maciza como una columna de bronce y ágil tanto como una vicuña. Los pezones de sus túrgidos pechos elevan una especie de toldos en su camisa; lleva alta la falda y desnudas sus rollizas piernas que al andar se agitan arremolinando las polleras, brindando en latigazos eléctricos su carne impoluta y amorosa, ante un alegre parpadeo de las estrellas. La impúber va como una esponja de amor empapada en la eternidad. Mira y sus miradas son casi contactos sádicos, al calor de su sangre generosa, en la cual se siente que se ofrece y cede. El callejón está desierto; y de la puerta en que se ve acechar una tez marmórea, con bigotes ayacatanados, de cabellera rizada y negra, salta un individuo que, tapando la boca de la indiecita, la arrastra al zaguán. El jadeo y los sofocados ayes sugieren la entraña que absorbe de la sonda un riego a raudales.

*

A poco rato —que simula siglos— sale la india, madre ya, llevando a costas el vástago que se transforma en lobo, ese en perro, el cual poco después se convierte en tigre. Y el felino va sembrando el espanto y la desolación; pero luego se metamorfosea en cóndor. Y así se eleva rompiendo el azul, hasta que en la noche desaparece en una estrella, cuya luz adquiere el carácter de una nube que llueve. La lluvia fecundiza la tierra, la que a su vez eclosiona una vegetación tropical. La existencia sonrío entre luz, amor y cantos, bajo las frondas, al son de las cascadas. El amor hizo, pues, su nido en la selva, en la que lentamente pasa la india madre, observándome con sus ojos negros y profundos. Me atrae. Voy a ella, dando traspiés y . . .

*

Despierto. Y sin poder hilvanar ni comprender nada, pensando en aquella extraña sombra de luto, me había dormido otra vez.

*

Durante quince días me supe trepando a pie los Andes. Y como cuando en ferrocarril se viaja durmiendo y al abrir de pronto los ojos nos sorprende el paisaje, de igual manera veo de Norte a Sur, la gigantesca cordillera amurallada que se desprende del nudo de Apolobamba, rompiéndose en cuyas crestas de *nieve* eterna relumbra el sol. Al pie se extiende la hondonada erizada de paja brava; hay lodazales en que pastan ovejas y llamas, si no cerdos y borricos; en las pendientes se ve las sementeras reseca, y por acá y allá, muy esparcidos, los rancheríos indígenas, agazapados igual a perdices. Alguno que otro indio camina perezosamente. Al Oeste cierran el paisaje los hirsutos montes de un gris tristón. Sopla un viento helado que cuaja el aliento; en el azul pasan las nubes en cendales o a modo de montañas, fingiendo seres y cosas proteicas. En la cercana ladera se desprende rebullendo, saltarín y bullicioso, un torrente. En un pedrón canta una calandria. Es como un paisaje de la inmensidad que se hubiese estratificado, envolviéndose en el lila de la tarde

que cae inundando poco a poco el firmamente en un indino turbio.

Al anochecer, en las cumbres de un monte, al Oeste, han encendido una fogata. La estrella vespertina refugle intensamente, y abajo se ve la luz de los hogares. Los indígenas, bien emponchados como tallados en madera, sin pliegues casi en la ropa de lana, se han congregado a cielo raso, en torno a la lumbre que ilumina de lacre las rudas fisonomías sobre el turquí de la noche. Las mujeres, sentadas también, forman círculo aparte. En la inmensidad las estrellas brillan nítidas. El frío parece que tajara las caras y las manos a la vez que hiela los paladares, cual si se tragase nieve.

De pronto en el grupo masculino se produce un moscardoneo; y es que de la cordillera llega paso a paso el indio ermitaño, viejo, alto y andrajoso. Los congregados van a saludarlo uno a uno. Hincando una rodilla se quitan el sombrero y el gorro, en actitud implorante. Entonces aun más respetuosamente se aproximan las indias, expresando esta salutación: —Bienvenido seas **tata yatiri**, y tráenos la verdad y la justicia de Pachackamac y **Pachakjmama**.—

Luego de responder el brujo, tomó sin dilación un chal con sombríos cuajarones de sangre, traído de expreso, el que doblándolo en cuatro lo extendió en el suelo, acomodando sobre él una camiseta sucia de Luis Antón de Castilla. De su haraposa bolsa extrajo un muñeco de cera, grotescamente modelado, el mismo que lo envolvió en un rosetón de lanas multicolores. Hecho lo cual lo puso sobre la camiseta, en el centro del chal. En seguida ordenó que al apagar la fogata encendieran en ella dos hachones de madera resinosa que por el olor supe era copal y que los clavaran a cada lado suyo. Así fue. Acto continuo, en el círculo negro que dejó la hoguera, allí mismo donde un día hubo caído un rayo, hizo levantar una esnecie de pedestal con piedras negras, brillantes y pesadas, las que imaginó ser **wolfram**. Entonces ordenó trajesen a los soberanos. Al oír tal mandato se arrodillaron todos.

ARTURO BORDA

Y saliendo como tinieblas de la profunda noche, aparecieron unos indios conduciendo hasta el ara negra una cesta de totora conteniendo un matrimonio de momias incas, todo terrosas, en cuclillas y con los brazos desarticulados y cruzados. El vientre de la mujer está desgarrado, donde en vez de las entrañas se ve telarañas y la tiniebla siete veces honda. La piel apergaminada parece deshilarse en los brazos y las piernas, en los hombros y los pechos de ambos. Son un andrajo de la muerte. Las cabelleras seculares han crecido grasosas; los ojos dejan ver ampliamente las órbitas negras y profundas, detrás de los párpados encarrujados. El hombre inclina trágicamente la cabeza sobre la mujer, cual si le silbara un secreto al oído; ella está con la boca fruncida y chueca a causa de hallarse carcomidos los labios en el lado izquierdo, mostrando la dentadura, como un perro que gruñe. Le falta la nariz y los párpados de la derecha. Dijérase que contempla con hambre el brujerío. Tal, siniestramente iluminadas las momias, se destacan a buril sobre el vago fondo movible de la indiada ocre-violácea que se esfumina en la noche.

Detrás de las momias se han hincado en semicírculo las indias y, concéntricamente, los indios, destocados, en pie y con los brazos cruzados. Sopla un vientecillo nórdico de los Andes, calador y mudo. Noche de conjunción y ha comenzado la helada. De frente a la indiada y a las momias, el andrajoso yatiri está de pie, apocalípticamente colosal, con los brazos extendidos, absorto en la Vía Láctea. El silencio es agosto. Mas, de pronto, rompiendo el mutismo con su estridente grito, ha pasado una gaviota en el cénit, en tanto que a lo lejos se oye aullar como en los sueños.

EL YATIRI (con voz tonca, breve y clara)

Diga cada cual la acusación que hace. Hablen primeramente las mujeres. Y adviertan que lo que digan dicho estará ante el Tribunal de la Muerte.

LAS MUJERES (inmóviles y a coro)

Es el caso, eterno y sin esperanza de fin, que asaltando nuestra pureza en la niñez, a todas y siempre nos

EL LOCO

violan los patrones, los sacerdotes y los soldados; luego no solo que no nos pagan, sino que por nuestros ulteriores trabajos nos dan lo menos que pueden, y eso (!) para resarcirse en las próximas cosechas lo que dicen adeudárselo todavía, o, en su defecto, nos arrebatan nuestros hijos, tuna explotar sus servicios, aplicándoles sendas palizas por toda recompensa, arguyendo deudas imaginarias, sin embargo de que se predica que todo está prohibido por la ley. Los blancos y los mestizos, tata yatiri, caen sobre nosotros, como buitres en carne muerta, porque si nuestros padres, nuestros hermanos o nuestros hombres, reclaman, el un Iron, amparado por el gobierno y el ejército, acomete Indecibles represalias: en nuestras propias casas nos persiguen y cazan a bala, como si fuésemos onzas o pumas.

EL YATIRI (gravemente)

Ahora hablan los hombres.

LOS INDIOS (a coro y sin moverse)

Tata yatiri,, Lupirpiri, oye justicieramente la queja de la raza y lleva nuestra pena al Inca **Hillir** Huanac, cuando pase por La Paz, por nuestra **Chuqui** yapu marka.

La tradición que viene de padres a hijos, nos cuenta que desde que han llegado los blancos, ellos y los mestizos, ora con engaños o por la fuerza, se apoderan de nuestras tierras. Y así obran desde los presidentes de la república para abajo, todas las autoridades. Estas regiones, ¡oh **yatiri!**, un día eran nuestras; nadie nos pagó nada y ya no nos pertenecen; sin embargo, para nosotros son el látigo y el palo. Subprefectos, sacerdotes, jueces y militares, en fin, los blancos y los mestizos, todos se apoderan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, acarreándolos a trabajos forzados. De tal cruce nacen los llamados **cholos**, a los que aun tenemos que adoptarlos, porque los blancos acaso se avergüenzan de sus hijos, el germen de sus tuéтанos, esa recóndita blandice de sus huesos.

Yo, el **Mallcu**, **tata yatiri**, **Lupirpiri**, he leído el libro de ellos. Es cierto que hablan en nuestro favor: he

visto que lo hacen con celo y fe de sacerdotes o redentores, abogando por el mejoramiento de nuestra condición; pero yo que fui averiguando punto por punto, he descubierto que esos mismos que así hablan, y eso, sin excepciones, son justamente los que nos tratan peor, bajo todo punto de vista, arrebatándonos todo, al impulso de su avaricia, en pago de supuestas deudas de nuestros antepasados. Fuera de ello, cuando llevamos a la ciudad nuestras cosechas, nos hacen dormir al aire libre, en los corralones, juntamente con las bestias, aunque esté helando o lloviendo a torrentes, o, a lo más, nos permiten pernoctar en los zaguanes, no obstante que aun para sus caballos tienen espaciosas pesebreras, y casetas abrigadas para sus perros, y elegantes galpones para sus carruajes; y cuando nos dan comida, si nos dan (¡), que tal es su tacañería, se reduce a los desperdicios, de eso mismo que reservan para los perros.

Así nos tratan sin excepción esos escritores que publican libros y artículos en los periódicos en nuestro favor. Nos tratan, como ves, en más baja condición que a sus caballos y perros, sólo por diferencia de color y ropa, ellos, los que abogan en **público** por nosotros. Mas, yo el **Mallcu, tata yatiri**, he descubierto que obran así únicamente para ser autoridades y vivir a expensas de la nación, alimentándose con nuestras contribuciones, y, consiguientemente, al amparo de tal prestigio poder, sobre todo, explotarnos con mayor libertad, impunemente resguardados ya por la fuerza armada. Además, sabemos que no hay tradición de que en un pleito entre el colono y el patrón jamás venza el colono, por justa que sea su causa. Entre tanto, **tata yatiri**, nuestra indignación y angustia mueren en el silencio del corazón; pero si alguna vez nos alzamos en fuerza de un **exceso de justicia**, entonces nos cazan como a tigres, obligándonos a dejar por siempre nuestras tierras. Y esto a los cien años de ía independencia.

Aquí, entre vos, **tata yatiri**, y nosotros, están las momias de nuestros Incas. Juro, pues, señor, que he dicho la verdad.

Ahora, concretamente, los de esta finca, los aquí presentes, pedimos justicia contra el patrón Luis Antón de

EL LOCO

Castilla, por haber matado a látigo al **hilacata**, a su mujer y al hijo, habiendo violado a la imilla Kjanahuara, después de vender el ganado e incendiar la casa, y todo por haber desaparecido un pellejo de oveja en poder del mayordomo.

TODOS (a una voz, y sordamente, como hablando dentro de su pecho)

Justicia, señor...

EL MALLCU (emocionado y con voz más sorda)

La justicia debemos hacerla nosotros mismos, **tata yatiri**, porque no hay nada que esperar de los blancos ni menos de sus leyes, que para lo único que las aplican es para encarcelarnos y fusilarnos. Sus eternas ofertas, sus leyes y lo que llaman justicia, son las trampas con que nos hunden más cada día, mediante la avaricia de unos sacerdotes que no son de nuestro único dios el Sol, a nosotros que somos más honrados que todos ellos juntos. Por eso me toca preguntar: ¿qué derecho tienen, pues, entonces ellos para ser y estar mejor que nosotros? Mas, es de observar que si alguno de nuestra sangre sobresale, por lo que vale en sí, con su consiguiente soberbia, al instante IOH blancos, como ante la peste, le hacen el vacío social.

EL YATIKI (después de un largo silencio de reconcentración inmóvil, como una estatua de granito)

Istápjam, tatitunaca, mamitanaca.

He atendido con dolor la queja de la raza, queja que lo llevaré al Inca Jhillir Huanac, para que ponga en conocimiento del Emperador Inca Masoc Intinina.

En cuanto a Luis Antón de Castilla, ahora y aquí mismo recibirá su castigo. Y ya que por obtener oro no se detiene en ninguna forma de crimen, la justicia inmanente caerá implacable sobre él, si pedimos con el corazón el amparo de Pachackamac y Pachakjmama.

ARTURO BORDA

Bien. Ahora debemos dar las tres vueltas de la ronda mágica.

Y **kjalatos**, doceles y doncellas, con lentitud de tortuga llevaron en procesión la efigie de Luis Antón, en derredor de las momias. Detrás iba espectralmente la indiada. El brujo cerraba la comitiva.

TODOS (cantando con son monótono)

Misericordia, Señor. Señor...

*

Dijérase tal escena un aqueerre de Sabat en las abracadabras de una pesadilla. Pero volvieron a ocupar sus puestos, después de haberse vestido los muchachos desnudos.

En eso, saliendo de la sombra, como un fantasma, vino encorvada la abuela, una vieja centenaria, trayendo un cántaro y una taza de barro ornado con lagartos disformes, en la que sirvió un turno de aquel brebaje espeso, turbio y de olor penetrante. Primero bebieron las mujeres y después los hombres. En seguida entregó la abuela dos cálices de oro macizo que, sirviendo en ellos aquella célebre chicha, puso en manos del yatiri, quien hincando una rodilla las obló a las momias y al muñeco de cera. La noche estaba helada, limpia y muda.

EL YATIRI (sacando coca de su bolsa)

Ahora debemos preguntar si la venganza por medio del maleficio ha de tener efecto o no.

Dicho lo cual volvió a arrodillarse. Y elevando cuan alto pudo la diestra, iba echando sobre el chal las hojas de coca, mientras que con la izquierda hizo signos misteriosos. Parecía la representación de no sé qué inmensidades operando la cábala ante la augusta eternidad de la muerte. Y de su mano caían las hojas una a una o preadas, en

EL LOCO

extraños o directamente, en **tanto que saltaba Venus** los negros picachos de la cordillera. En seguida observo la posición de las hojas, balbuciendo: —Está bien.— **Por** que salió del pecho de la indiada un gran suspiro.

Mientras tanto regresó la abuela trayendo medio to de coca que la repartió a puñadas.

EL YATIRI

Ahora descansemos un instante.

Dicho lo cual se fueron todos con la abuela, en dirección al rancho donde mascaron la coca y bebieron unos ni nos más de chicha.

Las momias, allá, sobre la pira de **wólfram**, y **el** muñeco de cera sobre el chal, iluminados por los dos hachones, estaban como una visión terrorífica en la soledad nocturna.

El viento salmodiaba un lamento profundo.

*

A manera del zumbir de un enjambre de abejas, todos hablaban en voz baja, misteriosamente, mientras que el brujo, de pie, como una sombra informe y enorme, hacia signos extraños en la sombra.

Estaba en eso, cuando la **imilla** Kjanahuara, impúber aún, moviéndose retrechera, no obstante la solemnidad del acto, sirvió el último turno, anunciando que lo **era** así

El brujo roció otra vez con su dedo el líquido hacia todos los vientos. Cuando bebió el resto, la indiada guardó un silencio de oración.

Estando en tal recogimiento se oyó el extraño canto del misterioso gallo de fuego que al pasar a volapié, iluminando la noche, se desvaneció en el aire.

ARTURO BORDA

Por eso la indiada, levantándose **precipitadamente** fue a ocupar cada cual su sitio en el hemicycleo.

El silencio era ya trágico y molesto, tanto por su duración cuanto que por él mismo. El **yatiri** o brujo, con los brazos en alto, alumbrado por los hachones, estaba de hinojos, mirando al cielo, delante del brujerío y las momias, de frente a la indiada que con la cabeza gacha miraba fijamente por el raso de cejas y las pestañas al **yatiri**.

EL YATIRI (con gesto siniestro)

Ahora **tú, imilla Kjanahuara**, trae la orina de Luis Antón.

Y la **imilla**, incitante y garbosa, iluminada por aquella extraña luz, se aleja poco a poco, desapareciendo en la sombra, que, por efecto de la luz de los hachones, se hace más densa, de la que en seguida, lentamente, como si se materializara la sombra, retorna la **Kjanahuara** con la secreción pedida.

Luego el **yatiri**, en medio de **un** mutismo sepulcral, prepara en una concha de armadillo, o kerauncho, una mezcla infernal de orina, sapo diseco, uñas de gato montes, ojos de topo, nariz de oso hormiguero y feto de cerdo, todo espolvoreado con azufre.

Acto seguido, emergiendo de la sombra, viene pesada, iluminándose lentamente, la abuela, trayendo leña y tres piedras rectangulares, con las que armó una especie de fogón, en el que acondicionó la concha del armadillo. Enciende la leña y sopla en ella hasta que hierva la infernal mixtura.

EL YATIRI

Tatitunaca, mamitanacampi.

Desde los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos es cosa cierta que estamos en esclavitud. Así, pues, sabemos cómo nos explotan, tanto el **cholo** como el blanco.

EL LOCO

Sabemos esto tan **a** conciencia, que no merece comentario.
De consiguiente, pidamos justicia **a** la Pachakjmama y **a**
Pachackamac.

TODOS (repitiendo palabra por palabra
y monótonamente)

ORACIÓN

¡Oh, la Noche!
bendita seas por siempre,
ya que en el sueño
son tus sombras un amantísimo reposorio
de toda miseria.

Que las lágrimas del que sufre
y que la helada congela,
sean a la mañana la **ofrenda del alma**.

El sigilo reparador
que tu sombra **cobija**
¡oh, la Noche!
al amparo de las luminosas **estrellas**
sea un secreto ejecutor
de nuestra sentencia.

¡Salve **a** tí, oh la **Noche!**,
augusta esperanza de los oprimidos
y serenador consuelo **en las tribulaciones**.

¡Oh, la Noche!
que tu sortilegio destile,
en esta hora de maleficio,
mil angustias de **abracadabra**
en el brujerío **a** Luis **Antón**.

JACULATORIA

¡Oh, **Pachackamac!**,
hechor del universo,
y tú, **¡Pachakjmama!**,
fecunda tierra,
los hijos del Sol imploran justicia.

ARTURO BORDA

¡Justicia, Señor!
¡Justicia, Señor! Justicia...

Dicen besando la tierra y recobrando su actitud primera, cuando en el aire se siente un leve rumor, cual si fuese el quebrarse de la cebada o el batir de alas ariolas.

EL YATIRI (transfigurado y abrasado en su llama sagrada, con los ojos casi vacíos en la dilatación de sus pupilas, como quien indaga en lo insondable de las tinieblas, parece observarnos desde una lejanía en el tiempo, que horripila, provocando el vértigo — es como la mirada última de los ajusticiados y que es a la vez el de las rudas reconcentraciones para extraer del caos las grandes creaciones en esa ojeada que abarca la eternidad — hincado de nuevo toma ceremoniosamente el muñeco de cera, atravesándole poco a poco la cabeza de sien a sien)

Así, lenta y dolorosamente, Luis Antón, te volverás loco, adquiriendo el alma de los ingredientes que macero en tu orina, y luego morirás hirviendo en tu desesperación.

TODOS (a coro, como en ritornello)

Morirás en tu desesperación.

EL YATIRI (aproximando la efigie a la llama del hachón derecho) >

La luz del Sol sea tu martirio, Luis Antón (llevando luego el muñeco a la llama del hachón izquierdo) y será tanto como la luz de la Luna y de sus Estrellas; es decir, no podrás soportar ninguna luz. (Apagando ambas luces, mientras arroja el muñeco en la mixtura que hierve). Además, las tinieblas serán tu desesperación, Luis Antón, porque sentirás que tu carne se quema en ellas.

EL MALLCU

¡Oh, Lupirpiri, tata yatiri!, invoca también la protección del Kgate-kgate, del Supaya, el Anehanchu y la Mekjala.

EL LOCO

EL YATIRI (poniéndose en pie, con los ojos al cielo y los brazos en alto; luego de hinojos, besando la tierra, y con voz lejana que parece de ventrilocuo)

¡Oh, potencias maléficas del misterio!, oíd el recóndito y sordo clamor de la raza. Os conjuro, ¡oh legiones p Iniquidad sempiterna!

Todo es que acaba de hablar, que en el cielo se ve inusitado trajín de informes cuerpos luminosos, a semejanza de meteoros. Mas, del lado de los Andes viene la **Mekjala**, alta lívida, escuálida desgreñada y fosforescente Al desvanecerse dá un silbo que penetra como taladro en los tuétanos.

EL YATIRI (casi sin respirar)

Tú, siniestra **Mekjala**, llevarás la miseria a la casa e Luis Antón.

En eso en las ventoleras en remolino llega del miso lado el Anchanchu, fosforescente también. Se contonea tuto el rechoncho enanillo, risueño y traidor.

EL YATIRI (expirando poco a poco)

Tú, hipócrita **Anchanchu**, le inyectarás a Luis Antón la enfermedad incurable y aguda como el tic doloroso. Además, en su agonía serás la burla sacrílega.

Dicho lo cual desapareció en el fogón el duende, mientras que se oía venir en el silencio profundo, algo así como el taconeo de pies desnudos o de muletas sin regatón. Al fin, dando saltitos menudos llegaron, con los ojos Inyectados y desorbitados, crujiendo la dentadura y alborotada la cabellera, tres cabezas, en las que todos reconocieron, sobrecogidos de espanto, al hilacata, su mujer y e1 hijo muertos a látigo por Luis Antón. En la sombra la linda **imilla Kjanahuara**, al ver las cabezas, de sus deudos, e desmaya.

ARTURO BORDA

EL YATIRI (alegremente)

¡Oh!, bienvenidas **Mekjalas**, vosotras, noche por noche, a esta misma hora, de hoy en adelante, deberéis atacar a Luis Antón, el asesino, y a su familia, hasta que mueran. Y vuestra expresión debe ser terrorífica como nunca.

Las tres cabezas, regando con su sangre el suelo, van a saltitos a acomodarse en el chal, sobre la camiseta sucia del asesino, frente a frente de las momias, con las que entablaron un diálogo incomprensible, como con el rumor de los vientos en alta mar. Luego se retiraron igualmente trágicas, dando los saltitos menudos y haciendo venias a la indiada. Así, raspando el suelo al irse iban desangrándose en la noche.

Después una multitud de fantasmas informes invaden el lugar, tanto que los indios...

Pero desaparece la visión.

*

Así yo estaba viviendo una existencia tan rara, como si fuese en montañas de nubes a la hora crepuscular. De tal suerte con él lumínico betún de mis ensueños embarnicé la existencia. Por tal manera, en el tacto, en el oído, en el olfato y en la vista, llevo constantemente la pátina de las ensoñaciones. He forjado mi mente en el misterio de las auroras y en las nébulas del crepúsculo de la tarde, al amparo de Luz De Luna. Durmiendo o vigil la existencia tiene para mí el hálito y la magia de lejanos universos: es el surgir o desvanecerse del enigma en las neblinas. Mi densidad se irrealiza en levedad y rapidez sin nombre. Auroras, aromas y sombras alegran mis horas de amor y de gloria; si no ¿qué es aquello... ?

*

Esta es una campiña reverdecida. No lejos una espesa arboleda hace sombra a una cisterna; y un arroyo

EL LOCO

gracioso se pierde en la espesura, deslizándose en giros y revueltas. A semejanza de un apiñado tropel de montañas avanzan las nubes; mas, imponentemente sublime, sobre ellas se destaca el monte Illimani en el turquí bruñido de los cielos andinos.

En un senderito que a modo de cintillo cruza el arroyo, salta encantadora una pastorcita donairoso, con movimiento elegante y lleno de soltura, arreando su majada de bellón esponjado y niveo. Canta, y cantando se interna en una encañada que repercute el eco, concertando su voz con el trinar de innúmeras aves escondidas en la floresta y con el alegre rumor de la torrentera que se despeña de roca en roca aventando en el rocío su efímera y maravillosa pedrería bajo un dosel de juncos y robles.

De la cisterna al borde canta una calandria.

En la fronda de un árbol pían estridentemente en su nido los pichones de la paloma, en tanto que ella va y viene trayendo en su pico mil gusanillos. El sol infunde loca alegría, mientras que un orangután encadenado al roble, salta gesticulando impacientemente, de modo innoble, ridículo y maligno, rascándose a cada instante, ansioso de asaltar el indefenso nido.

Pero de pronto retumba terroríficamente un trueno, rodando de cumbre en cumbre, mientras llega bramando la tempestad que encapota el firmamento, al ímpetu del aquilón que pasa arrasándolo todo...

*

Ya ni ave ni fronda ni simios, sólo ramajes ligníferos y el arroyuelo que sigue murmurando.

Luego de la hondonada viene una gran humareda acre. Después avanzan dentadas las llamaradas piramidales del incendio en el bosque; llegan crepitantes, danzando a latigazos y desaparecer en el aire una de otras en pos. Mas del ceniciento cielo se desata una lluvia torrencial, en tanto llega en tinieblas la noche, tan honda y caladora que hace huir.

ARTURO BORDA

Al salir de una hoyada tropiezo con una india que lleva a cuestas el cadáver del indio que por un cuero de oveja llevaron a presidio. De pronto la india y el cadáver me miran de soslayo, pero tan siniestramente que...

Desaparece la fantasmagoría.

VII

METAMORFOSIS

Siento mucha picazón: alfilerazos de fuego.

Enciendo la candela.

En mi casa hay una pulga que salta maravillosamente. Salta y desaparece. Mis ojos giran ansiosos, buscándola. El puntito bruno reaparece en distinto sitio, para desaparecer otra vez. La veo y doy un manotón.

Y así mucho tiempo.

Estoy en ese afán, cuando yo no sé cómo ni por qué, se me ocurre ser gato; y sin más ni más, poniéndome de rodillas y manos, a guisa de patas, empiezo a mayar, dando saltos y zarpazos, en pos de la pulga. Luego, acaso por la agitación, cual si me hubiese escaldado, me agazapo en un rincón, mayando tristemente.

En mi espíritu se opera no sé qué revolución de conciencia y subconciencia, y de la razón y la locura. Estoy atento a lo que me sucede, vigilando el automatismo de mi cuerpo.

INCONSCIENTE

¡Miau! ¡Miau!

**CONSCIENTE (notando el desarrollo de mi pluralidad,
compadeciéndome acaricio mi
cabeza con mi propia mano)**

Pobrecito... ¡Qué triste es tu condición! Pero ¿por qué te has vuelto gato?

EL LOCO

INCONSCIENTE (como si efectivamente fuese otra persona la que me habla con un tono de voz tan desconocido para mí, mirando lacrimosamente al yo imaginado)

¡Miau!... ¡Miau!...

CONSCIENTE (comprendiendo que tal proceder es brutal)

Tu estado pone en mi corazón un dolor infinito. Párate, por favor; no está bien que andes de cuatro patas.

INCONSCIENTE (muy compungido y como si la metamorfosis fuese evidente, queriendo llorar)

¡Miau!... ¡Miau!...

CONSCIENTE (indignado imagino atracar un puntapié al cuerpo inconsciente)

Me da rabia éste idiota. De un puntapié...

INCONSCIENTE (poniéndome en guardia, enarco la espalda, frunzo la nariz, dilatando los ojos, mientras crujo la dentadura, chuequeando la boca)

Schiiiiiss...

CONSCIENTE (con despecho)

¡Aja, já, já! Pero ¿qué haces, por Dios? Esto ya pasa de castaño oscuro. Levántate. (Llorando) Alma mía, ¿cuál es mi condición? ¿Es que efectivamente estoy loco?

INCONSCIENTE (desesperado)

¡Miau!... ¡Miau!...

CONSCIENTE

Risa y cólera me da ya mi propio mayar. No seas idiota; levántate.

ARTURO BORDA

INCONSCIENTE (haciendo esfuerzos inauditos por implorar auxilio)

¡Miau!... ¡Miau!...

En eso noto que desplazándose de mí un tercer YO, compadecido de mi condición, nada más que por salvarme empieza a rodar velozmente en el piso, en forma de sombra o musaraña. Parece un ratón que huye. Y me pongo en alegre acecho. Cuando pasa doy un tremendo manotón.

El dolor por una tachuela clavada entre uña y carne me reacciona.

En mi alma y en mi cuerpo se rebaten mil sentimiento de alegría, de tristeza y consolación.

Resuelvo ir de paseo para distraerme.

*

El sol está alto. El aire es fresco. En la rebullente fascinación de la mañana hay el encanto primaveral. Una señorita va hermosamente excitadora y retrechera, cuando y o . . .

Pero ya no quiero escribir, porque acaba de pasar un fraile. Y los frailes son malagüeros.

A propósito.

Pienso que los intereses exclusivos de Roma están rigiendo en todo el mundo una apariencia de política religiosa, siendo que en el fondo no es nada más que una política económica... En todos los países mediante los sacerdotes, clérigos o frailes, y seglares, que son los más canallas, a todos los cuales la religión los declara menores de facto, que equivale tanto como a irresponsables, humillando por tal manera la condición del hambre, la política religiosa es extraer ociosamente por medio de la caridad pública, sólo para el Papa, todo el beneficio posible, espiritual y material, material sobre todo, tales como el

EL LOCO

oro y otros, para lo cual no se detiene en provocar guerras o revoluciones, y ello del modo más hipócrita imaginable. ni consiguiendo, todo religioso, en cualesquiera nación no estuviere, ya que resulta carcoma y sanguijuela, debe ser fatalmente considerado como extranjero, porque el religioso en su profesión de fe renuncia hogar, familia y patria, para ponerse absolutamente al servicio de su Papa, de tal manera que cualquier beneficio que logre tiene que ir fatalmente a Roma.

Es por eso que ningún gobierno patriota debería consentir, que los clérigos, frailes, o lo que fueren, intervinieran ni de modo indirecto en el manejo de la cosa pública, porque su intervención equivale, de hecho, a la intervención de un gobierno extranjero. Y tolerar tal intromisión es algo como aceptar de **facto** la traición a la patria, como legal. Esto me hace considerar que si se tolera en las cámaras la representación de los frailes, allá donde se ha de dictar leyes nacionales, tanto más derecho tienen los militares del ejército nacional para tener sus representantes en el congreso, porque el ejército es el sostén de la nacionalidad porque el ejército es la víctima presupuesta ni aras de la integridad nacional.

Y así estuve pensando estupideces, mientras que la señorita y el fraile desaparecieron en una esquina.

VIII

LA PATRIA

Ayer la policía se desgalgó en la población, haciendo una batida a los pordioseros, los cuales, lisiados y senectos, abandonaron tristemente la ciudad, yéndose **por** todos los caminos; y anoche tuve el siguiente sueño.

Era un telón de raso negro que se abrió mostrando la escena iluminada a **pleno** sol.

ACTO PRIMERO

Escena primera (En el cruce de mil caminos circulan a medio día los ejércitos de los hambrientos)

ARTURO BORDA

EL GUARDAVÍA (autómata hierático?)

¿A dónde vais tan tristes; es que abandonáis la patria?

LOS MISERABLES (mordiéndose los labios)

El hombre no tiene patria. Queremos trabajo: lecho, andrajos, techo y pan.

(Y fue un desfile más de espectros que de gentes. Los jóvenes, los viejos, las vírgenes y los niños, torvos, sañudos, en silencio de hambre y desesperación, iban con rencor de odio y de muerte. Iban en largas hileras de Norte a Sur, de Oriente a Levante, de Este a Oeste y de Oriente a Occidente, cruzándose en un andar sin fin y maldito).

Escena segunda. **(El mismo cuadro, pero circulan en todas direcciones las caravanas de los excursionistas)**

EL GUADAVIA

¿A dónde vais tan alegres; es que regresáis a la patria?

LOS AFORTUNADOS

¿La patria? Llevamos con nosotros nuestro oro, él en cualquiera parte, borrando el pasado nos da alegría y bienestar.
¿La patria? El oro.

*

ACTO SEGUNDO

Escena primera **(Avenidas formadas por suntuosos palacios)**

EL LOCO

LOS MILLONARIOS

Necesitamos un ejército para custodia y defensa de nuestros intereses.

LOS MISERABLES

Listos. Venga el trabajo; queremos vivir.
(La urbe resplandece en oro de galones
y corazas del ejército que se anima al son
del himno guerrero).

Escena segunda (**Campos de batalla. Los soldados
proletarios se degüellan defendiendo
a los millonarios. Concluye la
lucha**).

UN MISERABLE (herido y aun más miserable
que antes)

No hay cómo. Me voy, compañero, a otra parte; a
ver si hago patria en tierras más lejanas.

OTRO MISERABLE (después de saquear los bolsillos
de los heridos y muertos)

Felizmente que yo acabo de hacer ya mi patria. Ahora
quiero vivir: quiero gozar; la fortuna me sonrío.

*

Y el telón de sombra densa iba cayendo lentamente,
sepultándome en las tinieblas, en las que fui pensando
que tal será el teatro del porvenir.

IX

EL ÁCRATA

Esta mañana un diario ácrata "**La Dinamita**",
incitando
al pueblo a la revuelta, daba la siguiente noticia:

ESTUPROS Y VIOLACIONES

Los conocidos rufianes Amílcar Lanza y Mario de La Rosa, jugadores alcoholizados, y morfinómanos, en compañía de unos aristócratas burgueses, igualmente borrachos, que viven de prostíbulo en prostíbulo y de taberna en taberna, se sabe que secuestran indiecitas y obreritas menores de edad, valiéndose de narcóticos y otras infamias. De ese modo estupran y violan casi en cuerpos muertos. Luego las víctimas mueren dejando sus hijos en la miseria.

De tal manera los rufianes, siguiendo sus viles correrías, andan de prostíbulo en prostíbulo, viviendo de la inmunda ganancia de las prostitutas, sin que la policía tome parte, sólo porque los canallas hacen de genízaros en elecciones, para sostener al gobierno. El pueblo furioso debe... etc.

*

Durante el día estuve en la pampa, tendido de espaldas en el pastizal, al lado de un arroyo, meditando en los mil aspectos de la existencia, mientras miraba desfilar cual góndolas, las nubes en el azul.

*

Serían las diez, más o menos, pero el crepúsculo duraba aún. El paisaje estaba lúgubre a causa de la luz cenicienta. Yo iba un tortuoso callejón de los suburbios.

En una tienda a puerta cerrada tocaban acordeón, larga y tristemente. Unas voces aguardentosas cantan:
--Capricho me ha de llevar, capricho me ha de llevar...—•

Y pasé de largo.

*

Más allá, en una tiendita de aspecto miserable, entre los escombros de una ruina, oí así como un gemir las-

timero, tanto que sin saber cómo me hallé de pronto en el dintel. Iluminaba apenas el recinto una vela de sebo. El diente era húmedo, como de exhumaciones en ruinas. Sujería no sé qué de milenios. A través de las penumbras se veía retazos de cielo en el techo enhollinado y de paja. paredes agrietadas son de adobes. Quedan restos de empapelado o periódicos podridos. En el suelo desenladrillado hay unos cuantos cueros de oveja y dos cajones sucios cacharros y algunas herramientas enmohecidas.

En un rincón, cubierto con una manta andrajosa, reposa un hombre lívidamente apergaminado, rodeado de criaturas esqueléticas y casi desnudas. El hombre repite constantemente, con voz lenta y apagada: —**Tengo derecho a vivir. Tengo derecho...** —mientras que las criaturas dicen, como una oración en las agonías: —**Pan, papá. Pan, papá**—. La mujer, espectralmente pálida, sopla las brasas del tuerco, en un extremo, calentando algo en una «bollada lata de conservas. Así que me vio vino a mí, apurada como borracha, mascujando: —**Ahí está, señor, el errata. Ya no hay remedio. No querían darnos trabajo en ninguna parte ni a él ni a mí y ni a mis hijos. ¡Y nuestros hijos, señor! Mire... ¡Hum! ¡Los ángeles...!—** Y mientras alzaba los ojos opacos al cielo, amenazando con sus manos empuñadas, se ahogaba en su pecho un estertor rugiente. Pero nadie lloraba ahí, sin embargo yo seguía oyendo tan cerca de mí aquel llanto misterioso y profundo, que sentí recorrer en mis nervios una onda de calofrío que me hizo saltar las lágrimas, por lo que salí sin proferir ni una palabra.

*

El cielo estaba estrellado y la noche era serena. Multitud de obreros se recogían como sombras que se escurren, visiblemente agobiados.

*

Llegué a casa y me acosté; pero no pude dormir, porque aquella familia ácrata muriendo en la miseria se me presentaba a cada momento, aunque cerraba fuerte-

mente mis párpados. En mi oído resonaban de modo extraño el llanto misterioso y los voces que decían: —Tengo derecho a vivir. Tengo derecho...—, a lo que respondía la débil voz de la mujer, amenazando al cielo: —Ya no hay remedio, señor...— Después oí vagamente clangor de cornetín, doblar de campanas y noté que mi cerebro giraba creciendo sin término en una inmensa blandicie de sombra; luego...

*

Echándose la manta al hombro con su mano encallecida, pasó rápidamente el obrero, dejando la huella de sus zapatos embarrados. Corrí tras él, pero ya estaba lejos. Siguiendo su rastro llegué al confín.

La multitud se movía sordamente a semejanza de las olas en el mar, y como cuando se rompen en los escollos, estalló en una ovación ronca que se fue dilatando en las lejanías. El orador había subido a la tribuna. El silencio en la multitud era de angustiosa expectación, hasta que habló así:

Camaradas de infortunio, todos los menstrales, la hora de las reivindicaciones ha llegado.

Compañeros, no estamos reunidos aquí por cobardes: ¡no! No hay y no puede haber ni uno solo que no defienda a sangre y fuego el pan amargo de sus hijos. Estoy convencido que nadie tolerará uno solo sospechoso de cobardía, ni siquiera de vacilante, porque nuestra causa requiere únicamente de héroes.

Nuestra causa, compañeros, es la más santa y enorme que defiende la humanidad, desde que hubo ricos y pobres: desde que hubo quienes mueren de hambre, regando con su sangre y sudor la tierra que rajan y desde que hubo millonarios ahitos de exquisitas viandas y regios elíxires, sonriendo entre púrpuras de oro, sobre pisos de Damasco, extasiados en el rutilar de su rica pedrería en auríferos joyeles. Defendemos, pues, compañeros, nuestro derecho a la vida, contra los que han tornado en

EL LOCO

cadena la libertad que recibimos gratuitamente con la existencia.

Yo no sé hablar. Pero, compañeros, existe cuatro clases de hombres.

- 1° — los que no piensan ni hablan ni obran;
- 2° — los que piensan y no hablan ni obran;
- 3° — los que piensan, hablan y obran sin objeto, y
- 4° — ios que piensan, hablan y obran mal.

Pero podemos agregar una quinta categoría: — los que meditan y obran bien. Así que meditemos y obremos. Kso es lo necesario; la vida no es asunto de dialéctica: para decir tengo hambre no me precisa dar una lección de fisiología.

Ahora bien: ¿Qué es lo que necesitamos? Es suprimir para todos el martirio del mañana: tener seguro el techo y el pan que la naturaleza nos dio gratuitamente y que el capital nos ha robado. Somos mil veces más esclavos que los esclavos, en razón de la conciencia que tenemos de la libertad, así como somos mil veces más mártires que los mártires, en fuerza de esa misma conciencia de nuestra libertad y nuestros derechos.

La única forma social que conduce a ese fin de bienestar es que el Estado obrero se haga cargo de todas las industrias. Entonces se abolirá el dinero y cada uno se desenvolverá en su esfera de acción, sea industrial, científica, moral o artística. El Estado recibirá todos los productos para distribuirlos al pueblo. Cada cual tendrá lo necesario para vivir. Además, médicos, arquitectos, ingenieros, profesores, sabios, labradores, artistas y cargadores, todos trabajarán conforme a su inclinación, para hacer libremente el mejor trabajo, sin que la distinción de razas y profesiones establezcan las odiosas, inútiles y perjudiciales jerarquías sociales. Un inventor y un genio, lo mismo que una hermosa mujer, una buena cosecha y un monstruo, todo estará separado por su naturaleza, como está el agua del luego y el éter de la tierra, sin que uno valga más que otro, no porque éste sea leve y aquél denso. En tal orden

social la reglamentación del trabajo sería dada por edades y en quehaceres iguales al principio; luego se iría separando los individuos, por edad, sexos y aptitudes. Los inhábiles y lisiados estarían al amparo del Estado.

En tales condiciones, la democracia llegará a ser un concepto sin sentido, ya que sólo existe en virtud de su oposición a la aristocracia burocrática y burguesa. Pues, compañeros, la palabra que resume tal estado social es **justicia**.

En semejante sociedad el crimen dejará de existir, si no aparece puramente como instinto, ya que las causas del medio estarían suprimidas, tales como son el oro y la vanidad figurativa, porque el amor en el matrimonio no sería más una simple e inmunda transacción comercial.

Estas son las posibilidades remotas, pero que un día serán realidad. Por eso mismo estas generaciones estamos obligada a ir disponiendo radicalmente el ambiente, para que sin sacudidas, de un modo paulatino, se llegue al anarquismo integral.

Cada cambio de ideas y costumbres que impone la existencia son la educación de los pueblos hacia formas de progreso más avanzado posible.

Ahora veamos los medios del mayor mejoramiento inmediato.

En primer lugar, de toda ganancia líquida que pase del seis por ciento debe percibir proporcionalmente el Estado. Y cuando la renta pase de cinco millones anuales, la industria o la propiedad debe ser estatizada al segundo año.

En segundo lugar, hoy mismo se debe declarar propiedad del Estado las boticas, así como el reparto de leche, pan y carne, debe municipalizarse.

En tercer lugar, todas las rentas deberán ser invertidas en el fomento **ilimitado** de la agropecuaria; en crea-

EL LOCO

ción de escuelas gratuitas una por cada mil habitantes, y, ni i la misma proporción, asilos, inclusas y hospitales.

Por último, se deberá instalar casas habitaciones para el pueblo en la mayor proporción que se pueda, estableciendo cooperativas de consumo por distritos en el país ir zonas en las poblaciones, librando de todo gravamen internación de los artículos de primera necesidad y recargando con ciento por ciento su exportación, así como la liberación total de impuestos a la internación de toda clase de maquinarias.

En cambio, ¿qué hacen los millonarios, y especialmente los millonarios nacionales en todo el mundo? Explotar su patria y dilapidar en el extranjero miles de millones de oro nacional, sin aportar ningún beneficio práctico la patria que les da gratuitamente sus entrañas auríferas, que no pertenecen al Estado, sino que al pueblo, es decir, a cada individuo.

El millonario nacional que procede con tal ingratitud, es el tipo del antipatriota consumado, y por ende el otro aspecto del traidor a la patria.

Y los ministros, senadores y diputados que no velan por una tercera parte de esos capitales que salen para no volver, se inviertan en el establecimiento de industrias para los mismos capitalistas absentistas, con participación también del Estado, esos representantes que no obran así, que no piensan así, que no quieren así, son nuestros enemigos. A ellos, pues, guerra a muerte, porque en ellos es en quienes debería estar la ley, la justicia, el futuro de la patria, nuestro bienestar, están en contra. En este sentido, II ni gobiernos actuales son también nuestros enemigos, copartícipes del capital en el usufructo y en la explotación del hombre por el hombre.

Y no hablo, compañeros, del explotador extranjero, porque si el explotador extranjero no obra en todas luirlos del mundo como extranjero, a quien no le importa nada de nada al país que explota si no es su explotación, no es extranjero.

El extranjero sólo es grande siendo anarquista: el soñador sabio que es todo sacrificio por el bienestar humano y que sólo descansa en su propia fuerza.

He aquí por qué el impuesto a la renta debe ser proporcional, así como las tierras y las minas deben ser estatizadas después de sesenta años de explotación, después del lapso que constituye la vida del hombre, del individuo a quien se le adjudica.

Compañeros, es urgente abolir esa infame ley de sucesión. El que no trabaja no tiene derecho a vivir, menos, pues, a recibir cuantiosas fortunas que no le cuesta ni el trabajo de haber respirado, y que posee únicamente porque es hijo de su padre. No, compañeros. Esas fortunas, casi sin excepción, amasadas con las lágrimas de los pobres, sólo sirven para fabricar idiotas, cretinos, soberbios, vanidosos y déspotas: la hez moral del hombre, porque no saben del agobio constante en la lucha noble y honrada, a brazo partido, por el pan de cada día.

Pero veamos ya en qué descansa la teoría socialista, aquello que nadie dice, siendo como es tan simple. Descansa en la sed de justicia, porque la verdadera igualdad está en la Justicia.

En virtud de esa ley que sentamos, vale tanto el hielo de las cumbres como la tierra fecunda de los valles y como la evaporación y condensación de los mares en la benéfica nube, cuya lluvia fecundiza los páramos.

Cada cosa tiene su valor, establecerla es la igualdad. He aquí por qué no debemos dar el mérito y los honores de sabio o santo a un imbécil, sólo porque tiene millones de doblones.

Al subalterno que hace el trabajo que no puede llevar a cabo la incapacidad del jefe se le debe pagar lo que gana el jefe, colocándolo en su puesto.

La remuneración no es por la representación, es por el trabajo efectivo.

EL LOCO

Compañeros, existen jefes en todas las oficinas públicas y privadas, tan déspotas, por borrachos o por instintivamente malos, que ya no íes queda ni noción de equidad ni siquiera de urbanidad para con los infelices. No tienen ninguna idea de respeto en los modales, en el timbre de su voz y menos aún en la mirada, cuyo valor ni sospechan; tal es su ignorancia. Y como entre los inferiores asalariados existen individuos susceptiblemente más cultos, quizá más inteligentes de lo que puede suponer cualquier patrón, resulta el choque inevitable entre la dignidad y el despotismo.

He aquí por qué cada gremio debe sostener, siquiera sea por puro sarcasmo, una escuela donde se enseñe urbanidad a los patrones y las mil modalidades del corazón, Ir mondo presente que lo que busca el hombre no son babosas zalamerías, sino justicia, nada más, porque siente que más acá y más allá de la justicia está la arbitrariedad ron el séquito de todas sus iniquidades.

Y debo hacer una observación.

El salario mínimo, tanto como el máximo, así como las ocho horas de trabajo y el descanso hebdomadario, no son nada más que paliativos para que los capitalistas sigan acumulando oro y más oro y la miseria siga consumiendo asalariados y más asalariados. Así que nuestro puesto de lucha está bien definido.

En primer lugar los obreros, es decir, los asalariados —intelectuales o morales—, los que no tenemos dónde caer muertos, por mucho que reventemos trabajando, debemos tener también nuestro **libro negro** en el corazón, inscribiendo en él a todos los capitalistas, y, sobre todo, a los que, ocultando su fortuna en la hipocresía, quieren salvarla, apoyándose en nuestra causa para explotarnos, después de ser en nuestro seno espías y delatores.

Luego, compañeros, sabed que el compañero, amigo y casi hermano, que milita en nuestras filas y nos traiciona, es, sin vuelta de hoja, obrero capitalista, aquel **que** porque adquiere fortuna es más repelente y déspota que

el aristócrata acaudalado, así como el indio refinado es el enemigo del indio.

Compañeros, ha llegado la hora de las reivindicaciones sociales.

Un día, compañeros, abolido el derecho de propiedad, desaparecerá la nación y la patria, y no habrá más guerras de conquista.

Compañeros, debemos sentar también éste principio o ley:

Sin el trabajo de la tierra el oro no vale; de consiguiente, el obrero es la fuente del valor. Siendo así, al obrero es a quien le corresponde decidir del estado social del mundo. Sin el humilde trabajo del obrero nadie comería, nadie tendría lecho ni techo; ni la ciencia ni el arte podría prosperar, porque todo lo hace la mano del obrero.

Compañeros, el obrero está manejando el mundo desde que apareció el hombre; de manera que nosotros somos quienes debemos resolver del mundo.

Nosotros podemos vivir libremente bien, sin ninguna necesidad de los que pretenden monopolizar la sabiduría —los intelectuales, esa aristocracia irrisoria—; en cambio, ellos *no* podrán vivir sin nosotros, a menos que desciendan, en fuerza de la vida misma, a la condición de simples obreros: a cultivar la tierra, a labradores.

La única forma de establecer el nuevo orden social, dentro de la justicia y la igualdad, que es la ambición más desinteresada imaginable, es el comunismo, no nacional, sino humano, lejano, sí, pero llegará un día.

Para que tal idea sea una realidad, como fue en tiempo del imperio incásico, lo que nos urge es, sin perder de vista el momento, y más bien, abrazándolo en todos sus contornos, ir haciendo fuertes ahorros, para efectuar un día el paro mundial, la huelga general. Entonces el capitalista sabrá por experiencia definitiva, que ni la fuerza

armada ni todo el oro del **mundo**, no vale **nada**, si no es el trabajo del obrero.

El ahorro del trabajador es la huelga, es la imposición de sus derechos. El obrero que no ahorra no puede sostenerse en la huelga, mucho más si se prolonga, en cuyo caso no tiene más remedio que ir a la huelga revolucionaria en fuerza de la necesidad, o si no no tiene más remedio que caer de llano en la esclavitud, aceptando de platudas las condiciones que imponga el capital. Así, pues, que pretenda hacer huelga sin su capital de economías o sea de resistencia, es un imbécil.

Además, el estado demócrata socialista acrático es único medio posible de evitar la guerra económica, aquella que un día asolará la tierra más siniestramente que la conflagración del año 14; pero aun más sangrienta que esa guerra económica será la revolución que un día habrá de presenciar el mundo: la lucha por la supremacía sexual, la que será algo como la extinción de la especie, ya que será el amor y la atracción repulsándose con odio y ansia de victoria.

Mientras tanto yo iba pensando en mil cosas, oyendo la voz del orador únicamente ya como el rumor de una torratera. Pero de pronto su voz se hizo tan recia que despejó esa especie de bruma en mi cerebro, y pude comprender que decía: —**Compañeros, alerta a los horizontes.**— Y lodos, como por resorte, miramos los confines, en los cuales se habían apostado unos individuos hipócritas y ambiciosos de todos los partidos políticos militantes, que nos vigilaban en actitud de dar un salto hacia nosotros.

Y prosiguió:

Compañeros, todos esos que veis en lontananza, acechándonos con ojos brillantes, de chacales o buitres, son los capitalistas que quieren explotarnos todavía, presentándose como cabecillas o segundones del partido socialista, del radical o liberal, o de los socialistas cristianos, corno si estuviesen interesados en nuestros infortunios, y todo para arrancarnos **hipócritamente nuestro voto, y por**

ello ir a recibir sueldos pingües, ya sea de senadores, diputados, obispos y generales, o de ministros de Estado, plenipotenciarios y de justicia, o de presidentes de la república.

Y luego, ¿sabéis qué? Se matarán de risa de nuestra inocencia, de nuestra estupidez, de nuestra eterna impotencia para tomar la personería de nuestra propia representación, como soberanos que somos del mundo. Su burla será cáustica, porque nos calificarán como a ignorantes de nuestros propios intereses y que nos vendemos por nada sin saber cómo ni a quién.

Observad cómo todos ellos, que son nuestros enemigos en acechanza para desbaratarnos, para aniquilarnos para siempre, son totalmente los propietarios de la fortuna, cuyo origen está absolutamente en la explotación más inicua a la humildad y la inocencia del obrero.

Notad bien, muy bien, analizad más y más, como para no olvidarlo nunca, y veréis que todas las autoridades son capitalistas, e interesados en los beneficios que reporta el Estado, superando disimuladamente una doble explotación al obrero. Ellos, los fatídicos capitalistas, son la ventosa en nuestra energía.

Indagad la situación económica de cada ministro, de cada prefecto, de cada juez, de cada general, de cada sacerdote (¡), y veréis, siempre, fatalmente, que todas las dignidades sociales, políticas e industriales, eclesiásticas y militares, están distribuidas únicamente entre los capitalistas.

Y nosotros, los obreros, intelectuales o manuales, los asalariados, los que sudamos sangre para comer nuestro pan, hemos sido hasta hoy tan idiotas, que ignorando nuestros derechos hemos elegido como a nuestros representantes precisamente a nuestros enemigos, a los capitalistas y a los pretensos intelectuales: a nuestros verdugos, los cuales, sonriendo diabólicamente, nos engañan eternamente, siempre con las mismas ofertas y los mismos procedimientos, seguros de nuestra buena fe rayana en bes-

tialidad. Y les damos nuestro voto para que nos **hundán** más hondamente en nuestra esclavitud económica, mientras ellos se enriquecen mucho más.

Compañeros, urge la reacción inmediata. **(En la multitud se fruncen los entrecejos, relampaguean los ojos y se crispan las manos).**

Camaradas, el obrero, el asalariado, el proletario, es incuestionablemente la mayoría del mundo. La existencia de la humanidad depende del brazo del obrero y no del pensamiento del sabio.

El brazo del obrero da de comer al mundo entero: raja la tierra, siembra el grano, recoge la cosecha, eleva los muros y hace el lecho para que la gente duerma al abrigo de la intemperie; las manos del obrero, compañeros, en su infinita habilidad y caridad, va más allá, casi hasta el delito contra sí mismo, porque perforando la roca de los montes arranca de sus entrañas el oro y fabrica la maldita moneda; y las manos del obrero tejen las telas para que los hombres cubran su vergüenza.

Además, el obrero sabe que para dignificarse en el amor no necesita libros.

Sin la mano del obrero, compañeros, el hombre moriría de hambre: el obispo, el general, el médico, el sabio, y todos, absolutamente todos; lo que prueba la inutilidad fundamental de esas profesiones.

Notad también que el ejército se compone exclusivamente de obreros, y que su condición de soldado es precaria, dura un momento —uno o dos años—, y que, por consiguiente, antes que soldado sabe que es obrero, y que lo que tiene que defender no son sus transitorios derechos de soldado dentro de la patria, sino que lo que tiene que defender son sus derechos permanentes de obrero. El obrero sabe que saliendo del servicio militar **obligatorio**, o **sea** forzado, tiene que volver fatalmente al seno de su gremio, contra el que no debe ni puede luchar jamás, porque sería luchar contra su propia profesión, contra su propia fuer-

za, o contra los intereses de su propio destino, ya que sería algo como luchar contra sus propios brazos, o sea contra su propio pan, contra su propia vida y la de sus hijos. Tal representa la lucha socialista y la huelga. El soldado sabe que el único objeto de su condición precaria es defender las lejanas fronteras de la patria.

Somos, pues, efectivamente, la mayoría del mundo

Y en el mundo, compañeros, observad, ya no hay, ya no puede haber más fuerza de partidos políticos, cuyos programas en el hecho siempre son el mismo programa: imponer otros y otros impuestos al pueblo, en vez de reducirlos al impuesto único. Pero eso no es posible, porque ellos se enriquecen con esos mismos impuestos. Compañeros, de hoy más sólo existen dos partidos políticos en el siglo XX: Socialismo y Capitalismo, o sea los explotados contra los explotadores.

Así que el obrero debe sacar sus representantes para los municipios y las cámaras —mientras se ensaye el parlamentarismo— a obreros netos, que sa^an del seno mismo de cada federación, es decir, que elijan sus candidatos las federaciones obreras, para que un día por tal procedimiento, el más legal, suba al poder el obrerismo y transforme la patria de acuerdo con la naturaleza de las cosas.

Por eso, todo trabajador que no tiene para vivir más que su salario, está obligado a federarse en su gremio respectivo y a efectuar la campaña de propaganda más activa en el seno de todos los partidos políticos en que militen los trabajadores, se entiende que si aun no son socialistas, ya sea en el liberal, el radical, el moderado, el monárquico o el que fuese, siempre en favor de nuestra causa socialista, de la única causa política que no ha variado desde que ha aparecido el capitalista, que vale tanto como decir desde el principio del mundo; pues, cada generación ve nacer y desaparecer por lo menos uno o dos partidos políticos; en cambio, compañeros, nuestra causa, la causa proletaria, es siempre la misma, está constantemente la-

EL LOCO

tente desde el principio del mundo y será hasta que desaparezca o triunfemos, porque es la causa de los proletarios. Cada asalariado tiene, pues, la obligación, ante sus propios lujos, de ser un propagandista incansable, si no es que ya un ha vendido y que se declara jumento e impotente.

Sí, compañeros, aquellos políticos capitalistas que bajo la capa de socialistas demócratas nos acechan desde los confines, listos a darnos el zarpazo, buscan la manera de prevalecer engañándonos. Esos políticos tienen en sí tolla la inmundicia del oportunismo, toda la hipocresía del malvado. Y lo que el socialismo más alto necesita es la sincera abnegación del proletariado, de generación en generación, hasta que su ideal sea una realidad: la abolición de la propiedad privada.

El verdadero socialista no debe olvidar ni aun durmiendo estas verdades fundamentales: guerra a muerte al capital y al propietario, porque el propietario jamás será socialista a menos que ceda al Estado su fortuna: algo imposible.

Pero, compañeros, repito, en el mundo ya no hay más partidos políticos que el **Proletariado** contra el **Capitalismo**, sea éste burgués, demócrata o lo que fuere, pero **Capitalismo**.

El asalariado que contravenga esta orden es traidor a sí mismo, a su mujer, a sus hijos y al proletariado del mundo entero, porque engrosa las filas del enemigo, degradándose en toda su humillación, comprados con unos cuantos pesos del patrón a condición de retirarse de las federaciones, para que después ese mismo patrón los maneje como a perros, a puntapiés. Pero el proletario que obra así es únicamente porque no tiene sesos, porque es un jumento que no sabe pensar.

Ahora ésta es la consigna, compañeros proletarios: hablar constantemente de estos asuntos, se entienda o no se entienda, de día, de noche, en el hogar, en la fábrica, en la calle, consigo mismo y con los demás. Hacer la propaganda en todas partes y a toda hora.

Compañeros, ésta es la última verdad. Mientras haya hombres que amontonan oro y más oro ya sea para enterrarlo o dilapidar en placeres, existirán millones de hombres que por falta de un mendrugo mueren de necesidad.

Tal es nuestra campaña incesante hasta que triunfemos ahora o dentro de mil siglos. Hasta entonces, camaradas de infortunio, y entendedlo muy bien, no hay más liberales ni constitucionalistas, ni blancos ni negros, ni aristócratas ni demócratas, ni republicanos o realistas, ni radicales o moderados, ni ateos o creyentes; solamente existe el trabajador explotado —Proletario— y el patrón explotador —**Capitalista.**—

Además, tened presente que el que en la existencia no tiene nada más que lacerias como única herencia, es decir, por toda esperanza las angustias del hambre, prácticamente tal individuo no tiene nada que temer en la muerte, la que por lo contrario debe ser su gran esperanza de liberación en la paz absoluta o en una existencia mejor, según sus creencias. Desapareciendo el miedo a la muerte, su empuje en la conquista de la felicidad en la vida tiene que ser, pues, resuelta y violenta. En cambio, el propietario, el capitalista, nuestro enemigo, ya por avaro o por sibarita, por miedo de perder su oro y los goces que le proporciona, tiembla de horror ante la simple idea de la muerte, tanto como tiembla al pensar que puede perder en vida su fortuna, o lo que es lo mismo, la garantía y fomento de su ociosidad y sus vicios y la impunidad de sus delincuencias.

Cada menesteroso, cada asalariado, tenga firme convicción que posee esa invencible superioridad. Y si no buscad un solo millonario en el ejército, en las minas, en fin, allá donde el peligro es constante; sólo encontraréis luchando cara a cara con la muerte al misérrimo asalariado, arañando en la muerte misma su pan diario.

Y ahora cada uno vaya a propalar nuestras ideas en todo tiempo y en todo lugar, estas nuestras ideas, hasta que nuestros derechos sean la conciencia invencible, y no por mera fe, sino que por la experiencia a conciencia que cada cual la recoge diariamente.

EL LOCO

Además, tened presente siempre, que el que no tiene nada que perder en la vida ni con la muerte, siempre tiene algo que ganar en la esperanza y en la lucha. Y, por último, el que no arriesga no gana. El destino del cobarde es morir pisoteado por el intrépido.

Hay algo también sobre lo que quiero insistir tenazmente, lo cual es que los asalariados extranjeros o nacionales, sean sindicalistas, comunistas, bolcheviques o anarquistas, socialistas en sus varias denominaciones, jamás deben distanciarse unos de otros, porque su objetivo final es el mismo para todos, la reforma social a base de la abolición del capital. La única diferencia es la mínima, de simple procedimiento, para llegar forzosamente al mismo fin, como el fin más alto, el fin natural. Siendo fuerzas exactamente iguales en el ideal, forzosamente deben ir juntas y no estar divididos y subdivididos en beneficio del capital explotador. Justamente todas esas divisiones, subdivisiones del socialismo, son obra del capitalismo para dividir la enorme masa proletaria y seguir explotándola impunemente entre carcajada y carcajada. Pero pronto desaparecerá esa imbecilidad de los proletarios.

Cada agitador está en la obligación de explicar con la mayor claridad posible cada asunto, hasta que sea bien comprendido, haciendo uso del método para los retardados.

Esas divisiones que se producen dentro del proletariado, ha descubierto que son las maniobras secretas del capitalismo jesuítico y masónico que quiere debilitarnos, dividiéndonos, porque sabe que corre peligro con nosotros toda su farsa criminal, religiosa y burguesa.

Estad, pues, alertas, porque el enemigo no duerme: el veneno de nuestra sangre viene de los templos y los bancos y de los palacios.

Explicad bien, aclarad minuciosamente los errores en que está nuestra gente, porque los agitadores no deben tener reservas en lo más profundo de la conciencia, la que deben exprimir hasta lo último, ya que cada agitador debe ser limpio como el azul y desinteresado como el sol: su

acción tiene que ser absolutamente gratuita y sin titubeos, aunque los hombres teman tanto a la verdad que al que la pregona lo declaran enemigo del género humano, porque hiere la conciencia y los intereses materiales. No importa, es necesario, hasta por sí mismo, ser más fuerte que el silencio, más fuerte que la soledad y que la tristeza; ser potente con la santa soberbia del hombre puro y por ello mismo incommovible, entrando en el imperio fatal de las potencias trágicas.

Pero, compañeros, si la necesidad es la lección más persuasiva y el interés el mejor maestro, fijaos cómo es de hiriente el diabólico menosprecio en la disimulada sonrisa de alto a bajo de todo capitalista; fijaos en ese velado sarcasmo de todo explotador para con sus enemigos explotados; fijaos en esa pose de vencedor que quiere decir, más o menos: —Tu idiotez, miserable asalariado, imbécil y servil, te hace mi esclavo. Tu cobardía te tiene sujeto a mis caprichos. Los idiotas, los serviles, y los cobardes como tú, no tienen derecho a ninguna forma de libertad ni bienestar.— Tal dicen, compañeros, todos los patronos.

Sublevaos ante esa mofa triunfal que ultraja nuestros santos andrajos y nuestra honrada y sagrada hambre. Pero ved hasta dónde va la explotación en el Estado mismo, que por medio indirecto se nos niega aún la tierra para la sepultura, porque también... ¡hay que pagarla!, sin embargo que vivimos soñando oro y más oro para dar de comer y para sus diversiones a los presidentes de la república y a los obispos, hasta a sus porteros y barrenadores, y a todas las autoridades.

Abrid los ojos: id fermentando la cólera para la hora de la venganza sin cuartel, por todo lo que la humanidad lleva de esclavitud. Camaradas, la vendetta debe ser sangrienta.

Compañeros, como a la vista del ser amado resucitan multiplicadas las penas, así, en el día y en la noche, mi tristeza por vosotros, porque ¡ay! el infortunio es torbellino de angustias en hacinamiento asfixiante de cloacas o es imán de inquietudes.

Pero sabed, compañeros, que nuestra causa es la única de principios imborrables, inconfundibles y profundos, esta en pugna con todos los partidos políticos conocidos, porque todos ellos, sin excepción, incluso el radical, son 1»!indos burgueses, compuestos casi en su totalidad de rentistas, que es tanto como decir explotadores de los menesterosos e indefensos. El partido radical por explotar nuestra mayoría ignorante o inocente, pregona en todo tiempo y en todo lugar, que su programa tiene afinidad de principios con nuestro programa, siendo precisamente que en el fondo de los principios estamos profundamente divididos. Somos antagonicos en los orígenes, en los procedimientos y en los fines. En el origen somos la congregación rio todos los humildes, de los desheredados de la fortuna, todos los asalariados, los eternamente engañados, todos los andrajosos y todos los hambrientos. Nuestra causa es- In palpitando en el mundo desde la aparición del primer patrón, o sea del primer déspota o tirano. En cambio, los indicales son, por regla general, los rentistas, los acaudalados, es decir, los capitalistas, todos los explotadores.

En cuanto a los medios de lucha el antagonismo se remarca aun más, porque ellos buscan su imperio en el Estado, sólo por la figuración personal, por vivir ociosamente a costa de los impuestos del pueblo. Y obran así a trueque de cualesquiera transfugios, lo que nos demuestra a diario el ejemplo de sus cabecillas: después buscan cien mil argucias para hundir aun más al pueblo con el mayor número posible de impuestos, y explotar, personalmente, con mayor impunidad a sus subordinados, a los mismos que los encumbraron. Radicales situacionistas. Admirable sistema de radicalismo. En el concepto patria su limitación es ridícula, porque se reduce a los límites que están fuera de la naturaleza, ya que no son arcifinios, es decir, tintúrales, tales como los ríos, las orillas lacustres y marinas y las cumbres de los montes, límites que el más idiota, puede reconocerlos; pero no: los actuales límites van con líneas imaginarias por en medio de los mares y por en medio de los arenales: escribir en el agua y en la arena... Lo más estúpido de la sabiduría humana: trazar líneas imaginarias en el aire, líneas exclusivas para la burguesía autócratas; líneas, en fin, que el pueblo jamás las ha visto, ni

las verá el ojo humano ni divino, porque sencillamente **no existen**. Por esta otra razón también no hay para nosotros el obrero extranjero y el obrero nacional, sino que únicamente el obrero.

Nosotros buscamos la abolición de los impuestos o su reducción al impuesto único sobre la propiedad y el impuesto progresivo sobre la renta; nosotros buscamos la abolición de la estúpida ley del derecho de sucesión. Y vuelvo a repetir: ¿por qué el individuo ha de tener cuantiosas fortunas aun antes de haber sido engendrado, como herencia, siendo que millares de gentes mueren agotadas por el trabajo, viejas y enfermas, sin haber podido ahorrar ni para el pago de su mortaja? Los radicales y los liberales si no disfrutan de esa especie de limosna de las herencias, a lo más que se atreven es a imaginar un impuesto moderado a las herencias y nada a las dotes matrimoniales que reciben los sinvergüenzas. Nosotros, echando por tierra los honores, el individualismo y el capital, queremos el bienestar humano, de nosotros, de los hambrientos, de los necesitados, de los humildes y humillados.

Yo defendiendo, pues, compañeros, la causa de los vencidos, de los eternamente ultrajados por el tacón del potentado. Yo defendiendo alegremente la causa más grande y sagrada: defendiendo el lecho, el techo y el pan, y el amor libre, es decir, el hogar del menesteroso: el oro líquido que suda el asalariado en beneficio exclusivo del capitalista embotado de satisfacción.

Mas, si el proletariado es un elemento ciego y cobarde (**dice sacando la daga del cinto**) yo sólo defenderé los derechos de esa manada de borregos, incapaz de ir a la conquista de su ventura.

Compañeros, ¡a la revancha! (**Y retumba el firmamento con millares de voces que repiten: ¡A la revancha!**).

Al principio el mundo era de todos y de cada uno y el hombre gozaba en perfecta libertad de todos sus bienes, pero en sujeción estricta a su esfuerzo y necesidad personal: estaba en el ejercicio de su sana sabiduría; después,

EL LOCO

cuando apareció el primer ocioso y vagabundo, por no trabajar sometió a la fuerza y a traición a sus compañeros, dando origen, por tal manera, al patrón, al déspota y al tirano.

Ahora vamos pues a la reintegración del orden natural de las cosas.

Sí, camaradas, no ha existido ni existirá una sola fortuna, si no es a base de loterías, cuyo origen no sea la explotación de la honradez tímida y mísera. No hay un solo capitalista que no sea un desalmado para regatear, encañar y robar el trabajo del asalarido pobre, arrebatándole a viva fuerza lo que tiene y lo que pudiese tener. Y es en vano que el proletariado grite clamando justicia: los empleados que ministran justicia son vanales en todas partes del mundo; no es que son jueces por ser justos: es que hacen justicia (?) sólo por las enormes remuneraciones que significan. Yo he visto abogados de gran crédito que habiendo aparentado enfadarse por una proposición de soborno —o sea participación de la utilidad, pero una pobre participación— hecha inocentemente por un mísero proletario, ese mismo togado se vendió por mil veces esa misma oferta. No importa pues la cantidad, el hecho es el mismo. De manera que ante un capitalista la justicia en el alma de los pobres está con las orejas y el corazón atentos, como perros de caza, para caer sobre los menestrales a la menor señal del amo.

Pero, compañeros, es menester no desalentarse, porque ahuyentar el desaliento es ya iniciar la victoria; en cambio, observad que el cobarde cuanto más se desalienta tanto más se esclaviza.

Hay todavía algo que debéis notar muy bien.

Como nadie tiene que esperar aparentemente nada de un individuo misérrimo, por mucho que se desviva éste, es como si no existiese para los dichosos, pues nadie se fija en él si no es para explotarlo, para robarle su trabajo y su tiempo; en cambio, nadie pensará en prestarle un servicio, en hacerle una caridad.

Y aquí está bien hacer notar que la caridad pura jamás ha existido, ese darlo todo por pura compasión, a trueque de quedarse en la miseria. Lo que se llama caridad desde hace muchos siglos es la forma más hipócrita de allegar fortuna. ¿Con qué se edifica tanta iglesia inútil, tanto convento, tanto palacio, con qué viven a cuerpo de rey tanto fraile, tanta monja, si no es con la caridad que piden precisamente de la gente más desvalida, de la gente más pobre y crédula? Observad, además, cómo después de un sarao, o cosa así, so pretexto de orfelinatos, asilos, escuelas y hospitales, los burgueses encargados de tales formas de explotación al pueblo, muy repantigados en sus cómodas poltronas después de yantar ríen a carcajadas del infortunio de los desheredados. Y luego, ¿quién sabe a dónde van a parar esos dineros?

La existencia del asalariado es, pues, hasta la consumación de sus huesos, la servidumbre misma del esclavo.

Compañeros, estamos en plena esclavitud económica.

¡A la revancha!

Dijo. Y el cielo y la tierra temblaron en el vozarrón de la multitud que se dispersó a todos los vientos, haciendo estremecer la tierra con el taconeo de sus botas embarradas, lo cual simulaba el rugir de un terremoto que se alejara.

Después yo quedé solo en el desierto, mudo de emoción; y cuando grité, mi propia voz me despertó.

*

Y se apoderó de mí la tristeza de una rabia inexplicable. Sentí una repugnancia invencible para la plebe bruta, para el obrero inculto y bárbaro, para el asalariado en la industria, en el comercio o en la administración, que no quiere ni hace nada por saber nada de nada, para ese que no tiene ni una idea propia, incapaz de raciocinio, ignorante de su misma situación, siguiendo al que le dé más,

EL LOCO

aunque vaya contra sus propios intereses, borrachos hasta caer como carne podrida. Si piensan es para decir alguna estupidez, si obran por su cuenta es tan brutal, tan maquinaalmente, que parecen **tankes** sin gobierno. Envidiosos y vengativos.

La aristocracia del sentimiento y del pensamiento, esa es la que ha despertado a la bestia hambrienta. Si no fuera el pensador, el obrero continuaría satisfecho por siempre, sin ni siquiera sospechar la vergüenza de su condición. Pero entre los obreros hay también intelectuales.

¡Oh! Si yo pudiera hundirlos más: si yo pudiera volverlos sabios y rebeldes, para que sufran a conciencia su propia esclavitud, para que sientan inteligentemente la tristeza de su miseria. Pero la sensibilidad intelectual y física es cuestión de cultura. La sensibilidad en la bestia es puramente física y torpe, una nada menos que en el hombre salvaje.

Idiotas que no saben sentir, que no saben pensar, que no saben decir nada, ni vivir. Si alguien dice: —**Blanco**—, ellos repiten convencidos: —**Blanco**—; mas si otro, refiriéndose a lo mismo, dice: —**Negro**—, igualmente convencidos como antes, dicen: —**Negro**—, admirados de cómo en fuerza de un simple silogismo queda la razón en el pro y en el contra, estupefactos y sin voluntad ni habilidad para discernir, girando al menor soplo, como las veletas en cráneos cascabeles. La naturaleza los hizo bestias de carga y no tienen más remedio que aguantar hasta la consumación de sus huesos.

Ahora ojalá les lastime esta verdad, para que quizá si por dolor, por despecho y vergüenza, reaccionan, es decir, se salvan y conquistan como hombres su ventura.

Pero no: así como entre los animales hay leones, águilas, burros y borregos, así también entre los hombres. Jamás una liebre podrá ser águila ni un ratón tigre.

Hombre, si la naturaleza te forjó idiota, idiota has de morir.

Es inconcebible cómo un consejo de imbéciles pueda gobernar una nación, —entendiéndose por gobierno el conducir tranquilamente los pueblos por el recto sendero del progreso— lo más que podrá hacer es llevar el pueblo a un perfecto estado caótico. Ojalá no queden ahí, para eterno ejemplo, los soviets de la Rusia bárbara: (!) el gobierno de los **mujiks**, toda la estupidez de la sórdida plebe, díscola porque sí, que entiende mezquinamente las grandes concepciones de los grandes pensadores, desde Platón, y que pretenden ser los creadores de un estado democrático socialista integral, sin ni siquiera sospechar que será imposible mientras existan estos factores poderosos: la ambición personal, el miedo y la estupidez de la plebe.

Pero no hay que suponer que ni aun en un soviet sea la plebe la que gobierna, mientras que los que mandan sean, por ejemplo, un Lenin y otros intelectuales de gran capacidad. Así también en los mismos soviets la plebe no sirve nada más que para arar y para carne de cañón; la práctica está demostrando con los hechos, con algo que no tiene vuelta que darse.

Y ellos quieren abolir el capital; pero ninguno de toda esa multitud sería capaz de definir el capital como fuerza eterna; el capital como símbolo de cada tiempo; el capital como principio, como medio y como fin; menos serían capaces de imaginar el sustituto del capital monetario, si desapareciese él, como se le entiende hoy. Pero jamás se les ocurrirá pensar que el capital es inabolible, ya que el verdadero y efectivo capital es el hombre mismo y que el verdadero objeto de cambio no es el material sino que el trabajo. Y ellos son los que pretenden ponerse de frente al capital, siendo que la historia del mundo es la historia del capital; más aún, para estos lugareños, siendo que Bolivia —no el artesano, no el labriego, sino que la tierra, la roca, el fierro— pide a voz en grito capitalizarse según el sentido contemporáneo para ser el soñado Eldorado, el granero del mundo y proceder sólo entonces a la revolución social.

Ellos no podrán comprender que si es posible el socialismo comunista integral, es quizá el que tuvieron los

EL LOCO

incas, bajo el régimen imperialista aristocrático de sangre y talento. Por eso considero que todos los sabios deben tratar de estudiar e imitar en cuanto sea posible ese imponderable comunismo, si es como refieren la historia y la fábula.

Tal vez la futura forma posible de esa idea sea el gobierno comunista federal de a diez mil habitantes, máximo, aun dentro de las grandes cosmópolis, un comunismo gremial, pero siempre, fatalmente, quieras que no se quiera, bajo el patronato de la nobleza, sea de talento o cultura, porque la plebe será eternamente plebe: la fuerza bruta, el océano de las mayorías inconscientes.

No obstante, yo sé que el día que la indiada de la América del Sur se subleve no quedará en su sitio ninguna cabeza blanca ni mestiza.

No sé, ahora me parece que yo también soy indio. Quizá; pues noto que de tiempo en tiempo tengo toda la torpeza de su pensamiento, con la consiguiente deficiencia de comprensión, y aun más, con la inhabilidad imaginativa y de acción; y más todavía, si se quiere: a momentos me siento como ellos con toda la impotencia de afrontar nada por mí mismo, sintiéndome en consecuencia, anonadado en un total abandono. Y tal ineptitud es para todo lo que no sea la rutina milenaria. Esta circunstancia también me obliga imaginar que soy indígena y, consiguientemente, estoy en activa propaganda por su reivindicación, multiplicándome como los vientos.

X

LOS HIJOS DEL ANDES

Mi pensamiento iba soldando con asombrosa facilidad las ideas más incongruentes, mientras me revolcaba de uno a otro lado, sin poder conciliar el sueño. Las imágenes se sucedían sin descanso, como en una muy larga cinta cinematográfica de asuntos cada vez más dislocados. Pero poco a poco se fue haciendo homogéneo el asunto. Mas, yo no dormía ni estaba despierto, sin embargo mis

ARTURO BORDA

ideas, simples ideas, tenían toda la apariencia de un sueño, es decir, eran imágenes perfectamente formadas, pero menos evidentes que en los ensueños, quiero decir, menos corpóreos, menos tangibles, no obstante eran imágenes perfectas. Yo estaba queriendo darme cuenta de ese fenómeno cuando...

*

Era un elegante saloncito de fumar, discretamente decorado, sin lujo, pero con mucho **confort** y sencillez, y mucha limpieza.

Al lado de un trípode cigarrero, repantigado en cómoda mecedora, Rogelio Claros de España, y, en frente, en una bonita poltrona, Herculano de la Roca, charlaban casi dormitando, envueltos ya en la obscura penumbra crepuscular, después de haber leído los diarios de la tarde.

Levantándose Rogelio, avanza perezosamente dos pasos y aprieta un botón en la pared, con lo que se esparce alegremente en la estancia una luz sonrosada.

ROGELIO ((al sentarse toma un periódico y lee, preguntando))

¿Los Hijos del Andes... dice?

HERCULANO

Sí, **Los Hijos** del Andes. Así se llaman esas bandas de foragidos. Y son hombres de hierro.

ROGELIO (como pensando en cosas lejanas)

¿Y qué hacen? Pues se rumorea que andan preparando no sé qué atrocidades. ¿No son esos mismos?

HERCULANO

Ellos son. Y se rumorea que han jurado exterminar a los blancos y a los mestizos: a todos los que no sean

EL LOCO

indígenas netos, a fin de reconstruir fácilmente **su** imperio incásico o incaico, que yo no sé cuál de los vocablos sea más propio. Se dice también que tal movimiento está originado y dirigido por un tal **Vilca Jucumarini**, a quien tú lo conoces.

ROGELIO (sorprendido)

¿Yo?... Yo no conozco ningún J u c . . . Juc... J u c . . .
¿Qué?

HERCULANO (riendo)

Ju-cu-ma-ri-ni.

ROGELIO

Pues... no le conozco o no recuerdo.

HERCULANO

¡Cómo que no! Espera un momento. Hace... Sí, justamente, hace unos cinco años desde entonces... Sí, hombre. ¡Cómo no has de recordar! Yo te lo presenté.

ROGELIO (haciendo esfuerzo por recordar)

No. Pues, palabra que no. O tal vez...

HERCULANO

Qué memoria. Era en una noche de Navidad, **en** el Hotel Central, cuando jugamos carambolas con aquel famoso jugador uruguayo Domingo... No sé cuántos. Pero, ¿cómo no has de recordar, siendo que el hecho está concatenado con un incidente memorable para tí? Fue cuando echaste de ver que te habían robado un **hermoso** reloj, obsequio de tu prometida Nicé. Vamos a ver si te acuerdas ahora.

ROGELIO

De eso sí que me acuerdo, y muy bien; pero... No, de tu tal Juc. . . qué sé yo qué, nada, ni un anís.

ARTURO BORDA

HERCULANO

Espera, cabeza de chorlito. Entonces ¿no estaba acaso a tu lado un mozalbete, regordo y petizo, de tez trigueña, pero empolvada o pintada, y de cabeza cuadrada, como las de los monolitos, que fue precisamente lo que te intrigó, según supe después, y que cuando te lo presenté me parece que hablaron entre ustedes en chino? Entonces mismo no te pusiste a tomar datos que te suministraba él para un artículo de prensa que lo publicaste quince días después, por el cual más tarde te nombraron profesor de ciencias naturales?

ROGELIO

¡Ah... ¡Eje, jé, jé! ¡Ya, ya! ¡Sí, hombre! Sí, sí. Que ya recuerdo. Exacto. Bueno, ¿y qué hay con ese tipejo?

HERCULANO

Nada: que ese es el **Vilca Jucumarini**.

ROGELIO

¡Hola...! Sí que se gastaba desde ya pistos de salvaje el muy canalla. Pues, Herculano, ¿si no le habré calado inmediatamente hasta más allá de sus tuétanos? ¿Recuerdas que te dije: —Ese tipo el día menos pensado hace alguna estupidez? ¡Hum!... ¿De manera que el proyecto, descubierto a tiempo, de la masacre general de blancos y mestizos, es obra de ese bicho, eh?

HERCULANO

Ni más ni menos. Además, hoy a última hora se ha sabido que mañana comenzarán a incendiar a una hora dada las casas de hacienda del altiplano y de los yungas, pasando a degüello a sus patrones. En cuanto a lo que habrá de suceder en las poblaciones se asevera que es el incendio o era el incendio, todas a la misma hora, y que los encargados de tal misión son los ponguitos, esos colonos abo-

EL LOCO

rígenes a quienes los patrones **los alquilan** mensualmente, con combustible, y que hacen las veces de bestias de carga y que duermen en los zaguanes, como los perros; esos dice que tienen la misión de prender fuego a las ciudades. Y como casi no hay casa en que no haya un pongoito... Pero parece que ya están presos una gran paite de esos sirvientes. En cuanto al **Villca**, es inútil que lo persigan: cuando la policía cree haberlo encerrado al tal Jucumarini en un fanal de hierro, se recibe noticias de que está haciendo fechorías en el otro extremo del país.

Y mientras hablaban me pareció que yo era el tal **Jucumarini**, ya que en ese momento estaba de mozo de Rogelio, esperando, parado detrás de la puerta, a que me llamaran para que les llevara el café. Esa conversación me indignó. No acertaba a comprender lo que me pasaba, porque en realidad yo no era Villca ni me llamaba **Jucumarini**, pero era incuestionable que se trataba de mí, aunque lo que decía Roca no era cierto. No obstante, yo resultaba ser el **Villca**. En tal estado de ánimo mi titubeo por escabullirme o seguir disimulando ahí mismo me desesperaba ya cuando cruzando mis brazos veo que comienzan a alejarse y se internan en la tierra, atravesándola. Seguidamente empiezo a girar mis brazos en el infinito a guisa de honda, hasta que se me desarticula el hombro izquierdo y el mundo sale hacia la eternidad, hendiendo con tal velocidad que...

ROGELIO (indignado)

Esa es una infamia. Es una canallada. ¿En qué país estamos, Herculano? ¿Por qué hemos venido? El error ha sido de los conquistadores; había que degollar a todos estos salvajes, en ese caso otra hubiera sido hoy la situación de América, tanto para los americanos cuanto para los extranjeros.

HERCULANO (prestando atención a los ruidos vagos de la población)

Ciertamente; porque ahora hubiéramos estado aquí algo como en el paraíso. ¡Vaya usted a ver! Los mismos

ARTURO BORDA

españoles en América no tenemos nada que agradecer a los conquistadores, si no es porque aquí podemos hacer rápidamente fortuna; pero mejor se está en España, por lo menos se vive con gente y como gente. **El peor de los males, Rogelio, es entenderse con animales.**

ROGELIO

Pero ¿qué hacemos ahora ante el peligro inminente que se nos viene encima? Si se hubiera sabido estas cosas unos ocho días antes, ya podíamos haber dado fin con la indiada, pero ahora...

HERCULANO (atento siempre al sordo rumor que se oye venir del Norte)

Tal es la lucha de razas. Es la consecuencia lógica de aquellos pacíficos movimientos proletarios de hace marras. Son las consecuencias naturales y lógicas. Pues para esta misma situación nosotros tenemos en mucho la culpa, por no haber sostenido la ignorancia de estas gentes. Así hoy no nos veríamos en pellejerías, y sin escapatoria, porque también se sabe que han cortado l?s líneas telegráficas, que han destruido las estaciones radiotelegráficas y las líneas férreas y que han hecho volar las maquinarias en las minas. Esta tarde ya no han salido los trenes de itinerario ni han llegado los de Oruro y Yungas y los de Arica y Guaqui. La población está en un estado de angustia indescriptible. Y en las demás poblaciones de la república la situación debe ser aun más tremenda, sin guarniciones militares que puedan defenderlas ni nada...

ROGELIO

No nos queda nada más que defendernos, extranjeros y criollos, haciendo causa común, hasta el final, cualquiera que sea el resultado.

HERCULANO

Entiendo que los indígenas están en un ochenta por ciento. Así que por mucho que nosotros tengamos arma-

EL LOCO

mentos, gente y munición abundante, con quince días o un mes de sitio dan fin con nosotros.

ROGELIO

Es evidente que si salvamos de ésta no queda nada más que proceder de inmediato al exterminio de la raza. Y el nuevo siglo será de un progreso formidable.

HERCULANO

Justamente. La vida es como es y no como cada cual se imagina o la desea, que de ser así el mundo sería una inmensa Jauja.

ROGELIO

Es cierto. Además, es una raza inferior la americana. Y lejos de perderse nada con su desaparición, se ganaría mucho; porque entonces los capitales vendrían sin temor y se tendría la invasión del cosmopolitismo obrero y científico, el factor más poderoso de la civilización: el remozamiento de todo lo que degenera.

HERCULANO

Indiscutiblemente. En cien años de vida independiente no han hecho absolutamente nada estos desgraciados, pero absolutamente nada que merezca atención. Si escarbando mucho sus intimidades se halla alguna cosilla es en lo más inútil posible de la vida. Ya habrás comprendido que me refiero a la poesía. Y eso no es seguramente debido a la sangre indígena, sino más bien que a todo lo que tiene de europea; basta ver cómo sus elementos de concepción y técnica son puramente ajenos, hurtos a la poética de hace dos mil años... y de los antípodas. En su literatura no encontrarás nada, pero totalmente nada que sea el estilo de la tierra. Tienen absoluta incapacidad para sacar cosa alguna de su sangre. Cuando más creen hacer maravillas cantando a sus dólmenes y monolitos que no pueden estar más monstruosamente labrados, siendo que toda esa monstruosidad acusa la inocencia de la buena fe

ARTURO BORDA

por conseguir la perfección en imitar la figura humana.
¡Mira, mira! Aquí veo que tiene una reducción de monolito.
¡Aja, já, já! Y no vayas a creer que hoy lo hacen mejor.
Lo que es en cuanto al comercio, puedes recorrer la república de canto a canto, sin que encuentres algo que sea la significación neta del país; todo lo que vale algo... extranjero. En escultura, en música, en pintura, tabla rasa. Pero lo que es algo divertido en sus pujos en ciencias sociales, políticas, institucionales y morales. Es inútil que vayan a instruirse en Europa. Esa es cuestión de la cabeza, amigo Rogelio. Nota que basta ver las fisonomías de estas gentes, para que por poco no se les confunda con los hotentotes. Ésta impresión la sentí cuando vine de niño aún a las Américas. Enanos cabezones: indios.

ROGELIO

El problema del indio es tremendamente difícil. Si quieres podemos hablar de ello un poco, ya que en el fondo las alarmas de hoy sospecho que —como he visto mil veces ya— no sean sino los medios de que se valen los politicastros de estos lares. Inventan y fomentan revoluciones ellos mismos para luego castigar. Esto en Maquiavelo era la teoría, en éstos es la práctica de los mestizos. El hecho es siempre más terrible que todas las teorías.

HERCULANO

También he pensado en que buenamente podría ser ardid, sistema del que han hecho su caballito de batalla para el quita y pon de gobiernos. Vale que a nosotros no nos importa un ápice que se descuarticen como mejor les venga en gana; y mejor sería si se exterminan lo más pronto posible. Esta laya de hombres tímidos, suspicaces y astutos, tanto como ambiciosos, debe desaparecer en seguida.

ROGELIO (levantándose abre la puerta y me pide el café. A Herculano)

Tomaremos una doble dosis de café para no dormir esta noche, porque bien pudiera ser, también, que suceda algo que nos obligue a salir, para lo que habría necesidad

EL LOCO

de levantarse de cama, cogiendo así por nada un resfriado. Así que dime ¿si se extermina al indio, cómo se atendería la agricultura, la pecuaria, la minería, etc., etc.? Pues si ellos desaparecen, y mientras venga la inmigración, **nos** morimos o tenemos que emigrar, porque los únicos labradores son aquí los indígenas; pues te habrás fijado que aun los campesinos extranjeros aquí nos volvemos señores y sólo entonces conocemos la vergüenza de ser campesinos. Recuerda que Diógenes Hurtado, que era cargador en la Coruña, aquí es ya señor y tiene vergüenza llevar aun las cartas al correo, es decir, sus propias cartas. Total, que lo único que le favorece es el ser rubio, simpático y bien plantado, aunque es más bruto que esta mesa, razón por la cual no acierto a explicarme cómo diablos haya logrado amasar una fortuna tan enorme.

HEBCULANO (sonriendo)

En cuanto a eso la explicación es muy sencilla. A los quince días de su llegada consiguió hacerse amar locamente de su dueña de casa, una viuda ricachona y tonta, llamada Inocencia Paxi, la misma que moría con colerina a los dos meses. De estos extranjeros que llevan el negocio y su sabiduría en su... negocio, hay muchos y que son justamente los que nos desacreditan. Eso es lo que ellos llaman hacer su América. A muchos de esos los he visto llegar directamente a los conventos, tomar las informaciones precisas, y como Diógenes Hurtado, en menos de una quincena ya son grandes señores. Pero en cuanto a esto, chitón, Rogelio.

Y en lo referente a lo de la indiada, no hay tal, respecto de lo que supones. Es una inocentada creer que aquí se vive de lo único que hace producir el indio: un poco de patatas y otro poco de coca; lo que es en cuanto a la piscicultura y la pecuaria, nada. Pero nada, aunque parezca mentira.

Mas, debes comprender también, que no hay evolución que no tenga su crisis. Y si se quiere evolucionar tienen que resignarse a la crisis consiguiente.

ARTURO BORDA

Respecto a la actitud que se ha de tomar en los acontecimientos, es muy sencilla la cuestión, toda vez que no se ha de estar pensando con la ociosa delectación del que fabrica sonetos o poemas de difíciles consonancias, sino, que se abarca de una ojeada rápida los acontecimientos y con el hecho instantáneo se resuelve la actitud a tomar. En el asunto que nos ocupa es matar toda la cholada y la indiada. Después será lo que tenga que suceder; pero mientras tanto ya está solucionado el asunto, con la única manera posible de solucionarlo.

Entonces, mientras yo servía el café, lo hice con zumo de floripondio, para que ambos se volviesen idiotas, porque me daba cólera su manera de entender las fuerzas, Jos hombres y las cosas. Y comencé a imaginar cómo un día llegarían a mirarme con los ojos atontados, babeando los labios caídos, sin saber qué decir, sin saber qué pensar, sin pasado, sin presente ni futuro, sin ningún recuerdo de las ingentes fortunas que explotaron en América. No pude más, y, pensando en los efectos del zumo de floripondio, me puse a reír libremente.

ROGELIO (mirándome asombrado)

¿Qué te pasa? ¡Vaya con el hombre! Estás muy distraído. Pon ahí el café y puedes retirarte, pedazo de imbécil.

HERCULANO

Cierto. Sabrás que Juanito Cusicanqui, el mestizo aquel de la oreja cortada y que era muy amigo del Villca, dice que hace poco le había relacionado cómo emprendió la propaganda para la venganza de la raza. Ese muchacho Cusicanqui me estima muchísimo y es muy amigo del Villca Jucumarini, quien quiso comprometerlo en el movimiento, pues él es quien me refirió que Jucumarini es hombre muy educado y de una vasta ilustración, por haber hecho sus estudios en Europa; pero que sentía siempre el grito de su sangre. Así, poco a poco, se fue alejando de la sociedad, como repulsado por una corriente eléctrica, no obstan-

EL LOCO

te su extraordinaria adaptabilidad casi femenina y la gran fortuna heredada a sus padres, lo cual le dio las facilidades inimaginables para la indagatoria de todos los aspectos posibles de la existencia. Tal iba retirándose de todo, considerando que habiendo escapado de su raza, necesariamente debía volver a ella por sus fueros.

Por tal manera al fin una tarde tomó resueltamente la ropa indígena, tornándose inmediatamente enemigo de la presente civilización.

Desde entonces todos los días, agachando la cabeza, se quedaba horas enteras con los ojos fijos en lontananzas, en verdaderos estados de catalepsia, a lo que llama, así como a sus ensueños, al olvido de sí mismo en ausencia del mundo, a ese estado que era una especie de vuelta constante de su clepsidra, mediante el cual se saturaba de un cariño enorme y tranquilo como ninguno, de ese cariño del incrédulo en la vida y en la muerte, sin dios ni patria, que ha renunciado a todo y cuyo corazón parece una rosa de imán sensitivo abriéndose al infinito y rugiente paso de la vida y que por eso ama por el gusto de amar, por lo más neto del amor: amar por amar.

Luego despertaba alegre a la vida de relación; pero su optimismo desaparecía pronto, por lo que cada día era más huraño y duro.

Al fin, cuando la policía ya lo vigilaba, redondeando ya un día su secreto plan, abandonó ansioso una tarde su tugurio, embozándose hasta los ojos la bufanda. A la luz de las ampolletas eléctricas iba la calle como sobre ascuas, queriendo disimular el bermellón de su poncho, lo cual se imaginó que lo delataba. Las miradas de los transeúntes las sentía como alfilerazos. Pero, a medida que se hacía mayor su desesperación, por el constante fenómeno de las reacciones, tanto más se mesuraba su andar, saboreando entre tanto cruelmente gota a gota su angustia, como cuando las causas de la desesperación no tienen remedio y por ello mismo de modo súbito nos sentimos pétreos.

Así, con mil inquietudes llegó el hombre a la cumbre del monte, sin darse cuenta que trepaba las escarpas,

ARTURO BORDA

completamente solo en aquella noche desierta. Y se hincó sin saber ante quién, por qué ni para qué, con los brazos en alto, como dos pararrayos. Estando en tal actitud se adormeció su cerebro, pulsando los latidos de su corazón en su propio cerebro y palpando con el calor de sus sienes y de sus labios y manos, el frío nocturno y los lejanos rumores de la población que dormía. Desdoblándose de esa manera sintió que su alma envolvía al mundo, abarcando luego los éteres lejanos, para dilatarse en el infinito.

Mas, un dolor fuerte en las rodillas hincadas, no hechas para tal oficio, lo vuelve a la realidad. Y poniéndose en pie exhaló el suspiro de tristeza honda y terrible del incrédulo. Luego sonrío también sin saber por qué.

Y empezó a descender el monte, pensando en su raza, en su familia, en la rebelión que propalaría, en la vejez que se le venía encima y en su ascetismo inútil. En seguida, extendiendo como alas ambos brazos abarca con las manos las inmensidades, exprimiendo lo que hay de amor en ello, para ir sembrando en...

Pero afluyendo la sangre a llamaradas a su cerebro ofusca su razón cuando...

✱

En eso mi pensamiento toma nuevo rumbo, a conceptos entrecortados, semejando una lluvia de papel multicolor picado. Cierro los ojos, queriendo atrapar alguna idea, y no puedo: pasan como seguidilla de rayos, hasta que cansado me había dormido sin soñar ya nada.

XI

EL SÍMBOLO ROJO

Cuando amanecía TOIVÍ a caer rendido en el sueño.

✱

Cielo turquí. En la cumbre de la sierra sonaba el clarín, dilatando su eco en la llanura, mientras extendía el ácrata su bandera en el suelo, cuan larga era.

EL LOCO

Y de los horizontes, y tramontando las cumbres, llegaron, con séquito de proletarios a millones, los emisarios a centenares, trayendo las banderas de todos los países y de todas las religiones, las que las hacinaron encima del símbolo socialista.

Sobre aquel monte de lábaros bordados con hilos de oro y plata y piedras preciosas, el corneta colocó el clarín y encima una moneda de oro.

Entonces, estando ya llano y sierra cubiertos de proletarios, el ácrata hizo fuego, frotando, como salvaje, dos trozos de magüé, con lo que encendió ese monumento de trapo, mientras que millones de voces entonaban La Internacional. El fuego avanzaba hermosamente, multiplicándose en lenguas infinitas, que saltaban ágiles de lábaro en lábaro, tal eran al fin, en sublime proporción, una sola llamarada devorando un monte.

Y se apagó consumiéndolo todo.

EL ÁCRATA (plantándose en medio)

¡Viva la anarquía!

Y el eco iba alegre de corazón en corazón, en onda circular hacia todos los horizontes.

Seguidamente el ácrata hizo repartir unas papeletas negras en la multitud.

EL ÁCRATA

¿A quién le tocó el signo rojo?

Luego, abriéndose paso entre la multitud, una linda obrerita se aproxima majestuosamente, como soberana de la libertad a quien aclaman los anarquistas sin Dios ni patria.

EL ÁCRATA

¿Cómo te llamas, compañera?

ARTURO BORDA

ELLA

Dentro del socialismo me llamaron Rosa Hermosa, pero en el anarquismo me llaman Cientouna Encarnación.

EL ÁCRATA

Muy bien. Es verdad. Entre nosotros desaparece toda forma posible de vanidad. Y tu amado, entonces, ¿qué número es?

ELLA

Como quiera que el amor debe ser perfectamente libre, un verdadero amor, mi empleo aun no me ha dado tiempo para buscarlo. A El no le conozco, pero sé que es más hermoso que mis deseos. Le buscaré.

EL ACRATA

Bueno. Ahora vete, y cuando le hayas, si se aman en verdad, vuelve con él

*

Y se fue a modo de una graciosa cervatilla.

En eso, mientras empezaba el eclipse total de sol, todos hicieron un costal de su lábaro escarlata, rellenándolo con las cenizas de la hoguera anarquista.

Así transcurría el tiempo.

*

El eclipse va oscureciendo de modo suave el firmamento, en el que comienzan a fulgurar las estrellas de mayor magnitud, robando su luz al sol. De pronto la asamblea prorrumpe en una formidable salva de aplausos, porque llega en triunfo, abriéndose calle, la pareja enamorada, la que instantes después cumple el amor en su lecho de púrpura, mientras que rojo total en el cénit tiembla el sol.

EL LOCO

Los proletarios cubriendo llano y sierra están de hinojos en silencio místico.

*

La emoción me despertó.

XII

LA REBELIÓN DE LA RAZA

Y los días pasaban, remoliendo en tedio mi espíritu, cada vez con mayor repugnancia por la vida.

Fastidiado absolutamente al fin con la cobardía, la incomprensión y las mezquinas e insulsas campañas políticas de los escarabajos de estos trigales, salí un día de La Paz, con intención de ir a pasar el resto de mis días en alguna caverna del Illimani, el monte sagrado. Tal era mi sueño.

*

Un día, como si de pronto hubiese bebido las aguas de Juvencia, me sentí completamente remozado, andando con paso firme de troglodita.

Antes de llegar a Aranjuez encontré un indio que se moría a la vera del camino. Le socorrí. Después de media hora de tratamiento volvió en sí.

Paso a paso y amigablemente seguimos el camino, contándonos, él su historia y yo la **mía**.

El torrente bajaba saltando precipicios, estrellándose en peñones inmensos, sonando sordamente en el eco de las gargantas de granito..

EL INDIO (cayendo pesadamente)

Ya no puedo. Aquí me acabo. Ahora tú, pasando éste ancho nevado, sigues aquel senderito que sube la montaña, ocultándose entre rocas. De aquí a la cumbre **hay** dos leguas.

YO

Y el pueblo ¿dónde queda?

EL INDIO

En la cumbre, frente al Illimani. Debes trepar con cuidado, porque todo el año, día y noche sopla el huracán. El pueblo se llama Collana. Es el único refugio de los descendientes del Inca asesinado cuando la conquista.

Ahora saca de mi bolsa un polvo negro y dámelo en agua. Quizá si con eso vivo un momento más.

*

Obedecí. Eché el polvo en una especie de taza de madera. El agua se volvió roja y efervescente. Su olor era tan acre y penetrante que me atacó en el cerebro como con una descarga deletérea, tanto que casi me echa de espaldas al suelo; pero pasó rápidamente. Mientras tanto el indio sonreía en una infinita languidez. Desesperadamente le abrí la boca, vaciándole todo el brebaje, el cual le rehizo al instante con tal plenitud de vida, que me sorprendió. El río estaba más sordo; parecía arrastrar piedras. El viento pasaba bramando lúgubrementemente, empujando en las alturas las neblinas que ocultaban las cumbres.

EL INDIO

Hoy es Finados. Yo debía estar en Collana antes de la puesta del sol. Ya no puedo. Pero ve/Loco. Esta bolsa entregarás al **Mallcu**; por lo que él te hará feliz, porque aquí están los **kipus**. Yo he recorrido América desde Alaska hasta Patagonia, en misión secreta. Tú eres, pues, el único blanco que entrará al pueblo. El **Mallcu** te llevará a la ciudad imperial. Esta es mi última voluntad. Verás y tendrás las inmensas riquezas de la raza.

Mas, espera un momento; escribiré al **Mallcu** la queja de la raza, queja que recibí del **Inca Yatiri Lupirpiri**.

EL LOCO

Dijo. Y se puso a anudar unos hilos de lana blanca, negra o bermeja y luego empezó a escribir jeroglíficos con tinta roja en un pergamino, todo lo cual guardando en una bolsa, me lo entregó. Mientras tanto, el crepúsculo iba ensangrentando el paisaje hurraño y severo. Cuando tornó a hablar, su voz era ya muy débil y su palidez, cadavérica.

EL INDIO

Ahora, loco, antes que llegue la noche, cruza el vado y sube el monte. Y que el Sol te dé siempre su luz. Adiós.

YO

Adiós.

*

Pasé el vado y me detuve a mirar un momento a mi compañero, el cual en ese instante, cayendo de espaldas y estirándose violentamente en cruz, quedó rígido para siempre. Sentí pena. Una congoja anubló en lágrimas los ojos.

*

Y comencé a subir la cuesta, entre pilares de arcilla que parecían fantasmas de monjes en oración y entre fatídicas rocas en laberinto. El viento tenía voces roncacas y siniestras que cantaban estrellándose en los abismos. De trecho en trecho unas sombras corrían a esconderse en los peñones, y de tiempo en tiempo venía en el viento el lúgubre son de una tarka y algún lejano ladrido.

Así llegué a la zona de las nieblas. Mi andar se hizo lento. La luna apenas alumbraba a través de la neblina que me impedía ver a más de dos pasos en mi sendero.

De nueve a diez de la noche, subiendo siempre, salí de las nubes y pude ver el cielo estrellado y la luna que se ponía. Ya no se oía sonar el río. A medida que ganaba las alturas el viento era más sordo y potente: si me atacaba de costado, me hacía desviar, si de frente, me detenía.

ARTURO BORDA

Entre las montañas, al Oeste, vi las Luces de La Paz, como en un colmenar de luciérnagas.

A las once llegué al pueblo, en la cumbre. Los perros se pusieron a ladrar furiosos. Se abrió una puerta y salió con paso lento un indio bien embozado.

EL

¡Eh! ¿Qué quieres?

YO

Necesito ver al **Mallcu**. Vengo de parte de **Hillir Huanac**, que ha muerto esta tarde, abajo, en el río. He traído su bolsa con los kipus y el **arsurlipichi**.

EL

Bueno, Entra. Y cuidado con moverte hasta que yo vuelva.

*

Eché llave a la puerta.

Poco después oí, en el fragor del viento el pututu, la corneta de cuerno.

Cansado, con más ganas de dormir que otra cosa, lo único que observé fue que sobre un poyo de barro había unos seis cueros de alpaca y unas tres frazadas. En la pared cabecera estaba una repiza de piedra; en ella daba su luz mortecina una velita de sebo. La pieza sería de unos cuatro metros de largo por tres de ancho y tres de alto, pon techo de paja, en el cual las tijeras se hallan a la vista. En los tirantes colgaban ropas de lana burda, de mujer, de colores chillones. Esparcido en el suelo muchos menesteres de arriero.

*

Pensando en mi extraña aventura comenzaba a dormitar cuando poco a poco se abrió la puerta y observando

EL LOCO

con mucha atención entraba un indio viejo, alto, imponente, embozado con poncho rojo, y calado el sombrero hasta los ojos, clavando en mi alma su mirada de serenidad eterna.

YO (poniéndome involuntariamente de pie)

Buena noche.

EL MALLCU (sentándose tranquilamente en la cama, a mi lado)

Buena noche. Siéntate. ¿Dice que vienes de parte de **Hillir Huanac**? Habla.

*

Relaté todo y le entregué la bolsa, la cual la observó atentamente, mirándome de reojo de tiempo en tiempo. Luego sacó el arsurlipichi que lo descifró; y, después de contar como cuentas de rosario los nudos de los kipus, una infinita sonrisa iluminó su fisonomía.

EL MALLCU

Perfectamente. La estrella del Sol ya está en medio cielo. Podemos salir. Ven.

*

Salimos. Los vientos eran tan fuertes, que casi nos arrastran. Habló el Mallcu, pero el viento se llevó sus palabras, por cuya razón no supe lo que dijo.

EL MALLCU (poniéndose a mi derecha)

Mira al Oeste.

*

Mudo de emoción vi que La Paz estaba ardiendo. Los montes y las nubes se hallaban iluminados con el res-

ARTURO BORDA

plandor de la inmensa hoguera. Mis inquietudes, después de atropellarse en el vértigo un instante, se paralizaron repentinamente.

Y en el potente vocerío del huracán el indio continuó hablando con la serenidad con que respiran los niños dormidos. Dijo

EL MALLCU

En éste momento, a las doce de la noche de Finados, se están incendiando en la América todas las ciudades que habitan los mestizos y los blancos.

Ahora sabe que yo, el **Mallcu**, soy el **Inca Masoc Intinina**.

*

Y sacando religiosamente del pecho un enorme Sol de oro, que lo guardó con mucha unción después de mostrármelo, agregó

EL INCA

Esta es la insignia de Atahuallpa.

Ahora ya es tiempo de avisarte que el **Inca Hillir Huanac** que te envió acá, es quien hace veinte años salió en misión secreta para que a esta hora se incendien en América las ciudades de los mestizos y de los extranjeros que desde la venida de Colón nos han robado nuestras tierras y nuestros derechos, aun sobre nuestros hijos y nuestras mujeres, tratándonos peor que a bestias. Para el criollo o el blanco, y aun para los que llaman nobles, estamos en peores condiciones no sólo que las bestias, sino que los mismos inmuebles y muebles que los cuidan y refaccionan; en cambio, sobre nuestra raza hacen pesar todo el olvido y todo el ultraje imaginable; de nosotros no recuerdan nada más que para su servicio. Pero ahora observa ese reverbero cárdeno en todos los horizontes. Así habla la justicia.

EL LOCO

En eso vi que en los cerros se encendían miles de hogueras. Entonces, en el largo lamento de los vientos oí el jajapeo de lejanas muchedumbres invisibles en la sombra inmensa rasgada por el ronco clangor del **pututu**.

EL INCA

¿Comprendes? Tupac Amaru, Caupolicán, Atahuallpa, Moctezuma y los pieles rojas a esta hora están vengados de polo a polo en la secreta rebelión de la raza. Ciudades, villas, aldeas y fincas, todo arde. Mas, nadie sabrá el origen de semejante siniestro.

En el secreto está la fuerza.

*

Luego el Inca silbó estrepitosamente. Y como brotados de la tierra aparecieron miles de indios alineados, cada cual con su respectiva mujer que llevaba un hachón encendido.

Sonó un **pututu** y la indiada se arrodilló.

Entonces el Inca, tomándome del brazo, empezó a caminar gravemente. Así llegamos a la plaza, en cuyo centro habían encendido una gran hoguera.

EL INCA (deteniéndose en una esquina)

¿Ves allá, enfrente, el Illimani, recortado como una silueta de tinieblas, destacándose a modo de túmulo sobre la claridad nocturna?

YO

Sí, veo.

EL INCA

Pues bien, dentro de ese monte, en la roca viva, está la ciudad imperial. Llegaremos a ella antes de la aurora.

En eso me tomó nuevamente del brazo, empujó una puerta vieja; y entramos en un cuartucho tan miserable como todos los demás.

EL INCA (paternalmente)

Desde ahora, porque socorriste al **Inca Hillir Huanac** y porque trajiste sus **kipus** y su **arsurlipichi**, eres nuestro. Serás feliz, porque vivirás en la ciudad imperial, la **Kgorichuima**.

Entre nosotros existe aún el comunismo perfecto: aquí no han podido llegar vuestras leyes, vuestras costumbres y vuestra religión, porque vuestros sacerdotes, vuestros jueces y vuestras milicias, y vuestros gobernantes, son increíblemente cotizables; se venden por nada. Y aun vuestros médicos son perfectos usureros.



Después empujó una piedra de la pared, por lo que se levantó misteriosamente la cama y apareció a nuestros pies una escalinata de granito pulimentado, la que bajamos. A cada veinte escalones había una sólida columna de oro macizo, desde la que daba su luz un hachón resinoso y odorífero. Las paredes eran cristalizaciones fantásticas de mil minerales, en los que la luz adquiría maravillosos destellos. Estaban representados el litargirio, el rosicler y los prismas de la miarquirita; la galena gris entre los exógonos de la chalcosina y los octaedros de la irisada argirosa: todo el sudor brillante de la América.

Posiblemente bajaríamos durante unos diez minutos, hasta llegar a una pequeña cripta en la que había sillas de oro macizo. La luz era más intensa, las cristalizaciones minerales, más fantásticas que estalactitas y estalagmitas, con incrustaciones de ónices y ágatas de ligaras y crisolampos, de aragonitas, oligistos y ópalos. Había que ver las turbalinas, la multitud de piritas pentagonales de casiterita que geometriza locamente, como con prismas llenos de generosos licores; luego el basalto, la malaquita y las opa-

EL LOCO

cas berenguelas. Hubiérase dicho ser el ambiente una gigantesca telaraña de arcoiris en un caleyoscopio enorme.

En eso el Inca tocó otra piedra, giró el muro y de la tiniebla del antro, al son de una música vaga, salieron doce hermosas mistas, admirablemente ataviadas, que después de saludar de hinojos al monarca le hicieron sentar en una especie de trono de oro purísimo y sin labrar, engarzado sí de gemas del oriente mejor; luego le cambiaron el vestido de lana burda con una malla de vicuña, tejido con hilos de oro y plata, y con su faldellín de oro, fino cual de seda; las ojotas de cuero por sandalias de oro con incrustaciones de esmeraldas y rubíes. En seguida se puso en pie el soberano y le acomodaron al hombro el manto imperial. Entonces el monarca tomó su cetro de una ban deja sostenida por una mista más hermosa que un deseo en los ensueños.

Acto seguido tocó otra piedra y se abrió otra parte del muro, de cuya profundidad salía un torrente de luz que me deslumbró con fulgor de hornaza o de aurora. Descendimos doce escalones más hasta una rotonda que parecía entretejida por los más inauditos colores del iris, mientras que unas voces misteriosas repetían: —Salve al Emperador!— El recinto hubiérase dicho un temblor inaudito de luz formando densa malla, en tanto que el ambiente se saturaba de un aroma embriagador. Y sonaba una música dulcemente callada y triste a la vez que aparecían doce indios cullacas viejos, empujando una especie de balsita de dos asientos, en los cuales nos acomodamos; yo a la izquierda. Luego se abrió en el suelo una puerta; y ante mis ojos se abrió un abismo sin fondo...

EL INCA (serenamente)

En esta balsa hemos de resbalar en ese precipicio, ochocientos metros de a setenta por ciento de declive, para luego, en fuerza de la velocidad, subir seiscientos. Y estamos en la capital imperial, en las entrañas del Illimani, en la sagrada Kgorichuima.

Acto seguido los cullacas nos vendan ojos y boca con finísimas bufandillas de lana embalsamada. Luego siento

retraerse mis nervios cuando empujan la balsita que resbala suavemente hasta que de súbito nos falta el suelo; por lo que boqueando estrangulaciones caemos con rumor de huracán, absorbiendo la densa atmósfera que se inflama. Cada vez nos hundimos más y más en ese abismo milenario, tanto que asfixiándome en la suprema angustia...

Despierto con el corazón casi roto.

*

Ciertamente que quisiera forjar un libro brutal, de ideas aun más brutales, que puedan provocar verdaderas contradicciones capaces de arrancar la chispa electrogalvánica de la conciencia popular hacia las ideaciones más altas, más generadoras de la acción creadora; pero tanto fracaso en todo, en todo, en la abulia de este ambiente indígena, donde los extranjeros mismos se contagian, en esta indiferente Bolivia, me hace agachar la cabeza, buscando almas, almas y corazones capaces de levantar la patria en la más generosa ignición de su sangre hacia la vida más plena y más libre.

Hay que caldear satánicamente el ambiente, es verdad, pero también es verdad que ya no tengo entusiasmos, ya que nos traicionan y nos venden aquellos por quienes mismo se lucha.

Los trabajadores —y esto sin contar los netamente indígenas que no quieren entender nada— son esencialmente politiqueros: se sienten fuertemente atraídos por los banderíos caudillistas (1825 a 1925), sin ideales ni doctrinas, pero que saben ofrecer y dar pingües beneficios particulares y sin fiscalización en la esfera del gobierno. Y en esto no se diferencian en nada de los más pretenciosos intelectuales de cualesquiera actividades. Como para ellos todo se reduce a afiliarse en la lista de algún caudillo, del más probable. Así que su sentido político se reduce a quiero plata.

En general, el espíritu nacional está entrando en un estado de indiferentismo tal —en el fondo mismo— que

EL LOCO

asombra, debido ante todo a las consecuencias inmediatas de su ignorancia: al recelo, el temor y la vergüenza que ocasiona su incapacidad; y por otra parte, porque habituados a cierta clase de trabajos irresponsables y lerdos bajo la presión del ambiente, sienten miedo ante la actividad responsable y de propia iniciativa. Y esta su insuficiencia en todos los campos de actividad, incluso la industrial y comercial, descartando la minera que por su milenaria comprobación resulta cuestión puramente del azar, les impulsa a buscar un responsable en quien descansar su ignorancia, su inhabilidad y su cobardía. Y como quiera que entre ciegos el tuerto es rey, los que ya sienten palpitar en sí ciertos tufos de mandones, se dan todas las mañas posibles por retardar arteramente el progreso educacional del pueblo. De modo, pues, que los desinteresadamente interesados en los ideales de efectiva utilidad general, poco a poco se ven fatalmente rechazados al margen de la corriente.

Así. Y claro que tienen sus entusiasmos, pero son puramente explosivos, sin ninguna trascendencia; más tarda en producirse que en concluir. No hay quién sea capaz de sacrificarse por los demás; pero cada uno está siempre dispuesto a inmolar a todos en el ara de su propia utilidad: y es en lo único en que se nota alguna constancia.

Sin embargo, una vez dado el difícil impulso inicial, otros vendrán con más suerte para seguir adelante, ya que se ha conseguido siquiera sea una ínfima Legislación del Trabajo a fuerza de amenazas, a fuerza de esfuerzos escénicos . . . Y esto mismo constituye la prueba de los anteriores asertos.

Entonces, como que se podrá comprender fácilmente, molestando por todo resolví irme por ahí a algún villorrio desierto de estas pampas cordilleranas a serenar mi espíritu harto agitado.

*

Anoche dormí en la cordillera. El frío debió estar a veinticinco grados bajo cero.

ARTURO BORDA

Me levanté con la aurora. Las aves aun no habían despertado. La naturaleza estaba en silencio; ni los vientos se animaban. La helada congelaba el aliento én mis labios.

*

Medio día anduve descendiendo el monte. A la tarde llegué a un caserío en la meseta andina, allá donde se siente la miseria y el abandono patriarcales al influjo de la inmensidad.

Los vientos van cantando una extraña sinfonía entre los pajonales en el pedregal.

*

Noche de conjunción. La luz de la Vía Láctea difunde una suave claridad, acaso de luna. En la diafanidad del firmamento parpadean a maravilla millares de estrellas.

*

Llego a una aldea. Las habitaciones son estrechas y chatas, de piedra y barro, sin revoques; los techos, de paja, y los tirantes están ennegrecidos por el humo. Mi cama se reduce a dos cueros en el suelo. Hace frío y estoy alegre. He apagado la luz mortecina que daba la lana retorcida y con sebo en un platillo de barro.

*

Durante la noche han soplado los vientos en la puerta, silbando en los resquicios del techo. Así han pasado cantando una serenata de risa y amor.

*

Desperté aterido, levantándome con la luz del alba.

EL LOCO

Poco después, en el silencio y en la inmensidad de la pampa se ha oído resbalar el tañer de una campana.

*

Salí de la estancia.

La plaza está desierta y circuida, en su mayor parte, por casuchas derruidas. En el empedrado crece a trechos, humildemente, la yerba menuda. En las paredes hay manchones de liquen.

Ambulo casi adormecido en el recuerdo y en la reconstrucción de las edades legendarias del Tahuantinsuyo.

*

Mientras tanto la campana ya no toca y un indio emponchado y con la bufanda hasta los ojos sale de la iglesia, yéndose por un desolado callejón.

El frío aumenta.

*

La aurora concluye y la mañana se avecina.

Poco después el sol, descendiendo de los picachos de la cordillera, dora el campanario de la aldehuela.

Voy a la iglesia. Ella es enorme, de piedra, y de la época del coloniaje. El altar mayor es de plata labrada. Hay cuadros enormes, absurdos, anacrónicos y mal pintados, que decoran los muros de la nave. Las hojas de las ventanillas sin vidrios, sujetas con lasitos de cuero, se desprenden oscilando al soplo de los vientos.

Centenares de avecillas que han hecho sus nidos en las comizas de los altares y en las manos de los santos, gorjean aleluyas o Deo gratias que se multiplican en el eco del templo.

Largo tiempo estuve abstraído en el cristalino concierto de las aves en el sagrario abandonado de los hombres.

ARTURO BORDA

Después llegó una indiecita de pechos duros y nacientes; tiene los pies de una excepcional belleza. No lleva nada más que una camisa, abierta desde el cuello a la cintura; de ahí a media pierna una pollera ocre, sucia y deshilada. En una manta oscura y burda carga a su hijo. Se arrodilla en media nave. Lloro, rezando en idioma inca.

Luego la musitada alegría con que revolando inquietas trinan las aves; el vendabal que al pasar silba, llora o ríe, acuerdan con el ingenuo y profundo lloro de la aborígen cargada de su hijo dormido o muerto. Todo lo cual me hace sentir y saber la majestad del templo, en esta hora en que no hay sacerdote que oficie, si no es un rayo de sol mañanero que besa el ara santa del altar.

Entonces he orado en lo más hondo de mi alma, lleno de fe y alegría, cual jamás lo hice ni haré. Tal era la sublimidad de la naturaleza en el templo abandonado, que fui creyente, de golpe, radicalmente, porque sí, ante mí mismo, en un deslumbramiento de los misterios de la vida.

*

Acto seguido salí y subí al campanario.

Dijérase que súbitamente se hubiera abierto ante mí, debajo del sol, toda la existencia.

Veo que desde los horizontes no mancha ni una nube el azul.

La inmensidad fatigante de la pampa se dilata en mis lontananzas de Oriente a Ocaso.

En torno al templo se dispersan los caseríos, ubicándose hasta no muy lejos.

Entre los sembradíos y pajonales distingo los senderitos que comunican las cabañas.

Y a la vez que se oye los mugidos alegres de la vacada, se oye también el dulce balar de los recentales, el

EL LOCO

canto del gallo, el ladrido de un perro y el son de una quena pastoril.

No lejos, en una extensa sementera, la indiada se congrega para el barbecho.

El camino real de herradura, por el cual va o viene un viajero, se esfuma en las lejanías, donde serpea un río argentado, el cual nace o desemboca en el lago que, temblando en el horizonte, se esfuma en el azul.

En la pampa, barriendo los sembradíos de los arenales, viene un torbellino de Occidente a Mediodía, elevando una columna de polvo ondulante, la cual va desapareciendo a medida que asciende en los lejanos montes.

El viento sigue silbando una alegre canción.

Saturado de un dulce bienestar, bajo del campanario.

*

Estoy sentado en el atrio desempedrado y musgoso del templo, del cual sale llorosa la indiecita harapienta, cargada de su hijo dormido o muerto. Cruza la desolada plaza y desaparece trastornando una esquina; mas, por lo que se ve, se detiene: pues su sombra se queda inmóvil un instante y luego avanzando desaparece.

*

Los vientos han enmudecido. Yo medito, dormitan» do. En el firmamento impera el silencio.

*

La otra tarde que iba un tanto preocupado en unas ideas que no alcanzaban a precisarse, estando ya en esos suburbios que invitan a reconcentrarse en ideas que se ahondan en el alma popular, oí de pronto una música agradablemente bien concertada de charango y kena, que salía

de un tienducho. Me detuve a oír y ver por la ventana de la trastienda que se hallaba en la esquina. Era una reunión de jóvenes que bebían. Habían varias mujeres. La música era marcial aunque tristonada y terminó con una salva de aplausos. Y entonces un joven se levantó y leyó unos versos que más o menos decían lo siguiente:

La fuerza del Ideal
es tal . . .
que aun cuando la vida
impulsa y alienta
a través del fúnebre ataúd
lo invisible e intáctil.

Tal en la Madre Tierra,
estéril o florida
siempre habrá de ser
el Divino Ideal
la fuerza o energética
que propulsa en ascensión perpetua
.aun el ansia anónima y reclusa
del anónimo y mísero paria,
es fuerza dispersa
a todos los orientes y vientos,
es más que luz
y menos que quietud.

Tal es la fuerza y potencia
del Ideal.

De esta suerte,
¡oh tú!, hijo de la época,
Sin látigo o espolón
no te mezcles en vano
ni con la libertad
ni con la servidumbre,
por aquello de que
aunque la balanza esté en la cuenta
no pesa ni más ni menos,
en sus ambos platillos,
que la rebelión
del espíritu y alma
de los hijos sin pan
en la agonía larga del hambre.

EL LOCO

No te mezcles en vano
sin látigo o espolón
ni con el harto o el hambriento;
Tal debe ser la conducta
de tí que sueñas y hablas
¡oh hijo alzado de la miseria;
haya siempre
fuego de rebelión en tu aliento.

Concluido lo cual arreció el entusiasmo entre aplausos, y el charango y la kena entonaron el Himno al Sol. Oyeron todos de pie. Concluida la pieza aplaudieron entusiastamente y bebieron de sus copas, cuando la música entonaba La Tercera Internacional.

Como el frío arreciaba y comenzó la lluvia, me retiré, considerando que felizmente la juventud a caldear y agitar su espíritu. La lluvia se hizo torrencial entre rayos y truenos. Las calles se hicieron desiertas y yo llegué a casa empapado y aterido de frío.

*

Y soñé sueño de amor.

LA ALEGRÍA DE LOS VIENTOS

I

Erase una casita rústica e inmemorial: dos habitaciones en un frente, en el cual yo me hallaba; otra en el opuesto. Los laterales formaban tapias de adobes, en ruina. En los claros del empiedre, desmolado, crecía la menuda grama.

Rodeaba al fondo la pampa, limitada en lontananza por la nevada cordillera.

Un sol de invierno, cansado, reposaba su luz en la inmensidad quieta y muda.

Me hallaba asoleándome, sentado en un poyo, entregado al silencio y a la quietud de los siglos, cuando pa-

ARTURO BORDA

só una sombra en el patio. Alcé la vista. Un cóndor de alas rígidas e inmóviles, ascendiendo en espiral se perdió en el cénit.

Poco después el aire se agitó al soplo de los vientos que silbando en los pajonales de la pampa llegaban de todos los puntos. Y al instante comenzó en el solar la danza de mil torbellinos que me dejaron estupefacto, porque vi que se materializaban en colegialas danzarinas y sin reposo, musitando silbos, la voz del viento.

Una de ellas, encarnación de mis ardientes deseos, vino a mí, llenando de esperanzas y temores mi corazón. Tomándome de la mano me arrastro a en medio de ellas. Vacilé un segundo, entendiendo que esa era el alma del viento.

Luego me levanté para seguirle, ya que se empeñaba en llevarme consigo; mas las auras habían pasado ya.

II

Quedé, pues, solo y triste, porque ella que vino a mí se desvaneció dejando en mi muñeca la suave impresión de su leve mano, como si por ella me hubiese succionado el alma. Hizo por llevarme a su seno azul...

Mi espíritu, cautivo en la densa carne, hipó su congoja.

III

Más tarde, no sé cuándo, —era sueño— vi en la habitación de enfrente a las Auras danzarinas. Y sin demora me fui a ellas.

Qué alegría. Quietas y mudas en el silencio de la escuela en ruina del cortijo, hacían clases. Mas, ella, irguiéndose gentil, miróme de soslayo, sonrió, escabullándose después por entre los bancos en desorden.

Incitante y túrgida, encendida la color, más hermosa que su imagen en mis deseos, me hizo guiños de

EL LOCO

amor. Y así, flotando al aire su negra cabellera, huyó a la solana. Tras ella, al impulso de un soplo, siguiéronle las demás.

¡Oh, la mía! Ostentando sus ebúrneas formas, cual imán al través de un tul, huyó flotando en giros, siempre gentil. Yo corrí por asirla; pero ella, burla burlando, ufana y coqueta, envuelta en gasas siguió huyendo.

De pronto se arremolinaron todas. Yo en medio, desconcertado en el vértigo, esforcéme en vano por hacerla cautiva a la predilecta, acaso Luz De Luna. Pero mi vista comenzó a nublarse mientras se atolondraba mi conciencia.

Luego oí, así como en la modorra de un vahído que pasa, el gemido de los vientos. Y cuando se despejaba mi vista, escaparon a la pampa las Auras en torbellino.

Así se desvanecieron elevándose al azul.

La luz crepuscular moría poco después en la inmensidad quieta y muda.

Yo me quedé solo en el cortijo abandonado.

Cuando desperté era la hora más honda de la noche.

DE LA HISTORIA

El escritor que se precie de honrado está obligado a obrar como si se hallase fuera de su tiempo, haciendo caso omiso de sus afectos personales, porque es preciso que se percate que escribiendo del presente, en el presente, trabajando para el futuro, se refiere ya a su pasado.

Era en vísperas del Centenario. En el somnolente ambiente flotaba una especie de idea, como queriendo empujar en todo. Me hallaba preocupado, queriendo descubrir cómo se agitaba esa fuerza, cuando al fin me había dormido.

*

Delante de una enorme estatua de granito pulimentado que representaba a La Madre, destacándose imponentemente sobre un cielo de intenso turquí, todos los próceres y todos los ejércitos de la independencia formaban un alto tribunal en los campos de Junín y Ayacucho. Los pro-tomártires, con Bolívar, Washington y San Martín, formaban la presidencia. En frente a ellos, en un largo banquillo de roca, estaban los presidentes de Solivia. Atahuallpa con los Katari y otros indios se hallaban en forma de monolitos, delante de los Incas. Frente a ellos tomaron asiento los representantes de las veinticuatro repúblicas suramericanas. Los ejércitos de la independencia formaban detrás de ellos un semicírculo de hierro.

— 1129 —

El día no tenía nada de particular. Ni una nube. El sol quemaba cual si fuese con alfilerazos, en medio de un silencio sepulcral.

Entre el pueblo y ese alto tribunal fueron desfilarlo miles de gentes, presentando sus obras. Yo estaba casi petrificado, temblando interiormente, ciego y sordo a todo, pensando sólo en las cuartillas que llevaba, queriendo corregirlas a la desesperada, a pesar de que ya no había tiempo, porque en ese mismo momento se levantó el Inca Atahuallpa, diciendo con grande voz: —Loco, ahora tú.— Maquinalmente avancé hasta frente al tribunal, pretendiendo eludirme, atento a mi voz que en aquel silencio sonaba cascajosamente. Entonces don Pedro Domingo Murillo, habló así: —Vamos a ver, Loco. ¿Qué es lo útil que hiciste para la patria?— Y comencé a considerar que yo no he hecho nada más que disparates, según la opinión general, lo cual a fuerza de repetición ha llegado a formar en mí una verdadera conciencia, claro que con su consiguiente sedimento de tristeza; por lo que repliqué: —Nada: todo lo que hice carece de valor y hasta es un inconveniente para todos.— Entonces Washington dijo: —Eso no importa, Loco; es a nosotros a quienes corresponde ver qué es lo que hay de útil permanente para la patria en la labor de cada cual. A ver: ¿qué llevas ahí?— E inmediatamente San Martín insistió en esta forma: —Así es la verdad, Loco. Nosotros somos el espíritu de las Américas libres; de manera que quieras que no tenemos que ver qué es lo que ha construido cada ciudadano para el bien y la gloria de nuestras tierras. Sí. Lee. Lee.—

Entonces e inútilmente quise resistir aún: todas las miradas estaban gravemente fijadas en mí, como linternas escrutadoras en la noche. No había más remedio que leer; pero como quiera que temblasen mis manos, cayeron las cuartillas, desparramándose descompaginadas. A lo que Bolívar agregó: —Eso no importa, porque yo sobre todos necesito saber cómo honra y ayuda a la libertad de mi hija predilecta cada ciudadano boliviano; ya hemos visto quiénes y cómo la cercenaron moral, intelectual y físicamente. Lee sin temor, Loco, porque veo en tus ojos la libertad. A ver; comienza por esos originales que llevas.—

Y en eso oí una inquietud de almas, como si quisiesen huir, mientras yo trataba de ordenar las cuartillas que se habían intercalado, razón por la que mi turbación se hizo mayor; pero por eso mismo pude notar cómo se dulcificaban las miradas en un imperceptible plegarse de sonrisa, lo cual me reconfortó, justamente en el instante en que hallaba el comienzo de este capítulo, el cual empecé a leerlo sin poder evitar al principio el temblor de la voz, por el fatigoso acezar emocionado:

DE LA HISTORIA

Yo deseo ser verazmente ecuánime; pero hay en el ambiente de unos y otros bandos tal odio y corrupción, que a la fuerza siento que mis juicios son parciales: razón por la cual me inclino violenta e intencionalmente a uno y otro para de mi propio exceso sacar el justo medio; esto cuando no refreno el impulso de mi sangre contemplando los sucesos.

I

Hace un momento que diciendo tristemente

**Per me si va nella cita dolente,
per me si va nell' eterno dolore,
per me si va tra la perduta gente.**

entró a su cuarto mi actual vecino, llamado Armando Espada, que es de esos cascarrabias que no comulgan así como así cualquiera idea. Pero sospecho que, como todos esos políticos y politiqueros del tres al cuarto, sólo tienen boca para ofrecer lo que jamás cumplen. Es un parlanchín que si habla del sol, él lo ofrecerá para el día siguiente, con la misma facilidad con que podría prometer un imperio o un mendrugo. No sé por qué ese tipo me hace pensar que el partido político que tenga a su cabeza un jefe tacaño y cobarde, por verboso que sea, ya puede perder la esperanza del mando. Lo que el pueblo necesita es hombres de pelo en pecho, perfectamente temerarios, y que sean, instintivamente, o por estudio, tácticos y estrategas.

ARTURO BORDA

Ayer Armando reunió a algunos de sus amigos. Y como que en la puerta que nos separa, siguen faltando los vidrios, pude oír el siguiente diálogo:

ADALID

Te digo que no, Armando.

ARMANDO (displicente)

Ya puedes argüir cuanto quieras; la verdad triunfa en la conciencia. Y este asunto no es mera suposición de la fuerza bruta.

ADALID (con acento indiferente)

Esa es tu opinión, pero no la mía. La juventud siempre es irrazonable, apasionada, violenta y precipitada, como toda ambición; se inflama por nada, ocasionando en todas partes serios líos. Parece que no tiene ni noción del dominio de sí misma; además, es petulante y vanidosa. En resumen, es incompetente para el manejo de la cosa pública. Eso sí, tiene alguno que otro ímpetu de altruismo, pero son simples chispazos. Eso no es una virtud. La virtud es la perseverancia, el método y la paciencia en la empresa, allá donde el deber necesita de nuestro sacrificio

ARMANDO (con tono paternal)

En cambio, tú sabes que a mayor vejez corresponde mayor egoísmo, ya que no se vive en vano, y que a mayor juventud --- ¿Qué dijiste eso?

ADALID (sonriendo)

Altruismo.

ARMANDO (acentuando palabra por palabra)

Pues bien, el altruismo es el oxígeno de la juventud, Y como la patria necesita fatalmente de sacrificios, resulta que hasta por asunto de edad la juventud está llamada a...

ADALID (sardónicamente)

¡Eh, muchacho! ¿Qué dices? Mira que soy viejo: pues quita los sueldos y las mil granjerías de los puestos públicos y no habrá gobiernistas ni opositores, ni jóvenes ni viejos, ni quién se haga cargo de la cosa pública. Ni los proletarios ni los potentados querrían el gobierno de los pueblos, si no fuese únicamente el sebo de sus gollorías. Y eso será así siempre.

ARMANDO (animándose)

¿No ves, mi querido Adalid? La edad ofusca ya tu criterio. Ahora guarda en tu memoria esta ley:

—Desde los monocelulares hasta el hombre, cada **movimiento** del individuo es para ganar **algo**, en fuerza de su existencia.

Mas, aquello de que la escala esté subdividida conforme a nuestro organismo, es otra cosa; pero no implica la supresión de los elementos de vida. Así, pues, la juventud debe tomar parte activa en los latidos nacionales, como que es la sangre más roja de ese organismo, y debe ser la juventud más radical en el deseo y la acción del progreso.

ADALID

Perfectamente. Pero no negarás que así como hay viejos idiotas hay también jóvenes cretinos, en perfecto estado de degeneración; y que así como hay viejos sabios —a ver si me entiendes— hay también jóvenes inteligentes. Y no basta plantar en la gerencia de la cosa pública a cualquiera que no se sabe lo que es, ya que nunca dio nada de sí. Y luego ahí queda, sólo porque sea joven. Eso es gracioso. Y peligrosamente gracioso, como todo lo gracioso. Si se procede así, llegará el día en que tengamos que soportar un gobierno de imbéciles atolondrados. Es menester esperar un poco, mi querido Armando. Que la juventud se manifieste de alguna manera considerable, intelectual y moralmente, y que tenga un poco de experiencia,

más ilustración y, sobre todo, sepa gobernar sus impulsos. En fin, que sea más apta. Mientras tanto, que aprenda a obedecer, porque en ello está el principio del mando. Pero que las cosas sean así como quieres, es un disparate.

ARMANDO

No tanto.

ADALID

Bueno. Pero lo que diré no es para tí.

Hace muchos años, aquí, en esta misma habitación, vivía un muchacho así, inflado de una vanidad y una soberbia inconcebibles, todo porque tenía la cabeza llena de incoherencias y una facilidad de palabra que parecía un fonógrafo de cuerda perpetua, por lo que se rodeó de un círculo de muchachos, que me parece eran universitarios, los cuales sin ninguna capacidad analítica, faltos de lógica y voluntad, y con buena dosis de ambiciones encima, poco a poco fueron cayendo miserablemente hipnotizados y fascinados por el relumbrón y cascabeleo de toda aquella oropelería. Era lo más divertido posible aquello: ellos, los jovencitos universitarios, llegaron a creerse geniecillos predestinados a transformar el mundo, solamente a fuerza de audacia, y el otro estaba ya tan absolutamente convencido de que era el creador de la humanidad, que desde Kapila no había un hombre grande que a su lado no fuese un bobo. En resumen, él resultó ser algo así como un payaso de la inteligencia y los demás un soplo de nonadas.

Ya ves. Si es así la juventud que defiendes, pues..

ARMANDO (palmeteando)

Hermoso. Hablas como un libro viejo mal escrito. ¿Cuándo quieres que la juventud gobierne? ¿Cuando sea vieja? ¡Ja, ja, ja! Estás encantador, pero seguramente que no de mí, porque yo pienso lo contrario. La juventud debe gobernar cuando es juventud, cuando es sana, cuando es bien intencionada, cuando es altruista. Además, para el

EL LOCO

desenvolvimiento beneficioso del talento, la edad y la condición social no tienen pito que tocar.

Adalid

No, señor.

ARMANDO

Sí, señor. ¿Qué...? ¿Quieres acaso que la juventud sólo sirva para aniquilarse en los campos de batalla, perdiéndose de esa manera toda una generación en cambio de una degeneración degenerada?

ADALID (despreciativamente)

No digas eso.

ARMANDO (amenazando)

Está bien. Esperemos la lucha. El corrido lo dirá. ¿Estás enterado ahora de que esta cuestión ya no es asunto de banderío a la violeta? La juventud contra la vejez. Está muy bien.

JOSÉ (sonriendo siempre)

Bueno. Ahora basta, señores, de inútiles porfías. Yo creo que entre nosotros no tenemos por qué molestarnos por estas tonterías de los liberales de la hora nona, o de los radicales o socialistas; que parece que todos cojeamos del mismo pie, jóvenes o viejos. Además, me parece bastante con tener que buscar nuestro pan.

LUIS (dando una palmadita en el hombro a José)

Eso es, don Pepe. Todos estamos acordes, porque esa es la cuestión. Y precisamente por eso vienen todas las peleas.

Veamos. ¿Quiénes fueron ayer al desfile?

ARMANDO (poniéndose serio)

Es verdad. ¿Qué les pareció la fiesta?

CLETO (agitando los pies mientras fama)

Excelente. Hubo concurrencia. Y ¡qué entusiasmo!
Ni en las fiestas patrias.

ADALID

Pues, jóvenes, no podía ser de otro modo. Después de cuarenta años ha visto el sol el estandarte de los Colorados de Bolivia, incorporándose al cuerpo de su nombre. El Corneta de Ordenes, el Tambor Mayor y el Portaestandarte, veteranos ya, contemplaban consternados, a la luz del día, la tricolor que la defendieron con su juventud, salvándola, en el Campo de la Alianza, de las manos del invasor.

LUIS

Pero, pidiendo perdón, digo que ese acto ha sido tan fuera de propósito y de tiempo, que me disgustó. Esa entrega debía hacerse con esa pompa, siempre que nuestras posibilidades de reivindicación del litoral o Cobija fuese próxima y cierta; pero se halla tan lejana...

ARMANDO (dogmáticamente)

Todos ustedes tienen en el cerebro la gota serena: no ven nada. El objeto de excitar, por todos los medios posibles, el patriotismo sentimental, es que para el instante dado no haya muerto el patriotismo. Pues si nunca se ha de hablar de la patria y de sus héroes, rindiéndoles culto, llegará un día en que habrá desaparecido el patriotismo, quedando la patria a guisa de materia disponible de las angurrias vecinas. Que la entrega del estandarte haya sido extemporánea, está bien; pero es innegable que todos, contemplando a nuestros veteranos en traje de campaña que llevaron en aquella fabulosa acción de armas, han sentido profundamente el deseo o necesidad de nuestro Litoral.

EL LOCO

LUIS (meneando la cabeza)

Escenas de esa naturaleza y aun más patéticas se puede estar repitiendo cada día sin que con ello se haya conseguido nada efectivo. Pero no me parece bien que las multitudes y los representantes de los poderes del Estado, exaltando únicamente el nombre de los Colorados, hayan preterido a los demás cuerpos del ejército que actuaron con el mismo heroísmo, y que si no estuvieron presentes en el sitio y la hora que les cupo a los Colorados, fue asunto de la suerte. Y nada más.

ARMANDO (elevando el dedo Índice y centellando ridículamente los ojos a la vez que ahueca la voz)

En cada pueblo, y por varias razones, sobre todo para conservar siempre viva la hoguera patriótica, se debe consagrar como a regimiento insignia al que haya dado la nota máxima de heroísmo. Tal predilección de los ciudadanos, las mujeres y los niños, por los guerreros más valientes, incitará siempre a los demás cuerpos del ejército a distinguirse amulándose en el sacrificio. Así, aun cuando ello sea una cruel hipocresía de la patria.

CLETO

A mí me parece que el uniforme que llevaba el ejército...

LUIS

El uniforme que los héroes usaron en campaña debería ser el uniforme de gala del ejército, porque así revive en la evocación el espíritu bélico y marcial del soldado de los tiempos gloriosos.

Y a tí, Emilio, ¿qué te pareció la fiesta?

EMILIO (poniéndose de pie y caminando agitado)

Estuvo soberbiamente bien, tanto que tuve intención de hablar, demostrando que toda conquista equivale a sem-

brar los gérmenes de la independencia, y que la paz que en tales casos sobreviene, por mucho que sea firmada en un congreso mundial, no pasa de ser una simple tregua, para reanudar la guerra aun más sangrientamente, en las primeras de cambio. La sola forma de cesión territorial sin consecuencias es la anexión voluntaria. La historia no registra ni un solo caso de conquista mediante la violencia; lo que se conquista con la fuerza, y, mejor aún, se usurpa, no es nada más que el territorio. Conquistar significa, en su verdadero sentido, hacer suyo al enemigo mediante la persuasión. El caso perfecto de la conquista de los pueblos es la anexión suscrita voluntariamente. Conquistar al vencedor sería, pues, el triunfo más cierto de la política verdadera. Así pensé; pero como mi emoción era tan grande, no he hablado.

ARMANDO (que esperaba impaciente que concluya Emilio)

Pues yo escribí anoche un artículo al respecto. ¿Quieren oír? Veamos qué les parece.

ADALID (zahiriente, mirando de soslayo)

¿Con qué objeto quieres que te oigamos? ¿Para que te critiquemos, para que tú mismo goces en la lectura o para que te aplaudamos? Di, **nomás, che**, la verdad.

ARMANDO (picado)

Acaso no sea con ninguno de esos objetos, sino que, ya que sois periodistas, sepáis cómo se hace una crónica interesante, dando novedad a la trivialidad de las cosas.

CLETO (mirando el reloj)

Son las ocho; así que aun tenemos una hora libre.

TODOS

Entonces que lea. Lee, Armando.

EL LOCO

ARMANDO (entre satisfecho,
amenazador y ensimismado)

Perfectamente. Yo. (Leyendo)

LOS COLORADOS O LA PLEBE HEROICA

Para la juventud.

Arrastrado en la multitud, fuertemente cerrados los labios, iba yo en el ensueño de las agitaciones ambientes: mi corazón palpitaba a semejanza de combazos en la forja de espadas rútilas, y mi pecho se ensanchaba, cual si bebiese los vientos.

De pronto sentí descansar en mi hombro una mano pesada. Volví atrás la vista. La sombra ensangrentada del General Pando me miraba sonriendo.

Tuve miedo.

En eso la sombra del Coronel Murguía dijo: —Es el heroico manco de infantería de la Alianza.

Y, elevándose en el vozarrón de millares de hombres, un formidable: —¡Gloria!— rompiendo el éter se dilató en el azul.

Entonces el General, siempre risueño, me llevó del hombro, como imán que arrastra una aguja, hablando así:

—Estoy cansado. Sentémonos, joven. Largo es el viaje que hago. Vengo porque hoy se reintegra al ejército una enseña de heroísmo y honor: el estandarte de los Colorados; la tricolor que vio consumirse, uno a uno, la diminuta falange de los héroes replegados ya en el cuadro inmortal, en el cual se estrelló, a semejanza del huracán, la caballería chilena, espoloneando millares de bestias desbocadas.

Aquella es la enseña, que, descolorida por el sol de los arenales y luego rasgada a bala, y tinta en la sangre de

los suyos, oyera, horas más tarde, el clarín de los sobrevivientes, que, rompiendo el silencio de la noche desolada, llamaba en vano, dilatándose en el desierto; pues los Colorados eran un tendal de heridos y muertos.

Así Daza, sacrificando en vano los héroes, inició la venta que Montes concluyera.

Ahora mira, joven. En el balcón del palacio presidencial, en manos del Presidente Gutiérrez Guerra, está la insignia sagrada, a la que como si se movieran las tierras de Oriente y Occidente, hacen columna de honor el ejército y los pueblos.

Mas, ¿oyes, joven, aquel lejano, sordo y bélico rumor? Son los ecos del clarín que despiertan en los repliegues del sacrosanto estandarte, aquellos que en el silencio nocturno de la trágica jornada, dilatándose sobre las ondas del mar, llamaban en vano a los que sucumbieron. Ese lejano y sordo son dice: —¡Guerra!— y viene de los confines de la patria grande en el tiempo y en el espacio. Pero ¿oyes...? El porvenir y la América responden: —Paz, paz...—

Y ¿qué significa la escarapela que llevas?

—Es, mi General, el distintivo de la **Liga de Defensa Nacional** en noble emulación de ideales con la **Guardia Blanca**, es decir, a quien hace más y mejor por la patria.

—Bien. Muy bien. Mas, cada cual debe dar el máximo en su esfera. ¿Qué eres?

—Un día creí ser escritor y pintor, pero...

—Dice Víctor Hugo, repitiendo indudablemente a Horacio: —**Más se necesita pintar que escribir.**— Pinta, pues, y sea en la patria, por la patria y para la patria. Pero recuerda que el Inca Garcilazo refiere en los **Comentarios Reales**, que cuando por una copa de cristal dio Atahualpa ocho de oro a un soldado español, y que, porque ese reveló que aquello abundaba en Europa, el Inca arro-

EL LOCO

jando violentamente hizo añicos el vaso, exclamando: —No **merece aprecio lo vulgar.**— Pues, joven, el Colorado que? hagas, infundiéndole sobre todo el soplo, será así:

.....

Crepúsculo sangriento.

Desprendiéndose vagamente del horizonte, el Océano Pacífico, iracundo y tinto, acomete los escollos o escupe en las playas. En la orilla, entre nieblas marinas, el Loa, Antofagasta, Topater, Puerto La Mar o Calama, y, más acá, un cementerio.

De frente al Océano, sobre una cumbre enhiesta, de pie, herido, en traje de campaña, destacándose sobre un cielo volcánico, uno de los inmortales veteranos. Lleva ensangrentado el harapos uniformes. El pie izquierdo asienta en la última roca; cae la mano sobre el muslo; la derecha descansa en la cintura, sobre la sábana que le sirve de faja; de su hombro, a discreción, cuelga boca abajo el Remington. De pronto el héroe indígena gira tierra adentro su aleonada cabeza azotada por los vientos marinos, y, mordiéndose el labio inferior, clava en nosotros su mirada aquilina.

.....

Al pie: — 1904.

—¿4... ? —interrogué.

—Año —dijo— en que se remacha la venta del Libertador.

Y se desvaneció la visión en la luz crepuscular a tiempo en que a la sombra de los Protomártires, del Libertador y de Sucre, entregaban el estandarte a los Colorados. Después de un silencio hondo, la multitud, ensordeciendo el firmamento, clamaba al son de la marcha triunfal.

ARTURO BORDA

TODOS (ingenuamente)

Muy bien. Publícalo. Si estuviese mal, nosotros te diríamos. Ya sabes: tenemos la franqueza rotunda.

CLETO (con mayor ingenuidad todavía)

Ya me conoces; yo digo las cosas como son: al pan, pan, y al vino, vino. Para mí no hay nada más que lo que miro, oigo y comprendo. Puedes publicarlo; está bien.

ARMANDO

Esperen, porque esto tiene todavía la razón del fantástico valor de aquellos hombres nacidos para hacer glorioso el infortunio de la derrota. Verán. Pero necesito ahora muchísima más atención. (Y leyó).

LA MADRE DEL HÉROE

Un día en que yo tramontaba la cumbre del Panduro, en el llano, avizorando en toda la extensión no distinguí nada; pero después una pequeñísima polvareda que se fue arremolinando y cimbrándose, como una retrechera mujer cita, que al avanzar se elevaba al cielo en el que desapareció, me hizo notar en una especie de arenilla que se movía, allá, muy lejos. En seguida supe que era un batallón que iba a jornadas forzadas bajo el implacable sol; pero en medio de esa nada he visto tal grandeza, que mi asombro aun no pasa.

Al fondo, en el horizonte, esfumándose en el azul, los Andes pincelan entre nubes sus más altos picachos de eternas nieves; y desde sus anfractuosas estribaciones la brumosa lejanía de las eriales llanuras en que se prolongan con tinte violáceo, es larga, obsesora y fatigante. Luego, más acá, unas tras otras las ondulaciones del terreno a manera de inmensas depresiones del océano. Así, poco a poco, se hacía más visible y tangible la asperosidad de la pampa cubierta de espinos y pajonales. Y aquí, en primer

término, rayando el pedregal, el polvoriento camino de herradura en que se levanta danzando, sutil, flexible, un lindo torbellino al choque de los vientos que alzan la polvareda que la tropa ocasiona, yendo sensiblemente cansada. Todos van charlando perezosos, porque hace días que llevan el mismo andar en la inclemencia de los yerros. ¿De dónde vienen o a dónde van? ¿Son acaso los revolucionarios o son los leales yendo a sofocar alguna revuelta? Estamos, pues, en el trágico siglo de los cuartelazos y asaltos al poder, abusando del inocente y temerario valor del pueblo, cuya energía urge de una acción potente en beneficio de la patria. A retaguardia, llevando a costas sus menesteres, las mujeres de los soldados, o sean las rabonas o cantineras, juntamente con la ambulancia y la impedimenta.

Al otro día, helado y sombrío, mientras se desencadena la tempestad al soplo de los huracanes, trasminando de frío los huesos, una de las mujeres, retrasándose intencionalmente, tiembla, tambalea y cae, agobiada al peso de su carga. Con un ¡ay! y unas retorciones angustiosas, veo que desembaraza, calada por la lluvia. Es un solemne bautismo entre relámpagos, rayos y truenos. En seguida envuelve penosamente en un rebozo a la criatura. Mientras tanto se rasgan las nubes, casi en el horizonte, y brilla un rayito de sol poniente, iluminando aquel formidable cuadro en la lúgubre y vasta extensión. Al poco tiempo, cuando vuelve a ennegrecerse el firmamento y el relámpago de un rayo cercano se abre, disipando un instante la sombra de confín a confín, y retumba horrísono el trueno, sacudiendo cielo y tierra, echa la madre la placenta, y con la matriz revuelta y afuera, aniquilándose en la hemorragia, cual si anduviera en las ignotas brumas del sonambulismo, cargando su vastago además de los enseres, esforzando su voluntad prosigue la jornada. En eso el gemir del párvulo concierta siniestramente su vocéena con los silbos y el bramar del vendabal.

De tal manera, queriendo resistir la lenta invasión de la muerte, continúa tras el batallón, internándose ya en la lóbrega noche, bajo la tormenta que arrecia. De rato en rato se oye algún gemido que los vientos apagan, llevándoselos; pero poco después cesa la lluvia y se despeja

ARTURO BORDA

el cielo. Las estrellas fulguran intensamente, tanto que es como si la eternidad hubiese abierto sus ojos ávidos por contemplar aquella heroica madre.

Es entonces que me voy atrasando adrede, porque es tan seductora y tan fantástica la soledad en el altiplano, que hay que gozarla íntegramente, recogiénose en la meditación, a pesar de lo cual en la canción del viento parece que se oyera tropeles, gritos, suspiros y charlas en las ondas. El frío aumenta rápidamente y los vientos se van amainando en un frío glacial, por lo que parece que la tierra se quejara; pues ha comenzado la helada. Y en medio de la vasta sombra, llena de la claridad de las estrellas, se cree sentir o ver algo como si los espectros anduvieran sigilosos en todo sentido.

Estando de esa suerte, no sé cuánto tiempo, me he sentado a la vera del camino, meditando ante la inmensidad de la noche, hasta que un relincho y el clangor de un cornetín me han sacado de mi abstracción. Debe ser que los soldados han llegado a la posada, a esa miseria de rancharío que parece encogerse temblando de frío, escondiéndose en la tierra. Mientras tanto, el albor de la aurora está clareando el oriente a la que vez que salta la luna, de modo que por contraste el horizonte es una franja negra. Y en esa mi lontananza creo adivinar una silueta femenina, agobiada por su carga, que se aproxima arrastrándose al mismo rancho. Debe ser la púérpera.

*

Mas, como desde ahí he tomado otro rumbo, no he vuelto a saber nada de esa indiecita de acero o roca, hasta después de muchos años y eso de modo demasiado casual. Ella había muerto al incorporarse al batallón en aquella, no sé si sublime o trágica jornada. El comando recogió al vastago aquel, el cual al través de los años llegó a ser uno de los más notables jefes de la misma unidad: los célebres Colorados de Bolivia, símbolo de heroísmo y arrojo.

Pero ojalá que desde hoy cada número del ejército no sólo soldado sea sino un sabio y un brazo útil en el em-

EL LOCO

puje del progreso, tanto como hasta hoy ha sido el heroísmo inútil para la República ante el lupino cercén de todas nuestras lejanas fronteras.

TODOS (alegremente)

Sí; está muy bien.

LUIS

Efectivamente que está muy bien. Pero quizá sería bueno corregir alguna que otra palabra...

ADALID (molestándose)

No fastidien. Más bien quieres decirme, tú, ¿por qué endiosas a la plebe, denigrando siempre a la juventud? ¿Acaso en los Colorados no han concurrido casi por igual tanto los artesanos como los intelectuales? ¿Y así en todo el ejército?

ARMANDO

Te diré. Tú supones que yo hago diferencias entre juventud y plebe o entre intelectuales y obreros; lo cual siendo así constituiría un error crasísimo. Yo distingo únicamente entre imbéciles y doctos. Y dada que es tan idiota la plebe, plebe intelectual, plebe política y plebe social, como la plebe religiosa, es necesario alentarla para que por lo menos aniquilándose a bala y por una causa noble, según su propio concepto, cual es el de la patria, siquiera que su muerte sea útil y bella, ya que su existencia es nula y repugnante.

En cuanto a la juventud que nombras, no digo nada, porque entiendo por juventud, aunque en esto me contradiga aparentemente, no la edad moza, sino que aquella que con el corazón dilatado de entusiasmo en el infinito piensa y trabaja inteligentemente en la belleza, en el amor y en la verdad: en el progreso incesante de la dignificación humana.

ARTURO BORDA

De todas maneras yo debo entender por juventud la parte más inteligente y fuerte de la humanidad, la más bella en su altivez y no la edad moza que se arrastra.

LUIS

¿Y por qué no haces mención en tu artículo, de los aliados, los peruanos?

ARMANDO

Porque dejando caer de sus manos el fusil, han huido miserablemente del campo de batalla. No sirven para nada. Ellos son los que han perdido su territorio y el nuestro. En cuanto a los chilenos, es bien sabido que con la desesperación por el guano y el salitre nos arrebataron Cobija, pero como hombres. Y lo que elogio en los bolivianos, es su arrojo bestial, su inocencia infantil. Y no hablemos de argentinos y brasileros.

CUETO

¿Y tú fuiste a ver la entrega del estandarte?

ARMANDO

Sí. Y es la única vez que asistí a manifestaciones de tal naturaleza; me arrastró lo excepcional del asunto.

LUIS

Yo te vi. Estabas en un grupo de muchachos del partido...

ARMANDO (incomodado)

Yo no pertenezco a ningún grupo; porque aquí, como en todas partes, los partidos políticos son amasijos híbridos de todas las ignorancias y los apetitos más desordenados. Mis conceptos de patria y patriotismo son absolutamente distintos a los conceptos al respecto de todas esas plagas de sanguijuelas del erario nacional.

EL LOCO

Aquí no hay nada más que tres cuadrillas, tropas o bandas en acecho del poder: el liberal, el republicano y el radical, y el socialista que se va diseñando, que por el lastre de ignorancia que lleva no vale nada.

Francamente, "yo no sé cómo puedan ser liberales los avaros, los que casi ponen en subasta internacional nuestras fronteras.

¿Y los republicanos? ¿Qué decir de un partido republicano en una república? ¿Ha sido un nombre puesto entre broma y broma por algún muchacho de buen humor? Es un partido que no hay cómo comprenderlo ni por antonomasia.

¿Y los pretensos radicales? ¿Qué son estos radicales? ¿Radicales a secas, políticamente? ¿Cómo es eso? ¿A un mismo tiempo son radicales demócratas, radicales aristócratas, radicales radicales, radicales moderados (!), radicales socialistas, radicales autócratas, radicales esclavos o radicales republicanos, o radicales monárquicos? ¿Qué hacen? ¿Están jugando a cara o sello; a cómo se presenta la situación? Seguramente que esa es la política más admirable y más inmunda. Entonces, ¿qué orientación pueden tener? Bajo designación tan genérica no veo cómo se pueda sustentar ninguna doctrina basada en la justicia, en la equidad y en la verdad; no veo nada más que lo indefinido, exprofesamente adaptable a cualquiera situación.

Y lo que es para matarse de risa, es cómo en el fondo todos los bandos políticos tienen el mismo programa. Y crean ustedes en esas promesas.

Estos partidos políticos, cuando aparece un hombre honrado, o que por lo menos parece ser y que quiere y hace lo posible por ser un modelo de gobernante, entonces todos le abandonan, porque todos los cabecillas y segundones ambiciosos ven coartadas sus ilegítimas aspiraciones, lo cual pregona con el hecho mismo el sentido más tuerto que tienen del patriotismo; pues nada les cuesta, si piensan verdaderamente en la patria, coadyuvar todos a uno, por lo menos para hacer un ensayo del gran ideal.

ARTURO BORDA

Pero eso no se ha visto ni una sola vez, ni siquiera por bur-la. Y sospecho que tampoco se vea nunca.

LUIS (dirigiéndose a José y Cueto)

Ahora basta de eso. ¿Vamos?

ADALID

No vayan; no hagan zoncerías.

LUIS

Yo voy; porque si no en la Aduana no despachan mis pólizas. Es terrible este régimen, aunque la verdad es que todos han sido y serán de la misma jaez. ¿Vamos, José? Miren que si no van no despachan sus asuntos ni en el Tesoro ni en el Banco de la Nación, ni en ninguna parte donde intervenga el gobierno. Vamos.

ADALID

No vayan; pierden tiempo en criar cuervos que más tarde os sabrán de sacar los ojos. Y todos los gobiernos habidos y por haber son la misma cosa; la única diferencia está en que unos son peores que otros.

JOSÉ, CLETO Y LUIS

Vamos. Es asamblea general.

LUIS

Y habrá designación de candidatos a la presidencia y a las vices, para senaturías y diputaciones, así como para ministerios, tesorerías y aduanas, aunque dice que ya ha mandado los nombramientos el Presidente.

ADALID

Muy bien. En fin, todo se arreglará en familia, como de costumbre. Por lo que hace a mí, yo no iría ni pa-

EL LOCO

gado. Conozco a todos esos tipejos. En mis mocedades fui empleado en todas las oficinas: aduanas, bancos, tesorerías y qué sé yo cuántas otras.

A propósito.

Una vez en la aduana, que es donde mejor entienden la sustracción y división, desde el portero para arriba, casi voy a parar a la cárcel, porque el administrador, que era un ignorante, como casi todos los administradores de aduana, porque así conviene a la administración nacional, en no sé qué clase de manejos con el contador y un agente de aduana, hicieron desaparecer algunos millones de pesos; y como inocentemente fuese yo a dar un dato que pedía la Inspección General, resulté comprometido o sospechoso, sin saber leer ni escribir. Claro está que después de seguirme un proceso misterioso, me echaron por ladrón, para ejemplarización ante el público. Hice público por la prensa el asunto. Pero el gobierno ascendió a los bribones y supe que después se habían efectuado robos más escandalosos y en mayor escala.

¡Oh.. .! Yo te digo que a tus tipos los conozco muy bien. Para ellos que pasan succionando las arcas nacionales, borrando tan hábilmente como pueden las huellas, que después nadie se da el trabajo de investigar, porque el Tribunal Nacional de Cuentas se compone siempre del elemento más inútil posible y que a veces no saben ni sumar, pero que, eso sí, jamás dejan de cobrar sus sueldos. De ahí que los puestos públicos sean una garantía para los gatuperios en la administración. Esto todavía sin contar con que la prensa gobiernista pone el grito en el cielo si alguien denuncia algún robo. Decía que para ellos es ladrón el que en la noche tenebrosa va embozado, con la daga al cinto, encendiendo la linterna sorda debajo de la capa, asalta con el mayor sigilo las cajas de caudales. ¡Ja. ja, ja! Pero para ellos son los honores, el poder y el bienestar en el misterioso ambiente Tofana la envenenadora; mas, para el desgraciado que por hambre hurta un mendrugo, para él los cerrojos, el cepo y el patíbulo. ¡Admirable!

¡Oh, muchachos! Yo he visto, he analizado y dudado mucho y todavía no he visto casi nada de la plaga de pi-

Herías que pasan en los gobiernos de los pueblos del mundo.

Ahora lo único que les puedo aconsejar es que a todo trance quieran, quieran y quieran siempre ser buenos, para que a la postre se hundan.

LUIS

Es que, mi querido Adalid, no les has oído hablar. ¡Oh! Si les oyeras ya verías cómo te convencen, precisamente por lo que dices, de las muchas reformas que se comprometen hacer para espurgar de sabandijas la administración. Si oyeras los proyectos que tienen.

ADALID

¿Que no sé lo que ofrecen ellos, a quienes conozco palmo a palmo? Viendo cómo gesticulan a la desesperada, energúmenamente, todos los cabecillas y segundones de todos los bandos políticos, los opositores atacando a los gobiernistas como a las rocas las olas del mar, y los gobiernistas adheridos al erario a modo de sanguijuelas en carne viva. ¡Uf! ¿No has visto nunca cómo los famélicos lebreles se lanzan en los muladares sobre la carroña? ¿No has visto cómo cuando el amo echa a sus pies un pedazo de bofe se desgalga sobre él toda la jauría, indiferente a los puntapiés que recibe, sin sospechar siquiera que ese bofe ha sido únicamente para que coma el predilecto? Pues, hijo... Ten vergüenza de tu condición política, ahora y siempre, de la degeneración moral a que estás expuesto. La inocencia de tu honradez te da pleno derecho para ser altivo, y, si quieres, para ser orgulloso, y hasta soberbio, para mirar de alto a bajo, de hito en hito a toda esa porquería de gentes.

Es necesario, muchacho, sepas que las palabras o conceptos de honor, honradez, dignidad, patria, justicia, desinterés y humildad (!), así como gloria y sacrificio, no significa en boca de ellos otra cosa que... quiero oro a trueque de todo. Y si no observa que casi todos los que persiguen el gobierno son linos pobres diablos desalmados;

EL LOCO

mas, si es un millonario o simplemente un ricachón, es para apretar el dogal del pueblo. En cambio, todos los que descienden del poder, desde corregidores, es que ya son visiblemente potentados. Esto es incuestionable y de cada día; hechos que están a la luz del sol.

Mientras tanto, la multitud, el grueso del partido, cada uno de vosotros, es la gente inocente, ridículamente crédula, aquella tonta que a pies juntillas cree como dogmas las paparruchas que en sus payasadas simiescas os engatuzan; y eso si no se hacen simplemente los que creen, para ver si luego apercollar! algo.

Ahora adviertan que individualmente a los adherentes no se les considera en nada. Un amigo político ya no es un hombre para el candidato y sus segundones: es apenas algo como un simple cero, como una ficha, algo como un ladrillo para el edificio a construir.

Es, pues, urgente dudar de todos, y no sólo dudar, sino que burlarse; porque ellos no se burlan únicamente, sino que nos están esquilmando, con todo el desprecio posible de que es capaz la ambición del poder.

*

Pero mientras iban hablando yo me había dormido.

.....
*

El rumor de un aplauso general me despertó.

ADALID (sigilosamente)

Y debo manifestar que el asunto del Pacífico, lanzado hoy nuevamente al tapete verde, tiene por secreto las maquinaciones de la política interna; es y será siempre

ARTURO BORDA

pre el caballito de batalla. Y sospecho que eso en los republicanos tenga todavía caracteres más repugnantes. Ya veremos.

TODOS (sarcásticamente asombrados)

¡Ah!... De veras. Quizá... Sí; es posible.

ADALID (amostazado)

Sí, señores, aquí, como en todas partes, son meramente transacciones de interés particular, mediante los cuales sabremos, cuando ya no hay remedio, que para eso sirve la historia, de alguna o algunas pérdidas, si no territoriales, por lo menos comerciales, que a los postres da a lo mismo. Pero, como digo, eso sólo sabremos en autoridad de cosa juzgada.

En frente no veo ni un gusano de luz que hile su hilo de ensueños ultrasusiles, si no son dos o tres vates olvidados, que no sé si son...

COLETO (mofándose)

No dirá que se mira en frente únicamente la piara. Eso no querrás decir. ¿Verdad?

ADALID (aparentando indiferencia)

Eso no me importa averiguar por el momento; pero sí, te digo que hay patriotas tan angurrientos, que en adversas y prósperas fortunas succionan a la patria todo el jugo de sus venturas y desgracias, como los religiosos cristianos, y los demás, que viven subastando la imagen de su Dios. ¿Comprendes? Y ¡jay! de la patria si cae en poder de los descamisados.

LUIS (notablemente entusiasmado)

Canta claro, amigo; que el gongorino guirigay sólo sirve para molestar la atención y quitar el deseo de oír.

EL LOCO

ARMANDO

¡Aja, ja, ja! Es verdad. Bueno. Vamos a ver lo que querías decir respecto a lo del Pacífico? ¿Acaso: — **Morituri te salutant?**— Habla, **che**, somos todo oídos.

ADALID (molestado por la polla)

En primer lugar, que eres un imbécil que no entiende o no quiere entender, y, en segundo lugar, que Solivia está estrangulada indefinidamente merced a Montes, o, dicho de modo más propio, merced a la estúpida tolerancia de cada ciudadano.

Ahora un poquito de historia, de lo que sella para siempre, fijando responsabilidades concretas.

Que Arica, Tacna y Cobija hayan sido de Perú o de Bolivia, es asunto que casi ya pertenece al dominio de la fábula; lo efectivo es que esos territorios los tiene explotando el férreo Chile. Prácticamente ni Bolivia ni el Perú pueden reincorporar en sí los territorios detentados; que de poder, tiempo ha lo hicieran, y con creces, a trueque de ser un pueblo de idiotas si no obran así, pudiendo.

CUBITO (con sorna)

Pero dicen que Chile está dispuesto a cedernos Arica y Tacna. En fin, yo no sé; he oído decir así.

ADALID (irónicamente)

¡Ojo, jód, jód! ¡Ojo, jód jód! Chile no cede ni un centímetro, si no es por el duplo. Hace muy bien: es su derecho: el derecho en la vida real, en el sentido práctico, el verdadero practicismo. Y sería un bestia si no procediese de tal manera, ya que es el más fuerte. Entiende bien: fuerte. Pero supongamos que ceda, en cambio de lo menos que pueda aceptar, de Oruro y La Paz, es decir, de Bolivia, por él tomaría Cochabamba y Potosí. Además, ¿crees ^{el} Perú, por cobarde que fuese no hiciera la guerra cien años? Pues el Perú tiene perfecto derecho subjetivo

tivo sobre Arica y Tacna: no hubo en ese pueblo un solo gobierno, como al parecer no le hay en el resto del mundo, que venda por nada su territorio litigiado, como en Bolivia, con el asentimiento tácito de la nación o sea el pueblo, ¡por la renta de un año de ese mismo territorio! ¿Comprendes? Pero, ¿comprendes, Armando?

ARMANDO

Parece que hablas demasiado libremente.

ADALID

Primeramente, para saber qué es lo que se debe hacer, es necesario estar en posesión de la verdad desnuda; y no se puede poseer la verdad si no se tiene el valor suficiente de contemplarla, analizando su médula misma, hasta descubrir el secreto de su fuerza. Claro que para eso el individuo debe colocarse muy por encima de sí: ser capaz de hacer abstracción de sus sentimientos; ser la razón fría. Y, por último, si la verdad tiene que saberse algún día a pesar de todo, debiendo decirla alguien, ¿por qué no ha de ser ahora y yo quien la diga? ¿Y el conocerla no implica, más bien, el mayor de los beneficios que se pueda hacer a los hombres o a los pueblos? ¿Por qué seguir mintiendo a fin de ahondar la ignorancia nacional?

LUIS (recalcando las palabras, queriendo desviar de conversación)

Ni más ni menos. Por eso te digo que te acordarás que el día menos pensado el Perú entrega sus aduanas a Norte América. Y ese habrá de ser el clavo que los yanquis buscan plantar en estas tierras, para sojuzgarla económicamente.

ADALID

Ya iremos a eso.

Lo esencial ahora es saber que Bolivia no tiene derecho sobre el Litoral, como el Perú sobre Las Cautivas;

EL LOCO

porque conservando el derecho se puede rescatar sin cometer un atentado, a manera de Francia, Alsacia y Lorena, Reclamar el Litoral a Chile sería como reclamar el Acre al Brasil. ¡Ojo, jÓ, jÓ! Ambos girones han sido vendidos en las mismas circunstancias. Vendidos y bien vendidos.

TODOS (alelados)

¡Oh...!

ADALID

¿Por qué me miráis como tontos? ¿Es que no comprendéis, vosotros que soñáis con la platónica revisión? Venta directa o por interpósita persona, si no desiste en el acto mismo de la venta, significa pleno asentimiento del poderdante. En éste caso el pueblo, la nación, la fe patriótica en sus gerentes que son los que dirigen los poderes del Estado, llámense legisladores o gobernantes: quien **representa** jurídicamente de modo legal al país, a la patria: el Estado.

LUIS

Todo eso está muy bien; pero no tiene síntomas de finalizar.

ADALID

Perdonad estas digresiones que más tienen de lección a los niños. No lo digo por vosotros.

CLETO

Así que según tú los tratados...

ADALID

Sin embargo, es de advertir que la teoría revisionista es de una infantilidad asombrosa, dado que acusa una total ignorancia de lo que significa la **altivez nacional: la**

ARTURO BORDA

resolución tomada por un pueblo para no retroceder, por todo cuanto supone libre examen de sus propósitos e inteligencia libre; por consiguiente, responsabilidad absoluta de su criterio. El desistir a arrepentimiento de la venta es ridículo entre particulares, ¿cuánto más no será entre estados libres? Pues si no se quería esa venta ominosa, había que impedirla aun cuando hubiese sido con el crimen, pero en su tiempo, cuando esa oposición reivindicacionista habría acusado valor de hombre, de macho, en el único instante en el que se podía mostrar verdadero interés por la patria de todos aquellos que impetran la justicia y la verdad a la hora nona; porque en cualquier idioma y en cualquiera época, venta significa el abandono voluntario de un derecho sobre algo en cambio del derecho que se adquiere sobre otro algo recibido también voluntariamente.

Por consiguiente, punto final, ya que el Litoral está perdido ab eterno para la altivez del verdadero patriota boliviano, para los orgullosos de su criterio y de su libertad de acción y de pensamiento: para los que no quieren saberse autómatas de los albuces, para los que no quieren reconocerse inconscientes, como individuos ni como pueblo y menos aún como nación.

CLETO

Creo que das en el clavo.

ADALID

Ahora noten que si yo, Chile, por ejemplo, que soy más fuerte que tú, el Perú, por ejemplo también, te arrebató algo a viva fuerza y hago con ello un ventajoso cambalache con un tercero aun más débil que nosotros dos, cual es Solivia, por necio, por idiota y cobarde que seas me armas la greca del siglo, hasta recuperar lo hurtado. Entonces el más damnificado es el más débil. Fijaos, pues, que si Chile nos diese Arica y Tacna en cambio de nuestro Litoral, quien perdería sogá y cabra sería Solivia, ya que no hay que pensar ni entre sueños en la intervención eficaz de ningún pueblo del mundo. He dicho, digo y vuelvo a repetir: del mundo.

EL LOCO

CLETO

Otra vez en el clavo. Estás certero esta noche.

ADALID

Pero todo esto no sucediera si los liberales no se hubieran opuesto un día a que don Mariano Baptista, que a raíz de la guerra instaba, al imperio de una ojeada genial, diciendo: —Sólo necesitamos el filo de un cuchillo para que pase el riel boliviano a la costa— a que se arreglase en esa forma con el vencedor del 79, previo asentimiento del Perú. Es de advertir que entonces la cancillería del Ma-pocho estaba resuelta a tranzar en ese sentido, buscando nuestra alianza ¿acaso para extendernos después mutuamente hacia el Norte? No sabemos. Mas, entiendo que era el tacto internacional más práctico; no obstante, los liberales apodaron a Baptista: —El traidor.— ¿Para qué? Para que hogaño esos mismos liberales hagan la venta que censuraron, pero sin obtener ni el filo del cuchillo que decía el patriota. Es decir, han perpetrado la estrangulación definitiva de la patria; es el mudo asentimiento del pueblo inteligente e ignorante.

ARMANDO (suspirando cómicamente)

Pero la Liga de las Naciones al igual de todas las ligas...

ADALID (molestado)

Déjate de paparruchas. Esos son embauques, conscientes o inconscientes, para hipnotizar escolinos ignorantes de la condición humana y de las leyes inmutables de la naturaleza. La Liga de las Naciones ni más ni menos que la Conferencia de la Paz o la Sociedad de las Naciones, es el espejuelo con que se caza alondras o la sirena traidora que canta impune en los escollos, seduciendo imbéciles, pero únicamente en la mitología, lo cual no hay que perder de vista. La Liga de las Naciones fracasó el instante en que Norte América negó se tratase en ella la teoría Monroe. Pero la ceguera humana es la estupidez infinita, cuan-

ARTURO BORDA

do no la simulación de los vividores. La Liga de las Naciones o cualquiera de esas tonterías sólo podría ser posible, y de utilidad efectiva, si los pueblos, como los individuos, no quisiesen ser más de lo que son y si un día se reconciasen los espíritus de Londres y Nueva York, que están más sordos y separados que por el insondable Atlántico, así como está América de España, por la aversión lógica que induce fatalmente toda intromisión de sangre extranjera en la sangre autóctona.

EMILIO (rascándose la cabeza)

Mas, los yanquis...

ADALID (sonriendo)

Norte América, ¿ente superbo y sin asteísmos, como cualquiera energía animal que desea imponerse, protegerá al pueblo en el cual pueda encajar el clavo de sus conquistas industriales para los fines de su expansión ulterior. Esa es su historia. Tiene que ir, además, aligerando su camino para la futura conflagración económica a que se encamina el mundo al impulso inconsciente **De Natura Rerum**.

Es por eso que la América del Sur debe constituirse en una unidad de defensa contra el Norte, y las dos Américas en un solo cuerpo de defensa diplónoma los otros continentes.

CLETO (como soñando)

¿De manera que el asunto de Arica y Tacna... ?

ADALID (dando autoridad a su voz)

Es el aporo y el maquiavélico tejemeneje de la explotación apóstata al inocente y oprobioso patriotismo boliviano, para entornillar otra reelección presidencial de Montes, cuyo anhelo en ese sentido ya circulaba en labios palaciegos, desde 1916, lo que, según se supo en los corrillos, ofreció impedir el General Pando que después fue as-

EL LOCO

cendido en el Perú a General peruano, acaso si porque aquella cancillería sentía que se le iba encima el peligro.

EMILIO (sorprendido)

¿Te consta?

ADALID (indiferente)

Esa es la conciencia nacional, tanto como la chilena y la peruana, según han propagado a todos los vientos los republicanos mediante la prensa sin contralor.

Así que Bolivia no tiene más remedio que esperar y esperar meditando siempre y trabajando rudamente hasta ser una potencia. Con el puerto o sin él, si los bolivianos son indígenamente ociosos y avaros, ningún provecho haran del océano. Los individuos y los pueblos no tienen lejos la potencia: ella es una fuerza que va de dentro a fuera. Así que instrucción, educación, mucha educación, industrias en cuanto se pueda y no se pueda; mucha voluntad y conócete. **Res, non verba.** ¿Oyes? ¿Entiendes? ¿Comprendes? Habla.

ARMANDO (amoscado)

¡Sí, hombre! Y no atosigues más; porque yo me caliento pronto.

ADALID (satisfecho)

Qué bien. Esta clase de martillazos de la verdad sublevan en lo más hondo de la conciencia todas las impotencias vanidosas y despiertan ciegos; es una varita taumaturga. Así que sabes que Arica y Tacna, ya que no Antofagasta, Cobija, Tocopilla y Puerto La Mar, si no desaparecen, serán indefectiblemente del más fuerte, quien quiera que sea. Y si ni Chile, ni el Perú, ni Bolivia, pueden con ello, el dueño será Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, el Japón o la China, pero el mas fuerte. De manera que todo el secreto está en ser el más fuerte económicamente, mediante una larga paciencia, hablando de los in-

ARTURO BORDA

dividuos o de los pueblos, porque con oro se compra gente exposiciones, eso no importa; se paga el piso.

LUIS (perplejo)

Me admira oírte. ¿Para desatarte ahora es que siempre estuviste callado? Se ve que has pensado como bruto. Quiero decir que con mucha energía. ¿Y ahora qué hacer?

EMILIO (de buen humor)

¿Qué hicieras con un embaucador que robándote el tiempo te hablase de la conquista del fabuloso Vellochino de Oro?

LUIS (resueltamente)

Eso no se pregunta, siendo así; porque el deber por sí mismo es dar con las puertas en las narices al intruso y ponerse tranquilamente en trabajo.

ADALID (aun más satisfecho)

Eso es de sabios, cuando el peligro, cual hoy y *h** ta Dios sabe cuándo, es una ilusión. En este asunto, en el fondo, el Perú y Chile han sonreído, dejando hacer al General Montes, acaso si para sacarnos algún otro partido, dándole socarronamente alas. Algo más. Conocemos el secreto público de nuestras fuerzas internas e internacionales, y no hay, pues, por qué callar. Además, es de guías iluminar la noche asentando en firme el pie, considerando siempre más fuerte y lupino al enemigo, porque en tanto va el cándido a tientas, el astuto va, vuelve, torna y retorna mil veces. Pero no son los ojos inquietos de ardilla los que miran y ven más: el águila estática, descubriendo las manchas a través de la luz, clava inmóvil en el sol sus ojos serenos.

LUIS (entrometiéndose)

¿Y qué dices de la guerra? ¿Irías?

EL LOCO

ADALID (burlándose)

¿De qué guerra hablas? ¿De la ruso-japonesa? ¿De la franco-prusiana o con el Perú o con Chile? Eso de hablar de guerra, así no más, es muy vago. Tal forma de sugerir es muy bueno para ciertos aspectos poéticos y... estamos hablando de política.

LUIS (rehaciéndose)

Hombre. Se sobreentiende. Y hay que entender entre palabras.

ADALID (haciendo un ridículo gesto de superioridad)

Hay ciertos asuntos *en* los cuales es menester que se produzcan los hechos para saber cómo se habrá de obrar; porque antelar opinión acerca de lo que netamente depende de las circunstancias es la fanfarronada. Pero entre vivir como vives, al igual de los demás, removiendo el lodo, es de preferir morir a bala, matando idiotas que valen ni más ni menos que vos.

CLETO (sonriendo sardónico)

¡Caramba! ¿Estás tan viejo ya para no querer morir? De manera que no rías.

ADALID

¿Y qué imaginas que es la guerra? ¿Una cuadrilla en la que has de resolver el asunto con tu elegante presencia y con un discursito de salón? ¡Tontos!... No conozco uno solo de entre los dandys que en el momento dado sea heroico; toda su petulancia se traduce en temblores y fuga de liebre. Además, ¿crees que la guerra se hace con fusiles, con soldados y pólvora? ¡Ja, ja, ja!

CLETO

¡Ja, ja. ja! Desgraciado. ¿Y con qué pretendes que se ha de hacer, acaso con mondadientes, alfileres y polvo de arroz?

ADALID (frunciendo la nariz y los labios)

Eso imaginan los de tu condición. Una guerra se inicia, se sostiene y se gana únicamente con oro, porque armas, gente y municiones, se compra en todos los mercados la cantidad que se quiera. Eso sabe o debe saber cualquier estudiante, y especialmente todo suboficial, y más, claro está, los oficiales generales; pero mientras se puede estar haciendo todos los más bellos simulacros que se quiera, porque al fin y al cabo el simulacro es uno de los únicos métodos prácticos de enseñanza de la guerra; y nadie podrá negar que el ejército es absolutamente para la guerra, aun cuando la guerra sea ahora un mero ideal. Lo que pasa con nosotros. ¿Qué haremos sin dinero? Si, por ejemplo, no se tiene para sostener un ejército de veinte mil hombres durante seis meses contra otro de cien mil que cuenta con qué para uno o más años, antes de romper relaciones ya se habrá perdido. Y aventurarse en tal empresa se llama burralidad.

CLETO

Puede ser. Pero tenemos que ir a la guerra; y tú adelante.

ADALID (más tranquilo)

Ahora bien; los que como tú hacen alharacas, hasta concibo que puedan ir alegres a la contienda, sin verter ni un lagrimón; pero si para sostener esa misma campaña se os arrebatara o pide vuestros bienes de fortuna, heredados o por otros medios habidos, gemís a modo de las hembras, huyendo a esconder los tesoros a los quintos apurados. Y esto no lo digo únicamente por vosotros los bolivianos, sino que por los acaudalados de todo el mundo. Cochinos. He ahí vuestro efectivo patriotismo. Nos conocemos a uña y carne; pero, eso sí, si podéis aprovechar de las angustias nacionales para enriqueceros aun más, no reparáis en nada, y perorando angurrientamente incitáis al pueblo, el inocente patriotismo del proletario, a que perezca en la batalla, que en fin de cuentas es el único víctima. Sí; y si no no encuentras en el ejército ni un solo ri-

EL LOCO

cachón. Ellos comprarán con un mendrugo la sangre de algún menesteroso que servirá en su lugar; porque ellos habrán de argüir que son intelectuales y que la patria antes que sangre necesita cabezas.

LUIS

Pero eso es tan cierto que no tiene vuelta de hoja.

ADALID

¿Sí? Cómo hacen falta un Lenín y un Masiañelo en cada pueblo.

Vosotros que en vuestras arengas os mostráis tan adictos a la causa del pueblo, publicad, si sois capaces, la historia de los grandes rebeldes. Haced eso si tenéis calzones, ya que los pueblos están totalmente enervados.

EMILIO

¿Y por qué no lo haces tú?

ADALID

Sí, que lo haré oportunamente; pero antes, ahora mismo, quiero hacer una breve reseña de nuestros días, de lo que nos consta.

TODOS

Estamos listos. Comienza.

ADALID

Corría el año 1916 y ya se hablaba de una alianza con Chile; de la cesión de Arica a Bolivia en cambio de Oruro y acaso de una guerra con el Perú; y, para el efecto, de una otra reelección de Montes. Después el Perú ascendió, como ya dije, al General Pando, estratega y táctico de primer orden, según afirman sus admiradores pero hombre muy valiente y querido por el pueblo, aunque

muchas veces ese mismo pueblo le haya tratado a modo de trapillo, en efigie y en persona; expresidente y muy amigo del Perú. A poco tiempo le asesinaron a palos en el Kgenkgo, Una parte del país atribuye ese crimen a la política, echándose consiguientemente unos a otros la bola, entre republicanos y liberales, sin que la justicia pueda decir nada al respecto hasta hoy. Y Dios sabe hasta cuándo será, toda vez que crimen político, por su naturaleza misma, quiere decir impunidad de los delincuentes y misterio por lo menos hasta la segunda generación, por la calidad de los factores de intereses creados que intervienen, lo cual se hace más inmune si se inmiscuyen en el asunto los intereses internacionales, siendo que entonces de hecho y derecho desaparece la responsabilidad individual aun siendo de los gobernantes. Además, es necesario tener en cuenta que en los crímenes políticos es necesario que mueran los acusados y acusadores para que la justicia obre y falle honrada y libremente, la que la alta moral de la justicia prohíbe asirse a los fallos de los tribunales de justicia de los partidos políticos interesados ya sean en la defensa o en la acusación. Tal procede un criterio honrado. Bueno. Pero la otra parte de la opinión nacional cree que Pando fue asesinado por asuntos amorosos, deduciendo del hecho de haber sido el General el hombre más mujeriego.

Entonces, acaso empujado por Chile, cual suponen muchos, el General Montes incita, por todos los medios posibles, el asunto del Pacífico, únicamente, cual aseveran los contrarios y parecen confirmar las apariencias, para prestigiar las sugerencias de una segunda relección. Con este motivo, a fin de imponer silencio al país, y sobre todo a los republicanos que desataron libremente todo el vocabulario del insulto y ocasionar un rompimiento de relaciones con el Perú, lo cual se supuso también, hizo apedrear uno que otro almacén de los peruanos, a los que a los postres las resultó un gran negocio, por haber recibido después el doble y sin comprobación. En Oruro procedieron de la misma manera con el diario "La Patria". Es la tercera vez que se obra más o menos en la misma forma: la primera hizo poner herrajes en todas las imprentas de oposición; la segunda hizo además empastelar La Razón. Con este motivo publiqué ayer

EL LOCO

LOS CHANCHOS

I

Al atardecer. Arofito en brazos de sus amigos. Está muñéndose, trasbocando el alma y las entrañas.

Aurelio (a Céfiro). — Corre y dile al doctor, que Arofito se muere con desenfreno de bilis.

II

A la mañana siguiente. El nuevo sol infunde entusiasmo y confianza. En El Prado se encuentran Arofito y Aurelio.

—Me alegro verte sano ya.

—Gracias.

—¿Ya estás en calma?

—Sí; pero todo me fatiga. Todavía dura el colerón.

Ya lo creo Las enfermedades entran por toneladas y salen por adarmes. ¿Y cómo fue el bochinche?

—Mejor es, Aurelio, no recordar más aquello, porque me hace temblar de rabia. De veras. ¿No ves?

—Sí, que veo. Pero, por lo mismo. Anda. Cuenta y

—Sea. Tú comprendes que una vez, pasa; la segunda se puede tolerar, pero la tercera es insoportable, a menos de aceptar la esclavitud con resignación musulmana.

—Naturalmente. Mas, ¿cómo fue el asunto? —¿Conoces al Director? —Ya lo creo que sí

ARTURO BORDA

—Pues bien, observa en los hechos y verás que todo estaba cavilosamente calculado. Esperé la hora, cuando los comarcanos rendidos de fatiga yantaban durmiéndose; entonces, por entrar a saco, azuzando el taciturno a los chanchos salvajes los echó en el cortijo pacífico. Y fue lo que debía ser: que de cuajo vino a tierra la imprenta, la civilizadora. Era el negocio del que no respira ni por Dios si no es al tantos por ciento sístole y diástole, pretendiendo matar la libertad del pensamiento.

—Pero, ¿a qué vienen esos circunloquios? ¿Por qué no dices llanamente lo que sepas.

—Porque estas cosas no se escriben en hojas volantes, sino que en la historia, con cauterio y para siempre.

—¿Lo harás?

—Sí. Ya lo creo que sí.

—¿Dónde y cuándo?

—Pronto y en la historia que escriba.

—Bueno. Hasta entonces Dios te ampare.

—Hasta entonces.

JOSÉ (despertando)

Y tomas tan a pecho el asunto, que me da risa; porque en primer lugar nadie te ha de agradecer y en segundo lugar si los opositores suben al gobierno ya verás que por distintos modos harán peores atrocidades, ya sea por ignorancia o por venganza. Yo he visto mucho.

ADALID

Pues bien; te diré que esa chachara no ha sido un **mal bel decire**, porque la verdad es que tengo cierta repugnancia ocuparme de estos asuntos[^] en que se está jugando hipócritamente unas veces y cínicamente otras, en

ambos bandos, al dado, o cosa así, desde hace treinta y tantos años, con el ingenuo patriotismo de los bolivianos. Y será hasta que Chile quede definitivamente en poder de Las Cautivas porque ahora Bolivia pretende que apoyándose en los derechos del Perú ha de sustentar los suyos. Deliciosamente ingenuo, ya que el Perú no irá a la guerra con Chile si no es bajo la égida yanqui.

JOSÉ

Sin embargo, es de ver la propaganda que con tal motivo se dan a hacer los politiqueros en las elecciones.

ADALID

Indudablemente. Aun los candidatos para municipios o para diputaciones de las provincias más ocultas, inscribirán en sus programas electorales festinatoriamente la adquisición de Arica y Tacna, como si ello fuese tragarse un par de píldoras doradas. Pero ni eso ni nada no es capaz de mover al pueblo que en realidad no tiene ninguna noción de lo que es el asunto del puerto. ¿Te fijas que hablo del pueblo? Pues 2.500.000 de indígenas y obreros absolutamente ignorantes.

EMILIO (muy fastidiado)

Ya.

ADALID

Entonces comprenderéis que me refiero a la indiada, que compone las nueve décimas partes de la población, la cual al respecto está en una ignorancia absoluta: que suceda lo que suceda en Bolivia, los indios no saben nada, ni comprenden ni pueden comprender nada fuera de lo que es y de lo que sucede en la parcela de tierra en que viven, considerando eternamente enemigo al vecino, desde la conquista. De manera que pretender hacerles comprender su interés en la defensa de las lejanas fronteras es un problema irresoluble mientras no se civilicen, para lo cual un siglo más será escaso quizá. Pero al imperio de la fuerza el indio irá a luchar aun cuando sea al polo y por nadie, porque siente arder la esclavitud en su sangre, en su cráneo,

ARTURO BORDA

en sus huesos y en sus tuétanos, al peso de cien años de república en que el conquistador blanco impera con las mismas costumbres de señorío en vidas y haciendas que el español; de modo que en su espíritu, en la conciencia de su alma, no existe ninguna idea práctica de su libertad. Es por eso que para él fuera de su sayaña el mundo no existe o no lo acepta. El interés común de la patria no lo siente, no lo puede sentir, no lo sentirá y menos habrá de comprenderlo. Somos un pueblo sin patria. Y, aun hablando de los cinco letrados o sean intelectuales que habrá.

EMILIO

Esa propaganda... así como la otra para provocar rencillas internacionales...

ADALID

Seguramente que con esa propaganda los políticos nos dejan mal con Chile y con el Perú, sin Arica, el Litoral y Tacna. Pero vuelvo a preguntarme por si no me hayan comprendido, si podemos reclamar Antofagasta, aun siguiendo la imposible y absurda política de la revisión de los tratados. Y torno a contestarme: —No; porque eso está vendido y muy vendido, con todas las formalidades del caso, perfectamente legalizado ante la fe internacional, con la aprobación de nuestro congreso, con la firma del Presidente de nuestra República, de nuestros ministros, con el silencio con que ha consentido nuestro pueblo en el instante preciso, en el único momento en que podía tener algún valor su opinión. Y así ese tratado lleva el Gran Sello de Bolivia, de la patria, nuestro sello, es decir, un asentimiento pleno de la nación: nuestra voluntad de que así sea.

He ahí cómo los políticos y toda esa chusma de empleados diplomáticos que, sustentando tal tesis, no tienen ninguna idea de Gladstone y Thiers, y el pueblo ni un milésimo de inteligencia en su cabeza ni ninguna noción de sus derechos ni de su historia. Si es para volverse loco. Escuelas. Escuelas y miles más de escuelas.

EL LOCO

LUIS

Pero entonces acaso la teoría de que Arica fue nuestro...

ADALID

En cuanto a que Arica fue nuestro, es una especie de meras chicanas espectaciacias de tinterillos malintencionados. Nosotros, los bolivianos honrados, acaso únicamente unos cuatro, o quizá ni eso, para no engañar al pueblo ni su sangre ni su plata ni sus esperanzas, diríamos, sin recibir ni un centavo ni como consejeros:

Señores chilenos, —o señores peruanos,— nosotros nos morimos sin respiración, en cambio que vosotros sois costa de cabo a cabo; entre vosotros, ahora o después, os habréis de aniquilarnos en una contienda sin resultados benéficos para ninguno; así que os compramos Arica, en dinero contante y sonante.

Tal proceder sería perfectamente correcto, de juego a cartas vistas. O dentro de la misma verdad se podría proponer en esta otra forma:

Señores, nosotros necesitamos vivir: para eso nos urge un puerto, sea donde fuera en el Pacífico; y si no dan en mérito del derecho de existencia que tenemos, como cualesquiera naciones, tomaremos a bala ese puerto, mañana o después, no importa cuándo, y cuanto más tarde morir largamente por asfixia, explotados por vuestras diésemos adquirirlo, haremos la guerra eterna, ya que a con dobles represalias; tal es la ley. Pero dado que no r>"-aduanas, en virtud de las cuales nuestra exportación pier* de hasta el nombre de origen, es decir, que hasta nuestra propia sangre se vuelve arma contra nosotros, es preferible que acabándose en el sacrificio los nacionales, lleven el incendio a todo el continente, hasta que los vecinos se repartan Bolivia, matándose entre ellos. Pero no por eso desaparecerá la nación, que igual a Polonia resurgiría un día. Estamos en una edad en que únicamente un cataclismo geológico pueda hacer desaparecer los pueblos. Y aun así es muy problemático.

Ahora bien; suponiendo que no se quisiese resolver el asunto por esa otra forma de proposición, que es la más aceptable, teniendo en cuenta el **orgullo y la altivez** nacional, no hay más remedio que ir francamente al extremo contrario, no, indudablemente, pidiendo la protección de Norte América, el más fuerte, no; de ninguna manera, sino... ¿Sabes cómo? Declarando a Bolivia colonia yanqui.

ARMANDO

Pues, hijo, con tales bombas hasta los muertos despiertan. Palabra. Bolivia ¿colonia yanqui? No. Absolutamente no. Entre la muerte física y la muerte moral, estoy por la primera y no ser el cordón umbilical de los norteamericanos. Esa abdicación de la libertad en plena conciencia de la libertad, aun cuando sólo fuese de los muy menos, ya sería suficiente fuerza para levantar en armas no sólo a la patria, sí que también a toda la América del Sur.

ADALID

Pero los hombres honrados que sienten y piensan con tal temple de ánimo, es posible que ya no haya en Bolivia, la cual, a mi modo de ver, cada día es irá volviendo más indiferente, con ser que ya está mucho. No obstante, puede ser que haya algunos sabios que mediten eso mismo, pero sin ánimo para decir esta boca es mía, lo que equivale a que no existiesen, aunque se apoyen en la máxima de no hablar si no nos preguntan y en la de no meterse en lo que no nos importa. Verdad es también que en asuntos de esta índole nadie quiere considerarse la patria, nadie se atreve, por ignorancia, por temor o vergüenza, a interrogar al pueblo que qué es lo que siente y piensa al respecto. Pero como no hay asunto nacional que no interese afectando profundamente al más miserable de los nacionales al igual que al afortunado, tanto al más sabio que cuanto al más ignorante, resulta, pues, que todos no sólo tienen derecho sino que están en la obligación de dar su opinión en los asuntos más trascendentales. Sí: no únicamente se ha de pedir la opinión del pueblo para elegir diputadillos del tres al cuarto, o concejales iguales; porque, en fin de cuentas, ¿quién da su sangre en los campos de batalla, de-

EL LOCO

jando huérfanos y viudas en el hogar abandonado?, es el pueblo ese monstruo amansado, sin voz ni voto cuando ha menester.

En este mismo orden de cosas y casos, esperar que el analfabetismo senatoril o diputadil cante claro los intereses netos de la nación, es como esperar que Antofagasta vuelva a Bolivia, mientras Bolivia no sea más fuerte que Chile, o esperar que el Perú nos obsequie caritativamente su derecho celosamente conservado sobre Arica y Tacna

CLETO

Es delicioso oírte soñar. Y vaya adelante nuestro adalid.

ADALID (risueño)

Y advierte que no hablo bajo el imperio de la ilusión; que sé perfectamente cuándo he de soñar y cuándo no, o cuándo debo mirar o ver. Y sé también muy bien cuándo e! hablar con claridad meridiana es patriotismo, así como sé también cuándo hablar incoherencias, soñando vaga, dulcemente, es patriotismo. Cada cosa tiene su tiempo, su forma y su lugar.

Tal, pues, este desbarajuste internacional e interno se debe en algo a Montes y en mucho a todos. Montes gobierna desde 1904 hasta la fecha, 1920, y será hasta cuando caiga su partido; porque los señores Villazón y Gutiérrez Guerra son dos buenos señores, el primero de paz y el segundo de... la otra alforja.

JOSÉ

Me alegro que sea así, porque ello comprueba que a palos o de cualquiera manera los bolivianos sólo obedecen al puño del más fuerte, del caudillo, el Virrey todavía, queriendo o sin quererlo, mansamente o refunfuñando, ya sea porque el pueblo necesita orgánicamente la tortura de la opresión, reconociéndose incapaz, o ya porque efectivamente ve en Montes el único competente. El caso es que

viene gobernando a sangre y fuego desde 1904. Y, compañeros, ¡Viva Montes! Si yo estuviese en su lugar metería dinamita a toda Bolivia hasta que se nivele con el Pacífico; así no solamente les daría un puerto, sino que toda ella sería la mar.

Y ahora, ¿de qué hablábamos antes de este charloteo?

EMILIO (medio molesto)

De... Pero primeramente confesarás que ante la situación bosquejada, dada nuestra paupérrima condición, lo más razonablemente realizable es la alianza ofensiva y defensiva con Chile, para dar el manotón al Perú.

ADALID (riendo)

Contrariamente yo creo que el Perú es nuestro aliado natural. Y en lo que dices, sería siempre que hubiese la imposible seguridad de que Chile después de fomentarnos la discordia, vaciando el oro a manos llenas en los cabecillas, no nos arrebatare lo que ganásemos al Perú, suponiendo que conquistásemos o robásemos algo; además de que con tal motivo, o sin motivo, nos quitaría, tierra adentro, las zonas limítrofes más ricas; porque lo que Chile necesita es extender su dominio en cualquier sentido, con preferencia en el Perú, ya que por impotencia no lo hace en el interior del continente, la Argentina, por ejemplo. Está bien a las claras que la propiciatoria ab sécula seculorum será Bolivia.

Por eso no hay más remedio que aguantar punto en boca, con soberbia de rebelde, hasta ser una efectiva potencia económica.

Tal es la condición moral de Chile como aliado; la del Perú ya sabemos, por experiencia y bien dolorosa, que es soltar las armas en el campo de batalla y tomar las de Villadiego, sacrificando el arrojo temerario del boliviano inocentemente confiado; el Brasil y la Argentina están al otro lado del continente, sin poder poblar todavía su territorio, trabajando en un olvido egoísta, consiguientemente

EL LOCO

sin que en el hecho les importe un ápice el asunto del Pacífico, tan careado entre nosotros; pero, eso sí, en caso de hallarnos en vías de ser divididos, argentinos y brasileros, conjuntamente con los yanquis, dejarían caer pesadamente sobre nosotros sus zarpas. En cuanto al Ecuador, Colombia, México y Venezuela, prácticamente, por falta de intercambio intelectual, es como si estuviesen para nosotros más allá de las antípodas. ¿Te das cuenta?

CLETO

(sorprendido) ¿Qué...?

ADALID (con cierto gesto de superioridad)

¿Y qué quieres? Pues, hijo, tengo la obligación de hablar llanamente la verdad, no por nosotros o por ellos, ni por patriotismo siquiera, sino que por mí mismo: por no engañarme; por no hacer lo que hace todo el mundo: callarse por miedo a sí mismos, en razón de un acto reflejo del terror a los demás. Y quiero hablar en alta voz, para convencerme que no me extraña ni me atemoriza mi pensamiento ni mi palabra; para convencerme prácticamente que desafiando el peligro me lo echo sin temor.

Bien. He aquí ahora la política internacional más transcendental de Bolivia: —Olvidar en el vértigo del trabajo los asuntos limítrofes, estén como estén, hasta que seamos la primera potencia económica, entretejiendo ínterin líneas férreas de confín a confín o estableciendo la navegación aérea.— Pero eso jamás se podrá poner en práctica, dada la impotencia de los politicastros que no harán otra cosa que conservar latente la ilusoria arila patriótica del puerto.

Yo sí, mi querido Armando, que amo a mi pueblo; y me indigna el miedo, la ceguera o la hipocresía del tacto diplomático en los tratadistas de asuntos internacionales, que de todo hablan, como locos en delirio, menos de lo único que deberían decir, lo cual es que el imperio del más fuerte es la única ley eterna del dominio. Esto es irrefragable, aunque los impotentes se rasquen con piedra pómez.

ARTURO BORDA

LUIS (dudando)

Pero...

ARMANDO

Espera. En esas condiciones es de ver las bravatas impotentes de unos y otros, dejando a los postres ridículamente malparado el patriotismo, cuando no humillado el heroico ejército de los Sucre y Bolívar, obligándole a desfilar en columna de honor, a media noche, en nuestra propia casa, ante la bandera del enemigo, como cuando el laudo argentino, respecto al asunto del Manuripi, que por no haber sabido nuestra cancillería el significado de una palabra nacional nos llevó a esa circunstancia. Y eso, hacer humillar así el ejército y pagar indemnizaciones que en concepto de satisfacción tiene que sudar el pueblo, víctima de la estupidez de sus gobernantes, ¿eso llaman ellos patriotismo? Obrar como tontos, sin ver más allá de sus narices, sin hacer caso de las reflexiones mesuradas que como entonces Pando aconsejaban los hombres serenos y reflexivos, se llama patriotismo? ¿En quién está el patriotismo y en quién la traición a la patria... a la buena fe de los poderdantes, de cada ciudadano? ¿En el que arrastra ciegamente al ejército, como queda dicho, o está en el que exponiéndose al escarnio trata de impedir aquella vergüenza?

Yo lo sé, amigos míos, que porque vocifero estas verdades, agitando mis guiñapos para salvar al pueblo, abriéndole los ojos y las orejas para lo sucesivo, me llaman loco, para que luego me motejen de traidor. Lo sé: mas, pan, pan, y vino, vino, cada cual por su camino: que el baldón o la gloria, caerá, como siempre, sobre las descendencias, para que por tal manera la propia sangre alabe o maldiga de generación en generación, según hubieren sido los hechos.

LUIS (fríamente)

Lo que dices está muy bien; pero yo, como boliviano, no iría con los chilenos ni a la gloria, y con los perua-

EL LOCO

nos mucho menos, por supuesto, aunque las alianzas sean a los pueblos lo que el oxígeno al organismo; pues si es peligroso acompañarse con un ladrón no es menos con un cobarde, y es peor asirse impotentemente de las mangas del poderoso, Argentina o Brasil, para quien le seamos un estorbo comprometedor de sus intereses. Esto descontando que ellos tienen interés en nuestra perdición, ya que ambos estados quieren lindar con el Perú, suprimiéndonos, en beneficio de su hegemonía sobre ambos océanos, y por envidia a la América del Norte. He ahí por qué debemos vivir en odio latente a los vecinos, sean quienes fuesen.

Las conquistas, reconquistas y reivindicaciones en el amor se operan entre sábanas, con embelecos y promesas, en una campaña de besuques, de dimes y diretes, en escenas graciosísimas o ridículas, pero entre los pueblos, las conquistas, las reivindicaciones y reconquistas se efectúan a sangre y fuego, en plena tragedia: a bala.

A los hombres y a los pueblos les interesa en sumo grado no confundir los tiempos, el amor y la guerra, las causas, los medios y los fines, porque si no más vale estar punto en boca, hasta que el exceso de potencia efectiva estalle en acción. Luego no resta nada más que una larga y paciente acumulación de fuerzas: un sabio sacrificio de los inútiles alardes. Necesitamos ser la primera nación económicamente, que después de todo lo demás es arcilla de construcción, y que se viene por añadidura.

CLETO

Pero nuestros hombres son de una mezquindad asombrosa y sobornables a pesar de sus ínfulas de tiranuelos. Lo prueban las ventas del Acre y el Litoral, en tanto que las cancillerías y los pueblos vecinos se desternillan de risa de la egoísta bobería de nuestros hombres, ensobrecidos con halagos ridículos de exageraciones sarcásticas, como para embriagar las candidas mentes de los hotentotes o senegaleses. Así le arrancó el Brasil a Melgarejo el Acre en cambio de un perro y un título honorífico, y así también Chile le arrancó Atacama, hasta el paralelo 24.

ARTURO BORDA

ADALID

Para eso sirve conocer a los hombres, para apoderarse de ellos por su flaco, en ésta forma: —¿Ambiciona honores? Toma; nada cuestan. ¿Quieres oro? Toma; que ya devolverás con ilimitadas creces, porque, pequeño déspota, mientras tú necesitas para tí en tu país, nosotros requerimos para la nación. ¿Para tí la patria es un medio? Mejor; véndela; que para nosotros la patria es un fin.— Así.

CLETO

Por tal manera, cuarenta años después, Montes acaba la venta del Litoral a Chile y el Acre al Brasil, gestiones hechas por Pando.

ADALID

Por eso quizá mi odio no es tanto contra los vecinos que cuanto contra nuestros políticos de aguas turbias y contra nuestros gobernantes, salvo raras excepciones, Frías, Santa Cruz, Ballivián, etc.

ARMANDO (guiñando él ojo)

Ahora, queridos amigos, para que pierdan toda esperanza de componendas amistosas con el Perú o Chile acerca de Arica y Tacna, y de nuestro Litoral, que para mí sigue siéndolo, sabed que la nota de Porras, dice: —**El Perú no escuchará ninguna proposición acerca de las cautivas**,— es la convicción de un propósito firme de ese pueblo, tanto como es la resolución y la conciencia de Chile, de lo que así textualmente dice su ministro Koning:—**Bolivia no debe contar con la transferencia de los territorios de Tacna y Arica aunque el plebiscito sea favorable a Chile.**— Pues bien; aun suponiendo que adquiriésemos un puerto cerca de Panamá, y con anuencia de Chile... Chile nos lo robaría, ya que ese es el pensamiento del pueblo, no obstante la desautorización cancilleresca, que a la letra dice: —**En tiempo de guerra las fuerzas de Chile se apoderarían del único puerto boliviano, con la misma facilidad**

con que ocuparon todos los puertos del litoral de Bolivia en 1879.— Y para que sepan odiar a Chile, aunque nos diesen temporalmente diez puertos, para que vean cómo se burla de Bolivia en su derrota, oíd todavía lo que el mismo Koning añade —. **.que el litoral es rico y vale muchos millones, (Aja, ja, ja!) eso ya lo sabíamos. Lo guardamos porque vale; que si nada valiera no habría interés en conservarlo.**— Después agrega en esta forma: —**Bolivia fue vencida, no tenía con qué pagar** (el rescate de lo que nos usurpaban) **y entregó el litoral En consecuencia, Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho menos a la cesión de una zona de terreno y de un puerto.**—

Esto, amigos, es demasiado concluyente, es demasiada verdad de lo que piensan con demasiada desvergüenza, para no sublevar a cualquiera que lleve sangre en sus venas en vez de horchata. Yo, siendo gobierno, esta nota de Koning y la de Porras, las hiciera circular profusa y anualmente en todos los cuarteles, escuelas y facultades, empapelando con ellas las calles y plazas. ¡Oh! Siento que la cólera me mata. Pero antes de morir quiero declarar que aquella conquista por hambre de guano y salitre es el expediente más sucio de la historia de las conquistas. Además, oíd a Gonzalo Bulnes. Dice: —**Bolivia con un puerto en el norte sería un peligro para nosotros,** —algo como— **la espada de Damocles sobre la cabeza** de los chilenos. Y esto sin mencionar el tono siempre burlón y paternal de la prensa chilena, toda vez que se refieren a lo que han dado en llamar **las pretensiones bolivianas.**

ADALID

¡Hum...! Para mí...

ARMANDO

Un momento más. Aun quiero hablar de un asunto que tiene importancia capital en la conciencia de los bolivianos, de aquello de que todas las autoridades, civiles, eclesiásticas y militares, están obligadas, por lo menos por el dinero que reciben en concepto de sueldo, a encauzar en la línea de la soberbia patriótica.

Os ruego me prestéis toda la atención de que seáis capaces.

Existe algo así como una idea acurrucada en los pliegues del alma nacional, la cual es que los chilenos son más intrépidos. Esa es una idea que es necesario destruirla en su origen, porque más tarde, cuando se necesite de todo nuestro valor, puede llegar a ser en el instante preciso la zapa aniquiladora de nuestras posibles victorias.

Sepa, pues, cada nacional, que toda vez que ha debido luchar el boliviano, siempre tuvo que habérselas con enemigos mayores en número, en equipo y armamento, y acaso si en preparación técnica, y que así venció las más de las veces. El centinela de Riosinho es el tipo temerario del valor indígena **consciente** de su disciplina y de su patria. Pero cuando el boliviano ha perdido la jornada, es que ha muerto o se le agotaron las fuerzas; el boliviano jamás retrocede una y cien veces, como el chileno, siendo mayor en número y mejor equipado, para tornar y retornar cada vez con mayores refuerzos, en tanto que el soldado boliviano, como en Pisagua, **novecientos** bolivianos contra **doce mil** chilenos, lucha diez horas hasta agotarse a conciencia, o como en Topater, **ciento treinta y ocho** contra **mil quinientos**, diezmándose cada vez más, sin moverse, cual si hubiesen echado raíces en tierra, ponen a raya al vencedor, al invasor doce veces más fuerte. Y todavía cuando entre AHÍ tendal de cadáveres, queda en pie únicamente Abaroa, retando a mil quinientos que le intiman rendición (!), contesta inflamado en cólera: — ¡Carajo! ¡ Que se rinda su abuela— Y cobardemente lo asesinan mil quinientos contra uno. Así, cuerpo a cuerpo, **uno contra mil quinientos** es el soldado boliviano. Además, recuerden a Santa Cruz vencedor, recorriendo magnánimo Chile, el Perú y la Argentina.

ADALID

Es muy interesante la síntesis que haces. Pero ahora vamosos.

CLETO

Ya que vuestras opiniones andan asaz arbitrariamente, tal vez más por la inconciencia de las opiniones

banderizas, debo aclarar algunos aspectos que se debaten con la ligereza de las pasiones netamente de política interna, en lo cual es repugnante la saña con que se ataca a los hombres famosos de uno y otro lado. Más bien es necesario observar eso con la serenidad de un individuo imparcial, para sentir el asco que provoca semejante empecinamiento en el odio.

Vamos por partes.

A mí no me interesan las conveniencias particulares so capa de banderizas.

Pasando por alto aquello de que cada cual, todos, sacan de su situación el provecho que pueden para sí, analicemos a Montes. En cuanto a las recriminaciones ya las habéis hecho; no diré, pues, nada por desmentir, ya que la historia se encargará de acrisolar la verdad.

Entro en materia.

En 1899 el pueblo de La Paz hizo la revolución federal, poniendo a su cabeza al General Camacho, quien a causa de una herida recibida durante la guerra del Pacífico se retiró por enfermo. Era, según afirman, un hombre muy inteligente y de una excepcional honradez. Cedió el puesto al Coronel José Manuel Pando, que triunfó magnánimamente en el 2º Crucero de Copacabana. Entonces se estableció un gobierno Triunviro que no tiene importancia.

De 1901 a 1904 gobierna Pando, reorganizando a medias el gobierno unitario, hecho que constituye un engaño a la causa de la revolución que fue federal, aunque así fuese, consciente o inconscientemente, un beneficio a la república. Pero la infidencia liberal era ya un hecho desde ese instante. Construye el ferrocarril de Gaqui a La Paz y pasa su período en alas del amor.

A su sombra sabe elevarse un hombre casi ignorado y ambicioso, Ismael Montes, quien con excepcional virtud de estudio y trabajo reorganiza violentamente el gobierno, expurgando el ejército de haraganes y borracho-

sos; impulsa la instrucción; ensaya varias formas de progreso, de las cuales algunas resultan aceptables, cayendo las otras por su propia inadaptabilidad; vende el Acre por dos millones de libras esterlinas, con lo que empieza la red de ferro vías nacionales a la vez que finiquita el asunto del Pacífico. Aquí debo hacer notar que mientras vosotros murmurabais perversamente, sin entender un pito del asunto, yo observaba callado, cómo ambas ventas eran lo más práctico, patrióticamente, si se contempla la premiosa necesidad de una paz duradera que exige el progreso.

Además, el territorio que poseemos sobra para un millón de veces nuestra población. Y sabed que para ser una gran nación no se necesita ser una nación grande. En este sentido el Uruguay es más que la Argentina. Pues bien, con la enajenación de esos territorios, el Litoral y el Acre, la paz boliviana se ha quitado de encima dos quebrantahuesos. Como resultado se verá que los ingresos han aumentado de dos millones a treinta millones, más o menos. Me parece que eso es algo elocuente, aunque ese aumento sólo fuese al modo de la fábula, en que el sapo se hincha hasta reventar, queriendo competir con el buey. Luego se arregló el asunto de límites con el Perú. Y Montes lo hace todo personalmente, con minuciosidad de orfebre, fatigando en el cumplimiento de sus deberes a sus subalternos. Parece irremplazable.

LUIS (displicente)

Pero olvidas que A o Z nada significan en el impulso del progreso, de las fuerzas vivas, en lo que todo se mueve sin saberse' cómo, allá donde lo que no hace uno hace otro. Resultando, por ende, que en el impulso misterioso de las fuerzas nadie es necesaria. Te digo esto, para que la tengas como otra ley eterna. Pero todavía...

CLETO (disgustado)

Si prosigues insinuando alguna otra mezquindad que pretende entrever alguna malicia aun bajo el pretexto de ley, no vuelvo a decir ni una palabra. Advierte que hablo de la patria.

EL LOCO

Prosigo.

Después vino Elfodoro Villazón, cuya sabiduría fue pasar cual si no existiese.

Y otra vez Montes, desplegando igual actividad que en su primer período. En resumen, no me das ningún otro mandatario que en tiempo de paz haya dado semejante impulso inteligente a la República.

Y advierte que a Montes ni personal ni políticamente no le quiero bien; pero para respetarme, para crearme y para que se me crea y respete, necesito ser veraz conmigo a la vez que justo con los demás, pese o no a mis propios sentimientos; que vosotros más queréis representar el concepto general del pueblo.

De mucho se le acusa a Montes, por sospechas de los interesados en la gerencia de la cosa pública, y se le acusa virulentamente con todo el empuje de la envidia, —no puede ser otra cosa,— sin considerar adrede sus virtudes, que ninguno de sus adláteres, de los que se nutrieron a su sombra, ha ponderado honradamente.

Y no quiero referirme a la prensa, escritores nacionales y a veces advenedizos ganapanes, en quienes no he visto ni por milagro, ni una manifestación de sinceridad, de justicia para los contrarios: todo se reduce al insulto plebeyo o a la sugestión hipócritamente asesina. Y para la prueba noten que esta reunión es el reflejo de nuestro me-io ambiente, felizmente con la diferencia de que aun no hemos llegado a las manos.

LUIS (borlándose)

En ese caso nuestro ambiente sería uno de los ambientes más cultos, sin que se llegase a sospechar la clase de gente que somos, hermano.

CLETO

Lo que es en cuanto a los asuntos internacionales **ha** descendido a tal escala el patriotismo, que lejos de ocu-

parse del progreso nacional, la prensa y la juventud, y de la más inteligente, luchan entre sí con tal ardor y acometividad, defendiendo... ¿sabéis a quiénes? Pues, asombraos, señores patriotas: defendiendo unos a Chile y otros al Perú, aquí en casa de la víctima de ambos, sin tener en cuenta para nada los verdaderos intereses de Bolivia. Yo entiendo que eso es infame y de una ignorancia supina. ¿Qué nos importa que chilenos y peruanos se hagan pedazos? Más bien deberías provocar y fomentar que entre ellos se aniquilen, porque en el fondo eso es lo que nos interesa hasta que seamos más fuertes que ellos. Esto constituye uno de los mejores métodos para abreviar los términos. Y eso es lo que hace Chile respecto a Bolivia y el Perú, y eso hace el Perú respecto a Chile y Bolivia. Y aquí los muy idiotas... ¿Comprendes?

Y ahora, continuando con la cuestión Montes, quiero decir que a él que estudia asiduamente, que no juega, que no bebe y que hace un culto de su hogar, se le ha ultrajado con el léxico de todos los arrabales, tanto por los republicanos como por los radicales, y no se sabe que él haya dicho nada malo de nadie, lo cual constituye también una virtud muy rara entre los hombres.

LUIS

Claro: él no habla mal de nadie, pero en cambio obra.

JOSÉ

A la inversa de nosotros que hablamos mal contra todos haciéndoles todo el bien posible. Si la existencia misma es un admirable contrasentido. Nosotros estamos a contrapelo.

CLETO (con desdén)

Ahora sí veamos el asunto internacional.

Zanjado el inconveniente con Chile, ¿qué es lo que nos conviene a Chile y Bolivia? La alianza ofensiva y defensiva, porque los chilenos en este lado son acaso los úni-

cos que podrían luchar con nosotros cuerpo a cuerpo, bellamente. Ellos saben muy bien esta verdad, y nosotros sabemos mejor. ¿Que ellos nos han cerrado el paso marítimo? ¿Y qué? Pues está muy bien hecho, porque mientras que nosotros aceptamos, buscamos y plantamos los gobiernos plebeyos, ignorantes y borrachos, ejemplos clásicos. Melgarejo y Daza, a par que antipatriotas, Chile, con más acierto, buscaba e imponía a sus hombres más inteligentes que sabían a conciencia sus deberes patrióticos, e hicieron lo que hubiésemos hecho si nuestras situaciones hubieran sido inversas. ¿Y entonces, por qué, me pregunto, hacer tantos aspavientos? Es necesario tener una vez la conciencia del escarmiento o abdicar de nuestra condición de pueblo inteligente.

LUIS

Querrás decir que si se hubiesen trocado nuestros papeles.

CLETO (sin darse por aludido)

Apenas concluida la guerra, en Chile nuestros prisioneros eran noblemente tratados, honrando su valor, quizá si por ley de atracción de los iguales, y más si se necesitan para su propia defensa, lo cual tendrá que verse más de una vez. Es así cómo con don Mariano Baptista se iba a arreglar la cesión de Arica a base de una alianza ofensiva y defensiva. Desde entonces si pisas territorio chileno sientes la hospitalidad del amigo rudo y varonil, araucano, casi estás en tu lar boliviano, urus. Se puede decir, pues, que en el campo de batalla nos hicimos amigos. En cambio, con los peruanos todo es contrario; pues no obstante el valor y la pericia de sus jefes, en el mismo campo de batalla ya éramos enemigos irreconciliables a causa de su huida, hecho que adquiere todo el valor de una traición, y muy alta traición con todas las agravantes de las emergencias. Desde entonces si pasas suelo peruano sientes el aguijón incisivo del saetazo femenino.

JOSÉ (palabra por palabra)

Sin embargo, la experiencia me demuestra sensiblemente que el infortunio común a causa de orígenes igua-

les solidifica las uniones con fuerza de cicatrices.
Hablo del Perú.

ARMANDO (indignándose)

Qué manera de elogiar a los enemigos. Además, advierte que tus conceptos están y estarán siempre desmentidos por los hechos.

ADALID

Efectivamente. Y éste es el instante de rememorar con orgullo la nobleza con que siempre ha tratado, no solamente la cancillería boliviana, sino que el pueblo mismo, a chilenos y peruanos que conviven con nosotros, salvo las instantáneas explosiones del populacho azuzado invariablemente en represalia de iniquidades cometidas con nuestros connacionales en el Perú o en Chile; hechos que por tal causa son inevitables, ya que somos los provocados, por lo cual ello significa exaltación de la dignidad ofendida. Lo contrario no significaría ya nada más que miedo y cobardía. Bueno es tolerar a los hombres y los pueblos que descienden al ultraje de obra y palabra, pero eso también tiene su límite. Mas, es igualmente útil sepamos que los halagos del pueblo y del gobierno chileno no son otra cosa que la trampa tendida al enemigo, tratando del mismo modo que a tontos a nuestros cancilleres.

CLETO (asintiendo con la cabeza)

Ahora estás razonable. Y

prosigamos.

Chile reconoció la injusticia de su atentado impuesto por su propia necesidad, ya que su territorio y sus ingresos no le bastaban: en tales condiciones nos ofreció lo que había adquirido por las mismas causas y modos que nuestro Litoral y que la impotencia peruana quiere defenderla, pidiendo a voz en grito la protección de cualquiera o de todas las naciones del mundo; esto posiblemente sin siquiera sospechar que en los estados independientes no

EL LOCO

tiene ingerencia ni eso que llaman Dios. En consecuencia, Jos pueblos que reconocen una religión del Estado, deben echar a puntapiés la ingerencia del mitrado, porque tolerarlo es aceptar en el pueblo el gobierno de una potencia extranjera, como es la religión, entendiéndose por Estado el fiel regulador de cada derecho de actividad, sosteniendo el orden en las colisiones.

Hecha esta digresión, podemos ver que Norte América, lista como siempre a entrometerse en hogar ajeno, pretextando la independencia de los pueblos, fomenta hipócritamente la anarquía caótica, cual en Méjico, apoderándose por tal manera no solamente del comercio, sí que también del territorio mismo. Es así cómo merced al Perú ya tenemos a ese país en expectativa sobre nuestros asuntos internacionales. Por tales procedimientos no será extraño ver un día al Perú entregar sus aduanas, quedando a guisa de colonia yanqui. Eso compromete la independencia suramericana.

LUIS

Pero el día que le toque el turno a Yanquilandia, Sur América caerá sobre ella a modo de incendio vengador. Todo tiene su hora, puesto que nada deja de obedecer a su turno. Mientras tanto, los pueblos hermanos...

EMILIO (indignándose)

Yo no quiero oír más la chirigota infantil, ridícula y mujeril de **pueblo hermano**, asaz estúpido, que sugiere no sé qué sabor repugnante de las alianzas o sollicitaciones de los impotentes que a los postres son los únicos que nombran y renombran clamorosamente el derecho y la justicia. Pero, en fin, ¿qué le hemos de hacer? Solamente la soberbia de los rebeldes tiene lenguaje rudo aun en la agonía misma. Un Abaroa y un Cambrone son los tipos. En su infortunio no se les ocurriría decir: —Hermanito.. .No; seguramente que no dirán eso; contrariamente su verbo será: —¡Camaradas, a la lucha!,— porque, señores, el derecho y la justicia no se mendiga, se toma, estrangulando a sus conculcadores. Tal procede la conciencia de los

machos en sus reivindicaciones; pero el lenguaje de los eunucos provoca risa, aunque el eunuco sea Cristóbal. Echa de ver que conseguir algo lloriqueando, es conseguir por misericordia una piltrafa. Y un individuo o un pueblo altivo no acepta eso. Así, pues, que nuestro lenguaje sea de rebeldes, para que si no somos, seamos.

CLETO

Muy bien. Pero sigamos viendo lo del Pacífico. ¿Qué hay en ello? Que ni Chile ni el Perú podrán oponerse a que Arica y Tacna sean nuestros hoy o mañana, y que cuando seamos muy fuertes adquiriremos acaso hasta Ilo o Moliendo, y del Sur hasta donde nos sea necesario, sea por la fuerza o en cambio de territorios en el Acre. Y será de todas maneras lanzando una carcajada ante las hermosas teorías aparentemente candidas de Wilson. No es que solamente nosotros queramos Arica; los aborígenes de ahí son los que solicitaron su anexión a Bolivia, con aquiescencia del Libertador, porque ellos sienten que hay una energética que nos une con anunciaciones de poderoso impulso en el progreso, a modo de nao en mar abierta al impulso de los aquilones. Esto sucederá, como tiene que ser un día estado independiente Santa Cruz, Tarija, Jujuy y Salta.

Además, toda persona inteligente debe desechar aquella teoría de que es la estructura de la tierra la que nos da ese puerto, idea que acusa ignorancia de escolino o ardid de tinterillo; porque lo que nos da ese puerto es lo ilusorio y artificioso de los límites internacionales que ni siquiera son arcifinios. Es decir, Chile y el Perú nos obligan —y eso es necesario entenderlo muy bien y al pie de la letra—, nos obligan a romper por en medio de ellos, sin que nos pudiese importar el que por donde salgamos sea Chile o el Perú, porque Chile y el Perú nos asfixian. Y todo lo que se diga en contrario es mentira, es miedo, es ignorancia, es picardía, es todo, menos la verdad. A ver si me entienden. ¡Caramba!

EL LOCO

EMILIO (entusiasmado)

He ahí por qué siendo que Arica fue nuestro, ayer o en épocas inmemoriales, nos pertenecerá por A o por B, hoy o mañana.

ADALID

Con más derecho recuperaremos Antofagasta.

CLETO

Mas, si queremos ser siempre el tipo del pueblo honrado, y, sobre todo, noble, deberíamos dar por ello una compensación al Perú en el Manuripi. Eso sería hidalgo, de gente bien nacida, y, más que nada, del vencedor magnánimo y justo sobre toda justicia humana.

LUIS (riendo)

¡Claro! Dices bien, porque la verdad es propiedad de los locos. ¿O no digo la verdad?

HUGO (que acaba de entrar)

Dicen que la verdad está en el vino, en los niños y en los locos.

Salud, señores.

TODOS

Hola. ¿Qué tal?

CLETO

Bueno. Por encima de todo, obrando con un sentido longividente de verdadero patriota, está el deber de afianzar en la patria grande una paz duradera. En ese sentido y por esa misma razón, se impone la necesidad urgentísima de arreglar los asuntos limítrofes, cediéndoles a los vecinos aunque sea un cuarto de grado más de lo que piden,

haciendo constar que se les da gratuitamente, en concepto de obsequio, ese terreno que jamás les ha pertenecido y que ni siquiera han solicitado, es decir, que ni siquiera han querido. Así al Paraguay cediéndole lo que pretende, toda vez que sus dimensiones estrangulan a su población, no obstante de que nuestros límites arcifinios en esa región son incuestionables, sería obrar del modo más justo posible, cooperando de modo efectivo a los verdaderos intereses de las Américas que requieren de una paz permanente en la mejor inteligencia y colaboración para dominar más tarde el mundo.

Compañeros, aquí, ocultos entre estas cuatro paredes, siquiera sea en el ensueño, procuremos ser más grandes que nosotros mismos.

HUGO (entusiasmándose)

Eso es hermoso, ciertamente; y yo te prometo hacer escuela del ideal y de la verdad a todo trance, nada más que entre unos cuatro o cinco amigos escogidos, para que cada uno haga a su vez lo mismo, a pesar de ser que los hombres y los pueblos son más feroces que las bestias, pero te prometo. Y te recomiendo "El libro de las tierras vírgenes" de Rudyard Kipling.

LUIS

¡Ja, ja, ja! Qué pareja más encantadora. Vaya usted a ver con los apóstoles. Yo, francamente, primero declaro que estamos en el manicomio; ya que por el momento sería imposible querer hablar de las intrigas a que arrastran las ambiciones de...

CLETO (irritándose)

No hables de inmundicias. ¿No entiendes que estoy hablando de la patria, de los grandes destinos de la patria grande, para que un día sea artífice cual la Hélade, sabia como la India y potente al igual de la Unión del Norte, y justiciera, valerosa y magnánima a semejanza de sí sola?

EL LOCO

No, compañeros, no es locura. O es locura. Da lo mismo; pero es necesario que aprendamos a ser justos, embriagándonos en el amor y la belleza, lejos de emporcarnos removiendo las inmundicias del odio.

Hay que pasar por alto las debilidades humanas o si las observamos que sea siempre con el deseo y la intención de que se reparen hasta su olvido, y sean causa de mejoramiento futuro.

JOSÉ (sonriendo)

De acuerdo. Concedido, pero apéate ya, che.

HUGO (moviendo la cabeza)

Sí, **che**, apéate nomás ya; porque es de uso corriente y sin que se entrevea síntomas de alterarse, de que el que toma un dedo pronto se apodera del brazo, y así del individuo, sin que sea difícil llegar a mascar el corazón mismo, o sea el alma, la vida, el todo. Conque, Adalid y Cleto, es menester caminar con cuidado. Y los demás ténganse de hablar barbaridades, porque las paredes tienen oídos, y si todo esto se llega a traslucir nos ocasionaría sabe Dios qué conflictos personales e internacionales, toda vez que la susceptibilidad de los pueblos en determinadas circunstancias suele adolecer de sensibilidad mayor que la femenina.

ARMANDO

No tengas cuidado por tan poca cosa: los que estamos hablando de estos asuntos somos gentes sin ninguna importancia, consiguientemente, nuestras opiniones no pesan en pro ni en contra, y aunque nuestras ideas fuesen verdades más grandes que el mundo, nadie las tomará como idea nuestra, sino que si alguien estima conveniente las hará suyas, cuidando de no revelar la procedencia, ya que para él será el mérito. Si tienes la inquietud de que nuestras ideas pudiesen valer algo en nuestra boca ante el mundo, estás en un error, porque para ello sería preciso que fuésemos algo y que no nos consideren chiflados.

ARTURO BORDA

ADALID

Eso aparte no debemos olvidar, sin embargo, y éste es el punto altamente grave para el porvenir de la república, que el siniestro origen de la polonización o reparto de Bolivia, que un día circuló sigilosamente en las cancillerías de los vecinos...

HUGO (sorprendido)

¿Qué...? ¿Qué dices?

ADALID

Digo que el origen de aquella infame idea se atribuyen uno a otro el Perú y Chile, asustados de esa especie de lepra que ha germinado en sus corazones y que avergonzados quieren ocultarla o erradicarla de su conciencia, sin atreverse adrede a poner en claro el enredo, porque seguramente reconocen la inmoralidad de sus ideas y sus procedimientos. Así que ya que uno a otro se lanzan la pelota, cada boliviano patriota debe tener por conciencia tradicional el constante peligro de la polonización que verbenea en el deseo de los países vecinos. Esto sin olvidar que una vez echada como está en el surco la idea y siendo que una polonización es algo peor que una conquista, sus procedimientos tienen que ser forzosamente más violentos y más arbitrarios, seguros de la impunidad. Así que se hace necesario vivir de odio corso, armados hasta los dientes y listos para la vendetta sin cuartel. Cada cual lleve, pues, en el fondo de su alma la convicción de que ni en América ni en el resto del mundo no tenemos ni un solo amigo ni lo tendremos jamás a menos que les hagamos partícipes en nuestras utilidades. Es necesario hablar con una claridad nunca oída.

LUIS (dando media vuelta sobre los talones)

Por la plata baila el perro y...

EMILIO

Y por el oro dueño y todo.

EL LOCO

JOSÉ

En vista de que el país no puede vivir como república independiente, debido a sus irreconciliables odios provinciales, fomentados constantemente por el interés personal de unos cuantos cabecillas indígenas, y dado el peligro que se cierne sobre nuestro porvenir, les aseguro que si yo fuese Presidente, a fin de que cada departamento progrese conforme al máximo de su capacidad, palabra de honor que fríamente dividiría Bolivia entre los vecinos, del modo más ventajoso para cada pueblo. Esto me parece lo más racional, tal como son las cosas, más humanamente que pretendiendo conservar esta República.

ARMANDO (bostezando retuerce el torso y los brazos)

Ciertamente que ésta sí que es una verdadera reunión política de cuatro pelagatos, en la que se ha dicho verdades de a puño. Esto es lo que se llama una reunión patriótica, tanto que estoy igual al negro del sermón.

EMILIO

¿Cómo es eso?

ARMANDO

Con la cabeza caliente y los pies fríos. Por eso, señores, andando, que andando reaccionaremos, o de lo contrario el total que patrióticamente saquemos en limpio será un fuerte constipado. Así que andando, señores...

LUIS (tomando el sombrero y saliendo)

Sí, compañeros, andando; porque de lo contrario seguiremos oyendo santificar a Satán, condenar a Dios, endiosando & Pilatos. Una barbaridad. Es verdad que la única compañía tolerable es la de los sabios: punto en boca.

JOSÉ (burlándose)

A la sabiduría muda prefiero la ignorancia parlanchína. De lo mucho que se pierde hablando siempre queda algo útil.

ARTURO BORDA

CLETO

Eso también es cierto, no obstante de lo muy desacreditada que está la dialéctica; pero hablando se entienden los hombres. Claro que para hablar previamente es necesario pensar y cuanto más francamente y en silencio, mejor.

LUIS

Cierto y a pesar de que ya ni siquiera hay giros nuevos que oír. Y aun por más que hubiera, debo confesar que no es con buenas razones con lo que se reforma un ambiente social, industrial, político, etc., sino que con el hecho.

Y ahora no hablemos más de patriotismo, que no lo hay.

Y basta.

EMILIO

¿Que no hay patriotismo, dices? Valientes aseveraciones se te ocurre. Para probar lo contrario, y aunque no fuese nada más que por el gusto de contradecir, yo te preguntaría que qué significa entonces los miles de millones de pesos que se recolecta para monumentos, armamentos, fábricas, aviones, etc., etc.?

LUIS

En cuanto a eso hay también para disertar largo y tendido y nada más que para probar que el patriotismo efectivo está, como siempre, únicamente en la clase menesterosa, acaso no más que por ignorancia, por no haberse dado todavía el trabajo de pensar un poco lo que hace y por otro poco de falta de voluntad para no decir no. Eso es facilísimo de comprobar.

Pero antes de entrar en materia es necesario hacer una observación acerca de esa clase de colectas con que se explota a los ingenuos, ya sea con motivo de monumentos

EL LOCO

o para lo que fuese. Mas, una parte de ese público contribuyente está perfectamente seguro de que esos dineros, así recolectados, los dan en concepto de caridad personal a la persona recolectora, porque hasta ahora nadie ha podido ver realizarse el fin con que piden esas contribuciones; de manera que el contribuyente se dice al dar el óbolo: —**Esto que te doy es para que te diviertas mofándote de mi aparente estupidez; pera si supieses esa, en tu vida volverías a prestarte para tal oficio, a menos que hayas perdida totalmente la vergüenza.**— Y no puede ser de otra manera, ya que nadie es capaz de dar razón de la suerte que corren esos dineros, o cuando más, y como simple táctica burda de jugadores, se echan la culpa unos a otros, hasta que el público se contenta con decir: —Oh, que se lo traguen esos pillos.—

No obstante todo ello hasta podría ser disculpable por muchas razones, pero lo notable es que como no teniendo aun ni un monumento mediano a sus héroes de la emancipación y de la República y de sus hombres y mujeres más notables, se den el tono de gastarse sendos pesos para un tal N. N., Delegado Apostólico de S. S. el Papa, cuyo único mérito ha sido llegar, tener el placer de efectuar un paseo en toda la República a cuerpo de rey y morirse sin más provecho ni para él ni para nosotros.

EMILIO (alarmado)

Bueno. Bueno, Lucho, atraca y di lo que tenías que decir.

LUIS

A eso voy. Una obrerita, por ejemplo, que da su óbolo de cincuenta centavos, siendo que gana diario un peso de a cien centavos, da el 50%. Es de advertir que por ese hecho tiene que privarse de lo más necesario, la mitad del sustento diario. Además, y esto es lo capital, esa muchacha trabajando rudamente toda su vida no ha podido hacer ni un céntimo de ahorro.

Un profesor nacional, —que los extranjeros están siempre más remunerados, — con un sueldo *miserable de*

Bs. 200.—, tanto o menos de lo que gana un cargador, se acuota con Bs. 20.— Quiere decir que da el 10%, advirtiendo también que, como la del ejemplo anterior, se morirá de viejo, sin poder ahorrar un solo Cristo.

Y así los asalariados en colocaciones ínfimas, honoríficas a veces, que al dar por patriotismo inconsciente un 10% de su trabajo, dan todo su pan.

CLETO

Cierto. En cambio, lo que sucede con los millonarios es irrisorio; pues los ahorros que tienen son millones, consiguiendo vivir con exceso de holgura irritante. De modo que si los que no tienen nada más que su salario de cada día dan el 10 o el 20 %, los millonarios deberían dar en esa proporción, es decir unos 2 ó 4.000.000.—, ya que el asunto patriótico que nos ocupa es de tal magnitud, que implica salvaguardar los intereses de todos, tanto el áci-mo pan del indígena en un zaguán cuanto como los fabulosos millones lícita o ilícitamente habidos de los potentados; o, en su defecto, los asalariados deberían dar 1/10, 1/8, ó 1/4 ó 1/2 centavo, ó 5 centavos, cuando más, proporcionalmente al promedio de lo que dan los millonarios. De lo contraria, en este sentido, el patriotismo se hace inarmónico, ridículo y feo, toda vez que lo sublime, la armonía y lo bello, está en la proporción, en todo orden de cosas. ¿No es, por ejemplo, sarcástico, que el jefe de una oficina, que gana Bs. 12.000.—, dé Bs. 10.—, y que el auxiliar que gana Bs. 1.000.— dé Bs 20—? Ya lo creo que sí. Y a pesar de que indigna semejante desproporción práctica, no obstante que acaso el inferior lo hace por dar una lección a sus patrones, concluye aquello por arrancarnos una grosera carcajada si no es peormente una sonrisa desdeñosa.

LUIS

Pero a este respecto podemos hacer algunas observaciones más.

Has hablado de los millonarios, suponiendo que han hecho su fortuna acumulando centavo a centavo, lo cual

EL LOCO

es sumamente raro, tan raro, que se refiere esos casos a modo de simples leyendas inmemoriales.

Ahora veamos que especialmente aquí los potentados son casi en su totalidad, mineros o gomaleros y sus afines, individuos que para tener los caudales que poseen no hicieron nada más, los primeros, que comprar a vil precio el derecho de los verdaderos trabajadores: los **cateadores**, aquellos que pasando cien mil peripecias han trabajado personalmente, buscando la **veta** que la patria les ha entregado casi gratuitamente en perjuicio del pueblo; y cuando no así, y de éstos hay la mar, apoderándose a bala de aquellas pertenencias, o, en su defecto, mediante pleitos infames, de lo cual casi se puede asegurar que es el robo amparado por la justicia. Respecto a los gomaleros la historia es la misma.

JOSÉ

Ahora, reanudando el hilo, diremos que en cuanto a las acuotaciones comerciales en general, se ha podido comprobar siempre, que es asunto puramente de propaganda comercial, con la diferencia de que en tal caso el explotado es el ideal patriótico. No puedo establecer todavía en cuál caso hay mayor desvergüenza.

Y eso es nada: pues hay acaudalados, en virtud de la herencia de sus mayores, que a pesar de eso, de que sus caudales no les cuesta ni el trabajo de respirar, no son capaces de dar ni un céntimo, ni por la patria ni por Dios, ni por sus hijos ni por sus padres: no darán ni una migaja aunque se les desuelle vivos: prefieren perder la vida...!

Hay otra clase de potentados y que suelen ser tan mezquinos como los anteriores: los que han sacado **su** fortuna de las arcas nacionales, o, lo que es igual, del bolsillo de cada ciudadano. En ellos es en los que la avaricia suele hacer su mejor nidada: no hay, pues, exigencia patriótica, por magna que sea, que les arranque el menor óbolo si no es para resarcirse con creces.

ADALID

Pero en oposición a cuadro tan lúgubre está el hecho, del que nadie se burla, el de los escolares que llenos

de fe, y del más hermoso desinterés, se desvelan por obsequiar sus primicias en arte o ciencia, y acaso los pequeños patriotas privándose de su cena o desayuno. ¿Para qué? Para que la eterna incomprensión de los necios ría sarcásticamente. ¿Sabes de qué? De la abnegación más santa en la iniciación en las más altas formas del patriotismo a venir. Semejantes burlas tienden a matar en germen los impulsos heroicos, parece que dando en el fondo éste consejo: —Oye, muchacho. Antes de obrar con ese desprendimiento debes preguntar si te conviene o no. Y si no sabes, debes esperar que te pase el entusiasmo y entonces proceder conforme a las miras de tus intereses posteriores, considerando siempre que esos han de ser tus ahorros para cuando pudieras estar mal de fortuna.— Esto de acuerdo con el dictado de un egoísmo neto. Creo, pues, sinceramente, que es sacrílega toda burla o denuesto a esa muchachada que se inicia en la vida republicana, o, más propiamente, patriótica, dando a la patria el máximo de sus esfuerzos entusiastas, sino que —y hay que entenderlo muy bien,— están a puja abierta en una lucha de patriotismo.

LUIS

Así son las censuras que por ahí he oído respecto a que los estudiantes habían hecho una rifa de sus producciones, cooperando de tal manera del modo más bello. Tales censuras se me antojan una villanía, porque sería tanto como censurar el sacrificio que hacen las más hermosas mujeres, rematando públicamente sus besos por la patria. En esto mientras las hermosas van dando sus besos a jóvenes más o menos garridos, los malintencionados pueden sonreír escarneciendo aquel sacrificio elegante, delicado y embelesador, fuera de ser ejemplar: pero —pongamos por caso, muy frecuente—, cuando el mejor postor es un potentado viejo, obeso y granujiento, de labios hinchados y amoratados, igual a un ogro, entonces, cuando los dulces labios de la hermosa han de ser hollados por la boca del monstruo, entonces, ante aquella inmólación pública de la sacerdotisa de la patria es que en los tuétanos del sabio o del idiota recorre el sutil escalofrío de lo sublime. Entonces, sólo entonces...

EL LOCO

TODOS

¡Bravo! ¡Bravo, don Lucho!

JOSÉ (palmoteándole en la cabeza)

¡Claro! ¡Bravo! Pero vamos ya. ¿O creen que como cuando el ignorante Josué el sol se ha detenido? Pero me hago lenguas por el sacerdocio patriótico de las bellas. En de veras que cuando el patriotismo va ya a la mujer es el mejor síntoma.

HUGO

Eso tiene muchos bemoles, don Pepe.

ADALID

Indudablemente que ese es el anverso de lo que sucede, y que es del dominio público, por haberlo anunciado la prensa de oposición, digo que he oído la especie de que altos Jefes del Estado Mayor General han cometido el delito de traición a la patria, entregando a Chile no sé qué documentos secretos, lo cual si se ha producido debemos suponer que no ha sido gratuitamente, si no es que se ha firmado ya un tratado de alianza ofensiva y defensiva, hecho que es todavía más dudoso, tanto por causas de Chile como por la nuestra.

CLETO

Uy...! Eso sí que se llama echar la careta en el fondo de la inmoralidad. Si por cobarde el traidor no se destapa la calavera, el pueblo debería lincharlo; pero el pueblo día a día se irá aplanando en el aplanamiento absoluto, y no por el deseo de trabajo.

ADALID

Así debería ser; mas, de acuerdo contigo, Cleto, creo que el pueblo cada día está más indígena, plasmándose en el egoísmo supremo con que los gobiernos nos alleccionan.

Salvo excepcionales explosiones, que duran lo que un relámpago, todos van por el mismo camino: primero yo, después yo, y siempre primero yo. Efectivamente que es inútil pensar en el patriotismo, ni del ejército, ya que los altos jefes... Al fin el ejemplo de angurria por el oro ha cundido en el ejército, de tal manera que no sería, pues, extraño que... se produzca la revuelta. No sé quién dijo que por la plata baila el perro y por el oro dueño y todo. Pero estimo que tal denuncia habrá que ponerla todavía en cuarentena, y sospecho que esa cuarentena habrá de ser larguísima, hasta el olvido, porque aun los juicios militares, cuando conviene... Sin embargo, todos tienen razón a los postres, porque la vida... Yo he visto consejos de guerra que han durado años.

CLETO

Lo que debemos suponer en semejante asunto es una calumnia, sobreentendiéndose que es imposible que haya un solo traidor ni entre la clase de tropa, menos indudablemente un alto jefe. Y aunque fuese así, debemos suponer que no es.

Y abur, señores. Las tres de la mañana. Y Dios quiera que todo eso no pase de ser la pesadilla de un insano, aunque una traición descubierta a tiempo sería necesaria para avivar el fuego sagrado del patriotismo militar, porque indudablemente hay también otra clase de patriotismos que parecen mucho más eficaces que el militar: patriotismo industrial, artístico, científico, agrario, pecuario, etc.

*

Y no recuerdo más.

Hacía tiempo que oía en el primer patio un zumbido incesante, algo así como un moscardoneo. Al principio me molestaba; pero poco a poco llegó a serme familiar y concluyó por interesarme. Por tal manera, cuando cesaba, me causaba extrañeza. Un mes llevaba aquel ruidito a cuyo influjo soñé mil pesadillas.

EL LOCO

Una tarde en que estaba más dejado y entré a casa maquinalmente, tanto que me sorprendió el hallarme en ella, oí de modo tan raro y seductor aquel zumbido, que se me ocurrió averiguar lo que era. Me allegué a la puerta de donde procedía.

Un señor que salía ese momento me invitó a pasar a la pieza. La invitación llegaba tan a tiempo que accedí inmediatamente.

Era una imprenta en la que se editaba un periódico redactado y sostenido, según supe, por la juventud más entusiasta por su ideal. Me informaron de todas las peripecias que pasó el diario, que se llamaba **El Rebelde**, nombre que por cierto me llamó la atención. Con tal motivo me di a pensar en las condiciones del medio ambiente que esgrimía tal nombre para un diario: Y aquí se me presentó por millonésima vez la ley de las oposiciones: pues en un pueblo en que la libertad es libertad a nadie se le ocurriría semejante nombre. Un periódico titulado **El Rebelde** acusa la evidencia de que el pueblo se halla oprimido, así como el tirano es la delación del esclavo. **El Rebelde** es la sanción para la historia de algunos días.

Inmediatamente, sacudiendo la cabeza me puse a pasear todas las reparticiones. Había que ver cómo los muchachos trabajaban metiendo tal bulla, embebidos en sus pensamientos: cantos, silbos y carcajadas, y soliloquios, mientras que otros discutían igual a en una merienda de negros. Cualquiera hubiese creído, mirándolos, hallarse en medio de una trifulca; pues todos hablaban a voz en grito. Parecía que nadie se entendía ni a sí mismo, incluso los alegres cajistas que también a su vez eran escritores de la página obrera dominical, con asuntos sociales; sin embargo, todos iban armónicamente en lo fundamental, de donde en medio de la diversidad de tópicos se veía lo homogéneo.

Después de algún tiempo me di cuenta de que el moscardoneo que se oía desde mi habitación procedía de las máquinas de escribir. Entonces me entró una tristeza tan profunda, que quise volver a ser muchacho, para vivir

con más ahínco, con más desesperación. Experimenté la sacudida del ahorcado o algo así.

En una mesita vi unas pruebas de crónica. Y como quiera que mi guía me abandonara un rato, alce las pruebas y me puse a leerlas:

EL MISTERIO DE LA HORA

I

En los horizontes había reverberos de incendio. Un relámpago hizo cambiar la escena.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué hay, Loco?

—¡Ja, ja, ja! Nada: es el misterio de la hora.

—¡Jé, jé, jé! Cómo me contagias tu buen humor.

Y hacían tal bulla que me daba cólera. Ambos reían como imbéciles; aunque bien es verdad que no son otra cosa. En eso el Loco, mirando algo que sólo parecía ver en su imaginación, sin dejar de reír y señalando en el aire, habló así:

—¿No ves? Qué lujo. Y es pura panza. ¡Jé, jé, jé!

—Y tuerto. ¡Jí, jí, jí!

—Y cojo. ¡Ja, ja, ja!

—Y manco, y calvo, y desdentado, y chocho. ¡Jó, jó!

—Pobrecito. Cómo se enfurece. ¿Quién es?

—Es el Partido Liberal.

El Loco — (súbitamente seria y santiguándose)
Je-sus, María y José.

Calibán — (fastidiado) No te burles; mira que me comprometes.

El Loco — (golpeándose el pecho) **Mea culpa,
Mea culpa.**

EL LOCO

II

Y era la fuga más desatinada. Tragaba el espacio sin dejarse pisar los talones con Calibán que le seguía, a voz en grito haciéndole notar el peligro.

De pronto pasó a semejanza de una montaña una mano por encima del Loco, quien con la agitación del aire cayó sentado. Y recommenzó a reír. Su risa era la de un idiota.

Calibán — (inquieto) Pero, ¡bárbaro! Quita de ahí
¿No ves que te han de aplastar?

Todo fue que así dijese, que al instante descansaba al lado del Loco un pie de cien metros; por lo cual, sin más ganas de reír, prosiguió su precipitada fuga, hasta detenerse muy lejos. Y otra vez a reír como bobo.

— ¡Ja, ja, ja! Sí, creeríase imposible.
Ése sí es gigante; pero sin cabeza.

Calibán — ¡Jé, jé, jé! Parece, no más, que no tuviera; pero si observas bien, sabrás cuántas son. Echa de ver que del cuello cuelgan todas, durmiendo. Es politeísta.

El Loco — ¡Ja, ja, ja! Cierto. Cuántas cucharas en un plato.

Calibán — No te burles. Es el Partido Republicano.

El Loco — Pobrecito: no sabe a dónde va. ¡Ja, ja, ja! Parece un molino de viento con patines yendo a los hielos a favor de cualquier sople.

III

Pero al momento se puso serio y meditabundo. Calibán le seguía paso a paso, como perro. Así anduvieron buen espacio, hasta que se detuvo como herido por un rayo. Y comenzó a mirar atentamente en el suelo. Luego entre risa y risa dijo:

— Da pena. Pobrecito. Si no puede moverse. Sin pies, sin manos, sin abdomen: pura cabeza. Y cómo brilla la energía en sus ojos. ¿Es que tiene alas?

Calibán — Qué van a ser alas. Ese color de pulpo y como alas plegadas, son los pulmones. Con ellos y con el corazón al aire, pretende andar. Mira cómo esas vísceras sangran arrastrándose en la arena. Pero, Loco, no le toques.

Y los pulmones de aquella cabezota empezaron a hincharse, insuflando toneladas de aire. El corazón, cobijado por los pulmones, palpitaba igual al mar. En seguida la cabeza, mirando fijamente al cielo, a semejanza del águila, movió los labios y

Calibán — **(gritando)** Tápate el oído, Loco: la cabeza ha de hablar.

El Loco, Calibán y yo, nos tapamos apresuradamente las orejas. Y los pulmones de aquel ente principiaron a desinflarse, mientras hablaba mesuradamente la boca. Los ojos relampagueaban. Y tembló con tanta fuerza el aire, que todos tres caímos de espaldas. Luego calló. Así quedó serena la atmósfera. Y nos pusimos en pie.

El Loco — Y ese ente, ¿qué es?

Calibán — Es el Partido Radical. Presta atención. ¿Oyes cómo en los más lejanos horizonte resuena el eco de esa voz?

El Loco — Cierto.

IV

Más allá el suelo comenzó a removerse. El Loco y Calibán, matándose de risa iban saltando las rajaduras que dividían la tierra en tajadas. De pronto el terreno se levantó allá, como un monte, cuando por el cráter salió una mano enorme, rudamente empuñada y encallecida.

EL LOCO

El Loco — (**admirada**) ¿Y eso...?

Calibán — Es el Socialismo. Pero mira al otro lado.

El Loco — (incierto) ¿A dónde?

Calibán — Al Oriente.

El Loco — (estupefacta) Qué cosa... En las tinieblas lejanas se funden el fuego, el cielo, la tierra y las aguas; mas, una infinita sonrisa de triunfo se diseña en las sombras pobladas de millares de uñas filar como garfios. Y todo avanza solemne y ponderosamente.

Calibán — Es el Feminismo, lejano, inconmensurable y tardo. Pero, Loco, será mejor que volvamos al Mediodía o al Ocaso; sino perecemos en el caos.

V

Y estando así se iban al Poniente, cuando a la hora del crepúsculo, sigilosa y perversamente alzó Calibán unas piedras, e iba a lanzarlas contra un hombre taciturno que vagaba en la llanura, como quien busca algo que hubiese perdido en el pedregal; pero el Loco asestándole un golpe en el pecho le hizo arrojar los guijarros. Y el hombre iba torvamente sañudo, absorto en sus meditaciones. De pronto se detuvo, alzó el brazo y suspirando escribió con dedo en el aire, sobre los celajes:

"Yo soñé con un mundo que no existe.
Fue mi vida sin gloria y sin ventura, y
siento desde entonces la amargura de
ser un alma soñadora y triste.

Hoy sólo veo por distinto modo: engaño
en el afán y en la mirada, y en este
caminar hacia la nada la irremediable
vanidad del todo...

Y al recordar que la esperanza es ida,
que el tedio se apodera de mi vida y su
paso la muerte no apresura,

tengo piedad tan honda de mí mismo,
que quisiera perderme en el abismo
tenebroso y fatal de la locura."

Acto continuo el Loco dio un salto de tigre; y diciendo: —¡Oh, poeta!,— le abrazó efusivamente. En seguida, tomándole por las manos, lo lanzó en el espacio, a una gran altura, donde iba desde cien mil vueltas de hélice o torniquete. Cuando cayó, ambos le recibieron en brazos. El poeta estaba alegre y borracho de los éteres. Así, todos tres, bien abrazados, el vate en medio, bailando el **cake walk** y silbando estupideces fueron desapareciendo entusiastamente en la noche que avanzaba enorme.

Y un silbo estridente me despertó.

I

Y salí de la imprenta El **Rebelde**, pensando que al fin los muchachos habían tenido alguna originalidad, siquiera sea en el título; pero ya era algo, que después irían buscando una más amplia libertad de criterio, hasta llegar a la independencia total, lo cual constituye mi mayor deseo.

II

Pasado algún tiempo, después de unos tres días de revolución, que más parecía fiesta, por el orden y la alegría que imperaba y porque los derrotados estaban en sus madrigueras, una mañana se volvieron a reunir los amigos de Armando Espada, pero al influjo de distinto temperamento, y entablaron una conversación muy animada, de la que pude sorprender alguna que otra cosa. Más o menos decían:

ARMANDO

Ya ven, amigos, cómo se ha operado el milagro, con derroche de oro y la mayor economía de sangre. Pura fí-

EL LOCO

nanza. Han caído nada más que los de la misma carnada, sin que haya más muertos que tres o cuatro, de los que se puede decir que ellos mismos se hicieron matar debido a su resistencia, sabiendo que la revolución estaba consumada. Respecto del Intendente de Policía, parece que le han victimado a traición.

JOSÉ

Semejante movimiento tan uniforme en la República, incluso el ejército, es la prueba más palmaria de que el país estaba absolutamente cansado con la secuela de explotadores y... Sin embargo, es de presumir que sólo por la traición...

CLETO

Así es. Pero lo importante para demostrar la cultura nacional, aunque ayer nomás nuestra opinión ha sido contraria, y para demostrar la uniformidad nacional en asuntos de orden interno e internacional, está el hecho de que el ejército y el pueblo, armados, superabundantemente municionados, vagando dispersos en la población no hubo ebrios ni asesinos en plena revolución, cuando cualquier revolucionario pudo ser impunemente ladrón, asesino, incendiario, violador, etc. Pero nada: el orden y la serenidad más augusto. Entusiasmo la cultura nacional. Eso se llama un pueblo civilizado.

ADALID

Es verdad. La elocuencia de los hechos es lo incontrovertible. Los extranjeros residentes ya saben, por experiencia palpable, por lo que no pueden negar sin alterar la verdad, que Bolivia es un país altamente culto en el respeto a los derechos ajenos, bajo el régimen de la libertad, de lo cual ya hay naciones que deberían tomar ejemplo; porque la cultura también no debe ser asunto de pura palabrería.

LUIS

... ¡Hum...! Acuérdense que otro vendrá que te santificará. No hay que perder de vista que si los liberales

ARTURO BORDA

son los capitalistas bribones, los republicanos son los hambrientos descamisados, y que, por consiguiente, lo que más pelagra es la economía nacional. No quiero dárme las de profeta, pero...

Pero primeramente debo decir que en cuanto a la cultura del pueblo, demostrada en esta revolución, afirmo que no existe tal cosa; que esa apariencia no es nada más que un fenómeno debido a la sorpresa de ellos mismos, debido al asalto o cuartelazo, mejor dicho; que revolución no ha sido, como que hasta hoy no hubo en Bolivia ni una sola revolución: todo lo que se ha tomado por tal no fue otra cosa que simples cambios de hombres y nombres en la institución republicana, o, de modo quizá más propio, semirepublicana, con leyes que no se cumplen por estar fuera de tiempo y de lugar, con gobernantes que no hacen nada más que su voluntad y con legisladores que no saben declarar las leyes que por sí las necesidades las van exprimiendo. No veo por todas partes sino que ceguera y ambiciones personales y la indiana aborigen y blanca que se muere de servilismo. Y no me vengan con zoncerías.

EMILIO

Sí. Pero esta revolución prueba también, indiscutiblemente, otra cosa: y es que todo lo que había de inmoral en el país, era de los caídos.

ARMANDO

Todo lo que quieras. Pero una revolución no se puede hacer en un día: una revolución es el cambio de nuevos principios de gobierno, de política, de moral, de leyes. Y todo eso requiere tiempo y paz, aun cuando parezca disparate esta verdad. Para eso ahora los revolucionarios deberían entrar de lleno en la esfera dignificadora de la ejecución de sus ideales pregonados a voz en grito; mas no lo harán, ya que pronto se verán aficionados al mando, al gobierno, a la autoridad, a ser amos y señores, viéndose reatados por mil hilos que el telar de los intereses particulares les habrá de tender.

Sin embargo, hasta ahora cada revolucionario deberá llevar en lo profundo de su conciencia, en el rincón-

EL LOCO

cito más sagrado de su corazón, la seguridad de que su acto ha sido inmensamente honrado y salvador; que merece la más alta estima de los espíritus libres y veraces, y que como somos un pueblo de voluntad firme, con ideales aunados al mismo ritmo, y que el ejército con el ejemplo que ha dado de **subordinación y constancia** (?) en sus deberes, es nuestra más alta insignia de orgullo. ¡Viva el ejército!

TODOS (menos Luís)

¿Viva! ¡Que viva!

LUIS

Como yo tengo siempre mis reservas, dudo y callo. Temo que la muchacha resulte respondona. Lo de siempre en nuestra historia.

JOSE

Y ahora, señores, cada cual a la tesonera y ruda labor del progreso; porque nada convence como los hechos. Hechos son amores y no buenas razones. Que cada cual procure ser el ejemplo de lo mejor y la patria será la primera del mundo.

LUIS (meneando la cabeza)

¡Hum...! Esa es otra cosa. Entonces, por sí acaso, vamos a festejar la libertad en pleno régimen de la libertad, que debemos suponer que es. Que el alma de los pueblos redimidos entone loores a sus redentores, ya que éste es el mes fatal para las tiranías. Julio es el mes de las redenciones, y el 12 de Julio es el natalicio de Julio César. Que nuestro festejo sea pues el alegre rumor del trabajo. Y que absolutamente nadie crea sino en los hechos.

*

Así diciendo salieron en tropel, armando un escándalo en toda la vecindad.

III

Al día siguiente mi vecino Armando Espada desocupó la casa, por lo que no volví a saber nada de ellos. Esa noche, agitado por el ambiente, tuve el siguiente ensueño:

EL FUEGO SAGRADO

Y cuando al mediar el día no se vio ya en el ocaso la sombra de los expatriados, dos hombres pasaron hablando así:

EL LOCO

Con calma. Poquito a poco. Tranquilamente ya, corazón. La aorta y la carótida no se ahoguen más. Sí, oigo que al fin mi corazón normaliza ya su latir. Sí...

CALIBAN

Pero ¿por qué estás, Loco, tan triste? ¿A qué viene ese tu soliloquio? ¿Acaso tu viejo ensueño no es ya una realidad?

EL LOCO

Sí, es verdad. Mas no es tristeza, hábil Calibán; es el cansancio de mi risa infinita. He reído tanto, de alegría, que mi alma está rendida. ¿No has oído? Mi carcajada iba entonando aleluyas en el canto de los vientos, helando los huesos en el soplo redentor. Y ¿cómo no, si al fin los oprimidos respiran y los opresores expiran?

Ya cayeron unos: ahora los vencedores se destriparán entre ellos. La unidad es divisible; y la divisibilidad es la destrucción de la unidad. Mi risa no concluye: es la alegría de los altos vientos, haciendo flamear a millares la enseña roja. Su hora se aproxima.

CALIBAN

Y yo que encapoté de nubes el orbe, desatando la sinfónica potencia de Eolo en el feérico 12, hoy, Loco, me

EL LOCO

despido, porque ya tu lar está redento por ahora y mis oficios serían inútiles.

Pero ¿qué? En tus ojos, caro Loco, veo apagarse el fuego sagrado.

EL LOCO

Ahora tengo más que antes. ¿No ves que no ha habido sangre? Revuelta sin sangre es el augurio de mares de sangre. Para que una revolución dé frutos en su evolución es menester que vierta mucha sangre. Cuanta más sangre en una revolución la paz será más larga y sosegada. Siento venir días de lúgubre inquietud. Mi vista se aclara.

Luego el Loco, recobrando súbitamente la razón, mira con ojos enormes cómo el ejército empieza a dar su más extraña floración. Sólo el jefe de los vencedores está imperativo, sañudo y ríspido.

Entonces abrazándose muy emocionados, se despiden, yéndose por opuestas vías, entrando por tal manera en mi corazón el Loco y Calibán, por la aorta y la carótida. Con lo que desperté.

*

A raíz de todo estoy pensando que decir: —**Nuestro ínclito salvador de la patria**,— como se han dado en cantar a Saavedra, sus allegados, es una frase ridícula, tanto como el de: —**Nuestro protector**—, lo cual implica impotencia e ignorancia en quien lo dice. Ello es tan ridículo para el individuo como para el pueblo, y más para el soldado, porque el soldado de hoy no debe tolerar la tutela ni de sus mismos jefes, si fuesen despóticos o nepóticos, ya que sabe y siente que el ciudadano es en el instante preciso el soldado mismo, pero siempre por mandato interior, de conciencia, únicamente en resguardo del orden y sobre todo de la integridad nacional, y porque el soldado también, de General a Ordenanza, más que saber por deducción, debe comprender por sentimiento, al calor del fuego patriótico, que no solamente es defensor de la patria

grande, sino que por igual manera lo es de sí mismo, es decir, de su condición proletaria, y que, por consiguiente, cuando la justicia virtual ha llegado a su conciencia, todos, de pordioseros a potentados respirarán a pulmón lleno, durmiendo en paz al abrigo del ciudadano armado, siempre que se gobierne al rigor de la justicia. Entonces la armonía entre el pueblo y el ejército estarán cimentados a firme.

A propósito, he leído en unos artículos de prensa lo siguiente:

La revolución del 12 de Julio es la revelación de una fuerza moral ciudadana que se incubaba para dar más tarde asombrosas realidades que otrora fueran el ideal de los menos. Esa revolución es la conciencia de su deber que tienen los hombres libres y altivos para con su dignidad, para con su hogar y su campanario, para la patria grande, y más aún, si se quiere: para su porvenir. Los revolucionarios, y más si son del ejército, confirmaron tal aserto, y de modo rotundo, con el hecho: con un sacudón silencioso, en orden y profundo, en que la nación se expurga de una sola vez únicamente de su carcoma, dejando, por lo pronto, en paz los miembros sanos.

La depravación corroedora de la angurria mercantilista había Pegado a su apogeo: nada faltaba por pervertir, pues se había llegado a atizar la cizaña de los intereses creados hasta en la immaculada conciencia de los niños, en la enseñanza primaria, reduciendo su futuro a la esperanza espectaciosa en el favor del banderío. Mas, no faltaron los rebeldes que entre burla y burla o con rudos o finos apostrofes, según la necesidad, delatasen a voz en cuello las iniquidades consumadas o que tramaban. El liberalismo pesaba a modo de plomo derretido o neumática suc-sora en propios y extraños, a tal extremo que el simple enunciado del nombre era ya una carga que sublevaba almas resignado aún de aquellos enlazados con algún negocio de los innúmeros con los que ha socavado el porvenir nacional.

Y así, por los voceros de la libertad, nadie ignoraba que el despotismo se sostenía únicamente merced a los

intereses de las arcas nacionales que esterilló entre sus allegados. Pero un día la dignidad de los militares altivos se sintió hondamente ultrajada: ellos comprendieron con sus propios ojos que los impuestos del pueblo eran el usufructo de los gobiernistas. Y esa ola de indignación interior iba subiendo minuto a minuto en las conciencias, a semejanza de una marea alta, hasta que así también, sorda, incontenible, avasalladoramente se desbordó en la reivindicación de los derechos conculcados.

Ahora, que el encono más recio de los derrocados estalle contra los vencedores, es justo; que asimismo esperen también el retorno de su caudillo al país, es también justo; pero es bueno que todos lleven esta convicción: que los militares deben ser esencialmente nacionalistas y legalistas; que la presencia cíclica de Montes en América será el augurio de mares de sangre en Solivia; que siempre todo nuevo gobierno es nuncio de bienestar y progreso; pero que si el vencedor falla a sus promesas, torciendo la mente de los procedimientos, los rebeldes surgiremos a modo de una maldita plaga delatora, agitadora y revolucionaria. Tal es la obligación del ciudadano, ahora y siempre.

*

Así decían los que inocentemente creían en las promesas de las experiencias. Tal creía la buena fe de los soñadores.

Y ahora digo, a propósito, de un modo general y definitivo, que los hombres honrados, públicos, verdaderamente honrados, sin esperar actuar en el gobierno, no deben aspirar sino a dejar en la historia una estela de generaciones altivas y veraces, para lo que no se requiere ser Presidente ni nada: ahí se tiene el libro, la prensa, la palabra y, por último y primeramente, el silencioso ejemplo. ¡Oh!, cómo entonces deberá henchirse el pecho al decir: —Soy el impulsor de esa falange de rebeldes.— Aquí es necesario que cada cual sepa que la idea y el pensamiento libres, aun en el más tímido, un día al fin impele a la acción libre. Y el gobierno que debió a su honradez tenga por adictos a tales hombres, debe confiar que cuenta con amigos sin dobleces, jugando a cartas descubiertas y que

únicamente anhelan ver a sus gobernantes ascender en el sacrificio a las regiones fúlgidas del ideal longividente.

Y bien. Este es el momento de rememorar que cada uno de los instantes siempre es el instante de recordar que los valores morales, como todo, acrecen geométricamente por oposición. El blanco al lado del negro resplandece, mientras que el negro se entenebrece, así como lo chico al lado de lo grande parece empequeñecerse aun más en tanto que lo grande parece crecer. Pero en la sucesión de los hombres, la oposición es vertical: se yuxtaponen en ascensos y descensos: el que no cae sube. Y no hay más remedio. El hombre acercándose a la luz en la cumbre se agiganta en su sombra, siendo que quien cae en los abismos desaparece en la sombra.

Los que predicán la necesidad de derrocar un gobierno o una teoría, acusando sus defectos, están en la obligación de probar con los hechos, y sin demora, que sus prédicas no han sido simples telarañas para atrapar incautos, carne de cañón para sus escaramuzas; porque de ser así, aun por simple sospecha, mucho más si tales son las manifestaciones, todos están en el deber de ir a la estrangulación de los hipócritas, ya que en un medio maleado las consecuencias de una revolución serán para empeorar las situaciones, dando que los procedimientos y los fines no mejoran, sino que empeoran. Pero ¿cómo no, si no hay revolución a base de traidores? Y quien hizo uno hará ciento.

Es por tales razones de patriotismo neto que los espíritus independientes han menester intensificar más y más la escuela de la altivez, sabiduría y honradez juveniles, sembrando en el futuro la dignidad, y más si es como se pretende asegurar, en plena libertad, probando de ese modo que la libertad es efectiva, ya que sólo hay deber de prestar obediencia al mandato del bien.

¿Quién no soñará en paz, reposando en el regazo de la suma justicia? ¿Qué ser o entidad puede aspirar a galardón más inmarcesible que el título de El **Justo**?
¿Quién no ambiciona, siendo noble, ejercer la equidad de Espar-

EL LOCO

taco o Sucre? Y es bueno saber que a la justicia sólo teme el criminal. Además, no existe nada que retuerza o rompa el designio de la justicia.

Por eso yo... Yo...

*

En eso, riendo de mi estúpida elucubración, haciendo el ridículo ante mí mismo, porque aun necesito abajar mi conciencia y mi soberbia, me había dormido arrebujiándome alegremente en mi cama. El reloj daba la una de la mañana.

IV

Dos o tres días después.

Está visto que como un perro hambriento y parásito, olfateando ansiosa o inconscientemente ya, siempre he de llegar a la supuración del instante a tragar a dentelladas el ambiente.

Esta mañana salí de mi tugurio, acicateado por la consumidora impaciencia de mi alma, dijérase que como en busca de un siniestro epílogo que yo sentía angustiosamente faltar a la historia del liberalismo.

Con mi cerebro constreñido por la bruma del ensueño, caí a plomo al atardecer, abandonado de mis huesos y de mi carne, en un banco del parque Murillo. Y así. Mas, cuando la modorra se me disipaba, noté que unos hombres hablaban a mi lado.

HOMBRE PRIMERO

Efectivamente que toda esa cabalgadura de orgía con que imperó el liberalismo desde un principio, necesitaba en su historia el remache de su propia especie. Era un organismo que como no hallara fuera de sí con qué saciar su angurria, se ha consumido a sí mismo, cual si fuese su propia solitaria.

HOMBRE SEGUNDO

Eso es evidente. Todo ha sido infidencias. Estalló la sangrienta revolución federal en 1899 para restablecer al momento el gobierno unitario. Así, después de tan grosero engaño, vino la seguidilla de engaños. El veneno, la masacre y mil latrocinios, todo iba a la par de la subasta del territorio nacional, de la mordaza en ergástulas a la prensa. Ha pasado a semejanza de una tromba que lo abraza todo.

HOMBRE TERCERO

Gutiérrez Guerra es el remache de aquella trabazón de incorrecciones. En contra suya jamás quise abrir mis labios, no obstante que la orgía resonaba ya en los confines de la patria; pero hoy que la bancarrota nacional sigue a la de la casa bancaria, que se ha cerrado con el sello de la estafa a la sombra de la primera magistratura de la República, hundiendo en la miseria a los míseros menestrales de todos los gremios, a los que privándose del sustento cotidiano en los años más constreñidores de la conflagración europea o desde algunos antes, que iban haciendo sus ahorritos. Hoy ya no puedo contener mi grito y execro por siempre aquella época luctuosa. Así, anticipándome en el tiempo, me indigna ver el día de que en más de mil hogares humildemente virtuosos habrá de faltar el pan, allá, cuando los labios, húmedos en las salinas lágrimas, silbarán la maldición que dicta la conciencia del sufrimiento de las víctimas.

HOMBRE QUINTO

Mas, en el hecho, eso sólo sirve como tema puramente literario. Por lo que hace a mí, diré que me da pena la gente de gobierno, cualquiera que sea, porque en ellos sus **enemigos personales** la brizna más pequeña de sus errores al punto le señalan con las proporciones de un monte, y si no hay, nada cuesta inventar iniquidades; pero, eso sí, ni quién pare la atención en sus virtudes: en los gobernantes todo debe ser delito, infamia, atropello, tiranía, desconocimiento de las leyes; el gobernante debe

EL LOCO

tener para sus enemigos ambiciosos del poder la tara de todas las infamias imaginables, en cambio todos los crímenes de la oposición en su conciencia no pueden ser nada más que sacrificios, el martirologio de todas las opresiones, el heroísmo, la santidad, la pureza. Esto es repugnante, por falta de honradez. Indulablemente que así calumniados los hombres, día a día, necesitan de todo el esfuerzo de su voluntad para no ser lo que se les atribuye, lo cual por sí ya es un gran mérito.

HOMBRE SEGUNDO

Eso aparte, y que no debe importarnos, prosigamos.

HOMBRE PRIMERO

En la quiebra de nuestra conversación hay también potentados...

HOMBRE TERCERO

En cuanto a los acaudalados, sean de la plebe o de la aristocracia, ¿qué me importan? Ellos por haber perdido algo de sus dineros no se habrán de quedar sin comer. Y el que roba a un ladrón se dice que tiene cien días de perdón.

HOMBRE SEGUNDO

Así es. Además, hay millones de proletarios que por mucho que revienten trabajando sin ceder su rebeldía, sin arrastrarse ante el amo, jamás lograrán el ahorro ni de un centavo.

HOMBRE PRIMERO

Es verdaderamente lástima que para el éxito más nimio o efímero las gentes han de necesitar siempre arrastrarse. Es la historia de todos los éxitos: tener que rogar, tener que ceder. Parece que la sociedad tácitamente hubiese acordado decir a los rebeldes: — No saldrás de aquí si no te doblegas.— Y en seguida la guerra sorda. No, yo pre-

ARTURO BORDA

fiero morir aun cuando sea de hambre, antes de abdicar el cetro de mis ideas. ¡Esclavos...! Los esclavos somos nosotros.

Y mientras hablaban los hombres vi llegar y pasar en las brumas de mis recuerdos, una ronda de sátiros y satiresas, beodos, ensangrentados y enjorjados, jugando a las cartas el dinero del pueblo, como un día en el Gólgota Longino y los suyos, dividiéndose al dado la túnica del Salvador. Y pasan lúbricos y fatídicos los impunes espectros, gozando a costa de las angustias nacionales en sus horas de tribulación. Hasta que oigo la voz del

HOMBRE PRIMERO

Estos sucesos nos llevan a hacer algunas reflexiones. Ya verás. La quiebra esa que es un robo...

HOMBRE SEGUNDO

Pasito a paso, amigo. No es robo; es una quiebra.

HOMBRE PRIMERO

Esos son cuentos. Yo tengo la simplicidad del pueblo. Así que, pues, las cosas las llamo por su nombre. Nosotros que no hemos estudiado, no comprendemos aquellas estúpidas sutilezas de las leyes que distinguen con distintos nombres a los mismos hechos o cosa, no más que por darse el lujo de establecer una escala de penalidades. Nosotros en virtud del inmanente espíritu de justicia que anida en todo salvaje, sólo entendemos que el que por cualquier medio se apodera de lo ajeno, se llama redondamente ladrón; de igual manera, el que mata a otro aun cuando sea por mil interpósitas personas, o por cualquiera otra manera y en las circunstancias que fuese, le llamamos rotundamente asesino. Somos el pueblo. Y así entiende toda la humanidad, a excepción de la letra muerta de la ley, por eso, porque es muerta.

HOMBRE TERCERO

Bueno. Ahora punto aparte y veamos lo que iban a decir respecto a la quiebra del expresidente.

EL LOCO

HOMBRE SEGUNDO

No es el expresidente el que ha quebrado. Por lo que se ve en el informe que ha dado la comisión ad hoc respecto del balance, Gutiérrez Guerra, Presidente de la República, liberal de la hora nona, estaba... Estaba... No sé cómo desir... Estaba... engañando al público en su casa bancaria, ya que no tenía con qué responder en caso de una corrida.

HOMBRE QUINTO

Sí; vosotros hacéis el mismo juego de lo que llaman política: recoger cualquier dícere y echarlo aumentado en la circulación, sin preocuparse nada en averiguar qué es lo que hay de verdad. Esto es muy sucio.

HOMBRE SEGUNDO

Sea lo que te parezca. Pero por aquello de que si el patrón se va a los toros, vamonos todos, es decir, por el ejemplo, —y no me refiero únicamente a lo de ahora—el que más y el que menos debe haber echado su oportuno zarpazo. ¿Por qué no? ¿Acaso no se ha visto mil veces en la historia de cada gobierno el que de la noche a la mañana na aparezcan con fortuna individuos que días antes no te nían dónde caer muertos? Pues ya verás cómo antes de un año muchos de los descamisados del nuevo régimen empiezan a derrochar oro. Casi como todos los opositores de todos los tiempos, me da ganas de decir con pena: "Los nuevos ricos".

HOMBRE TERCERO

Pero el escándalo no está justamente en lo que se descubre, sino que cuánto habrá que se está operando siempre sin dejar huella visible.

HOMBRE PRIMERO

Todo puede ser. Del nuevo régimen no se dice, pues, que lo primero que hizo fue entrar a saco en los Bancos, las aduanas y los tesoros.

ARTURO BORDA

HOMBRE TERCERO

Perfectamente. Ahora veamos que la quiebra...

HOMBRE CUARTO

Es la lápida de todo un partido político. Ese solo hecho bastaría para justificar la revolución en cualquier país. Aquí si las cosas no hubiesen llegado a tal extremo de impudicia, ni el ejército ni el pueblo hubiéramos dado el menor paso revolucionario; pues está a ojos vista la serenidad casi inconcebible con que todos se dedican exclusivamente a su trabajo.

HOMBRE QUINTO

Sí, ya lo creo. Valiente manera de trabajar. ¿También la haraganería es un trabajo?

HOMBRE CUARTO

Evidentemente que todos se dedican a su trabajo, y en el instante en que el Perú y Chile han apostado sus ejércitos en la frontera. Y nosotros nada, sin movilizar ni un soldado, descansando serenamente en los altos designios de la justicia. Pero bueno es saber que si se atenta de hecho a nuestra integridad, la defenderemos de tal manera que... Mas, éste es un asunto del que hay que hablar únicamente con el hecho, cuando las circunstancias lo exijan. Mientras tanto debemos dar pruebas constantes de ser un pueblo sereno, laborioso, culto y firme, que en la conquista de su futuro va rompiendo impávidamente las gélidas atmósferas que nos estrangulan.

HOMBRE QUINTO

Delicioso. Todo eso es muy bonito y de una ingenuidad encantadora; pero ciertamente que es menester decirlo aun cuando sólo fuese para pasar el rato.

Y me levanté sin oír más, porque cuando desaparece en mi cerebro el opresor constreñir de las nebulosas, arremolinando en vértigo legiones de imágenes e ideas que

EL LOCO

me enloquecen, me desespera de modo igualmente doloroso el vacío que invade mi mente, aquella nada más inmensurable que la muerte.

De ese modo no tengo más remedio que caer en latitudes eternas o andar y andar sin rumbo ni fin, como loco, esperando caer algún día loco de cansancio. Pero interiormente oigo la misteriosa voz que me grita sin cesar: —Mátate, oh floración carnal del mal.— De ese modo estoy cada vez más desesperado.

V

Pero a la noche siguiente todo fue que cerrase los ojos para dormir, que ya estaba sumergido en una curiosa fantasmagoría.

*

Era, concluida la revolución, un movimiento inusitado. Los caídos se removían desesperadamente, buscando en los alrededores un albergue cualquiera donde acomodarse, mientras que los vencedores se prendían activamente en el Estado, iguales a una lluvia de sanguijuelas en carne viva, tanto que se perdía de vista el Estado, a modo de una gota de miel en una nube de moscas o un pedazo de imán en un montón de agujas. Siempre la misma cosa: los apetitos desordenados cegando y segando los ideales.

Y eternamente también los agitadores, los verdaderos agitadores, aun antes del reparto de las utilidades de río revuelto, sigilosa y cuidadosamente separados, como si fuesen cauterios o cánceres, retirándolos de sí a modo de como se aleja la nitroglicerina. Tal los delatores de toda incorrección en pro o en contra, que no dan tregua a su actividad, viviendo honradamente de lo que pueden en su lucha contra la conflagración de unos y otros, exiliados en algún rincón, royendo las estopas, mientras que los zánganos se hartan en un festín de lobos. Pero bien dice Jesús: — Donde está tu tesoro estará tu corazón. — Y es verdad, aunque se torciese su sentido. Cada idea encierra fatalmente dos sentidos, el de la afirmativa y el de la nega-

ción. Hasta ahora no he visto a ningún crítico ni a ningún historiador detenerse en este punto tan importante. Pobrecitos.

Ciertamente que concluida una revolución es menester agitar inmediatamente la siguiente, ayudando a la evolución cósmica que no cesa de evolucionar ni un segundo. Eso requiere tal suma de patriotismo y de sacrificio, que no veo ninguno capaz aquí. No hay que dar tiempo a que las virtudes y las fuerzas se anquilosen, degenerando en el crimen que ampara la impunidad de los que se creen fuertes y señores. Pero tal empeño lleva fatalmente a la miseria a los agitadores, si no pesa sobre ellos la vergüenza de vivir de las herencias, del pan de los muertos, de la peor forma de caridad, incapaces de vivir de su propio trabajo, es decir, incapaces de ser hombres de verdad. Mas los demolidores, revolucionarios en lo más íntimo de la conciencia, araban su mendrugo, minuto a minuto, de las horas, del aire y de la tierra: amargo pan amasado con su propio sudor, pero sin ocurrir gimiendo ridículamente a implorar la protección de los potentados, para luego tener que mentir groseramente, loando saber, talento y virtudes que no existen. Y esto he visto hacer a intelectuales que no tienen disculpa por haber recibido cuantiosos legados, suficientes por sí cada uno para hacer la felicidad de más de una familia. Y me pregunto que ¿cómo se puede creer entonces en la moralidad de sus opiniones si se hallan sojuzgados por los intereses de quien paga mejor?

¡Bah! El ideal está en la región de los ensueños.

Y desperté tremendamente agitado. Esa inquietud hasta ahora no se me quita. El cerebelo me duele pesadamente.

VI

Hoy, saturado de tristeza, he salido a pasear. En casa los niños cantaban.

EL LOCO

Ahora camino como quien no tiene que hacer ni en la vida ni en la muerte.

—(Silbando) ¡Pfú, pfú! ¡Pfú, pfíí...! Vaya usted a saber si no es gracioso. ¿Por qué he silbado ahora y precisamente aquí? ¿No pudo ser en otra parte y a otra hora?

—Ya lo creo que sí; así pudo ser.

—Esto no anda bien. Es decir, yo no ando bien. ¿O no es la verdad?

—Sí, hombre, ya lo creo que es la verdad, tanto como que tú y yo somos la misma personita.

—Bueno. Ahora mejor será no pensar en nada, porque ¿qué dirá la gente?

—¿La gente...? ¿El qué dirán...? ¡Ja, ja, ja! El qué dirán no es nada más que un último recurso de las bisabuelas en provincia.

—Pero cierto que ponerse a silbar sin más ni más en media calle está muy mal hecho; porque es evidente que por hacer perder un instante a cualquiera se le malogra el mejor negocio. Pues, sí, señor; con un silbo sin por qué puedo embromar a un banquero que se detenga un momento a considerar mi tontería, indudablemente que suponiendo que se pudiese detener para sólo eso el banquero. **(Cantando)**

Las alegres auras llegan jugando
y al irse nos dejan suspirando.

(Sorprendido) Qué animales son las gentes. ¿Por qué se detienen a mirarme de modo tan risueño? Ó...

—Pero ¿no te fijas que estás silbando?

—¡Ah!... Claro. ¿A quién se le ocurre cantar sin necesidad a voz en cuello, como un bobo? ¿La gente se moja o me compecede?

—No sé. Pero es una vergüenza a pesar de que yo ya no creo ni en el cielo ni en la tierra.

—Pero la vergüenza es asunto puramente de la sangre o... No entiendo. ¿Qué cosa no entiendo?

—Que la vergüenza es cuestión de la sangre.

—¡Ah! Eso es muy claro. Justamente hay razón para que me crean loco. (**Pasándome las manos por la cabeza**) No quiero estar loco. En todos los labios, en todas las miradas y al estrellarse en toda cosa el viento silba: —Pobre hombre...— No, mi voluntad vencerá a esa obsesión de las gentes que quieren enloquecerme. ¡Aja, ja, ja! Y a pesar de mi risa estoy triste.

—La verdad es que ya no sé si soy yo o tú el que siento estas cosas.

—¡Jé, jé, jé! En mí y en tí, todos los estados de ánimo bailan una tremenda zamacueca sin fin —somos uno mismo— cual si fuesen lagarto y culebras agitándose sin cesar en una marmita de bruja. ¡Tarárá, rara. Laralalalá! ¡Laralilálalá, lila! Cantemos, que todo lo demás es zoncería. Pura zoncería.

—No, señor. Es menester apurar el paso y escabullirse por cualquiera parte, porque si no aquí damos el espectáculo del siglo.

—De veras. La gente es mala: le gusta divertirse con la gente. ¿Por dónde fuera...?

—Por allá.

Sí. Ya.

*

—Y ¡Santo Dios! Qué linda aquella muchacha. ¿O estoy ciego? No, no estoy ciego. Y se ríe de mí. ¿Por qué se reirá? Debe ser porque estoy ridículo.

EL LOCO

—Ciertamente. Los músculos faciales se te han aflojado melancólicamente. ¿Entiendes? ¡Ja, ja, ja! Tienes un gesto extraño de tristeza lúbrica. Qué cara de oveja tienes, languideciendo tristemente los párpados, como los enamorados primerizos.

—Mas, —oh, Deo gratia plena.— ¡Aquella otra mujer, qué mujer! ¡Santo Dios!

—¿Y la chiquilla de más allá?

—¿Es que ahora nomás comprendo a ver y comprender la belleza? Positivamente, todas las mujeres son lindas: hay en ellas una floración inmensa de amor. **(Cantando)**

El amor,
oh, Amor,
es amor.

(Sorprendido) ¿Cómo? ¿Es mi propio cantar?

(Pensativo) Yo... (Dudando) No, no y no: estoy en plena razón.

—¿No, no? ¿Qué es no? Ese no es la ecolalia.

—Tengo miedo.

*

Y corrido por mí mismo, al torcer una esquina tropiezo en mi pie.

—Los zapatos están mal hechos. El carpintero tiene la culpa. ¡Jí, jí, jí!

—¡Cómo! ¿Por qué el carpintero?

—Sí, hombre. ¿No recuerdas que el carpintero es hornero?

—¡Ah!... ¡Ja, ja, ja! Es verdad. Ya recuerdo. Por él casi das con la horma de nuestro zapato. Y tan difícil que es. Vaya usted a ver qué carpintero.

—Sí. Hornero, zapatero y carpintero son... —

¿Qué son?

—Pues ¿qué quieres que sean si no son consonantes?
¿No te fijas? Ero, ero y ero, tres eros. Con ellos se puede
hacer una linda poesía. Por ejemplo:

El bracero
carpintero es
hornero y un
majadero
zapatero.

—Hermoso. Lindísimo. Muy lindo. Y tantantán...

—¡Voto a Cribas! Esto es alarmante.

—¿No ves? ¡Já, ja, ja! Estás loco. Observa cómo en
esta otra calle también se ríen de nosotros, me parece que
debes enmendarte.

—No yo, sino tú.

—Tú, más bien.

—¿Tú o yo?

—Cierto. Pero ¿tú o yo estaba hablando? ,

—De veras. Ya no he llevado la cuenta. Pero no
importa, ya que hemos perdido los estribos por una
hermosa.

—Tienes razón: qué lindas son las mujercitas.
Todas son mías. En ellas hay amor, siquiera un instante.
¿Por qué no me habían de querer si yo las adoro?
(Cantando)

El amor,
oh, Amor,
es amor.

—Ya estás cantando otra vez, **che**. Qué barbaridad.

EL LOCO

Y me asusta ese diálogo de mi conciencia y de mi inconsciencia.

*

—Nada, loquito, ahora te pones quieto, bien quieto.

—Pero aquella otra joven...

Sí. Qué bella. Cada una tiene algo que es incomparablemente hermoso, si no es en el cuerpo en alguna manifestación del espíritu. La única dificultad está en saber acertar en su belleza. Cada una que pasa parece que me sorbiera con su hermosura el alma y los sesos. (Santiguándose) En el nombre del Amor, de la Belleza y la Verdad.

—¿Notas, Loco, que sobre estas cuatro palabrejas básicas ya se puede fundar la nueva religión, barriendo con todos los mitos habidos y por haber?

—Seguramente. ¡Oh! ¡Cómo hace falta un verdadero demoledor! Pero los hombres son muy cobardes y necios; no quieren adelantarse a su siglo, si no es solamente a modo de las babosas. Pobrecitos.

—Es que cada cual cumple estrictamente con su destino. No tienen la culpa. No obstante, ¿si yo no intereso a nadie, qué me importa nadie?

—¡ Ah!... Eso también es cierto.

—¡Oh...! ¡Bestia de mí! ¿Por dónde se habrá ido esa linda muchacha, mientras yo estaba pensando disparates? ¡Ah...! Allá viene.

—No es ella, che. Es otra.

—Sí. Estoy asombrado: todas son más hermosas y su carne no sé qué tiene: sus ideas, sus ansias y sus recuerdos, tanto como sus esperanzas; en fin, la vida, el amor, todo refunde en divinidad de llama viva o carne paterna. (Cantando)

**El amor,
oh Amor,
es amor.**

Y ya no resisto más. Voy a ella. Pero ¡si voy, qué le dijera...? (Cantando)

**Llora y ríe la loca amorosa
el amor que por siempre perdió.**

—No, Loco. Eso de ninguna manera: eso sería una grosería.

—Cierto. ¿Y por qué le había de insultar sin necesidad, llamándola loca? Tienes razón. No, no estaría bien. Bueno. Entonces ¿qué le dijera?

—Lo que se te ocurra. Apúrate. Ahí viene.

YO

Señorita, tenga usted un hermoso día: que la luz entone aléluyas y risas en sus labios y en sus ojos.

**ELLA (mirándome cejijunta,
con impulsos de reír)**

Buenos días...

YO (tímidamente)

Perdone, hermosa, nunca bien amada. Yo no tengo la culpa que usted sea tan linda. Todo es verla que sin más se le cante rendido un himno de adoración.

ELLA (sonríe mirándome de reojo)

Muchas gracias, señor.

YO (entusiasmado)

Eres la ondina o la hurí del quinto cielo; tu sola presencia ha sorbido mis sesos y mi sangre; estoy en tí; en

EL LOCO

tí canto. ¡Oh, bien amada! Bella, la más bella, para tí, que eres un himno de armonía y amor hecha carne, para tí haré incensarios de mi corazón y de mi cráneo. Zahumaré con mi sangre y mis sesos tus divinas desnudeces en la suprema oblación de la existencia.

**ELLA (apresura el paso, asustada.
y deseando oír más)**

Muchas gracias. Es usted muy amable. Y perdone, señor.

YO (siguiéndola muy cerca y a prisa)

Leche y rosa es tu tez: tus ojos, esos ojos, ¡oh claro sol!, sortilegio son de maleficio; y tus formas, ondulantes y obsesoras, alzándose sobre tus sádicas piernas, son la atracción del ánfora misteriosa. A ti, pues, — ¡oh, bella! — canta el amor en mi sangre canto de pasión.

ELLA (roja de vergüenza, ríe, casi corriendo)

Tan atrevido este **cholo**. . .

*

Y sin saber cómo, fatalmente le doy un pellizco en lo blando, por lo que da un salto felino, restallando un grito desesperado. Ella huye despavorida; los transeúntes acuden presurosos, en tanto que yo, maldiciendo mis nervios, estoy petrificado de horror por mi estupidez que no supe contener. Se aproximan los policiales. Quiero escapar, pero no puedo y. . .

*

¡Uf. . .! Gracias a Dios: al fin respiro. No hay nada. No ha sucedido nada; todo ha sido no más que un loco imaginar. Pero qué angustia en mi corazón. Estoy rendido de cansancio.

— Claro: si estás loco, loco de rematar. Eso sí que se llama soñar despierto. Increíble.

—Puede ser. ¿Por qué no? Sin embargo, noto que la gente sigue riéndose de mí.

—No seas tonto. Ahora, ¿qué haces aquí, plantado a guisa de estatua? A ese paso jamás has de avanzar.

—Eso es verdad. Pero yo no tengo la culpa: la belleza me estatiza agitando en mí los vértigos de la locura, para resistir cuya fascinación se necesita algo más que la simple voluntad. Si este mi corazón y esta mi cabeza colocase en los demás, los médicos se pondrían las botas. Sí, señor, que se pondrían las botas. (Bailando) ¡Ole! ¡Sale-ro! Que el mundo sería un manicomio y yo el único sensato.

— ¡Caramba! ¿Qué es eso, **che**?

—Malditos nervios. Otra vez las gentes me miran burlándose compasivamente.

Me aquieto rechinando las muelas y centelleando los ojos. Los que pasan me miran de reojo.

Ahora me toca reír del miedo de las gentes y me planto con pose de emperador, cuando de brazo y marchando llegan tres chiquitines, de a cinco a seis años. Hablan animadamente, imitando el dejo extranjero.

NIÑO PRIMERO

Cállate. El Loco me ha de pegar.

NIÑO SEGUNDO

Loco burro.

NIÑO TERCERO

¿Este zonzo es loco?

LOS TRES NIÑOS

¡Ja, ja, ja! ¡Jé, jé, jé! ¡Jí, jí, jí! —

Afortunadamente llega un suplementero, pregonando a voz en cuello: —La Razón a diez centavos.— ¿La razón, dice... ? Ese nombre ha recorrido a modo de hielo en mis tuétanos, sin darme tiempo a reflexionar que es el diario **La Razón**, cuya imprenta redujeron a nada los famosos liberales.

La verdad es que aquí el apasionamiento por tanta tontería es capaz de enloquecerlo a cualquiera. Felizmente creo que ya me siento mejor, y en sus dos acepciones. Claro. Toda resurrección infunde alegría, y más si es de un diario revolucionario. No obstante, la gente no quiere o no puede comprender. El infinito evoluciona incesantemente sólo en virtud de las revoluciones: la revolución de cada cuerpo sidéreo implica la alegría de un nuevo día. La revolución es pues una ley cósmica. Y en la humanidad cada revolución ha dado un fuerte impulso al progreso. Cuando una revolución religiosa, social, económica, política, o lo que fuere, se acaba naturalmente, agotando en sus medios y sus fines sus fuerzas, es que ha integrado todo un ciclo de evolución. Por eso es necesario dejar todo su desarrollo a cada revolución a menos que sean manifiestos sus síntomas reaccionarios, en cuyo caso urge precipitar otra revolución con fines más avanzados y medios más eficaces.

Por lo demás, querer impedir el avance de las fuerzas sempiternas es muy zonzo. Por ejemplo: ¿Existe algún poder para desviar las corrientes marinas o represar los grandes ríos? No: ellos a pesar de todos los obstáculos rompiendo sus vallas seguirán su curso; de igual manera no hay potencia capaz de contener el avance del socialismo. De donde se deduce que el éxito de los hombres estaría en saber encauzar, y nada más, poco a poco, esa fuerza en las necesidades más próximas de su propio desarrollo; pero cerrar los ojos para no querer sentir ni ver las pulsaciones del siglo, es crimen de lesa civilización.

En los futuros siempre están llegando poderosas corrientes de progreso, por lo que debemos estar atentos de modo constante y no detenernos extasiados en la contemplación de los cadáveres. Nunca por nunca el hombre debe

retraerse, como los religiosos, cada día en un egoísmo más infame, en el egoísmo doblemente avaro, ya que sólo piensan día y noche, en su salvación, reduciéndose cada vez más a la era del hombre de las cavernas, por lo que hace al espíritu, en vez de sublimar su existencia, dilatándola en el progreso, en alas del Amor y de la Belleza, de la Justicia y de la Verdad, aunque para ello fuese necesario vivir sin abrigo, sin Ahogar y ni pan, nazarenamente, en cambio de legar a la juventud un ejemplo que sea impulso y consolación. Pero como esto parece que no puede ser, estoy tentado de escribir un **Festín de Lobos**.

A propósito, recuerdo un incidente muy lejano ya, que lo titularé:

REVELACIÓN

Las inquietas matracas sonaban sin cesar, arrastrándose en las calles o aleteando en lo alto de las torres.

La procesión del Santo Sepulcro había concluido. El gentío enlutado hormigueaba en la Plaza 16 de Julio.

En el unánime morado del anochecer contrastaba armoniosamente la luz anaranjada de los fanales y de las apolletas de luz eléctrica.

Aun se oía a lo lejos a la sordina la marcha fúnebre de Chopin.

En un corrillo a la moda discutían:

—Déjate de paparruchas. No hay más dioses que el Oro y la Carne, ni más diablos que el Hambre y el Deseo.

—¿De manera que no crees ni en el Infierno ni en la Gloria?

Y todos a coro lanzaron la carcajada, avergonzando al jovencito que hablara con sencillez de creyente; por lo cual, antes de que concluyese la risa general, separando violentamente con los codos a dandys que así obstruían

EL LOCO

el paso, me planté en medio del corrillo, y, en tanto que enmudecían justamente sorprendidos, dije:

—¡Ea, muchachos!, estad atentos, porque si no iréis todos a ese paso el Infierno; que vuestras ambiciones, vuestra fe, y todo, lo reducís al oro y al sexo, física y espiritual-mente.

Ahora he de explicar lo que son el Infierno y la Gloria.

MACROCOSMOS

Lo infinitamente grande significa que los seres^ las fuerzas y las cosas van en aumento progresivamente, infinitamente, eternamente, sin limitación. ¿Comprendéis?

Esta idea nos lleva a la sublimidad! y a la posibilidad de toda cosa: nos ensancha hasta más allá de donde imaginamos.

La idea del Macrocosmos es redentora, es el concepto inimaginablemente más enorme del **optimismo**: es más que la gloria. Así en vida nos eleva a la comprensión del Origen, dilatándonos en una dación ilimitada de amor.

MICROCOSMOS

Lo infinitamente pequeño significa que los seres, las fuerzas y las cosas disminuyen progresivamente, eternamente, sin limitación...!

Esta idea dijérase que ni el Origen mismo ya no la comprende ni abarca: es tan aniquiladora, tan perversa, que anonada los espíritus más fuertes.

Y yo, aquí, el Loco, revelo al universo el infierno más tremendo que jamás nadie pueda imaginar: ser cada vez más infinita y eternamente menos, por siempre y para siempre, sin término, ser de menos en menos. Así también esta angustia infernal la experimentamos en vi-

da, es decir, nos encerramos más oscuros, más ciegos,
más egoístas, siempre más y más...

.....

Ya sabéis, hermanos barbilindos, yo, aquí, el Loco, ¡Aja, ja, ja! os revelo el único sentido de Infierno y Gloria eternos e infinitos, independientes de la idea humana en el tiempo, en el espacio y en la materia, tanto como en el espíritu, más allá de toda teogonía, en el hecho mismo.

Aquí, pues, oh criaturas, habernos en tránsito, y a voluntad, dos especies de espíritus: los que ascienden gozosos en el soplo macro y los que descienden sufriendo en el soplo micro.

Alma, considera a dónde vas.

Dije. Y dando un empujón desaparecí en la multitud que pululaba oyendo la retreta de música sacra, a la luz de la luna.

Pero ahora que devorando las horas en un absurdo imaginar he llegado a casa, andando a la ventura, me voy a dormir, soñando... ¿En qué? Ya se verá. Acaso... Quizá en verdaderos absurdos o sublimidades de lo mismo. No sé: soy un idiota. Seguramente. Ni el espíritu ni los átomos se comprimen ni dilatan infinitamente, ni la idea sueña eso mismo, porque cada cosa muere en su limitación; pero como quiera que la gente no hace nada por pensar por sí misma, siempre está dispuesta a creer pasivamente cualquier disparate, es muy divertido cómo se puede jugar con sus ideas y sus sentimientos, sin que se dé cuenta de la burla.

VII

Hoy hallé en la vía pública una carta cuya altanería me hizo reír mucho y de muy buen grado. HeLa:

Señor director de

EL PERIÓDICO

Presente.

Señor:

Me permito insinuarle quiera publicar esta esquila; pues con motivo de haberse iniciado, según sé, una campaña contra el Conservatorio de Música, unos amigos artistas me suponen autor de aquellos manejos.

Si no fuese por quienes se dedican a la más hermosa tarea del arte, cual es el enseñarlo, no me daría la molestia de dar esta especie de respuesta o satisfacción, como que no lo hice con una multitud de gentes que puerilmente resentidas me creen también el autor de los ataques, no sé ni me importa averiguar si con justicia o no, ni con qué objeto, que la prensa les endilga diariamente en artículos anónimos, o, mejor dicho, que se insultan entre ellos.

Debo, pues, hacer constar, que desde mil novecientos dos en que escribo en diarios y revistas nacionales y extranjeras, de tarde en tarde, jamás he publicado anónimamente para censurar ideas, hechos, seres y cosas, si no ha sido con mi firma o con el pseudónimo de Calibán, tanto por no cargar inmerecidamente con méritos ajenos cuanto porque no se atribuya a nadie mis responsabilidades personales por mis actos o por mis ideas vertidas en público o en privado.

A raíz del incidente referido al comienzo, oí decir también que por temor me ocultaba en el pseudónimo. En cuanto a ello estoy en la obligación de decir que si lo hice es porque reconociéndome en ese tipo de perversidad —Calibán, hijo de bruja y demonio, creación de Shakespeare— el público no se engañase respecto de mi espíritu o de la vía que llevara mi tendencia. De modo que mi proceder no fue a manera de la irresponsable cobardía de quienes engañan cambiando pseudónimos como cataplasmas, lo cual entiendo que equivale al anónimo, o es peor, ya que implica miedo a los demás y vergüenza de sí mismo, pretendiendo desorientar el origen, lo que por lo de-

más es muy sencillo cuando no se posee un estilo. Entiendo que esto además de ser cobarde y vergonzoso, es ruin. Pero el anónimo tiene también su salvedad, que siendo así adquiere las características de la más alta virtud, de lo que parece que andamos apartados.

Además, debo expresar que cuando ataco, siempre desligado de compromisos, individuales o partidistas, y sin que jamás haya recibido ni un céntimo de remuneración directa ni indirectamente, tomo los asuntos en su aspecto más genérico, tanto que los humanizo en abstracciones que felizmente nadie comprende o quiere comprender. Entonces ¿cuánto más me atreveré a los que viven de armonía en la armonía? Así a menos que la cita de nombres conocidos sea ineludible para la crítica de sus hechos **públicos**, cuyas consecuencias haya necesidad de remediarlas **públicamente**.

Mas, los que se reconocen en los tópicos genéricos que trato en la búsqueda de la verdad, será porque así se reconocen en su conciencia. Pero entonces esa ya es cuestión únicamente de ellos, de cada cual, de su propia conciencia, del reconocimiento de su propio valor, del vocerío de sus silencios escondidos. Empero esa suspicacia es el más oportuno de los avisos, a lo que ciertamente hay que dar abiertamente crédito; de lo contrario, los antípodas mismos al enterarse de semejantes generalidades tendrían perfecto derecho, si son idiotas, se sobreentiende, a ver en cada artículo un ataque personal a ellos y desde aquí... Pues a ello nos conduce una reflexión sensata de los hechos.

Agradeciéndole por la deferencia en publicar esta esquela, soy de usted su

S. S.

Herácleo Espinal.

La esquela anterior iba acompañada de las siguientes cuartillas que las transcribo sin alteración a fin de que conserven todo su sabor.

EL LOCO

FEMINIFLOR

o sea la mujer

En Corpus Christi salió a luz **Feminiflor**, periódico mensual femenino.

Yo estuve en el **Bar Bolivia**, bebiendo unos copetines de no sé qué, cuando con voz sonora y a la disparada iban unos muchachos de la alta sociedad, casi cantando, entre cohibidos y audaces, orgullosos de sentirse, por amor, suplementeros. Decían: —A veinte centavos **Feminiflor**.— Y él público tomábamos a la rebatiña el periodiquillo.

Hermoso y loco gesto que empieza a romper la remora de las vergüenzas sociales.

He leído con todo el cariño y respeto que se merece la hojita. Y de lo más hondo de mi alma he sentido elevarse un grito que decía **Sursum Corda**; porque en ese movimiento de belleza femenina en el yermo más huraño de la meseta andina, se oculta un sentido tremendo de reacción social que seguramente escapará al análisis de los seres incultos.

Aquel revoloteo de los corazoncitos es algo como la sacra llama que se reaviva en el rescoldo de la edad heroica al huracanado soplo de una santa locura, como todas las locuras. Pues el encantador conjunto de chiquitinas, aquí Susana, Laura y María, soñando; luego Adela, Carmen y Zobeída; allá Nelly, Consuelo y Daisy, con Ninfa, Florinda y Marina, aunadas al hervor de un colmenar de sentires y pensares, han lanzado su reto a los hombres. Y lo hacen en estos términos: —. **si llegasen a faltar hombres, estamos en pie las mujeres.**

Qué vergüenza para la incapacidad masculina. El Rey de la naturaleza... Pues el amor débil, la frágil belleza, arcilla ideal, es la que acaso sintiendo impotente en el patrio lar una secuela de servilismos, lanza hermosamente altiva su reto a los republicanos.

¿Qué más? Ya no falta nada para espolonear en la dignidad del macho humillado en su servidumbre. Es el

ARTURO BORDA

amor congregado en **Feminiflor**, allá donde ponemos nuestro corazón; es Ella, el eterno femenino, que reta a la soberbia del hombre hacia los enormes holocaustos de rebeldías heroicas.

Los corazones en los que la sangre hierve con las grandes pasiones, rendimos nuestro vasallaje un segundo a las hermosas chiquitínas de **Feminiflor**, y, ya que la mujer empieza a reconquistar sus derechos, le gritamos desde lo más hondo de nuestra conciencia, por ver resurgir enorme la patria grande:

¡Arriba corazones! Que vuestros latigazos sean siempre limpios cual rayos de luz: que humillen y avergüencen a la impudicia y la cobardía. Sed, por amor y piedad, salvadoras de aquesta patria que se hunde en los abismos de toda miseria, y sin lucha.

A vuestro conjuro, los que amamos la belleza y la libertad, iremos a vosotras en un vértigo de gratitud, cantando himnos de gloria.

Quemad, oh bellas, en vuestra sangre los grandes ideales; y sea siempre por amor, vuestra poesía, entre sonrisa y risa, cauterio en llaga viva.

Ahora os ruego no olvidar estos puntos que anotaré:

PRIMERO

Que iniciada vuestra labor periodística, ese mismo hecho os prueba que vuestra voluntad es suficiente para ir adelante, es decir, que os bastáis. Tal acontecimiento deben pregonarlo bien alto y claramente, no no tanto por vosotras cuanto que por suscitar la emulación en la juventud que aun no ha roto el capuz de sus timideces. Esa es obra de patriotismo que jamás cesaremos de loa. . Digo que la reacción sople del Bello Sexo. Sería admirable.

SEGUNDO

Que la mujer debe comprobar, por su propio orgullo, que no es inferior ni tornadiza como se le su pone.

EL LOCO

TERCERO

Que ya que se dedican al periodismo, es necesaria tener presente, de modo invariable, que **no se debe tragar nada** de lo que se quiere **expresar**. Pues he observado entre los hombres, que lo único que vale, como verdad o como belleza, es justamente lo que el miedo o la vergüenza les obliga a callar. Tened presente que lo único grande, lo único subyugador, es la verdad pura, tal como la **sentimos**. Esa forma de expresión se llama audacia, y entre los hipócritas, temeridad: es el gesto heroico. Y si el ejemplo llega de la mujer, entonces para nosotros ¿qué alegría no será soñar lo Heracles y Sansones, lo Proteos y Prometeos que serán los hijos de tales heroínas? Así, pues, ¿cómo nos emborracha el porvenir!; qué orgullo al sólo considerar que la bocanada de reacción en el aula, en el hogar y la prensa, nos viene de la preconciencia materna en la pubertad, a tres mil metros sobre la mar!

*

Ahora apuntaré lo útil que sería que mediante una intensa propaganda se organice en los principales centros de la República iguales colmenas femeninas a **Feminiflor**, con el propósito de reaccionar el espíritu masculino que se está acabando en la inacción y en los temores inútiles. Es urgente enseñar a rasgar sacrilegamente, primero que nada, la nada de las ideas sagradas, para entrar de lleno en la conquista brutal del porvenir.

Pero recordad, lindas nenitas, que la victoria y la virtud no están en las exaltaciones, sino que en la perseverancia dolorosa y fatigante.

VIII

Era en la ciudad agazapada en la serranía yerma, allá donde el inclemente hielo cala paía siempre.

Pasaban los días y llegó Enero lluvioso.

Una tarde, no supe por qué, se habían reunido los universitarios y una centena de plebe inconsciente, en ho-

ñor de la juventud de otro distrito de la República. Es inquestionable que debió haber sido muy bien intencionada la fiesta, por lo mismo que sus organizadores eran muchachos. No había, pues, por qué dudar. Pero tuve pena, como por toda esa laya de manifestaciones populares, en las que se trasluce fatalmente, tanto en el andar y en los vítores, como en los gestos, la malagana de los unos, la vergüenza o timidez de los otros, dando así un sarcástico realce al esforzado entusiasmo de los menos o sea de los organizadores, cuyo aparente entusiasmo con rictus de congoja, casi de despecho, por el fracase numérico de la manifestación, que es por lo que se mide su valor, pero, claro, teniendo siempre en cuenta el censo. De tal manera, a medida que avanzaban, sin darme yo cuenta iba entusiasmándome, tanto que como entre sueños tuve ánimo de decirles:

Señores:

En nombre de la juventud...

Y como si ya efectivamente estuviese de orador, reflexiono que tal proceder sería muy divertido por implicar un avance zonzó, abrogándome una representación que nadie me la daba y que, por consiguiente, quedaba desautorizada desde ya, además de que no interesaba absolutamente a nadie; de manera que

Señores:

Dilatando mi existencia en lo infinito de la esperanza en el porvenir, dignificado en la hornaza de los amplios sentires, cual es la unidad nacional, rindo mi sangre y mi ánimo a esta juventud noble y potente que va resuelta en el avance de cohesión y ventura por venir.

Loor, pues, y mil veces loor a esta muchachada que no reconoce ya más lábaro político que su tricolor, reconcentrando, más bien, su odio irreconciliable en los enemigos de la armonía.

Benditas sean, pues, por siempre las potencias fatales de la hora que pasa, ya que espolonea el resurget anhe-

lado, tan fuerte, tan honda y tan a conciencia, en su elemento más desinteresado, en la juventud estudiosa, en aquella edad que no sólo significa la esperanza, sino que es algo así como el ente de una condición ideal para la única política republicana aceptable, cual es el nacionalismo.

Pero aun hay algo más admirable y adorable en este ímpetu, aquello que es lo efectivamente necesario, aunque a largo plazo, y que se llama virtud, en fuerza de su tenacidad: el fermento de las ideas en los silencios meditabundos, ya que luego serán potencia en acción: los propulsores más recios del progreso.

Pensando decir así mientras pasaba la comitiva, y mientras mi fantasía había creado ya una multitud -mil veces más que la efectiva, estuve con los ojos fijos en ninguna parte, contemplando cómo la muchachada de tierras de Levante gritaba el Levántate y Anda a la juventud de tierras de Oriente, y era tan potente su voz, que iba a semejanza del rugir de los leones a cuyos pies les faltase de pronto la tierra. Tan desesperado era su alerta. Luego crujendo sus entrañas de hierro respondió el ejército, replegándose al pueblo, aunado con el cual en el más alto sentido de la abnegación, juraron en aras de las fronteras, olvidar por siempre aún el campanario, en aras de la patria grande. Y los ecos iban repitiendo: —Unidad Nacional,— a modo de una plegaria, de generación en generación.

Después, henchido de gozo, vi que aquella juventud, huraña y altiva, rebelde a toda bajeza, enamorada de su libertad, y con ímpetu a remontarse al infinito, respirando grandeza en la faena de sembrar ideales, iba bregando en sus humildes quehaceres, arañando el sustento diario, soñando sin embargo en su futura gloria, mientras así, idealmente, pulverizada con sus tacones a los azuzadores de los bajos instintos de la canalla que por el mendrugo del festín de un día intenta echar en la miseria el porvenir de toda una nación y acaso si de una raza.

Entre tanto había pasado el ensueño vigil. Entonces pude observar tranquilamente esa estupidez que debo tener por cerebro y por corazón, que se arrebatan por cual-

quiera tontería a la que al instante le atribuyo un significado y proporciones de una majestad a la que jamás llegará la idiotez e impotencia humana. Así que ahora estoy burlándome de mí mismo a mi entera satisfacción por la bobería de este inocente pasatiempo.

IX

Quince meses después de **La Gloriosa**, llamada así por los revoltosos el asalto de Julio, en todas partes oigo el protestar desesperado por un profundo malestar sentido como nunca en la economía nacional y particular. El más desgraciado de los ciudadanos se pregunta desconcertado: —¿Para esto se hizo la revolución, para estar peor que antes?—, mientras que yo voy pensando que quince meses no es en realidad ni el comienzo de la crisis consiguiente de una revolución.

Ayer, mientras despachaba en silencio mi comida en la fonda de **Los Tres Mosqueteros**, oí la siguiente conversación entablada por unos comensales que bebían al otro lado del cancel, festejando el 1° de Noviembre:

ERNESTO (elevando la copa)

A la salud, señores, de todos los santos y de los futuros ...

RODIS (llevándose el índice a la boca)

Habla bajo. ¿No ves que al otro lado está el Loco? Echa de ver que nos hallamos en una época que podemos llamar la era del espía; pues hemos llegado a tal extremo, que en este momento no sé decir si yo mismo soy mi propio espía; por lo tanto, no sé si tú...

ERNESTO (irónicamente, remarcando silaba por sílaba)

Eso mismo pienso de tí y de todos. Sí, señores, esta situación nos ha de volver neurasténicos, porque el espía es...

EL LOCO

RODIS (con tono autoritario)

¿Sí? Ya veremos el concepto que te merece el espía. Pero entre tanto nota que lo primero que sugiere es simplemente un peligro oculto que nos amenaza de modo incesante, razón por la que inconscientemente nos hemos vuelto suspicaces, poniéndonos justamente cada uno en guardia contra todo el mundo, tanto que nuestra propia voz, el simple pensamiento, y aun la idea, queremos ahogar, por inocente que sea, toda vez que puede dar lugar a una calumnia que ponga en peligro la seguridad de nuestros bienes y aún de nuestra misma cabeza.

ANDRÉS (sonriendo)

Estamos conformes. Ahora podríamos ver lo que efectivamente es el espía, cómo obra, por qué y para quién.

IGNACIO (satisfecho)

Me parece espléndida la idea. Y tampoco estaría por demás conocer la psicología del que lo utiliza.

SALVADOR (repicando con la cucharilla el vaso)

¡Chilillilín! Tienes la palabra, Rodis.

ERNESTO (deteniendo con la mano)

No, señores. Alto ahí. Yo tomo la palabra, porque entiendo que el que se alquila como espía, es porque tiene forzosamente la condición moral más depravada, sin ninguna idea de la dignidad humana: en su sangre borbota a cien grados el instinto traidor; en su pensamiento y en su deseo palpita acelerada su necesidad de las delaciones, con toda la impudicia de la infamia, hecho que constituye su religión y también su gloria. La coronación de su triunfo sería ver colgar de la horca al que acaba de delatar. El espía es algo más siniestro que el verdugo, porque a manos del verdugo sólo llega el que ya está condenado, bien o mal, por la justicia; en cambio que si el espía no halla qué acusar, mentirá tranquilamente, porque sería el des-

crédito de su conciencia no haber podido sorprender un secreto, es decir, no haber podido comprobar su habilidad. Entonces fraguará una calumnia contra cualquiera.

En el espía, ecucha, veidile, esa es su pasión, el oficio más fácil y más canalla. Y eso es lo más sublime de su existencia, ya que vive de ello física y moralmente. Por eso se compenetra sin esfuerzo, de modo natural, con el susurro, con el acecho y la sombra; es la forma de todos los aspectos oblicuos, el deshonor y la muerte. Para él no hay amistad, compañerismo, amor, hogar ni patria: todo, la vida misma, la considera como un simple elemento de explotación.

RODIS (escandalizado)

Eso es tremendo. Empiezo, pues, a ver algo que no había sospechado. Pero los que fomentan semejante escuela, estoy segurísimo que sólo deben haber hecho por supina ignorancia de que están sembrando la hez de toda infamia y degeneración social.

IGNACIO (golpeando la mesa)

Cierto; porque si el espía es macho, es infaliblemente un rufián o algo así, y si es hembra, es invariablemente prostituta. De otra manera no se explica que sea espía. Y luego algunos, según la esfera social en que actúan, qué escándalo de lujo...

ANDRÉS (mascando todavía la comida)

Pero, ¡claro! El que los sostiene está obligado a vaciar en sus manos cuanto dinero sea necesario, toda vez que el espía debe moverse en todas las escalas sociales con la mayor libertad posible. Y si es un espía político, no hay cuidado: el tesoro público es inagotable de las contribuciones del pueblo. El caso es igual al del espía religioso; ya que, se llamen impuestos o primicias, el pueblo es quien paga, el pueblo bestialmente inocente, que paga para eso, para ser espionado, delatado y torturado.

EL LOCO

RODIS (meditando)

En éste momento comprendo que el espía es la bellaquería del divino verbo de Jesús, cuando dice: — **Sed inocentes como palomas y astutos como serpientes.**

ERNESTO (como iluminado)

Justamente. Por eso ese zumbido delator de los labios que pululan en enjambres en los confesonarios y las policías secretas, en el sigiloso ambiente de las toxinas.

IGNACIO

Ni más ni menos. Pues que la supratensa sensibilidad general llega a tal estado, que ya nadie quiere hablar con nadie, ya que nadie sabe si el espía es niño o viejo, hombre o mujer, sacerdote o militar; y todos nos preguntamos interiormente, recelosos, unos de otros: —¿Si serás tó el canalla?— Y no te sorprendas; pues, no hace ni cinco días, que en casa un buen señor ha descubierto que su hijito de doce años recibía sueldo para espíar a sus padres y hermanos. Pero eso es nada comparado con lo que ha sucedido hace poco. Es el caso que se dice que la madre de un señor le denunció, habiendo ocasionado con tal • motivo su extrañamiento del territorio. Y así. A qué profundidad ha llegado la moral del nuevo régimen. Y a este paso lo triste es que para defenderse de los espías los contrarios tienen que echar mano de espías también. Entonces, por Dios, ¿a dónde conducen a la patria? ¿A formar un pueblo de espías en una guerra civil de espionaje? Esto es horroroso; pero así es. Y lo malo es que para los intereses de cada uno es urgentemente necesario.

SALVADOR (tranquilamente)

Eso es verdad, porque se ha podido comprobar de un modo constante, que **por la plata baila el perro y por el oro dueño y todo.** Por ese procedimiento es que se corrompe del modo más eficaz el espíritu popular, enseñándole prácticamente a dudar; lo que, a pesar de todo, me parece que ya es un gran beneficio. Y bajo este punto de vista, necesario.

RODIS

Tienes razón. Eso sí, que lo grave es que cuando el gobierno nacional está gobernado, como por una logia, por el imperio religioso, el jesuitismo, por ejemplo, ese precipitado negro del cristianismo, entonces...

IGNACIO

Sí. Mas, ¿no te fijas que en ese caso todo está racionalmente explicado por el de Loyola, al decir que **e! fin justifica los medios?** Y como quiera que el fin no puede ser otro que exprimir de la patria todo su oro posible, aunque como ahora se halle caminito de la bancarrota absoluta. Si no observa cómo el erario nacional está ya sin una blanca; el cambio a trece peniques; las aduanas sin ingresos; el comercio, desmoralizado, por falta de la demanda; el consumo del pan reducido casi al cincuenta por ciento; las boticas sin ventas, lo que significa que ya ni los enfermos quieren o pueden curarse. Por todas partes gentes sin trabajo. Las industrias y el comercio a punto de cerrarse, ya sea por quiebra o liquidación; la ratería a la orden del día; el robo perpetrándose en el Banco mismo de la Nación; el ejército desprestigiándose dentro de su propio organismo; la producción agropecuaria nula.

En cuanto a reformas sociales, nada; pero yo atizaré de tal modo hasta conseguir lo más que se pueda: Una constituyente ignorante reunida el mismo año y que no ha reformado ni una coma de la constitución ni de las leyes secundarias. Los sindicatos obreros amenazados de desaparecer, por alquiler o compra de sus conciencias y sus intereses cuando no a la acción de los extrañamientos y las masacres. Para ejemplo ahí están Uncía, Pulacayo y Corocero. El caballito de batalla de los republicanos, la reivindicación de Cobija, o sea el Litoral, ridiculamente fracasada en Ginebra por inepticia de los delegados ante esa Carabina de Ambrosio.

Y en este asunto quiero hacer notar un hecho importante, ya que afecta a la tradición histórica que siempre debe informar los íntimos intereses de la patria al tra-

vés de todas las circunstancias y de todos los gobiernos. Me refiero a que un día Montes pide para Bolivia a la Liga de las Naciones Arica y Tacna, y al día siguiente Bolivia mediante Saavedra aparece pidiendo a la misma Liga la revisión del tratado de 1904, o sea Antofagasta. Pues bien: a cualquiera se le ocurre preguntarse: ¿Cómo es posible que esa gente juegue así con los prestigios nacionales, ya que cree en la patria? ¿Hasta qué punto llega su dignidad nacional? ¿Ignoran esos desgraciados, que no son Saavedra ni Montes los que están pidiendo para Bolivia particularmente lo que les da a ellos la gana, según sus especiales puntos de vista? ¿No sabían que cuando se nombra un arbitro es para ir a él con una idea concreta, con una resolución definitiva? ¿Es, por ventura, que no saben, no obstante de ser doctos y abogados, que los intereses vitales de la patria, rompiendo por en medio de todos los óbices y las sombras, pulverizando las nonadas de los egoísmos políticos, por mucho que encierren una grande doctrina, deben ir derechamente a su fin, y no exponerla al ridículo mundial, exhibiéndole como a un pueblo sin ninguna conciencia de sí mismo, sin poder saber lo que él mismo necesita e incapaz consiguientemente de tomar ninguna resolución definitiva?

Indigna imaginar cómo se habrán reído de Bolivia los delegados en la Liga, al oír decir un día: —**Queremos Arica y Tacna,**— y al día siguiente: —**Ahora necesitamos Antofagasta.**— Entonces debemos suponer que ese alto tribunal se habrá dicho: —**Pero, infelices, piensen que la Liga no es una alcaldía parroquial, y que ni aun siendo se podría estar jugando así con la demanda, como niños inconscientes, pidiendo hoy una cosa y mañana otra. ¿Es que vosotros, es decir, Bolivia, ¿no sabe lo que quiere, lo que busca, lo que necesita, y, sobre todo, no sabe lo que siente ni lo que piensa? Sois un pueblo incapaz de ninguna orientación; por consiguiente, anexaos por partes de una vez a los países vecinos, con lo que ganaréis vosotros y los otros; y no embroméis más la paciencia.**—

Es lógicamente incuestionable suponer que tal ha sido el pensamiento aun'del más desgraciado representante de los demás pueblos ante la Liga, indudablemente excep-

ción hecha de los bolivianos, los que por absoluta falta de sentido práctico, ya que no son practicistas, sino idealistas, nuestros delegados, ni por sospecha ni por intuición se han dado cuenta, siendo que la primera condición del diplomático debe ser el sentido práctico, ser practicista en toda la extensión de su sentido, sin lo cual es como pretender horadar las rocas con las yemas de los dedos. Una diplomacia idealista, fantástica, es precisamente lo necesario para que se vaya al diablo[©] todo. Una diplomacia platónica es muy cursi y muy peligrosa para sí. Y hubo quienes fueron a eso, armados de punta en blanco caballeros de la triste figura. Pero **poderoso caballero es don...**

Por lo demás, sabido es que diplomático es y significa la suma astucia; es tener una gran perspicacia para no caer en las redes enemigas: ser todo lo disimulado para, si es posible, envolver al enemigo en sus propias redes. Diplomático es tener toda la sagacidad y el **dominio sobre sí mismo**, para lograr el éxito por las vías amistosas; suggestionar al contrincante para que crea que por su propia voluntad, mediante el dictado de sus propios razonamientos está ejecutando el deseo que se le sugiere. Eso es ser diplomático; y no cometer violentos desaciertos en perjuicio de los intereses que se defiende, pues que para eso ahí está el ejército: él no necesita más razonamiento que la bala, tan brutalmente.

SALVADOR (moviendo la cabeza)

Y hacerse rechazar el alegato por mal redactado...

ANDRÉS (a Ignacio)

Has dicho verdades de a puño, que diría Pero Grullo. Indudablemente que ser torpe de entendederas, enemistarse sin necesidad con todo el mundo, únicamente por sacar adelante el Yo a todo trance, como si se fuese el hacedor del universo, sin que le importe un mendrugo la patria ni nada, y todo porque se sabe escribir discutiblemente más o menos bien unos versos que no son ni prosa ni verso, me parece que no es correcto.

EL LOCO

ERNESTO

Gente que no tiene consecuencia consigo misma ni durante diez minutos es imposible utilizarla en nada práctico, si no es para los cuentos de la fantasía, porque la fantasía es el imperio de los imposibles: la poesía.

SALVADOR

Un literato, o todos los literatos, tienen la obligación de leer todo, para tener una idea de todo: consiguientemente su cabeza es una olla de grillos, y sus producciones son cosas muy divertidas para las horas de nuestros ocios.

El literato, artista o poeta en general, es una preparación especial y superficial, de puro entretenimiento, para que el público se divierta cuando esté desocupado, para el público que puede pagar, que puede hacerlos vivir. ¿Qué sería de los artistas sin los que pagan, sin los que tienen dinero, sin los acaudalados, que, al fin y al cabo, por la holgura que su fortuna les presta, son, quieras que no, los más capacitados para apreciar esas producciones. De manera que cuanto más enciclopédico sea el literato, lógicamente tiene que ser más inútil, ya que no estudia nada, entendiéndose por **estudio** el conocimiento perfecto de una materia cualquiera. Por ejemplo, tomando un caso muy sencillo: — Un buen literato, supongamos el mejor literato, pasa por una zapatería y ve que un hombre sentado está majando rápidamente un pedazo de suela en una pedazo de hierro sobre sus muslos, y que otro hombre se halla clavando estaquillas con igual rapidez en un zapato, lo que le hace hilvanar un artículo aparentemente sesudo y extenso. Si pubaca, los ignorantes de la zapatería dirán: —Qué sabio ese hombre.— Sin embargo, si este fullero se pone a majar suela o a clavar estaquillas, será la diversión de los zapateros, porque sencillamente lo echará a perder todo, y no podrá **aprender**, saber, antes de una práctica constante en tres o cuatro meses.

Así, pues, es lo más encantador cómo los literatos se atreven a disertar largo y tendido con una autoridad asombrosa acerca de astronomía, medicina, mecánica, mi-

licia, agricultura y otras ciencias que los profesionales con **estudiarlas** toda su vida, nada más que eso, siempre están desesperados de no saber; conciencia que da a su tono una modestia muy simpática. Formas sabias de especialistas, es el asunto.

RODIS

Y precisamente al gobierno se le ocurre aceptar como a diplomáticos a individuos que ni siquiera saben urbanidad y con una absoluta carencia del don de gentes; lo suficiente para echar a perder el terreno mejor preparado. Y luego quedan muy sueltos de cuerpo, suponiendo que han emborrachado de admiración al mundo entero con la ebriedad de su desconcierto. Claro que entonces todos largan la carcajada del siglo, porque la gente no es tonta que no mira, que no oye, que no siente, que no observa y analiza.

Ai respecto, me parece que cometemos el error fundamental en nuestras actividades, suponiendo que sólo nosotros somos capaces de observación, de análisis y de crítica, sin darnos el menor trabajo de prestar atención a lo que se dice de cada cosa en el pueblo: en los trabajadores de todas las escalas sociales; porque es de advertir que cada profesión encauza la atención en determinado sentido, es decir, con una fuerza y una precisión excepcionales aun en los asuntos más elevados y complicados, pero así, de modo puramente unilateral. Mas si recogemos todas esas unilateralidades, tendremos la crítica más vigorosa del todo. Pero claro está que eso requiere tiempo y paciencia y una suficiente sencillez para poder hablar con todos, con miserables y poderosos, con la misma libertad que da la simplicidad, sin lo cual pronto seríamos unos energúmenos por nada. Así, nuestros famosos delegados, porque se les ha observado su fracaso que ha embromado a Bolivia, se han puesto furiosos, insultando sin ton ni son, haciendo la diversión de propios y extraños.

ERNESTO

Eso tiene encomendar una misión diplomática a cualquiera que pasa la calle. Un diplomático profesional sabe

EL LOCO

que lo que compromete no es su reputación personal, sino que los intereses de la patria, y sacrificará ante esos intereses la vanidad de su yo. Pero un literato no busca otra cosa que su propia exhibición, ya que está en perenne acecho de todas las situaciones públicas, únicamente para exaltarse. Por eso mismo sabe que su situación es un soplo, razón por la que no le importa que se hunda el mundo, si en cambio ha conseguido personalmente **un gran golpe escénica** para su hoja de servicios. Y luego hay que oírles gritar su honor, la justicia, el patriotismo, etc., ocultando en ello toda su egolatría.

SALVADOR

Ese es el peligro de los literatos, aventureros espirituales en todos los puestos públicos, es decir, explotadores. En cambio, un político profesional, sin espumas literarias, el asunto que se le encomienda lo estudia en todos sus aspectos, defendiéndolo lógicamente con toda su pasión y con el cuidado más meticuloso, porque como profesional su objeto será el triunfo político del asunto que se le haya encargado. Los profesionales son los únicos que pueden tratar en la prensa con autoridad los artículos de fondo; después los literatos hacen bellísimos malabares con ese elemento. El profesional es, pues, el equivalente de los huesos y el tuétano y el literato hace las veces del ropaje. El sitio de un literato podrá ser la secretaría, siempre que sepa que secretaría significa guardar el secreto. Es lamentable que en el desenvolvimiento institucional ya no queda ni el sentido de las cosas.

ANDRÉS

Dices bien. Los periodistas suponen ser los orientadores de la opinión pública; pero en eso es necesario tener presente tu aserto: que el literato apenas puede saber de todo en síntesis, dos o tres líneas de cada cosa, como en un diccionario, lo suficiente como para largar una idea, siempre que las tenga, herir, hacer las escaramuzas e iniciar la polémica que luego tenga que sostenerla el profesional de lo que se trate, ya sea químico, físico, economista, matemático, psicólogo, sociólogo, músico o pintor. En

ARTURO BORDA

fin, los que se han quemado las pestañas arrancando los secretos profesionales, secretos que sólo se entregan en una larga práctica tesonera. Estoy, pues, conforme contigo, en que únicamente los especialistas tienen **autoridad** ante la gente inteligente para tratar los asuntos de fondo en tela de juicio, 3^ que el literato es pura burbuja para marear a los niños, a los jovencitos y a las chiquillas, con juegos más o menos hábiles.

Es una desgracia que las reparticiones del Estado se hallen a cargo de individuos que no tienen nada más que conocimientos generales, lo que debería estar encomendado a especialistas prácticos. Por eso no es raro ver individuos que sin ningún escrúpulo por igual sirven tanto para ministros como para porteros; hoy están de profesores, mañana de diputados, pasado mañana de militares, al otro día de ingenieros, y si se les ofrece ir de obispos, irán con la misma sangre fría; no hay cuidado; el asunto es que se les pague bien, que después mostrarán a la luz del sol su admirable **hoja de servicios y su patriotismo** a cien pesos diarios, olvidando que el que recibe paga, aun cuando sea Presidente de la República, está obligado como cualquier cargador, a cumplir punto en boca y bien el deber que se ha impuesto en cambio de su salario y sus granjerías, mucho más si se ha ofrecido sin ser llamado.

ERNESTO (asustado)

¿Y entonces qué habría que hacer respecto de todo esto?

ANDRÉS (con gran oplomo)

Defecionar inmediatamente el ejército armado, toda vez que por nuestra pobreza económica se hace imposible una contienda armada con los países vecinos. Asimismo, se debe disolver, por inútiles también, los congresos y cuantas instituciones haya de puro lujo, tales como los conventos, academias y conservatorios, porque el país no ha de vivir con sermones, música, versos y pintura, y, —presta mucha atención,— organizar muy bien e inmediatamente, el ejército del trabajo, dedicándolo muy especialmente a la agricultura, según los procedimientos más

EL LOCO

modernos, y a la pecuaria; luego a la minería, desde los cáteos; y, en fin, abarcar en lo posible el mayor número de industrias, para que el Estado pueda explotar con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo sus propias riquezas.

SALVADOR (molestado por la intención)

Ya lo creo.

ANDRÉS (con intención de herir)

Perfectamente. Tú has dicho. Entonces que no se te olvide.

SALVADOR (con olímpico desprecio)

Pero, en realidad ¿qué me importa todo eso? Por lo que hace a mí no me faltarán una escudilla de arroz y un jergón, ya que he renunciado a todo. Y en último extremo ni perros han de faltar, en razón de la profilaxia natural, para que no se pudra mi cadáver. ¿No vez que no pertenezco a la legión de esclavos de su oro y de su fama? Yo me pirro en la vida y en la muerte. Lo demás para el resto. ¿Ahora tú me comprendes, Andrés? Habla, pues, cuanto quieras.

RODIS (inquietándose por el curso de la conversación)

Y tú ¿qué dices Isaías? Desde que entramos te puse a leer el diccionario, sin decir ni una palabra. ¿Qué dices?

ISAÍAS (indiferentemente)

Que como estuve fuera, no sé nada; pero he oído decir a personas muy imparciales, que la situación actual, sin adolecer de las exageraciones de que se le achaca, es debido en mucho a factores independientes de Bolivia misma, tales como el primero, las reacciones consiguientes de la guerra europea de 1914, y que, por lo tanto, cualesquiera que hubieran sido los hombres o los partidos políticos que gobernasen el país, la situación sería invariablemente

la misma. Por lo que hace a mí, diré que también creo mismo, agregando que si los que gobiernan estuviesen [a oposición harían los mismos cargos, quieras que no; 3, indudablemente a los opositores les interesa en sumo o intensificar esa campaña a fin de desprestigiar del lo más eficaz al gobierno, consiguiendo, de ese modo, lo ; fácilmente posible, la revuelta. A mí, como digo, escosas no me parecen bien; y como quiera que no tomo silo parte activa ni pasiva, no he perdido el tiempo en riguar qué hay de cierto en eso.

RODIS (asintiendo con la cabeza)

Ya. Ya, ya. Zorro eres; pero no tanto como para ha-ae comulgar adobes. ¿Crees que no sé de tus correrías? , por la experiencia que tengo, Isaías, te aconsejo que 2 comprometes en revoluciones, como que parece ya viste sin provecho alguno, has únicamente lo que tosi mundo en casos análogos.

ISAÍAS (interesado y al parecer indiferente)

Bueno. ¿Y qué? ¿No te parece, Salvador, que él es n debe decirlo?

SALVADOR (sonriendo)

Salvador soy; y por ello mismo quien ha de decír-
soy yo, mucho más si aun eres muchacho. Mira. El
ito es muy sencillo, tan sencillo que ya no es posible

Para hacer una revolución previamente consigues :apitalista y echas el ojo a tus tipos. Y del modo más [raímente casual te reúnes alegremente a ellos, ya sean erales, Oficiales o soldados, y otros empleados públi-con quienes poniéndote al diapason ganarás su simpa-luego de ganar su confianza les propones abiertamen-asunto, es decir, el asalto al poder, que es lo que ge-lmente entienden por revolución, entregándoles la pla-«gún lo que a tu juicio pueda valer cada cual, te-do en cuenta que por lo más que se ha cotizado un riduo excepcional, ha sido, creo que por veinte mil

EL LOCO

pesos, según las afirmaciones de viejos revolucionarios de la República. Esto sin olvidar el hacerles entrever los beneficios posteriores. Para ello, muy especialmente, se necesita hablar del modo más claro posible, sin miedo a que por eso nadie te llame al campo del honor, sintiéndose ultrajado, porque, como muy justamente ha dicho Ignacio, **poderoso caballero es don dinero**, y ya que ni vos ni nadie en el mundo será capaz de decirme que los revolucionarios hacen la revuelta por amor al arte.

ISAIAS (meditando)

Pero...

SALVADOR (enérgicamente)

Espera. Efectuado el asalto y ganada la partida, si eres subalterno te arrastras y lames los pies de los superiores, aun cuando te maten a puntapiés. Esto según la experiencia incesante. E inmediatamente que pesques un puesto, ya sea en las cámaras, en los concejos, en las aduanas, en los tesoros, en las policías, en las prefecturas o en los ministerios, o donde quiera que fuese, en cuanto a los dineros que lleguen a tus manos durante los primeros meses, has de manera como si no los hubieras recibido; después, cuando medio quiera aparecer un cierto medio fiscalizador, te haces el tonto, si no eres. Y por último desde el principio al fin, cuanto asunto de interés pase por tu mano lo retienes indefinidamente hasta que el interesado se vea obligado a ofrecerte una fuerte prima; y si aun así no lo hiciera le haces sugerir esa necesidad con alguno de tus inferiores. Esto aun cuando fueses la suprema autoridad de la justicia, porque así es la práctica, y porque como eres todavía muchacho, es necesario sepas a qué atenerte, sin que tengas que pasarla de bobo en una tempestad de picaros.

ISAÍAS (boquiabierto)

Francamente yo no sé cómo...

SALVADOR

Otra cosa. Además, es urgente procurar tener a todo trance participación en todos los negocios posibles, co-

ARTURO BORDA

mo accionista liberado. Y en cuanto a los dineros que recibas invertirlos inmediatamente en giros sobre el exterior. Pero jamás se debe recibir el dinero de estas procedencias si no es en billetes fuertes y por interpósita persona de confianza.

ISAÍAS

Caramba, Salvador...

SALVADOR

Pues así, porque esa es la costumbre y porque si caes tan pelagato como cuando subiste, todo el mundo se te reirá llamándote tonto, y tendrán vergüenza y desconfianza de tus miserias. Y no dirás que nuestros ojos están cansados de ver estas cosas diariamente en todas partes. La honradez en las ideas, en el pensamiento, en la palabra y en el hecho, así como andan las cosas no es nada más que un espantasuerte, un espantabienestar y un es-pantacnfianza y respeto; en resumen, un espantacredito.

ISAÍAS (casi indignado)

Esto es tremendamente inmoral. Salvador... ¿te burlas o me insultas?

SALVADOR (socarronamente)

Piano piano si anda lontano. Y no hay que perder de vista que el primer golpe de mano con fuerza de rayo debe ser a las aduanas, a los tesoros y a los Bancos; luego a saciarse con lentitud de tortuga y hambre de solitaria, como los esposos de mujeres ricas, que después no ha de faltar tiempo para... para pensar en la patria!

ERNESTO (amonestando)

Pero... Sin embargo... ¿Sabes...?

SALVADOR

Bueno, bueno, **che.** Eso sí, porque **en el país que estuvieres has lo que vieres**, y, aunque te parezca malo el

EL LOCO

consejo, antes de que haya posibilidad de reacción, sopla a todos los vientos un huracán de espías.

ANDRÉS

Esto huele a quemado.

SALVADOR

Como quieras. Pero a todos los que han traicionado a su protector de la víspera los mandas de ministros plenipotenciarios, adjuntos, secretarios o porteros, al otro mundo, es decir, a Europa, para que no te vendan también a tí, porque **quien hace una hace ciento**. En seguida fomentarás, Isaías, el simulacro de alguna contrarrevolución, para castigarla de modo ejemplar, para escarmiento de rebeldes. Y para colaboradores a tu gobierno deberás escoger a los más necesitados y mansos, untándoles las manos, sin dejar de ofrecerles otras recompensas. Entonces hace y deshaces como te venga en gana y sin temor, porque debido a la rapidez férrea de los hechos y del estupor que provocan, los pueblos no pueden reaccionar ni organizarse. Mientras tanto ya ha pasado tu período; y que se entiendan como puedan con las responsabilidades históricas, para eso son históricas, los que vengan detrás, que a su vez no harán otra cosa que sacudir los hombros. Y asunto concluido.

EUFRONIO

Terrible es tu doctrina, Salvador. Ojalá no se te ocurra predicar así en público.

SALVADOR (haciendo un gesto de infinito desprecio)

¿Sí... ? Pero apenas es una consecuencia sintética de cien años de revoluciones: el aborto de un pueblo. En vez de escandalizarte de las palabras ¿por qué no te escandalizas de los hechos? ¿Acaso tú mismo no tomaste parte en más de una revuelta, sólo por conseguir un puesto público? Y no me has de decir que estuviste metido en esas an-

danzas por un ideal patriótico. Y si lo tuviste, ¿cuál era? Ya ves que no sabes decir. Entonces mejor es callarse, porque no podrías aportar en tu defensa ningún testimonio fehaciente y sobre todo que te justifique en la honradez de la moral patriótica, ya que no económica.

ERNESTO

Y asunto concluido, al respecto; porque tomando su discurso por lo más interesante y palpitante, te diré, Isaías, que aunque no he hurgado todavía en la historia del espía, creo que podemos deducir su origen. ¿O no te parece oportuno, Salvador?

ISAÍAS y SALVADOR (por desviar la conversación)

Sería interesante.

ERNESTO

Pues bien; observad que la desesperada angurria de apoderarse y no soltar, ya sea el imperio económico o social, agudiza la tensión supravigil del ambicioso, las que despiertan al miedo que inútilmente, queriendo indagar por sí mismo en los secretos de cada actividad, cabila noche y día; pero como quiera que el individuo es infinitamente limitado, escogita y llama a los de su ralea, en fuerza de que los iguales se juntan. Entonces les hace ver la necesidad de su propia defensa, haciéndoles vislumbrar un feliz porvenir si se multiplican urgentemente en el dominio de la más perfecta hipocresía, fingiendo todos los ideales, para oírlo y verlo todo impunemente, en la escuela y en el ejército, en el hogar y en la religión, en el comercio y en las industrias, y, en fin, en todas las profesiones, porque de su vigilancia depende su propio bienestar. Por eso el espía es e! invisible desdoblamiento del miedo de quien lo utiliza, ya que toda información se vacía en él como en el embudo sucSOR a la acción del vacío.

ISAÍAS

Dices bien. El es la causa de que dudemos del compañero, del sirviente, del confesor, del médico, del maestro,

EL LOCO

del amigo, de la familia, y aun de los niños, ya que no sabemos quién es el espía pagado por la impunidad de la autoridad que nos asestará a mansalva su delación o calumnia.

ANDRÉS (rascándose el pescuezo)

Comprendo cómo por tal fenómeno la existencia social se vuelve un suplicio insoportable.

SALVADOR (calmosamente)

Hay más todavía. El espía está atento aun a las voces confusas que murmuramos en los ensueños; de manera que no podrás, pues, ni dormir, porque entre las sombras está una sombra aleve e intangible que te observa sin cesar.

Los interlocutores seguían hablando muy animadamente cuando yo doblé la servilleta y tomando el sombrero salí de la fonda.

X

En el corredor, cerca de la puerta abierta de par en par, esta mañana, mientras yo estaba echado en cama, unos obreros vecinos se hallaban leyendo un periódico, haciendo sus comentarios, como quienes se calientan al sol. Se trataba de una circular del gobierno o del Presidente de la República, prohibiendo a los profesores y a todos los empleados de la administración a que se inmiscuyan en política. Y contaban sarcásticamente el hecho de que casi en TOS mismos días algunas empresas de las más fuertes hubieran circulado entre sus empleados la misma prohibición, con la circunstancia agravante de que imponían que se apoye incondicionalmente al gobierno. Hablaban con mucho entusiasmo.

HOMBRE PRIMERO

Pues ya ven. Como quiera que el gobierno ha echado al vuelo esas circulares, prohibiendo la libertad de ac-

ción política de los maestros y de todos los empleados de la administración, tanto como simultáneamente han circulado en las minas y en los ferrocarriles iguales prohibiciones, castigando a los contraventores con la inmediata destitución, no pude nada menos que indignarme, porque dentro de la moral del trabajo el trabajador se alquila únicamente para el desempeño correcto de su trabajo sólo dentro de la oficina y únicamente en las horas reglamentarias, sin que exista ninguna obligación escrita ni verbal en ninguna ley ni reglamento del mundo libre que pueda comprometer la independencia de criterio en su profesión de fe social, política o religiosa, menos en el libre uso de sus horas libres, no contratadas; porque eso sería atentar contra la propia Constitución Política del Estado. Ocho deben ser las horas de trabajo en beneficio del patrón o del Estado; después el individuo puede hacer de su capa un sayo, sin que nadie tenga derecho a fiscalizar sus actos ni a imponer normas y menos aun servicios e ideas políticas..

De manera que esas circulares son un atentado de la ignorancia contra la libertad a la vez que significan el principio regresivo a la esclavitud para formar un pueblo de idiotas e ilotas, de ignorantes y cobardes, de gente servil en la lucha por la vida, de gente hipócrita e incondicional al que ya no paga sino que arroja el salario: en cambio de la orfandad de ideales; en cambio de la muerte del hombre.

HOMBRE SEGUNDO (enérgicamente)

Lo primera que consagran las constituciones de todos los pueblos libres es la libertad. Un país no puede ser libre si no son sus habitantes. Digo que la libertad colectiva es la emergencia directa de la libertad individual. La libertad a conciencia en los hombres está encargada a los maestros. Un maestro no puede enseñar lo que no sabe; luego, si el profesor carece de altivez, de libertad y de voluntad, lo único que enseñará es la humillación, el miedo, la mentira y la esclavitud, todas las formas del servilismo; y si se le escapa la palabra rebeldía, la concluirá en voz baja y ocultándose, avergonzado de haberla pronunciado. Y como no hay nada absolutamente que enseñe de modo tan eficaz como el ejemplo, el alumno será fatalmente el refle-

EL LOCO

jo del maestro, porque **maestro** es el que enseña con **el ejemplo** lo que sabe y puede, el que hace acostumbrar a los individuos a una idea, a un sentimiento o acto.

Entonces, si se quiere hacer del país una patria libre, los **maestros** deben ser todo altivez, todo claridad, todo dignidad, todo voluntad, perfectamente definidos y resueltos: todo libertad y todo sabiduría.

HOMBRE TERCERO (de modo zumbón)

Eso es cierto. El cerebro, el corazón, los músculos y los nervios que funcionan libremente, revientan o se atrofian si se les oprime. Por falta de razonamiento libre, sin miedo, sin vergüenza, sin respeto a nada ni a nadie, el cerebro se vuelve ignorante; por falta del amor libre el corazón se vuelve mezquino. Es así cómo el cerebro y el corazón carecen de los grandes ideales en el sentimiento y en el pensamiento. De igual manera los músculos por falta de ejercicio libre hacen organismos enclenques, incapaces para ninguna empresa esforzada, y los nervios, por falta de libre contra^o forman del ser un ente cobarde y sugestionable, una especie de maniquí, o algo menos todavía. Así es que se ve diariamente esa gleba de individuos fanfarrones en tiempo de paz, pero que llegado el instante crítico, cuando hay que afrontar las circunstancias con resolución serena, sin alteración del pulso, con mirada inmensa, con el criterio despejado de todo cuidado, es precisamente que esos infelices tiemblan, titubean, se rinden y escapan.

HOMBRE TERCERO (burlándose)

De ahí es cómo resulta esa clase de gentes que en el ejercicio de sus empleos trabajan como autómatas, con un miedo tremendo, sin atreverse ni a alzar sus ojos de su labor, mintiendo un trabajo que no hacen, queriendo adivinar la idea del amo. cuyas órdenes sienten pesar sobre la nuca a modo de quintales de plomo, ni más ni menos que los inferiores en el ejército y en los conventos. Tiemblan ante todos, porque en cada uno están viendo un espía correveidile. Y si son empleados del gobierno se vuelven algo así como sensitivas para todo el que no está en armonía

con los intereses del patrón, es decir, del que por eso mismo arroja el salario a guisa de hueso al perro.

Pero es de verlos cuando esos infelices llegan a sus casas: se vuelven energúmenos, vociferando tanto que son el terror de su familia: la señora y los niños tienen que arrinconarse temblando; la servidumbre se pone turulata, andando de puntillas; el perro se acurruca en su caseta y el gatito ha ido a esconderse debajo del catre, mientras que nuestro tipo, imaginando haber altercado como un hombre con su amo, siente rebelarse en sí toda su dignidad humillada, y, satisfecho de haberse redimido, **in mente**, pasea de largo a largo a grandes trancazos. Mas, si para su mal se ve obligado a salir a la calle, no anda, corre como un criminal, huyendo el bulto a todo individuo independiente, a todo hombre libre, a quien no se atreve a saludarlo, menos a mirarlo, porque eso **podría** saberlo el patrón, alguien puede decírselo, acaso su mejor amigo. Así que está en peligro de perder su colocación. Y esa una idea que le recorre en calofrío todo el cuerpo, toda vez que supone imposible poder trabajar en ninguna otra esfera de actividad. Ha saltado a flor de conciencia toda su cobardía e ineptitud. Y eso a que se hubo acostumbrado tanto, ese su sueldo fijo, trabaje o no, le hace llorar al pensar solamente que de un momento a otro puede perderlo, todo por haber saludado a un rebelde, por haberle mirado a un amigo a quien quizá le debe muchos favores.

Entre tanto, el rebelde, el agitador, el independiente, el reprobado, el maldito, se está matando, de risa, en silencio, al ver las trazas de idiota y cobarde que lleva el infeliz que, para mayor vergüenza, es un burgués que por no gastar las rentas del capital de su mujer, finge ser proletario, él, que ojeando al rebelde simula no haberlo visto y huye escondiéndose de todos, cual si el mundo entero estuviese espíandole para delatarlo, para perderlo exclusivamente a él. Así el hecho que en el hombre constituye la primera forma del cadáver; y cuando el espíritu ha llegado a ese estado de anulación, las reacciones sólo pueden dar déspotas o tiranos, a guisa de **revancha** de su esclavitud anterior. Y si esos hombres son los **maestros**, pobres alumnos.

EL LOCO

HOMBRE SEGUNDO (mordiéndose los labios)

¡Hum...! No obstante yo creo que todavía esa es disculpable en gentes que por su miseria se están muriendo de necesidad, sin tener qué dar de comer a su familia, sin que por eso deje de ser un vendido el que se vende; pero, eso sí, lo que es incomprensible es cómo gente acaudalada, cuyas rentas les basta para vivir a cuerpo de rey, en la mayor libertad posible, lleguen por lo contrario a tal degeneración de valor civil, ya que no simplemente alquilan su libertad, su dignidad, sino que la venden. Entonces si no es una necesidad física lo que les arrastra a eso, lógicamente debemos suponer que es una necesidad espiritual. ¿Cuál? Pues no puede ser otra que la incapacidad de manejar su fortuna, el miedo de perderla, la duda de poder trabajar por sí mismo, la seguridad de no poder tener responsabilidades, el deseo de exhibirse ganando con el menor trabajo posible: una espiritualidad muy animal, por cierto.

Y si esa gente fuese proletaria, que no tiene más capital que sus fuerzas, que su inteligencia, que el alquiler de su trabajo, debemos deducir que dada su moralidad, que para satisfacer su necesidad material, por un mendrugo será capaz de descender a los planes inferiores del hampa misma. No, el hombre sólo llega a ser hombre en una lucha honrada, a brazo partido con la vida, arañando en las horas su pan ácimo, altivamente, soberbiamente, sin doblar ante nadie la frente ni rendir el ideal; y si para vivir cae, alzándose cada vez más rebelde, más hombre, más soberbio, más libre y, consiguientemente, con mayores derechos a la libertad: más **maestro**.

HOMBRE PRIMERO (asintiendo)

Caramba con las verdades que nos has logrado. Pues es cierto que un hombre humillado no puede enseñar otra cosa que la humillación, en su idea, en su pensamiento y, lo que es peor, en su ejemplo diario; contrariamente, un rebelde jamás enseñará nada que no sea la rebeldía, el orgullo, la altivez; un altruista, el altruismo; en cambio, un hipócrita formará escuela de hipócritas; y un ignorante

formará a bestias; un tímido, un vanal, un situacionista, títubeando y mintiendo siempre ante las expectativas de su beneficio, no puede enseñar nada más que vanalidad, cobardía, disimulo, mentira, engaño, todos los medios de acción acomodaticia. Y ellos son legión.

HOMBRE TERCERO

Y ahora basta, compañeros, porque en vez de suprimir el ejército se está suprimiendo las escuelas indígenas en la campaña a la vez que se restringe el número de escuelas de primaria, secundaria y facultades. Y es obra del ejecutivo y el congreso. Y la juventud que se precia de intelectual no asume ningún papel, siendo que suprimir escuelas es cortar por su base el resurgimiento nacional. El Estado, todos los Estados tienen el deber y la obligación de sostener y aumentar día a día las escuelas aun a través de las hambrunas y de cualquiera crisis económica; lo contraria es una regresión a la época de las cavernas. Todo se debe suprimir antes que las escuelas. Pero ahora es al revés. No comprenden, no han comprendido nunca, no quieren comprender ni pensar, que mejor que un Estado Mayor General, que mejor que una policía bien organizada y que muchos conventos, es una escuela primaria; y no importa que en favor de la milicia se arguya diciendo que es la garantía de una pacífica enseñanza. Eternamente será el soldado símbolo de la barbarie, aunque se llame César. Napoleón o Moltke, en cambio que el maestro es el porvenir, el progreso, anticipando en acción.

Yo haré al respecto un alboroto hasta lograr que me oigan, que me comprendan y que se multipliquen las escuelas. Escitas, escuelas y escuelas. Para 2.500.000 de indígenas absolutamente analfabetos se necesita en Bolivia un ejército de cincuenta mil maestros,

HOMBRE PRIMERO (sentencioso)

No te metas en camisa de once varas. A mí, por haber tomado la defensa proletaria y por la salvación de la institucionalizada misma, resulta que **El Burro, La Reforma, la Verdad y La República**, me han amenazado, dicen-

EL LOCO

do que soy un loco y que deben matarme como a perro o a palos en las calles. Y qué lluvia de anónimos para que después una noche en un callejón de San Pedro me larguen un balazo a traición. Cobardes...

HOMBRE TERCERO (golpeándose la frente)

Eso implica sencillamente que les falta cacumen y justicia para refutar, porque sólo la impotencia intelectual que no puede convencer con sus razonamientos lógicos apela a la chillería y el insulto, y si eso no basta, emprende a golpes; pero si eso no es suficiente, recurre a la bala y al puñal, el cual es uno de los métodos de discusión menos convincente. Mas, si eso todavía no surte efecto, ahí les queda todas las formas oblicuas del siglo, el asecho y el asalto en el ambiente de los Borgia y Tofana la envenenadora.

HOMBRE PRIMERO

Desgraciadamente es cierto todo cuanto se dice; y muy cierto. Y es tanto más cierto y triste, cuanto que con este último movimiento político he perdido casi todos mis amigos, sin que conmigo hayan tenido el menor motivo, directa ni indirectamente. Tal, pues, sin más ni más, como hacen entre sí las mujeres celosas, frunciendo de pronto el entrecejo me quitan el saludo, fingiendo no mirarme y huyen de mí cual si yo estuviese cargado de dinamita, yo que tuve para ellos toda la deferencia sin reservas de que es capaz un individuo sin dobleces. Indudablemente que la primera, la segunda y la tercera vez, he insistido en saludarles, después de lo cual paso entre ellos como si no existiesen; porque entiendo que después de cumplir con un deber de educación es necesario bailar al son que toquen, instantáneamente, como un timbre eléctrico; al déspota contestar con despotismo, etc. Y lo curioso es que esto me ha sucedido con todos los amigos de todos los bandos políticos.

HOMBRE SEGUNDO

Justamente. La familia y la amistad las tratarán así, todo por su platito de lentejas logrado o en perspectiva. Y

¡ay! si lo pierden. Pobrecitos. No hay que hacerles caso, porque aunque sean las personalidades más prominentes sus almitas son mostacillas.

HOMBRE TERCERO

No tienen más remedio que obrar así si se someten al mejor postor. Pero lo malo es que si es el Estado, a sus oficinas van a aprender, estropeando los procedimientos de la administración; todo lo que tienen que hacer es obedecer las órdenes de los odios políticos.

Es una cosa vergonzosa el espectáculo de las con-ciencias en el mercado.

Hay que salvar a la juventud del porvenir.

*

En eso me había dormido.

XI

Mes y medio después. Iba una tarde, al anochecer, por los alrededores de la ciudad, cuando vi que salieron de una casa unos cincuenta jóvenes que de dos en fondo -se fueron en dirección al cementerio, charlando casi en voz baja. Como quiera que yo había fijado mi ruta precisamente por donde ellos iban, y con la circunstancia de que llevábamos el mismo andar, fui detrás de los últimos, cual si yo también compusiese la comitiva. Hablaban más o menos en estos términos:

CESÁREO

¿Dices, Eufronio, que el canciller se llama Ricardo Jaimes Freyre y que el diputado interpelante es Franz Ta-mayo, y que la interpelación ha durado mucho tiempo?

EUFRONIO

Así es. Y a propósito, creo que la nota máxima hasta aquí del gobierno republicano sea el tremendo fracaso

EL LOCO

en política de los hasta hoy más notables poetas nacionales, según afirman los entendidos. Y ciertamente que como a poetas los leo con mucho agrado, a pesar de que Ta-mayo se deshace ofuscando la idea en sutilezas idiomáticas, no obstante lo cual logra con frecuencia los tics del gran arte. Pues ahora quisiera hablar de Reynolds, Capri-les, Villalobos, Guerra, Sainz, Bedregal, Lira, Ruiz y otros. Ya tengo al respecto adelantados algunos estudios en los que figuran poetisas como la Zamudio, la Quiroga y muchas otras mujeres intelectuales, trabajo del que quiero hacer algo sesudo. Pero de los primeros, lo dicho.

CESÁREO

Pues a pesar de eso los dos ya son cadáveres políticos para siempre. Y al fin no podía ser de otro modo: dos poetas que con inconciencia de niños, creyéndose la perspicacia misma, se maten de porrazo en el tejemaneje endiablado de la política internacional, jugando a cartas abiertas, como en los cuentos, claro que cayeron a manera de moscas en la telaraña. Es horroroso el asunto.

EUFRONIO

Sí, es terrible; pero ¿bajo qué punto de vista?

CESÁREO

Bajo el único punto de vista en que puede ser triste, tratándose de dos vates que luchan, suponiéndose cada uno el sumum del político y que así hicieron la diversión del público durante una quincena, convirtiendo el hemiciclo parlamentario algo como en pista de circo a la hora de las petipiezas. Aquello ha sido tremendo: desde el hombre más sabio al más necio, todos se han dicho al unísono: —En fin, ¿qué hacer si son dos poetas?— Y de ese modo ambos han sido unánimemente perdonados por el país, en virtud de esa conciencia que la gente posee acerca de la irresponsabilidad casi insana de los artistas, sien< do que cuanto más artistas, es más insana, no obstante que el fracaso de las negociaciones de los derechos nacionales de la Liga de las Naciones ha puesto en ridículo el honor de la patria.

EUFRONIO

Eso es verdad. Pero es menester considerar que la tal desgracia no es del todo debido únicamente a los que quizá con el doble de fuego que pusieron en sus odas y poemas, aunque el asunto sea distinto, sustentaron los derechos patrios umbilicales en el asunto del puerto. Para mí, todo intento de reclamaciones en este orden de cosas es absolutamente inútil, mientras que Bolivia no sea una gran potencia económica superior a Chile. De manera que por mucho que fuese Dios mismo quien aceptase a su cargo la defensa boliviana, nuestros extemporáneos afanes irán por tierra, por eso, por extemporáneos, entendiéndose por tal nuestra pobreza franciscana.

Y por esta causa que no depende de la voluntad ni de la negligencia, no es ni puede ser imputable a ellos la derrota de sus esfuerzos, ya que en tal resultado adverso no sólo intervienen, en calidad de factores primordiales, la impotencia económica y otros de orden puramente internos, sino que es también la conflagración de toda esa inmensa trabazón de intereses creados internacionales, más fuerte que la autonomía de los pueblos; de manera que los defensores de Bolivia, si me permites la comparación, se hundirán siempre en fuerza de su naturaleza, como una débil falúa sin lastre, zozobrando al ímpetu de los aquilones del interés y de las tronantes olas de la pasión.

¿Qué culpa tienen, entonces, pues, de aquel naufragio de la nave y sus tripulantes? ¿No es acaso la naturaleza misma de las condiciones ambientales que los echa a pique? ¿Y no es heroica y hasta sublime la desesperada lucha de esos atrevidos nautas, aun en la suposición de ser simplemente por el exhibicionismo ególatra? Así es de glorioso el fracaso de nuestros dos poetas en las borrascas del infortunio nacional, luchando contra los elementos y la voluntad de otros pueblos enemigos en virtud de la necesidad de su propio progreso.

CESÁREO

También eso es cierto. En la emergencia de esa otra frase de la verdad, deseo que la derrota en tales circuns-

EL LOCO

tandas adquiriera en ellos el dolor de lo trágico por el ridículo que hicieron inocentemente, para que su muerte política eclosionara en poemas inmortales, es decir, en algo que pueda sobrevivir al pueblo mismo y dar, en fuerza de la belleza, en un porvenir más o menos lejano, el testimonio de la existencia de una nación llamada Bolivia, acaso cuando ya ni se sepa el nombre de los demás pueblos, tal vez si cuando después de un cataclismo, igual al de la Atlántida, se salven de la América, dispersas en el mundo, sólo sus obras de arte. Estoy, pues, desesperado de oír el canto de los cisnes: yo mismo, a trueque de ser atacado, les heriría de muerte no más que por oír su postrer cantar.

*

Eso decían cuando la comitiva pasaba por la puerta de casa. Yo, sin dar mayor importancia a la conversación, me fui acostar, pensando en que aun lo más insignificante puede sugerir un mundo de ociosas digresiones.

Y como eternamente aquí entre las gentes será igual, dadas las bases de su educación recibida por el ejemplo diario, de hoy más por siempre, no quiero saber nada de nada: pondré un infinito insondable entre ellos y yo.,

XII

Ocho meses después.

Quando el malestar general acrece aparentemente sin medida ni esperanza de término, amenazando una ruina completa, entonces a pesar del propósito más firme para no deliberar acerca de los destinos de la cosa pública, nos vemos forzosamente arrastrados a hablar en defensa de la propia conservación, ya.

Tal éste caso.

Ahora se impone anotar siquiera sea someramente las palpitaciones del momento.

Así, pues, comenzaré diciendo que es incuestionable que por miedo a la responsabilidad histórica no deje de tener el nuevo régimen, en forma de floración de sus virtudes, como todos, en una especie de lucidez, sus buenos propósitos para el desenvolvimiento correcto de la administración en sus varios aspectos; mas, también es innegable, que sus errores son muy graves.

Desde luego, en cuanto tengo visto y comprendido, no sé cómo encontrar nada más falto de sustento en la opinión general que el presente gobierno. Da pena: lo más representativo del país —según los opositores— ha hecho en torno suyo un vacío angustioso, por lo que andan preocupados, buscando desesperadamente en vano la colaboración de los más competentes; pero les sucede nada más que lo que pertendían hacer con el régimen caído.

Causa lástima este país lleno de rencillas y rencores, siempre por la misma cosa, sin que nadie haga nada por salvar la nacionalidad del abismo en que van precipitando a la patria, unos y otros.

Veamos cómo.

La instrucción es tan pésima, los profesores y los maestros tan incompetentes, los tribunales examinadores tan ignorantes y condescendientes, que al fin los estudiantes se reciben de profesionales, y la experiencia les demuestra prácticamnte que no han aprendido nada en tantos años desestudio, por lo que se ven obligados a recomenzar autodidácticamente, pero con todo su consiguiente acompañamiento de deficiencias. De ahí el profundo reconocimiento de su ineptitud que pretenden ocultarla a fuerza de autoritarismo y verbalismo. Pero todo eso viene desde antes de la República. Mas, esto sólo se refiere a los más preparados; de los otros, en consecuencia, no habría para qué hablar, sin embargo se impone decir algo en su obsequio.

Por lo anotado se verá que los nacionales para subsistir no hacen nada más que esperar las dádivas del que se presente y presta a regir el gobierno, a cuyas órdenes

ponen voluntariamente su conciencia en la más repugnante y menguada de las esclavitudes, en aquella por la que no puede ni tiene derecho ninguna fuerza humana para intervenir, ya que se someten de **motuo proprio**.

Yo sé que en los pueblos en donde existía la esclavitud, los hombres libres vendían a los esclavos, pero aquí es el hombre esclavo de sus impotencias y cobardías el que se vende, y vende lo último que el individuo puede rifar: su libertad de opinión, aquello por lo que se ha supuesto el hombre el Rey de la Naturaleza.

Así es, según he visto en las diversas escalas sociales. No obstante, es menester considerar que es el pueblo que habiendo salido extemporáneamente y en manada del vasallaje, sin hábito ni preparación para el ejercicio de su libertad, instituyó la República, sin antes haber consultado su propia naturaleza, sujetándose a leyes transplantadas de civilizaciones, de épocas y pueblos diversos. De ahí debemos deducir que lógicamente la República no es otra cosa que un simple ensayo, o, más propiamente dicho, una pretensión de ensayo, toda vez que en cien años de asaltos de mando no se ha logrado instituir la República ni por diez años.

Se convoca y disuelve congresos, según conviene al gobierno. Ultimamente se ha nombrado un gabinete provisional, incrustando en él a un alemán en el Ministerio de la Guerra, a un extraño mal visto por tal causa por las legaciones, por el pueblo y por el ejército, y sin los requisitos necesarios que para tales casos prescribe la Carta Magna, como es la nacionalización del individuo con cinco años de residencia continua, por lo menos. El es quien ha organizado el espionaje alemán a base jesuítica, según afirma la opinión pública.

Hubo también un Ministro de Hacienda, que quería sacar más dinero del Banco de la Nación; supuso que los depósitos del público en los Bancos están guardados en los sótanos, pagando los consiguientes intereses por el gusto de pagar, y en consecuencia de tal razonamiento quiso sacar inmediatamente aquellos dineros que así rezan

en los balances, sin querer comprender que los depósitos están en constante movimiento, ganando los correspondientes intereses. Este hecho nos trae a la memoria una célebre anécdota del tirano Melgarejo, quien necesitando con urgencia unos miles de pesos para pagar a su tropa, llama al Director del Tesoro Nacional y le pide plata; y como quiera que el Director le contestase que no había, Melgarejo le pide los libros. Le dan. Y al ver en letra gorda, DEBE, HABER, se enfurece, increpándole así: —Aquí dice que debe haber. ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho usted de ese dinero? Usted me entrega inmediatamente.— Y no quería comprender que no había dinero, y que más bien el DEBE y el HABER acusaban déficit; de manera que no tuvo más remedio que ir a conseguir un empréstito.

Pero algo de lo verdaderamente notable es cómo disponiendo el gobierno del más fuerte empréstito nacional de que se tiene noticia, sea puramente consumidor, desapareciendo en menos de seis meses, aunque también, en parte, es verdad, en cancelación de las deudas heredadas del régimen anterior, pero contraídas en veinte años. Razón por la que se recarga al pueblo con los impuestos proyectados anteriormente y que fueron censurados de modo acre por los del régimen actual. De ahí que deje impagos a sus propios empleados que no forman su ejército de espionaje.

Es muy divertido este gobierno. Su afán principal es extrañar de la República a todo cuanto opositor liberal puede, valiéndose del más nimio pretexto, estrellándose contra la altivez estudiantil y contra la juventud, a la que precisamente se le debe encaminar con el más abnegado ejemplo en las más altas rebeliones del pensamiento y de la acción, si se busca verazmente un glorioso futuro nacional. Gobierno que tiembla y se encoleriza porque los contrarios tratan de hablar alto y claro, analizando la situación, previendo las consecuencias. Con tal motivo ya no se cierra a herraje las imprentas, pero inmediatamente se aprisiona y extraña a los escritores. De manera que en cuanto a esto el resultado es el mismo, con la diferencia de que antes se les dejaba gritar hasta cierto tono.

En cuanto a los asuntos internacionales se ha puesto francamente contra sus propias prédicas, reduciendo toda actividad a meras escaramuzas dilatorias, ya que día a día la miseria fiscal adquiere alarmantes proporciones, por cuya causa en el mismo día de la revolución pidiera Chile a su furibundo enemigo Saavedra el reconocimiento y respeto de los tratados, Saavedra, el irreconciliable revisionista y reivindicacionista, el energúmeno censor de esos mismos tratados, inmediatamente y sin discusión reconoció, garantizando la legitimidad pedida, sin lo cual tampoco hubiera respondido a la política revolucionaria. ¡Claro! ¿Qué le importaba si ya era el amo de la situación? Por lo demás, resulta siempre un ejemplo edificante, del que Chfe mismo puede sacar una gran ventaja, diciendo: — Pero ¿cómo pide éste gobierno la revisión de los tratados, si él mismo, el 12 de Julio, los ha reconocido, obligándose a respetarlos?— Al dar el primer paso ya estaba presa la política de sus grandes internacionalistas.

Luego había que ver ese asalto de marmotas al poder.

Por esas y otras causas, los hombres medianamente preparados y que ayer no más eran gobierno, restan naturalmente su concurso al nuevo régimen, quedando únicamente en su puesto los que esperan que los echen a puntapiés o los toleren a condición de su silencio y sumisión. Política muy corriente. De ahí que la administración esté manejada por perfectos ignorantes, ya que cada cual obra solamente como le es dado entender o como buenamente puede, cuando tienen voluntad de **hacer carrera**; pero de modo general desempeñan sus puestos sin preocuparse un ápice de su corrección, esperando ser removidos cuanto antes. De esa suerte unos tras otros. Se comprenderá, pues, fácilmente, que en tal situación los archivos han quedado hechos verdaderos basurales, dando, consiguientemente, en tesorerías y aduanas, las facilidades más grandes para lo que ya se comprende: lo inherente a una revolución.

Pero de todo lo que sucede y sucederá no son los gobernantes los únicos responsables, si ellos hasta cierto punto son la imposición del medio ambiente formado por la instrucción más insipiente, de la insipiente totalidad de los

ciudadanos. Yo he visto, yo que he convivido con el alma de cada escala social, aguijoneando sus ideas y disécelo-nando sus pensamientos, he visto y sentido que no tienen ninguna idea de patria, de su origen, de sus deberes y rum-bos, si no es no más que una especie de azoramiento. Sus pensamientos son por eso imprecisos y vacilantes: de ahí su absoluta falta de valor para resolverse concientemen-te a nada; de modo que si se ven precipitados en alguna dirección, sorprendidos pronto por la conciencia de su impotencia, titubean, balbucen y retroceden, para quedar nuevamente en su incertidumbre de siempre, juguetes del albur, colectiva o individualmente. Esto llega a tanto, que he podido comprobar mil veces el hecho de lo inútil que es espolonear a las gentes para que rompan sus timideces y discernan por sí mismos.

Y eso únicamente en cuanto al pensamiento, que por lo que hace a lograr su acción libre, es algo para reven-tar de cólera, porque es imposible: no saben o no quieren ser por sí lo que les interesa ni es urgente estar a las ór-denes de alguien o de algo, porque carecen de la confianza en sí, en lo que saben y en lo que pueden. Si se ven obli-gados a hablar siquiera, tiemblan ante las orejas y los ojos de los demás, ruborizándose al oír su propia voz; entonces, avergonzados, no quieren hablar, no quieren pensar y no quieren ya ni siquiera moverse, acaso temerosos de que su automatismo les sorprenda con la acción de lo que se atreven a pensar en el fondo de sus cobardías, ellos, los ciudadanos libres. De esa manera estrangulan en su origen su libertad y sus rebeliones, recayendo, por tal manera, en la servidumbre fatal, tristemente sumisos en lo más pro-fundo de sus secretos. Y si alguien de entre ellos se rebela, saliendo de sus filas, alzando altivo su frente al sol, con-quistando penosamente su condición de hombre, la mes-nada le compadece calificándolo de pobre y animal si na de loco, porque ese hace sonar en sus largas orejas un len-guaje que les quema la conciencia con el fin de que se al-cen, elevándose en su propia dignificación.

De ahí se desprende que la totalidad esté constante-mente manejada por el primer ambicioso audaz. La prueba incuestionable, repito, es que en cien años la República aun

no puede constituirse definitivamente. Mas, esta responsabilidad es de todos los gobiernos, a quienes siquiera sea meramente para el efecto histórico sería necesario procesarlos; pero es cierto también que la sanción recaería sobre cada uno de los ciudadanos: pues de tres millones de habitantes que aproximadamente tendrá Bolivia, dos millones novecientos ochenta mil deben ser indígenas absolutamente analfabetos, sin ninguna idea de nada, entre los cuales se debe contar también los niños, los viejos y las mujeres y los mestizos y un reducido porcentaje de extranjeros con muy escaso bagaje de conocimientos y mucha conciencia de superioridad, indudablemente, con muy escasas y honrosas excepciones. De entre los veinte mil restantes serán quince los que ejercen su profesión a la buena de Dios; tres mil que viven a guisa de corchetes; dos mil, de sus rentas, y, por lo tanto, indiferentes, siendo mil, más o menos, los suficientemente audaces que con algún rutinarismo y demasiadas pretensiones se sienten capaces para manejar las distintas reparticiones de la administración, por lo que son los empleados exclusivos y vitalicios, después de una especie de vacaciones en cada cambio político.

Aquí viene bien apuntar también que los gobiernos a fin de favorecer a sus parciales, por cuanto medio está a su alcance, invariablemente hacen toda la guerra posible a los profesionales que militan en las filas contrarias, quitándoles cuanta clientela les es posible, a fin de que, ya que carecen de la suficiente independencia económica, abduquen reducidos por el estómago, debiendo consiguientemente perecer en la miseria los que sostienen heroicamente la bandera de su ideal. A uno de ellos le oí decir, no hace mucho tiempo: —Si toda esta amargura que me mata lentamente pudiese hablar su lenguaje, no habría corazón indiferente. Sí, porque cuando se sufre y no se tiene mendrugo que dar a las amorosas boquitas que nos piden pan, cuando se han agotado los más nobles esfuerzos y sentimos llegar segura la muerte con todo su cortejo de miserias, no ya para nosotros, sí que más bien para los nuestros, exánimes en su hedionda desnudez, abandonados de toda esperanza en una honorable reacción, vemos pasar a las gentes satisfechas, desbordando su alegría de vivir,

entonces sí que se siente envidia, rabia, cólera y deseo de matar, tanto más cuanto que es mayor nuestra debilidad aun para pestañear, y pensemos satisfechos en la dinamita, imaginando ver volar despedazados a todos, a pesar de esta herencia maldita de cobardía...— Pero yo le oía como si estuviese lloviendo, porque ya he perdido la fe en los hombres.

Bolivia es inepta para subsistir como República, así como la mayoría de las republiquetas americanas. Gobiernos y oposiciones malos.

Y ahora, por el vacío social —de la oposición— en el que se hallan envueltos los del régimen, quiero considerar su situación en lo que es y en lo que significa para ellos que necesitan de la ayuda de la opinión pública. Así, pues, siendo de urgencia imprescindible sentir casi de un modo táctil un punto de apoyo reconfortante en los corazones, tropezar en cambio con el hiriente hermetismo de las bocas y el burlesco soslayarse de los ojos; y cuanto más se indaga dónde asirse, hallar en torno únicamente un silencio y un vacío cada vez mayores, que van socavando los sitios más roqueros, es anonadador. Entonces los abandonados se saben algo así como sin eco, sin reflejo ni sombra, y sin luz, palpando desatentados en la sombra vacía, cayendo, en consecuencia, de tumbo en tumbo, en perfecta desorientación, ya que siente que en todas partes los cerebros y los corazones huyen de su contacto igual a los nervios ante una descarga eléctrica.

Por eso los aislados, entre alaridos de impotencia y pensamientos de venganza, sienten borbollar en su sangre la cólera. Tal nace el despecho, el mejor consejero de las violencias extremas, en las que pagan justos por pecadores. Pero por eso mismo el silencio y el vacío arrecian, alzándose, para caer en avalancha deletérea e incontenible. Esa es la eterna historia, porque el despecho emborracha y desespera, precipitando a los hombres en un perfecto sonambulismo, en cuyo estado el vigor de las imágenes les hace creer que son más de lo que son, en fuerza del contraste con la nada que les rodea, suponiendo neciamente, por ello, que el infinito mismo no les basta. Es así cómo se hallan perfectamente incapacitados para comprender la

magnitud de su soledad. Mas, en sus breves lucideces el terror les hace imaginar mil veces mayor su aislamiento, y entonces son las tribulaciones de su sangre y de su conciencia, el ahogo de sus desesperados gritos en una especie de largo estertor.

De ese modo, extraviada su razón, hoy juzgan sucio y menguado lo que ayer no más adoraban como grande y puro. Han perdido los índices de la verdad y de la justicia, vociferando a voz en cuello y casi simultáneamente los conceptos más contrapuestos, reforzándolos con sus correspondientes razones, toda vez que aun el absurdo es lógico con sus causas y sus fines. Por tal manera descubren, aun para el menos avisado, el ilogismo en que viven, impulsados por el despecho, esa especie de locura semifuriosa, propia de almitas débiles, incapaces de sobrellevar con hombría sus pequeñas tribulaciones, siendo que la representación del hombre exige ver con clara serenidad, y, sobre todo, con precisión matemática el curso de los acontecimientos. Es decir, con la altura a que está obligado a presentarse el que pretende ser el Rey de la Naturaleza y no un simple payaso.

Por eso es mejor ser un pobre diablo libre y sin ambiciones inmerecidas e imposibles, ferviente devoto del Conócete.

La verdad no es elogio ni censura, es simplemente la verdad y está en el individuo más hondamente que en los secretos públicos; no constituye ni honra ni baldón, pero en el concepto de la moral humana, para la conciencia de cada individuo, según sus actos y según distinga el bien del mal, se sentirá exaltado o cohibido en las revelaciones de su más absoluta soledad. Luego quiere decir que proclamar la verdad equivale a establecer la justicia, contra la que no existió ni existirá conciencia que sea capaz de rebelarse. Además, es necesario notar que la verdad, en el concepto humano, no viene de fuera a dentro sino que va de dentro afuera, como que es la más pura filtración del discernimiento.

Era necesario aclarar esta idea por la circunstancia del miedo pánico que tiene el gobierno a las revoluciones,

sin comprender que las conmociones puramente políticas, si no es posible evitarlas, es por lo menos fácil paliarlas; pero cuando el malestar económica ataca de raíz a los pueblos, en sus necesidades individuales, y sin que haya esperanza de reacción inmediata, entonces las revoluciones son absolutamente inevitables, a pesar de todo, llevando en sí y en su justa medida el desquite de toda fuerza natural que revienta. Así, pues, los necios violentos cosecharán el abuso de sus deficiencias o extralimitaciones. Las represalias constituirán, por tal manera, en los instantes de la revuelta, y más allá, un aspecto de la justicia.

De manera que quien haya abusado en el poder, no debe temblar al considerar lo que sucederá, si lógicamente se deduce desde ya lo que será por lo que hizo. La existencia está estrictamente regida por la ley de la oposición o sea de los contrastes, y consiguientemente, de las compensaciones. Nada hay que instantáneamente no origine su fuerza contraria. El primer acto de opresión engendra la necesidad de rebelión. Los hombres tienen necesidad de saber esto muy bien, para no cometer desaciertos a cada paso.

Por eso es necesario considerar siempre de modo previo lo que se piensa, considerar lo que se siente, considerando cómo se obra, para luego no tener que estar viendo la manera de disculparse, de lo que tenemos tristísimos ejemplos y de los valores intelectuales más seleccionados, bien es cierto que no seleccionados por un proceso natural, igual, por ejemplo, al de las piedras por las aguas en los ríos, donde la arena es echada a la orilla, quedando en la fuerza de la corriente los grandes pedrones, porque cada peso es la resistencia de su correspondiente fuerza o corriente.

En resumen: decidirse inflexiblemente siempre en el más recto sentido de la justicia, sin mentir jamás, es lo que da la autoridad moral al individuo: infunde confianza en los demás, y, consiguientemente, el respeto y la obediencia, aunque el hombre sea un descamisado.

Tales son las ventajas de la honradez.

Sin embargo, en el régimen saavedrista hay algo que no puedo precisar y que se halla fluctuando entre lo que merece elogio y lo que merece censura.

Y ahora, para concluir amablemente estas páginas, apuntaré un recuerdo de mis mocedades.

*

Yendo un día la calle oí cantar a dúo **El cóndor pasa**. Me detuve ante una ventana. A través de sus rejas vi una jugosa obrerita que dejando su costura leía una misiva. Al mirarme, sorprendida, escondió la carta debajo del alfombrado; luego hizo un encantador mohín, contestando al guiño que le hiciera, pensando que la mirada es el primer juramento de la sangre. Mientras tanto ella sonreía tajando su mirada en mi deseo, cual si hubiese comprendido mi pensamiento, por lo que pasando de largo la devoré en una última ojeada.

Esa misma noche escribí:

Linda, la más linda chiquitina que mis ojos vieran, recuerdo que ayer, haciendo coro a tus cristalinas carcajadas, rumoreaba su exótica armonía El cóndor pasa, viniendo de algún fonógrafo a la sordina; después, cimbrando obsesora tu ágil talle, arqueaste alegre tus cejas a modo de dos arcos de ébano, disparándome la picaresca cosquilla de tus claros ojos bañados en juguetona intención, mientras que tu linda boquita sonreía ofreciéndome dos hileras de blancos dientecillos, en tanto que tu lengua relamía sensualmente en tus labios escarlatas; en seguida nos sentimos atraídos a un abrazo singular, para bebemos el alma en un beso profundo y bárbaro; pero ya concluía la extraña armonía, helando en su silencio nuestra soledad.

Y pasé de largo, tristemente.

Así, pero la rompí la esquela; sin embargo, la muchacha está verbeneando en mi recuerdo a modo de una constante promisión, como queda en el recuerdo la imagen de toda bella.

¡Oh amada!, no te puedo ofrecer nada mejor que la
ansias que suscitas en mí.

*

Hecho este amable paréntesis, hagamos también la

SÍNTESIS

tal como la república opositora la entiende y sabe la independiente.

Comencemos diciendo que ya no es extraño el que la ambiciosa vanidad los pierda a los hombres; lo que sí es cuestión de análisis es cómo los pierde. Pero éste no es un análisis, sino que una síntesis.

Cuando Saavedra mandoneaba en la oposición, su caballito de batalla era la libertad, cuando no la integridad nacional, exigiendo, en todo tiempo y en toda forma, la honradez en la administración; pero para el desprestigio de sus prédicas, pronto llegó al gobierno, anunciando cómicamente que sus actos serían su programa, es decir, que no se comprometía a nada, o, lo que es igual, a salga lo que saliere, ya que sólo iba a dar cuenta con lo obrado, y que él iba a enseñar a gobernar.

De tal modo notificados, los opositores empezaron la más estricta fiscalización, la cual iba comprobando la ignorancia del régimen, sumando diariamente toda naturaleza de atr operes; para salvar de cuyo atolladero hurgó activamente el asunto de la reivindicación del litoral, sin embargo el pueblo se sonrió dando espaldas al asunto.

Por tal manera burlado su empeño de suscitar inconvenientes que preocupen hondamente la atención pública a fin de disimular el hundimiento nacional, es decir, para que la gente no se diera cuenta cómo se descompone y desaparece la patria, aquella que con Sucre y Bolívar surgiera autónoma y libremente soberana a trueque de torrentes de sangre de los protomártires de la independencia; para que nadie vea, digo, cómo sin verterse ni una go-

ta de sangre desaparece esa patria, sorbida por los intereses del desproporcionado empréstito Nicolaus.

Y se preguntan los más: En situación tan grave, ¿dónde están los patriotas? Porque, en verdad, hay algo que no se combate con razones, cuando es necesario recomenzar la guerra de la independencia, cuando se hace urgente caracterizar nuestro propio cáncer. Pero efectivamente parece que ya nadie se da cuenta si no es de las minucias que flotan a raíz de los hechos. Y ellos desde el exilio están empecinados en no ver un solo aspecto, el único del que todos hacen preterición, el cual es que Bolivia ya no existe, porque apenas si ya es una miserable colonia, y no siquiera de la Unión del Norte, no, sino que simplemente de unos dos o tres capitalistas yanquis. —¿Cómo?, se preguntarán. Pues del modo más inocente e imbécil, toda vez que no puede ser de otro modo. Al contratar un empréstito que no guarda ninguna proporción con los rendimientos de la cosa hipotecada; siendo, además, el empréstito puramente consumidor, lo más ilógico imaginable, para cuyo servicio, por mucho que redoble el pueblo el sacrificio, contribuyendo con el céntuplo de impuestos.

Y como quiera que los negociantes yanquis, como hábiles mercaderes, no pueden ni deben dejar de percibir el monto de sus ganancias estipuladas con la ignorancia financiera del régimen, han mandado desde ya, de acuerdo con el Presidente, comisiones de yanquis para que se entronicen en la administración, fiscalizando las aduanas y los tesoros. De donde resulta que si a los tales comisionados se les antoja pagar o no tales o cuales partidas presupuestarias por la ley. el gobierno asiente punto en boca. Bolivia ha perdido, pues, su soberanía económica y con ella todas sus demás libertades, ya que todo el mecanismo institucional, y todo, gira al impulso del engranaje financiero, ahora y siempre, aquí y en todas partes, se quiera o no se quiera, y en cualquier forma de gobierno que se imagine.

Con este motivo es preciso notar que cuando la con-
quista nada obligaba moralmente a la América ante el

conquistador; mas hoy es el propio gobierno republicano, precisamente cuando llega a llamarse así, el que hipoteca usurariamente la soberanía moral y material de una República libre y soberana, para que si puede pague los insatisfacibles réditos que irán acumulándose a semejanza de la clásica bola de nieve, en una especie de interés compuesto, respecto de los millones desaparecidos al igual de la lluvia en los arenales; pero como esas mismas aguas trasudadas en los bajíos producen los alegres y fértiles oasis, ya aparecerá ese oro en la satisfecha abundancia de los sedientos de la víspera. Lo de siempre. Mientras tanto, la influencia yanqui irá avanzando cada vez más en todas^ las actividades, manejando confiada y audazmente la política internacional e interna.

De esa suerte Bolivia, en su centenario, con el gobierno republicano, deja de ser Bolivia soberana y libre, entrando de lleno en la más infame esclavitud económica. Al lado de tal situación son juguetes de niños ciegos el asunto tan líricamente cacareado del Pacífico y de todas las desmembraciones territoriales con que se entretienen bellamente los interesados en el manejo de la cosa pública. Es por ello que imaginan ver en los extremos de un siglo a Sucre y Saavedra, ante un campo de desolación.

En estos instantes de honda y aguda crisis en que el destino parece querer probar el espíritu patriótico del pueblo boliviano, quisiéramos sentir salir de los más profundos repliegues de la conciencia nacional un verdadero sentimiento de hegemonía patria, fortaleciendo de raíz mismo una fe inquebrantable en nuestros altos destinos de pueblo, de estado, de nación y de patria; que en un propósito unánime desaparezcan esas siniestras carcomas de regionalismos y banderíos, porque para ser patriota no ha menester filiarse en bandos en pugna de lucha fratricida a despedazar la patria, a consumir la nacionalidad. Señores, siquiera por ensayo, siquiera y aunque sea por burla, ensayemos todos a salvar de consuno a la patria en su hora de prueba.

Dije. Y aunque mi cerebro estaba en una enorme perplejidad, pude distinguir claramente una formidable

carcajada que se estaba ahogando en lo profundo de mi conciencia.

Pero, no obstante de que son así las respiraciones ambientes, sé también que las fuerzas vivas, aunque se hallen agónicas, siempre tienen sus reservas naturales, reaccionando constantemente, sin hacer notar cómo ni por qué, siendo caídas y reacciones su avance, y más en el infante gataer de los pueblos, cuyos días se cuentan por siglos.

Tal siento que la patria habrá de salvarse, no sé cómo ni cuándo; y con la triste experiencia, secular ya, en los siglos venideros sabrá tonificarse en un rápido y gran progreso, en cuya esperanza pongo todo el dolor a todos y cada uno de los ciudadanos a que individualmente y aunándose, se esfuercen en contribuir a la mayor grandeza nacional, formando verdaderamente patria, teniendo presente que toda colectividad es lo que son los individuos en mayoría.

Y por lo que hace a los gobernantes futuros, quiero decir algo para su bien personal y el éxito de su empresa.

Así como es imposible subir a las cumbres sin dejar de tropezar, cayendo mil veces, rasgándose las carnes en las zarzas y rompiéndose los huesos en los guijos, sin dejar de ponerse a la espectación de los que se hallan en los bajíos neorámicos, ni dejar de ser azotado por los vientos, tostado por el sol y calado por la lluvia y las nieves; así como para dominar los más lejanos horizontes se trepa las más agrestes cimas, indiferente al sol, al viento, a las rocas, a las zarzas, a la lluvia y a las nieves, resistiendo a nuestro propio corazón que quiere reventar; de igual manera en la conquista de las cúspides intelectuales y morales, en lo social, político o religioso, es necesario ascender indiferente al azote de las pasiones en todos sus matices, porque como los guijos, las zarzas, el sol, los vientos, la nieve y la lluvia, son fatales por su propia naturaleza, por su condición esencialmente humana, muy humana: es el precio con el que se con?pra el derecho a mirar y comprender los grandes horizontes.

Así que derecho por derecho, hay que ascender en silencio, y sin odios ni miedo, ya que eso está dentro del orden justo y natural de las compensaciones; pues los de abajo sufren el golpe efectivo de los guijarros que ruedan a consecuencia del andar del que sube, a quien solo llega el vocerío de los heridos. Luego sépase que para orientar, dirigir y gobernar, sólo el amor, la piedad y la caridad con un gran esfuerzo de comprensión pueden conducir a lo mejor, y que todo martirio, todo sacrificio, purifica, y que no se sube a ningún Cáucaso ni a ningún Gólgota sin un ideal, así como no hay ideal que no sea en sí un broquel contra todo golpe del infortunio. La incompreensión de éste sentido hace de los hombres, tiranos, y cuanto más íntima sea su comprensión, formará redentores. Eso deseo de todo corazón para las autoridades de mi patria, en quienes sólo se pretende ver sus errores y sus vicios; pero si quieren vivir en paz consigo y con el mundo, que se aparten en silencio a la soledad.

Ahora, sepultado un siglo de infortunios, emprendamos rumbo hacia la nueva patria.

El futuro nacional depende del esfuerzo honrado de cada inteligencia y de cada corazón y de cada músculo colaborando ciegamente al todo: que cada cual dé el máximo de lo que sabe y puede. Cada uno debe ser un sacrificio efectivo y no verbal.

Desde hoy olvidamos, ciudadanos, el fatídico pasado, imaginando, a lo más, que no ha existido sino en una sangrienta pesadilla de inicuos esfuerzos hambrientos de los más bajos apetitos en el imperio de los poderes del Estado; y entremos sanos, limpios, buenos y llenos de fe al porvenir nuevo siglo. Sea la ambición constante de cada boliviano ser el ciudadano más grande del mundo; y la ambición constante y pasional del gobierno debe ser **hacer** de Solivia, por todos los medios imposibles y posibles, el pueblo y la nación, el Estado y la patria grande del mundo, poniendo a su servicio, incondicionalmente, todos los ideales y todas las fuerzas, suscitando por todos los medios el orgullo y la altivez nacional y la del individuo, empinando la patria por encima de todo, de manera que no se trate más* ya de Fulano, de Zutano, Mengano o Perengano, es decir, de

los intereses de banderío, de aquellas ambiciones inconscientes, por las que podrán suponerme adulator de la hora, por esto que digo: no; estoy hablando de la patria, de su futuro en que seremos menos que ceniza de hueso, nosotros, cuando habrán pasado a ser nada nuestro egoísmo y nuestro sacrificio y aun nuestro hombre.

Ciudadanos, siquiera por egoísmo, tened piedad de vosotros mismos, y aun de más: de vuestra inmortalidad en vuestros hijos: ese vuestro mismo amor hecho carne palpitante. Sí, tened piedad de vosotros mismos, así, ayudando en paz al que gobierne sea quien fuere, mucho más si se cuenta con ciudadanos sabios y buenos, enterados de que el arte de gobernar, aun cuando sea por texto, es prevenir y poblar: orientar el avance del modo más eficaz; saber salvar insensiblemente los obstáculos, aun suprimiéndolos, ya que arte de gobernar es la demostración palmaria de un gran sentido de comprensión general inmersa en un gran amor al porvenir por el porvenir mismo, consciente o inconscientemente, lo cual tiene mucho de las fuerzas trágicas y fatales de la vida en avance incesante.

Además notad que un periodo de gobierno es apenas un soplo en el curso de los siglos, o sea del progreso, el cual es un conjunto de perfeccionamientos simultáneos en las infinitas ramas de la ciencia y del arte, hecho que se efectúa arrancando del individuo; de manera que es un sudor incesante del todo. De donde resulta que no es uniforme en toda la línea, sino que en unos puntos empuja más que en otros. Así que no es la acción exclusiva de ningún gobernante en particular; lo más que puede hacer él es allanar muchos aspectos, el medio, dando las facilidades que buenamente pueda proporcionar el instante, exprimiéndolo, esforzándose, a trueque de todo, para conservar el orden y la tranquilidad general, porque el progreso depende de una paciente y tesonera labor de todos y de cada uno. Así que nadie debe esperar en nadie más que en sí, poseso de tal conciencia. Es de esa manera que se opera la prosperidad de los pueblos. Cada cual que se aferró a la ejecución de un ideal, ni más ni menos que con la obsesión de las locuras, a cambio del sacrificio de todo lo que no sea ese ideal. Así cada uno desempeñará a perfección su papel en esta grave tragomedía.

Pero es necesario que se me entienda, que se me quiera entender. Más aun: que se ejecute, siquiera sea como ensayo, si hay alguien suficientemente hombre y honrado. Y todavía más: que inmediatamente se ponga en ejecución, ganando tiempo al tiempo si es posible; porque en cien años no hemos hecho otra cosa que demostrar todas las formas posibles de que es capaz la estupidez. Basta, pues, por Dios o Satán, basta para vergüenza nacional. Ensayemos siquiera esta vez a sacrificar; a de dar algo de lo **nuestro** propio en utilidad general. Pero sabed que el progreso es progreso, porque no puede retrocer, porque jamás retrocede, aunque podrá plantarse no más que merced a algún cataclismo geológico; mas, no desaparece ni aun así, ya que del subsuelo mismo, entre los escombros milenarios surgirán los testimonios materiales de hasta donde fue. Hasta entonces no hay más que avanzar, queriendo y sin querer, ya sea con entusiasmo, que es el único signo eficaz de juventud. Cierto. Si observáis atentamente, aislados de las pasiones ambientes, notareis que todo sigue progresando, estrictamente conforme a las necesidades de lugar y tiempo: ejército, ferrocarriles, erario, inmigración, la mejor garantía del progreso en la agropecuaria y las industrias textiles y fabriles y manufactureras; a lo que hay que agregar el aumento de escuelas, aunque no basta ponerlas a tontas y ciegas; pues previamente y de modo fundamental, para que la instrucción sea eficaz es menester crear grandes centros de la psicología ambiente donde se seleccionen por vocaciones los educandos.

Pero es preciso advertir que en la educación futura se debe suprimir en absoluto el estudio teórico como preparación para la práctica, sino que la teoría debe ser la ilustración de la práctica, a lo más; y por lo que hace a la enseñanza enciclopédica, se sobreentiende que se le habrá de atender únicamente como asunto de mero adorno, de puro lujo para el ameno esparcimiento social, porque el objeto de la educación es largar listo el educando para la más alta conquista de sus días, y eso sólo se logra descubriendo el genio del individuo, su vocación, o en otros términos, especialidad, la única sabiduría humanamente efectiva, toda vez que debemos estar completamente convencidos de que la sabiduría enciclopédica a lo más que puede alcan-

zar es a una enciclopedia puramente de diccionario, y ni a eso por la enorme vastedad que encierra. De veras y disimulad esta feroz insistencia con que repito este asiento, en mérito a su muchísima importancia. También se ha dado ya a la explotación nuevas fuentes de riqueza nacional, tales como el petróleo, así como se va tentando toda clase de leyes, de acuerdo al tiempo, de las cuales siempre se adaptarán algunas, como aquella de la legislación del trabajo, que merced a un verdadero esfuerzo de simulación potencial de cohesión obrera hemos conseguido que se la forje, se la estudie y se la sancione, aunque sea a regañadientes y deficiente.

A fin de aplazar patrióticamente los sangrientos disturbios sociales de un tiempo más o menos próximo que a faltar dichas leyes debían producirse, aun a pesar de la ignorancia proletaria, y que yacen alejados a un gran lapso de tiempo, mientras venga una renovación cosmopolita; pero aun así se suele ir aplazando o quizá suprimiendo los conflictos, renovando periódicamente esas leyes, de acuerdo con el tiempo y las necesidades ambientales, porque cada suceso corresponde inestablemente a su instante, en correlación absoluta al medio.

Ahora que la paz sea con vosotros, ciudadanos del porvenir, o sino que os hundáis por siempre en toda ignorancia y miseria.

Que la paz sea con vosotros, ciudadanos del porvenir, para que la patria tenga en la fuerza regidora y constructiva del Estado una verdadera tradición de gran ideal a cumplir en paz para la gloria y el bien estar nacional.

Por Dios o Lucifer, que la paz sea con vosotros, ciudadanos del porvenir.

Tal, así que hube concluido, me agaché para recoger las cuartillas dispersas, porque nadie se había molestado en alzarlas. Pero mientras tanto oí que una voz preguntaba: — Señores ¿quién ha perdido 1?, al NE., con el Brasil, el enorme territorio llamado del NE; 2?, al NO., con

el Perú, el Manuripi; 3?, al S.O., con Chile y la Argentina, el Litoral y Atacama; 4?, al S.E., con la Argentina, una gran lonja comprendida entre los ríos Pilcomayo y Bermejo; 5?, al S.E., con el Paraguay, el territorio litigado o sea el ángulo del Chaco Oriental, entre los ríos Pilcomayo y Paraguay, zonas que se considera así perdida por falta de suficiente atención; y, finalmente, 6?, al E., con el Brasil también, las diferencias territoriales comprendidas entre Bahía Negra y el lago Oberaba? ¿Quién ha perdido todo eso hasta hoy, 6 de agosto de 1.925, en que con el título de compensaciones se ha cedido medio grado a la Argentina, desde el Sapaleria al río San Juan, como 7? y último cercén? ¿quién ha perdido eso, los militares, los políticos o todos los bolivianos? Es decir ¿á quién se debe esas pérdidas territoriales? La República nació con 2.800.000 kilómetros cuadrados y al cumplirse su primer siglo pierde las dos terceras partes: 1.800.000 k2.! — A lo que al instante, con los argumentos más contrarios replicaron a la vez mil voces, ocasionando una verdadera trifulca, de la que aproveché para escabullirme cuanto antes, porque ya las distintas divisiones de los ejércitos de la independencia empezaron a movilizarse activamente, en el momento en que casi a mi oído hablaba así una voz:— Lo que ahora Bolivia necesita son gobiernos puramente industriales y educacionales, — en un formidable vozarrón que se elevaba del pueblo, cuando una descarga de fusilería me despertó.

*

Ahora pienso que el deber indisculpable de los gobiernos es no retrazarse en el progreso con relación al avance de los mejores individuos de la colectividad, considerados aisladamente, ya que el gobierno implica la selección de los más sabios obrando en consejo.

Al mismo tiempo considero que una misma clase de barbaries ponderadas al través del tiempo, se hacen mil veces más salvajes según se manifiesten en civilizaciones más avanzadas. Los suplicios de la crucifixión y los apedreamientos, por ejemplo, con ser antes del siglo I casi la ley, eran salvajes, pero esos mismos suplicios en nuestro siglo XX serían veinte mil veces más salvajes.

Después... Después ...

*

(Aunque mi cerebro estaba en una enorme perplejidad, pude distinguir claramente una formidable carga que se estaba ahogando en lo profundo de mi conciencia).

Después, como que la mañana estaba fresca, inmediatamente salí a pasear, a fin de despejar la cabeza tremendamente acalorada con tan larga pesadilla.

Pero mi pensamiento ya estaba obsesionado, de modo que no se me aportaba el último tema: el progreso, al

que seguí dándole vueltas y más vueltas, cual si fuera un lapidario.

Por ejemplo:

En el progreso, no es en realidad el individuo quien ayuda al progreso; el individuo es un instrumento del progreso: las facilidades para el bienestar. Esto por una parte, que, por otra, cada tiempo nuevo — humanamente — implica nuevos progresos sobre los anteriores. De donde resulta que es muy difícil poder establecer paralelos, teniendo en cuenta que cada progreso es siempre el resultado del todo, el zumo exprimido del conjunto por su propia constricción. Por consiguiente nadie debería envanecerse de hacer más que los demás, puesto que lo que es, fatalmente tiene que ser así, así como tampoco debe tener pena por no poder hacer más, y menos, naturalmente, por el hecho de hacer menos, y con mayor razón no debe aflijirse por lo que no pudiendo hacer, harán los que luego vengan. Sin embargo es sumamente útil que cada cual quiera y haga lo posible por ofuscar con los suyos los progresos anteriores. Pues nada se adelanta en el tiempo, ni la idea; porque véase que lo que se entiende por una idea adelantada a su siglo, no es tal, si vemos que necesariamente tiene que nacer primero la idea — parte necesaria en el conjunto de cada progreso —, abrirse camino, después hacerse carne allá donde la naturaleza haya preparado el medio, para finalmente consumarse en el hecho. ¿O alguien ha visto

alguna vez producirse primero el hecho y después la idea, se entiende que fuera de los fenómenos de la naturaleza, en los que interviene superficialmente la inteligencia humana?. Ejemplo: ¿la clasificación del tiempo? En ella, en la naturaleza, cierta necesidad de la fuerza cíclica, la urgencia de **expansión**, corresponde a la idea humana; pero entiéndase que no es la idea: es llanamente la fuerza.

Luego pienso que directamente para nosotros, como pueblo, cuando la conquista había el ideal fuerza de la libertad en América, lo que dio por resultado la unidad de la lucha por la independencia; pero habiendo desaparecido con ello ese ideal en Bolivia, en un siglo no ha surgido ningún otro, ni hay ningún hombre suficientemente desprendido que encarne en sí grandemente ese ideal que falta **para formar** la nacionalidad y así forjar la patria en la unión nacional que ni aun se vislumbra en el caos de la efervescencia regionalista, avispero de todas las ambiciones personales que han abortado y hundido a la patria. La fundación de la República ha sido la disgregación del ideal que la formó. Además no se adivina absolutamente nada ni nadie que trate de crear una tradición ideal de hegemonía boliviana, como la hegemonía de la universidad Carolina de San Xavier en el coloniaje para la independencia de Sur América. Ojala no conduzca tal estado a la total disolución que se presiente pues basta recordar que Bautista Saavedra llegando a Chuquisaca justamente el 6 de Agosto, cumpliéndose el centenario, hacía balear y encarcelar a los estudiantes de ambos sexos a la vez que clausuraba escuelas, liceos, colegios y cursos de facultades de la gloriosa universidad americana de San Xavier, y todo porque su población estudiantil se resistiera a recibir en acción de homenaje al déspota que acaso quería formar escuela de servilismos, como se hizo del pueblo escuela de espionaje juntamente con la clausura total de la prensa libre; pero, no obstante, al día siguiente de tal suceso llega a esa misma universidad el embajador de la Argentina, embajador del pueblo y de la Nación y de la intelectualidad, postrándose de hinojos en el suelo sacrosanto del templo educacional de la única revolución de América que diera a la libertad veinticuatro repúblicas soberanas, besó místicamente sublimado ese polvo centenal, consternando a los hijos

de la libertad de los charcas aherrojados por el tacón del déspota.

De tal suerte ha concluido un siglo de vergüenza, como lección cilicial al porvenir.

Nadie más facultado, por los innúmeros recursos de que dispone, para efectuar las verdaderas y profundas revoluciones, que los mismos gobiernos, mediante leyes y costumbres, atalayados por el fulgor de gloria del progreso en sus misteriosas lontananzas.

Lo que hay que hacer es educar al pueblo desde la escuela, muy especialmente para madres — la gran maestra — porque lo que son los padres son los hijos, casi siempre, inculcándole la urgente necesidad del progreso del bienestar, del orgullo y la ambición individual. Poner por cada militar cien profesores y mil por cada fraile. El progreso no es asunto de oraciones y balazos; es cuestión de la idea madurada tranquilamente y del trabajo seguro en medio de las necesarias facilidades.

El beneficio de las revueltas es que lanzan a la palestra nuevos valores, cuya actividad tiene la facultad de provocar la emulación.

No obstante, en mí, en aquello a lo que me haya dedicado, recuerdo que nada ha hecho progresar más que el deseo tenaz de perfeccionamiento, que saltaba de la conciencia de mi ignorancia.

Así que en realidad yo no sé lo que he estado hablando.

Pero para que pensar en estas cosas serias, pudiendo distraerse con verdaderas zoncerías de apropósito, tales, como, por ejemplo, unos proyectos de unos representantes nacionales, como aquel de querer suprimir las guerras internacionales mediante congresos internacionales, pretendiendo que no existe la justicia internacional, como si el hecho de que hasta hoy no se hubiesen repartido Bolivia los vecinos no estuviese demostrando palpablemente que

por miedo y vergüenza de esos vecinos existe prácticamente la justicia internacional, según decía un amigo, tapándose la cara para que no le viésemos reír. Pero nada más delicioso que aquel famoso proyecto de querer reglamentar las revoluciones. ¡Cómo he reído durante quince días seguidos! Y esos representantes nacionales ya son mayores de edad. Cierto, pero sólo de edad. Así que admira imaginar que jamás deben haber considerado que las revoluciones son procesos naturales del organismo social, en fuerza de la necesidad de su mejoramiento, y que consiguientemente sólo pueden cesar cuando el organismo social se siente entrar en una corriente que le satisface, por saberse mejorando sensiblemente. Así en una larga paz hasta que culmina en un gran apogeo racial. Sin embargo entonces sintiendo el estancamiento de masa, queriendo adelantarse ya — cosa imposible — para salvarse, se produce en una nueva y tremenda revolución, la cual marca definitivamente la decadencia atáxica hasta su consumación. Ejemplos: — La India Oriental y en América las poblaciones aborígenes.

Si pretenden ser gobiernos revolucionarios — pecarían de tontos quienes conquistando a fuerza de sacrificios una situación ambicionada para "a ejecución de su ideal, se la dejacen arrebatarse por negligencia; pues para su conservación necesitan la más zahori vigilancia: ser a la vez Argos y Visnú. Cuando se lucha por lo que al fin se logra, es para conservarlo; sepan los vencedores y aprovechen.

XIII

Después de aquella tenebrosa noche del fulgor de la aurora nació inmenso el Porvenir. La multitud especiaba con ansia, esperando el fallo. Llegó él, observó, midió de una ojeada uno a uno y sentenciando dijo:

— Que todos sean llevados a la horca.

Así fue. En ella aparecieron todos con la soga al cuello, pero pisando aun en tablado firme. Mas el Porvenir prosiguió hablando en estos términos:

— El que no haya perorado los altos ideales, buscando situaciones ociosas, para jugar o vender la patria;

el que no haya ganado de zángano grandes sueldos, estafando los beneficios nacionales, trabajando luego egoístamente sólo para sí, que se haga duro como la piedra, porque el plano en que os apoyáis en breve se habrá de inclinar.

En seguida empezó a inclinarse lentamente el tablado. Algunos de los ajusticiados querían salvarse, agarrándose a su propio dogal; otros se sacudían temblando todo ellos; pero hubo unos dos o tres entre los representativos de primera línea. Así como una multitud de hombres que se perdían en la sombra de los siglos, los cuales se quedaron más inmóviles y duros que la muerte. Por esa razón la cuerda no hizo en sus cuellos la mella que en los demás. Acto seguido ordenó el Porvenir elevar el tablado; con lo que los ahorcados, pisando en firme se sintieron renacer. Mas como al mismo tiempo se materializaran con cuchillas en las manos las sombras de la noche, cortaron para siempre la memoria de los traidores y vividores de la patria, dispersando sus nombres en la tiniebla que huye al pasado. No fueron más ni nombre.

Hace quince días que vive al lado un periodista. En la semana pasada fui testigo de un incidente por demás ridículo. José, que así se llama el vecino, festejando él mismo los absurdos que decía, iba leyendo para su amigo Juan el editorial que preparaba para el día siguiente, el cual era como todos los editoriales, una pieza literaria de una pasmosa vulgaridad altisonante, pobrísima de fondo y de forma. Estaban en eso cuando de pronto golpearon la puerta.

JOSÉ (alegremente)

Ellos son. Te apuesto.

JUAN (prestando atención)

Creo que sí.

JOSÉ

Adelante.

ARTURO BORDA

PEDRO (dirigiéndose a Pablo que entra con él)

Si quires di tú primero.

PABLO

No.

JOSÉ (alegremente mientras siguen hablando en vo* baja Pedro y Pablo)

¡Bravo! Qué fachendosos. Conque ...¿Estamos de gala, ah! Qué bien. Muy bien. Seguramente. ¡Claro! Hay que divertirse, aunque sea consigo mismo. Yo adivino, Juan, que vienen de algún baile a la muerte de un obispo. Fíjate que están hechos bocato de cardinal! para ... Pero, querido Pedro, debes reclamar al sastre, porque la ropa te queda larga y ancha. Cierto. De donde resulta que con levita estás hecho un Le Bon o Levita con levitón, tanto que parecés el famoso Leviatán; mas te falta el Levítico. Pero apostara a que Pablito ha perdido el otro guante. Suerte que la otra mano puede esconder en la manga.

PEDRO Y PABLO (amoscados)

Bueno; ahora a un lado las bromas. Aquí estamos con un asunto muy importante.

JOSÉ (queriendo desviar el asunto)

Pero, Pedro y Pablo, o mejor dicho, Pablo y Pedro, para que no se resienta ninguno. Buenas tardes, ¿eh!, primeramente.

PEDRO

Claro. Buenas tardes, señores. Mas, tú, José, tienes la culpa: pues no bien nos ves que ya nos disparas tus pullas.

JUAN (maliciosamente risueño)

Hijo a quién se le ocurre venir en traje de gran ceremonia para ir a remoler, ¡y dónde! Donde la Cienfuegos

EL LOCO

¿Acaso no recuerdas que para esta noche es la parranda a que nos ha invitado ayer? ¡Carne fresca!

PABLO (gravemente)

Lo que quieras. Pero de lo que ahora se trata es de ventilar un asunto que tiene gravedad: somos padrinos de don Cornelio Almafuerte, como debéis saber ya, y venimos a resolver las condiciones del duelo o a que se le de la satisfacción del caso, de parte de don León B. Orrego, quien nos dice haber nombrándonos como a sus padrinos.

JOSÉ (burlándose)

Vaya, vaya con la paradita de mis don Juanes. ¡Ja, ja! Duelo es masculino y duela, femenino, tú, neutro.

PABLO (enojado)

Si vas por el camino del gracejo, como tanto idiota, y con el talento que tienes, ya puedes hacer fortuna en algún circo.

JOSÉ (haciendo un gesto cómico de susto)

¿Y qué quiere con su elegancia su señoría?

PEDRO (indignado)

Que basta de chistes.

JOSÉ (con ridícula expresión de seriedad)

Pero, Pablo, por Dios ¿hasta cuando pretendes hacer de niño? ¿Sigues creyendo con la misma ingenuidad de siempre en aquellas como en estas patrañas? Ya me explico la resurrección de tu traje de gala. Qué lástima. Y justamente cuando deben estar esperándonos listas las damiselas del punto de la mancha, de que no quiero acordarme; pues yo creo, más bien, que deberíamos ir en paños menores, porque así el asunto es más agradable y fácil.

ARTURO BORDA

PEDRO (sonriendo)

Eso mismo le dije: pero él está empeñado en que el duelo debe efectuarse, y trágicamente.

JUAN (titubeando)

La verdad es que yo también creo, ya que nos han nombrado eso que llaman testigos o padrinos, que el lance debe llevarse a cabo, por lo menos con un muerto, apesar de que nuestro José casi se mata de risa cuando recibimos la esquila en la que Orrego nos nombraba sus padrinos.

PEDRO (haciendo un gesto de asco)

!Uf! Qué fastidio.

JOSÉ (tristemente)

Jesús con las barbaridades que nos larga Juan. Me parece que todos habéis perdido el juicio. Pues me obligan a volverme **in continente** .. mente semiserio o semi... Se-misemi. Pero, palabra de honor, ahora me pongo serio como un gato.. .Ca.. si, ligo un disparate. ¿No ven? Bueno. Miren que de acuerdo con el medio y sobre todo con nuestros tipos, lo prudente es que ahora mismo vayamos a contratar un almuerzo opíparo para mañana Domingo. Y por "o pronto vámonos a la remolienda (**Cantando**) ¡A remoler Aaaa re.. .mooleer. ¿Sí o nooo? ¿Qué dices, Pablito? Porque verdaderamente que una remolienda con lindas mozas es un verdadero duelo a sangre. Y nada más agradable después, que una comilona reconfortante.

PABLO

¡Ja, ja, ja! Sí. Ya lo creo que sí. De ahí que solamente los dos tengamos razón. ¡Claro! Eso es práctico. Además esa es la costumbre.

JUAN (furioso)

De ninguna manera. ¿Cómo es eso de preparar el banquete de reconciliación aun antes de haber concertado

EL LOCO

el duelo? ¡Eh! Respondan; porque yo no estoy para bromas.

PEDRO (aun más furioso)

Ya lo creo que eso sería puerco. El asunto es que don Cornelio Almafuerté se bate con don León B. Orrego o yo emprendo a bofetón limpio con ellos y con vosotros. Y veremos si todos juntos no se batan. Y luego canto a voz en cuello la verdad de estas porquerías.

JUAN (amenazando con el dedo)

Muy bien, Pedro. Debe morir uno de los dos. No estamos para ser juguetes de simuladores.

PEDRO (irguiéndose olímpicamente)

Para lo que no estamos ni debemos estar es para dar al pueblo lecciones de cobardía.

JUAN (con solemnidad profética)

Cierto. Mañana debemos enterrar a don León B. Orrego o a don Cornelio Almafuerté.

PEDRO (asintiendo con la cabeza)

Estamos de acuerdo. Duelo a muerte. Tiros ilimitados, avanzando a voluntad. ¡Qué diablos de cosas! ¡Claro! ¿Qué creen que es el duelo?

JOSÉ (sonriendo nuevamente)

Ya dije que el duelo es masculino, que la duela es femenino, y que tú, es neutro. Pero un lance de honor es exactamente el motivo para que con una suculenta comida nos saquemos el vientre de mal año. Nadie ignora que los periodistas andamos a tres dobles y un repique. De consiguiente un lance de honor es para los lancistas, o lanzas, es simplemente el motivo para conquistar algún corazoncillo difícil de esas jovencitas cursivamente sentimentales que

se pasan la existencia leyendo las aventuras de Rocambole y las vidas de los famosos asesinos Cienfuegos, Mata-siete y Jak el destripador.

PABLO (con infinito desprecio)

Es verdad. Estos tipos hacen tales farsas sólo para adquirir cierto prestigio fabuloso y que meta miedo en la mente de los escolinos y en la admiración de la inocente ignorancia de las chusmas. Eso llaman ellos abrirse campo. Sabiendo los duelistas que el lance a sangre y fuego concluye en alegre ágape, sin más peligro que una posible indigestión, las leyes del honor ya no constituyen otra cosa que un hazmerreír y el método más fácil de vida con el más barato renombre del día, a lo que se agrega la más estrecha amistad de los contrincantes, resultado que, en verdad os digo, me parece el más acertado de cuantos se pueda imaginar; porque ciertamente que es un disparate...

JUAN (paseando meditabundo)

Si; pero yo ni las bromas las hago en broma.

JOSÉ

Eso ya es grave. Pues a ese paso la vida te ha de resultar un mar de lágrimas y un desenfreno atroz de bilis. Malo, muy malo, don Juan. Es necesario enmendarse mientras haya posibilidades; y aquí estás entre gente alegre: de manera que si ahora no te corrijes...

JUAN (siempre indignado)

Perfectamente. Declaro que si son tales como dices las leyes del honor...

PEDRO (resultamente)

Deben morir o don León o don Cornelio o los dos juntos, y si fuere necesario nosotros también.

JOSÉ (con gran aplomo)

En cuanto a eso debes perder todo cuidado, porque cada cual ha de morir fatalmente a su hora, como buen

EL LOCO

cristiano, estirando tranquilamente la pata en su cama; pero imaginar que ha de ser en el campo del honor, no será aun cuando estén retándose toda la vida. Ellos saben muy bien cómo hacen las cosas, pero no mueren en duelo. Sólo una vez hubo un caso muy singular, en que uno de los duelistas aprieta el gatillo y tñ, en el ojo al otro. Y los demás tuvieron que huir. Se llegó a saber del lance sólo cuando los buitres habían deshecho el cadáver.

JUAN (furioso)

Ya verás que ahora se baten. Yo respondo de ello. Además, la prensa ha divulgado ya el reto.

PABLO (paseando con Juan)

¿Y cómo no quieres que sea así, si son ellos mismos quienes llevaron la noticia a los diarios? A los dos los he visto entrar a E! Mercurio. Salía Orrego entraba Almafuerte. Ambos se pusieron rojos y se saludaron muy atentamente. Pues sería curioso que ahora nosotros seamos los que armemos la camorra. La verdad es que hasta yo estoy creyendo también que...

PEDRO

Peor para ellos. Pues por lo mismo deben batirse. Y se batirán, o rompo un palo en sus costillas. Yo no soy muñeco de nadie. Sería una vergüenza que...

JOSÉ

¡Ja, ja, ja! El miedo es más fuerte que todas las vergüenzas juntas. Don León y don Cornelio son... Son ... Zonzónes o Sansones Carrascos.

PEDRO (indignándose)

¿Qué? ¿Qué es eso, pedazo de bobo?

JOSÉ (risueño y girando sobre sus talones)

Por Dios **Per Secula, secularum**. No es para tanto. Cualquiera que no sea yo, **tu amigo, tu caro amigo**, mi que-

rido Petro, Pietro, Petruco, Petronio, Pedro, se muere de miedo al ver tu cara tan avinagrada que parece un escabeche. Se podría decir que encima de los bigotes estás oliendo dos pelotillas de mi.. .el. Miel.

Pero lo que quiero decir es que como los duelistas son unos tacaños de primer orden, es decir, dos avaros, y de los de rechupete por antonomasia, tantos que no parecen sino tuercas enmohecidas en sus tornillos, que tienen un terror pánico a la muerte. Si no fuese el duelo asunto de mera ficción, tengo por hecho, que antes de comprometerse en ello, primero se hubieran hecho desollar vivos. ¿Comprendes?

Mas no es la primera vez que se baten. Don Cornelio tuvo ya cuatro desafíos, hace tres años; don León tuvo uno y tres cuartos, el año pasado. Se batieron, como se comprenderá fácilmente, con cápsula de fogueo. Indudablemente que yo y los otros testigos estábamos entre nos en el secreto, así como el médico que sólo había llevado la caja del botiquín, para dar mudamente más amenidad al desenlace. Sin embargo era de ver la seriedad con que hacíamos la comedia. Pero lo especialmente notable fue la calma de nuestros ahijados, pensando seguramente en la comilona que les esperaba en el Gran Hotel, aunque la comida es peor que la de cualquiera fonda.

PEDRO

Qué sinvergüenzas.

JOSÉ (menenando la cabeza)

Eso mismo pensábamos todos. Pero, en fin, así, y no más, ha sido.

JUAN (enronqueciéndose de rabia)

Sois unos canallas.

PABLO (queriendo apaciguar a Juan)

Puede ser todo lo que quieras; pero José no hace nada más que relatar el hecho.

EL LOCO

Yo he conocido un señor, que no quiero nombrar, que su mayor timbre de gloria era enumerar los lances en que había intervenido, como testigo.

JOSÉ (gravemente)

No te admire eso. Don Serapio Ropirraja, que tiene el tino de huir como liebre de donde hay verdadero peligro, hace mes y medio, no más, que desafió a duelo en los términos más hirientes, mediante los diarios de la localidad ¿sabéis a quién? Pues a don Narciso Espejo. Sí, señores, a don Narciso, al paralítico de ambos brazos.

TODOS CUATRO (a coro)

¡Ja, ja, jáaaa! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja!

JUAN

¿Y el asunto del honor mancillado, no sólo de ellos, sino que de sus antepasados? ¿Cómo se castiga a los villanos?

PABLO (accionando con elegante libertad y energía)

¡Bah! Déjate de tonterías. Nunca, jamás... ¿Me comprendes? Jamás la dignidad ultrajada ha sido reivindicada en eso que llaman el Campo del Honor. Jamás. ¿Comprendes? No hay más que al que ultraja como villano, castigarlo como a villano también, por medio de los villanos, de modo que su marca vaya pasando de generación en generación, si la ofensa merece castigarla, o sino vale estar punto en boca. Así, pues, la venganza ha de ser premeditada y de tal modo que no falsee. Sin embargo es bueno tener presente que existe tal variación en la forma de las venganzas, que hasta el amor lo constituye. Pero para vengar los recónditos pudores mancillados del individuo o de los pueblos, no se necesita de la alcahuetería de los padrinos, el oficio de los cuales es en el fondo nada más que impedir los lances, ni más ni menos que los altos tribunales de justicia internacional. Y puedes agregar de que por sí el lance ya es la segunda ofensa al agredido; de consiguiente lejos

de ser un medio reparador es la perpetración de una nueva iniquidad, sancionada impremeditadamente por la deliciosa ligereza infantil o mujeril de la sociedad. Para el que entienda bien lo que significa **su honor ofendido** no habrá fuerza suficiente de idea de panóptico, patíbulo y de la muerte misma, que lo contenga, porque la venganza será inmediata y brutal.

JOSÉ (como distraído, buscando donde sentarse)

Teóricamente todo eso es así. Pero más dulce que el honor es la vida, por mala que sea. La verdad es que en el hecho real el honor no pasa de ser un simple concepto, mientras que la vida es algo efectivo.

JUAN

Entonces ¿para qué estamos acá? ¿Y por qué tomamos parte en esta cuestión?

PABLO

Si no fueses tan cascarrabias como Pedro, yo te dijera el por qué.

JUAN (endulzando el semblante)

Pues, dílo, que por cuanto expreses no me inmutaré.

PABLO

Eso se verá. Pero estamos aquí, de testigos en éste lío, por puramente imbéciles. Pues supón que por gusto a tí o a Pedro se efectúe el duelo a muerte, y que la víctima sea León, parcial del gobierno ¿sabes a donde iríamos a parar? A la cárcel, antes de las veinticuatro horas, o en su defecto deberíamos estar prófugos durante algunos años. ¿Por qué? Por la muerte de un don Nadie y que por añadidura no sabría decir qué es lo que entiende por ese su tan cacareado honor, él que sabe muy bien los inicuos medios de su modo de vivir. Tal es la situación de todos los Orregos y Almafuentes. Además dime ¿qué culpa ni qué beneficio

EL LOCO

llevamos del pretendido honor de estos dos individuos cuya nulidad ni siquiera nos sirve de obstáculos para nada? Total de utilidades, estas molestias. Esto me parece un verdadero abuso de confianza. Mas aun: somos las inocentes víctimas de unos traidores que lo que pretenden es hacernos encarcelar sin motivo, o, más bien dicho, porque tenemos la desgracia de que nos consideran sus amigos; y precisamente por eso todavía habían de pretender hacernos pelear a nosotros, entre quienes jamás se ha alterado la armonía. Esto pasa de castaño oscuro.

JOSÉ

Ya saltó la famosa armonía. Sí, Juan, es urgentemente necesario sepas que el que nombra padrinos para eso, lo hace al impulso inconsciente y secreto del espíritu de conservación, es decir, con la esperanza de que el asunto se arregle del modo más humanitario. Pongo por ejemplo: — entre nosotros sería un banquete. Dime **nomás**. a ver ¿qué cosa más humanitaria que un banquete? ¡Oh, un banquete ... **Barriga llena y corazón contento no crían mal pensamiento.** ¿No sabían?

PABLO

Hay todavía algo más. El hecho de nombrar padrinos además de implicar cobardía es...

Pero vamos a ver: ¿te gustaría que yo te diga: — Querido Pablo, mañana debo batirme. Tú me acompañas como padrino. Bueno. Pero si muero o mato, deberán ir a la cárcel, por cómplice; sin embargo puedes librarte, raspando la bola. En tal caso, ya que sabes que ando fallo a fichas, me disculpas el que no te facilite el dinero para el viaje.

PEDRO (meditando)

Todo eso es verdad. Resulta, pues, que estamos de simples fantoches. Pero... Yo creo que ya que en un duelo debe haber siquiera un rasguño, opino que después de los disparos de costumbre, los duelistas se boxeen cinco

minutos, hasta sacarse sangre de las narices. Por lo menos eso, a lo que seguramente deberán avenirse de grado, porque si no quieren yo les obligo a que se batan de veras.

PABLO (sarcásticamente)

Claro que sí: un lance es para lavar con sangre la ofensa.

PEDRO (queriendo largar la carcajada)

¿Aun cuando sea de las narices?

JOSÉ (ridículamente serio)

Contra eso sí protesto seriamente. Eso sería el colmo de los ridículos. ¿Cómo sería posible que los duelistas aparezcan al día siguiente con los ojos amoratados, como después de una noche de amor? Eso no, mil veces no. Si tanto quieres ver correr sangre, podemos matar un lechoncito. Me parece que es la mejor forma de transacción, sin peligro para nadie.

JUAN (muy indignado)

Sí; pero resulta una verdadera iniquidad cada balandronada que se fomenta a estos cobardes. Ahora mismo acaba de decir Pedro que Almafuerle le ha insinuado haga lo posible por que el lance se realice con cápsulas de fogueo.

JOSÉ

Vaya la novedad con la que nos sorprende. Pues don León me hizo igual insinuación. Estas pequeñeces ya **no** tienen nada de particular.

Una vez que tomé parte, como padrino también, sea dicho en obsequio a la verdad, en un lance de dos tipos mucho más tímidos que Orrego y Almafuerle, los pusimos frente a frente, pero vendados. Mientras ellos disparaban sus cápsulas de simulacro, se me ocurrió disparar los ocho

EL LOCO

tiros de mi pistola. Ellos al oír silbar la seguidilla de balas, cada uno imaginó ser la víctima del otro, y, como en los circos, ambos cayeron al mismo tiempo. Entonces entre la risa general hubo necesidad de hacer uso del botiquín: éter, bismut y valeriana.

JUAN (a carcajadas)

Eso es nada. Yo tenía veinticinco años cumplidos intervine en el lance de don Eleuterio Boxhen, que en paz descance, con don Casimiro Ferrofino. El duelo debía efectuarse como de costumbre, a simple fogueo, pero uno de los padrinos, intransigente como alguien que yo se, había cargado con verdadera bala una de las pistolas, la de don Eleuterio. Dispararon y cayó Ferrofino, gravemente herido. Pues, amigos, tal fue el susto de don Eleuterio, que murió con fiebre a los dos días. En cambio salvó Ferrofino, el herido.

JOSÉ (cada vez más gravemente)

Pero ninguno ha visto nada más trágico que lo que yo vi. Estuve estudiando el tercer año de secundaria. Una mañana, en vez de ir al colegio me fui a correr las eras. En una de ellas vi un grupo de hombres, todos de negro. Dos de ellos sacaron a relucir las pistolas. Las rastrillaron, las cargaron... con bala, y las entregaron a dos señores que avanzaron y se acomodaron de espaldas entre sí. Luego mientras contaban los padrinos, fueron avanzando hasta quince pasos; entonces giraron sobre los talones, poniéndose frente a frente. Sonó una palmada a lo que los contrincentes elevaron los brazos, se apuntaron y simultáneamente cayeron al suelo... las pistolas, mientras que con los dedos estirados y el pulgar en la nariz uno a otro se hacían gestos. Los dos estaban locos.

PEDRO (queriendo contener la risa)

Es evidente que en estos casos cuando no hay un muerto se puede asegurar que el acto ha sido un simulacro. Sin embargo en una ocasión en que íbamos a la realización de un duelo Mr. Tremoler y un tal Abigail Sensiti-

vil, éste cayó fulminado antes de llegar al campo del honor, y...

JOSÉ (con interés)

¿Lo asesinó Tremoler?

PEDRO (riendo)

No, hombre. Sensitivil murió de miedo.

JOSÉ

¡Ah... Otra vez he visto a un tipo retando a duelo a una mujer.

Ahora, señores, para arreglar de una vez éste asunto, vamos a contratar el banquete de reconciliación. Pues por algo se trabaja. Y como no tengo papel, ahí mismo firmamos las actas, haciendo constar que la ofensa de Don León fue una distracción o un equívoco.

PEDRO (rabiando)

Eso no. La ofensa ha sido a las doce del día, a pleno sol, en plaza pública y a conciencia.

PABLO

Deja de lado tus teorías. En estos asuntos cualquiera paparrucha es una disculpa aceptable. Y si no crees recorre la historia de los duelos. ¿Cuées que por un concepto más o menos racional han de exponer otra vez su pellejo ni uno ni otro? Los duelistas son como los suicidas fracasados: no vuelva a repetir el ensayo. Además ¿supones que al público le importa un pepino la vida o la muerte de ninguno de ellos? Lo que el público quiere es divertirse, y namas. Para eso nada mejor que una broma en serio, haciendo circular por lo bajo la verdad, para que la sociedad se divierta bien.

JUAN

En ese caso opino que al incidente se le dé un desenlace humorístico a la vez que escarmentador, y prove-

EL LOCO

choso para nosotros. Por ejemplo, y ya que es de norma que los contrincantes deben pagar los platos rotos, vamos a contratar un lechoncito y una ternerita donde el dueño del fundo en el que debe efectuarse el lance, y los hacemos aparecer como si fueran las víctimas de las balas extraviadas, lo cual, por tacaños que sean los duelistas, no podrán dejar de pagar. Por tal manera tenemos costillares para dos días de jolgorio donde cualquiera de esas mozas de cercado ajeno y apetitosas como fruta prohibida. Además, con la noticia que daremos a la prensa ya tenemos para engordar de risa. Se dice que en el lance de honor realizado ayer en el solar de don Cirilo Patón, entre los señores Cornelio Almafuerte y don León B. Orrego, hubo dos víctimas, un chanchito y una ternerita.

PABLO (enérgicamente)

Protesto. No me parece bien eso de chanchito y ternerita, porque haciéndolos diminutivos casi se hace simpático todo lo que tiene de repugnante el asunto. Es necesario conocer el valor emotivo del léxico. La redacción sería, más bien, en esta forma: — Los duelistas salieron sanos y salvos, pero debido a su impericia y falta de serenidad, ocasionaron la muerte de un chanco y un burro.

JOSÉ

¡Ja, ja, ja! Eso es brutal. Y sobre todo es hablar reacio, como dicen, don lengua de fuego. Y ahora, señores, los que estén por su aprobación, en pie.

PEDRO

Pero si aquí no hay donde sentarse.

JOSÉ

Entonces aprobado por unanimidad. Mas, como ya debéis estar cansados y lo que nos interesa de inmediato es el banquete, los costillares y la juerga con buenas hembras, vamos ahora mismo a disponerlo todo debidamente. ¡Ea, muchachos! **(Cantando) Allons enfants de la patri!...**

Allons enfants!, que con la de Magdala nos esperan
Niñón, Frine y la Fornarina.

JUAN (transformado)

Le jaur de la revanche est arrivé.

TODOS (salen contestando a coro)

¡Bravo! ¡Muy bien! ¿Aprobado!

Luego no hice nada más que cambiar de postura en mi cama, pensando que si aquella escena se hiciera pública, taquigráficamente reproducida, sería para dar el golpe de gracia a los lances de honor; pero conociéndose como se conoce la verdad del secreto, es preferible que siga repitiéndose indefinidamente, porque el público necesita gracejos y no con el artificio y la grosería de los comediantes de tablas, sino que preferimos reír con las comedias en la vida misma.

*

La sala tiene siempre un espíritu seductor y plasmante en su acicalado y silencioso abandono a media luz, como habituada a las esperas largas, en aptitud para los hábiles secretes, para las sonrisas amables en las discretas murmuraciones y un acicate para las repentinas y breves audacias en los visitantes que turban un instante aquella serenidad. Pero luego la sala se hunde en la somnolencia y el vacío de las ausencias largas con perfume de recuerdos, como en los ensueños de cosas lejanas e indefinibles.

Ayer al salir de paseo, al atardecer, al través de un ambiente así, la vi contra luz a la niña de mis ansias, esbelta, hermosa, meditando apoyada en la ventana. ¿Qué recuerdos contemplaba con los ojos fijos en la calle? Luego suspirando sus labios se plegaron en una leve sonrisa que fue un hervor de besos. Y yo pasé rápidamente, de puntillas, a fin de no despertarla.

.....

Es una quietud apasible del espíritu y un calmoso andar el de mi cuerpo; dijérase el imperceptible balanceo de una enorme nave abandonada en la mar bella. Es somnolencia de molicie, ensueño de olvido. Dormir, acezar y sentir el calor del sol..

*

Cuando de tarde en tarde nos sentimos suavemente lánguidos, perdida la conciencia del tiempo, dulcemente en tregados al reposo de nuestra carne, cuando así, después de yantar nos damos al sol de medio día, recibiendo la dulce caricia del vientecillo, y dormimos insensiblemente, oyendo los mil rumores de la tierra, que vienen a semejanza de un arrullo íntimo, en el regazo maternal; cuando así nos hinche el pecho un sosegado suspiro, es que entonces nos hallamos en otro de las horas sagradas, la hora de la incubación: el espíritu tu nos abandona para ir a recoger en los misterios de la vida otros secretos y otras fuerzas.

Después de que despertemos será la revelación en algo así como en las vaguedades de las reminiscencias, en azules y nieblas de horizontes.

En seguida, quién sabe cuándo, arrastrada por una circunstancia cualquiera, el alma dirá con voz histórica o profética el encanto de un nuevo enigma o de una nueva verdad.

Esperemos, porque, a decir verdad, ahora no siento nada más que el **dulce farniente**, lo que, después de todo, es mucho mejor que cualquiera profesía; porque, qué diablos, ¿qué más que sentirse feliz, aun cuando sólo sea un instante?

.....

Acabo de almorzar. Estoy sentado, tomando el sol en el corredor. El calor, primeramente me tuesta y luego me hace trasudar. Dos moscas andan en mi cara, haciéndome cosquillas, pero no tengo aliento ni para estornudar. Y cierro los párpados.

Mucha gente de la vecindad pasa observándome malévolamente. Debo paracer dormido o borracho, según lo que dicen; pero yo también les estoy observando y analizando y quizá si con mejor escalpelo.

De pronto siento una bocana de bochorno y tengo un devanecimiento, casi de placer sexual, en todo el organismo, en el que luego recorre un raro estremecimiento de calofrío y mis ojos se humedecen en lágrimas. Estoy meditando o algo así, sin saber qué, casi soñando.

Cuando la América del Sur opte por el gobierno federal, es que habrá sonado la hora, mientras que Europa estará llegando a un estado arqueológico, por así decir, y la India oriental se hallará resurgiendo mil veces más potente que en su pasado apogeo.

Pero entonces, cuando así se haya cumplido la circunvalación de la civilización, vendrá un cataclismo geológico. Y otra vez en los picachos de los continentes, dos o tres familias de las que se hayan salvado recomenzarán con el proceso de otra humanidad.

Diez, cien, mil y un millón de humanidades que así desaparecen en el futuro, y no veo todavía el fin del mundo.

Sombras y más sombras.

Duermo.

He despertado cuando la tarde caía. Estoy rendido, como si hubiese viajado toda mi vida.

.....

No hace ni quince días que yo estaba leyendo una bonita obra de historia. Sobre todo, lo que más me gustaba era la pasta de cuero fino, sencillo, sin adornos, ni títulos ni subtítulos, en cuarto menor, y de no más de doscientas páginas. Verdaderamente invitaba a leerlo con cariño. Además el tipo y la limpieza de la edición daban gust-

to, ciertamente. Fuera de eso el estilo era llano, con la llaneza de una simple conversación que fluía de la naturaleza del asunto mismo; pero a lo mejor saltó la liebre. ¿Acaso el autor hablaba de alguno de sus amigos o de su raza, o que se yo de quienes? Mas el caso es que se exalta y, tal vez, sin darse cuenta, concluye en rimbombos líricos al calor de sus entusiasmos, dejándose arrastrar por una parcialidad flagrante, lo cual en palabras más comprensibles quiere decir, por mentiras. De ese modo completamente disgustado del texto, abandoné su lectura, a pesar de que me agradaba mucho agarrarlo y acariciar entre mis dedos la suavidad de su cuero. Sucede pues en la historia algo parecido de lo que pasa con el arte: estos es, que aunque nos sintamos vilmente ultrajados, calumniados, perdonamos alegremente las injurias si están dentro del marco de la más pura belleza; de igual manera en la historia, cuando la verdad nos condena, por brutal que sea, nos rendimos calladamente. Pero de lo contrario....

Mas lo que atino a comprender claramente es que entre los que se dedican a la historia, cuando llegan a tener sus controversias acerca de asuntos pretéritos, se ensañen entre sí a sangre y fuego, cual si fuese por asuntos personales. La verdad es que quizá no sepan de su misión y del carácter y condiciones que ello requiere.

A mi me parece que el hombre antes de ser historiador, debe aprender a ser frío, sereno e inmutable aun ante el cataclismo, ante el horror y la infamia, o no tiene derecho a ser historiador; porque la pasión y la historia se excluyen: pues la primera concluye en el frenesí, en el raptus y en la locura, en tanto que la otra termina en el análisis, en la razón y en la verdad.

El historiador no puede ni debe ser ni pesimista ni optimista. El verdadero historiador únicamente ha de acumular los testimonios de los hechos; porque si el historiador comenta, ignorando su profesión se abroga el derecho de la filosofía de la historia, que es algo demasíadamente distinto.

Y ahora, si ignora, sepa, y si sabe, practique. Ardua es la tarea, por ser la misión del impersonal y que impor-

ta el sacrificio del gran don de la creación, si la hay, el libre juego imaginativo, y porque además convierte al individuo en el hombre cangrejo, y no lo digo por burla, sino que más bien por la similitud, ya que avanza vista al pasado, sin poder contemplar el porvenir, lo cual, por otra parte, es verdaderamente misión de otra laya de tipos.

Pero ¿y a mí qué me importan tonterías?

*

¿Cuándo concluirá este constante deseo de desesperarme honda y largamente, en bostezo que absorba el mundo y la eternidad? Me parece que siempre estuviera levantándome de un descanso inmemorial, fatigado de un viaje en esferas desconocidos.

Ah...!

En la última temporada y estando bastante tranquilo de estos malditos nervios a causa de haberme curado unas muelas que me las cultivaba con verdadero esmero, porque no podía el cerebro en tal estado de revolución, que me hacían imaginar las cosas más espeluznantes e inauditas. Claro que yo no soy todavía tal loco ni bobo para desperdiciar impunemente esos extraños imaginarios; pues yo me ponía a escribir, procurando con toda mi voluntad ordenar esas fantasmagorías en medio mismo de mi desesperación, porque hasta de ello se saca partido, no en la explotación del hombre por el hombre, sino que en la explotación de sí mismo. Y así hasta que se adormecía el dolor: porque hasta el dolor se cansa. En cambio mi cabeza quedaba en un estado de constante somnolencia, meditando en cosas difusas, vagas, lejanas. De ahí, posiblemente, que las gentes crean que soy un loco, idiota, pensador o borrachín; siendo que en el fondo no hay nada de eso, sino... mayor es no mineallo.

Bueno. Decía que en un estado así de no hace mucho me di a leer la Biblia; y he podido observar que si se hace un estudio filológico, se llega a la conclusión de que no es otra cosa que un simple poema; pues los nombres de todos

sus personajes son los símbolos de cada individuo que representan. Y como las coincidencias no pueden ser en tal multitud — si no fuese suponiéndolos seres primarios — y tan precisas, si no es debido a la fantasía de los poetas que los crearon, resulta que por esa nueva vía de investigación, se ve aun más patentemente que ese libro inmortal, como los vedastas y otros sagrados, no tienen más importancia que los de un gran poema. Acerca de esto yo corro traslado a quienes corresponda. Mas lo que es verdaderamente sugerente es que ningún historiador del tiempo correspondiente, contemporáneo, haga mención de los sucesos mencionados en él.

A propósito debemos recordar que Elena jamás estuvo en Troya, sino en Egipto, en la corte de Menfis, en poder del ciudadano, astrólogo y mago, el rey Proteo. Pero — dice Herodoto — dejemos cantar a Hornero y mentir a los versos ciprios, que no es poeta quien no sabe fingir.

Pues bien. Y a pesar del testimonio del padre de la historia ¿quien duda de lo que Hornero canta como una verdad?

Otro a propósito. Si no es por ignorancia, no sé por qué le llaman a Herodoto padre de la historia, si no es por desconocimiento de la existencia de Kapila, el historiador hindú más viejo.

Bueno. Pero al final ya no es eso lo que me interesa, sino que ese gran precepto de Herodoto: — que no es poeta quien no sabe fingir. Fingir _____ que fácil es. Naturalmente; pero lo difícil es saber fingir. Y apostara que Herodoto dijo eso sin siquiera imaginar la enorme trascendencia de la frase: pero se ve por su historia que él también es poeta, y muy bueno.

Otro día haré algunas observaciones acerca de los nombres bíblicos, porque es curioso que cada uno signifique justamente la misión que debía cumplir el nominado.

*

ARTURO BORDA

EL VALOR

Una banda del ejército ejecutaba una marcha guerrera en la Plaza Murillo. Las gentes pululaban en todas las diagonales. Noche serena. Frío intenso. La luna en cuarto creciente.

Conversando animadamente vienen un Subteniente de infantería, jovencito aún, y un civil, hombre ya. Toman asiento en el banco en que descansó.

OFICIAL

Pues le digo, compañero, que me sublevo cuando oigo decir cobarde. Es algo que a primera impresión me humilla y luego me incendia. No puedo tolerar la existencia de un hombre de tal especie; a su sólo enunciado me siento inflamar de cólera.

CIVIL

Ese fenómeno tiene una explicación sencillísima: obedece a la exaltación simultánea de dos sentimientos opuestos, los cuales son: de una parte la vergüenza de sólo imaginar poder ser incapaces de subsistir, que no otra cosa implica el no querer vencer; y de la otra parte en la exaltación del goce más amplio de la vida, en las inmortalidades, más allá de la existencia: la exaltación instantánea y anticipada de nuestro triunfo gozoso: sentirnos héroes.

Como puedes observar, es la lucha de dos condiciones definitivas: la muerte y la plenitud de la existencia. Por eso una gallina y un ratón nos causan instintivamente risa y misericordia; en cambio, cuando vemos un león o simplemente un cernícalo, nuestra sangre y nuestros nervios se tonifican en el instinto de la fuerza vencedora, y, siquiera por un instante, aspiramos el ambiente de los huracanes azotando a las altas cumbres, haciendo estremecer los hielos. Es que en nosotros existe latente el deseo de ser héroes y conquistadores a la vez que tenemos una repugnancia profunda, y quizá hasta miedo, a la sola idea

EL LOCO

de poder vernos humillados en la esclavitud; buscamos la libertad.

Yo he soñado con la forma humana más comprensible y más bella del valor en toda su grandeza.

Pero antes debo expresarte, ya que te puede ser útil, que temblar ante el peligro no es cobardía; huir, sí, es. ¿Comprendes?

Cuando los huesos y la carne tiemblan de miedo y castañetean los dientes, y a pesar de ello la voluntad y el deseo, primero, de vencer, arrastra al individuo a lo más álgido del peligro, sabe que ese es el instante en que el valor está plenamente en su apogeo: es lo que debe llamarse el sublime segundo del héroe; porque después, cuando se endurecen los tendones y la carne, cuando hierve el corazón y arde la mente, el sujeto ha entrado en la inconciencia de una piedra rodando en la pendiente.

Pero el no querer afrontarse cuando se tiembla o no, eso sí constituye cobardía. Y te habla un veterano.

Así que todo lo que causa el temblor en el hombre es una simple disposición de la voluntad heroica; la cobardía es la que se esconde, rehuye y renuncia a todo avance atrevido.

En razón de lo que queda dicho, cuando te hallas delante de un individuo cobarde, hazlo por caridad, búrlate de su cobardía, tan sangrientamente como puedas, hasta que la hiél de su vergüenza reviente; hasta que el cobarde quiera al fin atracarte un bofetón y lo haga. Entonces, y procura entenderme muy bien, destócate y eleva tu acción de gracias; porque acabas de redimir un hombre y has fabricado un ciudadano para tu patria y una conciencia para el mundo.

Y no oí más, por haberme retirado en ese momento debido al frío.

Cuando el espíritu nacional, heroico y guerrero, canta, no hay espíritu individual que no coree, porque todo himno nacional es el instinto de conservación en todo su egoísmo.

*

En todos los establecimientos de instrucción deben cantar por las mañanas, obligadamente, al ingresar al aula, un canto guerrero y triunfal, como salutación a la vida y tónico en el trabajo del día.

Júbilo,

esperanza y fuerza:
anguria de victoria,
arrogancia de vencedor:
salutación al Sol.

*

Es inútil pensar en la moralidad pública, mientras el ejemplo y perseverancia del magíster y la del sacerdote y el general no haya susceptibilizado la conciencia del niño.

He ahí el punto esencial de la alta cultura moral.

A mayor susceptibilidad concienzual corresponde mayor honradez: se aclara el distingo del bien y del mal, tanto como es posible.

Y la ultra sensibilidad de la conciencia es la justa condición del concepto de lo que se tiene por santo.

*

Andando despacio iban delante de mí. Hablaban entusiasmamente. El uno era alto y gordo, y el otro flaco y chico, el cual decía en tono doctoral:

— Que no, ¿dices? Ya verás que sí, y de un modo profundamente radical, excluyendo toda restricción nimia o banderiza, en bien de lo que afecta a la patria grande. ¿Me entiendes?

EL LOCO

Digo que la aptitud natural del individuo es lo único necesario para que los pueblos le adapten al ciudadano el empleo que requiere para el feliz desenvolvimiento de las instituciones o aquello que se le encomiende.

El mandatario debe conocer muy bien a sus hombres, para no cometer desaciertos a causa de sus colaboradores y cargar con la responsabilidad de ellos; porque el que asume toda responsabilidad es el dirigente. En las repúblicas el éxito depende de una selección atinada de los segundones. En la falta de tacto o, mejor dicho, en la errónea comprensión de los espíritus están los grandes fracasos. Así, pues, de un modo general, la sabiduría o la necesidad de los segundones echará baldón o gloria en los hombros del gobernante al través de la historia, siempre que el gobernante no sea un déspota, tirano o dictador. De manera que debes considerar lo que valen los colaboradores.

En cuanto a los hombres públicos de Bolivia, y sólo de entre los que conoces, te podría dar multitud de ejemplos; pero basta y sobra contigo mismo. Y si no crees, ¿qué lograste con tu profesión, a pesar de tus excelentes cualidades y de tus variados estudios? Casi nada. ¿Por qué? Porque tu especialidad no la profundizaste de manera debida. Recuerda que cuando sin preparación alguna y de improviso quisiste actuar en la cosa pública, recuerda, digo, la vergüenza de tu fracaso, que ello, al parecer, poco te importaba, sino que ante tí mismo, cuando te viste más ignorante que el portero, abusando del uso de una autoridad que iba a tí del puesto que desempeñabas, siendo que el hecho debería ser contrario, lógicamente. ¿Qué eras entonces? Un fante de carne y hueso, con conciencia, para tu mal, pero sin el valor suficiente para confesar la verdad. Entonces, el respeto primo de tus inferiores se trocó en secreta befa, lo cual confesarás que no podía ser de otro modo. Y estuvo muy bien.

Entre tanto, ¿qué sucedía del despacho encomendado a tí? Lo inevitable: que se enmarañó a la diablo, a causa de que un día ya no quisiste oír el constante consejo de tus subalternos en virtud del azar, ya que en virtud de su saber quedabas muy por debajo. Te dabas cuenta y sin em-

bargo ya no quisiste oír más las oportunas indicaciones que te hacían, suponiendo neciamente que los consejos te denigraban. Eso no podía ser, según tú. Por tal manera resultaron de tu impotencia tus errores de hecho; que **in mente**, en tus silencios secretos comprendías a maravilla lo falso de tu situación. ¿Jamás viste un profesor ignorante o bellaco, cohibido ante la pregunta repentina y temeraria de la inocencia o ante la pregunta intencionada del muchacho sabio? Así tú; yo lo supe, porque te observaba paso a paso. Y como tú casi íntegra la administración.

Y ahora si quieres niegas el valor de las facultades naturales del individuo en el desempeño de la primera magistratura de la República.

Y advierte que la patria no es una bestia de laboratorio para hacer en ella impunemente simples ensayos, en los pueblos cada cambio de leyes o costumbres tiene que ser la imposición de la necesidad. La ley así como la razón es lo que exprime la urgencia de la vida; y no las constituciones, leyes, decretos, etc., que promulgan y que no pueden cumplirse jamás porque no están de acuerdo con la naturaleza del objeto a que se destina. Esto vemos todos los días. Y francamente da pena considerar cómo se malgasta el dinero del pueblo pagando las dietas a verdaderos jumentos que hacen de legisladores y ministros, siendo que están pagados justamente para que mediten, para que piensen, para que legislen sabiamente, y todavía lo que da más risa es que para simular que hacen algo, van a pedir y robar las ideas a los rebeldes contra estas estupideces, a los que lejos de recibir paga sufren persecuciones; yo he visto. Pero mientras los otros están de ida, ellos están de vuelta.

—Lo que hay de cierto en este asunto es que estás hablando, según sospecho, ya que tú tampoco entiendes, ni poco ni mucho.

—Puede ser, ya que somos víctimas del medio. Pero mi intención a más de ser sana es desinteresada.

—Cierto: hablamos, como quien dice al divino botón.

—Es verdad. Mas ya oíste lo necesario. Ahora **pastelero a tus pasteles, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.**

*

Llegando a la esquina ellos torcieron a la calle Comercio y yo me fui derechamente cuesta arriba la calle Yanacochoa.

*

Los hombres imponen la forma y la vida el fondo.

*

Nada más apto para herir la imaginación que un repentino fulgor y una súbita tiniebla y un estampido en el silencio. La fuerza de los contrastes.

*

Cuando se invetera la corrupción, cuando se compra o vende a pregón o a la fuerza el voto libre y secreto del ciudadano, entonces se impone sacar el reactivo del vicio mismo. Hay que propalar en calles y plazas la siguiente especie:

Ciudadano, vende tu voto a cuantos compravotos haya y vota por quienes dicte tu corazón o tu razón; por quien no corrompa al pueblo con el nefando tráfico. Así cumples con tu conciencia, castigas al delincuente, ríes a carcajadas y sacas provecho, porque **el que roba a un ladrón tiene cien días de perdón**, según los cristianos.

Así salvas la dignidad del ciudadano.

Recuerda que tu voto es secreto y que **la voz del pueblo es la voz de Dios**, es decir, que tu propia intuición es la verdad.

Aquí comienza la profilaxia política. Hay que sacar el reactivo del vicio mismo.

Pero el hecho de poder vender nuestra libertad sospecho que sea la mayor prueba de que poseemos la libertad.

*

Hago referencia a esta cuestión por el hecho de que cuando se publicó por primera vez en elecciones, los candidatos se me enojaron hasta que más tarde, siendo ellos oposición y terciaban también en elecciones, echaron mano del mismo articulejo pero ya en su favor, y los que usaron de ellos como arma, cuando se publicó por primera vez, al ver en la segunda en su contra, se pusieron furiosos conmigo. Y son intelectuales de los más representativos y de los que más bulto meten.

No, no es risa lo que me causa: es que me da ganas de agarrarlos

*

Entreveo en las criaturas una sabiduría y una malicia que me humilla y espanta a la vez.

*

A poco que se observa a los niños, se verá en ellos un espíritu más serio que el concepto que de ellos han formado los hombres que no supieron ahondarse en los secretos.

*

Acabo de ver un hombre alto, delgado y muy pálido. Su barba, el bigote, las cejas y las pestañas, tanto como su cabellera, son crecidas, sedosas, negrísimas y abriollantadas; los ojos, hundidos, y la mirada, negra, esa mirada sin brillo y profunda. Viste de luto. Anda a manera de una sombra. Es una mirada la suya que se ha burilado en mi recuerdo. Se morirá pronto.

*

En estos días los historiadores o literatos, o algo que así quieren ser, han levantado una endiablada polvareda con motivo del histórico grito de Pedro Domingo Murillo,

EL LOCO

uno de los más grandes protomártires de la independencia suramericana, el cual al entregar su cuello en la horca al lazo del verdugo, exclamó: —**La tea que dejo encendida nadie la apagará,**— grito que es a la vez un heroico testamento que quiere decir: —El espíritu de mi sangre indomable encenderá de generación en generación la sangre americana hacia su mayor liberación.—

Pues bien, al través casi de un siglo, en que se ha retorcido la República, por destrozarse, al impulso de ese grito sagrado, las heces de la tiranía que sedimenta la esclavitud aun no extirpada, hoy salta una incierta crítica histórica sin suficiente bagaje de criterio para hacer sus deducciones lógicas, pretendiendo que no hubo tal grito, y que más bien lo que Murillo dijo en la horca fue: —La **mechachúa** (el mechero) que he dejado ardiendo a la virgen, que no la apaguen.— Esto posiblemente hablando con sus familiares. Bueno, aun así, suponer tal cosa es más que ridículo en labios de un inteligente rebelde que da su vida misma por la libertad. Cierto. Tanta simpleza no se oye en el patíbulo ni en la boca de un criminal ignorante y vulgar, ¿cuánto menos se podrá suponer en el instante glorioso de un patriota en la horca, que es de suponer que comprendía y presentía muy bien que su palabra era el verbo emancipador de los pueblos y las razas de un continente, dilatándose a los siglos, desde esa alta tribuna del sacrificio y el holocausto?

Pero eso no quita que de ese modo se ha herido de modo muy serio la majestad de ese símbolo de lucha redentora. Mas, lógicamente ello se explica muy sencilla y claramente, sin que por ello se pueda condonar la miopía de los beneficiados mismos que disertan sin beneficio de inventario. Y si no veamos. Pues, ¿quiénes instruyeron el sumario? Los españoles, bajo cuyo imperio se hallaba toda la administración, bajo el dominio español que lo ahorcaba a Murillo por haberse rebelado contra esa su dominación extranjera; entonces nada más natural que tratasen de hundirlo inmediatamente en el ridículo comprensible a la multitud. ¿Y qué? Lo más noble y grande de esa rebelión: la síntesis de todo el proceso de esa única revolución americana. ¡Claro! Mas, suponiendo que así rezase en el expe-

diente en cuestión, existe, pues, frente a frente de ese documento interesado (que por tal se ha de tener) la tradición en el alma y la sangre de todo un pueblo, que mantiene latente ese juramento renovado año tras año, eso que por ser ya el símbolo del espíritu de todo un continente contra los opresores de su libertad, es más que la historia, por la grandeza de su sentido en la existencia de los héroes que inflamó para la independencia suramericana; y nosotros, la ejecución misma de ese testamento; nosotros, los redimidos por ese verbo taumaturgo, ¿nosotros hemos de ejecutar en nuestra propia contra la táctica de nuestros enemigos, es decir, de nuestros verdugos?; ¿o es que se obra sin meditar previamente? Sí, ¿nosotros que no tenemos siquiera ni la oportunidad de la grandeza de morir así sólo fuese mudos por la libertad de un mundo?; ¿esos: nosotros, no hemos de tener, repito, ni la grandeza de admirar el prodigio que nos salva?

Qué difícil es bucear en las tinieblas o la luz de la verdad histórica, que es la prolongación del hecho; requiere un profundo sentido de justicia. A mí me parece que ya que ni por lo menos nos es dado crear una tan grande frase, en tan solemne instante, capaz de promover tan formidables acontecimientos, por lo menos estamos en el deber y la obligación de conservarla a semejanza de llama votiva en el silencio más sagrado de nuestra conciencia, ya que somos los directamente beneficiados por ella, dejando noblemente que la corona haga de ello toda la befa que estime conveniente, no obstante de La Fiesta de la Raza. Dejemos así, en mérito de aquel justo derecho de pateo que lleva el vencido.

Y, para concluir, diré que si hubiese algún pueblo que no tenga un símbolo que le represente, inflamándole la sangre en aspiración de gloria, sería urgente crearlo de inmediato; pero no hallaréis el más miserable villorrio libre que no ostente orgulloso su ser tutelar.

*

Cuando los asuntos públicos comienzan a ser tratados en las sombras, a media voz, con el sigilo que requieren los asuntos vedados y algunas inmoralidades particu-

lares en que la intención del engaño mueve los resortes, entonces se puede suponer que la política está manejada por gente inmoral.

Cosa pública significa pública, a ojos vista. Y los intereses de la patria se han de ventilar a la luz del sol, a toda publicidad, como asuntos que afectan al interés del más humilde ciudadano.

En un país altamente moral no pueden ni deben haber secretos de Estado.

Mas, como quiera que el mundo está poblado de bribones. . . en el país que estuvieres, has lo que vieres, si no quieres ser más.

*

El patriotismo está en razón directa al grado de riqueza pública.

Un mísero que no tiene ni el sudario para su cadáver no tiene nada que defender en ninguna parte del mundo, pero puede ser siempre un mal mercenario.

Mas, si el Estado es pobre, no tendrá ni soldados mercenarios a menos que sean bandoleros, porque todo el mundo sabe que sólo oro es lo que se necesita para la guerra.

Es por eso que los gobiernos, mientras no sean comunistas, deben fomentar o ver que la riqueza sea privada, para que el ciudadano sea patriota, por lo único que puede ser, por egoísmo.

El Estado debe propender a toda costa a que el ciudadano sea solidario de la cosa pública, y luego debe defenderlo con egoísmo paterno, esté donde esté el ciudadano.

Para el que nada tiene ya se puede hundir el mundo, sin que él se mueva, esto si no lanza entonces la risotada de la revancha.

Esto es ser patriota, es decir, hablar así.

*

Caminando sin rumbo fui a dar a la plaza. Me senté en un banco, frente al palacio legislativo. A las once de gusto tomar el sol de invierno.

Dos tipos venían charlando, deteniéndose en la vía a cada instante. Así se detuvieron un momento cuando a donde yo estaba.

*

—Pero...

—Es mejor, Lucio, que guardes tu boca, porque tú, como los demás, no hablas nada si otro no pensó lo que te apresuras a publicar como cosa tuya. Según las leyes civiles te llamarías ladrón; según la moral literaria eres plagiador o simulador, y según la ignorancia del medio en que te mueves tan a tus anchas, eres una especie de superhombre. Pero como no tienes criterio propio, resulta que todo el que medita y estudia te conoce y no te toma en cuenta para nada, en lo que parece que hacen muy bien. Tus petulancias mismas acusan tu torpeza infantil, Lo que te conviene y te aconsejo es dudar de todos, de todo y de tí mismo. Ser malicioso en cuanto mayor grado, tanto mejor. Y mejor todavía si sospechas que los hombres van descubriendo tus supercherías.

Yo te digo que eso de no poder ser **uno mismo** para **nuestra** conciencia debe ser cosa terrible. Los que tal son sin los verdaderos esclavos, ya que en lo más íntimo de su conciencia, con la conciencia de ladrón, viven del pensamiento y del sentimiento ajenos. Para esta clase de ladrones es inútil el sacrificio de todos los redentores en Gólgotas, en horcas y masacres.

Entiendo a propósito que un pueblo es tanto más fuerte y respetado cuanto más conoce sus derechos y cuanto más libres son sus hombres, libres en su conciencia. Y esta libertad significa hombría.

A este propósito cabe hacerte notar que aquella clase de esclavos de que ya te hablé, son justamente los más despreciados por sus amos más que por ningún otro, porque siempre el amo es más en tal sentido. Y esto en los pueblos, es decir, en las multitudes, es la anulación de la conciencia y la personalidad individual, políticamente, porque el amo político lo es porque lleva en sí alguna fuerza de comprensión mayor, y sobre todo mayor valor civil que el ambiente, así sea en estado primitivo, lo cual le permite ver y ponderar el medio, aunque no sea nada más que en algo así como en las lucideces de un agónico, pero le permite ver que la sumisión incondicional de los suyos le desprestigia, arrastrándole a los límites de la fatuidad y del ridículo, que es la sanción más lapidaria, si su espíritu, siempre atento y en guardia contra la credulidad de sí mismo, no repele avergonzado en silencio la servil loa y no se escuda por todas maneras contra el mareo que ocasiona el obedecimiento ciego hasta la adivinación de sus adláteres o secuaces respecto de sus órdenes.

Estas son las razones por las que los esclavos de su propia ignorancia e impotencia son despreciados por sus amos políticos tanto como no lo serán por otro ninguno.

—Así creo: pero eso debes decírselo a...

—No, señorito, a tí es a quien debo hablar, porque... Vamos a ver, ¿cuántos años tienes?

—Veinte.

Justamente la edad en que el individuo necesita saber estas pequeñeces para que sea un hombre digno, ya que el porvenir...

Racionalmente pensando en las verdades que oyeras he visto durante mis días cosas muy divertidas, tanto más cuanto que afectan al individuo lo mismo que a la sociedad. Una de ellas es la imposición política de los mandones a los pacíficos electores. Y ello lo hacen so pretexto de los deberes partidistas. El hecho se produce del modo más sucio y deprimente para el orgullo y la altivez individual,

se entiende que cuando el individuo es altivo. Y así les ordenan de modo despótico y repugnante, cual si estuviesen manejando sujetos hipnotizados:

Ciudadano, vota por la lista íntegra o quedas fuera del partido.

Una carcajada debería ser la respuesta a tal desplante si los hombres fuesen conscientes de su dignidad.

Entiendo que la moral de la candidatura es la insinuación de hombre libre a hombre libre:

Ciudadano, la candidatura de nuestra causa es ésta: Fulano, Zutano, Mengano y Perengano. Te insinuamos des tu voto por quien o por quienes de entre ellos responda o respondan a tu ideal de patriota.

O soy un idiota que no sé cómo se ha de proceder honradamente enalteciendo la dignidad del individuo y, por ende, del pueblo, por desgraciado que él sea, o es, pues, inmoral el proceder de los políticos, cuando obran en sentido contrario.

Pero es también la verdad que he visto tanta desgracia espiritual en estas republiquetas, a tal punto que a los ciudadanos se les gobierna lo mismo que a bestias amaestradas de circo ecuestre: —Bale usted, señor Burro; salte usted, señor Perro, o sino no hay ración.— Y látigo con ellos. Esto aun con las bestias es perfectamente vil, ¿cuánto más no lo será con los hombres? Y hay «ciudadanos, ¡santo Dios!, que toleran semejante presión. Los hay, los vi aquí, con mis propios ojos, y se llaman **pueblo libre...**

He visto en las funciones electorales obrar cínica e impunemente al despotismo de los hambrientos. He visto comprar en subasta la libertad del hombre lo mismo con un feble que por un ministerio. He visto el egoísmo neroniano desarraigando arteralmente y de cuajo la libertad del pueblo, degradándolo con alcohol por todos los gobiernos. Y todo en nombre del patriotismo. Apóstoles de la hipocresía a quienes sería necesario restregarles con paja

brava a raz descarnada, porque lentamente van haciendo de los hombres un miserable hato de asémilas. Por eso me da ganas de mascar mi corazón y escupirlo en la cara de esos explotadores del patriotismo.

Yo he visto corretear como espías o delincuentes a los ministros de Estado, cohechando senadores y diputados, degradados a la ínfima condición de meros cargadores.

Yo he visto a los torpes y hábiles políticos, maquiavélica y burdamente burlarse de las leyes. Y supe entonces de la sonrisa diabólica en las penumbras, cuando el ciudadano soldado ha muerto en los campos de batalla al rigor de la ciega **subordinación y constancia**; pero cuando el hombre, cuando el ciudadano ha de ejercitar la libertad de su voto secreto, entonces... he oído silbar el látigo,

He visto en el plebiscito del sufragio, a los mercaderes de la conciencia nacional, con el crucifijo en la siniestra y el **rebenque** en la diestra, imponiendo su voluntad al ciudadano, en recompensa de un feble. Y esos son los patriotas que piensan o con la digestión o con la cópula.

Tal he visto hombres que así sacrifican sin asco su pueblo y su futuro, todo por atrapar un sueldo y un título: por subsistir a costa de la sangre y sudor del pueblo.

Pero el día que los hombres, por humildes que sean, sepan de la fuerza resolvente que poseen en su libertad que consagra la Carta Magna, entonces habrá sonado la hora.

Mas, estas gentes son esencialmente de compraventa. Y si no que prueben lo contrario. No sé que la oposición siendo mayoría haya llegado legalmente al poder, ni se ha visto jamás que nadie haya legado a ocupar una banca sin haber gastado plata, y mucho menos se ha visto que haya ocupado esos puestos de orientación la pobreza competente.

La pobreza, por enorme que sea su preparación y capacidad, de hecho está excluida de todo sitio útil al instante y al porvenir.

¿Quién hay que pueda desmentirme con un solo ejemplo? Interrogo a todo un pueblo.

*

Y me dio ganas de proferir a voz en grito algo que pudiera reaccionar a las gentes; pero, más bien, en llegando a casa me puse a escribir lo que sigue:

El hipnotismo y la influencia personal son...

Hombre, atiende y medita, porque te hablo de lo que te urge de inmediato, tu señorío en el hogar, en la sociedad y en la patria. Atiende, porque hablo a tu futuro.

Considera que si cualquiera te obliga, quieras que no, a sabiendas o ignorando tú, a que cumplas su deseo, pongo por caso, el que sirvas de tercero en amor, que no es papel airoso, o que, por ejemplo, que sirvas de peldaño, o algo así, en política, es claro que te domeñó miserablemente, aboliendo tu libertad. Nada esperes de él, porque estás a su servicio obligatorio, incondicional y gratuito, si no te exige todavía el sacrificio de la vida, y todo porque no aprendiste a decir en tu corazón: —No me da la gana.

Oye, atiende y considera.

¿No comprendes?

Temo no ser suficientemente preciso.

Cómo se me agita y duele el corazón.

¿Has sentido tu corazón?

*

Pero volvamos a nuestro asunto.

Piensa que el verdadero déspota para tí es aquel que anula tu libertad; y no importa nada el que haya logrado e'lo por medio de mil embelecocos, con babosas alabanzas;

EL LOCO

el resultado es el mismo que obligándote por medio de la fuerza bruta. Un tal proceder implica, a lo más, que en su opinión eres un marica. En cambio, si como sucede en las elecciones, te dan cínicamente cinco, diez, cien o mil pesos, o te ofrecen una curul o cualquiera ganga por tu libertad de elegir conforme a los impulsos de tu sangre o al dictado de tu razón, es porque están seguros de que tu libertad apenas vale lo que pagan por ella.

Resulta, pues, lógicamente, que tu voluntad, tu idea y tu pensamiento, así como tus odios y tu amor, no valen lo que comen. Saben que eres inútil aun para dar tu voto **en** secreto, lo último de la incapacidad. Condición humillante para quien tenga siquiera un poco de vergüenza; dejar imperar en la libertad de nuestro secreto...

Cómo se atraca la carcajada en mi garganta.

Saben lo que bien quisieras ocultar: saben tus miserias; por eso subastan a pregón tu libertad, explotando los andrajos de tu miseria, lo sagrado de tus hambres y lo vil de tus impotencias y vicios.

¡Levántate, miserable! ¿No vales nada más que un mendrugo de pan y un trago de alcohol? Mírate en los ojos de los de tu ralea.

¡Oh, qué careo!

El verdadero déspota o tirano es el que así envilece al ciudadano, y es mil veces más canalla que un legendario comprachicos inglés.

Cuánta degeneración al fondo de la escala... ¡Y *hay* gobiernos que tal encubren y aun fomentan!

Si hubiese un legislador honrado, penaría con la muerte la infamia de los compravotos, porque ellos son carcoma en el fondo mismo de la libertad.

Esta inmoralidad ha llegado tan allá, que se ha hecho un instrumento de explotación asquerosa con el ciu-

dadano armado. Pero por lo menos ya se sabe que al soldado, aun en medio de la subordinación, no se le ha de insinuar, menos imponer, la venta de su voto libre y secreto, porque además de ciudadano el soldado es sangre de holocausto: es sagrado: en su honradez descansa la estabilidad nacional.

Al soldado no se le ha de sobornar ni con el deseo; y quien tal hace es traidor a la patria, porque socava la libertad ciudadana, mancilla la honra nacional y degrada la condición humana.

El gobierno que socapa la subasta del voto elector libre y secreto se hace reo de infamia y declara tácitamente, con su actuación, que ese mismo soldado es sujeto de compraventa, mercancía que por tal manera queda a merced del mejor postor.

¡A qué tajo ha caído la descendencia de los héroes por la libertad!, dijera yo si el soldado fuese lo que no quiero pensar que sea. ¿Cómo decir, pues, sin que se mancille el orgullo nacional, que el soldado es... No, imposible; aun hay esperanza: falta gritar en el corazón de los hombres el divino Sursum Corda.

Hombre libre en hogar libre, rebélate en tus silencios y grita en el fondo de tu alma: ¡Yo! ¡Yo!, hasta que los átomos de tu ser tiemblen en los ecos.

Hombre, ten conciencia de tu libertad y aprende en tu corazón a ser libre, primero de la tiranía de tus vicios: sabe repetir palabra por palabra y con furia el salvador ¡No me da la gana!, y luego sabrás de la inmensa alegría del Yo quiero. Entonces no te confundirás más con los harapos espirituales del que por hambre o vicio vende su voluntad por un trago de alcohol y un mendrugo de pan. Sí, hazlo, dilo y pasa la voz; así no habrá motivo para que se te moteje de pueblo enfermo ni habrá derecho a tildarte de cholo.

Pero sabe que cholo no es el artesano honrado y bien educado; mas, lo es, sí, el que subasta su libertad recibida

EL LOCO

de gracia con la vida. Cholos, cholos y cholos hasta la médula son los que engendran hijos para la inclusa, los cabailleriles de cara blanca y guante calado que contra los secretos dictados de su conciencia rifan su criterio por una curul o algo menos.

Cholo es aquel a quien acusa su conciencia y masca en silencio la vergüenza de lo que es, sin ánimo ni fuerza de enmienda, porque sabe que cholo es condición transitoria y es sinónimo de ignorante y bárbaro. Todas las plebes: físicas, morales e intelectuales.

Los mestizos Murillo, Medina, Lanza y Catacora, yendo de esclavos a mártires tienen la suma aristocracia de la libertad; mas, pueden haber Murillos, Medinas, Lanzas y Catacoras a parvadas, tan infinitamente cholos...

Señores, y de la regia estirpe del héroe, son los indios Katari y los veinte mil que con ellos murieron al represar el torrente andino para ahogar en sus ondas a los chapetones opresores de la libertad.

Hombre, escoge entre chola y señor, y el goce o pesar de lo que sea para tí.

Sé radical tanto como puedas en la independencia de tu yo y harás la aurora de la gran libertad, pese a quien pese.

*

Escritas estas páginas y pasados algunos años de su publicación, puedo constatar que en este orden no ha cambiado la condición moral del país; pero los más cholos tienen a muy alta distinción el motejar olímpicamente de cholos a todos los demás.

Así es. Y sin embargo ¿quién americano mestizo no es cholo, desde el color hasta sus huesos, con todas sus derivaciones psíquicas? En tal caso cholo es el mestizo de cualquier pueblo del mundo.

Luego, por afinidad de ideas, quizás, se me ocurrió escribir esto porque también interesa al espíritu popular.

Esto ya no es posible; todo malea. No obstante... Pero, ¿qué diablos me obliga; además eso requiere sacrificios. ¿Qué? ¡Ah! Es cierto...!

*

Mas, la verdad es que ante la salvación colectiva del futuro, todo presente sacrificio personal es nada, por doloroso que sea. Y, tratándose de pueblos y razas, en este orden de cosas no existe el término medio: se sustenta o se extrae las raíces, porque la vacilación, el estacionarismo y las agonías son las remoras quebrantahuesos.

Y como quiera que el yo es la raíz del individuo... Es decir, que la plenitud del Yo implica la libertad del individuo, del hogar de la sociedad y de la patria, y — lo que es más — de la humanidad.

La conciencia del Yo en el individuo, arrastra inconsciente y violentamente todas las supremacías. No importa que esa conciencia sea silenciosa o muda para siempre, pero que esa idea sea carne en el corazón. Y esto hay que entender muy bien al pie de la letra y letra por letra. Cada cual atrape la verdad y luego ensaye, compruebe y medite, y verá que entonces surge del fondo de su conciencia la inmarcesible fuerza del Yo soy: la fe invencible.

Jehová nos da el ejemplo.

Cuando en la zarza inflamada de efluvios se revela Jehová a Moisés en el monte Oreb, ante el éxodo de la tierra de promisión, le ordena hablar al pueblo de Israel, y, conociendo la fuerza sugestiva de su propia conciencia, le dice: —**Ve al pueblo y dile: Me envía, Yo soy.**— Y luego agrega: —**Yo soy quien soy. Este es mi nombre para siempre.**

Tal es el ejemplo más grande de la conciencia de sí mismo. Pero no es todo; pues vemos vagar a Kristna en la

legendaria India y aun oímos su voz que sopla: —**Sepa el hombre justo, que lo que está por encima de todo es el respeto de sí mismo.**

Nada hay que agregar, porque quien respeta la libertad que Natura o Dios le dio no se abandonará a merced de la voluntad de cualquiera, sea quien fuese, desde Dios para abajo.

Tal pues la conciencia del yo debe ser, por consiguiente tranquila e indomable.

En el mismo cristianismo hallo el más formidable símbolo de la reacción de los caídos, y es creación no de Jehová, se llama Satán, el invicto en la tierra: la aspiración humana más grande hacia el dominio y la libertad infinita, tanto que tienta en la conquista del imperio de Dios mismo.

Y así Satán logra su triunfo de su propia derrota, como la mujer saca fuerzas de su propia fragilidad.

He aquí, pues, que sería lástima que con tales ejemplos el macho ceda femenilmente ante cualquier óbice. El, en pos de su ideal, debe, puede y tiene que exprimir de sus mismas impotencias y derrotas, los elementos de su victoria y gloria; pues basta pensar que aun con el último ansia de vida, por ser supremo, el hombre arranca a la muerte el laurel inmortal: el Héroe guerrero.

Así que nadie debe desesperar mientras viva,

Y me pregunto: ¿quién habrá tan fuerte en la vida para grabar eso indeleblemente en el corazón del Hombre?

Pero la respuesta no se hace esperar y es precisa: la Madre.

Admira cómo misión tan todopoderosa esté encomendada al ser más delicado. Ella hasta por pura vanidad deberá inculcar e inocular incesantemente en el hijo la suma exaltación de su Yo soy.

ARTURO BORDA

Y aquí la madre abarca no sólo el destino del hijo, del hombre, sino de la especie.

Se impone, pues, gritar en el oído de los necios y en el corazón de las hembras, el fundamento de aquello que debe constituir la altivez femenina, y decirles:

—La mujer con el simple hecho de nacer ha adquirido los mismos derechos del hombre; éstos, a la vez que más amplia, se llaman Aire y Luz: la Vida. Pero ella, la Mujer, es más todavía: para nosotros, para los hombres, es la concreción rediviva de la eternidad, tiene la representación divina: lleva en sí el fermento del Origen caótico, el proceso latente de la existencia en las tinieblas de la sacrosanta matriz; es más que el hombre, porque es la Madre, por eso el hombre, rey de la creación, le rinde su vasallaje en oblación de amor.

Hay más.

Pero ya ascendemos en las zonas poéticas más sutiles de la verdad.

Vuelvo pues a lo urgente.

Es necesario que la Madre en el círculo de la patria, ya sea libre o paria, se rebele en el Yo soy de su propio Yo, siempre que se confabule sojuzgar el más nimio detalle en los derechos de su albedrío, aunque ello fuese en el amor, con amor y por amor, si ha de ser para su mal y para el hijo es el milagro de las tinieblas macrocósmicas en su seno, en su sangre, en su médula y en un soplo de la divinidad increada a través del hombre.

Y a la juventud pletórica de vida hay que obligarla, en fuerza de sus propios ideales e intereses, a que burile en el corazón de las madres la altivez del Yo femenino; que con la del hijo vendrá, por herencia, la del pueblo. Así se tendría un país capaz de escalar las más altas cumbres del progreso. Es difícil calcular a dónde puede llegar un pueblo libre, consciente, indomable y ambicioso.

EL LOCO

Con la conciencia de ser la incubadora de la Vida
álcese la madre en una gran llamarada de rebelión,
y sea cada sístole y diástole,
así como cada idea y pestaño,
un gesto de la suprema protesta libre
avasalladora y conquistador
grabando incesantemente e indeleblemente
en el alma de la prole;
y en las auroras de los mañanas
oír el himno de gracia
entonada por una gran raza.

Pero es el caso que llegando a éste punto recobro y veo si es o no razonable o no lo que pienso, y, como en un repentino despejarse de las brumas, comprendo que el Yo soy de Jehová implica la suma de la sabiduría, lo cual para nosotros es ciertamente . . . igual, si nuestra voluntad se propone las conquista.

*

Como quiera que yo había escrito Jehová sin h, noté objetivamente que a Jehová le faltaba algo y no sabía decir qué era, por mucho que mirara y remirara. Así durante algunos meses, a pesar de que ese Jehová estaba escribiendo correctamente en otros escritos. Tal Jehová dejaba de ser Jehová todo por falta de una h de hombre, de macho.

Pero en eso un alboroto en la vecindad interrumpió mis divagaciones

*

Los vecinos que tengo son gente alegre, pues desde hace quince días no cesan de bailar a pesar de que hace cuatro que hubo una gran pelotera.

Estuve escribiendo mientras ellos danzaban, otros cantaban, dándose los más a beber y cantar.

De pronto oí una voz colérica y de seguida un bofetón. Todos gritaron e hicieron un gran movimiento.

Cayó un mueble y se rompió la cristalería. Con tal motivo el alboroto arreció de lo lindo.

Dejé de escribir y me tumbé en cama.

Poco después oí pasos precipitados en el corredor.

Al mismo tiempo apareció en la puerta una mujer que imploraba auxilio. En el mismo punto un hombre la tomó por los cabellos, mientras que otro que llegó en ese momento le atracó un puñetazo en la cara al primero, el cual tambaleó y rodó al suelo. Mientras tanto, los demás, que también habían llegado ya, se apiñaban con furia, sacudiéndose unos a otros golpe de ciego, sin averiguar a quién daban. La gritería era atroz y la trensadura incomprensible. Luego creo que alguien escapó; pues todos se desgalaron en tumulto hacia la escalera, dejando libre mi cuarto.

Al día siguiente unos y otros me quisieron hacer comparecer en calidad de testigo; yo, como es lógico suponer, argüí que no vi nada, pero ellos decían: —¡Cómo es eso! ¡No ha visto? Si estaba usted mirando. Entonces que jure.— Juré no haber visto nada. Y se fueron injuriándome a modo de verduleras, hombres y mujeres. Bueno estoy para servir de testigo a nadie. Si hubiera sido por mí, no sólo no les sirvo de testigo, sino que a todos los mando a la cárcel.

Hoy todavía hay manchas de sangre en el corredor.

En esta mañana se siente frío de invierno. Es muy raro. Posiblemente habrá comenzado a variar el eje de la tierra o quizá no es nada más que me hallo enfermo, lo cual es también posible como lo otro. Pero mi cama está helada y siento en la cara y en las manos como si tuviese careta y guantes de hielo. Frío, muy frío.

*

Me visto y salgo al patia La casa está silenciosa. El sol entibia el aire. Un enjambre de moscas se halla zumbando.

EL LOCO

Dos horas malbaratadas en el ocio.

Ahora sopla intermitentemente y leve el viento.

Me hallo en un estado de pasividad deliciosa.

Una mariposa gris descendiendo revolotea junto a los muros y luego se prende en el umbral de una puerta cerrada desde hace años.

Muy apenas y a la distancia se oye una flauta.

Han abierto una puerta.

Ha pitado el tren.

Se nota la agitación del poblado.

*

Ahora me doy cuenta que estoy caminando la calle Recreo.

Suponer que la tierra es como una cascara de nuez y que en el centro existe un océano de fuego es inocente, con perdón de la ciencia del Siglo XX, es como suponer que donde hay aguas termales existe un volcán. Digo eso porque anoche vino la meditación, envuelta en sombras, y me dijo al oído:

El centro de la tierra es sólido, porque su origen es el micro y su naturaleza el compuesto de lo mismo. El fuego de los volcanes es completamente local, se produce por la combinación de ciertas substancias químicas que se inflaman a determinado plazo. Ahora bien: como el inflamarse implica la violencia de una fuerza presionada, revienta **el calor** a modo de la dinamita, hecho que necesariamente deja un boquerón en la tierra. Y, según la calidad y cantidad de cuerpos químicos, el volcán se apagará o permanecerá en actividad. De la misma manera, una corriente subterránea de agua helada, pasando por un punto donde haya varias substancias químicas distintamente

combinadas, dará a cada ojo de agua, obsérvese las termas, distinta caloría a la misma agua.

Dijo, allá y desapareció. Y me puse a considerar que en nuestra atmósfera el fuego es la consecuencia del calor, éste del movimiento y el movimiento la necesidad de la fuerza, cósmicamente, la cual es la voluntad de expansión, mientras que la voluntad es el principio de la conciencia, una especie de cenestesia.

Pero reaccionando advierto que estos asuntos no son propios de mis labios; sería necesario que más tarde considerándolas la ciencia oficial les de su autoridad.

Por eso ahora no me atrevo a negar la inconsciencia aun de aquello que disparatadamente llaman seres inanimados o inorgánicos, como si la vida necesitase un órgano para ser; sin embargo puedo referir cómo un día, inflado de mi mismo subí a la cumbre más alta del Illimani y comencé a gritar, con la fuerza de las mayores vanidades de los hombres, desde que aparecieron en la tierra, diciendo: — ¡YO! ¡YO! ¡YO! — hasta que del éter, el agua y la tierra salieron millares de imanes químicos, a modo de bayonetas que me apuntasen, descomponiendo así, químicamente, mis tuétanos, mis huesos, los nervios, la sangre y los músculos, todos mis tejidos, todo mi organismo, el cual se iba dilatando por substancias efluviadas en el universo, mientras que mi voz se apagaba y mi conciencia se disragaba. ¡YO!... iba desapareciendo insensiblemente en la indiferente eternidad a tiempo que iba volviendo en un, matándome de risa de de las ingenuidades que forjan los ensueños.

Apostaría que estuve hablando en voz alta; pues veo que la gente pasa riéndoseme. Yo también sonrío.

Los espíritus son burlescos, en su gran mayoría, y mi alma es tan simple, apesar de toda mi apariencia de malicia en mi conciencia, que cuando hablo de mis ensueños, esperanzas o ideales, necesito que las gentes me atiendan con la misma fe condescendiente que a los niños, porque de no ser así, caigo de golpe en lo más profundo de mis melan-

EL LOCO

colías. Y lo más sarcástico es que cuando se burlan hago lo posible por dar, del modo más natural, una intención cínica a mis intenciones y, sobre todo, a mis palabras, para simular que me burlo de mi mismo.

Así soy la víctima de los demás, pero como quiera que he pasado la vida en la observación de los seres, el más listo cae en la zona de mis análisis. Y si no es así por lo menos así debo creer para mi consolación.

*

El pasado es bello sólo por el recuerdo, porque lo destroza de todo lo nulo que tuvo el instante: involuntariamente nos empeñamos en suponer evidente la dulce mentira con que cubrimos un tiempo tan áspero y amargo como el presente.

ODIO

Cuanto más intensa e inteligentemente hayas vivido la impotencia efectiva en que se rebate el ambicioso o el infeliz, tanto más gozosa e inconscientemente serás, si hallas oportunidad, el mejor sayón del primer tirano que tengas a la mano: y tu venganza caerá como plomo hirviente sobre todos los hombres; en cada martirio que infrinjas resucitarán gigantescas y hercúleas una a una las impotencias de tu ominoso pasado.

Quisiera hacer de tí el tirano más feroz, para que te vengues de la humanidad y al fin pueda entonces yo echarte un gargajo en la cara.

RAZÓN

Por impersonal que sea el odio, deprime: nos sentimos heridos, experimentarnos en el alma un movimiento de repugnancia y nos descompone un oculto malestar; en cambio el amor dulcifica nuestras amarguras, expande el alma y nos sabemos ser mejores aun.

AMOR

Ten a través del espacio mismo, en tu idea y en tu voluntad, un impulso de cariño a mis desventuras; llegue a mi corazón tu espíritu como en un soplo vivificante; que mi alma, consolada y agradecida ya, te bendicirá solemnemente, elevándose enamorada en los horizontes.

*

La falta de criterio es la esclavitud misma, porque en tal circunstancia el ser se rinde ante cualquiera razón que se le oponga. En ese estado el valor y la audacia se agobian.

Cuando en un pueblo son mayoría estos que deberíamos llamar cretinos, entonces el tirano es la floración más lógica, porque con el mínimo de audacia y de conocimientos se imponen. Tal para cual.

He ahí que lo único que necesita el tirano para manifestarse enormemente es el primer impulso: conocer la situación espiritual de su pueblo y obrar en consecuencia, llevando la fe de que entre ciegos el tuerto es rey. Así, pues, si ahondamos esta psicosis colectiva, veremos que el tirano, en el fondo, no busca ser lo que es, sino que, como fatal floración del medio, es el tipo impuesto por la voluntad inconsciente del pueblo.

Por esa manera llegaremos a comprobar que si un hombre medianamente inteligente y que empujado por las circunstancias llega al gobierno, y sin embargo de tener aptitudes para el despotismo rehuye ser representante y conductor de un pueblo degenerado, necesita un tacto exquisito para no violentar las terquedades de tal hato de bestias, y no hombres, que lo que necesitan es el yugo. Pero entonces el gobernante que elude así su destino, merece profunda lástima, por cuanto que si continua con el manejo del Estado. ..

Está comprobado que el peor de los males es entenderse con animales.

EL LOCO

Ahora bien. Si el mandatario no quiere hacerse con-miserar en el silencio de los hombres libres, no tiene mas remedio que ir resueltamente hasta las últimas formas de la tiranía, arrastrando todo el odio que atraen las violencias, y, en consecuencia, ser despreciado, ya que toda tiranía provoca el asco que da toda antihumanidad, o, por lo contrario, verse obligado a abdicar. Pero como quiera que las abdicaciones implican impotencia, en el concepto de la vulgata, y las impotencias son causa, casi siempre, de burla, la cual irrita y arrastra hacia la cólera que es la sin razón misma, resulta, pues, que al medio...

Dicen que hasta cierto punto el medio es el mejor pedegago; pero no hay que dar crédito a todo cuanto se ha echado a volar.

Si los candidatos a tiranuelos leen estas divagaciones absurdas, pueden sacar algún provecho, siempre que mediten, porque en éste país todavía ni aun los sacerdotes saben lo que es meditar, por eso no se oye ni un sólo sermón que despeje incógnitas y descubra nuevos horizontes a los esclarecidos cerebros y que arrebatara imperdurablemente los corazones en el fuego sagrado del amor en pasión a Dios. Sin embargo es necesario saber que el alma del sacerdocio es la lírica. Pero lo que más pena me da es oír a estos pobres oradores sagrados en medio de los estertores de una larga agonía de todo lo sagrado.

EL TRUNFO DEL ARTE

EL DÍA

Hay una fuerza misteriosa que me impulsa a escribir estas líneas En períodos breves y no se lo que diré; pues no se me ocurre cosa alguna.

Y estoy así, indeciso, temblando al sostener el lápiz sobre el papel, ebrio de olvido e incomprendiones, cual suele estar el alma en el sordo rumor de las ponderosas y enormes rotaciones de las masas de sombra en el insomnio.

Pero en éste momento dijérase que mi alma acaba de abrir todas sus fauces a la amplitud del infinito: ha bostezado por los cráteres de todos mis abismos y ha respirado una larga bocanada del aire húmedo y denso, soterrado en los tiempos inmemoriales, como en una exhumación instantánea de la eternidad.

Mi alma tiene la absorción insaciable y fatal de los abismos: es la celosa tracción del caos y de los antros: es negra, traidora, infinita y profunda. En ella, al fragor de todas las más locas tormentas, hay danzas ingentes de espíritus malditos; mas, tiene también el silencio de los grandes amores y la serena calma de la muerte.

Mi alma es la atracción de los vértigos: seduce y marea en la incomprensión de todas las desorientaciones; es al par rompeolas, imán y parrayos de todos los tedios, de todos los mareos y melancolías, y también es la fascinación de las alegrías en el torbellino de los goces. Seres, amores y teorías, todo devora angurrientamente y sin cesar.

ARTURO BORDA

¡Huid, pues, de mí oh, gentes! porque mi alma es el invisible sorbete de los tuétanos, sorbete de los nervios y de la sangre. Toda carne llega a mí tambaleando a vaciarse en mi pasión.

¡Huid de mí, oh gentes! porque soy el secreto viviente de los misterios profundos, fermento de las tinieblas eternas, y hay en mí esplendores aun no intuidos.

¡Huid de mí, oh gentes! ¡Huid; soy el loco! ¡Aja, ja, ja!

*

Pero ¿cómo se entiende? ¿Estoy solo? ¿A quién grito, pues, escribiendo así, con ira?

Tengo miedo y estoy rendido, sin embargo de que una fuerza misteriosa parece haber guiado mi mano. ¿Serán las impulsiones subconscientes.

LA NOCHE

I

¡Oh, grave inquietud! El aire ondula y cruje; se diría ser un frufú de seda estrujada; pero no: es más bien algo como el pausado latir de un corazón atento: es mi sangre que oigo palpar claramente en la pesadez del sueño que me rinde.

II

Así a medida que me dormía iba notando cómo poco a poco me volvía arena y roca. De esa suerte resultó ser la América.

El Quijote y Sancho habían pasado ya el océano; y, tomando a la derecha un oculto senderito, iban trepando los inmensos Andes, llevando de tiro a Rucio y Rocinante. Todos cuatro estaban escuálidos, casi imperceptibles entre

las inmensas breñas. De tiempo en tiempo se detenían a conversar en un idioma sonoro y fluente; pero no se oía sus palabras, porque los vientos pasaban cantando sordamente formidables, arrastrando el himno de las cascadas que desde los hielos entre las nubes se despeñaban de abismo en abismo, conmoviendo los roqueros tajos. Luego los caminantes acamparon en una hoya. Sancho, tomando la lanza de don Quijote, dio con ella de firme en el monte, arrancando por tal manera grandes trozos de oro que los guardaba el zafio en las alforjas. Tanto hizo Sancho con la lanza en las rocas, que gruñendo el monte dio tal sacudón de terremoto, que echó a rodar escudero, bestias y caballero, hasta la orilla del mar. Entonces se desendacenaron los huracanes de la América al soplo de los espíritus autóctonos, quienes impulsaron las procelas del océano, el cual luego los escupió iracundo a escudero y caballero en las riberas cántabras, su lar de origen.

*

Después recobré la forma nativa, pero la negra profundidad de la noche era insondable; mas, en el lejano temblor de una estrella, vi llegar un espíritu luminoso, como el ángel temerón, que jugaba con millares de rayos de luz irisada, alborotando en las atmósferas, con sus inmensas alas, legiones de insuperables fantasías. La inmensidad comenzó a resonar con música de alas, de céfiros y de sonrisas de seres pequeñitos, casi incorpóreos e invisibles, que batían cendales sonoros de colores líquidos, transparentes y odoríferos, que los euros y los aquilones aventaban. El ángel, como a trasluz de las ondas estriadas de un torbellino, se movió aun más ágil y potente, haciendo temblar en retorciones amorosas el maravilloso éter de imágenes inmensurables ya: la actividad cósmica, desde los seres inorgánicos hasta los soles negros, muertos, en rotación macabra, chocando entre sí y con los mundos vivos, se convertían en nebulosas que luego se transformaban en soles, en cometas y estrellas esplendorosas; después comenzó a subir de la tierra un vaho calígeno que con las voces de todos los seres contaba a gloria en el bronce de las campanas, en arpas y en siringas, haciendo flotar al aire reberverantes cintillos multicolores, en esa locura de inauditas vi-

siones en que competían danzando los espíritus grandes o pequeños, perfectos o monstruosos, como en las fiebres por el esfuerzo de la respiración que se prolonga hasta reventar los pulmones. Entonces todo se inflamó en un rojo al blanco incomprensible, mientras que el arcángel bailando en el cintilar de las estrellas, — decía: — Loco, soy Escintila Arkángela — E hinchado asombrosamente sus pulmones absorbe la eternidad, soplándome en el pecho un huracán de fuego, con lo que me despierta.

III

La fiebre me quema la carne y el pensamiento. Que alumbrara pronto la aurora. Estas sombras... Hay no sé qué misteriosa espectación de los espíritus. Alguien anda de modo cauteloso en el espacio, el cual se estremece como al contacto del misterio en acecho. ¿Si será la visitación de Helionoto o de Luz De Luna?

*

Sí: rumorea el sordo movimiento de un acerado cor-daje y suena la hora. Las vibraciones huyen perdiéndose en el silencio. Luego...

¿...

No, tan misterioso. . No, no es un suspiro. ¿Será el vendabal que murmura?

Mi alma está temerosa y triste, porque alguien sin forma me nombra y espera en la sombra.

Esa voz silenciosa, casi un eco perdido, mi alma la reconoce; a su recuerdo mi espíritu palpita en el deseo.

*

Y no es Helionoto ni Luz De Luna la sombra que pasa ante mis ojos como sombra mediatubunda en la penumbra del fondo sin fondo de los espejos.

EL LOCO

UNA VOZ (en mi pecho)

¿Loco! ¿Loco...

YO (mirando la sombra que pasa)

Yo te vi, opalina sombra,
no se cuando ni donde.
De aquellas hondas tinieblas
surgiste una vez
¡oh divina Locura, célica sombra!
y con amarga sonrisa,
resecos los ojos,
me miraste larga y fijamente.
Estático y en silencio te amé.
Luego esfumándote en el aire,
a medida que llegabas,
te perdiste cual la niebla.

Hace tiempo que te busco delirando.
¿Di quién eres tú que desde el misterio
en el silencio me nombras y llamas?
Ancioso oigo tu voz
en el loco latir de mi sangre,
llevando tu difusa imagen
grabada en honda pasión.
Mas en vano te busco
lleno de amor y fe.

¡Oh Helionoto, Luz De Luna o célica Locura!
opalina sombra errante en el ideal,
yo te llamo con el desgarrado grito de mi pasión
inmerso en las inciertas ondas del deseo,
y aun el orbe crepita con tan infinito amor;
lo sabes y ni vienes ni respondes.

¿Acaso en vano avisero los lejanos confines,
allá donde todo yace sañudo, torvo y mudo?
No, no en vano mi amor hipa
estrangulando su congoja
que se extingue en silencio.

En éste arcano de mi alma

¿es acaso que ya a nadie espero,
ahora que el eco no me responde
ni la sombra me sigue?

*

El buho ha zollipado y se oye el eco de los pasos
de un transeúnte que se aleja.

*

Pienso en mí y advierto con terror, que no son mas
que alucinaciones las que tengo. Soliloquio. Luego sien-
to hallarme flotando fuera de mi mismo, en ignotos es-
pacios, suave y dulcemente.

*

Pero ¿quién aceza tan cerca de mi? ¿Como! ¿Qué
raro! ¡¡Aja, ja, ja! Es mi propia respiración. Sí; oigo la-
tir mi corazón: Tac, tac, tac... Es mi sangre.

IV

Necesito aire, mucho aire. Mi sangre hierve.

Me levanto de cama, abro la ventana y salgo al balcón

*

Hace frío. Garúa. En el cielo pasan los
nubarrones, orlados con la suave luz de luna.

Se oye el distante y metálico vibrar del golpe de
una comba en el yunque, a modo de un silbo de aguja.

En el azul tinto de la noche, los montes se recor-
tan tinieblinos, hacia Oriente y Levante.

Y, semejando el difuso reflejo de las estrellas en
las charcas, se vislumbra el alumbrado público, cuya luz

EL LOCO

clarear la niebla que pasa saturando la ciudad, la cual parece suspirar, presionada por un rudo tacón. Así la tierra, como si crujiera, eleva un sordo murmullo.

Oigo que a lo lejos ladra un perro y acaso si algún gallo canta a deshora.

Mas, ya siento acelerarse mi pulso. Mi cuerpo tiritita.

¿Cuántos grados tendré? Temo un nuevo ataque de fiebre.

Creo que por esta languidez de tan larga convalecencia, todo lo siento y veo lejano, lúgubre y misterioso, lo cual reagrava al mal de mi cansancio y hastío.

La niebla se compacta, la oscuridad aumenta y el frío se intensifica.

V

Paso el dintel. Cierro la ventana. Me acuesto. La cama está fría.

La luz de la vela se opaca lentamente.

En el comodín, junto al candelero, se ha posado una mosquita. Ahora se meza la cabeza con sus patitas delanteras, las cuales se frota después, satisfecha al parecer. Luego con las posteriores se limpia las alitas, enarcándolas. En seguida va rápidamente de uno a otro lado. Y alzando el vuelo se pierde en la sombra. Ahora solo se le oye zumbar.

Con tal motivo me quedo mirando los extraños dibujos de las goteras en el tumbado.

De pronto acechando y recogidas oscilan las sombras. La llama flamea. Alguien sopla; y sopla más y más: pues la llama se apaga. Y surgen las sombras en atropellado tumulto, cayendo sobre el pabilo.

Tinieblas.

Siento una olada de sangre en mi cuerpo. Mi respiración se afana.

Agitando las manos y sacudiendo la cabeza quiero borrar mi vida.

VI

Cruje el aire. Hay en las sombras furtivos andares.

En agitación indecible se sacude mi ser, cual en atómica trituración, reavivando en mi vida opresa en congoja este anhelo de algo que ignoro.

*

¡ Ah! Vuelvo a reoír el sempiterno y vago gemido de mis noches sin sueño.

¡Oh la hora maldita!

Cuanta tiniebla...

 Mi corazón da un súbito vuelco
y siento, en atropellado palpitar,
un desesperado deseo de...

 ¡Oh Señor! vuelvo a contemplar el lácteo tul
que ondula,
llega
y se esfuma.

Luego surgen allá dos espectros,
y, como siempre,
luchan en silencio, estrangulándose.
Y soy yo mismo quien siente sus dolores.

 Pero... ¿Cómo?
 Aquella, sí, esa.» la
 reconozco: esa, sí, es mi alma
 ¿Y ese otro es mi cuerpo...?

EL LOCO

!Ah! ¡Gracias a Dios! Se desvanecen.

*

¡Uf ! Dijérase que circula fuego en mi sangre, mientras que mi cuerpo se laxa fatalmente. bajo este inmensurable e intangible peso que me asfixia. Que siquiera pudiese hablar. Jamás fue tan írrita y nula la voluntad.

*

Pero ¡oh! ya retornan los espectros, dialogando con las cavernosas voces de los muertos olvidados en el eco de sepulcros vacíos.

MI ALMA (asqueando)

Cuerpo ingrato. ..

MI CUERPO (con deajo zumbón)

¡Ah! ¿Ríes misericordiosamente, Alma **mía?** **Pobrecica.** . . ¡Aja!, ja, ja! **Probrecica.** . . ¡Aja, ja, ja!

MI ALMA (indignada)

¡Skipjack simborn!

MI CUERPO (despectivamente)

No ignoro, Alma, que estás en el paroxismo de tu dolor. . . ; ló sé: pues te veo revuelta en tu agonía, ante la que tiembla de placer mi corazón. ¡Aja, ja, ja!

Tal dicen y el aire se estremece con rechiflas de lejána y frenética muchedumbre que huye, mientras que la visión va desapareciendo en el silencio letal de una orquina sombra.

Después de un intervalo, casi de siglos, reoigo las voces de mis sombras, pero hablan más misteriosamente.

MI ALMA

¿Y tiemblas, Cuerpo, porque el insomne dolor no tiene eco? Mira, más bien, para tu consolación, como allá ya se descorre el velo del último misterio.

MI CUERPO (espantado ante la eternidad)

¡Oh, Alma! ¡El letal mutismo...!

MI ALMA

¿Tiemblas, Cuerpo? Aun no hemos llegado al origen; apenas si estamos ante el primer velo de la muerte.

MI CUERPO (absorto en la infinitad)

Pero...

MI ALMA

Avanza intrépido, Cuerpo sin norte, mísera materia bruta; que el reposo de tus efímeros ardores será allá, la paz de tus penas duras.

Aquí, Cuerpo mío, concluye el reinado de la carne. Este es el umbral. ¿Pasemos?

MI CUERPO

¡Oh! No. ¡Piedad, Alma mía!

MI ALMA

No desesperes ni tiembles, pobre carroña; pues quizá^ si en el último instante o tal vez en la solemne desolación del caos halles la necesaria paz que...

En esto crepitan los átomos e invade en todo un sepulcral mutismo.

EL LOCO

YO (angustiado)

!Oh sombras nocturnas!
pasad con vuestro séquito
fantasmagórico,
que no menos vigilantes ni menos
falsos
me son los séquitos con que los
días
van de Oriente a Occidente.

Pasad claridades y sombras de la noche,
que todos los minutos de vuestras horas
me hallarán vigilando a vuestros horribles
espectros que nacen y flotan sin ruido ni
consistencia
y luego se esfuman.

Ya sin temor ¡oh raudas horas!
que el sueño sólo me es ya un remoto
recuerdo:
mis ojos y mi pensamiento no duermen.
Pasad, pasad en veloz carrera,
no importa, pero no arrastréis a la nada
el roto ideal empapado en el dolor.

Huid ¡oh noches hidrogenas de insomnio
ahitas!
que el Infierno juega ante mí con sus fatídicos
espectros con danzas macabras,
con solemnes meditaciones
y risueñas perspectivas:
sombras de extraña claridad

que desde el anochecer a la aurora
me sostienen en la vigilia,
en un mundo sin forma;
pasad por piedad,
que teniéndolas os ansío
con la curiosidad propia
de quien se siente arrastrado.

¡Pasad, pasad!

Alma,
tornado en calma
me haces ver el piélagos bravío,
en el cual nuestro bajel

— El Ideal —

singla próximo a arribar
a la ansiada costa de Levante,
allá donde irradia la tibia luz
de un esplendente sol
de sosegada ventura y tierno amor

Euros, ciclones y huracanes,
tornados en céfiros, en cierzos y en auras,
entonad cólicas canciones marinas
y soplad empujando levemente la velera nao
hacia la cercana costa
de sosegada ventura y tierno amor.

No bien lo cual dice mi Cuerpo, rutila el sol, soplan los vientos y se alborotan las aguas. Se oye el preludeo de una música divina. Mas, pronto se elevan las densas brumas y tornan las tinieblas, empujando una inmensidad de silencio.

¡Oh, diabólica noche!

*

MIS LABIOS (hablando *en voz baja*)

Ojalá no retornen más estos fatídicos espectros, porque ya no se si he perdido o no la razón, o... No se.

Mi cráneo parece que ha de estallar por el impulso interior de unas vorágines desatadas; mi corazón se halla a punto de reventar, en fuerza de su horrísono traqueteo, cual si fuese un volcán en erupción, cuyas iracundas luchasen con las revueltas olas de un estruendoso mar.

Y éste torbellino de ideas sin sentido en que se pierde mi vida en pos del eterno enigma, es...

Es inútil: allá donde escruto, ora sea con el sentir, ora con la vista o ya con la idea, ahí hallo perenne la inmutable interrogación, en el tiempo o en el espacio, en el alma o en la materia, hundiéndome cada vez más, por tal manera, en esta ignorancia e impotencia sin fondo.

EL LOCO

MI CEREBRO (gravemente)

Alma, di ¿qué resta de la luz, cuando cesa, y que del alma, cuando la vida huye? Alma, indaga el arcano y responde por piedad; porque (cómo creer que la muerte sea simple descentralización de la fuerza, cuando el alma, como mera resultante física del movimiento armónico, disgregada en lo infinitamente pequeño, transformando diversos cuerpos en distintos espacios y tiempos... y ello sin ninguna relación entre las partes de lo que un día fue una conciencia, y, relación entre las partes de lo que un día fue una conciencia, y, Señor, sin conservar nunca más el **recuerda** de su actividad anterior... ¿Es que el alma así dispersa, sin conciencia ya, será ora nube o roca como tan pronto escremento o suspiro?

Si eso es algo espantable, ¿o sencillamente no tiene importancia?

Pues entonces ¿qué pensar? ¿como obrar y para qué? El placer y el pesar, como el bien y el mal, ¿qué nos suponen? ¿Cual es el objeto de la razón, de la ciencia, del amor y del arte? El oro y la miseria, el crimen y la virtud ¿para que, si la vida y la muerte nada implican al fin?

El infinito y la eternidad existiendo de un modo estúpido, sin objeto ni necesidad...

Dios hecho un simple prejuicio ¿qué no supone ya...?

Viviremos acaso sólo con el objeto de desenfrenar nos a destajo, para resultar un día bestializados y tumefactos en la covacha de algún hospital, o, en su defecto, suicidas, o en el patíbulo, por incendiarios y sacrílegos, por traidores y cobardes?

Alma ¿sólo lo inútil es lo absoluto?

Alma mía ¿no hay refugio en esta siniestra agonía?

¡Dios mío! ¡Dios mío...

Y queriendo formar un concepto claro de tales ideas sin forma, siento el distinto golpear de mi corazón, oyendo el zumbido de mi cráneo.

El espacio gravita y me voy durmiendo.

VII

Y, a medida que se despejaba la niebla, noté que me hallaba en la pedregosa ceja del alto monte, bajo un cielo tenebroso, contemplando la inmensa soledad de la pampa, limitada al fondo por la enorme cordillera. Hacia el Oriente contemplaba lo fragoroso de la sierra; La Paz en la quebrada y su cementerio a mis pies.

En lontananzas emergió una tempestuosa aglomeración de cúmulos que avanzaban entre cárdenos y negros resplandores, arrastrándose sobre las altas cumbres. Los vientos soplaban veloces y con furia, como lebreles desgalgados que levantando polvareda iban llanos y quiebras, trasmontando cimas, entre silbatinas y voceríos.

A medida que llegaba la tormenta, el estruendo acrecía cual si fuese en la roca el choque de millares de cascos de bridones desbocados, batiendo al aire la crin y cortando el huracán, o como el bramar de los leones hambrientos y acosados en sus cavernas o ya a manera del traqueteo de enormes locomotoras rodando en graníticas gargantas.

Tal llegó la tempestad, sacudiendo en vastas ondulaciones el éter y la tierra.

UNA VOZ (saliendo de la tormenta)

En tus ayeres ya sentiste el acerbo del amor; ahora atiende a la Verdad agria y brusca. Soy la Vida.

Debemos cruzar innúmeros universos. Deslígate pues de tu cuerpo, para que con mayor velocidad que tu pensamiento atraveces espacios y tiempos.

Y desvaneciéndome al instante comencé a elevarme sobre el Orbe. La tierra era ya apenas una imperceptible lucecilla extraviada en la visión del infinito.

EL LOCO

LA VOZ

Todos los mundos que veas en estos espacios, y aun los que no adivines, son cada uno el centro del infinito en este eterno día formado por el constante concurso de las claridades cósmicas, esa magia de las penumbras iluminando los espacios sin luz. Esto demuestra la negación de la eterna noche que decantan los hombres. La noche con relación a la muerte, no es la noche, es la muerte. El que muere no duerme, muere. La noche apenas es un accidente de cada cuerpo sidéreo perdido en el eterno día.

Dijo mientras yo avanzaba en el espacio. !Oh, como flotaba! En el tranquilo éter de un bello día no se desliza con más suavidad la golondrina ni con más amor pasa el céfiro en la superficie de las aguas dormidas; un rayo de luz no viaja con más rapidez que aquella que con delicadísimo placer y suavidad sin nombre hendía mi alma en el infinito.

Mas, la fatiga de mi espíritu en su errar sin tino hizo que descansase en el más cercano mundo que hallé.

Al través de la noche de éste mundo ¿ves aquella pequeñísima estrella?

Y una mano diáfana extendiéndose en el espacio señaló el punto mas oscuro del cielo.

LA VOZ

Esa es la Tierra. Y tu cuerpo duerme allí.

Entonces sentí elevarme nuevamente, alejándome con velocidad inconmensurable, cruzando órbitas y eclípticas de soles, de estrellas y cometas, aturdiéndome en el vértigo. Mi alma se hundía en plena inconciencia, avanzando siempre.

LA VOZ

Mira allá.

Y vi el vertiginoso avanzar de un cometa que en silencio sepulcral chocó con un planeta.

El choque de esos dos cuerpos desquiciados en millares de astillas luminosas semejaba un enjambre de cometas divergentes; lo cual me sublimó, abismándome en la contemplación de la celeste pirotécnica.

LA VOZ

Sigue, loco, a cualesquiera de esos fragmentos de mundo.

Y yo, como una brizma absorbida por el vacío, así fui en el más pequeño ápice, el cual, después de cruzarse con millares de mundos, cayó en uno, sepultándose hondamente en él.

Quedé aturdido.

LA VOZ

Alma, volviste al punto de partida y tu pecho aun no ha respirado la segunda vez.

Ahora bien: ¿dime, espíritu loco, estúpido asceta ¿por qué buscas los imbéciles deleites de la idea razonada, hundíendote en tí con tus olores y angustias, huyendo de la gran ebriedad?

Dijo. Y en mi corazón y en mi cerebro poblaron, en desesperado laberinto, todos mis recuerdos y todas mis esperanzas, todas mis ilusiones, hipando en un mar de llanto que con mi alma hecha girones estallaron en la más íntima queja a la voz de la Vida.

LA VOZ (con acento severo)

Ven.

Inmediatamente, apesar mío, ascendí a regiones altísimas.

EL LOCO

LA VOZ

¡Pobre hurañón ! ¿qué buscas en la existencia, sumergido en el color? Si parece que alguien hiciera eso, es porque para su ruda naturaleza el dolor constituye secreto placer. Verás que en los santos mismos su impávido resistir al martirio es sólo en la esperanza de gozar el galardón de un eterno deliquio. Advierte que en tales condiciones la esperanza es el mejor anestésico.

Mas, echa de ver que ello es el máximo de la estupidez, porque se debe procurar ir a la delicia por medio del placer.

Mira que confusio se hizo Dios no por redimir a la humanidad sino que fue al secreto placer del triunfo de sus días en su conciencia, es decir, por el Gran Egoísmo, por lo cual fueron también dioses, Cristina, el Budha Sidharta, Jesús, Mahoma y otros.

Por el triunfo de la vida en la vida, fueron asesinos por excelencia, César, Nerón y Atila, Tamerlan, Napoleón, Gengis Khan y el Hohenzollern II.

Yo soy. la Vida; atiende.

Sabe que como todo y todos habrán de morir, y que muriendo jamás renacerás con su conciencia: los vientos de este mundo, que un día desaparecerá, disgregarán las partículas competentes de tu ser.

YO

¿Y el arte? ¿Y la perfección de la última familia?

Por toda respuesta estalló la más sonora carcajada que imaginarse puede. Al inaudito restallar de esa burla el éter se sacudió en infinitas ondulaciones. La tierra tembló en millares de estremecimientos.

Los imperceptibles sepulcros, impotentes para sopor-tar en sus concavidades semejante estruendo, después de

repercutirla détilmente, crujieron, se desquiciaron y rodaron por tierra, esparciéndose huesos rajados.

Mientras sucedía eso, se levantó de los amarillentos osarios algo como un himno de blasfemias, de suspiros y plegarias, de ayes y risas.

Y así los montes sonoros iban repercutinedo la estridente carcajada que se alejaba.

Después, cuando ya todo era silencio en las alturas en que me hallaba...

LA VOZ (sarcásticamente)

¿De qué arte o de que perfección de la última familia hablas, si al paso en que va la humanidad no tardarán los seres en nacer decrepitos en el germen del cansancio que arrastra a las sociedades?

Mártir del alto fin, yo te hablo, yo, la Vida.

El cultivo de las virtudes como medio de perfección para la última familia es la quimera de lo absurdo, es la visión de los necios, conduce a estrellarse contra lo inútil.

Atiende.

Desde el más sabio al más estúpido de los hombres, desde que el mundo es y hasta que deje de serlo, siempre estarán acordes en buscar nada más que sus íntimos placeres.

Este es el único sentido práctico. El ideal no mueve a la efectividad.

Se, pues, en tu propio goce, egoista hasta el delirio: busca tu contento. Mas, si para ello es necesario el placer y la risa de los demás, se prodigo de tu egoísmo; pero si para tu satisfacción es necesario el dolor del resto de la humanidad, entonces tala, roba, viola y asesina.

EL LOCO

Vive el presente en toda su intensidad, porque apenas dura un instante, casi nada: el continuo pasar; Vive el presente y ¿qué te importa el pasado? Ello es lo que no será nunca más. El futuro ¿qué te supone? ¿Quién le pondrá valla, ni quién dirá lo que será el segundo a venir?

Avaramente aprovecha tu tiempo y no olvides que sólo vale y perdura la sugestión del ejemplo.

Ahora observa tu patria en su ayer, hoy y mañana.

*

Y al instante vi en el fantástico horizonte de la Aérica una forma de pulpo enorme que avanzaba entre rayos; pero a medida que llegaba fue tomando las trazas de un macho cabrío. Le seguía una larga y famélica corte de sátiros y furias.

SATÁN

Aun hay tiempo para el logro de nuestro fin. Aprovechad angurrientamente las primeras horas, antes que despierte el monstruo inocente y feliz.

Obrad. Obrad. Y venga el oro, que allende los mares la crápula nos llama.

Al oír tal orden, las impúdicas gabelas pulularon a millones, insicionando sus uñas sucias en el lozano cuerpo del monstruo que dormitaba, el cual despertando exangüe y tarde ya, vio segada a ras la mies áurea de su vasta heredad; mas, colérico entonces, en vano se esfuerza por moverse.

Así impotente, vencido sin lucha, gruñe su estertor, sorbiendo su propia sangre, mientras que con burlescas risotadas las utéricas furias le acongojan su agonía.

SATÁN

¡El oro! Venga el oro, que el jolgorio nos llama. ¡El oro! Quiero oro y sólo oro. Oro y nada más que oro, oro, oro y oro.

ARTURO BORDA

SÁTIROS Y FURIAS

Señor del hondo Orco, el monstruo está ya exhausto: talados los campos, vacíos los auríferos senos, raso el cielo, estéril la tierra y el sol calcina.

Dancemos, pues, Señor del hondo Orco, que ya sólo queda miseria y llanto en estos lares.

SATÁN (furioso)

Perros infames! ¿No habéis oído? ¡Oro, oro y siempre oro!

LAS GABELAS (asustadas)

Señor, el monstruo, falto de sustento roe ya sus propios miembros.

SATÁN (angón-lento y desdeñoso)

Que se roa las entrañas ¿y a mi que? Digo que venga el oro. ¿Entiendeis, idiotas? Digo que quiero oro y no más que oro.

Llenemos arcas y saciemos instintos, que lo demás es nada.

Quiero oro, oro y sólo oro. ¿Oís?

LOS CACIQUES

Aun queda, Señor, un recurso: las visceras del monstruo son de oro.

LAS GABELAS

El corazón, último tributo, hace tiempo que fue arrancado, y lo que resta se halla en putrefacción.

SATÁN

Quedan los intestinos.

EL LOCO

LAS GABELAS Y LAS FURIAS

Eso hace marras que fue escanciado.

SATÁN

¡Oh, demagogos! ¿no sentís cómo cosquillea en el orgasmo el candente placer? Partamos pues, que en los antros del otro mundo nos ansian los espasmos.

CACIQUES Y GABELAS (muy alegres)

Primeramente dancemos, Señor, en loor al triunfo.

¡Loor y gloria al mando sin ley! ¡Loor y gloria!
¡Loor y gloria! ¡Gloria, gloria!

TODOS (a una voz)

¡Gloria, gloria!

SATÁN (dando volteretas)

Dancemos y partamos antes de que el monstruo resurja de sus cenizas.

Tal Satán gruñó más que habló, mientras que desnudas, lascivas y avaras, entre caciques y sátiros, las furias y las gabelas se arremolinaron en diabólica algarabía; sus cuerpos fosforescían hinchados de lujuria, como pulpos en celo.

Mientras sucedía eso los restos del monstruo, descompuesto en glutinosa y movediza pudre, se fueron metamorfoseando lentamente, una parte en ave caudal y la otra en escamosa sierpe.

Entre tanto Satán y su corte, incendiando el cielo mismo, desaparecían en el horizonte.

Pero en eso se elevó en el espacio el ave caudal, suspendiendo en sus aceradas garras a la vengadora y escamosa víbora.

ARTURO BORDA

Tal hendieron el firmamento, como al soplo del huracán, en pos de la diabólica corte.

*

YO (mirando azorado)

Eso es repugnante. ¿Qué significará?

LA VOZ

¿Es por terror, por inepticia o vergüenza, que no comprendes? Nota que si sólo buscas lo digerido, jamás verás la naturaleza de las cosas.

Lo que viste, siendo un símbolo, prueba, además de otras cosas, que la hipocresía es. . .

Digo mal.

Echa de ver que solo una supina ceguera te impide ver que el disimulo en las abdicaciones y en las vilezas humanas apenas si son un miserable reflejo de la hipocresía cósmica.

Y ello tiene su honda razón de ser: hay que vivir; así ha comprendido el espíritu de conservación, cuya fuerza alcanza a todo ser latente, sea en el aire, en el fuego, en el hierro o en la roca.

¿Qué esperas pues? Pierde el asco y la vergüenza y anula tu conciencia: se hipócrita y audaz. He aquí el sine qua non de los triunfos humanos.

YO (lleno de ahogos y melancolía)

No hace mucho que oí la voz de la conciencia. Fui poseído por ella y su fiscalización ha aclarado todas las facetas de mi existir, aumentando sin cesar la angustia de mi corazón, porque vi que impelido por el hado ciego hago el mal que detesto yendo en pos del bien que anhelo. Así distinguí bien claramente los males emanentes aun del mis-

mo bien; y deteniéndome un instante en medio de mi tránsito volví a ver el pasado, luego, prosiguiendo la jornada, temblé escrutando en mis anhelos y en mis esperanzas.

LA VOZ

Imbécil... Reconcentra tu mente en la falacia sideral y procede en consecuencia.

¿No ves cómo la tierra finge nirvánica quietud, disimulando por tal manera su inaudito rebullir? ¿No advertiste como el sol parece nacer en Oriente y ponerse en el Ocaso, cuando es la tierra quien gira en sentido contrario? ¿Es que no ves como la celeste esfera aparenta cada veinticuatro horas, perder la claridad de su eterna luz? Es que tu mente no comprende como la tierra parece limitar al espacio en los horizontes, siendo que el hecho es contrario? ¿No observas como la sombra simula descender del firmamento, cuando es la tierra quien la ocasiona? ¿Es que nunca meditas que el infinito y la eternidad, y esto solo en su forma visible, causan el horror sublime del silencio y la quietud en tanto que se opera el vértigo de las velocidades incognoscibles y de ios estruendos inimaginables? ¿No advertiste acaso como el presente aparentando nacer del futuro es una consecuencia del pasado? ¿Es, por ventura, que no echaste de ver como todo cuanto existe es solo a condición de succionar la vida a todo lo que resta fuera de nosotros?

¡Ciego! ¡Mil veces ciego! Todo está a tu vista y no miras nada.

¡Lucha, goza y vence: vive! Sacude tu abulia. ¿Qué pretendes? ¿Es que hasta ahora no entendiste que la humanidad, siendo producto directo de la hipocresía cósmica, vive de ella, en ella y para ella? ¡Oh, reacio bestia! ¿te espantan los engaños de a tilde de la mísera especie? ¡Bah! Aprende del Gran Todo, es decir, se falaz aun para tí mismo, como El.

Yo te hablo, pobre loco, yo, que inútilmente vago en la eternidad, en éste insondable arcano de lo infinito, com-

ARTURO BORDA

poniendo el Todo. Me llaman la Vida. Soy la constante evolución: y así solo he visto crearse, existir y luego desaparecer millares de mundos, en los cuales, a semejanza de este, seres que nacen, engendran y luego mueren, multiplicándose al parecer sin término. Y así siempre, hasta que la última familia de que hablas, ya en el límite del progreso, desaparece juntamente con el cuerpo terrestre, después de haber devorado vanamente lo inútil del espacio infinito.

Así desaparece lo que existe, dispersándose en lo inmensurable del Gran Todo, que soy Yo, la Vida. Y Yo, la Vida, te digo: — Lo único absoluto en absoluto es lo Inútil: todo carece de utilidad para lo que fue, es y será.

Pero ahora mira el mundo.

Y al instante vi que la tierra se iluminaba de una sinistra coloración; y, cubriéndola de polo a polo, bullía en ios continentes la algazara humana.

Todo se movía. Sísmicos remezones brechaban el fondo de los mares, de los llanos y de los montes; los volcanes vomitaban platónicas rocas al impulso de la incendiada lava; las gigantes olas de los iracundos mares carcomían la rocalla de los litorales, y los desencadenados aquilones soplaban con furia, enloqueciendo agua, cielo y tierra.

Entonces, con la tristeza del tiempo perdido en vencerme y anciando ya la bullanguera embriaguez, grité al mundo, desde la etérea altura.

YO

Loor, mil veces loor a la crápula; porque durando apenas un instante, la existencia pasa con levedad de olvido.

Sí, camaradas, un constante desenfreno sea nuestro porvenir. Apurad, camaradas, la gran borrachera; pues que la muerte se viene galopando y nos pisa ya los talones.

EL LOCO

No os importe el más allá, ese profundo silencio y quietud que es un gran símbolo de la resignación de los débiles, de la impotencia y de la muerte, de lo inútil y del estorbo de la danza.

Pero digo mal, oh valientes camaradas, no, es el estorbo de la danza; desde aquí veo que en el ondulante rodar de la turbulenta algazara, sin fijaros pulverizáis, a fuerza de zapateo, los rendidos e impotentes cuerpos de vuestros padres mismos, caidos al peso del orgasmo, los cuales se levanten no más que en la polvareda, para secar el sudor de vuestras fatigas.

Sí, os veo, villanos; mas, por ello mismo, ¡gloria al constante desenfreno en lujuria la gula y la borrachera! ¡Gloria a las depravaciones ante la majestad de la misma muerte! ¡Gloria, gloria!

LA VOZ

¿Sientes esa constante carcajada, hiriente, que flota en el espacio a semejanza de un mortífero vaho? Es, ¡oh, sempiterno soñador!, la mofa del brutal beso de los labios que separa a las almas ansiosas de un deliquio.

Ante una tal advertencia reobró en mi todo un pasado de ensueños, de amor y miseria. Y me hundí al instante en la eterna sombra de la melancolía.

.....
....

¿Quién sabe que tiempo permanecí así? Yo ignoro; solo recuerdo que desperté como de un sueño muy largo, al influjo de la misteriosa voz, la cual me ordenó que volviese a mirar el mundo. Y torné a verlo rodar. Le miré de hito en hito.

YO

¡Oh, camaradas de infamia! cantemos a los viles placeres: cantemos a la gloria de todo desenfreno, de todo vicio y de toda abyección, porque solo tal es la vida plena.

Y de la subasta de la carne humana, del remate público del placer, del mercado de la conciencia, de buhardas y aposentos regios, de lupanares y garitos, de templos y cárceles, de hospitales y manicomios, en fin, de las religiones y la prostitución, de todo el mundo, acompañando con la autoridad de las huesas comunes y de los sepulcros o imperiales, pontificios brotó con horroroso estruendo.

LA VOZ (que decía)

Viva el crimen, la única fuerza o virtud del mundo.

Y haciendo coro a ese grito, cuyo timbre hizo temblar la luz, se oía por todas partes el son de la gaita, del clarín, de la trompeta y del tamboril, resonando confusamente entre el desfallecer de los sucios espasmos, entre los besos rabiosos, al chocar de los vasos, el restallar de las carcajadas histéricas que agitaban el éter con maravillosa sensualidad de la febril danza en libertinaje.

Tal la humanidad borracha en olajes de morbosa lujuria, iba dando tumbos en repugnante mezcla de pretores y monjas de niños y viejos, de cenobitas y ramera, cubriendo el mundo de Oriente a Occidente y de Septentrión a Mediodía.

En esa mar de ebriidades, las gentes caían extenuadas, semejando espectros procreadores en las náuseas y vómitos de su propia borrachera. Eran hienas y lobos humanos, zorras y chacales, ululando de lascivia.

Entonces, con el corazón espumante de asco y rabia, en la imposibilidad de exterminar de un puntapié toda esa porquería, grité, muriendo de dolor.

YO

Por el triunfo de la vida ¡Viva Yo!

*

Luego la misteriosa voz habló
algo que ya no oí,
mas recuerdo que su acento,
rompiendo con sonora claridad

EL LOCO

el silencio de mi alma rendida,
llenó mi alma con una extraña bulla
que tiene algo de la algazara de la vida
repercutiendo en las tumbas,
algo de la voz de un Dios
resonando en los prostíbulos,
algo del siniestro crujido de la tierra
al peso de los humanos crímenes,
algo del rumor de los frescos labios
besando obligados el rastro del amo vil,
en fin, algo de la tumefacta carne del rufián
violando las conciencias
y quemando con su sangre impura
la suave carne de las vírgenes.
¡Oh! Algo muy extraño de un dulce rumor
y de un siniestro estruendo
tiene esa voz que me habló
cuando desperté con los nervios crispados,
considerando que todo lo que oí,
lo que sentí,
dije y vi,
acaso no sea nada más
que la chillería de los deseos
en la sangre olvidada.

VIII

Esta pesadilla ha dejado en mi alma un doloroso sentimiento de agitada amargura, la que todavía se excita al influjo de los extraños rumores de la tempestad de aquesta lúgubre noche.

El furioso vendaval, queriendo arrancar batientes y ventanales, finge el rumoreo de gnomos burlescos o de irritados malignos que en trágica algarabía, ora vuelan, reptan o brincan, resoplando afanosamente.

Se oye sollozos y blasfemias en una lejana
silbatina.

.....

El vocerío de los vientos se aleja, la lluvia cesa y a lo lejos retumba el trueno.

ARTURO BORDA

Por fin concluye esta agonía; pero...

*

¡Señor! Reaparece el lácteo tul y se extiende
vastamente, formando el páramo de mis horas negras.

Sí, ella es. Entre alma de granito flota incierta
y muda la divina Locura, y...

El tiempo dormita...

¡Oh soledad del alma!

*

En esto mi cerebro se desvanece nuevamente, cual
si fuese en un sueño mortal.

IX

No era una voz, era. . . No sé qué; pero comprendí
cómo me invadía una onda de aliento y esperanza; y emer-
giendo de todo cuanto abarca la idea, en el fondo del alma
mía decía

LA VOZ

. . . Criminales o virtuosos,
sabios e imbéciles,
ateos o idólatras,
todos, en fin,
más o menos clara en el fundamento de la vida
tienen algo que es la imagen sin forma
de lo **Que** o **Quien** gobierna la existencia.

Es un hecho de conciencia universal y eterna
la inconsciente aceptación de **Eso** inconmensurable.
cuya misma estructura anula;
pero en muchos se opera esa lucha
terrible y sin tregua,
en que de una parte la razón
lo analiza y descompone todo,

EL LOCO

mientras que de la otra,
esa conciencia de algo inmortal y mudo,
incorpóreo y siempre en vela,
y que, a despecho de la humana razón,
impone, fascina, obsesiona y subyuga,
arrollando con su forma incomprensible
de menos que nada,
y que por ello mismo es incorruptible.

YO (bajo una tibia laxitud, como *un eco*)

¿Menos que nada...?

LA VOZ (dentro de mi conciencia)

Observa cuanto abarquen ya sea la vista o tu
mente.

*

Y un invisible poder recorrió las intangibles
som-bras.

Inmediatamente sentí multiplicarse mis potencias.
Así vi pasar millares de millones de constelaciones, hasta
que caí rendido.

LA VOZ

¿Qué puede la razón humana
en su instantáneo centelleo
ante el inmutable persistir del Eterno?
Apenas si la razón es un mero accidente,
y en su incongruencia
tan pronto afirma como niega la misma cosa:
es notable;
en tanto que **Eso** o **El**,
ni afirma ni niega:
abarcando el **Todo**,
en su forma incomprensible de menos que Nada,
sólo existe a través de la **Eternidad**.

YO

¿Qué hacer entonces?

ARTURO BORDA

LA VOZ

Con estigio silencio respeta ese sentir, y no más,
Ásete a la fe. ¡Cómo te hace falta!

Observa a la humanidad en sus etapas,
en sus pueblos y razas,
y verás que al través del elemento,
de la bestia y del ser,
siempre ha presentido a ese **Algo**
como a punto convergente e irradiante
de la existencia.

No dudes.
La razón cual un juguete inútil
tan pronto te ha de convencer en el pro como en
(el contra
y del espíritu loco de esa controversia,
moliente y sin tregua,
habrá de nacer la sardónica esfinge de la Duda,
mutable, para mayor tormento.

YO

Sí,
con esta insaciable duda de todo y de todos
¿dónde y a qué hora hallar sosiego?
Segundo a segundo,
sin reposo,
Dios se hace duda,
la Vida y la Muerte, duda,
el placer y el pesar,
como el baldón y la gloria, duda.
Todo, entidades, seres y cosas, duda.
¡Oh! ¡Misericordia: la duda
se hace duda!
Cada segundo

LA VOZ

...es una duda.
Y en estas tenebrosas ondas
en que minuto a minuto zozobras,

EL LOCO

en vano clamas auxilio.

Mira: tu clamor se hace duda...

Tal dijo. Y yo sentí hundirme en las profundidades de mí mismo. Luego, sin saber cómo, igual a una burbuja de aire puro que asciende desde el fondo de las infectas aguas, en cuya superficie estalla, dilatándose en la inmensidad, así, como si fuese el eco de mi edad primera, repetí

YO

¡Oh, Señor!

desde este instante de suprema sinceridad,

¡guíanos por piedad!

¡Piedad por ellos!

¡Piedad por mí,

oh invisible

Rey de los Siglos,

inmortal e invisible!

LA VOZ

¡Oh, Loco!, hora es ya, que, para tu reposo en tí y fuera de tí, te advierta que nadie se debe cosa alguna: todo emerge del pasado, desde el segundo inmediato.

El prístino instante de la creación fue el decreto del último.

Piensa que un sí no expresado en la más remota generación pudo haber suprimido de cuajo millares de seres ilustres en la ciencia, y en el arte, cambiando con ello el rumbo de la humana historia.

Considera a Voltaire en la miseria y a Cristo en la opulencia.

Medita en aquello del Gran Fatalista: —Lo que está escrito, escrito está.

¡Oh, Loco!, apenas si sois los accidentes de las meras formas de un desconocido medio en gestación hacia un fin incognoscible.

Y ahora que la paz sea contigo.

*

Dijo y calló.

En eso sentí hundirme en el olvido y en las sombras de la agonía. Yo miraba cómo mi existencia se iba acabando a modo de un hilo tenso que se desgasta; y un frío que subía y subía. Era el fin la invasión de la muerte, la muerte, la muerte...

*

.....
.....
.....
.....

Como a medida que despertamos de un sueño profundo y creyésemos oír alguna misteriosa voz que nos llamase desde el recuerdo de alguna lejana agonía, así me decía a la sordina.

LA VOZ

¡Loco! ¡Loco!...

*

Después hubo un gran silencio. Yo advertía en mí la serenidad augusta de quien sale durmiendo aun de las tinieblas del Origen y

LA VOZ (como una resonancia en el recuerdo)

Loco, ¿recuerdas...?

YO (resucitando comencé a respirar por toda respuesta)

EL LOCO

LA VOZ

¿Qué sucede, ¡oh! desventurado?

YO (suspirando)

No sé. . .

LA VOZ

¿No adviertes cómo vas resurgiendo de la muerte y entras nuevamente en la vida?

YO

¿Vida? Muerte. . .

LA VOZ

Sí.

YO

No.

LA VOZ

Has lo posible por reponerte y recordar cómo dispusiste tus días en tu existencia anterior, en aquella de la que acabas de salir

YO

Pasado. . .

LA VOZ

Sí; tu pasado

YO

¿mi pasado?

ARTURO BORDA

LA VOZ

Tu pasado.

YO

No recuerdo.

LA VOZ

Digo que recuerdes lo que fuiste.

YO

¿Yo fui?...

LA VOZ

Digo que si alguna vez no recorrió una onda de calorío en tu ser, al asfixiarse tu corazón en el deseo de algo o alguien más allá del bien o del mal, del tiempo y del espacio?

YO (con sutil estremecimiento)

¡Ah! Sí. Es verdad. Mi corazón... (Aquí el recuerdo que se inicia vuelve a desaparecer).

LA VOZ

¿No hubo algo que conmovió profundamente tu existencia?

YO (sacudido por una onda inexplicable)

¡Já, ja! (Cantando)

Los albores
en los rigores
de la adversidad...
Los albores...

LA VOZ

Repórtate, desdichado.

EL LOCO

YO

¿Presciencia! ¡Presciencia!

LA VOZ

Loco, ¡torna en tí!

YO

¿Cómo?

LA VOZ

Que te rehagas digo.

YO (agitado por mi torbellino de recuerdos)

¡Ay de mí! Tri, rarííí... Rara, rarááá... ¿Cuándo será? Un día, dicen que el progreso... Pero, lará, larááá...

LA VOZ

Muy bien. Prosigue, pobre Loco.

YO

La duda...

Mas ¿quién eres, misteriosa voz?; ¿de dónde vienes?
Acaso...

LA VOZ

Continúa. Tú eres el...

YO

¿Yo soy?

LA VOZ

Sí y has por recordar lo que fuiste. Recuerda.

YO

Es en vano. ¡Estas tinieblas! Estas eternidades que giran en torno mío... ¿Es que no estoy en parte alguna?

LA VOZ

Habla. Habla.

YO

¿Quién soy y dónde me hallo sin contactos?

LA VOZ

Mira, Loco. Tu conciencia efervesce en el siglo caótico: en el alma de las edades pretéritas y futuras; es la gestación del advenimiento de una gran epifanía en la noche de los siglos.

Mira y espera, Loco, en la angustia de tu alma, que de ahí saldrá un espíritu universal y eterno, la comprensión del **alma mater**.

YO (mirando lo innombrable en las tinieblas)

¡Misericordia, Señor!

LA VOZ

¿Ya comprendes?

YO

Oh!, la augusta eternidad...

i

LA VOZ

Perfectamente. Ahora di, ¿cuál es la idea que en este momento resurge en tí?

YO

¡Ah!... Sí, ya veo... Pero en mi mente pasó como una ráfaga.

EL LOCO

LA VOZ

Habla, habla, Loco.

YO

Es A... A...

LA VOZ

Sigue. Sigue.

YO

A... Ar... Ar-te. ¡Arte!

LA VOZ

Bien. Y ¿le conoces?

YO

¿A quién?

LA VOZ

Al Arte.

YO

¿Al Arte? No sé; pero una vez vi surgir de las tinieblas una célica sombra, la divina Locura, la cual con triste sonrisa y reseco los ojos, me miró fija y largamento, desapareciendo después, en silencio; luego, no sé cuándo, la vi vagar incierta en el páramo, entre graníticas almas. ¡Oh, alma mía!

LA VOZ (hablando consigo misma)

Pobre Loco. Que vea y sepa de lo sublime y divino de la locura: el Arte immaculado.

Dijo, y ante mi vista comenzó el movimiento de las enormes nebulosas, las que fueron compactándose hasta formar el mundo. Y me hallé en una llanura sin fin.

*

El naciente arrebol de la aurora y la débil luz del plenilunio en ocaso acrecían la infinita desolación de la pampa, poniendo espanto en el ánimo; pues el connubio de tan vagas luces inmaterializaba la yerma llanura, por la que pasó una sombra igual a una exhalación.

*

Bajo el sol canicular, al medio día, le he visto en el ermitaje. El era. Pobre Loco: llegó jadeando, corriendo sin tino ni concierto, abrazado a su pergeñado manuscrito, macilento, con la hirsuta melena tendida al aire y mal encubierto con sus andrajos.

El era. Sus ojos tenían un inmenso fulgor de fe y su astrosa miseria atraía con el silencioso prestigio de una magna seducción.

Pobre Loco: sangraban sus pies. Y paso, estáticos sus ojos, mirando algo invisible en el espacio. Y se fue velozmente, esfumándose minuto a minuto en las reverberaciones del desierto.

Creí ver en el éxtasis el ansia de la vida en vértigo.

*

Un día, algo como en la bruma de un olvidado ensueño, cuando amorosa y pausadamente el crepúsculo de la tarde variaba incesantemente el malabar de sus celajes, oyóse pasar, resbalando furtivamente el tañer del Ángelus, inmersando de serena melancolía el apasible paisaje, en cuyo esfumado horizonte se vio flotar un punto oscuro.

Transcurría el tiempo y las impalpables gamas crepusculares se diluían en el gris violáceo de la tarde. Entre

EL LOCO

tanto avanzaba rápidamente el punto oscuro, hasta que se vio ser el Loco.

Y llegando despavorido, en marcha rectilínea, entró al pueblo a tiempo en que se hallaban en jolgorio niños y viejos, amos y zagales, y aldeanos o poetas. Todos se estremecieron al ver llegar al Insano, el cual se abrió paso en la multitud con sólo el poder de sus acerados ojos, los cuales se miraban en un invisible espejo. Y dijo

EL LOCO

El que tenga oídos, oiga.

*

Luego calló un instante, durante el cual se hizo el silencio en la turba lugareña. Y prosiguió de esta suerte

EL LOCO

Si alguien hay incomprendido y animado de alto designio o grande amor, venga hacia el eterno errante de tiempos y espacios.

*

Oído lo cual los comarcanos no entendieron y tornaron al baile, bien es cierto que tristes, inquietos y compasivos.

De esa suerte desoído el Insano, cruzó el pueblo. Poco después, estremecido y absorto en sí, pasó el camposanto, desapareciendo lentamente en las sombras noctiferarias.

.....

Pero, a pesar de todo, quedó grabada en el sentimiento de los comarcanos la extraña imagen del viajero, despertando incesantemente la somnífica lucha de los deseos, con el recuerdo y la esperanza, tanto en la agitada palpitación de sus corazones como en sus mentes calenturientas por el no sé qué.

Pasados los días, veían, a todas horas, algo como en un diáfano mundo latente, ora el borbotar de sus odios y amores o ya el de sus desalientos y designios, todo ello en confusión con las imágenes de sus seres amados que flotaban al través del tiempo ido. En seguida oíase, entre misteriosos rumores, el lejano murmullo del recuerdo de los torrentes de los arroyos, de las fontanas y surtidores; después en las vaguedades de extraños mediotintes, veían mil y mil veces sus propias imágenes, redivivas en sus horas infantas.

Y la angustia aumentada, porque en las nubes y en la tierra veían también resurgir los paisajes rememorantes de sus venturas.

De este modo tan pronto oían el eco de las voces conocidas tarareando cantilenas, cuyo recuerdo contrista, como tan luego aquel confuso murmurar de las plegarias en la edad primera.

En medio de tal sucesión de fuerzas, de seres y de cosas, pronto surgente en el loco devaneo de las sombras, en fantasmagórica ronda, los seres amados que al venir se desvanecen y reaparecen huyendo sin cesar, evocadores de los instantes de una grata paz, de amor o de gloria.

Después hay intervalos en los que dijérase que el alma de los hombres queda vacua y muda; mas, al punto el abejo del silencio finge los chasquidos de húmedos besos en lo denso de la noche o en las diurnas claridades connubiadas con luces artificiales, dando así un tinte cadavérico a las ojerosas y lánguidas parejas, bailarinas al compás de citas y amor.

Se oye de repente una sutil y vaga armonía que trae el aire suave de las misteriosas lejanías.

En esto súbitamente esplende la luz canicular, la cual va a morir en las penumbras cimeras, protectoras de cuerpos jadeantes. Se oye crujir de sedas y rasgarse ropas; suspiros y acezos en desmayo. El éter al punto se satura con vaho de sangre acre.

EL LOCO

Entonces, en medio de las fantásticas y mágicas brumas, se elevan suavemente las más bellas formas del Arte en el esplendor de un nuevo día de ensueños, el cual finge ser la eclosión pletórica de los gérmenes en la exultación de todas las armonías.

.....

Es así cómo en una desorbitada confusión en cerebros y de corazones rebullen los anhelos y recuerdos, cual si quisiesen contactarse las penumbras de los crepúsculos de la mañana y de la tarde.

En esta constante agonía de vida y muerte de los labriegos, luchan sus torturadas almas como si en el arcano crisol resurgiese el alma poética de ignotas edades.

Pues, como se ve, muy hondamente debió haber roturado el insano en el alma de los hombres, porque todavía, muchos años después, siempre al toque del Angelus, salían silenciosamente los lugareños, como sumergidos en la angustia sin por qué, y así escrutaban largamente en lontananza, hasta que hecha la noche, adormecidos y envueltos en la melancolía, soñando en las lejanías espectrales del recuerdo, volvían a su lar, esperando siempre en vano la vuelta del Insano.

*

Una tarde de crepúsculo índigo, mucho tiempo después, le vi echarse al Loco en las salobres aguas de la opuesta orilla del ancho mar.

*

Por donde quiera que vamos el tiempo parece dormir: nada conturba la calma. En la soledad sólo se oye el silencio, nada más.

La tierra húmeda jadea cual tremedal bajo el ardiente sol. En la berroqueña garganta el torrente se despena somnífero.

ARTURO BORDA

Un pesado sopor de canícula se dilata en el trópico.

Hay en el bosquejo algo así como el borbollar de un hervor general: revoloteo de aves e insectos a millares; rugidos y ululares de las bestias en celo, que, elásticas y contráctiles, pululan haciendo crujir a su paso la hojarasca, requebrando los jarciales de abedules y moras bajo la fronda milenaria.

Y canta el ruiseñor.

El Insano se detuvo
y el canto oyó.

Mas dijérase que de pronto moría el bulbul
entonando arias tristes.
Fue una leda resonancia nemorosa en el oquedal;
tan lejana se le oía.
Pero de pronto,
como recuerdo que resurgiera de ignotas edades,
hubo un preludivio de rapsodias en **crezzendo**;
silbos alegres en trinos mañaneros,
cercanos o distantes
de soplos o duetos en variantes mil.

En eso enmudeció el gárrulo encanto,
simulando hablar con su mismo gorgoritar.

Así el ruiseñor modulaba,
horas tras horas,
cuitas graves,
picarescas fanfarrias y el **Ave María**
si no el **Gloria in excelsis Deo**,
ladina y maravillosamente entrecortado
con sonatinas y rondoes.

De tal modo el oculto
ruiseñor simulaba llorar y reír a
la vez, modulando églogas,
encantando, por tal manera,
el ánima suspensa del Insano.

EL LOCO

Luego el trino fútil imitó
la tremolina del salterio
o de una loca mandolinata,
aparentando el eco de su propio cantar,
cual si se hundiera
en el recuerdo de inmémores edades;
pero al instante restalló una neurótica
risotada en el ansia de su gorgoritar sin por
qué.

Y enmudeció el canoro sortilegio.

Pero el Loco permaneció absorto,
aun mucho tiempo después,
cual si oyera todavía.

*

Entre tanto el sol se hundió enrojando cielo
y tierra.

En seguida se internó el Loco en el bosque,
siempre con los ojos fijos en el misterio.

Y las sombras noctiferarias emergiendo de la
tierra salpicaron de estrellas la esfera.

*

Dilatadas las pupilas en el espacio entró un día el
Loco a Cosmópolis. Andaba cual si fuese impelido por un
invisible poder.

Y así, atropellando cuanto se le oponía, entró a la
Gran Basílica Bancaria, donde en el momento subastaban
conciencias como si dieran la comunión en el Oficio
Divino.

Su maltrecho talante produjo general azor
amiento. Y ello subió de punto, cuando

EL LOCO (a voz en grito, dijo)

Si alguien hay incomprendido y animado de alto
de-
signio y grande amor, venga hacia el eterno errante de
tiempos y espacios.

ARTURO BORDA

Pero las gentes no hicieron otra cosa que mirarle entre curiosas y despectivas, poniendo inmediatamente el alma en el pregón. Y cuando sonó el oro olvidaron por completo al Insano.

Así, preterido en medio del insultante lujo de los cosmopolitas, mal encubierto por sus andrajos, salió el Loco bisecando entre dientes algo que no alcancé a entender.

Después le vi que resplandeciendo efluvios atravesaba las largas y suntuosas avenidas, dejando siempre la imperecedera huella de sus pies.

Y se fue, cruzando llanos y montes.

*

Y los días pasaban y el Loco andaba y andaba sin cesar, visitando las villas y las urbes, todas las mansiones y las cabañas.

EL LOCO (clamando siempre su eterna muletilla)

Si alguien hay incomprendido y animado de alto designio y grande amor, venga hacia el eterno errante de tiempos y espacios.

*

Una tarde, era la hora del crepúsculo, el Loco por fin terminaba la travesía de un inmenso desierto, el cual finaba en un barranco a tajo de talud que desaparecía al descender en un abismo sin fondo. El Insano calculó la profundidad que se perdía en las tinieblas y se dejó resbalar. Los del grueso de la comitiva quedaron espantados al borde del abismo; pero uno que otro de los harapientos que no teníamos nada que perder en la muerte, resbalamos tras él, ebrios de no sé qué desmayos o ensueños, opresos los pechos en la angustia y el deseo de lo desconocido.

Atropellando cuanto se le oponía y clamando en todos los lares llegó el Insano a la conmovida Europa.

EL LOCO

Legiones de hombres morían contorcionados en la desesperación, gesticulaban horrores.

Las belígeras huestes se batían tanto en el cielo cuanto en la tierra, como cima y dentro de la procela de los mares.

El fragor de la lucha atronaba la inmensidad de los tiempos.

En el espacio, al furor de los aquilones y entre arremolinadas nubes, luchaban impávidos los nautas del alto éter.

.....

Olvidado de sí e incansable en el fragor de la guerra fantástica, el haraposos corría de uno a otro bando, tendida al aire la hirsuta melena, crispados los nervios y estáticos los ojos, clamando siempre cual si fuese con el murmullo misterioso de la ignota Hélide.

EL LOCO

Si alguien hay incomprendido y animado de alto designio y grande amor, venga hacia el eterno errante de tiempos y espacios.

*

Mas, era inútil. Las hordálicas huestes de cielo, de tierra y mar, no exaudieron el clamor del Insano, porque atronando en el espacio los estampidos bélicos acallaron su potente voz de esperanza y de paz. Pero sordo al mundo exterior, ebrio de su propia conciencia, siguió diciendo:

Si alguien hay incomprendido y animado de alto designio y grande amor, venga hacia el eterno errante de tiempos y espacios.

Y así hasta que un día avanzaron los vencedores, envueltos en el voluble aura de la victoria, taconeando los

ARTURO BORDA

mueertos tendidos en la red de infinitas vías, esterilizando la tierra con mil toxinas.

Entre tanto los derrotados huían en el huracanado clamoreo de las impetraciones y blasfemias de los heridos, emponzoñando sus almas en el asco y el odio hasta la muerte, mientras que —¡oh paroxismos de las agonías largas j— ¡as heroínas hembras aprestadas por la ley marcial, defendiendo los últimos reductos, confundidos con decrepitos y párvulos, chamuscaban sangre, carne y pudre, al fuego de la pólvora, anublando así sus aguilinas pupilas rebeldes a las cataratas del llanto sagrado.

.....

Y llegó la noche. Los serpentinos rayos de las metrallas, tajando el lóbrego de la fatídica hora, iluminaron las sombras a tiempo en que el Insano llegaba a las ruinas de la biblioteca o el templo.

El lúgubre soplo de los vientos fingía salmodiar el pavoroso de **profundis clamabat** o el doliente miserere de los tiempos, gimiendo en los huesos insepultos.

De hinojos y entre las tinieblas razgadas por las centellas llegó el Insano a donde un día fue el ábside de la reliquia de los siglos. Entonces, sobrecogido de espanto, notó que entre los fragmentos de los mármoles pulidos por el amoroso beso de las edades, oraban los espectros de César, de Federico el Grande y Napoleón, los cuales se hallaban esfumados por las sombras de Beethoven, de Shakespeare, de Buonarotti y Goethe, mientras que Dante entonaba un siniestro canto, con voz de infierno, al que hacían coro Hugo, Hornero, Cervantes y Colón, Bolívar, Washington y San Martín.

.....

De pronto estalló el vómito de la bombarda, tala-drando las sacras ruinas. Cayó en escombros un muro y rechinaron las mutiladas estatuas, cual si fuere un quejido que saliese de los abismos. Hubo un temblor de angustia en los espectros y en la noche.

EL LOCO

Crujió la tierra y pasó un estremecimiento de la eternidad.

Entre tanto los céfiros, los euros y los huracanes, gemían concertados al pasar, algo así como en arpas cónicas o en los órganos abandonados. Hubiérase dicho que los vientos salmodiaban una fantástica vigilia para la vieja Europa, bajo el dombo de la noche inmensa.

Luego, de los escombros, a semejanza de los secretos en la caja de Pandora, la tristeza de los dioses se dilató a los cuatro vientos. Y pasó por el mundo una onda de malestar profundo.

Después de la aurora, enlutada por la tristeza humana, anunció el orto del sol, ante el cual los espectros se esfumaron lentamente.

.....

En eso, el Loco, abismado en su inmutable tristeza, atravesó las sementeras encharcadas con la sangre de las vírgenes, de los donceles y de las madres, de todas las impotencias y de todas las esperanzas, arrastrando así el maldito légamo.

Un atlántico estruendo conmovía aun a la vieja Europa cuando el Insano desapareció en el horizonte, con los ojos fijos siempre en el misterio.

*

Anestésico al parecer el raro peregrino proseguía su ruta fatal, dejando por donde iba la roja e imperecedera huella de sus pies. En tanto las zarzas y las púas del rastro le iban desgarrando poco a poco sus andrajos a la vez que sus magras carnes.

Mas, y era un misterio, a su paso, como eco de su alma sinfónica, todas las ecoicas concavidades resonaban armonías sutiles.

Así avanzaba el Insano, ya trepando breñas, atravesando selvas, vadeando ríos, saltando riscos y peñasca-

ARTURO BORDA

les, siempre con sus pupilas fijas en el misterio, lijando sus rótulas en todas esas ascensiones. De tal modo tramontó mil cumbres.

*

Un día, en el silencio hiperbóreo del ártico, detuvo se de pronto, anheloso, y, a modo de un lebrél que olfatea en el azul, escrutó largamente el Septentrión.

.....

Poco después se oyó un misterioso ludir en toda la inmensidad; pero el mutismo y la quietud invadieron de nuevo en la extensión helada.

.....

Pasada la angustia de una larga espectación, lentamente comenzó a matizarse el cielo con suavísimas pinceladas de medias tintas, ora lilas, esmeraldas y mordores, ora de ocre, cinabrio y púrpura o ya de opalescencias tornasoles y de chispazos de dardos encendidos que hendían la inmensidad. Pero luego fue desapareciendo aquella fascinación.

Y súbitamente eclosionó palpitante la aurora boreal a modo de cortinajes multicolores, inflamados por ráfagas de tenues o brillantes gamas, que, meciéndose en la infinitud con febriles o pausados vaivenes, simulaban candelas flexuosos en la inmensidad de los hielos sin fin, en medio de un silencio sepulcral.

.....

En eso el Insano, desorbitados los ojos, entreabierta la boca, altos los brazos y rígidos los dedos, corría con su vida voraginada por diluirse en el efluvio. Semejaba el espectro del Deseo en el centro de un sol de rutilante pedería.

EL LOCO

Después el prodigio fue cesando lentamente en fe
agonía de la luz.

EL LOCO (desapareciendo en la niebla)

¡Oh, hermanos! ¡Visteis cómo silencio y soledad tie-
nen sus deliquios? Y pensar que un día el hombre, allá,
en la cumbre, será...

*

Tal iba hablando a medida que el hielo parecía con-
gelar su voz y él desaparecía en la densa bruma.

*

Era como un incesante andar en las lobregueces,
tropezando y cayendo a cada paso. Había rachas de
intenso frío. Las sombras estaban cargadas de clamores
siniestramente lúgubres. Envuelto en tales tinieblas,
oímos que

EL LOCO (imploraba)

Hermanos, mirad la luz en vosotros mismos.

.....

Y a medida que andábamos, las sombras se disipaban.
Fue la aurora y la brisa otoñal sopló apenas.

EL LOCO

¿Cuántos sois?

NOSOTROS

Cinco.

EL LOCO

¿Y los demás?

NOSOTROS

Se fueron.

ARTROO BORDA

EL LOCO (liguiéndose indignado)

Esos son los que con sólo la forma creen hacer arte en las horas de fatiga de su organismo, como pasatiempo. ¡Ellos son!

*

Dijo riendo con tal enojo y dolor, que su carcajada rajó las platónicas rocas. Luego, desorbitados los ojos, inyectadas sus pupilas, rígidos los músculos y la hiruta melena tendida al aire, gritó en estos términos

EL LOCO

Y son ellos, los ineptos, quienes un día, sin ser llamados, cual diabólica tromba, buscando su confort echarán por tierra, sepultando en el olvido, nuestra gran obra levantada en toda soledad, en todo silencio y en toda miseria.

¡Ah!, nuestra obra pulida amorosamente con la existencia filtrada en agonías infinitas...

*

Dijo con el alma triste hasta el llanto; pero súbitamente se irguió altivo, grande y fuerte, y rió con tan grande poder, que su fuerza parecía satánica emanencia. Mas, de pronto quedóse callado, avergonzado y dolido de su risa aun en la cumbre, y masculló

EL LOCO

Sin embargo...

*

Y no se oyó más, porque arreció el ciclón.

*

Otro día, al declinar de la tarde tramontó la ceja de un alto monte, prosiguiendo su marcha en descenso, si-

EL LOCO

lencioso y meditando. A la hora en que cielo y tierra se empurpuran, soliloqueó en estos términos

EL LOCO

Sí, que vean surgir la gran obra. Los llevaré allá donde no aliente sangre que no palpite por el ideal sin mácula.

Los rastros por el oro no verán. ¡No verán!

*

Dijo, sonrió, miró el cielo y aspiró mucho aire.

*

Una mañana, cuando el sol nacía rutilando, cedíamos ya a nuestra fatiga, descansando apoyados en la roca de un elevado corte, mientras que el Insano, abstraído en sus pensamientos, siguió su camino. Así que hubo desaparecido detrás del primer recodo, nos pusimos en marcha de regreso, abandonándole. En ese mismo instante cayó estrepitosamente a nuestros pies el alud, licuándose en nubes que a la luz del sol fueron vorágine del iris.

Entonces oímos que desde la altura de que se despeñaba la nieve, por sobre nosotros, nos increpó de éste modo con su verbo tónico

EL LOCO

¿Es que el ideal vale menos que vuestros pies?

*

A pesar de hallarnos fracasados e impotentes, nos sentimos heridos en nuestro secreto orgullo; y rehechos con tal reto, proseguimos tras él, quien así que nos aproximamos, nos interrogó en estos términos

EL LOCO

Y ahora que acabáis de ver en el licuado alud la re-bullente alegría, presagio de la gran luz, decid ¿cuáles son vuestras necesidades?

Ante tal pregunta, brutalmente sacudidos nuestros corazones y con la vida asfixiada en algo sin nombre aún, contestamos con el pensamiento en el silencio del alma. El oyó nuestra ansia, y, respondiendo en silencio, en silencio interrogó a nuestro secreto. En nuestra vida sentimos su sacrosanta idea. Luego dijo

EL LOCO

Sí?

NOSOTROS

Sí.

EL LOCO

¿Sabéis quién soy?

NOSOTROS

No, en verdad. Pero esa tu fe y sacrificio sin por qué,

esa...

EL LOCO

Seguidme. Soy el Arte.

NOSOTROS

El Arte...

*

Y al sólo enunciar su nombre se allanaban los obstáculos, cual si la tierra se aplanase.

*

Y fue durante el siniestro de un siglo. Rajóse el Istmo y cayó roto un eslabón de la cadena andina.

EL LOCO

Así,
después de la unión
desde edades ya sin nombre,
separáronse por siempre las gentiles Américas,
en oblación al intrépido nauta
— Cristóforo Colombo —.
Y entraron en la ancha brecha
las cerúleas ondas,
alegres y revueltas,
cual si los mares,
ebrios del ansiado amor siglos ha,
chasqueando sus líquidas lenguas.

Tal en la noche inmensa
salpicada de estelar destello,
poblada de lejano rumor de éxodo y gloria,
a la hora nictamérica del orto de Venus,
dibujáronse,
algo como sobre un reverbero de lejano incendio,
los hieráticos espectros
de Washington, de Bolívar y San Martín,
mientras que a modo de suspiro quedo,
vagando en lo tumultuario del recuerdo,
singló sola y muda la invicta carabela
llevando en triunfo los sacros restos
del inmortal genovés.

En eso se vio que el Loco,
surgiendo del Ocaso lóbrego
se postraba de hinojos en la cima
de un talud andino,
en tanto que signando una nueva Era
cruzó el Istmo una velera nao.

En tal instante rayó en el horizonte
una difusa luz
y se elevaron extrañas nubes
que la mística aurora
las orló de pálido tinte
a la vez que se oía
un canto litúrgico en los vientos.

ARTURO BORDA

Estáticos siempre los ojos, y más haraposos ya, se le vio llegar al corazón de la América.

El véspero diluía leche y rosa en verdemalva.

Los lugareños, mesurado el andar, quieta la mente y sereno el corazón, visitaban el camposanto de La Paz.

EL LOCO (rígido como un cadáver)

Si alguien hay incomprendido y animado de alto designio o de grande amor, venga hacia el eterno errante de tiempos y espacios.

*

Los aborígenes oyeron, mirándose unos a otros, sin alterar su sonrisa monolítica de misericordia e incompreensión. Mas, después de esperar un instante, continuó así

EL LOCO

Estad atentos, porque sólo hay tres segundos en la vida del individuo, así como en la de los pueblos, en que habla el misterioso resurget: en el primero es para la expansión física; en el segundo para la liberación intelectual, y el...

*

El tercero no se pudo oír, dijo tan quedo. . .

Luego prosiguió, tan abstraído en su verbo, que no parecía sino que hablase consigo mismo; decía

EL LOCO

Hora es ya que pulse hiél o ambrosía vuestro corazón, mas la mente regule su latir.

Sacudid el letargo en desesperanza, y para supervivir, afrontad la plétora a la muerte. Imitad al ave caudal

EL LOCO

que bajo el plúmbeo helado sacude la nieve que le cae y silenciosa e infinita remontando el vuelo rompe la nube que le nieva, y luego hiende serenamente la inmensidad bajo la luz del sol.

¿Por qué se atiere vuestra fuerza virgen ante la gélida desconfianza, si no hay juventud en marasmo y cobarde?

Cerrad herméticamente y por siempre el oído a esa sorda y artera voz que vuestra alma ecoica y pueril repite sin cesar, nombrando vuestra falsa impotencia. Execrad esa voz, porque es el silbo aleve del infamador a la tierra que le dio paternidad, amor y hogar, y sepulcro a sus mayores.

¡Oh! ¡Tienen ojos y no ven! Sí; porque con tal proceder socavan el fundamento del porvenir racial, imbuyendo y sobreexcitando en los ciudadanos la vergüenza de lo que son como individuos; lo cual se torna en infamia cuando ello suponen de sí los pueblos, porque por tal manera no tardarán en tener la fe absoluta de su impotencia y sobrevendrá la muerte por consunción. Entonces, ante los fatales cercenes del patrio lar, ninguna voz clamará por la vida.

Y no saben que el suponerse peor de lo que se es constituye degeneración en los pueblos y vileza en el individuo.

¿A qué fin ese desprestigio de nosotros mismos?

Conocerse no sólo presupone saber nuestros vicios, sino que también nuestras virtudes, en lo que fuimos, somos y seremos, avaluando nuestra fuerza.

Saber más que difícil.

¿Quién hay, por ventura, entre vosotros, que vaticine lo que él mismo será al otro día, al empuje de lo imprevisto?

¡Cobardes! ¡Hablad! ¿Quién hay que tal sepa?

¿Cómo? Y nadie responde? ¿Nadie sabe nada de sí mismo? Entonces ¿cuánto más no ignorará lo que de fuerzas atesora el pueblo en virtudes?

*

Al oír esto, los autóctonos de sonrisa monolítica habían inclinado la cabeza, tristes y pensativos.

EL LOCO

Pero os comprendo, pobres criaturas.

Esa autofagia en el despreciarse de sí mismos viene desde las veleras naos del casual descubrimiento americano y desde la fácil conquista, y echa raíces en la caída del Imperio Incásico, —en la esclavitud,— es decir, arranca del desprecio del extranjero y de la conciencia de nuestra sumisión ilota, en fuerza de la herencia que aun perdura.

Comprended cómo vuestros quechuas, urus y ay-marás, al postrarse en su salutación al blanco son aun los incas ante Pizarro. ¡Oh vergüenza! Y el mestizo, señor o cholo, cobrizo o blanco, rindiendo parias al europeo... es todavía —¡oh asco!— el vasallo ante su Virrey.

No ha concluido el coloniaje.

Pero más que Caupolicán, más que Ollantay y Tabaré ¡Viva Rubén! el salvaje que a fuerza de amor impone su alma aborígen en los tuétanos mismos del conquistador.

*

En esto al soplo de un viento huracanado se oyó el clamor de una campana y el Loco inclinó la cabeza orando.

Luego continuó en estos términos

EL LOCO

He aquí que el aborígen sigue siendo tanto o quizá más esclavo que antes; pues su esclavitud yace muy más allá

EL LOCO

de sus huesos, en la subconciencia — lenta filtración de la conciencia — cristalizada al través de los siglos.

Ved, pues, ahora, el modo de substituir lo filtrable de antaño por lo requerido actualmente: el orgullo patrio y la conciencia del poder ilimitado, fijando la atención, mucha atención, toda la atención, en los principios, en las bases, en el fundamento del saber y la libertad

Sed, pues, cada uno el hombreguía.

Mas, esto requiere hombres víctimas, intrépidos e indomables, que los veo ahí, entre vosotros.

Pero sabed también, que esta acción no vendrá de ningún extraño; porque la acción fatal del extranjero es la conquista ... Lo dice la historia.

Esto no obstante siento en vuestro espíritu el mal concepto que la desesperanza anida en contra de la patria, tanto que para el más impotente al igual que para el más hábil, nada hay más menguado ni despreciable que la predilecta del único Libertador. Y predilecta no lo fuera si el vidente no le presintiera un gran porvenir.

Hay más.

Si cualquier necio habla mal de su patria, al punto alborozados hacen coro todos, y ello sólo por darse de excepciones, sin comprender que semejante hecho equivale a que se íes dijese: tu madre es una. .

*

Y no se oyó lo que dijo, porque en ese instante la campana dio a lo eterno su doblar; pero. . .

EL LOCO (enojado, prosiguió)

Con tan estúpida propaganda por escrito y oral, dentro y fuera, ya nada falta si no es la perfecta necesidad para que os resignéis, verbalmente, vuestro derecho a la exis-

tencia, renegando de vosotros mismos y del terruño, o, en su defecto os nacionalicéis en el Ártico.

Imbéciles, sublevaos, siquiera sea como salvajes.

*

Pero la multitud ahondó su silencio misericorde y

EL LOCO (dijo casi furioso)

A causa de tal proceder — huérfanos del más santo orgullo: la patria — se deprimen entre sí y ante los extranjeros, sin vergüenza y acaso si con satisfacción! . .

¡Ja, ja, ja! No hay honradez.

*

Dijo, moviendo el índice delante de sus ojos cristalinos, por lo que circuló en la multitud un largo frío de muerte; después de lo cual.

EL LOCO (prosigue reprensivo)

¡Ignorantes! Salved que para lograr el éxito de las reacciones humanas, en el individuo al igual que en los pueblos, lo que se ha de hacer primeramente — antes de humillar — es excitar la altivez, la conciencia de la vida, la dignidad humana; luego fustigúese, si se quiere o se puede, que la reacción dará su máximo en el cataclismo, a modo de una erupción volcánica al despuntar la aurora.

El de cohibir y despreciar al individuo es el peor de los medios posibles para reaccionar a los pueblos postrados; es el criterio inconciente de la edad de piedra. Lo sé; yo lo vi con mis ojos, cuando la armonía del arte se incubaba, cuando el presentir de la belleza armónica flotaba en adivinaciones de ensueños vagos, en las intuiciones cosmogónicas, en medio de la noche en la selva milenaria.

EL LOCO

Y mientras se expresaba así el Insano iba elevando los brazos a la vez que se desencajaba y entornaba los ojos al cielo; pero presto, como tornando en sí dijo.

EL LOCO

Y pensar que en la América, de polo a polo, recientemente se despereza el alma originaria, cual de una penosa oneoreodinea, al reverbero y fragor de la ecatombe europea, de la que mis pies aun traen el maldito légano de sangre y llanto.

¡Oh aborígenes! es tiempo que recordéis la invariable ley de las compensaciones.

Y así, si el deliquio de crear, de inventar o descubrir, implica sacrificio, sacrificadla íntegra vuestra existencia —es el instante— al logro de una sola obra de vasta aspiración perfectible a lo sublime, ya sea en la ciencia o en el arte; y considerad que así legareis al mundo algo más que vuestros huesos a la pudre.

Laboren todos y considere cada cual que hay quienes se esfuerzan con mayor ahinco. Emulaos en el esfuerzo de la silenciosa labor.

¿Quien de vosotros siente henchírsele el corazón e inflamársele la mente? ¿Nadie? No importa, pero ensayaos en la sublime brega; mas, si fracasáis en vuestro noble empeño, siempre será más que morir ahito de la vacua algazara o echando espumarajos de baba en lo sangriento de la batalla.

Ensayad, porque nadie sabe si ya ha pasado el soplo inmortal.

Sí, hermanos, es fuerza alentáis el mayor optimismo de vuestros altos destinos; ello os hará en la esperanza, intrépidos, fuertes y ambiciosos, y mucho más, sabiendo que nadie es más que nadie; porque nadie posee todas las fuerzas y posibilidades: lo que sobre en uno resta en otro. O el sexo mata al cerebro o a la inversa. Lo que se

ARTURO BORDA

gana en un punto se pierde en otro. A la mañana, cuando el sol dora las altas cumbres, al punto tras ellas se parapetan acechando las sombras.

El sol aun hallándose en el cénit no anula la sombra terrestre. Así el hombre, aun hallándose en el apogeo de toda su lucidez no posee toda la verdad ni toda la fuerza bruta, ni toda la audacia.

Pero hay algo útil para vuestra esperanza: y es que así como hasta morir nadie sabe si es feliz, hasta morir también nadie sabe quién es el más.

He aquí que la naturaleza al rigor de sus leyes eternas equipara a débiles y fuertes en el respeto de los mismos derechos.

Sí, tened presente que vuestros principios de igualdad está en que nadie es más que nadie.

Posesos de esta verdad guardaos de ultrajar de obra o inmente; pues la fuerza real no ultraja; alienta: su amparo al débil es la majestad de su consagración.

Y aquí es ya tiempo sepáis que la verdad no requiere defensores, porque habla por sí misma, ya que su propio silencio da testimonio de ella, en razón de que la verdad es la prolongación del hecho: es la Historia.

*

Esto diciendo enmudeció el pobre para cobrar aliento, mientras que los aborígenes reían, de lo cual el Insano no se percató; pero continuó.

EL LOCO (insinuando cariñosamente)

Meditad lo dicho, hombres humildes, hermanos en lo eterno, y razonad el valor de vuestros propios pensamientos, oponiendo la contraria, y sabréis de fuerzas y bellezas divinas que aduermen en vuestras ánimas despreciadas por los fatuos; pero perdonadles, porque sois

EL LOCO

el pueblo, y porque el pueblo es la mayor fuente de fuerza y sabiduría humana.

Bajad gozosos al fundamento de vuestro espíritu.

Mas, es necesario advertiros que quien haya dialogado con el misterio en las tinieblas, ambulando en el silencio y soledad de sí mismo, no sólo tienen derecho a incorporar a la luz, sino que mucho más.

Así, y para que los silbatines del populacho no os arredre ser parafrastes del misterio, sabed que sólo el cuerpo ígea carece de sombra. Inflamad, pues, en pasión el corazón y en fe la mente: sed luz. De éste modo a vuestro paso entre los hombres no solamente aceptareis la contienda, sino que exigiréis el soplo avivador de vuestra llama: insulto, burla y calumnia, todo a trueque de expresar libremente las revelaciones de los abismos del espíritu, la suprema gracia sobre la haz de la tierra.

No dudéis. ¿Sabéis acaso de las eternidades ignoradas y en fermento que vuestra alma revelará al influjo del cóncete? Sustentaos en ello y de ello y sabréis de la naturaleza del que por sí existe, ante cuyo conocimiento la opinión ajena acerca de vosotros se estrellará a modo del céfiro en la rocalla.

Vivid así en el sagrado horror de vuestras propias y más hondas ideas, para que por tal manera no seáis parásitos atortelados del fullero más audaz de allende o aquende.

Meditad vuestras propias ideas, que el cerebro que no funciona sus circunvoluciones es trasto inútil.

Y avanzad siempre; no os preocupe el cómo, ordena natura con el ejemplo. El cangrejo no retrocede, avanza; el ave merceps se eleva volando cabizbajo. Peces hay en lo profundo de las aguas que avanzan de modo análogo.

Y temblad deteneros. Temblad. Nadie se detenga a considerar el espacio recorrido y si el fuego, las aguas y

ARTURO BORDA

los vientos arrasan el pretérito; porque la esposa de Lot convertida en estatua de sal, por haberse detenido un segundo, nada más, a ver el incendio de Sodoma y Gomorra, de que huían, es la enseñanza más terrible del libro sagrado acerca del estacionamiento. Este es el símbolo.

Temblad deteneros, porque no sabéis si habéis de morir antes de dar el segundo paso. No hay tiempo que perder.

Empero recordad que el deber ciudadano os obliga a dar aquello que sepáis o creáis saber de la verdad, dadlo, siquiera sea por el goce de la vanidad, pero sin deteneros. ¿Habéis observado el tiempo? Avanza sin moverse y sin existir.

Hombres; dad vuestras verdades, aunque la amargura nos envenene, que no sólo es héroe quien muere en hecho de sangre.

Por último, para quien haya comprendido el concepto de infinito, será necio asentir —con relación al hombre— en el **nada hay nueva debajo del sol**, del Eclesiastés.

Hombre, bucea intrépido en el infinito; mira que te envuelve la eternidad de lo irreveado.

¿Quién puede calcular lo infinito de las nuevas verdades que el misterio esconde para el hombre en lo eterno e infinito?

Hombre, rasga ansioso un girón del misterio y échalo en el tumulto de las gentes angurrientas por conocer las nuevas verdades. Habla, hombre; mira que los días pasan.

El que da de sí a las gentes datos contrarios a la verdad es el ser más criminal porque se apropia con un robo un carácter que no es suyo.

La palabra determina las cosas... y el bribón que la roba para que sirva a su falsedad roba toda cosa.

EL LOCO

Y así, porque todos ignoran de sí mismos y porque el hábil en potencia o en acción cumplirá su destino, no obstante todos los óbices, es por ello que es siempre tonto el egoísmo de lo que sabe o puede el sabio o el necio.

En consecuencia, cada cual sea lo que fuere y séalo a la luz del día, sin temor ni vergüenza, porque aun la entraña de la tierra se verá en su hora.

Pero ya es tiempo recordéis de dónde y cómo sois.

¡La América! ¡Oh, la América! ¿Quién ha meditado en su porvenir?

*

En éste punto calló al arremolinarse de los vientos; y luego, desencajado ya, gritó mirando al cielo.

EL LOCO

Veo ahí, en el universo —¡oh ley inmutable!— inclinarse el fiel de la balanza de ambos mundos: la Europa al desdender pesadamente eleva a la América.

¿Allá el cataclismo? Pues toca a la América en paz el fermento de la creación: la paz en actividad previsor de avance y paz.

Lo que un continente pierde en la guerra el otro gana en la paz.

Conservad vuestras fuerzas que requieren de la máxima garantía de paz; porque el presente es apenas un segundo en el que se filtra la eternidad de lo porvenir.

Yo un día dudé y fui al fondo de la libertad, creyendo hallar las fuerzas en ebullición, y sólo encontré la serena calma de la noche del origen.

Al oír eso los lugareños de sonrisa monolítica, sin comprender nada, miráronle compasivamente; pero!..

EL LOCO (dijo)

¿Por qué entre vosotros se deprime la conciencia individual o colectiva? ¿Porque os falta todo? Pues, si es por ello ¡albricias! Sabed que los obstáculos son a la energía y a la voluntad lo que al oro la piedra de toque.

Bien haya la necesidad que aguza la fantasía, ya que precisáis ideas las formas justamente peculiares que vuestro organismo requiere en todo orden de cosas; pues no para nada hay sociólogos, pedagogos y legisladores. Pero esto no basta: hay que obrar. ¡Hechos! ¡Hechos!

En definitiva, nadie se atreva a deprimir aquello que ignora que qué será al otro día, al empuje de lo imprevisto. El individuo y la raza son siempre los interrogantes de sí mismos. ¿Hay alguien que sepa su porvenir?

Pero ahora rememorad vuestro deber inmediato, el cual es elevar el espíritu caído, siquiera sea de uno de entre los vuestros.

Esto en cuanto al individuo, que en cuanto al estado, es alzar el **espíritu racial humillado**, haciendo que en escuelas y cuarteles digan de pie y en alta voz:

¡Viva la patria!

Fuera de mi nada hay tan grande ni sagrado como la patria; porque ella es cuna, amor y tumba de mis padres.

¡Viva la Patria!

Cuanto más tesoneramente se grave ello en la conciencia infantil, al modo como las religiones graban el credo en los fieles, tanto más se avigora la honradez y la fe en la patria y en sí mismo. Solo por tal proceder se ha de susceptibilizar el orgullo y el celo necesarios para el sacrificio heroico y razonado, ya sea en acción o en potencia, y un día, sí, ¡un día surgirá el Arte!

Dijo transfigurado el haraposo, clavando su acerada vista en el alto cielo.

EL LOCO

En esto la campana de la ermita volvió a doblar lenta y lúgubrementemente, y

EL LOCO (dijo)

¡Oís? Esa es la voz misteriosa de los amados muer-

tos.

Y ahora grabad en vuestra mente lo que diré.

El módulo más cierto del amor a la patria pende del culto que los pueblos den a sus mayores héroes o padres —en el camposanto; porque nada sella mejor con amor y recuerdo en el alma, que las emociones allá donde el silencio impera.

La campana del cementerio con su monótono din dan nos recuerda la peregrinación de nuestro origen a través de los antepasados.

Ese broncíneo clangor es —no olvidéis— la voz materna y santa de la tierra, cuyo sabor agridulce ignoráis. Para que supierais de tan grato bien, menester fuera —y misericordioso— expulsaros en ostrasismos a que paladeéis el pan ácimo de lares inhospitalarios, porque entonces se aclara y rememora el sublime sentido de la patria grande, a la que como por arte de magia se le ve surgir de la melancolía del recuerdo en el dolor del corazón, a modo de una maravillosa y legendaria floración del ensueño.

Es así cómo pasan en nosotros ráfagas del pasado exhumado de las sombras, y se materializan los amuletos y enseres apelillados que al instante se desvanecen cual por maleficio.

Pero pronto la nostalgia, oh vaho de lágrimas, —espectraliza el viejo solar y la casa paterna: pasan las horas de lujo y gloria o las de miseria y vergüenza. Y así se reconstruyen los más nimios detalles del hogar abandonado.

De tal manera, por medio de leves mutaciones nos retrolleva a la infancia, y oímos que suenan, que vuelan y

que brincan los Polichinelas, los organillos y los cometas. Luego recaminamos en patios, en corredores y pasadizos a media luz, después en huertos y prados a pleno sol: aquí nos embelesa el cristalino cabrilleo del arroyuelo murmurador en arena o roca, debajo de la verde enramada en la umbría donde a lo lejos, oculta en la floresta, Clori suspira las viejas canciones.

Cambia la escena.

Cabelleras infantiles, rubias o negras; ojos grandes; vestidos multicolores; risas, burlas y silbatinas; escondites, **saltobrincos** y carreras batas y faldas que el aire ciñe y flamea, mientras que las manos se agitan palmeteando. ¡Oh, lejana muchedumbre de gritería infantil!

De pronto las sombras paternas pasan mesuradamente, serenas y graves, y se esfuman para luego reaparecer aun más lejanas.

Después, besos, amor y reprensión; consejas e historietas en el regazo materno.

Llueve y hace -frío. Se hielan las manos. Fuera se oye el gotear en los albañales, y, en los quicios, silba el viento.

Entonces llegan las noches de extraña claridad en que nos sobresaltan los repentinos miedos y se oye voces misteriosas que nos llaman, por lo cual nos recorren soplos de sudores y calofríos.

En seguida, en timidices y francachelas, pasan escenas del amor núbil. ¡Oh la desfloraciones en los vergeles y languideces en lechos de convalecencia!

Después risas y melancolías. Hay danzas carnavalescas: desfile de rostros cansados, ojerosos y cadavéricos a la aurora.

Y, en fin, alguien ha muerto. Catafalco, luto y llanto; y la campanita del cementerio que da su dín dan agudo ¡Oh congoja! Oh el sabor de la tierra!

EL LOCO

Dijo, frunció el entrecejo, descendiéndolo sobre sus párpados fuertemente cerrados y hundidos en las órbitas, haciendo circular con ello una corriente eléctrica en todos. Pero al instante abrió sus ojos catalépticos. Acto seguido, empujando a la muchedumbre, salió del camposanto, yendo la polvorienta carretera.

Gravemente cruzó la ciudad.

Los lugareños a quienes interesó el Insano, dicen que le vieron desaparecer tramontando el Alto de las Animas, cuando la tarde caía.

*

. **Día claro. Cielo azul.** El Illimani. La cumbre.

El Loco, extendiendo el brazo y la mano a la altura de sus ojos, girando sobre sus pies, señaló los horizontes; y aspiró mucho aire, como queriendo absorber la inmensidad. E hincándose se puso en cruz al orar, elevando su vista al cielo.

EL LOCO

Compañeros de aquesta magna jornada, oid al Insano de todos los tiempos.

Reduciendo vuestras necesidades eludid el gratuito recibir; antes adquirid a sangre el derecho y entonces exigiréis lo que os pertenece.

Notad que con tal proceder se logra la gloria de poder darse íntegramente a lo demás, a modo de sembrador que esparsa a manos llenas su espíritu en la sementera de los siglos.

Más, guardaos de la vanidad, guardaos con grande celo, porque ella es una forma de la hipocresía, ni más ni menos que la humildad.

Lo que no es la verdad es la mentira.

ARTURO BORDA

Conoceos: sabed quienes y cómo sois. Es decir, sed libres en lo posible: que el miedo y la vergüenza no os amordacen la expresión de la verdad, de aquello que primero sobre toda cosa buscareis en el fondo de vuestra conciencia.

De esa manera dueños de sí, laborad tercos y tardos a modo de la naturaleza, hasta que la pasión por el trabajo os avasalle; pero vigilad con religioso respeto y con atención sin tregua por que la forma fuerce por abolir el fondo siempre vencedor.

Mas, sabed que sólo se considera el último esfuerzo de la fuerza que alienta hasta la muerte. Pero sabed también, que el juicio es la sanción acerca de lo consumado, y que la vida sólo se consuma en la muerte.

*

Dijo.

En eso la tierra se agitó saltarina ante las febriles caricias del ardiente sol: el éter rebullía en medio de los indencibles espasmos con que copulan el aire y la luz, el amor y la idea con el espíritu y la materia.

Era el soplo universal de un potente espasmo creador.

Luego, ¡oh inmensa llaga viva!,
todo ensangrentado y lacerado, el Insano
comienza a esculpir en los hielos eternos,
ensangrentándolos a su contacto.
Cincela con inusitado frenesí,
como si de cada devastada
dependiese la existencia
de no sé qué misterios.

Y así es.

Tan pronto como va concluyendo
parte por parte,
empezando por la cabeza,

EL LOCO

la estatua se anima
al calor de la sangre, que recibe,
la que se filtra en la nieve,
dilatándose en forma de culebrillas,
de cristal en cristal de hielo
encarnando en la estatua.

Esa extraña vida se nota,
de esta manera
antes que en nada,
en la cabellera
que desgreñan
hilo a hilo
los vientos:
luego en la frente,
donde se ve soplar
sus arreboleas a la aurora.
En seguida el cincel,
ahondándose siempre en el hielo,
hace las cejas que se enarcan ensayándose.
Después, esculpidos los parpados,
pestañean despertando perezosamente,
hasta que los ojos,
de hondo y agudo mirar,
sonríen.

De tal manera, quebrando la nieve,
hace surgir la nariz,
la cual parece olfatear
la sangre que le infunde el Artífice,
por lo que se enciende el rubor
en las mejillas de la nivea estatua.
De esa suerte
al hacer los purpurinos labios,
la boquita sonríe también de modo indecible,
relamiendo y saboreando la santa sangre
que su lengua parece beber;
y entrecerrando los ojos
en una especie de éxtasis
entrebajo sus enmarañadas pestañas.

Estoy inquieto
en la cumbre Jillir Mamani

ARTURO BORDA

contemplando cómo surge lentamente
aquel ser en la cúspide glacial.

Pero el cincel del Loco
sigue devastando trozo a trozo los hielos,
dando forma y vida,
ya al cuello,
ya a los hombros y a los brazos.
De pronto los hermosos pechos se agitan
respirando a la par de su ebúrneo seno
cuando saltan libres las manos.
En eso el busto se estremece de rato en rato,
lo que me asesina de angustia
al abstraerme
en aquella lenta transfusión del alma;
pero el Loco,
profundamente reconcentrado,
sigue esculpiendo golpe a golpe,
los muslos y las piernas,
hasta que al fin el cincel
separa los pies de su escabel:
entonces,
dando graciosamente un breve saltito,
se despereza la divina
retorciendo sus músculos
al arquear el torso,
por lo que desde el fondo
afluye activa la existencia
a su níavea tez,
a tiempo en que sonriendo
extiende sus brazos al infinito
para en seguida frotarse los ojos y la frente,
somnia lenta aun;
y, aromando su aliento los azules,
bosteza runruneando un himno a la creación.

Luego la contempla un instante el Insano
con la más triste de las sonrisas,
para comenzar la siguiente estatua.

Es así cómo la Arquitectura,
tan pronto como respiró

EL LOCO

se puso a dibujar con celajes
el Templo del Ideal;
y cuando se encarnó la Música,
inmediatamente hizo vibrar la solar lira,
haciendo estremecer el firmamento.
Después, animada la Escultura,
cinceló al punto en la nieve
a la intangible Luz De Luna.
Acto seguido surgió la Pintura,
la cual con el iris en la paleta,
retractó al Loco,
coronado por su propia obra.
En ese momento el artífice,
resplandeciendo en la purificación
de su vida en plena labor,
dio el último toque de cincel,
y se encarnó la Poesía,
que, leyendo armoniosamente una oda,
coronó al Insano, transfigurado ya
al ver que, sangre de su sangre
y soplo de soplo,
Luz De Luna,
enviándole besos
en las yemas de sus dedos
rompió al azul,
remontándose
leve y rauda
al Eterno.

Entretanto las aguas, el cielo y la tierra,
poblaron el firmamento con un ledo murmullo, a la vez
que destellaron luz y color, semejando la irrupción de
una infinita e inquieta pedrería bajo la luz del sol.

De tal manera todo cuanto alienta en la existen-
cia se estremeció en el espasmo creador.

Así saturados en la eterna eufonía e infinita ruti-
lación del iris, anonadados ante el prodigio de la fe y del
esfuerzo constante, rendíamos ya la vida en loor al Insa-
no, cuando desde los lejanos confines emergieron azula-
dos nubarrones que, arrastrándose primero en la
tierra,

ascendían después, estrechando incesantemente los horizontes.

Mas, súbitamente rehecho, y turbando el sacro, instante, tornó a hablar en estos términos

EL LOCO

En pos vuestra y de esta cumbre he atropellado civilizaciones, edades y pueblos.

Revisad el pasado y hallareis que en la sagrada India soy Devanaguay, Khristna y Valmiky, así como el autor de Elefanta y de la basáltica Elora.

En Gracia soy Hornero y Fidias.

En el Amor soy la doncella de Corinto, que, transida de dolor al partir el amado a la guerra, traza su retrato siguiendo el contorno de la sombra.

En el Imperio del sol fui el Inca Manco Kapaj, quien —desterrando la miseria de sus dominios— supo, cual na-dió jamás, establecer la comunidad nacional.

Soy alma y vida de los geómetras celestes.

Sin mí permanecerían en la nada la Novena Sinfonía, el Parterón, la Manca de Milo, el Juicio Final y la Madona de la Sixtina.

En la hoguera soy Mucssio Scévola

En la prisión, Colón y Miguel de Cervantes.

Refundiendo el alma humana en la escena soy Shakespeare, el inmortal del Albión, así como soy Leonardo profundizando superficies planas.

Soy Franklin sojuzgando el rayo; Santos Dumont surcando el aire y el Brujo de Manió Park almacenando la voz humana.

En la guerra fui Demetro Poliorcetes, Rey de Macedonia, quien sitiando a Rodas, retrocedió por no destruir

EL LOCO

el lienzo de Julipso pintura de Protógenes; y soy Woodro Wilson clamando la paz en el siglo XX.

Y en la sacra moral soy el Galileo, quien por vosotros dice:

Si alguien quisiera venir tras mí, niéguese, tome su cruz y sígame.

Y soy Kristna que varios siglos antes os grita:

¡1 hombre honrado debe caer bajo el golpe del malvado, como cae el árbol del sándalo, perfumando el hacha que le hiere.

Más aún. Y esto oíd bien. Soy el Eclesiastés, quien os dice:

Si el hombre engendrare ciento y fueren numerosos los días de su edad; si su alma no se hartó de bien... yo digo que el abortivo es mejor que él, porque en vano vino y a tinieblas va y con tinieblas será cubierto su nombre. Aunque el abortivo no haya visto nada, ni conocido nada, más reposo tiene éste que aquel.

*

Dicho lo cual calló.

La tempestad se avecinaba rápidamente.

Y a la hora nona oímos que entre sombras y nubes clamó de esta suerte.

EL LOCO

Compatriotas en el ideal, oíd éste mi último ensueño:

Recuerdo, como al través de nieblas y gasas las lejanas armonías y misteriosos resplendores de mi último delirio, en el cual vuestras almas, amigos míos, brotando del

restregamiento de toda verdad y dolor, cual la mía, leve y lentamente emergieron, como exhalaciones de incognoscibles edades; luego, deshechas en el torbellino de sempiternas vorágines del recuerdo de embriagueces cósmicas, de éste modo en coro cantaron:

Melancolía caótica
del recuerdo de las edades
a la sombra del amor,
exaude pía tu magia,
para entonar en breve
cantiga el Deo Gratias al
Ideal.

Esto dicho invadieron suavemente rumores vagos y misericordiosos de medrosas quejas, de besos leves y de suspiros quedos en las violáceas sombras del pasado; estremecimientos ardientes y locos placeres; soplo de laxitud, desvanecimientos de largos éxtasis y vahos de flebilinas languideces, como en el lejano rumor de la noche vaga; ecos de medrosas barcarolas, de sonatas y yaravies apenas audibles ya, cual si viniesen de lo ignoto en la magia de una aurora.

En tal momento nuestras almas, así como el musitar del céfiro, de este modo entonaron su raro y breve canto:

En la exhalación de las ambrosías
de las sutiles sombras
en mis lánguidos ensueños
y áticos recuerdos,
de hace ya como desde el origen de las eras,
en la vasta opresión de mi vida
y de mi alma dolorida, rebelde y prisionera,
¡oh mi Ideal, indeleble ya en mi ser!
yo te bendigo con mi existencia
emergente de la melancolía caótica:
recuerdo de las edades
en el dulce imperio del amor.

Así cantó a su ideal nuestra común aspiración en el fondo de la conciencia infinita, mientras que la humani-

EL LOCO

dad se revolcaba en el derrumbamiento de toda fe y en el cataclismo de toda esperanza. Era un tumulto de sombras que se dilataba en el Todo, cuya fuerza fue cesando ante el incontenible empuje de la Nada.

Tal es mi último ensueño.

*

Dijo el Loco y calló en la altísima contemplación de las cosas divinas.

Entre tanto la tempestad arreciaba en medio de las sombras más hondas. El frío taladraba nuestros huesos cuando advertimos que emocionado en el fragor de la tormenta, rico en la prodigalidad de esa alma ignota, tornó a hablar de éste modo

EL LOCO

Presto partid, ¡oh hermanos!, al impulso de todos los vientos, de todas las ideas y las luces, y a través del espacio, del tiempo y de la materia y entonad el credo del Ideal.

Mas, notad que el Arte es el símbolo del alma de los seres y de las cosas. Así que lo primero que cultivaréis es el alma y luego la forma, a la inversa del proceso usado.

Advertid que sólo por mi alma me visteis — a mí: el Loco — , ora atento o despreocupado, ora iracundo o ya manso, como ya sublime y ridículo; pronto cedente en vértigo, vencido o triunfador, cuando no enlodado y desnudo, ensangrentado o resplandeciente. Fui artífice y vago, pues encarné el ideal en el hielo mismo al soplo de mi espíritu. Os fasciné con todas las formas de expresión durante mi travesía en el orbe, merced al impulso de mi alma infinitamente multánime: soy la acrisolada concreción del Todo en la angustia del ensueño apocalíptico.

Y ahora sabed por siempre: Yo — el Arte — soy el deliquio sólo en la emoción del instante afín.

Ya sabéis.

ARTURO BORDA

Partid, que sólo la muerte da testimonios del sacrificio.

Id roturando los corazones predestinados, que por ahora retorno a mi esencia cósmica, para volver, pasados los siglos, y arrastrar nuevamente en mi eterna vía crucis la simiente florecida de las generaciones venideras.

En los arcanos del misterio sonó ya la hora de mi retorno al Eterno.

*

Así se expresó el Insano, enmudeciendo luego entre las gélidas sombras.

E instantes después, inquietos y tristes por su destino, le buscamos a tienditas, palpando en las sombras, cuando de pronto me heló el contacto de su cadavérico cuerpo que se encaramó en el pedestal de hielo de sus esculturas vivas, y dijo

EL LOCO

¡Non Ili me tangere!

*

En eso desencadenóse la tempestad con inconcebible furia, impelida por ciclones y huracanes, roturando las tinieblas, cuando oímos que decía

EL LOCO (lleno de alegría)

¡Vi la luz! (y luego, gritando al instante, aterroriza-

do) ¡Ciego...!

*

Estalló el rayo y retembló el firmamento.

EL LOCO

EL LOCO (inmerso en el horrísono fragor)

Mi retorno al Origen será
un sacro éxtasis
en célicas glorias,
ya que de amor y dolor ebrio
a Luz De Luna entonaré
himnos estelares en la eternidad.

*

Y entre marinas nubes asciende el Insano. Al caer su sangre gota a gota, se evapora aromando los azures. Una luz suave alumbra su transfiguración.

Estamos absortos.

De pronto estalla el rayo y su inmenso relámpago se apaga copado por un tumulto de sombras. El ronco tronar rueda de cumbre en cumbre, sacudiendo cielo y tierra. Avanza infinito el invasor silencio, cuando un nuevo rayo hace retemblar el firmamento, arrancando de cuajo la cumbre con la que —traqueteados por una terrible carcajada burlesca—, rebotando de roca en roca nos hundimos en el abismo que se abre siempre más y más en tinieblas más hondas, donde todo se deshace y desaparece infinitamente en un infinito silencio de nada.

LA AURORA

Y desperté. Los jumentos de la vecindad rebuznaban lúbricamente en tanto que la tempestad se alejaba.

*

Una hora, más o menos, estuve atolondrado. Ahora, si pudiese escribir, explicando aquella barabúnda, haría seguramente algo que... Pero, y esto me apena; ¿quién me comprendería si yo mismo no llego a coordinarme? No importa. Es verdad. ¡Ya que será sólo para Luz De Luna, porque ella puede no comprenderme, pero sí sentirme; me lo dice el corazón. Luego le diré:

**Amor mío,
Luz De Luna,
bien amada,
el Arte es
un loco remolino de ideas
arrastrando los ciegos impulsos
.....**

**No, no sé,
Todo es inútil.
¡Oh angustia**

VEINTIDÓS AÑOS DESPUÉS

Bueno. Ahora que **El Triunfo del Arte** está concluido, después de cien mil correcciones, y cuando ello podría constituir quizá si el orgullo de un pueblo —que tal es mi conciencia—, pues en el fondo mismo de esa conciencia siente vergüenza en la **necesidad** de aminorarme, como si ya un supuesto triunfo molestase a los demás y como si esa molestia refluyese dolorosamente a mi corazón, lo cual me indigna aun más, considerando que ya ni la gloria, en mérito de mis esfuerzos más íntimos y solos consiguiénte-mente, sería capaz de alzar mi espíritu. Y esta caída ¿por qué? Por el temor y el respeto inculcados en mi niñez se han desarrollado frondosamente ultrasusceptibilizados atemorizándome mirar de frente al cielo y a la tierra y avergonzándome de decir nada de lo que sintiera, necesitase o pensare. He ahí que mi triunfo en mi conciencia es mi derrota en la conciencia de mi conciencia.

Lego este ejemplo a la pedagogía para que forme conciencia audaz e impertérritamente.

El demoledor

EL DEMOLEDOR

Ninguna ebriedad sella más indeleblemente en el individuo, cual la del Ideal: borrachera de sentimiento y pensamiento en un largo ensueño, ausente de sí mismo en una mirada que parece mirar al través y por sobre todo. En ello casi todos, con frecuencia asombrosa, no pretenden ver sino la locura o la borrachera, o ésta, consecuencia de aquélla, sin que *se* detengan a distinguir los signos propios y profundos de la ebriedad del Ideal de la avaricia y de la lujuria o de la del alcohol, esencialmente estériles, cuando no casi siempre delictuosos, sin contar, naturalmente, con la terrible borrachera de la ignorancia audaz, por su ilimitada suficiencia.

Meses y años, largos años..

Sí, meses y años en que no puse ni una línea, porque estuve en letargía. Mis horas las pasé en estado de embotamiento e inconsciencia. Pero recuerdo que en el instante en que se me paralizaron la imaginación y el sentimiento, fue cuando en mi mente brotó y se grabó el concepto de El Demoledor. Desde entonces he ido echando sombras, quietud y silencio, sobre aquella idea que surgió repentinamente en mí. Dijérase que mi labor ha sido echar paletadas de tierra sobre la simiente. Pero ahora de nuevo se me desespera esta propulsión en torbellinos, que parece irrupcionar en mis tuétanos; es algo como el desatarse de los vientos en todas mis potencias. Hay tal fuerza y deses-

ARTURO BORDA

peración en mí, que se dijera que he de reventar esparciéndome átomo por átomo en el infinito.

Solamente en la muerte se puede esperar paz, porque a lo menos sé a conciencia, que en ella cesa el dolor del corazón y de los nervios. Es decir, no se sufre. Eso es, no sufren ni el pensamiento ni la sangre. Mas...

¿Qué oigo? ¿Mi alma...?

Es verdad, mi alma ha sufrido tanto como mi carne. Pobre alma.

Ojalá sea absoluta la muerte. Pero si por algo aun no quisiera morir es por el agrídulce que sugiere en el corazón el amor.

Cómo amo la vida y sin embargo cómo detesto mi vida, para la que jamás he buscado egoístas beneficios.

*

Para este tropel de inquietud galopante de los nervios y la sangre, que semeja multitud de cuadrigas a todos los vientos, como queriendo repartirse el alma, las sombras nocturnas que allegan un suave lenitivo de tregua breve, me invitan a entrar a campo ti aviesa en la densa noche.

Y caminando a tientas bajo un encapotado cielo, meditando en la tristeza de los afanes humanos, fui cruzando los cortijos. Es entonces que se agolparon a la memoria los incidentes de los pasados días.

*

La gente hormigueaba en las calles, las cuales estaban engalanadas con millares de banderitas de todas las naciones y de muchas aun no existentes. Esos trapillos multicolores, enalambrados de balcón a balcón, flameando febrilmente al soplo de la ventisca, suscitaron en mí una extraña conciencia de los lábaros en las alegrías del viento:

EL LOCO

el deseo de volar, sutilizarse y fundirse en esa especie de llamadas de llamaradas, en ebriedad de inquietud, de color, de consolación y esperanza en una fraterna comunión de todos los pueblos.

Después hubo desfile escolar, del ejército y del pueblo. Me sentí arrastrado en un olaje de la multitud: iba medio al aire, mirando los balcones, donde se abigarraban cintas, tules, sombreros y caritas femeninas muy risueñas, entusiasmando el ambiente. Hurras, glorias, marchas triunfales y manos que aplauden. Tumultos que pasan y pasan en esa forma.

En la noche hubo función de gala en el teatro principal. Mi impresión acerca de ella se reduce a mujeres escotadas hasta medio cuerpo, ofreciendo su carne al lúbrico apetito de las miradas. Entonces, en ese ambiente afrodisíaco, en el mundo de los espíritus vi centenares de adulterios y violaciones, con beneplácito simultáneo. Y, sin contar las monstruosidades morales, había que ver el sinnúmero de deformidades físicas que ostentaban de modo ignorantemente orgulloso, hombres y mujeres. Pero había también alguna que otra mujer hermosa, casi desnuda, que a cada instante cruzaba y descruzaba sus piernas, mientras que se le agitaba el pecho; miraba oblicuamente y, sabia e incitante, agitaba los brazos como invitando a estrangulaciones de caricias locas.

Entre tanto en la escena los artistas se esforzaban trágicamente en dar la nota más sencilla de realismo.

Tal iban todos, matándose en el ansia de goces, de gloria e inmortalidad.

*

He ahí que en medio de la noche voy recordando y pensando en la lucha sin tregua de los seres, considerando que siempre es la suerte quien resuelve indiferentemente éste y los demás problemas, sin que ello le cueste el menor esfuerzo

ARTURO BORDA

Y cuando después de saltar atajos, zanjas y charcas, llegué a la carretera, andando entre las tinieblas, tuve una extraña alucinación:

*

Vi que todos iban cansados, llenos de inquietud, brillantando cada cual con el fósforo de sus tuétanos y el signo de su sangre el secreto de sus penas, a sabiendas o ignorantemente, secreto que luego lo depositaban en el ánfora de una lotería humana.

*

De esa suerte pasaron las edades. Y cuando ya todo estaba en calma en el espacio, el ánfora giró en la eternidad, semejando el estruendo de un cataclismo. Un temblor de angustia paralizó las respiraciones y el latir de los corazones, dejando en suspenso las conciencias.

Luego, rompiendo la inmensidad nocturna del silencio cósmico salió el bolillo inmortal.

El cielo y la tierra se estremecieron al instante al ingente y subterráneo rumor que vino haciendo retemblar el firmamento.

Mientras tanto desde el cénit caía el signo fosforescente, el mismo que deshaciéndose lentamente fue formando un nombre en el horizonte, de donde saltó el sol a tiempo en que en la tierra y a la luz de la mañana concluía la agonía de un individuo.

De tal manera absorbió una existencia la gloria del sol.

Y en el cielo tinto de la noche brilló una nueva estrella; y en las edades futuras los hombres en dispersión van repitiendo sólo un nombre.

*

Y no es más.

EL LOCO

Cuando pasó aquella fantasmagoría, hacía mucho frío, se rasgaron las nubes y, a través de ese boquerón, las estrellas fulguraban en lo índigo de la inmensidad. Después la cerrazón se hizo completa...

Palpando en las tinieblas llegué a la ciudad.

*

Enciendo la bujía que ilumina pálidamente mi buhardilla. Y me acuesto.

En el simple hecho de respirar experimento cansancio. A pesar de eso mi cerebro medita lo que el automatismo de mi mano va escribiendo. Siento en mis sienes el dolor del esfuerzo que implica mismo el poner este punto final.

*

De esta suerte en medio de mis divagaciones veo pasar claramente el afiche de la bailarina nominada Estrella Irú, que vi ayer. Lindo nombre. Es asombrosa la claridad con que en el espacio vuelven a ver mis ojos ese afiche. Ella, hermosa mujer, se destaca en el procenio, sobre un cielo nocturno, en maravillosa actitud de danza. Y su nombre revuela sin cesar de la mente al corazón, suscitándome en extraño sentimiento.

Así, otra vez, como antes, veo allá mi Alma y mi Cuerpo; pero ahora no luchan: se hallan sentados melancólicamente debajo de unos matorrales. Hablan con acento fatigado.

CUERPO

Ya no puedo, Alma: has robado toda mi actividad. Cada vez me siento más pesado, sin alientos. Obra como quieras, que ya no me interesa la existencia: mi delicia llena de melancolía se reduce al sueño en un deseo invencible de sempiterna quietud. El dolor me da miedo: cualquier cambio de actitud me horroriza; casi ya nada anhelo.

ARTURO BORDA

ALMA

Yo también, Cuerpo, experimento un extraño frío de muerte; mas no por la muerte, sino que por la inútil liberación en que me agito en esta eternidad interior. Por el infinito exterior poblado de existencias indiferentes, es un infierno incalculablemente más siniestro que la Nada o el Vacío. Así, pues, nuestra soledad ha sido en vano, tanto como nuestra lucha.

CUERPO

Si no hubieran sido, Alma, tus caprichos, hubiéramos disfrutado libremente las horas hasta consumirnos; y no que hoy, por tu abstracción en un mundo sin forma, todo es angustia: cada latido en mi corazón es un dolor. Cuánta ternura por tí; pero ven, aun podemos gozar en consorcio las últimas mieles.

ALMA

Imposible.

CUERPO

¿Por qué?

ALMA

¿No sientes que nos estamos muriendo? Mira cómo ya en el Ocaso fulge la estrella de la tarde.

*

Y a medida que se esfuma en la luz estelar, se oye alejarse una misteriosa canción, cual si se hundiera en las profundidades de mi espíritu.

Un día en mí, Estrella Irú, todo era amor.
Mi alma era en la esperanza
a modo del aura alegre
que acaricia toda cosa;
en las almas mi espíritu se enredaba

EL LOCO

a semejanza de liana en hayas o rosas;
en el cabrilleo de mis ansias
era mi carne llamas y brasas
en las excitantes curvas de la hembra nubil;
el chisporroteo de mi sangre,
¡oh, Estrella Irú!,
elevó en la mujer un himno eterno
de sutil y honda adoración,
más que un eco dilatándose en el silencio;
en la angustia idólatra de mi existencia
todo invitaba a un goce de potencia inmortal:
mi amor era augur
de aniquiladores deleites en la desesperación,
mas todo ha sido la nada de una sombra de humo
al deshacerse huyendo . .

Sé hoy en mí, Estrella Irú, mi Luz De Luna.

*

Y la tristeza de aquel cantar me adormece en otra ilusión.

La iglesia envuelta en la luz crepuscular está feéricamente iluminada; pero a medida que avanza la mañana las luces menguan suavemente, extinguiéndose al fin cuando salta el sol.

Luego, a semejanza de los himnos en la mar o el indecible rumor de las remembranzas, resuena alegre y solemne en la bóveda del templo la salutación de un millar de voces infantiles y juveniles, cuyo timbre coral finge el son de arpas o gaitas galaicas; en seguida simula a la sordina el estridul de las cigarras o abejas en el recuerdo.

Es por ello que en mi corazón borbotan no sé qué rondales cordiales; y siempre en torno mío algo como aleteo de cantáridas y libélulas, mientras que a modo de una bendición consoladora emerge del templo la impar Estrella Irú. Ante sus inmensos ojos negros se dijera que súbitamente se opaca la lumbre solar en mis ojos o se estilizan absortas las horas. Estrella Irú es en este instante

ARTURO BORDA

la epifanía de Luz De Luna que entre coros y dominaciones, oh tristeza de sombra errátil, así que llega se esfuma en un halo de luz.

Estrella Irú.

*

Comprendiendo que la fiebre me está atacando, reacciono haciendo un gran esfuerzo.

Debo procurar distraerme y tomar analgésicos a gran dosis: dormir o morir.

Los hombres no resistirían una hora esta tortura. Qué desenfreno de ebriedades.

Iré al campo. Quiero saturarme de la serenidad de la naturaleza, porque yo sé que en uno de estos instantes reventará algún órgano del cerebro o el corazón. Pero ahora no temo por ello sino por la agonía. Y no quiero que llegue la noche ya que las sombras son mi alcohol y opio. Quisiera huir de esta especie de ensueño perpetuo en que vivo, donde todo es sombras y vaguedades, olvidos y recuerdos dislocados que se confunden y se deslizan esfuendo sus extremos en la realidad. Es el encantado martirio de estar segundo a segundo contemplando no sé qué desde las embriagadoras brumas que no son el presente, el pasado o el porvenir: todo es la suspensión de un misterio que se aventaja y recompone como en un enorme caleidoscopio de nigromancias.

Sí, iré a caminar hasta que el cansancio me rinda. II

Todo el día anduve impulsado por el descontento y el desencanto. Cuando la tarde caía mi sangre se hubo apaciguado; y, rendido al fin, me tendí debajo de las frondas, sobre la yerba húmeda y fría. El crepúsculo había pasado y en el cielo indefinible de aquella hora brillaba la estrella de la tarde. Al través de las frondas que se meneaban fantásticamente, fingiendo el sordo rumor de lejanas

EL LOCO

cataratas, se veía pasar negros nubarrones a manera de endriagos o montañas proteicas o naos fabulosas, orlados de claror lunar, en tanto que el distante croar de innúmeros sapos en las ciénagas simulaba la prolongación de los murmurios del agua en lejanía, de donde llegaba el lastimero ulular de los canes. El estridul monocorde de la cigarra, el canto agorero de alguna ave noctámbula y alguna tarka que suena el aimara, escondido a lo lejos, acuerdan la sorda eufonía de la hora, cuyo encanto me adormece.

.....

Entre las sombras índigas y violáceas de un día gris y frío, como en maleficio de Sabat, siento que activa y mudamente mis tatarabuelos revuelven entre abominaciones sus tareas y sus virtudes, hurgando en mi sangre y en mi cerebro con tridentes garfios.

.....

Despierto. Mi serenidad exterior es asombrosa: es una especie de tibieza de la sangre en un ligero bienestar de convalecencia.

III

Llego a casa y me acuesto. Hay tempestad. Hace una hora que se oye conmovir los montes la repercusión de un solo tronar. Tantos y seguidos son los rayos. Los relámpagos obturan incesantemente las sombras. En la tibia laxitud de mi carne se amortigua mi pensamiento.

Poco a poco noto que mi sangre palpita galopando: mi cabeza arde en medio de un enorme zumbido de las nieblas que giran en masa, pero con una horrorosa lentitud incontenible y que sin embargo tiene no sé qué de velocidades entrecruzadas en todo sentido. Mi cabeza crece desmesuradamente. De mis ojos sale la eternidad en microcírculos anaranjados o mordorées orlados de argento, los cuales dilatándose más y más van formando una especie de embudos prolongados al infinito, cuyos bordes, después de convertirse en seres y panoramas extraños, se hunden

en los mismos embudos, por medio de los cuales, vaciándose en mis pupilas, vuelven a mi cráneo. Mi cerebro está hirviendo locuras en tanto que mi pecho aceza tranquilo y mi conciencia, aun más tranquilamente, contempla el fenómeno. Y todo zumba con zumbar de eternidad.

.....

Entretanto oigo en el enladrillado el sigiloso andar de pies descalzos. En el denso ambiente, como en el vaho de una marmita de bruja que atiza ingredientes deletéreos, vagan los helmintos y las estantinas, mil espectros y duendes; extrañas alimañas alfombran el piso y tapizan las paredes, pululando a millares en mi cama, donde resbalan blandas y frías.

Así, respirando los insectos de una alquimia fatídica, vienen contoneándose irónicas y burlonas, completamente desnudas, chasqueando sus lenguas ásperas y salivosas, las mujeres más hermosas, mientras que los sátiros lanudos pasan haciendo obscenas morisquetas entre nubes de cínifes y luciérnagas o de ruiseñores y mariposas.

Inimaginables plagas de microbios infectan la atmósfera; seres amorfos y fetos humeantes resbalan con pegajosa blandicie en mi cuerpo.

Obesas meretrices, desabridas y fofas, oblicuas y ambiguas, con alas membranosas de vampiros, aullan lujuria en tanto que se esfuerzan en detener el tiempo, refregando entre tanto su flacidez en la musculatura magra de los sátiros.

Y mientras ensordece la brama de aquella carne que respira los infusorios de la brujería, un panzudo bobo congestionado ríe a carcajadas leyendo el Apocalipsis, las Afinidades Electivas y las Cumbres Borrascosas. Una jauría de cretinos atraillados hace coro con todo el escarneo de quien larga la risotada sin comprender lo que mira

Sofocado sacudo la cabeza y desaparece la visión.

.....

EL LOCO

Pero al instante en el opalino claror de la luna, a través de niebla, que ilumina mi estancia, surgen sinuosas figulinas con blandicie de larvas, como si saliesen de la humedad cadavérica de inmemoriales criptas con suntuosidades de aguasmarinas en popelinas y muselinas lustrosas y resbaladizas, incoloras por los siglos; y sus voces, aquellas voces tan lejanas, tan gastadas, tan ancestrales, de tosecillas tan distantes de tísicos que se arrastran sonando a hueco los pulmones; delgadeces apergaminadas y descoloridas de moribundos cuya agonía los idealiza en una mueca de reproche que se graba en sus labios como para escupirnos un gargajo de odio tuberculoso, abriendo inmensamente sus ojos opacos o brillantes en la provocación temeraria del que agoniza. ¡Oh, aquel gesto electrizante!

Y pasan mil espectros de la misma jaez, saludándonos con tal ironía y con tal gesto de desprecio en los ojos y en los labios, que con orgullo me vi en ellos como en un espejo. ¡Ay! de las gentes si comprendiesen tal cosa: cómo me enaltecería la cólera de su maldición. ¡Oh! el desprecio que tengo por toda grandeza y el asco que experimento por toda inutilidad. ¡Qué empuercamiento de gestos rebuscados para el público, para cualquiera, y quizá si para ellos mismos. ¡Uf... Cuánta inmundicia en el fondo de las apariencias. Si los hombres supiesen comprender la infinita sabiduría de ya no ser nada, de no querer nada, de mirarlo todo con asco y sin ni siquiera eso: mirar con ojos como de simples vidriantes o de cristalina roca. Ellos, mendigos de la opinión ajena, jamás sabrán de la absoluta liberación del que ya... Y no quiero hablar por ellos: imbéciles a quienes hay que aleccionar en la soberbia de esta única soledad, ultrajante sin excepciones, como cauterio o crisol de almas; porque yo sé que así los buenos resurgirán grandes. Es menester sacudir del alma la piojera del Yo y así dilatarse en los éteres en completa dación.

.....

Digo y me obsesiona el son melopéico de la meliflua musiquilla nacional en organillo o pianito a la sordina, al compás, monótono siempre, de **La** Patacoja. Y el desesperante son de ese cantar monorrítmico me hunde infiltrán-

dose en mí. Así la musiquilla siniestramente femenina, ridícula y pertinaz, enervante y obsesora, canta ya en mis tuétanos el fatídico ritmo. Es el taladro del son plebeyo en acordeón o en charanga en feria o en Miércoles de Ceniza, que trae sugerencia de languideces y tufos de erupciones en borrachera plañidera. ¡Oh, el agrio compás de **La Patacoja!**, como en un eterno hablar de **yaravies** o **boleros**.

.....

Entonces, ¡¡qué desesperación de huir! Y sueño en la tristonada Normadía. Ir en los crepúsculos las curvas de los caminos; sorprender nuevos horizontes; embarcarse en un velero bajel, sin batelera, y con viento propicio hacerse a la mar abierta, cortando la espumosa ondulación de las procelarias, en tanto que azuladas ya las lejanas costas se esfuman en la inmensidad siempre azul.

Oh, partir sin que nadie nos despida y llegar sin que ya nadie nos espere!...

Pasar a semejanza de sombra alucinada, helada y pálida, por Argel, Singapur, El Cairo y Túnez y remontar el Nilo- de los Faraones. Ansio ahogarme en las callejas ensordecedoras de Constantina. ¡Oh! Brest, Tolón, Tívoli y Marsella; y allá el Tánger, Brujas y Venecia. ¡Oh! mar de Sorrento, ¡oh las costas de Levante! Siracusa y Catania; Sicilia, Palermo y Pompeya; Lucerna y Benarés, la ciudad santa, y en las auroras o a los últimos rayos del sol, contemplar la Grecia Magna.

Huir, volar, tornar y morir oculto en las cascadas, a la sombra de los gélidos montes o en la umbría de las selvas vírgenes en mi América ignota ya...

Pero ¿para qué si tengo el hastío prenatal? Aquí será, en el verde cicuta de la hora, sin un adiós, sin agonía...

Y espero inútilmente que acuda una lágrima a mis ojos; mas ya no sé si me alegro o siento no tener la ridiculez de un lagrimón. Noto que empiezo a endurecerme en la serenidad, satisfecho de partir sin dejar afectos, libre, sin

EL LOCO

las impertinencias de la gratitud. Sí, será una expansión infinita salir de mis días saturándome en un olvido absoluto.

Morir...

.....

Y hube resuelto ya cuando dejando el lápiz y la cuartilla apagué la vela y me acosté. Así comencé a dormir en la innombrada calma que sigue a las resoluciones. Y, con una leve opresión en el pecho, empezó mi desvanecimiento en el ensueño a tiempo en que a mi lado, tan próximo, casi dentro de mí, oí algo como el murmullo de un secreteo:

EL LÁPIZ

Habla tú.

LA VELA

No; yo no turbo su último ensueño.

EL LÁPIZ

Entonces tú, Cama, que le envuelves, dile.

LA GAMA

Yo, mucho menos: no seré quien inquiete su último reposo, no obstante que recibiendo su calor le envuelvo en el postrer abrazo con cariño de niño, de amada o madre. No, yo no le despierto: aun espero cobijar algunas hermosas inquietudes.

LA ROPA

Yo seré quien le acompañe hasta el fin, porque estoy más con él que la Cama.

EL LÁPIZ

De mí ha necesitado mucho más que de la Ropa: a mí me tajó y me acabé fijando su sentimiento y su pen-

ARTURO BORDA

samiento. Estuve mil veces entre sus labios, al contacto de su lengua, en las fecundas meditaciones, en apariencias de muerte.

LA VELA

Y yo, así como me veis, tan pequeñita ya, me consumí dándole mi luz en sus trágicas noches de inspiración. Todos le hubimos servido, hasta el Bastón.

EL BASTÓN

Sí; pero las cuartillas son más felices que nosotros.

LAS CUARTILLAS

Es verdad: somos sus secretarias. Es decir, que guardamos por siempre el misterio de sus creaciones.

EL BASTÓN

Yo que fui su apoyo, quiero despedirme. No se irá sin decirme adiós. Yo le despierto.

*

Y en el silencio nocturno, acaso al soplo del viento, cayó el báculo al suelo, sonando casi con timbre metálico. En el silencio, el eco de su vibración tuvo sorda resonancia de bronce.

En eso tuve una especie de vergüenza hablar con los enseres y mi alma por poco sonrío en la inconciente superioridad de aquella especie de fe que tenemos de que las cosas carecen de alma. Y con voces que sonaban más que en mi alma, en mi espíritu, a semejanza de los ecos que se recuerda, dijeron:

TODOS

¿Y te irás, amo mío, sin decir adiós a los que nos acabamos en tí y por tí?

EL LOCO

LA ROPA

¿Te irás sin un recuerdo para nosotros, por cuya vejez en tu servicio se humilló de vergüenza tu corazón más de una vez ante el lujo de los demás, cuando nosotros alzábamos tu conciencia, cantando nuestro orgullo por tu alma? ¿Te irás, ingrato, sin un pensamiento para nosotros...?

*

En eso el arrepentimiento, la vergüenza o qué sé yo qué, me hizo enmudecer en la dilatación de un inmenso y suave cariño a mis prendas. Así, pues, mi ternura se hizo un abrazo infinito e impalpable.

LA VELA

Enciéndeme, amo mío, amigo mío: no quiero alumbrar otra existencia que la tuya; ansio inmaterializarme en tu servicio en estas tus últimas horas; quiero que el agónico parpadeo de mi luz ilumine tu postrera inspiración; quiero alumbrar tus profundas pupilas y luego morir envolviéndote y besando tus labios.

*

Entonces sentí como si un perfumista hubiese vaciado sus mágicos pomos en faldas de seda que crujían discretamente.

Y de pronto la estancia se iluminó de vaguedades, cual con una plaga de luciérnagas en la tiniebla. Se oía un infinito murmullo de secretos. Tajan el aire los veloces vuelos de mil sabandijas noctilucas. Pero mis inquietudes, aisladas ya, se mueven inútilmente arrinconadas en mi corazón.

Al instante cogí la caja de cerillas. Y raspando en la lija inflamé un fósforo.

LA CERILLA

¡Sí, sí, sí! Sólo por tí. ¡Sí, sí sí! ¡Ya:

ARTURO BORDA

Encendí la chorreada vela de sebo y el fósforo se apagó suspirando.

EL LÁPIZ

Úsame: tájame; quiero acabarme el trasunto de tu alma; no ansio escribir otras ideas que las tuyas; espero transfundirme fijando tu sentir y tus pensamientos. Conviérteme en lo más noble de tu existencia, oh amo mío, amigo mío!

TODOS (a coro)

Corred ligeras, amargas lágrimas
y suspirad hondamente opresas penas;
que el amigo y el amo que nos enaltece
se embarca ya en el Misterio a la Eternidad.
¡Oh calor de alcoba y turbia luz de Vela en desvelo;
sostén de Cayado en los deslices;
negro trazo de Lápiz
o palabras invocés en las Cuartillas
y pudibundo abrigo de la Veste raifa,
gemid sin consuelo.

¡Oh insondable sentimiento de los hurraños
o triste rebeldía de los caídos;
indecible angustia de amor,
consagrad todos una furtiva lágrima
a quien supo agotarse exprimiendo la inquietud
de los íntimos silencios
en el ansia de las sombras hondas.

En la inmémora travesía de la noche sin aurora
la batelera de el Loco será la Negra Capitana.
Así, singlando **ab eterno** y rauda el esquife
en las inciertas ondas de la mar sin orillas,
se irá por siempre.

Corred, pues, ligeras, amargas lágrimas
y suspirad hondamente opresas penas.

Entretanto mi Cama me apretaba, ciñéndome suave
y calladamente. Luego en el silencio supe una especie

EL LOCO

de sollozos que venían de mi Bastón, de mi Ropa oí algo como la congoja que cruje ocultándose y una voz más dulce que la de los bisabuelos a los niños, decía: — Adiós. Adiós.— Después continuaron

TODOS

¿Si preguntan por tí?

YO

No temáis. ¿Acaso interesa a nadie la existencia de nadie? Tanto es así que hasta ahora yo no había pensado en vosotros.

TODOS

Pero ¿si preguntan?

YO

Entonces cerrad a cal y canto el deseo y te palabra, porque vosotros ignoráis que al fin el **resentimiento** del odio serenado ya, sólo halla su **venganza** de la vida, despreciando silencioso en el misterio, casi en un **olvido** de perdón, en aquella especie de bienestar con que nos aplasta el último cansancio de las abulias ante la indiferencia cósmica. Y sabed, para vuestro gobierno, y si es posible para que me odiéis así, que cada conciencia nace tan tristemente sola y vive tan sola como se va, acaso sin ni siquiera dejar vacíos en el recuerdo.

En tales ridiculeces del ensueño era tan honda y apacible mi pena, que a todos nos envolvió un silencio profundo, mientras amanecía brumoso y pálido el postrero día. Luego, una especie de modorra me fue agobiando con la retornante fiebre.

Y en el alma veleidosa de las multitudes vi temblar de miedo y tartamudeando a Cicerón, al comenzar un exordio; en otro lado Sócrates, no menos ridículo, que-

ARTURO BORDA

riendo hablar también en público hacía desternillarse de risa al auditorio.

Luego van en la fábula Kristna y Cristo, arrastrados en la farándula de las impúdicas bacantes y de los caprípedos sátiros.

Aquí contemplo a Demóstenes que arrojando cobardemente el escudo, como buen orador, huye del campo de batalla, en tanto que Arquíloco, como consejero, ríe diabólicamente a lo lejos.

Allá, saltando riscos y cascadas, en pos de Endimión, corre Diana en la selva en que albea la aurora.

.....

Luego viene una densa nube de insectos, cubriendo el ámbito de horizonte a horizonte.

UNA VOZ

La locura retarda la muerte. Alégrate. Loco.

OTRA VOZ

La locura del loco es su alegría y la sabiduría del sabio es su tristeza; por eso para ser feliz es menester reír con el corazón.

LA PRIMERA VOZ

Mas, la locura oportuna es el colmo de la sabiduría; pero primero hay que matar el miedo en la idea, luego en el pensamiento, para que desaparezca el miedo en la acción.

LA SEGUNDA VOZ

^La indolencia es la sublime forma de la locura; además es el fermento de la libertad futura, porque se

EL LOCO

desentraña impasiblemente la rebelión de los orígenes, excitadora de todas las emulaciones de libertad.

Pero si no me crees, oye las voces de la naturaleza. Ahí vienen los animales. Míralos.

UNA LARVA DE LA CETONIA (caminando boca arriba)

El asunto es avanzar y mejor si es de espaldas, vista al cielo. Por eso detesto al cerdo.

LA TITTIBHA (durmiendo patas arriba)

Dices la verdad. Pero lo cierto es que hay que vivir durmiendo así, por sí acaso: para que no nos aplaste si se cae el cielo; pues siento que tiembla al paso de un Demoledor. De lo primero que es necesario prevenirse es de la felonía celeste, aunque tal peligro emane nada más que de nuestra idea. Sin embargo el azul es la mayor consolación; por eso yo también detesto al cerdo.

EL CERDO (furioso)

No obstante sois tan repugnantes que me dais asco. En cambio ¿mi carne quién no la apetece?

UN LINCE (sonriendo con gesto despreocupado)

Por eso hombres y mujeres llevan en el corazón sangre de puercos y en consecuencia sienten y obran como tales.

UN PERICO LIGERO (hablando lentamente)

Cada cual tiene fatalmente que avanzar y vivir no como quiera sino que como buenamente pueda. Cada ser y cada cosa es útil para algo, si no en vida, por lo menos para abono de hortalizas. Pero ¡ay! yo quisiera ser ardilla; mas, es verdad, hay naturalezas tan excepcionales, por ejemplo, la mía, que para hacer algo de sus ideales sublimes necesitan de toda su ociosidad, de esa ociosidad

saboreada segundo a segundo en todas las formas imaginables. Es por eso que mi gran amigo es el Diosdará. —_

UN DIOSDARÁ (volando apenas)

Eso mismo digo. Los iguales se juntan.

.....

En eso, jugando indolentemente un junquillo en los dedos de la izquierda, la derecha en el bolsillo, silbando ironías pasa el artista melencólico Casimiro Eldorado. Una linda hembra, Concepción Donaire, que a la sazón va inadvertida, mira indignada al tipo, hasta cierto punto midiéndolo de hito en hito, y larga su despectiva risa. Al oír Casimiro la risa en el aura, se detiene, vuelve los ojos y contempla indeciso y angustiado las incitantes formas de Concepción que se deshace meneándose en la sombra.

.....

Luego en el mundo fenomenal de los microorganismos miro desfilan las formas más infernales, grotescas e inconcebiblemente monstruosas. Aquí una cabezota de cuero aporcelanado con nariz de hipopótamo, ojillos de mostacilla y cuerpo de alambre con áspera pelusilla; después una especie de elefante con alas de mariposa y ojos de reflectores; ogros y sapos cientopies. Innumerables horrores, Todo presidido por la Manta Religiosa en pose espectral.

.....

En eso el movimiento indeciso de mil luces misteriosas va dibujando la esquina de una calle populosa. Tres jóvenes conversan animadamente.

ELÍSEO

Yo no sé jamás qué decir en una visita de pésame; no sé qué cara poner. Es una situación muy embarazosa.

EL LOCO

RUPERTO

Ya lo creo. Sin querer se toma en tales trances toda la expresión del hipócrita: en la palabra, en la intención y en el gusto. Sí, es para reír y para no acabar.

ARNOBIO

¿Y no piensan en la molestia a que se ve obligado a soportar el doliente? No sé por qué en tales circunstancias todos me parecen ovejas. ¡Qué caras! No sé, pero así se me figuran.

RUPERTO

Por eso yo jamás cumplo con esas fórmulas, ni por tarjeta. Experimento una repugnancia invencible al tener que decir: —Sienta mucho.— por aquello que en verdad ¿a mí qué me importa? Que cosa estúpida es esa. ¡Oh! si uno pudiera hablar con esta claridad en público, en los libros o en la prensa...

ARNOBIO

Ya, sea lo que quieras, pero es el caso que el que no cumple con tales fórmulas en la sociedad, y hasta con gente de negocios, por sabio que sea pasa por simple campesino.

RUPERTO

Supongo que Elíseo se ha referido a estos asuntos a causa de la muerte del hermano del poeta Banbenuto Enequis. Por lo que hace a mí confieso que le pasé la siguiente esquila:—

Distinguido amigo: como por la muerte de todo individuo inteligente, he sufrido una molestia indecible por el deceso de su hermano Dióscoro; pero tengo para mí que la amargura de tal suceso sabrá arrancarle a usted estrofas de inmortal belleza. Tal es nuestro deber en las zonas de la armonía.

Etc.

ELÍSEO

¡Claro! A tí que te gusta la poesía, es muy natural que hayas pasado esa esquila de condolencia en los términos que dices, en la misma forma que pudo haberlo hecho un acreedor vulgar, con la diferencia de que en tu caso es la cobranza de un refinado goísmo.

RUPERTO

Justamente. Cada cual tiene la obligación de actuar del modo más práctico en el círculo de sus actividades. Así un bandido debe ser pronto resueltamente un buen bandido y el santo, santo.

ARNOBIO

Si es así recibe mis felicitaciones por lo acertado de tu misiva. Y espero que cada ciudadano procure ser pronto de modo definido algo especial y potente: una personalidad. Supongo que eso querías decir.

ELÍSEO

Los pésames y las felicitaciones son, querido Arnobio, igualmente estúpidos y sin objeto, por que nadie se alegra ni duele por los demás, salvo que tales ceremonias encubran una segunda intención ya, se entiende que de interés propio.

RUPERTO

Existe otra costumbre al respecto, más tonta todavía, aunque sólo entre los tontos, la cual es llevar luto o sea vestir de negro. Respecto a eso jamás he podido explicarme racionalmente la relación que haya o pueda haber entre el color del traje que se lleve y la existencia presupuesta de un sentimiento. Por ejemplo, tú, Elíseo, hace cinco meses que llevas luto por un tu pariente a quien jamás conociste ni entre sueños, ya que nunca te hablaron

EL LOCO

de él, y que, por consiguiente, su nacimiento o su muerte antes de ahora para tí era menos de la idea que pudieras tener de la nada. ¿Me comprendes? Y en cuanto a sentimiento, en éste mismo instante puedes observar que no tienes ninguno con respecto a tu deudo.

No hay más remedio que demoler a sangre fría todas las estupideses que no sirven nada más que decortapisas. Hay que hacer que diariamente el individuo sea más salvaje en su desnudez espiritual; es necesario barrer de cuajo la hipocresía. Vivimos en una trabazón social de puras mentiras, tanto que no se puede confiar en la palabra de nadie, ni de sí mismo, toda vez que el hábito de las costumbres sociales ha formado nuestra mecánica, de tal modo que casi no sabríamos distinguir cuáles son nuestras manifestaciones naturales y cuáles las de mero convencionalismo.

Tal iban hablando cutando súbitamente desaparecieron a modo de las sombras de una linterna mágica, dando nuevamente al desfile de las alimañas.

.....

UNA CIGARRA (cantando)

Cuando se ha perdido toda esperanza y se alienta el despego a todo, sin arraigo de nada en el pensamiento, en el sentimiento ni en la carne, entonces, cuando en plena miseria se siente, se piensa y se trabaja sin objeto, éste es el terrible sarcasmo, sólo entonces se hace positivamente genitora nuestra acción; cuando actúan nuestras imponderables actividades emanentes del quietismo en todas las disiluciones y cuando en el himno de muerte se oye el canto del cisne, nuestra existencia parece desligarse del infinito mismo, entonces, sin amor ni odio, sin esperanza ni recuerdos, en plena miseria, nuestra acción desinteresada es la propulsión cósmica, porque está ya en la libertad absoluta. Y no hay cetro de falaris que equivalga a la indisciplina demoleadora de un loco.

ARTURO BORDA

UNA ABEJA Y UNA HORMIGA

Eso se llama virtud. Pero para ser virtuoso se necesita la potencia viril de Heracles y Sansón. La existencia humana está poblada de importantes, de agotados en sus vicios. Ser potente es ser virtuoso.

UNA MUSARAÑA

¡Ja, ja, ja! En la humanidad no hay vicios: fuerzas ciegas y fatales; eso es todo. ¡Ignorante! Las necesidades de las potencias son aniquiladoras por su propia naturaleza; por eso el potente fatalmente es un tirano y el débil un ciervo: carne de cena o desayuno. Digo esto porque sólo los imbéciles no aprovechan las lecciones de la vida.

UN TIBURÓN (en las olas del mar)

Amar es hacerse absorber. Mata y nútrete. La más sublime locura es la gula. Alimentarse bien es el secreto de las potencias. Y ser potente es ser vencedor y señor. Así pues, no hay por qué tener compasión de nada ni de nadie.

UN CHACAL

Eso es verdad. Y si no creen oigan al señor Cernícalo.

UN CERNÍCALO (estabilizado en el azul)

Cierto. Matar para vivir o morir. No hay más: es la ley sempiterna Pero solamente con alas y pulmones extraordinarios se hace este juego. No soy el único que me detengo en el espacio. Quizá un día nos imiten los hombres: su espíritu simiesco aun puede darnos muchas sorpresas. Pero la realidad se burla de todos los ecos y los reflejos. El espejo es la cristalización del Mono y el fonógrafo la del Loro. Y el Hombre tiene de ambos. Es un animal muy interesante porque también tiene mucho de Burro.

.....

Entonces oigo entre las nieblas un extraño parloteo:

EL LOCO

PRIMERA VOZ

Aquel que vez allá es un meritorio servidor a la patria.

SEGUNDA VOZ

Yo no puedo creer en ningún patriota... a sueldo, en dinero contante y sonante y con derecho a retiro, pensión vitalicia y montepío. A no ser en caso de inminente peligro en que todos acuden, aquí como en todas partes del mundo, a defender no precisamente la patria, sino que todos van impelidos inconcientemente por el instinto de conservación individual. De un modo general puedo apostar a perder la cabeza, que el individuo que sirve a la ciencia o a la industria, a la religión o a la patria, lo hace sin más idealismo que asegurar su pan para hoy o para mañana. Ahora, que de la labor conjunta resulte un **inconciente** beneficio para la comunidad, ese es un efecto que se ha de lograr siempre, con la colaboración de cualesquiera clase de gentes, aun cuando sea de los antípodas, en fin, allá donde el individuo pueda ganar su conservación. El cacareo de las palabras ideal y patriotismo sólo sirve de venda al pueblo, para que los explotadores gocen tranquilamente de sus prebendas vitalicias. Mas, nadie se acuerda de los intereses nacionales si no es para aprovechar de ellos, entrando a saco en los tesoros. Y sino observa la historia de cuanto individuo conozcas. Por esa razón resulta que si existe el hombre verazmente patriota, es para todos de incómodo como una ascua y por ende deberá morir exilado en la miseria, esté en el país que estuviere, maldiciendo su patriotismo. Observa y verás que en la vida del hombre, al igual que en el de la bestia, no hay más ideal efectivo que asegurar la satisfacción, si no de sus vicios, por lo menos de sus necesidades. Claro está que esto es triste para la muchachada de quince abriles; pero, si queremos salvarla, no hay más remedio que romper sus ensueños, demostrándole que tiene que luchar afilando sin cesar sus garras, como para vivir entre lobos hambrientos. Y si no crees, mira. Ya se despejan las brumas.

I

Y mientras las voces iban amortiguándose, en un bosquecillo embalsamado y a pleno sol, lleno de aves, de coleópteros maravillosos y de irisadas mariposas, saltaba entre riscos, alegre y bullicioso, un adamantino arroyo para luego deslizarse suavemente en la arenilla.

Un hermoso niño, soñando en edenes y con ángeles, juega en el agua con pétalos que imagina góndolas, las cuales singlan por entre la enramada, mientras el chiquitín silba alegre imitando a las aves.

Y así crece enflaqueciéndose, porque tanto los simios, como los perros los zorros y las aves, le roban su diario alimento si no es el tiempo que los putrefacta, ya que por soñar y cantar el nene se olvida de sí, poniendo su alma en una existencia superior.

II

Pero llegado el invierno las aves emigran, el bosque muestra únicamente sus ramajes ligníferos, en tanto que el arroyo se ha congelado.

El hermoso muchacho de otro tiempo, joven ya, escuálido y aterido, ya no canta ni sueña, si bien su recuerdo se hunde en la melancolía; pero hosco, crecida la cabellera y la barba, y fuertes las uñas, lucha cuerpo a cuerpo con los buitres y los lobos, esforzándose por arrebatárles una lonja de la carroña que hallaron en sus correrías.

Es un espectáculo horripilante.

III

Y otra vez la primavera. Todo es himno, aromas, luz y color: las aguas rumorean y los vientos silban creando a los ruiseñores y el arrullo de las torcaces en las reverdecidas frondas.

Rompiendo a gatas la maleza avanza, desnudo ya, el hombre, a manera de extraordinario felino. Lleva ca-

EL LOCO

bellera y barba que le caen a semejanza de malena leonina, mientras que a la sombra del ceño fruncido relampaguean los ojos inyectados; chuequea sus gruesos labios, enseñando sus enormes caninos, en tanto que sus ya formidables uñas arañan impaciente y maquinalmente la tierra, acechando entre hienas y lobos, escondidos en el bejucal.

De pronto en el sendero que orilla la acequia van soñando en el amor una linda zagala y un fornido pastor. Pero, a tiempo en que comienzan a entonar una canción, sobre ellos se lanzan juntos el hombre, los lobos y ^s hienas. Hay un vértigo trágico de lucha, hasta que descuartizan los cadáveres. ¡Oh, cómo tragan la carne y cómo beben la sangre humeante aun!

.....

Y otra vez las bestias.

UN CÓNDOR (elevando en sus garras a un pollino).

Al impulso de mis alas hasta los jumentos vuelan, pero sus ascenciones son como se ve, peligrosas, Pobres jumentos.

UN PERRO (alborotando el gallinero)

¡Ay! Los amos son la tiranía que humilla: apenas nos queda el derecho de gruñir, o si nos atrevemos contra ellos es que estamos hidrófobos, es decir, locos. Por eso la locura es la única realidad de la libertad. Y a ver si me entienden: la única, digo.

UNA LLAMA (altanera y con paso marcial)

Mi orgullo sereno en la servidumbre misma tomen como ejemplo los serviles en su propia conciencia.

Mi origen es americano.

UNA MARMOTA (como entre sueños)

Pobre Loco. Tápate las orejas. Porque eres sensitivo y meditativo, por eso tu vida es una tragicomedia.

ARTURO BORDA

En eso la atmósfera poblada de infectas alimañas disipa ante un relámpago de luz intensa.

UN CENTAURO

Precisa una pronta selección en todo.

El Demoledor sólo puede venir del hirsuto monte o de la selva virgen, formidable, salvaje y potente, a semejanza de una erupción volcánica. Entonces de las murallas estériles y de las raíces calcinadas regerminará la vida exuberante. Luego dejad que según la enseñanza cristiana los muertos entierren a sus muertos. Y reid después aun de la Antígona de Sófocles, porque el entierro y la cremación de los cadáveres no obedece a ningún impulso sagrado, sino a una necesidad profiláctica. Las cenizas y las putrefacciones fertilizan a la tierra.

En necesario ayudar a la naturaleza.

UN LORO (en un naufragio, trapando al palo mayor)

¡Se arrumaron! ¡Se arrumaron! (Desaparece el barco en las olas) ¡Nos embromamos!

UN BISONTE (derribando la arboleda en el litoral)

Loro desgraciado, si al que te cortaba las alas le sacas los ojos con tu corvo pico, no te ahogas ahora. El derecho de defensa es más ilimitado y sagrado de lo que se imagina, porque es la salvaguardia del futuro.

UNA CEBRA (en arrogante alarde)

El rebelde es el innovador de recursos connatales de la naturaleza. En él el mundo alimentará su lámpara votiva, ya que la suerte del UNO es la esperanza de los OTROS.

UN CHIMPANCÉ (gesticulando en un alcornoque)

Sí, sí. Ante la fascinación de aquellos relámpagos de libertad salvaje en tormenta, uno a uno iremos cayen-

do en el círculo encantado del rebelde, ante cuyo ultraje, —el desprecio, si no la soberbia de su crítica demoleadora,— vemos temblar y caer todos los ídolos, todas las renombres y todas las sabidurías, desde las que se ostentan impávidas en las avenidas públicas o particulares, o en sorbonas, catacumbas y basílicas, hasta las que vagan informes en el recuerdo.

.....

Luego en los ajetreos inútiles y desesperados por el pan de cada día, la maldita bendición de Dios, en un tiempo indefinido, al mediar la noche me supe caer prendido, en ayunas, pero limpia aun la soberbia de mi altivez; y en esas vaguedades de tumultos infinitos en los desvanecimientos vi cómo, cansado ya en el decurso de los tiempos y no sé debido a qué circunstancias, fui burgués.

En mi solariega casona vivía mi trinidad: Yo, el Burgués; Yo, el Proletario y Yo, el Crítico. Lo malo era que no podíamos separarnos y tampoco hablarnos, porque había en nosotros tal odio reconcentrado y silencioso, que hasta impedía cruzarnos la mirada, y sin embargo debíamos estar juntos: andar, comer, dormir. Horroroso.

El Burgués era licencioso, ignorante y hablador, irritantemente posesionado de su autoritarismo; contrariamente el Proletario era sufrido, estudioso y taciturno, desconfiado aun de sí mismo a fuerza de amargas experiencias; en cambio el Crítico tan pronto parecía estar irónico, risueño y grave, como ya alegre, sereno o triste, según las reflexiones que le suscitaba cada estado espiritual de la lucha sin tregua entre Proletario y Burgués. A éste en la mesa la comida se le volvía hiél, por el plato que le daba al Proletario, enrojeciéndose de rabia le lanzaba en silencio mil maldiciones: quería que se atragante y al mismo tiempo ansiaba arrojarle en la cara las viandas, con toda la brutalidad del avaro; a ratos se le ocurría arrebatarlo con las uñas el pan de la boca y echarlo después a la calle, pero tenía miedo, porque no sabía nada y acaso si ni siquiera pensar, mas tenía clara conciencia de que ante su oro el mundo disimularía amablemente su imbecilidad.

Luego se burlaba del esfuerzo paciente que hacía el Proletario para aprender algo. Todo era despótico en él.

La mesa era el suplicio para los dos. El Proletario mascaba a boca cerrada, sin alzar los ojos del plato pensando en que aquel bocado por el que había sudado todo el día se lo daba al Burgués en concepto de caridad obligada, es decir, contra su voluntad. Por eso sentía que aquellas migajas estaban empapadas algo así como en cicuta. Su alma se rebelaba y no quería mascar más aquel pan; luego se le oscurecían los ojos: en su espíritu descendía la noche y entre suspiro y suspiro crujían sus muelas. Mas, como le agujoneara el hambre y el antojo por las golosinas que viera en media mesa, involuntariamente iba a t.a.as su vista, pero como topara con la mirada furiosa, mente imperativa y avara del Burgués, que cuanto más trataba de disimular se revelaba tanto más feroz, el Proletario burlándose tomaba el pastel y mirando de reojo, de modo provocativo y amenazador, se lo comía a modo de sibarita, saboreando con lentitud desesperante, mientras que el Burgués: decía: Traga, ladrón, pordiosero, ese mendrugo que me robas, y ojala revientes y te carguen los diez mil diablos. ¡Sacre! ¡Muerto de hambre! Aquí, en mi casa estás a mi costa como piojo en cogote de fraile. ¡Come! ¡Bebe! Aquello era ridículo y terrible en el desayuno, en el almuerzo, en la comida y en la cena. Mientras tanto el Proletario, heridor y cómicamente trágico, mascando sus nervios replicaba:— Burro. Burro, si no fuera por mí, serías el eterno hazmerreír.— Y se ponía humildemente agotado y triste, sin dejar de mascar automáticamente, casi dando ajo que morder, hasta que después de sentir un deseo de vomitarle a la cara su comida, repetía de modo maquinal: —¡Bruto! ¡Burro...— En eso el hermético crítico azuzaba a los dos y sacudiendo los hombros se dormía soñando siempre en que al fin se hallaba solo, libre de la torturante presencia de esos dos idiotas en perpetuo rabioso silencio; mas, su destino era ser eco y espejo de ambos en sus mil formas de tormento, en aquello que por último constituía el cilicio de los tres. Y un día, mientras se durmió profundamente después del almuerzo, pude leer en su libreta de apuntes los siguientes juicios:

EL LOCO

I

Comerás tu pan con el sudor de tu frente quiero decir endulzarás con tu esfuerzo tu sustento, porque siendo salobre el sudor y agria la harina, ella se endulza con la sal, merced al milagro de la proporción tan necesaria en lo útil como en lo bello. Por consiguiente en vez de ser una maldición aquella sentencia^ del Nazareno, como ignoran- temente cree el mundo, es más bien la promisión de un placer, ya que la tierra es parca en sal y porque a su vez sin constituir una necesidad natural, es el modesto del gusto o simple refinamiento.

La verdad es que en el mundo hay cada error de concepto que parece mentira no pudiera ver la humanidad en tantísimos siglos lo que verdaderamente significa cada caso, fuera, se entiende, aun de la posible INTENCION que le asignará el individuo y claro está que también fue- ra de las circunstancias inconcientes que la crearan. Al través de la etimología misma creo encontrar siempre en cada palabra, en cada frase, un sentido más directo, debi- do no sé a qué impulso o necesidad de buscar el origen, la verdad y, sobre todo, su belleza, porque justamente, ¿qué me importa nada después de la belleza? En el análisis de las retorciones de mis propias hambres y sedes no busco nada más que a ella: la belleza, aunque es verdad que úni- camente según la concibo.

II

Todo lo que existe, a pesar de su agotamiento va fabricando el germen, llámase historia, tradición o prole.

III

Uno de los mayores heroísmos es conservar contra el viento y marea de la adversidad nuestra libertad de cri- terio rectilíneo por la justicia y la verdad, en medio mis- mo de la vorágine de los intereses particulares en que se agita la angurria de las gentes, y más que todo, a través de muchas más ingentes necesidades.

IV

La tendencia cósmica es disimular, menos el sexo.

V

La necesidad descubre los métodos, mejor que nada. He visto que aun las muías de silla aprenden a mascar la cebada en el hierro de su mismo freno.

VI

En toda ciencia o arte el aprendizaje sólo se hace a fuerza de repetición y la aptitud para el ejercicio correcto implica tal número de repeticiones de las fórmulas, que ya se ha vuelto algo así como el instinto: entonces se está en la perfección.

VII

Todo lo que no sea conseguir dinero debe significar superfluo para el espíritu de los positivistas, o, mejor dicho prácticos. Por eso ellos, los verdaderos, son los que tienen los conocimientos mínimos y sus días son una especie de sonambulismo vacío. ¿Para qué aprenderían nada fuera de lo estricto para ganar sus días, si sus nervios son duros como alambres?

VIII

Al fin se llega a ser cruel hasta con la belleza y la bondad y aun con el amor mismo, porque en el fondo de nuestro cariño sabemos desde ya, con odio y rabia, cómo nos anulará y destrozará el alma la incomprensión, por mucho esfuerzo que se haga para disimularla.

Y, en medio de tal aburrimiento, esta repugnancia eterna, la cual me hace pensar que para que el cielo del Buen Dios sea una cosa aceptable, sería necesario que el cielo tenga infierno; de otro modo ¿cómo podría ser comprensible lo sublime sin la ley cósmica de la oposición? Entonces ¿en virtud de qué sería bella la gloria? ¿es que

el sentido íntimo de originario y verdadero, de cielo y gloria, es la muerte absoluta? Pues a ellos conduce la idea de siempre igual...

IX

El hábito al concepto de lo sublime hace que ya nada nos parezca bueno. Pero qué sensible que lo sublime en sí no exista así como no existe ni lo bueno ni lo malo en sí: la sombra es buena para unos y para otros no, lo mismo sucede con el sol; mas en sí ni el sol ni la sombra no son ni buenos ni malos.

En la vida como en el fondo de una vasija de agua turbia, ridiculamente está luchando aun el sentimiento de mis aptitudes de otro tiempo, cada una por su predominio, así, en su fracaso mismo, sin querer convencerse de ello, anulándome que lo mismo cada vez más.

Mi espíritu está pues triste y sin embargo debe sonreír amablemente a las gentes que me hablan de lo hermoso que está el día, de los cambios políticos y del baile social que dicen hubo anoche. Yo sonrío pensando en el gesto que pusieran si las acribillase a puñaladas.

Jamás aprenderá la gente a acercarse a los demás.

.....

I

No acabo de leer, que en medio de una gran asamblea aparecen de brazos dos enanillos, gastando tal pedantería en el mirar y el andar, en la inflación de sus pechos y, sobre todo, en su necia conciencia de superioridad olímpica, que era para matarse de risa. Parecían dos pavitos en miniatura y que, ostentando sus colas abanicadas, se hubiesen armado arrastrando bulliciosamente en el suelo sus alas, como para asustar gallinas. Pero lo que más risa daba era que las gentes, haciendo reverencias inverosímiles, abrían calle a la pareja que pasaba soberanamente infatuada. Al acercarse al Loco estaban tremendamente indignados los dos, porque no podía contener la risa por aquel estiramiento que era en verdad muy ridí-

culo y muy bonito por proceder de gente tan menuda. De pronto se plantaron los dos a mirarle de pies a cabeza, con tal indignación insolencia en las miradas, que enloquecía de gusto por su importancia para aniquilarlo, como se veía bien que tal era su intención. La concurrencia contemplaba asombrada aquella escena.

LA ENANILLA (haciendo un dengue de menosprecio)

Oye, salvaje... ¿Por qué no te hincas: no sabes que soy la Dignidad?

EL LILIPUT (rojo, de cólera)

Hola, hola... Desgraciado ¿qué pretendes con tu indiferencia; no sabes que soy el Honor? Habla; contesta. ¡Desgraciado!

Entonces, sorprendido por que el Honor y la Dignidad fuesen tan poca cosa, y porque, así pequeñitos como eran, entusiasmaron tanto al Loco, que no pudo menos que alzarlos en una mano, queriendo comerce los a besos, mientras reía de todo corazón, dijo

EL LOCO

¿De donde sois? ¿Quienes son vuestros padres?

LA PAREJITA

Somos de la tierra y nuestros padres son el hombre y la Mujer

EL LOCO

¿Y siendo así sois los verdugos de vuestros mismos padres?

LA PAREJITA

Ellos nos han concebido para eso: les gusta la esclavitud Si faltásemos a nuestra obligación ya se darían mo-

EL LOCO

dos para hallar quien les domine; su afán es crear autoridades para tener a quien obedecer: no quieren pensar nada por sí mismos.

Oyó eso el Loco y riendo a más no poderle dio a besarlos con tanto afán y tanto cariño, que parecía mentira; pero como quiera que ambos enanillos le punzaron en los labios con espinas envenenadas, es encolerizó justamente el Loco, arrojándolos contra el suelo, donde se estrellaron a modo de un par de huevitos frescos, por lo que la multitud, sacudiendo su estupor, respiró al fin a pulmón lleno, riendo a mandíbula batiente; cuando le pasó el acceso, se desgalgó sobre él, hasta asfixiarlo casi, abrazándole en prueba de agradecimiento, por haberlos librado de un peso que coartaba toda su libertad en la idea, en el sentimiento, en el pensamiento y en la acción.

II

En eso empezaron a huir despavoridos los hombres, como picados y perseguidos por una plaga de serpientes. Luego el Loco sintió un ardiente picor en todo el cuerpo. Miró y vio sorprendido que un ejército de enanillos le flechaba una lluvia de quemantes dardos.

TODOS (gritando)

Somos los Méritos a quienes robaste su Honor y su Dignidad; por eso ahora has de pagar las hechas y por hacer, pedazo de bribón.

Razón por la que enfureciéndose emprendió a puntapiés con esa inútil plaga de Méritos. Los más murieron ahí mismo y los que huían eran aplastados por la multitud.

III

LA SUERTE (pasando como flecha, reventando de risa)

¡Bravo! ¡Bien hecho, Loco! Yo sólo soy la que dispongo del mundo. Muy bien, Loco. Todo lo falso obstaculizante debe morir.

ARTURO BORDA

Pero sin decir ni una sola palabra, con un rápido manotón la echó al suelo, aplastándole ahí mismo con el taco la cabeza. Al ver eso los hombres regresaron al Loco, como a las costas las olas del mar, felicitándole otra vez con tal efusión que...

IV

En medio de una gran polvareda, cual procedente de una cabalgata, se ve llegar una multitud de...

UNAS FORMAS NEBULOSAS (caminando de rodillas

Somos, Loco, los aplausos y traemos éste Premio, agradeciéndote por la limpia feliz que haces en la vida para la Libertad.

*

Recibió al Premio que llegó arrastrándose de bruces, con el cual se fue lejos, donde un joven que se estaba muriendo de inanición El Loco sacó del bolsillo un pedazo de pan y sosteniendo el Premio en la izquierda, presenta ambas cosas al moribundo, quien mirando con ojos enormes atrapa el mendrugo que luego se lo engulle desesperadamente. Hecho por el cual se volvió riendo primero el Loco y después, indignado, hacia los Aplausos, emprendiendo con ellos y el Premio a bofetón, obligándoles a una desesperada fuga.

Mas, en el camino toparon con miles de las coquetas Vacilaciones, las que temblando elegantemente distraían un recodo a los no menos temblones Temores. Todos juntos estaban comentando el suceso, para tomar una de las hermosas Resoluciones que pasaban velozmente. Pero entre tanto llegó el Loco que echó a todos a puntapiés en una cloaca, en la que mientras se asfixiaban les echó un gargajo.

EL LOCO

VI

Luego allá, en una gruta, estaba tristemente acurrucado entre la Pereza y la Venganza, el Miedo, temblando tanto que daba risa. En eso silbó el Loco y llegaron a carrera la Audacia, la Diligencia y la Desvergüenza, las que en un momento estrangularon a los Temores, al Miedo y a las Vacilaciones.

VII

De pronto se oyó una risilla tan hiriente en uno de los rincones de los más apartados de la gruta, que sublevaba. Había tal burla en esa risa, que todos cuatro se pusieron a buscar. Y de una especie de caracol lo sacaron de una oreja, donde se había refugiado, el Ridículo, delgaducho y contrahecho, con boca, colmillos y lengua de víbora, el cual no hizo más que encogerse bonitamente, cubriéndose con las manos la cabeza. Pero el Loco lo tomó por los cabellos y haciéndole girar violentamente en el aire le torció el pescuezo. Tal lo echó junto a los otros cadáveres.

VIII

Así.

Se hizo la noche y envuelta en un manto negro venía llorando una mujer.

EL LOCO (tocándole en el hombro)

¿Tan sola y corrida por acá, sin miedo y tan hermosa?

LA MUJER (ocultándose)

Jamás he podido ser una virtud efectiva entre las sombras. En su deseo, en sus manos y en sus bocas en toda carne me engañan los que me llevan embrizada de día. Uno solo no conozco que me sea fiel: de noche mi presencia les molesta como cilicios y me echan a patadas; ni los posaderos me quieren dar albergue. A todo el mundo no sirvo nada más que de algo así como una joya para hacer visitas.

ARTURO BORDA

EL LOCO (compadecido)

Pues ¿quién eres, tan mal apreciada, mi hermosa?

LA MUJER (ocultándose aun más avergonzada)

Soy... Soy la... Soy la Mo... ral...

EL LOCO (largando estrepitosamente su risotada)

¡Aja, ja, ja! Vaya, vaya con las trazas que trae nuestra señora Nonada. Vaya, vaya con la Moral avergonzada... Estás divertida, pobre Moral. Pero contigo basta esto.

Dice restregándose los ojos, con lo que desaparece la mujer. Pero tremendamente asustada había ido a refugiarse en la Conciencia, quien severa y enorme, vestida con traje color acero, la miró largamente de pies a cabeza, y la miraba así al parecer tranquilamente.

LA MORAL (llorando)

Señora, protégame: en el mundo ya no tengo sitio; todos huyen de mí como del cólera o de la lepra.

LA CONCIENCIA (sonriendo)

Vaya con la novedad que me cuentas. Si jamás fuiste una realidad para nadie. Más bien dicho, sólo para el Miedo eres una verdad; Pero el Miedo acaba de morir. Además, es necesario saber que el Miedo no tenía sesos. Con decirte que no eres una realidad ni para tus padres —el Crimen y la Religión— me parece que está dicho todo. Si ellos imaginaron sólo tu nombre ha sido únicamente para explotar con ello tranquilamente, para la satisfacción de sus libertinajes, la cobardía y el trabajo de las gentes. A mí no me puedes engañar con tus lloriqueos: ¿no ves que soy la Conciencia? Sé, pues, entonces, lo que eres en verdad: una nada fastidiosa hasta lo inconcebible. El peor de los suplicios en lo más recóndito de cada inteligencia.

EL LOCO

Y siempre sonriendo la Conciencia se puso a sacudir sus aceradas faldas. Mientras tanto había desaparecido ya la Moral, reapareciendo en cambio los animales en sus correspondientes paisajes.

UNA RAPOSA (en su escondite)

De los escombros nace la verdad del porvenir, por eso un Demoledor ya es un Creador, sólo con ser demoledor.

UN CANGREJO (desesperadamente)

Yo he visto que el Demoledor, como Sansón, es la rara individualidad lentamente gestada por la inaudita acumulación de las falsedades de los siglos, y es el reconciliador de todas, absolutamente de todas las esperanzas. Pero, como la esperanza está en el futuro, ella me enpopa. Soy el único que avanzo retrocediendo. Esto también es un buen ejemplo para el mismo Demoledor.

UN PUERCO ESPIN (crispándose bulliciosamente)

El dolor y el placer, la tristeza y la alegría, sólo sienten los nervios, es decir, el cerebro. La anestesia no paraliza la circulación de la sangre, pero pretende anular el goce y el dolor. Digo mal. Y si no, suprimid los nervios y veréis totalmente insensible el corazón, reducido a su verdadero oficio de mero caldero o algo así. Ved, pues, por ejemplo, que Sócrates era un ignorante al igual de los contemporáneos, atribuyendo al corazón la facultad de amar y odiar y de sentir alegría o dolor y pesares. Por eso, Loco, el Demoledor debe probar científicamente que el corazón ya no es un símbolo de nobleza. ¡De veras! Tienes que hacerlo, ¿acaso crees que inútilmente te ha de esperar siglos enteros el mundo? Sabe que el innovador hará del corazón, en sus cantos, el símbolo de la inconciencia, porque esa es una de las últimas verdades más importantes. Así, pues, verás que el corazón de Jesús ya no vale nada, como se ve en las estampas; con más justicia estaría en las manos del Cristo un manojito de nervios piróforos a guisa de culebrillas.

ARTURO BORDA

De manera que es imposible que no sepas que el organismo es algo así como la tierra en la que una simiente echa sus raíces para alimentarse y luego florece y fructifica. Tal el cerebro echa sus raíces en toda nuestra carne y huesos y tuétanos para alimentarse y dar después las más grandes floraciones de la especie. De veras, Loco. Yo te digo, yo, el Puerco Espín. La cabeza, el germen, es lo primero que se forma y hace.

**UNOS MÍSTICOS PATIBULARIOS Y UNA
RUMFLA DE LÍRICOS CURSIS, MAS UNA
PAREJA ENAMORADA (gimoteando muy
compungidos)**

¡Ay... ¡Ay, corazón...!

UN RATÓN (a carrera, en los rincones)

Sí, señor. Suprimid los nervios y no hay más amor a pesar de los más grandes corazones. ¡Ja, ja, ja! Es cursi lo que resulta ser el amor. Pobre amor... ¡Jí. jí, jí! El amor... el temblor de unos cuantos nervios enredados en el sexo y el corazón. ¡Jí, jí, jí!

**UN GALLO (aleteando estrepitosamente en su
corral)**

Ratoncillo... ¡Hum...! ¡Grano de anís! Si vuelves a decir una palabra, te mato. Sabes que si no fuese por el sexo la existencia no merecería vivirla: todo el trabajo de los seres tiende únicamente a lograr esa necesidad. ¿Sabes? Además, sin el sexo no existirían ni el Infinito que es masculino y la Eternidad femenina. Desgraciado... El Caos es masculino y la Hada femenina. Y si no fuese el amor masculino, no llevaría dardo, sino sortija. Ratoncillo cobarde! ¡Hum...!

¡Kikirikíí...

**UN TIGRE DE BENGALA (que sale a saltos,
rompiendo el bosque)**

Espíritu libre quiere decir en la verdad pura, egoísmo neto. Y viva el espíritu libre del potente Demoledor.

EL LOCO

Dice a tiempo en que un temblor del firmamento hace desaparecer todo.

.....

En seguida, a manera de como al rociar con agua chisporrotea el rescoldo, de igual manera vi que todos los • hombres más prominentes de una gran nación se congregaban para oír el discurso programa del hombre más práctico y sabio que debía regir los destinos de la patria.

La ceremonia fue notablemente lúcida.

Cuando el elegido recibió la insignia del mando, se puso de pie. La concurrencia parecía muerta en el silencio. El mandatario después de una breve expectativa, se expresó en estos términos:

Solicitando la venia de todos, tengo el honor de dirigirme a la Nación.

Señores, sé que el país espera mi programa, pero él es breve y comprende lo más que debe y puede ofrecer el hombre honrado sin obligarse a restar o extralimitarse del marco de sus compromisos.

Helo, pues.

Mi deber, y a lo que me comprometo, es obrar siempre en el más recto sentido de la justicia; luego del modo más inteligente adaptable entrar en la corriente del progreso, sin omitir la fuerza o el esfuerzo, si el caso lo exige. Obligaré a que todos procedan de igual manera, en consideración a que nadie ocupa ningún puesto público ni privado si no es de modo absolutamente voluntario. Y el que acepta por sí mismo un mandato tiene que cumplir ampliamente su deber o renuncia; pues el pueblo no tiene por qué sostener estafadores de sus esperanzas, de sus dineros y de sus necesidades. Esto debemos entender muy bien; es por tal razón que el día que yo me halle impotente para sobrellevar progresivamente en el éxito del mandato, estad seguros, señores, dimitiré al punto.

Tal es mi programa.

*

Y la concurrencia estalló en aplausos tan estruendosos que jamás se oyera. Aun, bien es cierto que dudando, contagiado del raptus di un viva tan estrepitoso que disipó la fantasmagoría, por lo que me puse a reír, considerando que tales cosas sólo suceden en los ensueños. Pera ¿quién puede asegurar que ese proceder no sea algún día de uso corriente? Lo que la vida necesita es **hechos** de arranque y no la vacía promesa de los fulleros: la existencia de los pueblos urge descansar en la concisión fríamente matemática de la palabra y en la consecución de una absoluta honradez en los procederés. Es por eso que se impone desarrollar hasta la fatiga el espíritu crítico de las masas. Por tal manera el orador moderno sabrá anteladamente que nadie da fe a su palabra si no dice llanamente la verdad de lo posible; pero la incredulidad del pueblo llega más allá, porque sólo creerá en los hechos. Está pues decretada la muerte de los oradores de todas las viejas escuelas.

De tal manera estuve pensando, cuando reaparece el desfile de las bestias.

Cuando nadie quiere oírnos por cualquiera que sea la causa, entonces debemos hablar con nosotros mismos. Así, pues, Urraquilla, he de contarte un cuento. Presta atención.

I

Una vez los ratones que emigraban año por año tenían que pasar forzosamente un desfiladero y lo hacían sin ningún inconveniente, pero desde hace ocho años un gato montes se apostó en lo más estrecho. De manera que el felino no hacía nada más que dar de vez en cuando, casi durmiendo, uno que otro zarpazo y tenía un tendal de ratoncillos. Por eso los roedores estaban muy asustados. Pero, en fuerza de la necesidad de la propia conservación, **su impotencia** los hizo **astutos** y urdieron en esta forma su ven-

EL LOCO

ganza. Mientras el gato estaba confiadamente pasó una multitud ratonil, de la que pereció una parte en garras del carnívoro. Mas, como iba sola al último, por haberle tocado en suerte, la más hermosa rata, llevando entre dientes un paquetito de dinamita, a cuya explosión voló deshecho el gato. De esa manera los ratones quedaron libres de su feroz enemigo.

Como ves, todo requiere sacrificios. Pero aun oye este otro cuento más.

II

Otra vez, una perdiz huía de un gallo altanero que sin cesar la perseguía haciendo alarde de su ciega intrepidez. En eso, como la pobre perdiz divisara un espejo apoyado en una esquina, yendo a él pensaba de esta suerte:

. --- Ya verás gallo estúpido, cómo tú mismo te despedazas.— Y así diciendo se escondió detrás del cristal. El gallo tan pronto como llegó empezó una lucha encarnizada con su propia imagen invencible, hasta que, descachado y sin pico, cayó exánime. Entonces pasito a paso salió de su escondite la débil perdiz, hablando de éste modo: —Es admirable hasta qué punto puede conducir la egolatría en la bravura. Ahora, gallo necio, que tu fracaso sirva de advertencia a los de tu laya.

Este otro cuento te demostrará, Loco, que no debes confiar ni en los que huyen, y menos confiar en los espejismos de tus poderes.

UN BUEY (muy reposadamente)

Sí, entre los hombres no hay idiota que no sea destructor sin necesidad y...

Pero es imposible enseñar al que no quiere aprender.

Oye, Loco, ¿a dónde vas? (Una carcajada contesta en los confines).

Necio de mí que no supe que hablar al que no oye o no quiere oír es peor que no hablar.

ARTURO BORDA

UNA LANGOSTA (aproximándose mimosamente)

Llévame contigo, Loco admirable. Mi raza será tu Legión de Honor. Iremos juntos y seremos felices. Nosotras talamos los campos.

UNA CANTÁRIDA

Si me llevas seré tu imán o algo así: séquitos de amor arrastraré a tu lecho.

UNA ANGUILA

Yo seré tu abogado. Sé precavido, Loco, porque ni entre las bestias falta la mala fe. Langostas y Cantáridas aniquilan.

UN OSO HORMIGUERO

Mi lengua es el sebo de las Hormigas. Yo sé los misterios. Llévame, Loco, tú solo tu empresa, porque **los amigos son como en carne de mujer las manos de los enamorados: tímidas primero y luego libertinas**, ¿No te digo que yo sé los misterios? El abogado solapado y zahori es algo así como solitaria en los intestinos. Mata, mata; que el bien o el mal que devenga tu actuación será tuya únicamente. Urge ser excluyente. Si alguien te diere participación en algo, no será por tí, sino que para asegurar el éxito de sus propios beneficios.

UN ELEFANTE (de modo solemne)

Yo también tengo trompa, señor Oso Hormiguero. Y debes saber que entre el sugestionador y el actor, el sugestionador es el criminal, si se trata del mal, y si del bien es la misma cosa. De todas maneras el sugestionado es irresponsable como una máquina. Desconfía, Loco, de Oso Hormiguero, Anguila, Cantárida y Langosta. El extranjero no viene por traernos bienestar, sino que por explotarnos en su provecho; mas si lo recibes que sea para sacarle el jugo. Así la lucha es inteligentemente igual. Lo primero que conviene descubrir en la lucha es la **Inten-**

EL LOCO

ción. ¿Comprendes? Hoy las redes ya no son materiales. Ya te acompañaré: mi trompa es bien fuerte.

UNA MARIPOSA Y UN RUISEÑOR

El malintencionado es de ocho orejas, de cien ojos y mil bocas de trompetería. Has, Loco, únicamente lo que te dicte tu conciencia; pero no mates, porque en el amor hay savia sabia y goce fecundo.

UNA HIENA (viendo que el Loco titubea)

Sólo la conciencia aun estando de bruces y en lo más bajo imaginable puede seguir cayendo todavía. (Y **mirando que llega furioso el Elefante, la Hiena agrega, huyendo**)

"El que se enoja sin motivo es el verdadero enemigo, por ser insatisfacible".

Oh, Loco, abandonado de los hombres, la eternidad te proteja. No vaciles, pues, mira que el peligro es temible tan sólo cuando se manifiesta.

UN CUERVO Y UNA POLILLA

El mayor beneficio que se puede legar al futuro es dar a la juventud el ejemplo de la más inaudita intrepidez en la libertad intelectual y moral, aunque para ello nos hundamos.

UN FÉNIX

¡Oh!, Demoledor, todo envejece, tan sólo el deseo rejuvenece minuto a minuto. Mucho has caído, mucho te levantas para volver a caer y luego alzarte y hundirte. Puedo ser tu símbolo. *

UN CARDENAL

Con ser así, Fénix, ya eres viejo, tanto que estás en el olvido. Avanza, Loco, sin hacer caso. ¡Salve, oh potente Demoledor!

ARTURO BORDA

UNA MOSCA

Yo me río mucho de la omnipotencia de los demoleadores que para atrapar a los débiles tienen que recurrir a las astucias de la impotencia más vulgar. Por tal manera, los efímeros somos también los demoleadores del Demoleador. Además, en la escala de lo relativo proporcional un monstruo y un bacilo no valen ni pesan más ni menos uno que otro. Es de ver cómo los gigantes zapatean de cólera cuando zumbamos en su derredor. Pero ¡viva el Loco!, porque demoliendo todo nos proporciona la sabrosa carroña. Avanza, Loco, sordo al elogio y a la censura. Al fin lo que vale en el **hecho** es el hecho.

UN ESCARABAJO (arrastrando en la almohada una inmunda pelotilla)

¡Sí, sí! Hay que volar: es necesario hacerse admirar.

UN GRILLO

La armonía cósmica siendo la primera será la última verdad.

UNA LIEBRE (a todo correr)

Ese hueso a otro... No se puede estar un instante en armonía con nadie a menos que la armonía sea una forma de la hipocresía. Preferible es un cataclismo, y que perezcan Sansón y todos los que no son. Sólo he visto la armonía entre los seres, cuando sus panzas estaban repletas o cuando los acorralaba el miedo; ¡qué armonía entonces!

Pero yo quisiera hacerme admirar, volando como el Águila.

UNA CHINCHE (maloliendo desde un repliegue de la sábana)

Sí; pero sabe, Liebre, que los más imbéciles son los más admirados; que los más audaces y pagados de sí son los más ignorantes, que los más valientes son los más idio-

EL LOCO

tas, y que los más locos son los más amados por miedo si no por misericordia. Por eso fascinan las desvergüenzas de la locura. Injurias, robos, asesinatos y todas las inquietudes juntas, son gracias en el loco. Albricias, pues, entonces, Loco.

UNA ARDILLA (saltando alegremente)

Pero la locura es la embriaguez quintaesenciada de la fe de un ensueño, por eso se halla por encima de las más altas zonas, y su convicción fulge con irradiaciones tan potentes y propias que atrae la atención enamorada de todos los ojos. Es una especie de cometa o estrella de la mañana.

UN JUMENTO (a mi derecha, rebuznando a todo pulmón)

Mas, para hacer locuras se necesita ser loco, así como para hacer necesidades se ha de ser necio, y para no ser nadie se habrá de ser nadie, y para crear ser creador. Pero un burro inteligente, como yo, por ejemplo, es lo que se llama un milagro; no obstante es perjudicial y una gran desgracia. Efectivamente, es una desgracia ser burro sabio; en cambio ser sabio burro es de una vulgaridad asombrosa y la felicidad de la sabiduría del arte de saber vivir.

UNA PULGA (picándome en una parte)

Y arre borrico, que quien nació para pobre jamás será rico. Pero todo está bien; lo malo es únicamente lo que no sucede. Esto es picar y pasar, como en el amor. Es delicioso. He podido observar que siempre la sangre de los locos es dulce: tiene cantárida, vino y miel.

UN LOBO

En medio de tanta simulación y tanta hipocresía, el cinismo ha llegado a ser una virtud, por su excepción; mas es evidente que la cautela es más provechosa que la locura.

.....

ARTURO BORDA

En eso desaparece en la tiniebla la visión y emerge coloso, desorientado, poliforme y flexible, el Siglo **XX**, el cual resoplando la inquietud que tiembla en sus entrañas, satura de angustia el ambiente. De tal modo pasó a manera de una cadena de montañas de carne fusiforme y fosforescente

.....

A continuación iban en los huracanes legiones de espíritus, insuflando el candor de los orígenes. Ello era la sonrisa y risa de la inocencia encantada y feliz.

*

Luego es la inmensidad etérea, después del exterminio del mundo. Y yo, simple átomo ya, me siento flotar sin objeto ni rumbo en el infinito.

*

Así, de la putrefacción de los cadáveres desde el origen de los tiempos surgieron las potencias de mi organismo y de mi alma. De tal manera nuevamente fui yo. Es así cómo supe que cada átomo de mi alma eran los míos y millones de existencias por nacer, luchando desesperadamente por reencarnarse. Por esa manera comprendí cómo a la vez que soy el pasado desde antes del principio soy también el futuro hasta después de las consumaciones. La eternidad se agita en mí.

.....

Y aparece

EL ÁGUILA REAL (clavando sus ojos en el sol)

Sólo mis ojos descubren las manchas solares; pero si los hombres tratan de mirar de frente al sol, calcinan sus ojos y hasta su muerte se quedan mirando en su eterna tiniebla la lumbre roja; el hombre sólo puede mirar impune al sol al través de humo y cristal. Pero digo esto no

EL LOCO

más que para saber que hay que ser como el sol que con su propia luz oculta sus manchas.

UN COCODRILO (cono si llorara)

¡Ay! ¿Y qué nos importa que el sol sea limpio o sucio si nos da gratuita e indiferentemente su luz y su calor?

.....

Después, en un atalaya de Miraflores o Miramar, un artista alocado pinta lo que mira y lo que no. En la desoperación de su impotencia parece naufragar en el dinamismo del dolor.

UNA VÍBORA (silbando agudamente)

Si eres psicólogo y pintor sácate los ojos y tápate el oído, porque ni durmiendo podrás coordinarte, y si amas, sácate el corazón y los sesos, ya que no hay reposorio ni para tu cerebro ni para tu corazón, ni saciedad para el hambre de tu carne. Sólo tragando a sorbos la muerte puedes hartarte y dormir en paz.

.....

En eso se rasgan las brumas. En un bulevar aparecen hablando a mi lado dos individuos

INDIVIDUO PRIMERO

Envidio tu serenidad y tu indolencia. A mí la desoperación no me deja; pues mis rentas no aumentan.

INDIVIDUO SEGUNDO

Y a mí me molestan tus inquietudes. Las fincas que posees te rentan lo suficiente: el valor de la casa te garantiza lo menos por treinta años de tu vida, y el cortijo, cincuenta, que sumados son ochenta años, el doble de lo máximo que te resta de vida. ¿Por qué te impacientas, pues, entonces? ¿Por qué te lamentas? O eres un hipócrita o eres un avaro. No hay más.

ARTURO BORDA

Esos bienes heredados de tus mayores no te cuestan ni la millonésima parte del esfuerzo que implica allegar el pan de cada día del pobre. De manera que tus inquietudes no sólo son ridículas, sino que dan asco.

Por lo que hace a mí, aunque la angustia de los míos rompa mi corazón (dice mirando el serenador azul) no desespero, ya que el Nazareno asegura en el sermón de la montaña, que .. .allá donde está tu tesoro estará tu corazón.

Así, entre vosotros, los que algo valen en su círculo, y esto te digo para que te mejores, merced al oro de sus mayores, apenas si son como las lentejuelas en zarcillos o gargantillas de las hembras apetitosas. Y eso es todo.

¡Pobrecitos! No sospechan que la mocedad que viene comienza a afirmarse en el sentido de las verdades. Pero yo rasgaré todos los velos encubridores: yo mostraré a la juventud la carne viva de los secretos cómplices: el misterio de las simulaciones.

INDIVIDUO PRIMERO

Será como digas. Adiós, ¡eh!

INDIVIDUO SEGUNDO (perdiéndose en la sombra)

Adiós.

INDIVIDUO PRIMERO (soliloqueando)

Sí, al fin será el fin; pero segundo a segundo mi secreta angustia es más ante mi eterna interrogación: — ¿Qué y cómo fui, soy y seré?— Acaso no sabré ni en el tránsito. Mi ayer está más seguro que nunca y el mañana es un caos.

No obstante, sea lo que fuere, siento que mi existencia está ya en el futuro a manera de advertencia de las derrotas. Cada latir de éste agotado corazón será tal vez en las generaciones venideras una catástrofe revolucionaria: la reacción libertadora.

Así diciendo dio un paso y envejeció completamente, en el segundo resultó senecto y al dar el tercero cayó en agonía, vomitando mares de sangre que entenebrecían el orbe.

.....

Anoche al pasar por la esquina próxima al teatro, vi una gran aglomeración de automóviles y concurrencia que se apiñaba en la puerta. No lejos, y apoyados en la pared, habían cuatro malandrines que charlaban y fumaban, de esos que no son ni astrosos ni elegantes y que ni piden ni dan y que insatisfechos siempre murmuran sin cesar.

Me aproximé discretamente. Supe por ellos que se trataba de una fiesta de gran solemnidad, en la que se debía condecorar, no sé a quién, con la más alta distinción.

En el ambiente había una gran inquietud de expectación. Y yo ya estaba abstraído en el gran lujo de la concurrencia, un lujo escandaloso, dada la miseria general.

En medio de ese hormigueo estábamos perfectamente disimulados.

Los atorrantes hablan.

—Ciertamente que es la consagración de una verdadera gloria. Y eso trae siempre fortuna y felicidad.

—Pero, ¿para qué, si es cuando ya no sirve, en la vejez? Y ¿a trueque de qué?; ¿del idiota sacrificio de toda la vida? ¡Ja, ja, ja! Para eso más vale vivir despreocupados de todo y a todo trapo: felices.

—¡Claro! Y bueno... Más bien les propongo que vayamos a tomar algo allá, en frente, en La Colmena. Y a propósito, recuerden que el domingo pasado hicimos la exaltación de la gloria y la vida en El Zurriago. Ahí leeremos lo que tenemos preparado para el próximo número de pasado mañana. Recuerden que nos propusimos hacer el reverso, es decir, desalentar. ¡Ja, ja, ja!

—Dé veras. Vamos. ¿Han traído los artículos?

Todos: —Sí, sí, sí.

—Entonces andando. Andando.

Y alegres, saltarines y parlanchines, entraron a **La Colmena**»

Yo entré tras ellos.

Toman asientos en derredor de una mesa y beben y ríen.

—Claro que sí. ¡Qué diablos! La humanidad siente y piensa de todas maneras; de suerte que nuestro semanario debe reflejar todos los sentires y pensares.

—Naturalmente. Por eso si ayer llevamos al público en El Zurriago toda la esperanza, la fe y el consuelo, mañana le llevaremos toda la duda, el desconsuelo y el desaliento.

—Sí. Pero, aunque parezca mentira, también por este procedimiento reaccionaremos a la gente en un sentido más real y efectivo de la existencia. Y por eso mismo nuestra palabra debe ser a la juventud.

—Y debe ser seguramente en el sentido de la impiedad, de la fuerza, del atropello, de la brutal conquista y explotación solamente del presente. De esta suerte sabrán todos los engañados y explotados en lo político, social, religioso y demás actividades, que para triunfar en la vida deben seguir el ejemplo cotidiano de todos los ingratos, felones y mentirosos y astutos. No cuesta nada ofrecer todo, aun el imperio de lo imposible en los más lejanos universos, para luego no cumplir nada mientras se exprime an-gurriamente la credulidad ajena hasta el agotamiento del individuo y las colectividades. Y después, cuando ya no sirven o parece que no sirven, cuando se ha vencido ya, nada más fácil que simular el más total olvido. Y en seguida a divertirse sin temor. He ahí la verdadera finali-

dad y táctica de la vida real. Y **después del gusto venga el susto**; que ya habrá pasado la virilidad; es decir, que la vida no será nada más que un ansiado recuerdo cilicial de los más gratos ayeres, en tanto que los vencidos irán fermentando odios, desesperaciones, erupciones y tormentas.

—Naturalmente. Eso es más humano y más eficaz; porque no hay piedad en los siniestros misterios de la existencia. Y en pueblos en los que todo ha sido bregar en plena inocencia, es menester mostrar desnuda la verdad de los hechos, para que no vivan de fantasmagorías, en la más mísera ausencia de la realidad.

—Eso. Si ello hubiéramos conocido oportunamente, no fuéramos lo que somos: la más idiota confianza, en plena entrega de sí a la explotación impía, hipócrita o desea» rada, pero, eso.

—Cierto. Porque la humildad, la confianza, la compasión, la bondad y la sinceridad, y todos sus afines o derivados, solamente sirven para hacer de los individuos o los pueblos, pasto de toda concupiscencia, de toda imposición, de toda impiedad y de toda fuerza.

—Estamos de acuerdo. El objeto es imponerse: dominar, triunfar y divertirse en la más completa indiferencia por todo lo demás, riendo a mandíbula batiente.

—¡Bravo! Muy bien; pues **el fin justifica los medios**.

Hay que triunfar, aunque para ello sucumba la humanidad. No obstante, siempre es mejor dorarla de la mejor manera la pildora.

—De acuerdo. Y a propósito leemos lo que hice para el número. (Lee).

La otra noche, mientras me detuve a ver los títulos de algunas obras que se exhibían en el escaparate de una librería, oí esta conversación:

—¿De manera que los que se acaban yendo en pos de la suerte, la felicidad y la gloria son unos desgraciados?

—Ya lo creo que sí. Y no solamente de eso, sino que de todo, absolutamente de todo. ¿Comprendes? Y verás por qué. Observa. Las humanidades se suceden; mueren unas y nacen otras. La última, en la que estamos, comienza en el apogeo de la civilización hindú; pero de los millones y millones de hombres que fueron preparando y realizando aquel esplendor tan fabuloso, no sabemos absolutamente nada. La prehistoria oculta en su impenetrable tiniebla tanta sublimidad en heroísmos en todos los órdenes, en sacrificios y demás virtudes tanto que de los crímenes más horribles, sin dejar la menor huella del nombre de sus autores. Eso, ni siquiera el nombre. Por consiguiente, el baldón y la gloria, el crimen y la virtud, o sea el bien y el mal, han sido en vano: el olvido ha hecho ya tabla rasa de la humanidad que nos precede. Y si nos referimos a civilizaciones y humanidades anteriores, no queda ni la idea de su existencia. Ahora no sabemos qué género de cataclismo acabará con nuestra civilización y nuestra humanidad, sepultando en el olvido más total todo mérito y demérito, toda ignominia y todo galardón.

Y por lo que hace al más allá, desde el principio hasta hoy no se sabe nada, pero absolutamente nada al respecto, sin embargo que acerca de nada se ha indagado más; lo que prueba que no hay más allá.

De manera que trabaja cuanto quieras, acabándote en pos de todas esas tonterías; que yo, mientras me sea dado, cojo dinero de cualquiera parte a golpe o de cualquiera manera y trato de gozar hasta la saciedad del instante que huye, sin que me importe nada la suerte y la opinión de nadie, porque la muerte puede sobrevenir al minuto siguiente. Así, pues, la gloria y todos sus beneficios, es buena cuando se la aprovecha a modo de maquinita de explotación inmediata de la estupidez humana.

En eso se produjo un alboroto, con lo que nos dispersamos.

Todos: —muy bien. Eso es fundamental y está muy bien sintetizado; como para que comprenda bien nuestra gente.

EL LOCO

Ahora tú. ¿Qué has escrito?

—Lo que hice parece una coincidencia. Vean:

Muerta ya mi voluntad, soñando en nada y entregado a la ciega inconciencia del hado, no sé a qué desolada playa me arrojará esta apacible corriente de agua silenciosa en que navego.

Este universo en el que acabo de internarme, desconoce el sentido de las violencias: aquí todo es manso, es el dejarse ir del espíritu en una completa dejación; y la razón a lo que todo se dobliga y ablanda, es: lo que sea, será.

Pero mi melancolía es tan enorme, como es de invencible el sueño del que sufre. En esta condición, de vez en cuando me sorprenden mis propios suspiros, cual si fuesen los de otro en el silencio de la noche. Tal es mi abandono; pero hay una voz que saliendo de los arcanos de mí ser, me dice:

—Hijo mío, si viste caer una a una las esperanzas del rosario de tus horas, considera sin cesar que un día, cuando la tierra se deshaga, no quedará la historia de goce o dolor ni de crimen o virtud. En fin, no quedará memoria alguna en ningún punto de la eternidad. Hijo mío, en vano naciste, en vano vives y... en vano morirás. Todo habrá sido en vano...

Tal dice la serenísima voz y entonces mi alma es la calma siniestra del que nada espera y en nada confía; entonces mis ojos se opacan como en la muerte, esparciendo en lo infinito su incierto mirar.

—La verdad es que con eso a cualquiera se le caen las alas.

Y no digan más; pues yo traigo algo referente a las alas. Oigan:

Yo tuve alas y un día supe volar. Mis alas eran impalpables y tornasoles. Al quebrarse en ellas el efluvio o la

luz, fascinaba el iris en vértigo. Mi volar era leve y pausado a modo del sosegado revolar de las mariposas en el aire denso. A cada aletazo de mis intangibles alas el iris destellaba sus locos torbellinos de color, lo que era un mágico fulgurar ante los ojos atentos, era la ebriedad de los selectos corazones y el ensueño del alma enamorada.

Yo supe volar y el brillo de mis alas hizo entrever el cielo de la gloria; mas un día el Maligno, siempre vigil, infectó el aire de mis dominios, soplando a flor de tierra su deletéreo vaho, por lo cual en mi señorío se hizo al punto la noche más lóbrega y fría. Y caí con mis alas opacas y deshechas ya.

Yo tuve alas y un día supe volar; mas hoy ni me arrastro: sólo oigo que al caer mis lágrimas en la arena, arrancan notas de cristal, sólo sé que mis nervios al relajarse crujen sus armonías de muerte. Entre tanto oigo que mis ideas huyen cantando las sugerencias del más allá.

Todos: —**(Riendo a carcajadas)** Del mááás alláááá...! ¡Ja, ja, ja!

Ahora tú.

—Bien. Ahora yo.

Pues lo que vale congregarse espíritus afines, conscientes de su ideal: parece que todos hubiésemos sentido y pensado juntamente. Ahora veamos qué dicen:

La tarde huía en alas de la sombra y yo iba flotando como en tules de ensueño; insensible al fuego que arreciaba de grado en grado. Así me rindió la melancolía.

Y vino la noche, lóbrega y tormentosa; mas yo me hallaba soñando, dilatado en el ambiente de mis desolaciones, cuando de pronto oí que la arena de la inmensidad crujía a la acción de unos pasos inciertos. Agucé el oído y la vista: y supe que un ser iba tan caído y mudo, que no parecía sino la sombra de la muerte. Era la resignación en la cerrazón total. Andaba dando traspiés, dejado de sí; pe-

ro de pronto se detuvo respirando fuertemente, cual si su ausente espíritu retornase. En eso hubo un gran silencio, después del cual percibí que el hombre aquel, envuelto en las tinieblas, en medio del arenal comenzó a tocar suave y misteriosamente algo como arpa destemplada o laúd a la sordina, un instrumento tan extraño y de son tan lúgubre, que me oprimió el libre acezar, infiltrando en mi alma esencias de amargura: era una especie de himno mudo, acaso en el silencio la conjuración del recuerdo en sus lágrimas que caían gota a gota. Era más: la desolación de una existencia consciente ante la siniestra fauce del vacío con que la eternidad bosteza. Luego poco después la música de los desiertos languidecía segundo a segundo, monótonamente, hasta confundirse con el silencio. En seguida, así como cuando se desploma un cuerpo inerte, oí que la arena otra vez crujía. Y el silencio tuvo la enormidad de lo absoluto.

Y aterido por el frío de la noche, desperté fatigado de alma y cuerpo.

—Muy bien. Me alegro. Así como se levanta con entusiasmo el ánimo, hay que aplastarlo perversamente. Concordamos muy bien todos. Por eso yo hice esto:

Hoy mi recordar es bien claro. Un día, ebrio, ciego e inconsciente, como despertando del mundo de las sombras al grito de las Horas, estrujando mis ensueños los arrojé debajo del casco brutal de la bestia hambrienta.

Refugiándome de mi desilusión, fui mercader.

¡Oh, alma mía, ya no veré más el quinto cielo de la nivea Hurí!

Y desde entonces mi espíritu me grita: —¡Loco! ¡Loco! ¿Qué fue de tus ensueños de faraón o Nabab? Mira que tu sino te da por heredades el infinito y la eternidad; ¿por qué ir, pues, a la zona hidrogena denlos números, si todo es sombra, humo y sueño? ¿Qué incógnita despejarán los logaritmos, si al fin todo será en vano? Pobre loco, ya que vas ciego en pos de las cifras, sabe que ésta es la fórmula

algebraica y resuelta ya de la existencia: —**La Vida es el Ensueño**, como el **Ensueño** es a la **Muerte**.— Y ahora comprueba, si quieres, y verás que el **Ensueño** multiplicado por el **Sueño** arroja un **Tiempo Perdido**, el cual si lo divides por la **Vida**, te dará el cociente **Nada**; mas, advierte que si hay residuos, es que son la **prole**, que restándonos sosiego se habrán de multiplicar en legiones, no más que para ser los testimonios vivos ante la liquidación final del **Orbe**. Todo habrá sido en vano.

—¡Bravo! ¡Excelente! Así nadie pretenderá superarse a sí mismo; porque en realidad de puridad de verdad, todo y todos están dentro de su propia capacidad y medida, así como en un vaso de agua no puede sobrepasar el líquido sus bordes.

Oigan esto que se refiere a eso:

Absolutamente no hay nadie que haya hecho más de lo que haya podido, ni física, ni moral, ni intelectual-mente. Ni habrá. Esto es humillante para la fanfarronería humana, para el rey de la naturaleza. Pero así es la verdad.

El individuo más eminente que haya asombrado al mundo con lo que fue, con toda su vanagloria y con toda la admiración humana encima apenas es un sencillísimo producto de la naturaleza, como son los soles, los nenúfares, los semovientes y cualquiera cosa o ser, pero con la diferencia de que éstos no se creen los autores de sí mismos, habidos por generación espontánea y con ciencia infusa.

En justicia los aplausos no se deben tributar ni a la naturaleza; porque todo cuanto produce es la resultante lógica e inevitable de una fuerza infinitamente ciega e inconciente, si no existe Dios, que si existe es lo mismo, porque de todas maneras no se reduce a ser nada más que la fuerza en acción.

—Maravilloso. Sí, señores. Una sola vez se vive; por consiguiente esa sola vez hay que vivirla y aprovecharla para siempre, puesto que ya no seremos más. Atrapada la vida por el cuello, no hay que soltarla a modo de los hambrientos rapaces o felinos a su presa.

EL LOCO

Este es en el fondo todo el secreto de la lucha, aunque para ello se requiera tomar todas las formas y procederes proteicos; lo que por otra parte es de uso corriente y general y que, por tanto, sin ser doctrina es el uso diario, sin que en el hecho melle el concepto moral, que por lo demás no pasa de ser un simple trabapiés de ingenuos, sean individuos o pueblos.

Todos: —¡Ja, ja, ja! Por tal procedimiento que optamos .se mata las voluntades incapaces o se las reacciona terriblemente. Nada de términos medios.

—Creo que hemos cumplido perfectamente bien con nuestro programa para el próximo número de El Zurriago. Ahora propongo para el próximo, que sea de pura burla, chiste, humorismo, sprit y sarcasmo.

Todos: —Aprobado.—

Y salieron alegres, empujándose unos a otros. Yo también me fui.

.....

Un instante después.

En la alta noche.

En la cuchilla del monte Calvario Apareció el Loco, alborotada la melena, en mangas de camisa, cantando:

Aquí está el laboratorio de mundos y yo soy uno de los sembradores de estrellas. En mis manos llevo las arterias repletas de innúmeras y fascinadoras nébulas.

Y el bienaventurado encendió una guía pirotécnica de dinamita. Las luminosas limallas de hierro que, azules y lilas, citrón y carmesíes, en la noche tinta esparcía el sembrador a semejanza de una catarata de estrellas, instantáneamente las absorbía en su sombra la noche. E iba absorto entonando un raro cantar:

¡Oh, Dios!
si fuéramos dos
Yo y Vos,
la justicia inmanente
salvaría a la especie amante.

¡Oh gentes!, venid
y en su origen bebed
a sorbos la luz;
que soy el hipotético
sembrador
del amor
y el dolor.

Dice mientras abajo, en la ciudad iluminada, cada cual reducía su necesidad urgente a un ósculo, más o menos. Pero en seguida, cuando iba a recomenzar la canción, estalló la dinamita y voló deshecho el insano.

Y cambió la escena.

.....

I

En seguida la aurora luce carne y rosa. Se ve al fondo un pórtico de rica labra en jaspe y malaquita. El portador se aproxima. Un niño sale alegremente, saltando como cervatillo. Lleva una moneda en la mano; pero un hombre alto y escuálido, casi verdoso, detiene al muchacho en el instante en que iba a dar la limosna.

EL HOMBRE

¡Eh, chiquitín! Eso no se hace. ¿Qué llevas ahí?

EL NIÑO

Una limosna.

EL HOMBRE

Hola... ¿Una limosna, eh? ¿Dónde está la alcancía?

EL LOCO

EL NIÑO

Mamá la tiene.

EL HOMBRE

¿Sí? Pues vuela y tráela.

*

Obedece el niño. Se oye el aurífero son al caer el oro en el cofre. Y el hermoso nene de áurea cabellera en-sortijada se queda azorado, mirando con sus inmensos ojos al hombre que en ese momento echa afuera de un puntapié al mendigo.

EL HOMBRE

Largo de acá, pedazo de canalla. Conque ¿eh?, querías robar el porvenir de esta criatura, tú que tus días son desde un principio el exceso estéril, tú que ya no tienes futuro? Largo de acá, bribón.

EL MENDIGO (indignado)

Por último, ¿quién eres ni qué derecho tienes para ultrajarme así?

EL HOMBRE (fríamente)

Soy tu pasado.

EL MENDIGO (consternado)

¡Oh...! ¡Hijo...! (extendiendo la mano) Una caridad, por Dios.

EL HOMBRE (atravesándole la mano con un puñal)

Toma. ¡Ja, ja, ja! Mátate.

El pordiosero huye.

El rubicundo niño de ojos mansos está petrificado de espanto; pero viendo el aspecto ¿amenazador del sujeto escuálido que se inclina iracundo 'recogiendo guijarros, huye al medio día internándose en la niebla, bajo una lluvia de pedradas. A lo lejos se oye el alegre repiqueteo del dinenero en la alcancía. Entonces el hombre momia, transfigurado de alegría, desaparece lentamente en la sombra, frotándose las manos, mientras que se oye una dulce voz que grita desde la casa: —¡Nonato, hijo, ven!

II

Transcurre el tiempo con la indiferencia glacial de siempre. El niño era hombre ya, viviendo avaramente en la opulencia.

III

Alcoba regia. En ella agoniza el viejo millonario en medio del mayor lujo y **confort**. Un instante queda la pieza desalojada, cuando aparece el mendigo con el puñal en la mano atravesada, llevando los millones que con ella había recibido de caridad.

EL MENDIGO

Ahora toma oro, todo el oro que quieras. Carga con ello a la eternidad, si puedes. ¡Qué! ¿No quieres? No embromes. ¡Aja, ja, ja! Conque... ¿no quieres, eh? Pues está bien. Mira que con esta mano he ahorrado este oro para tí, para más que tu presente, para más que tu futuro en la vida: ya ves, yo te cargo de oro para tu eterno porvenir. En cuanto a mí no te preocupes, que con lo necesario para el día tengo por demás (Y **sale, echando el oro en la cama**).

HEREDERO PRIMERO (entrando a carrera)

Hay que aprovechar.

HEREDERO SEGUNDO (precipitadamente
luchando con el primero sobre el moribundo)

Esto me pertenece a mí.

EL LOCO

HEREDERO PRIMERO

Pedazo de ladrón; esto es mío.

EL MENDIGO (atisbando desde la puerta)

¡Ja, ja, ja! Así también se logra el oro; mas con ello, con esfuerzo y paciencia, se puede ganar la sabiduría; pero el genio no se conquista a puntapiés. ¡Ja, ja, ja!

.....

Es día feriado. El jolgorio impera en los hogares. Las mujeres, las más hermosas de la vecindad, a manera de anémonas y jazmines, se han congregado en determinados salones. La juventud va enmascarada y con orquesta, ejecutando los melancólicos aires de la tierra, que son cantos de amor en son de dolor. Así van rondando en pandilla la ciudad. En cada hogar se juega, se ríe y se danza. Luego las comparsas con oboes, rebeles y cornamusas, se dispersan multicolores en la reverdeciente campiña. La sierpre humana se desliza entre matorrales al compás de la **Trotacabras o del Lorito de la Montaña.**

Pasa la tarambana. En cada corazón hay cien afectos misteriosos, mil esperanzas y recuerdos de inquietudes que barruntando no sé qué incitan el deseo. La melancolía y una especie de desesperación que agita el fondo de las almas hace malhayar el fue, tanto como hace anhelar que en una repentina catástrofe se rompan los hilos misteriosos del ayer, que oprimen el corazón. Entre tanto en las cóncavas hoyas de los Andes resuena larga, sorda y tristemente el hondo son de la raza inca. Son atambores, **tarkas** y caramillos, como el eterno latir de un inmenso corazón. Cada espíritu sueña, pues, a base de una leve caricia, de una furtiva mirada y del encantamiento mágico que han silbado al pasar unos labios: sueñan en la vana delicia de los amores locos; pero ante lo imposible de aquellos devaneos, el concepto despechado del hombre acerca de la mujer, dice: —**Es un simple útero,**— y el concepto de la mujer olvidada o no solicitada, afirma, respecto del hombre: —**Es la impotencia.**—

Mas, justamente en la angustia de aquella melancolía, divina o ridículamente sentimental, ambos olvidan el espíritu esencialmente místico que flota en ellos, mientras que la ronda alegre de las horas ríe a carcajadas. Así, El y Ella se recriminan carnalmente excitados, ultraexcitando sus espíritus, girando en un vértice de auroras en la ebriedad del recuerdo en que aun resuenan las armonías que mecían hurgando el alma de la orgía.

Y, poco a poco, dulcemente, alejándose en la niebla, desaparece todo.

I

Luego es como si yo despertase con impulsos de ir a vagar.

La mañana está primaveral y la bruma del alba aun vela los orientes en la sombra azul que como resabio nocturno se recoge a medida que avanza el sol. La naturaleza se despereza y comienza el hervor diurno, mientras que rompiendo la vaga eufonía se oye el cristalino canto de un gallo.

*

Por donde voy, ya sea en la ciudad o el campo, despierta mi atención la incitante lozanía de las virgencitas de gentil andar, de labios rojos y ojos contemplativos en la incertidumbre de ese algo indeciblemente dulce que los ardientes latidos de la sangre adivinan, inflamándolas de inquietud y melancolía; entonces la irradiación de mis nervios ultrasensibles las transverbera en una caricia larga, tan honda y leve, como en las aguas limpias de un rayo de luz.

Es así cómo mi abstracción es más zahori y compleja, precipitando en mí un desesperado automatismo que me obliga a caminar sin rumbo ni tregua. Y mis ojos se abren de modo extraño, porque las doncellitas de ojos amorosamente inciertos o fijos, atentas a los cánticos nupciales de su sangre, acusando en su rubor o tristeza sus ocultos ar-

dores, pasan sorprendiendo atrevidamente en sus ensueños los secretos de Himeneo, mientras que mi pecho se oprime con sordos y profundos gruñidos de monstruo ante las intactas soñadoras; luego creo oír algo como un arrullo y un alegre son de organillo, y es que las colegialas de ojos encantados, luciendo orgullosas sus piernas, van agitando con sus retrecheras carnes sus faldas de espumilla, que al viento que sopla son las inquietas llamadas de sus ansias secretas, en tanto que sus almas... ¿Almas... ? Sí, esa innata curiosidad que aguijonea en nuestras miradas los inefables desmayos.

Tal esas furtivas angustias que descubro en los ojos opacos o brillantes, y que son en mi alma, como en un viejo colmenar, las avispas que inyectan en mí no sé qué malignos filtros de un insaciable querer, esa desesperación de atraer a todas las bellas que anima y retuerce la noche, y reatándolas en una caricia sin fin, hiriente o leve, si no amarga y dulce, en los éxtasis y tormentas del amor, guardármelas salvaje y divinamente egoísta, solamente para mí, en las eternidades locas de mi pasión a semejanza de Dios a sus vírgenes en el Empíreo o a modo del Profeta en el quinto cielo a las huríes, si no como en el harem el Sultán a sus odaliscas: ser todo amor, todo caricia y placer en un desenfrenado gozar hasta la impotencia y la muerte; y luego, cuando en su dispersión a bandadas destile en ellas su misterio agridulce el fantástico recuerdo, entonces irán dulcemente abismadas en la melancolía de sus ayeres, saliéndose de sí mismas en una indecible ternura. ¡Oh!, las entreabiertas bocas al deseo y las miradas vagas perdiéndose en los infinitos,...

Por eso me quedo considerando que si las impúberes supiesen a tiempo su invencible atracción, el contagio de sus hondas palpitaciones, y algo más, y pusiesen todo su fuego en una sabia coquetería espiritual y carnal, inflamarían en toda carne huracanes de amor, por lo que sus horas les serían algo así como un solo ensueño singlando en las olas de un himno gozoso en Juvenia.

Y, otra vez sólo veo almas, almas y más almas, siempre almas, esas almas que ora juegan o se burlan o ya gi-

men y se esconden y luego vienen y se van para tornar incansablemente, brindándose esquivas y suspicaces, si no me acarician mis esperanzas y recuerdos que yacían en un piadoso olvido. Es así cómo siento el aire cargado de espíritus obsesores, que penetran en mis arterias a modo de agujas embalsamadas, bálsamos que son las intenciones lenitivas no más que para saciarse de crueldad, prolongando sin fin mis angustias.

¡Oh!, estas almas que tan pronto inocentes como hipócritas hiernen mis ayeres y mi más allá y 3 la vez se conduelen y befan, sedimentando en mí sus caricias sádicamente perversas, algo así como la tristeza de los adioses, honda, amarga y larga; y luego, Señor, cuando habré de sobreponerme, cuando he de sorber mi liberación, entonces esas almas, esas almas amorosamente crueles, hacen en torno mío un vacío martirizante, más que su algazara y befa, algo que simula el silencio en lo increado. Sí, Señor, que ahora huyan o me acosen más y más y luego se multipliquen o desaparezcan, pero pronto, pronto, porque...

¡Tch...! Es verdad: no sé ya lo que espero o quiero en el hastío éste de infinito amor; y luego, la fatiga en el sentimiento y la idea, me ocasionan un profundo malestar, enturbiando de pesares el alma. Sin embargo, ahora, para mayor martirio, siento que esas chiquitinas con frescura de infancia o rosas, llevan en su carne trasudada de lujuria ancestral la somnolencia insana; sí, esas almas de la carne misteriosamente arrobada en aquella sombra enigmática que cantando distraída nos arrastra a la muerte. Y así las quiero atrapar en mi ternura que es tan profunda como la mar. Pero ahora pasan indiferentes esas princesitas del ensueño. ¡Oh!, la atracción frenética de su aparente indiferencia absorta en esos jamases más dulces que los ecos de una voz que nos llama en el recuerdo, cada vez más amorosa y queda, a manera de la lluvia que cesa en el silencio!

Así esas chicuelas, a semejanza de las alondras que llegan confiadas a las ocultas cavernas, para huir graciosamente asustadas del hambriento rapaz que las sigue: tal las sedientas virgencitas de ojos fijos o vagos ante mis aler-

EL LOCO

tas apetitos que son quietas y mudas desesperaciones por ser caricias de ola o brisa o ser estrangulación en sus tuétanos mismos. Pero está bien: huid, huid, lindas nenitas, porque mi amor tiene sabidurías santas y malignas, furias de tormenta y calmas de muerte, seráficas ternuras y diabólicos odios, impotencia de gñosis y fuerza de locura. Sí, huid, huid, porque esta obsesión es ya un suplicio: en cada mirada, en el timbre de cada palabra, en la afrodisia de los perfumes y en las sedientas posturas entreveo el vórtice de las intenciones que cabrillean en los indecibles ensueños.

Pero felizmente el sol se ha hundido, y no es más el día.

II

Ahora, en casa ya, me hostiga el cansancio. Siento caer la tarde como siempre, tristemente, y noto que mi amor se eleva en un cántico de sagradas comprensiones y caricias en el alma, ora de los ojos contemplativos, ora de los ardientes labios, así como en el alma del andar ufano de las doncellitas que pasan tijereteando sus muslos entre suaves muselinas, en tanto que la luz crepuscular está cayendo en la indiferencia nocturna.

Así, pues, ya es hora de ir a dormir, soñando acaso en esas desnudeces entreabiertas a la sombra helada.

*

Sonriendo de esas y peores incoherencias de que soy víctima fatal, me había dormido soñando en que desde un principio los ojos de la humanidad eran las yemas de sus dedos y que sus sobacos hacían de orejas, descubrimiento que indudablemente me divirtió muchísimo, porque, con cualquier zoncería que les dijera o mostrara, se desorientaban tanto que sus desesperados titubeos me hacían reír a mandíbula batiente; de manera que yo me sentía feliz*

Pero mi loco pensamiento estaba ya en que siendo la religión hija del miedo sólo ante los espolonazos de la necesidad, la religión no es nada más que un simple esta-

do patológico, ni más ni menos que el fermento de los ico-res, el Rey de la Naturaleza, es la enfermedad humana; pues aun la medicina dice cuando la mujer está encinta, está enferma. ¿De qué? Pues, de... de gente. ¡Ja, ja, jaí Mas, la ventura es irreligiosa o arreligiosa.

Después considero también que entre sabios y libertarios, estén aislados o en grupo, he visto que lo que predomina en ellos es la imbecilidad, el miedo y el servilismo más repugnante, ya sea por el interés de una ínfima pitanza o por el más miserable título, quizá si precisamente porque son sabios o libertarios. ¿O será tal vez porque no son ni lo uno ni lo otro? A mí no me interesa averiguar las simulaciones que se hunden en sí.

*

Estando así, de pronto oí tañer aires de abril en zamponas y guzlas, y entre las ventoleras que arremolinaban hojas amarillentas iba al medio día una rozagante y bulliciosa ronda de colegialas, unas espigadas y pálidas» de luto y flexibles, cual si fuesen la condensación amable de la sombra, y las más, ágiles y lozanas, que, en un laberinto de cintillos y colorines, culebreando de risa querían defenderse de sus enaguas remangadas por el viento, disimulando su rubor con sus cristalinas carcajadas de arpa y salterio.

Tal iban desapareciendo en el olvido de cada espectador, cuando yo desperté y...

.....

Más tarde mis uñas son garfios de hierro. Desgarrándome frenéticamente el pecho, precipitando mí angustia de dolor en dolor, me rompo el esternón y las costales; enarco el cuello qué ya es de grulla con cabeza de buitre, y con mi acerado pico trago poco a poco mi corazón, mientras que mis uñas, rompiendo mí cráneo, arañan impasiblemente en mis sesos.

Entonces mi ánima canta en su angustia su más triste cantar, tan hondo, tan quedo, que heridos de muerte hu-

EL LOCO

yen los seres de mi derredor. Y en aquella ronda sólo se oye decir: —¡Amor! ¡Oh, amor...! — La síntesis agridulce que repite sin cesar. Así -en el misterio, implorando una consoladora ternura en la desolación de aquellas amarguras arrancadas a los orígenes de no sé qué dolores, canta en la estertórica alma mía: — ¡Amor, amor! — Luego, imanes cordiales o acerados pararrayos, en el ocultismo de los ecos y latidos de mi sangre, son liturgias en las eflorescencias carnales, son la infinita melancolía que en opresiones de congoja canta el amor su no sé qué. Y en las indecisas vaguedades de la existencia se dilata, en el tibio hálito de mis arterias, el inarticulado himno del amor, repitiendo en el espasmo, dulcemente: — ¡Amor, amor! —

De ese modo, en la nostalgia del acidulado no sé qué, en auroras invernales veo venir ateridas las sombras amadas, despertándome a desentumecerme en la salida del sol y entonar un himno de alegrías a la mañana en los pedregosos senderos de la montaña, entre nieblas y matorrales, mientras que mil voces parleras gorgorita» en abetos y hayas, y en los cortijos muge la vacada alegre. Por donde quiera que voy crujen deshelándose los carambanos. En la agreste campiña se ve salir de todas las bocas y narices el opalino resuello. De lejanías, en el murmullo de un torrente en la sierra, llega una cantilena que entristece el corazón.

PRIMERA VOZ

Recuérdale al amor mío
¡oh céfiro blando! esta dulce
cantilena:

**El suspiro suele ser
el juramento primero
que hizo el hombre a la mujer.**

SEGUNDA VOZ

Retorna ¡oh dulce aura!
a la lejana orilla en los ayeres
y dile al dueño suyo,

ARTURO BORDA

que siempre le amó,
que siempre le quiso
y que aun gime
en las noches
su recuerdo.

TERCERA VOZ

Esa tristeza
habla de un sueño vago
en los primeros días,
en horas de inocencia.

¡Oh sabor
del ciego y loco
palpitar en las sombras
y en los sueños! ¡Oh
sabor!

Y a modo de un ritornelo mi ánima sigue
entonando su melancólico cantar: —¡Amor, amor!

.....

Repentinamente, como mil años después, en la
glicina lejana de un arpegio, que ignoro si viene o va,...

I

Ora meditando solitaria
a la vera del sendero
o ya inquieta,
vagando en el laberinto esmeralda
de un naranjal en la noche tinta,,
distingo la silueta
de la enamorada nubil
que constriñe el alma y la carne,
suscitando la ternura del ansia sensual.

Así pasa Ella. La veo.

II

Luego en las tinieblas
que me ciñen

EL LOCO

aletea alocada,
yendo a tientas,
una incitante y huérfana caricia:
y suena un beso
en mis ojos y en la boca mía.

Es un ósculo
que de tarde en tarde
oigo venir a hurtadillas
en la sombra errante del ensueño

¿Quién a través de la noche
imprime en mis labios el beso leve?

III

Y en la densa profundidad de la selva
me contesta burlona, con acentos rítmicos,
como canto armonioso de ave arpada,
una lejana risa musical.

¡Oh maravilla de garganta mujeril
que escondida en el encanto de lejanías
arpegia en el eco un sortilegio!

Pero en eso, en la glicina del arpegio de un
violín, singla un nombre, el tuyo: Emma Alina.

.....

El crepúsculo empieza a escalonar cendales escarlatas sobre un cielo de acero empavonado, mientras que se tiñen de índigo en lontananza los montes.

Así, en la copa de un sicómoro que resalta ennegrecido en aquel cielo crepuscular, a semejanza de un enorme encaje, se va triscando de rama en rama la paloma blanca. Su palomo le sigue arrullándola. Luego se muerden suavemente los picos, entrecruzando sus lenguas.

En eso, del alto cielo enrojecido, desde donde avizor, temblando con esfuerzo potente sé estabiliza un instante y cae de golpe un cernícalo.

Mas, advertida a tiempo la enamorada pareja, huye a esconderse en un espinal. De tal modo amparados, arrullándose a dúo resanudan su idilio hasta aparearse. Pero la hembra, con el peso del amado se clava en el pecho un espino, el cual le extrajo_él una vez que fue cumplido el amor.

*

La sangre tiñe lentamente su pecho en tanto que llega lóbrega la noche.

*

Con el murmullo del huerto en el alba despertaron ambos a la aurora. Y a la mañana, entonando un alegre arrullo, como himno de amor al sol, el macho salió ufano de su escondite y se remontó en el azul; pero al instante fue presa del cernícalo que acechaba desde la puesta del sol.

Por eso, asustada la tímida paloma, esperando siempre en vano y agotándose por la herida que le mana lentamente, hace entre espinos su nido fatal.

*

De ese modo el tiempo es llegado, mas la paloma se acaba sin remedio; pero aun llega a romper las cascarras, con lo que saltan los pichones. Cada uno lleva una pluma roja en medio del pecho, pluma que simula una gota de sangre que al resbalar se esfumina.

Entonces ella expira en silencio siempre,

De ese modo en el hondo valle la paloma de la puñalada se multiplica de generación en generación

.....

La escena ya es nocturna. La Opera. Concierto a gran orquesta. Entregado a esa armonía siento que ella es como una lluvia de estrellas que en el océano salpican argento; y se adivina en la orilla, entre la selva, el sonoro y ca-

dencioso avance de los elfos en ronda. El mar canta mientras que susurra el ábrego entre las frondas. Hay humanos lamentos ennoblecidos en la armonía que rasga el aire al compás de una leve y atractiva danza de las hadas opalinas y misteriosas, cuyos breves pies, yendo sobre alfombras de Damasco en Escoriales, tejen alboradas y pastorales entre gasas y nubes.

Allá se oye el monorítmico romperse de las olas, acá las sonatinas o barcarolas y acullá la canción de cuna en la timbrada voz de las amas.

A lo lejos, en el sordo retumbo de los truenos suenan oboes y timbales. En el jardín hay zumbido de cigarras y abejas. El aire mago anida y mueve en las ramas el señorial minué. En el ambiente vaga un oculto anhelo de disolverse en armonía. Suena el órgano en misa y —uno, dos, tres,— dan la hora las campanadas del orologio.

Y, rompiendo las enramadas en la umbría, llegan los gnomos. Es la danza marcial si no jovial o picaresca, sin que aturda, cuando no llena de melancolía, al compás intermitente de los euros. No lejos resuenan vagamente, dianas y generalas en atambores y clarines.

Pero inmediatamente avanza en el vendaval la plegaria de las madres en el lóbrego, en tanto que impetuosa se rompe en los escollos la iracunda mar.

Luego paso a paso, a semejanza del estruendo antecesor de las inundaciones, parece que avanza el cortejo fúnebre, lento y sin eco en la alta noche. Son esquilas, linternas y dobles, gemidos que arrancan arterias en el corazón, hipos de congoja que huyen en el aire sutil, rumor de alas ariolas y lejanos aullidos. Es La Procesión, el Stabat Mater, Las Campanas Crepusculares y La Aurora en la Sinfonía Heroica.

*

La Güera está repleta y la rapsodia es un delirio de embriagueces. El aliento de la muchedumbre se halla sus-

ARTURO BORDA

pensó. Diríase un aquilón de armonías hendiendo la zona letal.

De pronto cesa la orquesta y en el mutismo, ante los ojos fijos en el azoramiento general, el maestro, ¡oh ironía! Beethoven, el sordo atormentado, continúa dirigiendo en su paroxismo la orquesta que ya no suena. Mas ¿qué importa? Es sublime y trágica la embriaguez del genio arquetipo, cuya batuta, loca en el encantamiento del silencio, subyuga ya las almas en aquella misteriosa liturgia de nigromancia, rigiendo la órfica sinfonía que sólo suena en el caos de la bóveda craneana.

Inmóvil y mudo el auditorio y los concertistas, escuchan en sus almas encantadas la armonía etérea que al fin se ha desencadenado en el misterio. Entre tanto el invicto se aniquila impulsando titánicamente el vaivén de la varita mágica, hasta que en el silencio se oye desplomarse sordamente un cuerpo pesado a la vez que la batuta rueda con timbre metálico en el pavimento, desvaneciendo la ilusión.

.....

Y mi alma está triste, muy triste, cual suele estar hundiéndose en la honda armonía de **La Patética**.

Luego, soplo del bóreas helado, una mano misteriosa esparce en el cielo oscuro lonjas infinitas de carne viva. La hora crepuscular parece indignada. Y en el haz de la tierra las razas se agitan sorda y lentamente, mascullando apostrofes, incapaces de respirar la atmósfera cargada de visiones inconcebibles. En el firmamento hay una insospechada agitación de espectros en los retumbos de un incesante tronar, mientras que la tierra se raja en el gruñir de un terremoto. En eso se oye la estridente carcajada del impío Loco, que pasa desmenuzándolo todo. Los pueblos huyen apretándose el corazón y la cabeza que ha de reventarles. Los ríos han cambiado de curso, burlando los límites de arcifinios, porque se hundren las cumbres y se elevan las hondonadas. Estruendos y clamores conmueven el orbe.

EL LOCO

Al fin en un alba carmesí sólo quedan atentos los dioses mayores, mientras se oculta en ocaso la última luna.

ORFEO

Hasta hoy nadie, ha resistido ni comprendido lo sublime. Es el paso del último Demoledor.

MANÜ, VIASA y VALMIKI

Es lo inmensurable: la última ronda que pasa. Enana del Origen.

ESQUILO, SÓFOCLES, SHAKESPEARE y CALIDASA

Tal es la purificación. Mas a la mañana el sol será mejor, y la escena del día será original, en grande y como no se ha visto. ¡Oh, prepotente Loco!, Tíndaro loador de vencedores entone tu loor.

BEEHOVEN y WAGNER

Esto adivinaba el alma.

GOETHE

Solamente mañana comprenderán **EL Segundo Fausto**, porque siendo que son los siglos los que fraguan esta tempestad, signo del advenimiento de una inteligencia superior, al revelar el sentido oculto de las cosas dirá que **La Madre** es del **Segundo Fausto**.

SAN JUAN PATMOS y KEMPIS

Estaba escrito: era el demoledor paso de Leviatán.

BUONAROTTI

Veo desatarse ya las potencias de un nuevo renacimiento en este Juicio Final.

ARTURO BORDA

MAETEBLINK

Es el benéfico soplo del siniestro Misterio.

ARISTÓTELES

Sólo nuestras almas no se han turbado con la trágica carcajada. Ahora mirad, amigos, cómo salta el nuevo sol.

Y oíd; canta Tíndaro.

TINDARO

Sin lauros ni clámide
entono tu loor, ¡oh
prepotente Loco!

Yo que entre helenos canté,
en Olimpia,
allá donde una rama de oliva era el lauro a
la potente y valerosa belleza;
yo que entoné loores píticas
en Delfos,
coronando de laurel a los vencedores
ya sea en la lira, en el caramillo y el canto;
yo que orné,
en la Argólida,
de apio silvestre al vencedor,
entonando las nemeas;
en fin,
yo que entoné
en Corinto
los ístmicos himnos,
entregando ramas o de pino
a los triunfadores,
no sé decir más,
que,
eclosionada en lo futuro,
tu recompensa sea
la libertad que siembras
en los escombros de lo que derriba».

EL LOCO

Salve, pues,
¡oh imposible sembrador
y segador!

HOMERO

Dices bien, amable Tíndaro,

HORACIO

Ya era hora. Siento haber sido cascabel. De gracia
al futuro rindamos, Hornero, nuestra historia.

VIRGILIO

Así sea. El orto anuncia algo inmenso ante la gan-
grena del mundo.

EL ARETINO y HUGO

Bien hecho. Ya era necesario destruir tanta hipocre-
sía a base de religiones, cuyo origen y cuyo fin son única-
mente el predominio físico, político, teórico y práctico.

POE

En esta condenación, a lo que se ve, no se salvará
nade. De este incendio saldrá el espíritu del porvenir.

LOS FARAONES

En la edad que viene no se sabrá ya de la Esfinge ni
de las pirámides, porque son el símbolo del silencio en los
eriales.

FIDIAS y PRAXITELES

Sólo hay que sentir por la Venus de Milo,
por Laocoonte y el Hércules Farnesío.

CERVANTES

Esto es horroroso, pero necesario. Ya somos viejos y
esta sacudida es tan honda, que atraviesa la tierra. Es
la

ARTURO BORDA

reacción de la conciencia. No nos salvaremos. Yo sé de la potencia y el deber obcecados de un Demoledor, cuánto más si su ideal es para siempre y para todos en un formidable renunciamento a la vida? Yo sé.

NERÓN, CESAR BORGIA, GENGIS KAN y TAMERLAN

Nosotros revivimos gustosos en tí, oh sublime Loco. ¡Adelante! Es menester hacer añicos los convencionalismos sociales, todo lo que retarde el avance,

BOLÍVAR y WASHINGTON (mientras se hunde la última luna)

Así surgirá de aquesta epacta la gran libertad.

PAGANINI

Únicamente subsistirá la armonía.

PERICLES

Animo, Loco; que mi siglo te ampara. Amigos, oremos al nuevo sol.

UNA VOZ

Hondos son los surcos y la tierra virgen ha saltado a flor. Vuestras simientes sean las primeras. Echad.

DIOGENES

Esperad, amigos. Anoche me purgué; y como para echar simiente y orar al sol es necesario estar limpio; y considerando que el alma se subordina en el hecho miserablemente a los intestinos; por tanto... Francamente, sería muy triste...

VANINI

¡Bravo, Loco! Eso es: que no quede nada en su sitio. Por tal manera no habrá quién te quemé vivo ni te arran-

EL LOCO

que de raíz la lengua, como a mí. Mata a todos, que así nadie se te burlará; pero se necesita una resolución de hierro para no temblar ante el odio del mundo; y sobre todo se necesita no deber, como vos, ningún servicio a nadie: ni al individuo ni al pueblo. Sólo la libertad puede sembrar la libertad.

SÓCRATES

Eso es verdad; si no tendrás que beber también, como yo, la cicuta: la defensa de los impotentes y los cobardes a la luz brutal de la verdad. Destroza hasta la estética, lo menos ofensivo.

HEGEL

Adiós la estética. De hoy más no sospecho a dónde nos arrastrará este dinamismo.

CARLYLE

Es verdad; quema, pero alumbrá. Y en estas tinieblas lo que necesitamos es luz, y dinamismo en nuestro quietismo sepulcral.

LESSING

Yo esperaba una feliz regresión a la época helénica. ¡Oh goce aquel de la serenidad insuperada! En este cataclismo desaparecerán nuestros principios.

LAS MADRES (desde el Origen)

Bienvenido sea el Insano sano, porque así mañana será nuestro día al fin. Aun tenemos que educar al hombre, ya que su corazón se ha torcido.

LEIBNITZ y COMTE

¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien. Nada de fetiches ni deísmos infinitesimales ni máximos. Vengan los valores positivos y surja la mujer en una inmensa aurora de libertad.

ARTURO BORDA

Al César lo suyo. Y gloria al Demoleedor que nos anuncia un gran porvenir. Teocracia, burocracia, democracia, y aun sociocracia, que todo ruende, porque yo mismo me he equivocado por falta de valor. Algo mejor que aun no imagino siento que saldrá de este cataclismo. ¡Ja, ja, ja! Las preeminencias económicas de los idiotas no les dará ya la gerencia pública ni a Dios el imperio cósmico. Cada cual en lo suyo y con sus fuerzas.

GALENO

Aun la ciencia médica retrograda cada vez más a la veterinaria. Por tal manera espero que en la edad que viene se pueda embotellar y transfundir el alma. Todo se reducirá a descubrir la potencia micro. No habrá fuerza que no se almacene. El **quid** está en saber si el origen es lo infinitamente grande o lo infinitamente pequeño. En las horas de lucidez del Loco le oí decir: —La nada no existe, porque en ella existe el espacio. Y si antes del Origen era la nada infinita —oh, cómo se anonada esta idea— entonces el Origen ha sido micro. Qué locura...

ERASMO

Yo soy el único que hizo el **Elogio de la Locura**, porque he comprendido que ella es la única que da redentores y creadores, por ese su absoluto desasimiento de toda cosa y de todo miedo y respeto. Esto no he querido decir entonces, por cierto temor, pero ahora me hago pesar, aun-que esto resulte ya muy ridículo.

.....

Y de pronto, elegantemente trajeado, me sé yendo muy de prisa, no sé a dónde, pero de cada trancazo que daba hacía temblar la tierra y mi propio cuerpo bobamente satisfecho de sus almidonados trapos.

Después yo iba furioso sin saber por qué.

En una de esas pisadas se hunde el terreno y dando volteretas caigo sentado sobre un cadáver, en una catacum.

ba. Los frailes que se hallaban cantando la vigilia, y, entre multitud de mujeres hincadas, hincados también los representativos de los poderes públicos y los de la ciencia y el arte, de gala o luto estricto, emprender las de Villadiego. La despavorida muchedumbre se congestiona en las puertas, ocasionando la mar de contusos. El suelo se humedece, lo que provoca en mí un acceso de risa convulsiva, cuyo eco en las bóvedas sonaba a modo de una diabólica carcajada.

Muchos hombres y también mujeres que de susto se escondieron en los altares, detrás de los dioses y de los santos, al oír mi carcajada centuplicada en los ecos, cayeron al suelo arrastrando las imágenes de yeso que se hicieron añicos. Los centinelas del catafalco pataleaban también presos de ataques nerviosos.

En eso un alfiler del crucifijo que tenía entre manos el cadáver se me clavó en las nalgas, por lo que indignado, dando un bofetón al muerto, lo eché abajo. Al caer me dio la impresión de un trozo de madera retobada. Luego lo encajé de barriga en el tabernáculo, con los pies afuera; poniendo en cambio en el catafalco la custodia.

*

Al día siguiente la prensa hablaba del suceso. Unos suponían milagro el hecho y otros afirmaban que el muerto estaba condenado; pues que con el miedo que llevaban nadie alcanzó a reconocerme, lo que constituye un proceso regular en todo acto de cobardía, por lo que también nadie se atrevió a confesar que por su propia cobardía no pudieron saber la verdad. ¡Aja, ja, ja! Y todos eran amigos íntimos del extinto.

Al otro día se efectuó por fin el sepelio. Los amigos llevaban en hombros al féretro. A medida que avanzaba el séquito, hombres y mujeres se iban convirtiendo en chinches, escarabajos, hormigas y piojos, los que internándose en el ataúd, no dejaron ni huesos del cadáver. Pero

ARTURO BORDA

al momento recobraron todos su forma, lamentando muy compungidos la desaparición de su amigo. Y prosiguieron la ceremonia del enterratorio del ataúd vacío, a tiempo que reaparecían los hombres célebres.

TRAJANO, CESAR, ATILA y NAPOLEÓN, CARLOMAGNO y GUILLERMO II

Estamos en presencia de la crisis evolutiva más grande. ¡Salve al Demoledor! Sólo lo grande puede ejecutar lo grande. Y las locuras presentes son evangelios futuros, por eso para el Demoledor Creador todas las potencias deben ser palancas dóciles, pero potencias libres. Mas, aun la fatal limitación de los hechos ante los horizontes que abarca su ojeada se llama insania o desorbitación en las impotencias de los ciegos aun para los círculos menores de comprensión.

TRAJANO

¡Salve! porque ya no hay nada que no esté en este entredicho de anarquía.

SCHWARTZ, GUTENBERG, COLON y FRANKLIN

Nosotros que descubrimos el nuevo mundo, de donde viene originario este soplo, nosotros que descubrimos la pólvora, el pararrayos y la imprenta, cantamos tu advenimiento, ¡oh divino Loco!, porque nuestros esfuerzos eran la gestación abscondita de tu existencia.

LUTERO, DESCARTES y BACON

En breve el avance adquirirá progresiones geométricas. Es muy honda la revolución que saca a ras la carne viva. Cuando la mecánica se estaciona como el arte, entonces el progreso adquirirá progresiones geométricamente psíquicas.

EL LOCO

**CONDORCET, HUME, ROUSSEAU,
DIDEROT y FONTANELLE**

Al fin se encarnó en alguien el alma de los verdaderos revolucionarios. ¡Hosanna, pues, al único Loco!

**FEDERICO EL GRANDE y SANTO
TOMAS DE AQUINO**

Hay epifanías que sobrecogen el espíritu más valeroso, no obstante que ello es lo que en el fondo ansiamos. No hay espíritu abierto a la inmensidad que no contemple con calofrío de goce la gestación de las grandes transformaciones, no de forma, sino que de fondo en el espíritu de la humanidad. El Loco es lo inconcebible, porque es la fatalidad en que muere toda una civilización humana ya.

MOISÉS, SOLON y LICURGO

Es inimaginable la reforma social y moral humana a que precede el advenimiento demoledor de este único Loco. Pero si entregar sin control a un hombre los destinos de un pueblo es peligroso, entregar a un loco los destinos humanos es una insensatez.

**HUXLEY, DARWIN, CAJAL y BUFÓN,
con SOPORTA, LAMARCH, HEACHEL y GALL,
EINSTEIN y ARQUIMEDES**

En una centuria más y con esta revolución sin precedentes que alimentamos día a día con nuestro sacrificio, descenderemos acaso por él a la categoría de meros fósiles. Pero, bienaventurado seas, Loco. Nosotros ardemos en tí a manera de lignita, ya que se cumple un alto designio de la evolución: demoler para crear. Aun las leyes biosociológicas se hallan en el peligro de segregarse en el turbión revelador de los misterios futuros. Descadenaste las insospechables potencias, y la Moral está ya en agonía, como ante la incoherencia empírica a **priori**.

TROTZSKI

Ven estupendo Lenin, que azorados te contemplan Bonaparte, Dantón, Marat y Robespierre. Ven, oh sublime Lenin, que el Demoledor acaba de pasar.

ARTURO BORDA

LENIN (en las ondas del Volga, saliendo de la tenebrosa Siberia en una aurora roja. Su heroica Adda Merowkine, el ángel custodio, no le abandona. Son el socialismo integral y el feminismo militante. Se detiene asombrado, mirando el orbe en escombros, y luego Babenf)

No ha quedado en pie nada, oh Loco bienaventurado. Así queríamos para reorganizar la humanidad, bien es cierto que salvando algo, quizá si lo primero que debía caer. ¡Oh, Demoledor!, no alcanzamos a ver a dónde vas; pues sólo dejas en pie las madres encinta...

ADDA MERCOWKINE (soñando)

Veo romperse la Ley y la Moral, y seguir, de acuerdo con la naturaleza, una ruta aparentemente arbitraria. Es la libertad.

UNA VOZ (del fondo de la tierra)

La siembra fructífera debe ser en el porvenir: niñez y juventud.

.....

Mientras tanto en la noche se incendió primero un velo tenue. El fuego empezó abajo, avanzando de modo rápido, hasta consumirlo. Con la misma rapidez se quemó el segundo, luego el tercero y el cuarto, y los demás, tan rápidamente, que simulaban ser olas de fuego ascendentes en silencio, como en una aurora boreal, ya que cada tul, desde el negro, el primero, hasta el blanco, el último, tenían un matiz del iris.

Al incendiarse el último tul apareció, en una mañana primaveral, una gran muchedumbre de juventud que iba casi en manada, empujándose unos a otros, vitoreando de modo incansable a sus mentores. Y se detuvieron a la sombra de un árbol milenario.

Seguidamente apareció otro maestro y luego otro y otros. Y muchos más. Y todos hablaban de la dignidad y

EL LOCO

la independencia. Eran unos discursos hermosamente compuestos que de modo **discreto** incitaban a la rebelión, ocultando su terror de verse envueltos en ella, por lo cual la muchachada, inocentemente embriagada con el verbo de relumbrón, se sabía un instante altiva.

Pero mientras que todos oían atentos los discursos, el Loco había llegado sin ser notado, encaramándose en la fronda del árbol. Cuando unos acabaron de hablar y otros de loar inconscientemente, arrebatados no más que por la inflexión de la voz, el Insano habló en tal forma y con tal claridad, que resultó un escándalo para la timidez y la hipocresía de los mentores y para la ciega inocencia de los alumnos. Dijo, más o menos, lo siguiente:

EL LOCO (santiguándose)

En nombre del Amor, de la Justicia y la Verdad.

¡Ea, vosotros! Yo no sé si me interesa o no la juventud, lo cual no me importa averiguar, ni tengo ningún interés porque nadie me oiga; pero como para que os disperséis sería menester que llegase la noche, para que podáis huir en la sombra, porque sólo en la sombra sois audaces, ya que ninguno se atreve a la luz del día, de miedo a tostarse la cabeza y los pies bajo la rabiosa luz del sol en estos dominios de la Verdad, sobre la arena calcinada del desierto, vuestra impotencia y miedo os obligan a oírme.

Oíd, pues.

Y a medida que hablaba iba trepando más alto, hasta que ya no era visible por la multitud. Cuando llegó a descubierto empezó a gritar de éste modo:

EL LOCO

El que quiera saber cómo se vive de cara al sol, que salga de la sombra y me mire. ¿Eh? ¿Nadie sale? ¿El miedo os acorrala a mis pies, a la sombra de este sicómoro? Muy bien. Oíd. Os hablo desde la guía del árbol milenario.

ARTURO BORDA

Pero ya estoy molesto de hablar por imágenes, no por lo estúpido ni lo feo de ellos, sino que por la necia incomprensión de los hombres; de manera que me obligan a decir lo necesario de un modo directamente crudo. Este lenguaje es demasiado claro, aunque todavía para los obtusos sea obscuro, es, pues, excesivamente preciso, sin matices, por lo mismo hiriente? Pues bien; yo no tengo la culpa: cuando yo hablaba como entre sueños, son giros de belleza rara, nadie me comprendía o nadie quería comprenderme. Ahora mi verbo, por eso, es duro como un esqueleto: de consiguiente, es algo como con la muerte con lo que quiero y debo hablar.

Y así es, porque cada cual de vosotros se alegra al oír unas meras palabras aparentemente reactivas, y, sobreexcitados, aplauden, para olvidarlo todo inmediatamente agotados, sin ninguna habilidad analítica, siguiendo inconscientemente a todo el mundo, sin comprender que las palabras por sí mismas no constituyen ninguna lección. Ejemplo: — Un bandido puede estar predicando la virtud para atraparlos y servirse de vosotros como de cosas, en cambio que vosotros iréis alelados en su séquito, hasta que, siempre tarde, os deis cuenta del error, pero quedando ya definitivamente sojuzgados en la esclavitud a esa hipocresía, al arbitrio de un bribón.—

Por consiguiente, la única prédica que debéis considerar real es el ejemplo, la lección que se vive segundo a segundo; observad que no faltarán hombres venales y vanos que sirviendo vilmente por una escudilla de lentejas irán sin escrúpulos a lavar indistintamente las saliveras ora del blanco, ora del negro, como ya del santo o del asesino, todo hasta lograr su posición social, un **renombre**, y, sobre todo, su situación económica. Ved que el servilismo del antiguo esclavo francamente esclavo ante el mundo y ante su conciencia era un servilismo honorable comparado con el voluntario servilismo de los hipócritas en el tiempo de la libertad.

Pero indudablemente que ellos cuentan de antemano con **su elemento**, con esa juventud intelectual o ignara, que después de sufrir en las ergástulas los puntapiés

EL LOCO

del opresor, cuyos zapatos querían morder de rabia, por la miseria de una migaja del festín, se ponen incondicionalmente a su servicio, pretendiendo, punto en boca y obedientes, que sirven ya a fines más altos que a la libertad! Sí, cuentan con esa juventud que ni oye, ni mira ni ve: que no escudriña, que no analiza, que no critica; en suma, que no duda. Esa juventud...

Mas, sabed, también, que el rebelde que predique la rebelión y la rebeldía dentro de una absoluta honradez de procedimientos, estad seguros que su historia será la historia de la pobreza si no de la más completa miseria; porque tal rebelde no acepta ni busca nada que no esté dentro de los estrechos límites de la dignidad, y lo busca con altivez y únicamente sus derechos adquiridos a fuerza de trabajo, lo que le pertenece por derecho, lo cual sorprende e irrita el alma de los mentores de otra vez, constituidos ya en autoridades, habituados a ver mendigar de rodillas a los hombres más rebeldes. Por eso esos maestros lumbricoides a quienes se les tapa la boca con un buen sueldo o un buen título, se afanan en llenar con mil cas cábeles y relumbrones sus **hojas de servicios...** mientras que el rebelde rechaza toda **hoja de servicios**, porque jamás se puso fuera del servicio de su propia idea, y, secundariamente, porque la presencia de un rebelde siembra pá-nico en los impuros, ya que sienten que el rebelde está sobre sus cabezas oscilando como una guillotina.

Si cada cual reconociese sus impotencias, avanzaría el doble en su vía, porque el reconocimiento de la propia impotencia es el pliegue de la fuerza en potencia.

LA JUVENTUD (a coro, entusiastamente)

¡Oh, divino Loco, salvador de nuestro glorioso porvenir!, de hoy más serás nuestro único mentor. ¡Viva el Maestro!

EL LOCO (riendo a carcajadas)

Yo sólo podría ser Maestro, si quisiera, de los que no aceptan mentores; por que amo únicamente a los satánicos.

Y como ellos jamás aceptarán por mentor a **nadie**, entonces yo les grito satisfecho: —¡Bravo!— y los declaro sus propios maestros. Ellos son los hombres. La patria necesita almas de hierro, ya que se trata de forjar el más venturoso futuro de la América. Ansiamos hombres que vivan de su propia fuerza y sean capaces de fabricar su propia fe en los dominios de la más alta rebeldía.

*

Eso dicho el Loco se echó de un salto en la fronda, como para zabullir en la densidad marina. Deshojando y rompiendo los ramajes, juntamente con una lluvia de sazonados frutos cayó en la sombra, sobre la compacta muchedumbre juvenil. Así aplastando a unos cuantos muchachos y otros tantos maestros, ocasionó gran trifulca, por lo cual y por cosechar los sazonados frutos, luchaba la muchedumbre muerta de sed, resultando por ello un sinnúmero de heridos, mientras que una parte de los jóvenes, sin ánimo de salir de la sombra, amenazaba con los puños cerrados al Insano que ya se hallaba lejos, a pleno sol arrastrando su sombra en el arenal calcinado, riendo a mandíbula batiente de la ridícula labor de los mentores que prácticamente apenas se concretaron a hacer enterrar a los muertos y curar a los enfermos.

EL LOCO (al irse cachazudamente les grita así:)

Si maté con mi peso unos cuantos muchachos y otros tantos maestrillos, es porque las raíces del árbol que os da su sombra necesitan ya un poco de sangre para luego daros el fruto que aplaque vuestra sed y angurria; y, deo heridos, para que cuando sanos sepan cuidar su salud, es decir, su fuerza. Ahora sabed que la tierra es como la mujer, insaciable de riego, en tanto que el hombre apenas semeja la facundadora nubécula que se agota en chaparrón o garúa. Mas, ahora notad que no hay ni un sólo maestro que me siga, siquiera sea para vengaros; pero sabed que eso es porque tienen pies de señoritas para uso de zapatillas en salones de piso mullido. Son maestros que jamás salieron de su círculo social por asco y vergüenza a los que no son de su laya; incapaces de descender a convivir

EL LOCO

con los humildes y desheredados, la miseria de sus lacerias. Papagayos de lo que supone adivinar, hundidos en regias poltronas de Damasco.

El idealismo de los maestros que jamás supieron de las angustias de la miseria, de los que pasaron sonriendo su opulencia y que presentándose como conductores de la opinión apercollan ociosamente los sueldos más gordos en las más fuertes empresas o en la administración, es para la inocencia popular lo que la roja capa en las manos del torero, que sólo sirve para engañar a la bestia hasta que agache la carvíz y clavarle la estocada hasta el fondo del corazón, porque la sangre viva es un excelente tónico.

*

La tarde había caído. Discípulos y mentores iban en tropel en pos del Loco, cuya carcajada resonaba ya más allá de los horizontes, en la sombra nocturna que invadía el firmamento; pero el Insano había regresado ya por el Ocaso, armado de una enorme hacha, con la cual de dos golpes derribó el árbol milenario, al que inmediatamente le prendió fuego. Cuando se apagó la hoguera y el viento aventó las cenizas.

EL LOCO (dijo)

Hubiera sido un crimen conservar por más tiempo el ÁRBOL GENEALÓGICO.

*

En eso salieron furiosos de las raíces el Abolengo y la Estirpe, pero el Loco los apercolló del cogote y golpeando sus cabezas una contra otra, mató esos fantasmas que luego desaparecieron, mientras reía a carcajadas el Insano, a tiempo en que . . .

LOS GRANDES AUTODIDACTAS

Eso es hablar claro. Toda enseñanza debe tener esa precisión. Cuanto más se aproxima el idioma al len-

ARTURO BORDA

guaje de los niños y de los tontos, tanto mayor número de tontos estará en la posibilidad de entender. El lenguaje de las inteligencias superiores es también sólo para las inteligencias superiores. Y ¡Viva el Demoledor

**SIGLO V, MAQUIAVELO, DE LOYOLA, BISMARCK
y ASSAU SABA, EL VIEJO DE LA MONTANA**

Alcanzamos, oh potente Demoledor, que tu ideal sea eterno. Mas si para tu éxito es necesario hacer una pira de los dioses y de toda autoridad, moral, social, política y militar, revuelve el mundo, no importa: **el fin justifica los medios**, ¿Quieres la redención de la humanidad? Pues estamos contigo los potentes, para ejemplo de rebeldes e intrépidos reformadores o sino que el aire, los alimentos, la ropa y la cama te sean cristales rotos.

ENGELS y MARXS

Esto supera a toda previsión. Pero si para la ventura absoluta de la humanidad es necesario el incendio del infinito, de hoy más todos los verdaderos revolucionarios estaremos contigo. Ahora adelante y sin cobardías.

JAURES, KAUTSKY y MALATESTA

Ahora comprendemos que no sólo la guerra y la revolución, sino que las hecatombes es lo que se necesita. Así, pues, solamente pueden amar y admirar al Demoledor, los rebeldes, los sabios, los grandes hombres, mientras que los eunucos besan agradecidos sus propias cadenas, por ser espiritual y físicamente idotas.

**UN HORRÍSONO VOZARRÓN (en las
minas, los conventillos y las ergástulas)**

Nada para nadie o todo para todos, porque el secreto de todas las fortunas, sin excepción, si no es obra de la casualidad, herencias, dotes y loterías, oculta siempre mil servilismos y siniestros misterios, ya que siempre por siempre la honradez es misérrima por eso, por honradez... Pues, mirad, hombres: hoy que todos los murallones ca-

EL LOCO

veron deshechos al ímpetu del Loco, los secretos están a la luz del sol.

KERENSKY

Todo está bien. Este Loco es el alma de las históricas potencias. Que una feliz paz universal sea al fin su lauro.

BELA KUN

Bien haya un Demoledor. Hay que destruir de cuajo el actual orden de cosas para cimentar en firme el radioso futuro. Tálalo todo, oh Loco, porque según Jesús, los postreros serán los primeros. Y ya es hora.

LOS MAGOS, LAS SACERDOTISAS Y LOS PROFETAS

¡Salve oh salvador de los futuros! Bendito seas omnipotente Loco. He aquí que el altruismo y el egoísmo se confunden en la urgencia de la destrucción. Tus hechos revelan el doble sentido de la fuerza.

JOAQUÍN DEL FIORE Y TODOS LOS PROFETAS

Hemos visto al Loco una noche entera entre íncubos y súcubos en el alma de su tiempo, sobreexcitada la médula oblonga y el centro contrario de la corteza cervical, olfateando ansiosamente las auroras, removiendo en las tierras las raíces profundas, hurgando atentamente el corazón y el cerebro de los seres, como entre sadismos y masoquismos de la Verónica Juliana, de las Santas Isabel, Armelia y Catalina de Genova, y de Safo y Santa Teresa; luego cayendo en el hondo latargo del **surmenage** autohip-nótico de vestales y pitonisas murmuró la última profesía, por lo que en la hirsuta contracción de nuestro organismo recorrió el calofrío. Y su profesía era que...

PITAGORAS

Ciertamente. También lo vi y oí. Su recuerdo aniquila aun mi cerebro.

ESOPO, SAMANIEGO, IRIARTE Y LAFONTAINE
(llevando en andas el Panchatantra)

Si no fuese éste libro, ninguna fábula hubiese instruido alegremente a los hombres; por eso, si algo salva el Loco de esta humanidad será algunos Vedas y a Vats-yayana, cantor del Kamasutra. ¡Oh imponderable Demoleedor, ¡salve a tí!; y que por el amor lo regeneres todo.

.....

Cesa un instante el desfile de los inmortales y aparece entre las brumas el Loco. Dibuja febrilmente, llenando de números el pizarrón, hasta que transfigurado de alegría escribe: —**La cuadratura del círculo**— Entretanto hace un siglo que una máquina eléctrica, en combinación con una rueda aspada, de articulaciones en charnela, se mueve perpetuamente ya, impulsando con sus palas en vértigo una enorme bola sólida de granito sostenida en alto por dos agujas polares de acero y amiantado con la velocidad de su rotación se ha caldeado el granito, suelta el Loco la bola, dividiéndola de un combazo. El centro, eje sobre el que gira, está helado. E) loco sonríe y llevándose la mano a la barba, masculla: —El centro de la tierra es sólido y frío, porque el principio está en el **menos**.— Luego dando vueltas a la rueda de una inmensa máquina neumática, riendo horrorosamente, pretende hacer el vacío infinito. El es el único en la eternidad, hasta que rendido cae pesadamente en las tinieblas.

Y continúan pasando los grandes hombres.

PLATÓN

Ya que el Demoleedor, que como nosoíros que echamos por tierra la civilización helénica, acaba de aniquilar el pasado, podemos tomar tranquilamente el sol de la mañana.

ARISTÓFANES

Mejor es esperar, porque Loco que huye, vuelve, como gallo que canta, olvidando haber cantado ya. Esperemos el día, pues todo puede que haya sido ilusión.

EL LOCO

HOLVACH Y VOLTAIRE

¡Aja, ja, ja! ¡Oh, borricos! Solamente un loco no engaña y más sí es de atar. ¡Hosanna al Loco surcador!

MAX STIRNER seguido de NIETZCHE

Sí, ¡hosanna al Demoledor! De hoy más los valores serán reales. Su poder demoledor y creador es su propiedad, que es su unicidad. La libertad de los demás no es nuestra libertad; pero esta destrucción que presenciamos dará a cada cual **su** libertad. Todo lo que es sagrado es su cadena; es pues menester romper todo lo sagrado, prime» ro que nada.

DANTON

El Loco es el único digno de mi aprecio, porque sus aparentes desvarios son los verdaderos gérmenes de la libertad de un mundo.

EL LOCO (iracundo, reaparece removiendo cielo, agua y tierra, por lo que huyen como liebres todos los hombres)

¡Eh! ¿Estáis ahí vosotros? Hola amasijo de canallitas, vuestro sólo enunciado humilla millares de conciencias. Hoy no debe quedar pues en pie nada, por grande que sea en su lar y en su tiempo; nada, ni la memoria. En el tiempo que comienza necesito intrépidos y rebeldes, sin Dios ni Patria ni nada. ¿Ignoráis que el ideal empieza justamente allí donde concluye lo posible? Ea, vosotros, que yo me agito en pleno ideal. Id todos a desaparecer en el centro de la tierra. Yo sembraré la libertad en rocas plutónicas, a flor de orbe; pues cuenta errada a recomenzar, ya que todo el pasado es un gran error. Yo aplastaré a los cobardes que silban la regresión, porque tal proceder va contra el curso natural de la vida. Yo entono el himno del avance audaz y demoledor, atreviéndome aun a los sagrados orígenes; que, pues, para ir al azul es necesario hundir las cumbres con el impulso del salto ascendente. Y vosotros que...

ARTURO BORDA

Los que jamás fueron nada, los que saben que jamás serán nada, y peor los que serán nada sin saber; los que saben que no son ni serán nada más que los eternos vencidos: los estropajos da le vida y de la muerte, aplastados por su conciencia de nonadas, harán bien en considerar el orgullo y la soberbia cual si fueran una virtud, ya que ello dará alegría y fuerza a la resistencia de sus miserias sin nuncios de auroras.

DAVID

Eso también, Loco, es vanidad. Mas al fin ya no sé si lo que siento y sé es o no la duda o la fe. No sé; yazge en un caos en que saltan rotas la duda y la fe. Yo también. Loco, me vuelvo loco: ya no sé si la vanidad es pecado o virtud. La conciencia en la erupción de tu lógica y en su multánime dinamismo me hacen perder la noción del bien y el mal.

EL LOCO (bajo una lluvia de rayos que calcinan y magnetizan, a despecho de su roto corazón, danza inmune en los escombros, satánicamente alegre, al compás silbante de los aquilones y de un interminable tronar)

Surge Samuel Smiles y tú Knut Hamsum, únicos a los que salvo, por el Ayúdate y el Hambre.

.....

Decía a tiempo en que nuevamente cambió el paisaje y pasó

UN CONEJO (a todo huir)

A un demoledor se le estima demasiado para simplemente amarle. Es posible que en este cataclismo que sopla el Loco le adoremos como a un Dios, ya que nos da albergues al escoger. Por eso se le idolatra tanto... de lejos, porque su no sé qué...

UN LEÓN DE SIRIA (solemnemente mesurado)

Pobres criaturas. Por su amor respetuoso y temeroso debemos apartarnos, infundiendo confianza en sus ma-

EL LOCO

drigüeras. Siento cariño por los humildes y débiles.
(Dice, sacude la cabeza y se va llena de tristeza).

UN PAVO REAL

Mi cola es mi orgullo; quisiera llevarla en mi frente, pero no hay más remedio que arrastrarla, cubriendo con ella el trasero. Sí, el Demoledor coloca mis plumas en las frentes de los reyes y en las cabezas de las bellas hembras. **(Despliega su cola y volviendo orgullosamente la cabeza, la mira extasiado, agregando)** Mas, no puedo lucirme sin descubrir mis vergüenzas. La naturaleza es injusta; por eso mi tristeza parece tiniebla de abismo voraz, sepultándola en el silencio, porque también mi voz me avergüenza; sin embargo él, el relumbrón irisado de mis plumas me causa infantiles alegrías de un claro de luz. Sí, cada cual lleva su belleza o en el rabo o en la frente, adelante o atrás, arriba o abajo.

Acto seguido me pareció que acostándome me tapé bien con las tapas. Y así que me iba durmiendo profundamente. La sombra se disipaba, descubriendo la umbría, en la que las charcas parecían espejos. Un infinito murmullo del viento en los árboles acompasaba el encantador gorjeo de las aves invisibles.

Entonces en aquella magia llegaron andando a la ventura, y como desasidos de toda cosa, mi Alma y mi Cuerpo. Al pie de un tamarindo se tendieron ociosamente sobre el gramal:

ALMA

Al fin, Cuerpo mío, podemos hablar con sosiego; pues, por lo que hace a mí, experimento la sensación más extraña: me parece que no existo. Estoy entrando en la suma serenidad.

CUERPO

Yo tengo la sensación de un perfecto bienestar: no me mueve ningún deseo ni temor; así que, si quieres, ha-

bla de algo que sea mejor que de nuestra situación presente. Habla.

ALMA

Si es tan deliciosa nuestra condición^ que nada hay mejor que hablar de ella misma. Oír, mirar... ¿Para qué más si estamos en el dominio de esos dos únicos sentidos?

CUERPO

Es verdad: el tacto está embotado, acaso tanto como el olfato.

ALMA

Pero no sé justamente por qué, mas, sospecho que el hablar mismo o siquiera el pensar se me figura un absurdo. La suscitación del pensamiento implica también la del sentimiento, lo cual es provocar un torbellino de inquietudes.

CUERPO

Eso es cierto. Además, esta nuestra conversación prueba que aun no estamos en un perfecto estado de serenidad, ya que la serenidad perfecta es a manera de la quietud o calma de la mar, que no risa ninguna ola su líquida extensión.

ALMA

A propósito. Se me ocurre que la serenidad jamás puede producir ninguna obra, ni en el dominio de las matemáticas, menos en el del arte. Por ejemplo: —¿Cómo es posible que haya música serena, si por sí la música implica la máxima tensión? La serenidad en la música es el silencio, lo cual se comprende que ya no es música, aunque discretamente usado puede dar belleza a la música. La única imagen que puede representar bien a la serenidad es el desierto sin vientos bajo un cielo sin nubes.

EL LOCO

CUERPO

En cuanto al individuo, me parece que es difícil encontrar el instante en que su cerebro, el sexo y el corazón llevan al unísono el ritmo de la serenidad. Justamente yo también creo que la serenidad es el estado anulatorio de toda acción y que quizá no existe ni en la muerte.

ALMA

Sí, Y decir, por ejemplo, ese es un hombre sereno, implica aseverar que es un hombre incapaz. No hay obra humana que no sea absolutamente el resultado de la inquietud. Pero la ignorancia humana es pues ilimitada. Sospecho que hasta hoy han estado confundiendo dos conceptos, lógica y gravedad, y más propiamente equilibrio con el de serenidad.

CUERPO

No entiendo por qué nos molestamos entablando esta conversación. Más bien, si quieres, Alma, podemos dormir. El viento ha cesado y las aves mismas ya no cantan. La selva nos invita su sopor.

Y mientras Alma y Cuerpo dormían, la niebla fue invadiendo el ámbito, hasta que desapareció la selva. Y...

.....

Luego, así como cuando se va despejando la humedad, del mismo modo el viento barrió las brumas. Y apareció a mi vista un laboratorio iluminado por una luz misteriosa. Sobre una mesa enorme, y dentro de un fanal estaba mi cabeza, y, en alcohol, en una gran botella, mi corazón. En el recinto había un silencio inquietante. De pronto, agitándose en el alcohol mi corazón, aplicó en el cristal, a manera de ventosas, la aorta y la carótida, como queriendo absorberme; entre tanto los ojos secos de mi momia me miraban fijamente. Yo me sentía asustado, sin poder explicar cómo siendo que yo estaba con mi cabeza y mi corazón, mi cabeza se hallaba dentro de aquel fanal,

y mi corazón en alcohol, dentro de aquella otra botella. De pronto mi apergaminada cabeza hizo un visaje tan siniestro, como queriendo reirse de mí, que me impulsó a huir; pero, como fascinado, me quedé mirándola. Mas, ella giró hacia mi corazón.

LA CABEZA (con voz cavernosa)

¿Crees, Corazón, en la Moral?

EL CORAZÓN (desprendiéndose del vidrio, sopla en el alcohol y saltan a flor las burbujas, reventando en hervor de carcajadas)

¡Aja, ja, ja! La Moral no existe; nunca ha existido. La Moral no es nada más que el interés de unos cuantos explotadores de la humanidad. Pero como yo soy el Corazón y no quiero tener más secretos, pues, los divulgo.

LA CABEZA (mirándome)

Haces bien. Yo recuerdo que el Alma me dijo que en su viaje a la eternidad, cósmicamente en ninguna parte había encontrado la ley moral, tal como la entienden los hombres. Salvo que por moral se quisiera entender el equilibrio; pero jamás ha pretendido tal cosa.

EL CORAZÓN (siempre burlándose)

Efectivamente. La moral es una ley arbitrariamente humana, puramente humana, cuyo único fin es castrar la libertad de los pueblos, en beneficio de la hipocresía omnímoda de unos cuantos que gobiernan el mundo espiritual y físico. Si se observa atentamente el secreto de las religiones y de los estados, se verá que todo está movido por la libertad hipócrita de los gobernantes y los tonsurados, para aherrojar la libertad de los pueblos, motejando de inmoralidad a su libertad. Recorre la historia. ¿Qué te parece Juana la Papisa? Una prostituta que se disfraza de Papa y pare en el mismo Vaticano! ¡Oh! La historia es muy útil, se entiende que para los que tienen un adarme

EL LOCO

de sesos: para los que pueden analizar y criticar; que para los idiotas o testarudos todo es en vano.

LA CABEZA

¡Ojo, j6, j6! La humanidad necesita una reforma tan profunda, que no ser6 posible ni aun en un mill6n de a6os m6s, porque s6lo el demoler lo inn6mero de los convencionalismos implica un lapso incalculable. El mundo urge un demoleedor, tan verdadero, tan atrevido, que haga temblar y deshaga sus propios afectos e ideas ancestrales adheridas en los escondrijos de su conciencia. ¡Ojo, j6, j6! Mientras tanto cada hombre y cada mujer que se crea libre debe ir pulverizando en su respectivo centro de acci6n todos los convencionalismos, se entiende que despu6s de haber obrado as6, sin miedo, en su conciencia.

Y las burbujas que el coraz6n desped6a en el alcohol eran como una incesante risotada. —¡j6, j6, j6!— que hirviera en una olla de aquelarre.

*

Por eso, profundamente molestado, iba a salir, cuando el portero, un hombre extraordinariamente macizo se me puso adelante.

PORTERO (r6gidamente)

Aqu6 no se paga la entrada, sino la salida. No hay m6s: tienes que pagar dos mil pesos.

YO (asombrado)

¿Dos mil pesos?... Pero ¿c6mo he de pagar, si en primer lugar he entrado sin querer ni saber c6mo, y en segundo, por qu6 he de pagar ni un centavo si lo 6nico que he visto es mi propia cabeza y mi propio coraz6n? Lo que dices es inmoral.

PORTERO (secamente)

Aqu6 todo negocio libre es honesto. ¿Ves all6 un espejo? Pues bien; tambi6n se paga por mirarse ah6, porque

ARTURO BORDA

es un espejo que sólo refleja las intenciones. Ya ves:
no hay más remedio que pagar.

*

Su porfía me indignó de tal manera, que le di un soberbio trompón; pero antes de que yo pudiera imaginar siquiera, ya de una cuchillada el monstruo me había cercenado la mano. Y tomándola, más que volando fue a echarla en otra botella de alcohol. Yo estaba estupefacto, porque hasta entonces jamás había calculado la ilimitada expresión de las manos: pues aquella mi mano se movía de tal manera, que no hubo expresión que no la hubiese interpretado a maravilla. Cómo se movían aquellos dedos. Esa mano hablaba el lenguaje más comprensible. ¡Qué horror!

En eso iba ya a salir a la disparada, cuando otra vez el portero se me plantó delante.

PORTERO (aun más fríamente)

Ahora, por haber visto la mano, pagas mil pesos más. En suma, tres mil pesos. ¿Comprendes?

YO (asustado)

Pero... ¡si no tengo ni un solo centavo! Además, ¿por qué no me avisaste antes de que mirase, si querías que te pague?

PORTERO (como un eco)

Yo no tengo que dar a nadie ninguna explicación de nada. Aquí se paga la salida, y se acabó.

*

Esa su impávida terquedad me sublevó nuevamente. Y a la manera de los locos emprendí con él; pero él ya me había quitado los genitales y los ponía en alcohol en otra botella. Lo que vi entonces me indignó a tal punto,

EL LOCO

que ya no pudiendo resistir más, sulfúrico hasta la fobia, reemprendí una lucha inimaginable con aquella especie de monstruo que vigilaba la puerta.

PORTERO (mientras le atraco puntapiés, tomándome tranquilamente por la cintura)

Ahora, como por haber mirado la otra cosa, debes mil más, y como ya es imposible que pagues cuatro mil, he de embotellar también tu alma, y para que si alguna vez renaces sepas lo urgente que es hacer dinero a costa de cualquier cosa.

Y así diciendo me acomodó dentro de un fanal enorme de roca, mientras que empezó a funcionar una gran máquina neumática, tijereteando una multitud de cuchillas que empezaron a hacer de mi cuerpo un verdadero picadillo, en tanto que el vacío me anonadaba. Minutos después mi Alma era en alcohol una burbujita más chiquita que la punta de un alfiler en una botellita de medio centímetro.

Así supe que por ver cómo era un alma, todo el mundo desfiló por el laboratorio, por lo cual el portero recibía millones y millones de oro. De tal manera estuve años y más años. Pero un día entró al laboratorio el gato del portero y saltó a la mesa. El portero quiso agarrarlo, temeroso de que haga un desastre; mas él mismo por atufado hizo caer la botellita que se quebró en mil astillas. Y mi Alma se fue a la inmensidad. Desde entonces he comenzado a vengarme de los hombres, descubriendo sus más abscón-ditas profundidades. Ya estoy en plena libertad, no obstante que otra vez llegan las negras nebulosas en las tinieblas, entre las que se materializa nuevamente la procesión de los grandes hombres.

.....
**ALLAN KADECK, ZORASTRO y SWEDEMBERG,
MESMER, GAGLIOSTRO y KERMES TRISMEGISTO**

Bienvenido seas, Loco, porque contigo se inicia el rumbo hacia la sublime esfera de las potencias astrales: el

ARTURO BORDA

dinamismo **supra**. Tu reencarnación es el nexo lubricante, visible y palpable, del Presente con el Pasado y el Más Allá.

HOSTOS, RUBÉN DARÍO, ALMAFUERTE y RODO

Tal es la potencia americana, demoledora del pasado; es la rebelión contra todo yugo; la limpia de los senderos hacia los futuros de la libertad plena. El Loco es el nuncio de una nueva aurora; soplo huracanado del hemisferio más potente.

ROSAS, HELIOGABALO, CALIGULA y MELGAREJO,
RODRÍGUEZ DE FRANCIA y VEINTEMILLA

En los sueños de nuestra demencia oímos decir: — **Otro vendrá que te santificará.**— Ese eres, oh Loco salvaje; mas, pesarás en la libertad futura de los hombres como un dogal insoportable de libertad. Así se cumplen las leyes eternas. Pero, bendito Loco, asfixia en la libertad a todo el mundo, porque con ser como será la más tremenda de las cadenas, es la promisión más grande de los más ilimitados goces. Mas, nos alegramos que hasta hoy nadie haya sospechado la infinita esclavitud que implica la absoluta libertad.

TIBULO, PROPERCIO, OVIDIO y LUCANO

¡Bravo! ¡Bravo!

TERENCIO, PLINIO, PLAUTO, SUETONIO,
SALUSTIO, TITO LIVIO, TERTULIANO,
ARQUIMEDES y GAMPANELLA

Sólo a condición de ser loco es que se puede reconciliar en la esperanza la agitación de todas las pasiones. Ignorantes y sabios, santos y criminales, todos aceptan el cataclismo, porque en los escombros el Loco siembra únicamente la esperanza, que ya es un soplo de aliento; y donde está el aliento está el comienzo del triunfo, por eso han triunfado siempre las religiones, porque no sólo dan la esperanza en la vida, sino en la **ultra vita**.

EL LOCO

ALARICO, GENSERICO y ATILA

Es la historia: no hay siniestro que no sea
heraldo de renacimiento; la diferencia está solamente
en el plazo a cumplirse. Ahora oíd todos; ha de cantar
Tirteo:

TIRTEO

Sin cesar repitan los ecos el canto mío,
que yo entono al insano la oda sagrada,
al que en la humana grey insufla
las revelaciones de la libertad
en la impudicia virtual de su cinismo.

Así en los ensueños de los vésperos
he oído el vaticinio
y luego las aleluyas retrovertidas del futuro
para su salvación en aquesta hecatombe.

Sé, además,
que la armonía cósmica estalla al fin
a manera de indómito simún
que va del Tahuantinsuyo al universo,
donde halla el Loco,
en el misterio,
las potencias inmémores
en un **resurget** abscóndito y mago.

De tal manera en
la oblación de hoy
se acrisola el porvenir.

Hosanna, pues, por siempre
la empresa del único Loco.

ESPARTACO y MASIANELO

Alabada sea tu loa, Tirteo.

.....

En eso desaparecieron las visiones, y yo quedé pen-
sando, no sé por qué, en que en el dominio de la
belleza no sólo es necesario acusar las líneas, los
colores y los re-

lleves, ahondando ostensiblemente las perspectivas, para que por medio de la oposición se pueda arrancar la contemplación y la meditación, llegando así fácilmente al entrenamiento de las intuiciones: sí, para ello urge remarcar todo rudamente. Sólo por tal procedimiento se puede desentumecer las naturalezas embotadas, para que sensibilizadas más tarde, por la violencia del choque lleguen a comprometer el deliquio en que nos sumergen los matices, las penumbras y la ausencia de líneas: la armonía en el espíritu. Tal procedimiento requiere también el sacrificio personal de los precursores. Ellos son los que merecen el canto más grande, porque ellos, los verdaderos videntes, rompiendo su presente y pasado, con su porvenir anónimo siembran en el presente el porvenir de los demás. Sí...

Pero ¿por qué ha venido a mí tan inopinadamente tal pensamiento? En fin, parece que estoy en la vorágine de las incoherencias.

I

Luego, las tinieblas han ido quedando muy atrás, como hirsuto fondo al murallón andino, en cuyas plutónicas rocas van abriendo lentamente, a cincel, sendas nuevas los hercúleos Precursores, indomables y solitarios, rebeldes al vértigo, equilibrándose sobre los infondos abismos. Así, de tiempo en tiempo descansan contemplando impávidamente la negra fascinación de los cráteres que se abren a sus pies. Pero de pronto sopla el huracán de los antros y entre las sombras se oye rubor de cuerpos que ruedan rebotando sus cráneos en las rocas. Las tinieblas se hacen más hondas y aquel sordo rumor es cada vez más lejano, hasta que sólo impera en el orbe el silencio.

II

Seguidamente lucieron una y mil albas, y aquellos senderos misteriosos abiertos por los Precursores, ya sólo son las anchas vías trilladas en las que la humanidad va indiferentemente gozosa a reposar en los amenos huertos del opuesto lado, mientras que reaparece el espectáculo de las bestias.

EL LOCO

UN SERPENTARIO (batiendo gallardamente sus alas entre nubes rojas. Llera entre sus garras una cobra)

Mi oficio y mi destino es matar a los que se arrastran. Me divierte su agonía en el espacio. No hay nada tan cómico como las angustias de la sierpe al verse en medio de las nubes, es como la desesperación de los hombres delante de las obras que no puede comprenderlas. ¡Qué divertido! Pero ¿se ha visto nada más divertido que una víbora entre las nubes? El cóndor también me ha dicho que es muy chistoso ver la desesperada pataleta de un pollino por encima de las neblinas. ¡Claro! ¿Qué sabe la nafta del éter?

El mejor oficio o profesión es cumplir estrictamente con nuestro destino. Y, si no me creen, que lo diga el altanero Neblí.

UNA URRACA

No me importa la opinión de él ni del Alcón; pero yo sé decir que todo lo que brilla me fascina. Por eso cuando el Demoledor haya dado al traste con todo, ya no haré mi nido con diamantes ni crisolampos, ni ónices, esmeraldas o rubíes; no: mi nido será de estrellas y soles, y mi voz, no ya imitando la humana, sino que la divina, será himno de Olimpo a la Libertad, a la gran libertad. Por eso ¡Viva el Demoledor!

.....

Y ahora, ¡qué caso horroroso!, como sobre el incendio de un sol poniente, miro que yo mismo estoy allá, deslumbrando ante un interminable desfile de mujeres, amándolas tristemente desesperado. Ellas pasan seductoras, como la ondulación mansa de las olas en el mar, llevando cada cual el no sé qué que debe tener la que un día haciendo su misteriosa epifanía deberá sujetar para siempre mi amor en su alma y su carne. Al otro lado hay también otro desfile de hombres jubilosamente seductores. Y, sentada a la vera, en frente a mí, una mujer taciturna, espera tam-

bien en vano, amando en todos, al que conforme a su ideal deberá cautivarla por siempre.

Pero de pronto ella y yo en una lánguida caída de párpados nos miramos compadecidos. Parece que ha de brotar la chispa esperada, que ya nos reconocemos en la atracción de nuestro ideal, no obstante cesan ambos desfiles: ella se va aun más tristemente abstraída y yo me recojo en mí, aun más desesperado, deseando anticiparme a mí mismo, infinitamente, eternamente en el vértigo de las carreras, pero sin rumbo...

Y otra vez estoy en mi cama, mirando absorto la sombra de la honda noche como salpicada de fosforescencias.

.....

Acto continuo entre un movimiento indecible de almas, en la opalescencia de una nebulosa, un gran espíritu esta aleccionando en estos términos:

—Ahora ven tú, Alma Launa. ¿Ves allá en el Oriente, entre las heredades de las Casanovios y de los Buscarricacas, una familia de labriegos?

—Sí.

—¿Ves al pastor Shyla? ¿Y a la zagala Myalba? —También.

—Ambos deben contraer matrimonio en la ermita "El Porvenir". Ve, pues, ahí; y encárnate en su primer espasmo nupcial, para ir modelando en puro amor el cerebro y el corazón más aptos para soportar las voliciones de mayor potencia, ya que un día ese organismo tiene que hospedar el espíritu más poderoso que haya visto la tierra. Así, pues, tú, Alma Launa, debes estar en ese cuerpo únicamente mientras dure la infancia, que yo, el espíritu de ese individuo, luego enviaré otra Alma en reemplazo tuyo; porque has de saber que así como los huesos y la carne se renuevan periódicamente en cada organismo, de igual

manera se renueva el Alma, a modo de los relevos de centinelas. Cada uno de esos fenómenos marca uno a uno los períodos de la vida del sujeto, tales como los de la infancia, la adolescencia, la juventud, la virilidad, la madurez y la senectud. Así, pues, a su tiempo irá tu reemplazo. Pero a veces falta alguno y entonces el individuo salta un período. En otras ocasiones...

*

Y mientras iba hablando, parece que en broma, fue desapareciendo la escena en el templo del aire al trepidar de una fatídica carcajada; pero...

.....

Luego los sesos me zumbaban a tiempo en que en la tenebrosa sombra oí algo así como en misa el armonium y un extraño parloteo cual si fuese de millares de bocas. Y sentí olor de incienso. En eso un vaho pesado comenzó a turbar con alucinaciones mi cabeza y mi corazón.

LA VOZ DEL CONFESONARIO (celosamente)

No ames, Loco: sálvate; yo te digo, yo, El Confesionario, porque Salomón ha dicho que **la mujer es más amarga que la muerte y que no ha encontrado ni una sola buena**. Sálvate, pues, Loco, porque no hay mujer, por inocente y chiquilla que fuese, que no sea el devorador vértigo de los abismos; en ella se consume y consume el hombre; por eso el **Libro de los Proverbios** asegura que **para la mujer el hombre es un bocado de pan**. Luego agrega: —**No des a la mujer tu fuerza, ya que su fin es amargo como el ajén-jo y agudo como el cuchillo de doble filo**. Pero ella es mía, me pertenece, es mi esclava, y más si quieres, más humilde que un perro, porque yo retengo en mis manos la cadena del grillete de sus secretos: yo he arrancado el misterio más profundo de su alma, por eso es para mí más que una bestia aterrorizada, y puedo, por consiguiente, hacer y deshacer de ella, como hago y deshago todos los días, sin que ni siquiera ose rebelarse. Es pánico el miedo que tiene a la divulgación de su secreto que poseo.

LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA (echadas a volar)

Sí, Loco, la hembra es nuestro anzuelo, y mejor su doncellez; pues San Pedro ha dicho que **la casta conservación de la mujer nos es necesaria para pescar hombres**; y San Gregorio agrega que **la mujer tiene la malicia del dragón y el veneno del áspid**; luego San Cipriano la repudia así: —**Lejos de nosotros esa peste y ruina seductora; la UNION con ella es la causa de todos los CRÍMENES**. Y San Agustín, al pensar en ella se aterroriza en estos términos: —**No sabemos si en el juicio final la mujer resultará en su sexo, pues es de temer que llegue a tentarnos en presencia de Dios mismo**. Mas San Buenaventura afirma terminantemente que **la mujer es un escorpión**. Y así. La Biblia y Jos Santos Padres aseveran a cada paso que la mujer no debe ser nada más que una esclava, ya sea del hombre o de Dios, pero una esclava, toda vez que entre todos los antros de perdición ella es la fauce más voraz. Pero ven con nosotros, Loco, que así te salvas y tendrás ejércitos de doncellas, esclavas en lo más hondo de su conciencia, incapaces de sublevarse por más que hagas lo que hicieres con ellas en nombre de Dios.

LAS VÍRGENES ROJAS (saliendo furiosamente de las tinieblas, entre japapeos, silbatinas y carcajadas)

¡Abajo los idiotas! ¡Abajo los verdugos! ¡Mueran los impotentes: los eunucos, los cobardes, los de falda desde el cuello, los judas y sátiros del templo, aquellos envenenadores aun con la hostia! Y mueran también los pretoria-nos, los asesinos y violadores, por ser lacayos de la disciplina de patrias que no existen. Por eso, compañeras, nuestra entraña, la sacra ánfora, sea sólo para el divino tesoro de los anarcos, para la simiente de los hombres rebeldes y audaces, de potentes y buenos, porque solamente así la madre altiva y libre podrá amasar hombres sabios y fuertes.

Además, fijaos que los dioses y las leyes humanas son los eternos hipócritas castradores de toda libertad. Mueran, pues, las leyes y los dioses y ¡Viva la Libertad!, porque la mujer necesita ser más libre que el hombre, ya que

es la madre que en lo más hondo de sus entrañas forja con su sangre y con su vida el espíritu y la materia del hombre. Por eso dejad que los eunucos santos digan en los libros sagrados que **la Mujer, su madre, es más amarga que la muerte, que es carne de látigo y servidumbre, áspid venenoso y dragón malicioso, peste y ruina seductora y el pecado causa de todos los crímenes y que es el escorpión de la tentación;** dejadlos maldecir de su madre, pues ellos son los santos castrados, eternamente menores; dejad que los enemigos de la humanidad se envenenen en su propia hiél, en la desesperación de su impotencia o en el sacrilegio de su conciencia. ¡Aja, ja, ja!

Ellos que dicen que la **unión** con nosotras es la causa de todos los crímenes son los eunucos enemigos del **creced y multiplicaos** de su propio Dios, y que en Los Mandamientos se ordena: **El sexto no fornicar.** Y ahora, si los hombres verazmente libres, honrados, sabios y fuertes, son incapaces de acabar con tanta iniquidad contra la naturaleza, vamos, pues, nosotras a demoler el pasado y el presente con nuestras propias manos. ¡Adelante las vírgenes rojas! Y ¡Viva El Loco, El Demoledor, La Libertad!

*

Entonces, a semejanza del océano desbordado, empujando la sombra se fueron al Ocaso, de donde poco después vino un sordo rumor de cataclismo en los reverberos de un incendio. Y al grito de ¡Viva la Libertad! de millones de mujeres, retemblaba el universo y se desplomaban las ergástulas, las iglesias, los hospitales y los palacios, mientras que la aurora coloraba alegre ya los éteres.

*

De tal manera a la mañana, cuando saltaba el sol despejando las brumas, me iba durmiendo por fin tranquilamente, pensando en que si la mujer obra de modo resuelto, conquistará el sitio que le corresponde en la vida por derecho de la existencia, ya que es la sacra ánfora en que se funde el futuro viviente; y esto sin considerar que si la esclavitud social de la hembra ha dado tantos hom-

bres ilustres en la historia, lo incalculablemente libre y grande que sería la humanidad si la mujer fuese libre como la amplia luz.

*

Así recuerdo todavía que cuando la conciencia me abandonaba poco a poco, mis labios iban repitiendo aún: ¡Viva la Libertad!; pero en el fondo de mi alma había algo que se burlaba ocultándose discretamente, como queriendo incitar a rebeliones más inauditas, mientras que yo me dormía con sonrisa de parálítico. Mas...

.....

En seguida hubo un torbellino de crepúsculos. Y así como en los atardeceres, cuando la nieve de las cumbres se sonrosa con celajes, al morir el sol, tal, tan inmaculada, Lily, la rubita audaz, llega gallarda, encendida la color, pestañeando febrilmente. Dijérase sus parpadeos un aleteo inquietante de hipnóticas mariposas, mientras que el imán de su cuerpo obsesor va diseñando regimiento sus formas que se animan con la majestad de las curvas de la Victoria de Samotracia.

Para contemplarla mi alma se asomó a mis ojos y para cantarla mi corazón estuvo en mis labios. Y había tal deseo de amor en ella, que mi existencia íntegra le elevó en pasión un himno de gloria. Pero, con la tristeza, resabio de un sueño que se desvanece, le miré irse dejando auroras de promisiones en Edenes de amor.

Así su imagen verbeneaba fascinadora en mis horas. Entonces advertí que la sublimidad de mi canto, acaso no más que para mí, era el involuntario y sencillo te amo que mis labios repiten aún.

.....

Acto continuo veo que Eustaquio asesina a Jorge en una encrucijada.

EL LOCO

Han pasado muchos años. Silvio, sobrino de Jorge, acompaña en un viaje a Eustaquio. Al anochecer llegan a una posada. En una pieza se alojan ambos y el sirviente. Al amanecer, cuando el sueño era más pesado, se levanta sigiloso el sirviente y ahorca a Eustaquio, con su propia corbata. Eustaquio en su desesperación pide auxilio a Silvio, pero él, cambiando tranquilamente de postura en la cama, responde: — No hagas caso; es pesadilla: la sombra de Jorge que te persigue. Nada más. —

*

Sobresaltado de espanto despierto, pensando que todo daño suscita fatalmente la venganza y que no hay enemigo chico ni impotencia que no sea peligrosa

.....

En eso la densidad etérea se fue compactando y oscureciendo. En aquella especie de semipenumbra oí una vez que decía: — Tal es la ingratitude. Mira allá. — Y una mano esquelética señaló con el índice la sombra que en lo más denso se compactaba adquiriendo formas humanas.

*

El protector de innúmeros zánganos acaba de caer al empuje de los enemigos. Y todos aquellos que mientras recibían la escudilla de lentejas se movían sin respirar y como por resorte a la voz de mando, así que se derrumbó ese sol empezaron a danzar en torno suyo, escarneciendo obscenos en su agonía su memoria, trágicamente criminales, terriblemente feroces, hasta que, como azuzada jauría de perros atrallados, lo descuartizaron nudo por nudo, escupiéndole su atrabilia, ellos que no osaron oír ni ver, y ni considerar, ni menos censurar nada mientras roían las migajas del que hoy escarnecen, de aquel que les dio un día su sombra y su pan, de aquel por quien respiran aún

Pero en un vómito infinito del espacio desapareció aquella escena, mientras que la voz misteriosa, sin herir-

me, al oído decía, en mi alma: —Por milésima vez digo que la ingratitud es más infame que el parricidio.— Dicho lo cual la misma mano esquelética señaló que el índice hacia un turbio ocaso sanguinolento a Nerón que ordena sañudo la victimación de Agripina, su madre, quien con sagrada impudicia, remangándose la túnica, grita mostrando su forma: —Hiere al vientre,— en tanto que el hijo matricida mira impasible aquel siniestro. Pero al instante mismo las tinieblas erupitan al ingrato, quien desaparece hundido en la ciénaga de un chiquero, de donde reaparecen las bestias procesionarias

.....

UNA CRISÁLIDA FOSFORESCENTE (en la hoja de una dianela que lame las linfas de la fontana y que luego en las tinieblas es mariposa (Te alas escarlatas)

La sabiduría de un loco es siempre el rompecabeza de los sabios, porque él dice la verdad simple y llana, bruta, ya que no quiere nada ni debe nada y no teme, consiguientemente, toda vez que no espera nada de nadie ni de nada si no es de su propia fuerza; por eso un loco es el más temible demoledor, el único hombre libre, el único desinteresado. El Loco es el impulso reformador en la ebriedad de los inconcebibles ideales en la vorágine de sus ensueños, y que tiene por eso la elocuencia, no como el de la fe en una esperanza, sino que su fe es como el testimonio de un hecho ya consumado, por eso su verbo es obsesor. El es un iluminado en las revelaciones.

UN MICROBIO (lanzando su carcajadita en una de mis caries molares)

Tu inocencia te hace hablar tanta lindeza, oh irisada Crisálida o mariposa tornasol. Este mísero Loco no imaginaría ni hiciera nada si no fuese por nosotros, porque él es tímido como él solo: sus audacias son netamente subjetivas y no más que en el exilio de sus noches de insomnio a causa de nuestras agudas picadas en sus nervios, lo cual desesperándole hace funcionar incalculadamente su cerebro. ¿Qué opio ni que haschis como nosotros? Nosotros so-

mos su éter, su alcohol, su morfina y su todo. Conocemos muy bien la historia de "El Loco", es decir, que cuando no picamos sus muelas es tan ocioso que se pasa en sopor las horas del día, adormecido por el dolor sordo que le dejamos. El sabe muy bien eso y hasta se puede decir que por eso fomenta nuestra existencia. Por eso cuando queremos divertirnos con sus pesadillas en vigilia, no hacemos nada más que picar sus muelas. Y si no crees vamos a ver lo que ahora imagina. Miremos.

*

Entonces un orangután o gorila, empezó a jalar con pinzas las fibrillas nerviosas heladas de todos mis raigones: parecía como si se extrajese de la dentadura los tuétanos, el cerebro y el corazón y aun los huesos mismos. Y dando un formidable salto a la rama de un sicómoro en el Orinoco, lanzando alaridos guturales de siniestra alegría, retorciendo en fuerte cordaje mis nervios sedosos, me suspendió a considerable altura sobre una cascada, acaso del Tequendama ya. Yo oscilaba a manera de un péndulo, con la boca abierta. Mis dolores no son para escritos, porque reconcentrada mi conciencia únicamente en mis nervios, mi organismo simuló ser la inmensidad. Mis sufrimientos eran pues proporcionalmente infinitos y eternos: cada idea era una monstruosidad cósmicamente insospechable; pues en los éteres danzaban las imágenes, infernales o divinas, en admirables auroras, cantando: — Salve a las horas fecundas del pobre Loco; salve a sus universos que no son mucho ni poco. Salve a los creadores que nos son deudores. — Y los orondos microbios me hincaban olímpicamente en mis muelas, desesperándome con su angurria nervívora.

Y así. después de esos lapsos que supuse milenios en aquella oscilación de horca, de pronto me hallé en mi cama, súbitamente serenado, cuando...

UN CAIMÁN (en las ondas del Amazonas)

No te quejes, Loco; viejo estás: duerme. Escoge: traigo zumo de floripondio, que entontece. Y tengo, además,

ARTURO BORDA

nepenthe y adormidera. Duerme, que durmiendo no sabrás cuándo mueres, o si no quieres nada te trituro de una dentellada. Ordena.

UN LIRÓN (durmiendo)

Entiendo que el Caimán es el único que sabe el secreto. Morir durmiendo es don divino, porque el sueño es no sólo la vida sino que es la reparadora natural de la vida. Loco, traigo morfina, doble dosis. ¿Quieres?

UN ÁSPID y UNA RAYA (agitándose galvánicamente)

Somos fulminantes. Escoge, Loco: somos descarga eléctrica y ultraveneno.

UN PULPO (transparentándose al fosforecer)

Si quieres, Loco desgraciado, yo, por medio del vacío, con helada caricia de babosa puedo...

UN COLIBRÍ (revolando sin tino entre campánulas)

Agotarse en alegría, libando la miel de los hermosos nectarios sin buscar en las enramadas dónde dormir. Picar, pasar y cantar... ¡Oh, volar y revolar sin cesar! Yo soy el único que no resiste esclavitud; el águila y el león se acostumbran a las jaulas, pero yo revolando sin reposo muero machucando mi cráneo en la prisión. Yo soy el símbolo de la rebeldía, con ser tan débil, tan fino.

UNA CHANCHA (revolcándose en el lodo)

Evidentemente que vivir y morir gozando es the question. (Gruñendo) Ven, chanchito mío, que me muero de amor. (El Marrano llega en ascuas, como alocado, removiendo el lodazal. El hedor infecta la atmósfera a tiempo que a lo lejos se oye una canción).

I

Si en alba sales,
alma mía,

EL LOCO

antes que salte el sol,
avizora olfateando el azul,
donde en la Rosa de los Vientos
se esconde Amor.

.....

Y si en la aurora invernal aterida vas,
en la montaña,
cabañuelas de sotos y cortijos
en llanos o escarpas
de laderas y hondonadas,
da tu grito al viento,
que las ondas llevarán el acento.

II

Pero si ante la radiosa luz del sol
no responde
el enigma en que se esconde,
sigue el curso del sol.

III

Mas si al atardecer
no replica ni el eco
en el musitar de los vientos,
dilata largamente
la melancolía
en el firmamento.

.....

Y si en la noche el Amor
es aun más lejano y misterioso,
llora, alma mía,
el amor en vano ansiado,
que en lontananzas que se aproximan
llega en velero bajel
la Negra Capitana.

Has llegado.

ARTURO BORDA

LOS PUERCOS (rechonchos, en manada, unos copulando y otros revolcándose en la ciénaga que refleja destellos de pedrería)

That is te question. That is the question.

EL AMOR SACRO (en esqueleto, con el cerebro y el corazón al aire, llagados)

¡Chanchos! ¡Chanchos!

.....

En seguida el ambiente indecible, a semejanza de grisó en los bártros del subsuelo, se hacía de momento a momento más insoportable. Luego aquellas sombras se fueron con virtiendo en muchedumbre de liliputienses, que como ejércitos de hormigas venían a la luz del alba, haciendo retemblar el tremadal. Los soldaditos apenas si eran de a una pulgada, de apostura marcial, barbones y graves. Las bandas de aquel ejército interminable sonaban semejando el encantamiento del corazón en los ensueños. Era una música sólo para imaginada. Las sutiles banderolillas de las bayonetitas, que eran agujas, flameaban a millares en el soplo del ábrego. Ya la puebla de enanillos llenaba la inmensidad cuando pasó la caballería a manera de juguetitos automáticos de a cinco centímetros a lo más. Al mismo tiempo el cielo se llenó de plagas cual si fuesen enormes li-belfas, nublando la lumbré del espacio. Eran las escuadrillas aéreas. Después, en los mares, extendiéndose de confín a confín, algo como una roja plancha de hierro infinitamente articulada, llegaron los submarinos de a treinta centímetros. Acto seguido, cuando pasaba el Estado Mayor, pregunté:

—¿A dónde en son de guerra?

—A limpiar de traidores el mundo.

Dicho lo cual, y a una voz de mando, aquella humanidad en miniatura se dispersó por ejércitos a todos los vientos, dejando escueto el sitio.

Pasado algún tiempo habían reunido en los Campos de Marte miles de traidores, los cuales a la sazón se hallaban empalados y listos para la ejecución. Parecían gigantes en país de pulgarcitos. Entonces uno de los generali-llos habló así, adelantándose:

— ¡Traidores! ¡Traidores! Nada más repugnante que llamaros ¡traidores!

¿Qué hay nada más infame que la historia o cuento de Judas Iscariote que por un feble traiciona a su Dios?

De todo se puede defender el hombre, menos de un traidor; porque él duerme elucubrando su infamia al amparo de nuestro techo. Así, alimentándose en nuestra mesa, solícita hipócritamente nuestras confidencias, para entregarnos indefensos al enemigo.

El traidor es... Pero ¿qué más infame ha de ser que ser traidor? ¡Oh, traidores... ¡Traidores!

*

La vocecita del gener aullo era tan amarga y se hacía tan enorme, que costaba trabajo alcanzar la magnitud infamante de aquel su grito, al cual respondía la innúmera soldadesca, como si fuese la tierra quien dijese: — ¡Oh, los traidores! — Y comenzó el fuego graneado de mostacilla imperceptible. Los infames al principio apenas si sentían algo así como el azote de un ventarrón cargado de arenilla: tan finas y en tal magnitud eran las balitas de los liliputienses. Pero duraba tanto y tanto, que al fin, al igual de un simún cargado de arena candente en el Sahara, fue gironeando primeramente sus ropas, mientras que los traidores, aquellos traidores, reían burlescamente de los enanillos. Así, el fuego graneado de la fusilería fue desgarrándoles lentamente la epidermis, hasta que más tarde quedaron descarnados. Entonces empezó la angustia de los criminales.

Pero el azote de aquel casi invisible fuego graneado iba carcomiendo incesante y dolorosamente la carne de

los traidores a semejanza del cristal que se va esmerilando con lluvia de arena. Y la humanidad espectadora en todos los horizontes, se hallaba pendiente de aquel suplicio sin ejemplo, mientras que poco a poco los ajusticiados iban mostrando ya sus huesos. Esa agonía era un indecible poema de dolor en el vendaval de esa especie de arenilla re-tamizada y ardiente con que los ejércitos liliputienses acababan con la raza de los viles, de los que al fin no se supo a qué hora murieron. Pero la fusilería continuaba invisible y graneada hasta que dio fin con aquellas osamentas que desaparecieron a bala. En eso el generalillo de los pul-garcitos dijo:

—Esta ejecución sirva de ejemplo a los hombres honrados, si los hay y son inteligentes; porque nada hay en el mundo más infame que un traidor: es el precipitado de toda ingratitud.

Y no bien hubo acabado de hablar, que una onda de sombras barrió con aquella ilusión, para que...

.....

Una espesa humareda de incendio pasa arrastrada por en viento. Detrás de ella se oye el crepitar de las llamaradas y un rumor de tropel. Pero poco a poco cesa el humo, por lo que se va aclarando el fondo, en el cual se ve ir silenciosamente una multitud de individuos, entre los que reconozco a Scalígero, Luciano, Bayle, a Dionisio Crisóstomo y al de Halicarnaso, a Metrodoro, de Lamsaco, a Pitágoras y a los de la Escuela de Alejandría, mientras que destapando las últimas sepulturas

PASQUINO, ARISTARCO y ZOILO (desesperados y febricantes, y como queriendo devorar los cadáveres, con colmillos y fauces de víboras, envenenando con su amarilla bilis la atmósfera, dirigiéndose a Green, Avellaneda y Moevios, a Visí, Guillermo Lauder y Frerón, dicen:)

No ven... Nadie merecía nuestra crítica: en ninguna de estas tumbas hemos encontrado ya ni huesos, ni si-

quiera polvo. Hemos gastado el afán en sombras. En lo sucesivo nadie merecerá fijarse en él, porque cada vez la inteligencia humana degenera tanto, que ni siquiera habrá quien se parezca ni a Hornero.

A propósito. Nuestros discípulos son unos idiotas, porque pretenden haber comprendido en Hornero una serenidad helénica que no hemos visto, tomándolo como a tipo, siendo precisamente que en nadie más que en Hornero las pasiones en lo divino y en lo humano se agitan igual al Ponto en tempestad. Entonces...

En eso, en sentido contrario pasan burlándose, Agamenón, Helena, Léssing, Apuleyo, Klostock y Malerb, luego Goethe, Schiller y Filostrato, y Orfeo, Hesiodo, Averroes, Dédalo, Museo y Anfión, con Lucrecio, Cátulo, La Fontaine, Ezequiel, Newton y Terencio. Más allá están riéndose a más no poder, Mesalina, Inés, Fredegunda, Margarita de Borgoña, Isabel de Baviera, las Catalinas de Médi-cis y de Rusia, y la mar de prostitutas, por lo que entre la polvareda se han detenido para reír a su vez, Nemrod, Hércules, Tiberio y Calígula en compañía de Othon, de Vitelio y Graco, como en una supuración de las sombras criminales. En otro lado Agripina, amenazada con el puñal matricida, remangándose las faldas, grita: — **Feri ventrem,**— y Catalina Sforza, viendo amenazados de muerte a sus hijos, descubriendo también hasta el ombligo las faldas, dice: — **Ved de dónde nacen otros.**— En ese momento han florecido, a los cincuenta años, el Cirio Serpentario, y a los cinco, La Novia, entre una infinidad de nelumbios, cual si fuese en los jardines flotantes de Semíramis. Pero Senaquerib, Sesostris, Joñas, Holofernes, Ciro y Dracón, con Zorobabel, Tarquino y Nabucodonosor, seguidos de los Borgia, pasan sonriendo con gesto de misericordia omnipotente, a tiempo de que

.....

Al vago claror del crepúsculo, entre las brumas del Mar del Norte

ARTURO BORDA

SIREMBERG y OSSIAN (sentados en la silla del es-
collo, a cuyos pies se estrella bramando el
mar, antes de entrar en la gruta siniestra,
como hablando con Fingal)

Todo esto parece un sueño en que se presiente la
terrible majestad de la locura.

EL ECO DE LA GRUTA (en el murmullo de la
noche lóbrega ya)

La terrible majestad de la locura.

*

Entonces invaden todo, el silencio y la tiniebla;
pero más adentro de mí mismo

UNA VOZ (dice)

Cuando los últimos esfuerzos de la inteligencia ha-
yan alcanzado los límites del tiempo, del espacio, del espí-
ritu y de la materia, encontrarás siempre la imaginación,
aun al través de la locura, Loco, porque es un don cuando
está impelida por la economía de la plétora; siempre la ha-
llarás taladrando los pretéritos y los porvenires. No hay
acto inteligente, por instintivo que sea, que no parta de
la imaginación.

Y estoy temblando de miedo, porque me pregunto:
¿todo esto que siento, que oigo, miro y palpo, nace de
mí o viene a mí? Pero de todas maneras, puedo
detenerme, puedo retroceder o estoy en la suprema
lucidez o me hallo en el vórtice de la sinrazón? A lo que
como contestando mi corazón palpita empujando
violentamente mis costillas. Entonces quiero refugiarme
en mí mismo, abrazándome a mi alma; mas, agotado en
los máximos esfuerzos inmóviles caigo en un olvido total,
sonriendo, llorando, cavilando.

.....

Después de una balumba de nieblas y de un largo
olvido noté que desde hacía varios días había no sé qué

angustia en el ambiente. Era manifiesto que las almas de los taciturnos se habían recogido preocupadas en el silencio, de manera que en el medio desalojado, el clamor de las campanas, el canto de los gallos y el aullido de los perros, tenían un extraño timbre de soledad.

*

Horas más tarde, en un fulgor de luz canicular la multitud está asombrada, oyendo boquiabierta los discursos de la élite batóloga que en una especie de éxtasis patriótico, nombrando y renombrando gongorinamente el sacrificio, el honor, la caridad, la patria y la gloria, incita al pueblo a que perezca en las hecatombes. Cada oración de los oradores es una centella; fascinan como con el deslumbrante lujo de un cortejo imperial. Por tal manera cada orador adquiere en el concepto plebeyo el valor de Sócrates o un Cicerón si no de un Jesús o de un Sidharta o César. Su arrogancia es de conquistadores que reparten mercedes a manera de harpagones en el alma de los hastiales.

En eso, de la multitud salta un pordiosero; y encarándose en la tribuna, ante el azoramiento general, dice:

— ¡Oh!, señores intelectuales; señores mentores acaudalados; señores patriotas en sumo grado por las remuneraciones: nosotros haremos lo que gustéis, iremos a la muerte, mas dadnos el dinero que os sobra insuflando vuestra vanidad, para que comamos hoy: somos el ejército de la patria grande.

Y mientras hablaba, los oradores excitadores, los hidalgos y mentores intelectuales, sin excepción, al oír que se les pedía sus monedas superfluas, huyen como si hubiese pisado áspides o cobras, si no como perros apaleados: las orejas gachas y el rabo entre piernas. Entre tanto, el pueblo, incrédulo ya, estalla en la más sonora carcajada, repitiendo:

—**Hechos son amores y no buenas razones.** ¡Avaros! ¡Cobardes! Intelectuales y patriotas hipócritas! Huid, la drones!

Descubierta así la eterna patraña de los androides apabullados ya³ el pueblo enfadado les cubre de gargajos durante la ensobinada huida, gritando de esta suerte:

— ¡Ea, los rústicos! Atajarlos y destriparlos, porque por donde pecas pagas.

*

Con lo cual suspiré andrófobamente y me puse casi triste de alegría al ver que al fin los humildes, los eternamente explotados en su miseria, en su corazón, en su esforzado bregar por su pan, el indocto pueblo, comprendía y se rebelaba al fin. Los irredentos rompían sus sempiternas cadenas. Por eso el hierro hirviente de mi sangre al rojo blanco, reventó en llanto en mis ojos. Pero después esas mismas turbas entraron a la ciudad a saco y tajo, a manera de jaurías o tropas hambrientas, sin más ideal que sus torpes instintos de encadenados: la bestia roja asesinando ancianos y niños, violando mujeres hermosas o feas, niñas o viejas.

Todos los hambrientos, todos los miserables, los oprimidos y explotados, yendo primeramente en represalia a incendiar los hogares de sus opresores, vociferando:

— **En la vara que mides serás medido y diente por diente y ojo por ojo**, porque las leyes humanas sólo sirven para aniquilar al menesteroso amparando al poderoso. Ahora, pues, os toca el turno: sufrid. ¿No sabéis que **el que monta manda?** Luego ya no sabían ni querían nada más que violencias, sangre y fuego. Tal esa chusma idiota, yendo tan pronto por sus fueros elevaba caudillos de la hez, a los que en seguida, sin saber por qué, los linchaba, para después, ignorante, omnipotente y trágicamente voluble, yendo ya contra sus intereses elevaba nuevamente a sus enemigos ancestrales.

De ese modo los ilotas de siempre, sin arte ni ciencia ni conciencia, y sin ningún control de su sangre, ya que menos tienen de sus nervios, que es a lo más que aspiran aun los sabios ignorantes de los secretos del **self conr trol**, viéndose de pronto dueños de la libertad, juegan trá-

gicamente inocentes con la vida, destrozándola, como los niños con sus bibelots.

Y era tanta mi tristeza que por ellos se ahogaba en mi corazón, porque ellos no tienen la culpa; son los gobiernos de todo el mundo que fomentan el vicio y la ignorancia de esos pobres corazones que podrían ser muy grandes. De ese modo se esfumó en la opalescencia de mis lágrimas aquel torbellino de carne inconciente.

.....

Pero entre las sombras perfumadas ya emergieron inmediatamente un jardín selvoso y un corso de flores y la verbena. Etiqueta regia, sonrisas y música noble. Y las parejas que surgen como sombras.

—¿No es verdad que acepta, mi adorada, este
alhelí? —Sí... Pero... Mil gracias... —Sí, mi
adorada gentil. —¡Qué amable! Mas...

Luego abrazados, al son imperial de una cuadrilla, se deslizan soñando en el Edén. Los hombres, de frac; ellas, escotadas, cimbrando el talle seductor, arremolinan sus faldas de seda opalina, levemente aromada. Así, resbalando insensiblemente en el suelo satinado, bajo el dosel de la umbría iluminada a **giorno**, entre cintas y gasas, van a manera de un ilusorio desfile en los ensueños, llevando lánguidamente el compás de la cadencia que ejecuta la invisible orquesta. Ellos son cada vez más solícitos y ellas cada vez más gentiles; dijérase que danzan en los éxtasis, entre citas y contactos leves, en las esperanzas y en los recuerdos en el mundo de las sombras en que se desvanecen lentamente, dulcemente, hasta que...

.....

Acto continuo de súbito resuenan las cornamusas, los tamboriles y las campanas pascuales. Es la murga que

pasa galvanizando el ambiente. Ejecuta una marcha alegre, de alborada, es decir, de impulso sanamente febril, que diabólicamente saltarina sobreexcita los espíritus. Tal, poco a poco, alejándose sin sentir se convierte en una barcarola que tiene la sutil y pausada armonía del amoroso y dulce cantar de una batelera que meciéndose espasmódica de estribor a babor, huye a golpe de remo y al soplo de un lassueste. Sobre las olas, suave y sola, singla silenciosa su quilla la barca; y en las negras ondas del mar profundo, bajo un cielo estelar, desaparece en lontananza. De ese modo la argentina voz cesa dulcemente de entonar sus nostalgias, las endechas de sus indecisos deseos: la canción del amor. Más tarde, en el silencio ya, sólo se oye el murmullo de un recuerdo medido en las olas y...

.....
Vuelvo en mí y mis labios están murmurando: —¡Adiós, Amor! ¡Oh, Amor!...

UNA VOZ

Pobre Loco, honda es la ternura de tu tristeza, tan honda que ya es inconsciente, como un eco de tí en tí mismo.

MIS LABIOS

¡Adiós Amor! ¡Oh, Amor!...

MI CORAZÓN

El goce o el dolor, la existencia misma, sólo vale por la conciencia.

MIS LABIOS

¡Adiós Amor! ¡Oh, Amor!...

MI CEREBRO

Y lo sensible es que **más allá** no pervive la conciencia.

EL LOCO

SEGUNDA VOZ (en mi alma)

¡Adiós, oh alma mía! El goce o dolor ya no harán cantar, Loco, tu sangre: más allá serás el silencio insensible. ¡Oh, dolor!

MIS LABIOS (moviéndose maquinalmente)

¡Adiós Amor! ¡Oh Amor!...

PRIMERA VOZ (en agonía)

Consubit is illio in tristísima noctis imago.

Y me rehice oyendo vagamente una marcha fúnebre en lontananza a tiempo en que...

Asustado me incorporo y enciendo la vela para leer algo, con objeto de distraerme; pero se apaga por sí la luz y emergen de la tiniebla dos sombras masculinas.

EL HOMBRE (leyendo atentamente un libro)

No molestes muchacho; es imposible leer de tal manera.

EL JOVENCITO (saltando entusiastamente)

Es que por tal manera podemoscomentar.

EL HOMBRE (con pose de magister)

Eso está bien a tu edad, cuando se lee por ostentación, por puro **snobismo**, por reír y hacer cabriolas de entusiasmo. En fin, por pasar alegremente el tiempo en amistosa compañía, sin entender nada o entendiendo mal, que es peor. Además, debes saber que la dificultad o facilidad de comprensión en unos es parcial o total si no lenta o rápida y confusa y clara, dificultades que se entorpecen aun más con el resalte de las opuestas emergentes al calor de las discusiones. Indudablemente que eso será peor acerca de lo que no se tiene todavía una idea precisa de

ion junto, requisito indispensable para la crítica, para la alta crítica, es decir, para robar por tal procedimiento todo el fondo o la forma, que es en el fondo lo que quieres.

Pero a mi edad, cuando el gusto se ha depurado y el espíritu requiere únicamente de lecturas hondas, donde cada oración y cada signo sea un misterio, una verdad o una belleza por el sentimiento o la idea fuertemente reconcentradas, para meditarla largo tiempo, entonces se busca el silencio y la calma de la soledad para comprender, para meditar; en resumen: para poder sorprender los sentidos las emociones ocultas, aquello indecible que circula animando sólo las grandes obras y que se manifiesta a frecuentes. tientes chispazos en medio del recogimiento sagrado. Unicamente en tales circunstancias se puede analizar y tener un criterio propio; de otro modo, leyendo en compañía, es como si nos pasasen de boca en boca la golosina mascada con sabor a saliva ajena.

EL JOVENCITO (asqueando)

¡Oh!... ¡Cochino!

EL HOMBRE (indiferentemente)

Más inmundado es leer comentando a dúo: es como gozar entre dos a la amada a vista y paciencia uno de otro. Comprendes? Y con la circunstancia agravante de que el placer de la lectura es más largo.

EL JOVENCITO

¡Uf! ¡Uf!

EL HOMBRE

¿Eh?...!

Y se esfumaron a tiempo en que...

Un relámpago disipa la sombra que cae más densa,
[volviéndome

EL LOCO

LA VOZ REBELDE (en mi conciencia)

Escribe, Loco, la tragedia de esta noche, y escribe sin temor ni tregua. La ley que ningún gramático da es ésta: — Expresar de modo conciso el pensamiento de cada **idea**, con palabras que se hilvanen dulcemente. Nada más. La dificultad o facilidad con que se mueven los labios, dejando libre la respiración que acentúa, halagando a la vez el alma en los ensueños, te dirá si escribes, sientes y piensas bien o mal. Para corregir, lee en alta voz, prestando atención al oído, a la boca y a los pulmones. Luego observarás que poco a poco la armonía verbal elevando tu espíritu te hace sentir y pensar noblemente, dignificando aun el instinto más vil; es decir, habrás llegado a la zona de la belleza pura.

*

Entre tanto la Sintaxis, la Prosodia y la Métrica huyeron vergonzosamente despavoridas; nomás la Ortografía quedó cohibida aunque aparentando sonreír tranquilamente. i

LA ORTOGRAFÍA

Escribe, Loco, aunque me destroces. Te pido por la Poética y porque éstas son tus horas postreras. En esta noche tormentosa puedes hacer lo que no hiciste ni harás. Escribe, porque además deberás servir de ejemplo a una multitud de espíritus que sólo por miedo a mí no dan sus resplandores. Tanto es el miedo de los fondos al brillo de la forma. . .

Ahora adiós, ¿eh? Mira que allá vienen los hombres célebres.

*

Y el horizonte empezó a oscurecerse por el avance de un enorme nubarrón que cubría los confines: la tierra tremaba de inquietud. Y era un rumor sordo que tan pronto fingía venir del subsuelo como parecía estar en los

altos cielos. Mas, de pronto vi, asombrado, que se iniciaba una alocada fuga de los innúmeros volúmenes de todas las bibliotecas; volaban a semejanza de aves, de cínifes o libélulas, o ya de aves caudales o colibrís, dispersándose luego todos a la profundidad del día, hacia la luz del sol; porque el lóbrego huracán de que huían era un nubarrón de polillas. En eso noté que en los tugurios y las buhardas, los inéditos manuscritos hacían inauditos esfuerzos por huir en desbandada; pero ya era tarde: la tromba o simún de polillas llegó, cayendo a semejanza de langostas, dando fin con toda obra inédita que hallara.

Tal pasó esa especie de tromba o tifón, cuando apareció el insano, avanzando alegre, riendo a carcajadas, bailando una especie de jota o zamba cueca, y dijo:

— Cuando la noble reconcentración del esfuerzo espiritual, en sacrificio de miseria y dolor, es inútil a la utilidad común, entonces, ¡já, ja, ja!, la obra del fuego o la polilla es útil!

Aprended a salir a la luz.

*

Dijo, y se fue internando y desapareciendo en el esplendor del día a medida que la noche avanzaba veloz hacia la profundidad de las tinieblas.

**HERZEN, BOCACCION,
SAVONAROLA, BAKUNINI y
GIORDANO BRUNO**

Eso es cierto. Y así todo incita su locura. Pero también es verdad que el vicio y la virtud sin sentido del fin de Eralno no podía producir otra cosa que un loco demolidor al impulso de absconditas y legendarias voliciones.

PLUTARCO y TÁCITO

Evidentemente, ¡oh imponderable Loco!, indiscreto más que El Diablo Cojuelo, ya no has menester hablar, y eres acaso el único sin par. Salve, pues, a la ventura que emane de tu fobia. Eres el precipitado rojo.

EL LOCO

MALTUS, FOURIER y SAINT SIMÓN

Ya no hay qué hacer. Aquí concluyen, bien o mal, nuestras teorías. Lo notable es cómo el Siglo XX concluye muchos años antes.

DOSTOYEWSKY, BORGUET, NECREASAN y TURGNEFF

Este pobre Loco adolece de occiaianie; filtro inconcebible del pasado, por lo cual es a la vez asceta y mártir, asesino y filántropo, forjado en los misterios de la desesperación y la locura, en el entusiasmo y la tristeza, en la humillación y la rebeldía, en la idolatría y el sacrificio. Sí, nosotros sabemos que aqueste universal dolor es llorar y reír, implorar y maldecir, adorar y violar, incendiar, talar y reconstruir; mas al fin reventará. No en vano naciste, Loco, en el Pueblo Enfermo de una raza enferma de indiferencia triste, en un siglo no menos enfermo de hastío.

MAROMA, JESÚS y BUDHA (como hablando en sueños)

Nosotros sabemos el secreto. Es que el Demoledor inicia con el fuego de su alma el tiempo de la libertad anárquica. Tal cuna en la floración del comunismo el sentimiento de impotencia y desaliento de la fe milenaria que rebulle aun en la lucha ruda con intermitentes sacudidas de sobrehumana vitalidad. Es así cómo el idealismo de este Loco es lo más siniestro que se haya dado en la vida, pero está muy bien, ya que ha sido imposible establecer por vías pacíficas el triunfo de los humildes. ¡Oh, infeliz Demoledor!, lleva nuestra bendición, y que un día la ventura humana rocíe con aromáticos bálsamos las purulenta. tas lacras que heredas del que fue y que la risa cáustica sea en lo futuro para tí y los demás una dulce llovizna de sonrisas. Pobre corazón.

JOB (supurando su lepra en un muladar)

Así sea, ¡oh Dios mío!

.....

Al instante pestañeo y la escena se transforma. Es una llanura en la que dos hombres están riendo a desternillarse.

ASTHENIO

¡Qué raro!... ¿Qué es eso?

EUSEBIO

Es un simple símbolo. Observa lo que sucede, luego te diré lo que es.

Y una multitud de hombres atraillados iban de uno a otro lado, al favor de todos los vientos, sin oponer ninguna resistencia, más bien obedientemente inclinados. Primero sopló el viento Nórdico y con él fueron a dar al Sur; luego sopló el viento Lassueste, dirigiéndose con él al Oeste. Y así: con el Oeste fueron al Este y con el Sur al Norte. Por último, todos los vientos se arremolinaron como los acontecimientos de una revolución. La pampa quedó arrasada; mas aquellos fatídicos maniqués estaban nuevamente de pie, como si no ocurriese nada, cual si nuevamente de pie danzasen borrachos el **can can**, moviendo a la diablo los brazos, la cabeza y el torso, a guisa de molinetes, porque el cuello y la cintura, así como los hombros, los codos y las muñecas, estaban articulados en charnelas. El viento al cortarse en los agujeros de las narices, las orejas y la boca, silbaba una especie de carcajadas muy extrañas.

Después apareció un muchacho hercúleo, que diciendo: — Es necesario voltear de una vez para siempre estos eternos espantajos, — emprendió furiosamente con ellos. Pero toda su fatiga y agotamiento fueron inútiles, porque aquéllos, por mucho que eran tumbados, así que se les soltaba ya estaban de pie. Seguidamente, indignado ya de no poder vencerlos en una lucha honrada que parecía de Hércules y Anteo, los acribilló a balazos. Y ellos como si tal cosa. Entonces, desesperado hasta lo sumo, mordiéndolo-

se los labios y las manos y arrancándose a mechones los cabellos, recomenzó un ataque inaudito, tanto que aquello parecía un torbellino de puntapiés y puñetazos; pero los maniqués seguían moviéndose en pie, por lo cual el hercúleo muchacho se deserrajó el cráneo con un balazo, destapándose los sesos, mientras que los figurones, espantajos o, propiamente, dominguillos, siempre risueños, danzaban a impulso de las ventoleras, ignorantes de todo, agitando los brazos a guisa de trapos. Verdaderamente resultaban ser una desesperación de cualquiera.

EUSEBIO

¿Viste?...

ASTHENIO

Sí. Pero no acierto a explicarme lo que sea.

EUSEBIO

¡Aja, ja, ja! ¡Ya, ja!

ASTHENIO (mirando con más atención)

¡Aja, ja, ja! ¡Oh...! ¡Qué barbaridad! Yo creí que eran gentes...

EUSEBIO

Gentes... Qué habían de ser gentes. Las gentes... ¡Bah! Mira bien. Son fantoches de celuloide, los famosos dominguillos huecos, sin ningún peso en sí. Ellos están eternamente parados, precisamente en virtud de su vacío. Todo su valor, o sea su peso, se halla en sus pies. Ahí está su contrapeso o sea el secreto de su equilibrio, el plomo esférico. Además, tienen una combinación de espejos *en* sus ojos que todo lo reflejan ante el dueño. Pero ahora hemos de hacer con ellos una prueba muy interesante. Tómalo a cualesquiera de ellos, ya que son vaciados en el mismo molde, y poní cabizbajo, pero sin soltarlo.

ASTHENIO (ejecutando la indicación)

¿Así?

EUSEBIO (riendo)

Ni más ni menos. Muy bien. Ahora puedes observar que ni estando de cabeza baja a su cabeza el peso de sus pies. Mas, suéltalo ya.

ASTHENIO (obedeciendo)

Listo. ¡Aja, ja, ja! Ya está otra vez de pie. ¡Aja, ja, ja! Estos dominguillos son invencibles, inmortales y testarudos. ¡Eje, jé, jé!

EUSEBIO (matándose de risa)

¡Jí, jí, jí!... ¡Claro! ¡Jí, jí, jí! Eso es fatal. ¡Ujú, jú, jú! Esa es su naturaleza. Quiere decir que así han sido fabricados. Pero, mira que la única manera de quitarse de encima semejante pesadilla es descuartizarlos con una navaja de barba. Así (Ejecutando). Tajo por acá, tajo por allá. ¿No ves? Ya está. Ahora observa cómo el viento se lleva sus fragmentos de celuloide. Pero con los demás mejor es hacer algo más simple. Por ejemplo: — Se enciende una cerilla, luego se le prende fuego y... Puf! Ni más ni menos que la pólvora: ni humo a no ser las bolas de plomo de los pies.

Ahora vamos y te explicaré el símbolo.

ASTHENIO (poniéndose muy serio y triste)

No, no hay necesidad: ya he comprendido. Y supongo que esto entiende aun el más bruto. Veo que de todos los horizontes llegan millones de aves a la vez que la erial llanura se fecunda.

Sí, comprendo que así como el dominguillo de celuloide, tal existe en política, en el comercio, en la religión y en la sociedad en general, el tipo impúdico que no cae

EL LOCO

de su colocación aunque hoy deba servir a Jesús y mañana a Iscariote. Sujeto sin el pudor ni de una gota de sangre, queda eternamente en pie a semejanza de espantajo de los pudores. Y lo malo es que no les obliga a ello su miseria económica: no; si observas a cada uno de esos inamovibles, verás que cada cual es adinerado, lo que se llama un rentista, si no de herencias son de dotes matrimoniales, en su mayoría, y sin más bagaje que su impudor para servir por igual al blanco que al negro. Es decir, tanto valen para un fregado como para un barrido. Se aventuran a desempeñar cualquiera ocupación sin ningún conocimiento técnico. Claro que así ignorantes son unos perfectos remoras irresponsables, sin ninguna idea de que el progreso es la transformación incesante.

¡Ay, mi querido Eusebio!, en estos días he visto tanto, tanto, que como tú ya no creo ni en mí mismo. Tienes razón en ser escéptico. Por lo que hace a mí, en vista de tanto ejemplo de hombres ilustres, acaso los más ilustres de la ciencia, en la política, en la banca y en las letras, te digo que rompiendo mis pudores siento ya impulsos tan fuertes de ser como los demás, tan servil... Pero no, por lo menos mientras concluya mi obra que debe llevar la conciencia del ejemplo a trueque de la vida misma, para enseñanza de la juventud, no de ésta que ya cojea del mismo pie, sino que de la que viene. No, lo que espero y pienso es tan imposible, que sólo un demoledor puede comprender y emprender, sacrificando su corazón hasta lo último en beneficio de un futuro que ni siquiera puedo imaginar.

En esta angustia, querido Eusebio, mi vida se agota en el doloroso martirio de mi corazón.

Tal dijo mientras pasaba el Loco riendo a carcajadas, metiendo su mano en su tórax y estrujando el corazón en su sitio mismo. Pero un relámpago hizo mutis y...

ARTURO BORDA

DEVANAGUY (la virgen inmemorial y sin par vi-
niendo de Elora, a manera de niebla en la
aurora)

**Detente, Loco, y oye todavía en los Upanischads "El
Canto del Señor":**

EL SEÑOR (omnímodo, eterno y refulgente,
infinito y primario, omnipresente,
inconcebible e inmutable, indestructible,
indiferente e inma-nifestado)

Oíd, oh mortales, al descifrador de los Vedas Sama,
Rig y Rajur.

.....

"Lo que no existe no tiene ser
"y lo que existe jamás cesará de ser.

.....

"La sabiduría está envuelta en la ignorancia:

"por eso viven ilusos los mortales

.....

"El Yo es amigo del Yo

"en quién el Yo ha venido al Yo.

.....

"Con pecho, cuello y cabeza erguidos,
"firmemente inmóvil,
"mirando de hito en hito,
"al extremo de la nariz
"sin divertir la mirada a lado alguno.

.....

"Serenos y libres de todo temor,
"constantemente en el voto de castidad,

EL LOCO

"disciplinando la mente
"y pensando en Mí permaneces tú,
"armonizado en la aspiración a Mí.

.....

"Quien halla en sí el supremo deleite
"que el discernimiento puede percibir
"más allá de los sentidos
"y en él se complace,
"no se aparta de la realidad.

"Y cuando esto logrado
"piense que ya no hay ulterior logro
"y se afirme en ello,
"de modo que ni aun el más intenso dolor
"baste a conmovérle

.....

"Sepa entonces
"que esa disyunción de la pena
"es (yoga) un equilibrio;
"que el logro de ello requiere
"convencimiento firme y muerte sin desmayo.

.....

"Mejor es, en verdad, la sabiduría
"que la práctica constante.
"Mejor que la sabiduría es la meditación,
"la renuncia al futuro de las obras.
"Tras la renuncia viene la paz.

.....

"El que ni ama ni aborrece,
"ni se aflige ni desea
"y con plena devoción
"renuncia al bien y al mal,
"él es a quien Yo amo.

ARTURO BORDA

"Quien se mantiene inalterable
"ante el amigo y el enemigo,
"en la fama y en la ignominia,
"en el calor y en el frío,
"en la dicha y en la pena,
"libre de afecciones.

.....

"Que por igual recibe el vituperio y la alabanza,
"silencioso,
"del todo satisfecho con lo que sucede,
"sin hogar propio,
"de mente firme y devoción plena,
"él es a quien Yo amo."

*

Y el Loco se desternillaba de risa, apretándose con ambas manos los riñones, mientras que Devanaguy iba repitiendo místicamente, como en un eco lejano, **El Canto del Señor** a la vez que zapateaban de rabia los cristianos.

.....

Luego, como si fuese saliendo una especie de tahúr del ambiente denso de sudores y humo de cigarros de algún caramanchel, fue apareciendo entre retortas y marmittas un químico estrafalario, trayendo entre brazos un gran envoltorio a la vez que gritaba: —¡Eureka!— Por lo que congregada ya la humanidad, le oía con sumo respeto. Y deshaciendo el envoltorio el químico nigromante, mostró primeramente una tela sutil tanto como tul, de la que dijo era impermeable, resistente más que tejido de hierro y que su constante virtud era comunicar al organismo humano una caloría máxima, atenuable con sólo sumergir el lienzo en agua; después enseñó unos panecillos, afirmando ser la alimentación más simple y sana, de elaboración fácil e inagotable, por ser sus materias primas, éter, agua y tierra. Tales panecitos sólo en virtud de unas gotas de esencias **ad hoc** adquirirían el sabor deseable. Y, por último, leyendo una cartilla demostró por qué sencillísimo proce-

EL LOCO

dimiento se logra neutralizar la fuerza de atracción terrestre, y el individuo puede, por consiguiente, elevarse en el azul con más levedad que una pompa de jabón; en seguida indicó el procedimiento más rápido para la transmisión del pensamiento a los antípodas.

*

Algún tiempo más tarde, las actividades agrícolas y fabriles habían desaparecido del mundo; las ciudades estaban desiertas y en ruinas; aviones, ferrocarriles, vapores, carricoches, etc., todo se hallaba abandonado por inútil, porque a manera de las aves los genios cantaban también volando en el cielo al Amor y al Demoledor. Embozados con la tela, más leve que un tul, y provistos de panecillos que salían de la única fábrica donde el trabajo hervía. Es así cómo todos viven a cielo raso, hendiendo los éteres con más rapidez y suavidad que las aves caudales, sin hogar, sin Dios, sin patria ni ley, en pleno amor y libertad: divino anarquismo.

Pero de pronto empezó a eclipsarse el sol. Y cuando reapareció había cambiado la escena, en la que..

.....

Un loco está riendo a carcajadas a pleno sol, agarrándose la cintura, mientras que en las penumbras Tolomeo se obstina en suponer el movimiento de los astros, imaginando inmóvil la tierra; Galileo explica la atracción del ámbar por medio de la Tarificación del aire; Laviser niega y busca simultáneamente el origen de los aerolitos en las tempestades y Galvani supone en las ranas una electricidad especial.

Y mientras estos hombres casi milenarios meditan sordos a las carcajadas, pasa vagamente un espíritu como niebla, entre ellos y el Loco, imponiendo silencio a éste.

EL LOCO (abismado en la meditación)

El alma... ¡Cuánto misterio en todo! ¡Oh!, cómo tomamos nuestras ideas por realidades. Para nosotros el ai-

ARTURO BORDA

re no es un cuerpo sólido, porque lo atravesamos sin inconveniente, pero es sólido para la electricidad que es una fuerza mayor que la nuestra y que atraviesa sin dificultad el hierro mismo. El vidrio es opaco para el magnetismo mientras que para los Rayos X son transparentes la carne, la ropa y la madera.

¡Aja, ja, ja! Nadie dirá lo que es el alma. El que no comprende las abstracciones jamás conocerá el espíritu, porque el espíritu es la suprema abstracción. Pero un día en la variedad total en armonía se reconocerá la suprema verdad original y final. Gran religión.

KAPILA (padre de la filosofía, pasando lentamente)

Y el fin de esa gran religión no será la santidad, sino que la sabiduría: el goce del reconocimiento de la armonía cósmica. Pero para ello es necesario refundir la historia y la prehistoria en la hora presente. Se necesita para ello un demoledor creador. Ese es el Loco. Míralo.

HERODOTO y KANTU

Lo curioso es que, en el concepto humano, Dios ha evolucionado desde la imagen de la materia inorgánica, el vegetal y el animal, hasta convertirse únicamente en el sexo, siendo adorado así como Dios. Por tal manera ha ido perfeccionándose hasta ser la imagen del hombre mismo, luego ha sido representado como espíritu, y, finalmente, como macrocosmo. Pero, no obstante que desde antes de esta humanidad ya estaban las gentes aunadas en Dios, la idea religiosa; no obstante, digo, es latente el odio sanguinario de sectas y religiones más o menos reconocidas aun en medio mismo de la discrepancia absurda de ritos, de mitos y filosofías, siendo que en el fondo de la verdad todos están conformes. Así, pues, ya que el error no es de fondo, sino de forma, es menester destruir toda forma, refundiendo en la armonía cósmica. ¡Salve, pues, a tí, oh Loco!

PESTALOZZI

En el sacrificio cristiano de la misa se da el más siniestro ejemplo de canibalismo deísta: no es otra cosa be-

EL LOCO

ber la sangre de Jesús y comer su carne. Hasta hoy parece que nadie ha notado la sugerencia salvajemente educativa de tal símbolo. En cambio, cuan sublime es el rito del Faló o sea la práctica del amor genitor.

Hasta hoy todo parece guiado por el instinto. Pero como el instinto pertenece a los animales, la razón del hombre y la inspiración a los seres superiores, es necesario encarrilar la educación y la instrucción en la práctica de las inspiraciones. La pasión del Loco sea pues el crisol en que se refunda todo amor.

LOS EUNUCOS

El amor es la telaraña inmunda y tornasol de los dolores; por eso la vida es triste en el amor, y sin el amor es más triste... ¡Oh, Loco!, suprime de una vez la existencia en el mundo.

UN GONOCOCO (en la boca del eunuco)

Cuatro son las vías de perdición del hombre, a saber: ocio, ira, avaricia y lujuria.

UN SABIO O QUIZA UN PEDANTE (en meditación o abobado, mirando como si mirase a todas partes)

Aunque es amarga, y no sé por qué, yo amo la vida. No quiero morir; tengo miedo a la muerte sin embargo de todas las teorías acerca del más allá o de la nada.

UNA SOMBRA (en agonía en las penumbras)

No es, Señor, el miedo a la muerte que me hace temblar y sufrir; no es que este gemido **de profanáis** que siento venir a través mío me haga temblar porque desaparezca **ab eterno** mi alma; no, Dios mío. No es que me haga estremecer la idea de mi eterna condenación; no, Señor: es que mi alma y mi corazón se rompen al imaginar que desapareciendo un instante para siempre mi conciencia, pierda yo eternamente a los míos.

ARTURO BORDA

No, no entiendo, no quiero comprender. ¿Cómo aceptar ni concebir que nunca más sabré ni veré a los que me han amado, a aquellos por quienes late en angustia y delirio mi sangre?

Señor, mientras pueda amar hasta que reviente de dolor mis nervios, arterias y venas: hasta que pueda morir en el goce de una desesperación inaudita y funeral, en lacerias de pasión, en el siniestro anticiparse a la nada o al severo juicio de ultratumba en las solemnes ondas de una eternal armonía, precipita mi angustia, precipítala, Señor.

¡Misericordia, Señor! No quiero y no puedo concebir, no por mí, el misterio de la muerte; el olvido no a la vida ni a Tí, Señor, sino que a lo más santo y dulce de la existencia: a la familia.

Oye, Señor, aqúeste misterioso e infinito alarido de sinfonía sacra que recorre en llanto mis tuétanos, arrastrando escalofríos de insaciable ceguera en delirio; sí, Señor, ten misericordia.

ZAKIA MUNI

La verdadera sabiduría consiste en comprender la nada de todas las cosas, llegando así al nirvana, para que no renazca el alma.

Tal es el suicidio moral.

"Cuatro esferas se escalonan delante de Budha: la "región de lo infinito en el espacio; la región de lo "infinito en la inteligencia; después, la tercera, donde "nada existe; por último la cuarta, donde "desaparece la idea de la nada. El nirvana se ha "realizado: la peregrinación ha sido ruda y larga: en "esta última región está el vacío de toda forma y de "todo ser, así como también, de todo concepto: ni hay "ideas ni ausencia de ideas. La ausencia sentida de la "idea sería un algo: es la nada absoluta".

¿Comprendes? Así se llega a la suprema felicidad: a la bendición de Budha.

EL LOCO

LEOPARDI, ALFREDO DE VIGNI, HEGUESIS y
SCHLLING, LUCRECIO, SCHOPENHAUER y
HARTMAN

Oye, oh Loco, lo que de Osiris expresa el evangelio asirio: —"El Salvador ha dicho: —**Yo he venido para destruir las obras de la mujer, es decir, de la pasión: la generación y la muerte**". Extermina, pues, Loco, el universo físico y moral. Osiris ha dicho.

ANACREONTE

"Es difícil no amar, pero amar es igualmente difícil".

HARVEY, ARQUIMEDES, HUYHENS,
LAPLACE, BAYLE y PASCAL

Esta debe ser una simple pesadilla en la que, acaso como en la existencia, aun lo ilógico es lógico con relación a su causa. Pero sólo a condición de creer es que existen las leyes morales, sean sociales, religiosas o políticas. Etcétera. De consiguiente, es necesario modificar el concepto de la ley, y de la fe y quizá la fe misma.

**EL ENVIDIOSO (sin brazos, con los ojos rojos,
las orejas en punta y la boca negra,
vomitando su eterno descontento)**

Este Loco es un idiota, y toda esta caterva de filósofos son unos burros. Justamente el burro es el tipo del filósofo, por eso, por que es burro. Y hay que darse cuenta que es la última especie de la bestia de carga, pues pronto ni para eso servirá y podrá meditar muy libremente, aun cuando llegue al supremo nirvana.

**FALSTAF, HESIODO, EURÍPIDES y PIRRON —
(malhumorados, tristes y sin comprenderse)**

Por esta laya de individuos que siembra la cizaña del odio y aun el descontento del amor es que la vida se hace triste y repelente. ¡Oh, prepotente Loco!, extermina esa mala yerba que hasta la emulación destruye.

UN MATEMÁTICO

El Esfuerzo es al Dolor, como la Necesidad es a la Voluntad.

Y así, de problema en problema, llévanos, oh Loco, desde la sensibilidad inicial de los vegetales, como la sensitiva y otros, y donde los infusorios y radiados hasta la torpe sensibilidad de los salvajes, y desde el dolor en el cerebro duro del mercader hasta el dolor inconcebible e imponderable del Origen. Por tal manera reorganiza el mundo a base de dolor cósmico, origen de los espamos gozosos aun no intuidos en los mortales. Lleva de dolor en dolor a los hombres hasta la divinidad.

.....

Entonces, entre las tierras orientales y occidentales, en las meridionales, a tajo sobre dos mares, se oye un vago canto armonioso, ora cerca o ya distante, un cántico misterioso de voz seductora, casi infantil, que embriaga en amor o deseo. En vano ojeo ansioso en todo sentido: nadie anda en torno mío, pero el son resuena más remoto y próximo, más insinuante y de más dulce promisión que otrora, mientras que invisibles manos tamborilean el pandero.

De pronto en la arena, a paso abandonado y rítmico avanzan desnudos únicamente un par de lindos piececillos de doncella, cuyas piernas, finas en el tobillo, van engrosándose túrgidas. Y así, desde las rodillas, entre las espumillas de la enagua que ajusta el viento, se diseñan los robustos muslos, sustentáculos de la divina poma entre las robustas y amplias caderas casi invisibles ya; el vientre palpita transparente y desde el pecho a la cabeza sólo se adivina en el aire cual si fuesen una sombra de cristal.

LA VOZ

Si el amor faltase
los instantes serían tan tristes
para el hombre y la mujer
que los días se consumirían
en un tedio insondable.

EL LOCO

¡Oh, amar, gozar y sufrir
al ritmo de la sangre!
Y en los espasmos,
—éxtasis creadores,—
engendrar el alma y la carne
que serán ser redivivo...

Sufrir, gozar y amar en pasión,
al influjo y reflujo
del infinito en lo eterno,
es no sólo vivir,
sino que también es inmortalizarse
en hueso y en alma y carne.

Tal es el Himno del Mal:
un lacerante legado de amor.
¡Ja, ja...! Lara, laralalalá!

En seguida, en el filo de la roca que separa los océanos, dominando su solemne inmensidad, pasan bailando no más que esos incomparables piecitos. Al agitarse las piernas sus músculos parece que cantaran arrastrando mi deseo en la desesperación de las mil inauditas promisiones del amor. Y mis ojos han clavado en ellas su angurriente mirar, mientras que la enagua, remangándose al viento de levante ondula llamándome inquieta, ajustándose entre piernas.

¡Oh!, piernas que son electroimanes y anzuelos de las agonías largas en espasmos en que los labios queman con besos ardientes y locos: besos que arañan, que resbalan o penetran como chispas, como brisas, como llamaradas o cauterios, ascendiendo en idolatría desde los dedos y las plantas en serpenteantes cosquilleos que se dilatan buscando el secreto nido donde sangre y nervios se electrizan, inflamando y exasperando la vida en crepitante suspiros de llama viva.

LA VOZ DE LOS OCÉANOS

Esas lindas piernas de virgencita
son el deseo hecho carne:

son las inauditas promisiones
que se retuercen ambiciosas, arriba,
en el blando misterio
de su antro voraz.
Si las miras abrirse, oh mortal,
en los vórtices del deleite,
las horas, los días y los años serán nada.
¡No las mires, no las mires, oh mortal!,
si en tu mente arde la sacra llama
que requiere la íntegra combustión del ser.
¡No las mires, no las mires, oh mortal!,
porque en ellas se anonada un futuro,
en la loca ebriedad de los sentidos.
¡No las mires, no las mires, oh mortal!,
si arde en tí un inmortal porvenir.

Acaban de cantar los Océanos Atlántico y Pacífico y la visión se deshace en una lluvia de ceniza, de la que se levanta el murmullo de una risa picante que se va dilatando y poblando la inmensidad, tanto que inquieta, molesta y desespera por su insistencia y multitud, cuando entre la negra cerrazón nocturna se ve surgir infinidad de torre?, cuyas campanas, desde las chiquitinas a las mayores, fingen desde las sonrisas hasta las carcajadas. De en medio de un tal algazara e oye salir una voz ronca y potente, como si retemblara en el eco de los templos, diciendo:

Oíd el sexto mandamiento del Decálogo en el Antiguo Testamento; oíd la palabra de Dios, que por intermedio de Moisés dice al Mundo:

—**No fornicarás.**

*

Y al mismo tiempo y en el mismo barullo o chamuchina de voces, de risas y ruidos, se oye gritar a Jesús:

Creded y multiplicaos.

Mas, entre el bramar de los océanos, el silbo de los vientos y el rezongar de la tierra y un lacerante vocerío

de desesperaciones en la más absoluta incomprensión, sobrenadan en el rumor general, entrecruzándose simultáneamente el **Creced y multiplicaos** y el **No fornicarás**, a la vez que en un silbo de cuchicheos se entiende que en un gran despertar de la conciencia universal van diciendo por todas partes:

Imposible comprender. ¿Qué haremos? El engaño es flagrante.

*

Silbatinas, japapeos, cantos litúrgicos, griterías de jaranas; burlesco toque de campanas en aquella algarabía infernal y siniestra en que se comprende algo a modo de una protesta de la sublevación misma del origen de la vida; todo lo que, felizmente, se va alejando y desapareciendo en el silencio de las tinieblas en muchedumbre.

.....

Y otra vez, cayendo en un letargo genitor de los ensueños, me pareció que había transcurrido mucho tiempo, hasta que en...

I

La mañana. Mucho sol. Los palafreneros han sacado a Helióforo, el más hermoso bruto, para bañarlo. Parecía que le daba una lluvia de brillantes. Tal caía en arco sobre él el chorro de agua helada y cristalina. El, por su parte, no se movía. Tan dócil era que a una simple voz de mando tomaba la actitud ordenada. Y era el arquetipo de la proporción armoniosa. El espíritu y los ojos se recreaban suavemente en su contemplación.

Después el noble potro, sacudiendo de sí el agua, se encabritó de entusiasmo ante la alegría de la mañana; y quedó a semejanza de cobre bruñido. Mas, por haberse aproximado amenazador el mozo, haciendo silbar inútilmente el látigo, el caballo retrocedió violentamente, tanto que arrancando la cadena salió a la disparada, mientras

ARTURO BORDA

que encadenado y encogiéndose en un rincón miraba aviesamente Argos, el sabueso detective.

Una vez en la calle, deteniéndose vacilante un segundo, ojeó a diestro y siniestro para emprender a rompe y raja la escapatoria, como burlándose. Al llegar a la esquina se detuvo nuevamente y en actitud arrogante avizoró en todo sentido, con tal gallardía que se hubiera dicho \$er una estatua dominadora, con la crin y la cola desgredada por el viento. Los músculos le temblaban a semejanza de cordajes de acero. Luego prosiguió de frente, a saltos, sacando con los herrajes estrellas del empedrado. Desde lejos los transeúntes agitaban los brazos para detenerlo, pero entusiasmados al fin le abrían campo al ver su arrogante belleza; y él pasaba en vértigo, dando cabriolas a modo de embestidas. Más que una realidad era casi el ensueño. Iba hermoso, altivo y feliz a semejanza de la libertad. Y así hasta que salió de la población, dejando en todos el recuerdo de su hermosura y potencia.

Tal huyó a campo traviesa, salvando ágilmente zanjas y valladares. De ese modo llegó a un amarillento cebadal, en el cual retozó sin freno bajo el sol más luminoso. Y se revolcaba locamente satisfecho, sin amo ni ley, relinchando vivamente salvaje. En seguida fue a beber debajo de un sauce, en una limpia fontana, en la que al principio el reflejo de su propia imagen le espantaba. Y aquel ir y venir dando botes sugería no sé qué alegría infantil que sobreexcitaba, cautivando de entusiasmo el espíritu. Ese irrazonable expandirse en la liberación, encantaba. Pero luego al oír a la distancia el servil ladrido del sabueso rastrero, se irguió majestuoso un instante, dilatando las fosas nasales a manera de testa burilada en homérico escudo.

Después, cuando el nervioso bruto se hallaba pasando tranquilamente y, por ciertos rumores que sintiera, a tiempo que erguía otra vez atento su soberbia cabeza, olfateando el azul, de pronto en vano quiso hacer galvánicamente el quite, porque su nervudo pescuezo se hallaba enlazado ya. Todo su esfuerzo fue inútil. En eso por encima de una tapia se vio salir a pleno sol la cabeza del gaucho mayoral que miraba zafiamente alegre a la vez que Ar-

EL LOCO

gos saltaba como reptil, queriendo morder al noble bruto, el que al fin de una coz hizo añicos el cráneo del perro. Entonces, en aquella tarde otoñal, juntamente con el silbante látigo giraron en el aire las férreas boleadoras, por lo que el potro se tornó súbitamente iracundo, recomenzando la lucha trágicamente sublime.

II

Y pasaron los días. La imagen del soberbio Helióforo vagaba obsesora en mi mente, como una enseñanza brutal. En vano agitando las manos en torno de mi cabeza quise espantar aquella imagen que retozaba en mi cerebro.

III

La tarde se va muriendo en el crepúsculo de un gris unánime, en el que los focos de luz resaltan a modo de naranjas encendidas. Lentamente se aproxima un basurero. Entre las varas llega escuálido el noble Helióforo. Lánguido el pescuezo y péndula la cabeza, arrastrando apenas sus cascos, hasta que al fin se desploma pesada y sordamente, vomitando coágulos de sangre. Luego aquellos ojos inmensos que un día centellearon indómita energía, se cuajaron al fin humildemente, abiertos por siempre, mientras que el auriga, vociferando: —¡Hola! ¿No quieres comer, eh?— le descarga aun, en vano ya, una indigna lluvia de latigazos, por lo cual al instante se aglomeran en derredor los transeúntes, en tanto que la noche se hace más honda y reaparece la procesión de los dioses mayores.

EL SERÁFICO DE ASÍS, EL AREOPAJITA y EL POBRECITO DE PAULA

¿A qué extraña redención te conducen el amor, el hambre y el dolor, oh pobre Loco? Cuando caigas rendido al peso de tu dinamismo, que tu agonía sea un leve sue ño, ya que la existencia ha lacerado tu alma desde el origen. Dios te ampare, ¡oh infeliz Demoledor!, ya que mi ideal es la ventura humana; y ojalá no fracasas como nosotros que somos tu pasado.

ARTURO BORDA

MARCÓ AURELIO

Es verdad. En el aberrante fondo de la conciencia ya se duda y se cree mismo, avizorando en vano todas las orientaciones, como en los torbellinos las veletas. Hasta aquí todo ha sido inútil; pues aquesta damnación inicia cambio de rumbos radicales. Yo he visto las vorágines de amor y dolor que propulsan cuidando el ideal cardíaco y mental de nuestro Demoledor. En la vertiginosa angustia de aquel corazón, mirad cómo se hacina el amorfo pasado.

Pero hacia Levante veo ya el resplandor de un gran incendio que abarca de Este a Oeste. La humareda empieza a encapotar el firmamento.

Así, pues, el que no haya caído al impulso de la insania se asfixiará en el humo para alimentar el fuego sagrado de las renovaciones. Todo se inflama como en los sudores de la creación: Dios, el Amor, el Honor y la Caridad.

Tal es el fin de Era o de siglo.

Los amores y las religiones cristalizadas y resurgentes caen chisporroteando en la infinita hoguera.

Ha llegado la hora

*

Ahora se oye sonar el armonium, en el que se reduce toda la civilización cristiana. Pero...

**UN MENDIGO, TUT HAN KHAMON y MAUSOLEO —
(surgiendo entre una nube de moscas en
la hediondez cadaverina de las tumbas)**

Sabiendo a conciencia la vida, es un crimen predicar la virtud, sea del saber, de la obediencia, de la honradez y la humildad y de la modestia, porque en el fondo no es nada más que pretender hacer de la humanidad un rebaño de bestias atrahilladas, ya sea de los abiertamente picaros, o, lo que es peor, de los simuladores de toda virtud.

EL LOCO

Nosotros te decimos, Loco, nosotros que conocemos el secreto de las tumbas.

¿Para la miseria de qué infatigable virtud has visto o sabes siquiera por referencia que en ningún camposanto se haya levantado jamás ni un palmo de terreno? Sólo para el impune abuso gozosos de la picardía acaudalada son los honores aun **post mortem**.

Si quieres salvar a la humanidad, predica la violencia de la fuerza ciega en la hipocresía y la traición, esas únicas grandes virtudes de la vida humana; porque después, aquí, ya todos estamos a la par.

Si no crees, espera, que en el instante necesario te hablará La Vida, en tu segunda jornada.

*

Dijeron. Y lanzando una estrepitosa carcajada se esfumaron en el hediondo vaho de la muerte: cadáveres en putrefacción que se hacinaban fermentando a todo sol. Una fuerte bocanada de amoníaco me hizo perder el sentido por un instante.

.....

Y en eso me parece entrar apurado a casa. Cierro la puerta y me tumbo en cama.

Así, pensando en no sé qué, cada vez de modo más fuerte, es decir, con una idea sin forma, que gira queriéndose concretar, noté que mi cerebro se constreñía como bajo un molde de acero que fuese presionando uniformemente por todos lados.

I

Mientras tanto mis ojos están fijos en el tumbado, en una mancha hecha por las goteras y que afecta la forma de un burro. En medio hay un garfio. Largo tiempo no hice nada más que mirarlo, sin darme cuenta de su existen-

ARTURO BORDA

cía; pero en este momento creo que debe haber sido colocado ahí el garfio para colgar aquellas hermosas arañas antiguas, de cristal, para cien bujías, que usaban los bisabuelos y que sus reflejos multicolores, por la descomposición de los prismas, era el encanto de los niños. Mas, ahora cuelga, en una cuerda de tripas retorcidas, mi esqueleto, que al viento que sopla repiquetea sus huesos con sonido de tablitas ensartadas.

MI CARNE (mofándose)

Pobre Esqueleto. Cierto que da risa verlo así. ¡Qué traza...!

Ahora ya me explico por qué yo no podía moverme. Claro; sin huesos es fuerza confesar que uno no puede moverse. Y tanta carne en el mundo.

¿Quién habrá ahorcado a mi Esqueleto? He ahí una cosa rara. Pero me alegra, porque siempre me hubo llevado por donde le daba su santa gana.

¡ Aja, ja, ja! Por Dios, cómo castañetean sus huesos. Muy cursí. Parece que estuviese bailando la jota.

Bien hecho. Baila, baila. Hay que divertirse. Y feliz tú que bailas sin poner pies en tierra.

No obstante, observando bien, es bien ridícula la facha de un esqueleto, aunque sea en la horca.

Y así, el individuo contemplado en esqueleto parece que disminuyera de tamaño. Esa es una apariencia infame: trata de degradarme.

Luego me pregunto: —¿Y si se cayera qué sucedería?— Pues, nada: apenas sería un montoncito de huesos. Total.

Vaya usted a ver al pobre diablito.

Pero esta es la única oportunidad para burlarse de veras de la muerte, de la propia muerte, y, como dicen las gentes, de la manera más terrible: del propio esqueleto.

EL LOCO

Vamos a ver. ¿Qué es la muerte? ¿Un esqueleto y nada más?

¡Aja, ja, ja! Bien poca cosa. Es muy divertido el asunto.

Mas, en realidad, ¿qué es un esqueleto? ¿Ahora, por ejemplo? Es una zonería. Claro: una miserable cantidad de huesitos ensartados que al soplo de los vientos repiquetea diciendo: —¡Talaj, **talaj!**— Así es en verdad, tan poca cosa.

*

El amargor de un vaho de sangre tibia, espesa y salada me asfixia. Suspiro fuertemente, pestañeo con rapidez y miro que pendiente del mismo garfio está ahora mí cuerpo, mientras que mi esqueleto se halla en cama, bien repantigado, frotándose las manos, como gran señor que no tiene nada que hacer en el mundo.

MI ESQUELETO

;

Hola, hola, señora Carne... ¿Conque, eh, el asunto había sido simplemente de turno? Muy bien. Y ahora, ¿cómo te va? ¿Y la muerte por fin sabes ya lo que es?

¡Oh!, excelente compañerita... Y ahora ¿cómo te va? Pero contenta; pues...

—Sí, mas no hay que hacer gestos. Eso es muy feo.

¡Oh!, seguramente yo soy una persona muy seria, por eso, porque soy Esqueleto! A mí no me gusta la risa, sin embargo que tengo la boca de oreja a oreja y que parece que la carcajada debería ser mi respiración; pero no, no me gusta. No, no quiero tener esa mueca de la carne elástica y gelatinosa.

Así como estás, totalmente flaciada, eres repugnante, pretenciosa Carne; das la impresión de una cataplasma húmeda. ¡Uf...!

ARTURO BORDA

Pobre Carnecita mía, ¿se te quitaron ya... las ganas? ¡Jí, jí, jí!

Vaya, vaya, ¡qué Carne! Eso no está bien. ¿Cómo es eso de que con un apretón en el gáznate con una miserable tripita umbilical se ha concluido tu vida? Malo, malo. Muy malo es eso.

Sin embargo, a mí me divierte muchísimo, especialmente cuando tengo hijos, entonces da gusto hacerles cariñitos y mientras la madre mira a otra parte... ¡Kgeu!, el índice y el pulgar que se le entran en el pescuezo, ni más ni menos que en la gelatina. Total que la criatura apenas abre un poco la boquita. Y lo que más divierte es cómo estira el cuerpecito, como si fuera de resorte. Es muy divertido el asunto. La madre llora. ¡Claro que sí! Y ¿por qué no había de llorar? Que lllore cuanto quiera, está muy bien. Pero a pesar de todo nadie agradece. Después lo único que queda son unas manchitas azulencas en el cogote de la criatura, en lo cual generalmente nadie se fija. ¿Ni para qué? Por otra parte, la vida o la muerte de un párvulo no interesa a nadie.

Dice a la vez que contrayéndosele el sistema nervioso a la Carne le producía temblores de calofríos en breves e intensos sacudimientos, o sea el espasmo del horror. Y el Esqueleto comienza a mecer a la Carne, jalándole de los pies a uno y otro lado, porque semeja un terno de ropa húmeda, por lo cual se mata de risa el Esqueleto, cual si fuese una criatura de seis años, pero de tan buena gana que yo no pude nada menos que reír también.

Un esqueleto así, riéndose, había sido la cosa más divertida del mundo. Eso sí que verdaderamente da risa.

Pero y... ¿Y mi Yo? ¿Dónde está mi Yo? No me explico esta trinidad.

Estoy meditando en este fenómeno de una triple conciencia o ficción de ello, cuando —sotoj— cae de la horca mi Cuerpo, con lo que precipitadamente se viste mi Esqueleto.

EL LOCO

EL ESQUELETO (dentro de mi carne)

¿Has oído, Carne mía? ¡Vaya, hombre! ¿Quién ha hablado de Yo?

LA CARNE (haciendo un gesto despectivo)

Debe ser algún ignorante.

EL ESQUELETO

Claro que sí. El Yo soy Yo. ¿Comprendes?

LA CARNE (profundamente molestada)

¿Sí? Hola, si estás con esas zoncerías que resienten de veras, te aviso que estoy dispuesta a encogerme, para dejarte preso, sin movimiento. El Yo soy Yo, la Carne. A ver si entiendes. La inteligencia y la sensibilidad están en mí. Yo poseo la conciencia. El impulso parte de mí. Pobre Esqueleto, tu cráneo no es nada más que un cascabel.

EL ESQUELETO (aun más molestado)

¡Ja, ja, ja! Pero ¿quién te ha dicho semejantes cosas. ..? ¡Ojo, jó, jó! Si tú estás con tales tonterías, yo me voy tranquilamente; y como quiera que sin mí no puedes moverte, ahí te quedarás amontonada, pudriéndote. Quien pierde, eres tú; a mí la muerte me respeta.

LA CARNE (que se contrae mimosamente, acariciando lúbricamente al Esqueleto)

No, no, mi lindo Esqueletito. No hay para tanto. Vamos a ver. ¿Por qué enojarse por eso que al fin y al cabo no nos importa nada? ¿Qué es el Yo, en resumen de cuentas? Nada. Luego, pues, no hay por qué enojarse. ¿O no es la verdad así?

Perfectamente. Concedido. Ahora cállate y te llevo de paseo. Esto es lo que políticamente se llama... la cohesión.

ARTURO BORDA

LA CARNE

Prefiero descansar.

*

Y se echan en mi cama, a mi lado. Poco a poco la atracción nos une, por lo que nuevamente tengo la conciencia de mi unidad, a la vez que

EL YO

Ahora se puede comprender fácilmente que el **Ya** somos los tres.

II

Y mis ojos están clavados, como al principio, en la mancha de gotera en forma de burro.

Por fin los cerré, pensando que estoy en una extraña comedia de transformismos.

Quando los abrí me hallé en proscenio, en la Opera.

Era una fiesta de un esplendor nunca visto. Parecía ser los juegos florales, o algo así.

Habían concursado todos los poetas, todos los músicos, escultores, arquitectos y pintores, hasta los historiadores, y, lo que era más notable, también los científicos.

No he podido averiguar qué ensalada sería. Pero yo era el Mantenedor. La englantina estaba en mi poder.

El teatro bote a bote, ni dónde clavar un alfiler.

La englantina era de oro con incrustaciones de la más rica pedrería.

Miles de concurrentes contemplan como azonzados aquella fortuna. Parecían fascinados, porque se iban apro-

EL LOCO

ximando poco a poco; pero a medida que lo hacían, iban disminuyendo de tamaño. Mas cuando llegaron a mí se habían convertido en una linda colección de falderitos, los cuales bailaban de dos pies, como en los circos, ojo a la englantina, la que a su vez se había vuelto ya un pedazo de carne cruda. Claro está que al enterarse del suceso yo movía la mano de uno a otro lado, porque daba gusto ver cómo bailaban los animalitos, brincando de dos patitas.

Clemencia Isaura, que era la Reina, acompañada de su Corte de Amor, se mataba de risa, apretándose con ambas manos la cintura.

El público lloraba a carcajadas.

De repente, y sin fijarme bien, piso la cola a uno de los perritos, el cual aulla y me muerde de la pantorrilla, por lo que salto nerviosamente. Caigo. Al levantarme...

III

Entonces en la montaña retumba el trueno, a cuyo fragor veo descender una turba de descamisados, enorboldando el lábaro rojo y entonando éste cántico:

Cuando la obra de arte
que ha de ser la ignición
de nuestra propia existencia,
la lava de un volcán
o el arpegio de un ruiñeñor,
no ha sido en consecuencia
la obra más desinteresada posible,
entonces esa obra no podrá ser,
como fueron las de Hornero
y otros altivos mendigos,
himnos inmortales de libertad.
¡Oh! esos jornaleros del amo que paga
y ante quien hay que estar chitón
o ir pregonando su gloria:
reptiles palaciegos
que aun teniendo fortuna
sólo operan a precio de ora

ARTURO BORDA

Siendo el arte
la más íntima filtración del espíritu,
esencia de esencias,
es por lo mismo
lo que jamás debe subordinarse
al imperio de las urgencias físicas
so pena de ser
mero mercader
que grita con el hecho su simulación.

Que cante quien se sepa poeta,
mas sea sin alquilar su himno
al precio del mejor postor:
que cante como el viento,
rugiendo en toda resistencia
y no sea espejo de prostitución.

Por eso, aun siendo lo que son
las obras de los artífices
del gran siglo de Pericles
y los del Renacimiento
o del Rey Sol,
llevan el sello infamante
de los esclavos a jornal.

Sepa, pues, vuestra labia
el arrullo de la zorrilla
y el rugido del león;
sepa el trino de la alondra
y el ronco baladro del monstruo;
pero sabed también
que la libertad se logra rompiendo cadenas,
no lamiendo el tacón opresor.
Erguios soberbios
o que vuestros tuétanos sean bronce hirviente,
y saltad ágiles...!
o que la tierra os sea hierro candente.

Oíd bardos aristócratas y burgueses.
Alzad altivos la alta frente,
sin arrastrar por un mendrugo
la gran majestad de la frase armoniosa:

EL LOCO

aprended en el espíritu rebelde
y en el orgulloso cántico
la indomable soberbia
que suda la estrofa del aeda proletario,
desde las retorciones de su honda miseria
que se extiende ya de polo a polo;
que el himno más libre es el grito del hambre
en su desesperante lucha con el ideal.

Dicen. Y, avanzando en avalancha a la turba de los menesterosos, se va extendiendo en llanos y valles.

Y al despertar... cambió la decoración.

IV

Era como si desde mucho tiempo atrás me molestara en mi cabecera un pedazo de hierro de forma irregular, por lo que, no ha mucho, recuerdo que lo eché al patio, ya que no pude utilizarlo en nada. Si siquiera hubiese tenido un agujero en el centro, poniéndole un mango ya servir de martillo. Ese hierro estaba envuelto en una especie de cinta muy vieja, mugrienta. Y ambas cosas en algo que era una especie de pergamino que parecía garabateado por una criatura. Así que sin más trámite di con ello en el basural.

Yo que arrojé esos cachivaches, que se me presentan furiosos, un general, un presidente y un sabio.

LOS TRES (hechos unos tigres)

Usted acaba de arrojar esos objetos...

YO (naturalmente sorprendido)

Así es la verdad, señores.

EL GENERAL (rojo como un gallo ordinario)

¿Y no sabe usted, so pedazo de animal, que era una cruz de hierro, ganada en la última guerra, la cual
(mos-

ARTURO BORDA

trándola como quien amenaza) es mi mayor timbre de honor? ¡Bruto! ¡Bruto!

EL PRESIDENTE (hinchándose olímpicamente)

So cretino... ¿No sabía usted que esa banda es la insignia de la Presidencia de la República? So pedazo de imbécil, sepa usted que no lo hago fusilar sólo porque parece usted un loco.

EL SABIO (pensando con mucha calma)

Pero usted es necio a carta cabal, amigo. Y si no, a ver, diga usted ¿cómo se explica que un título de sabio maneje de esa manera? Por lo visto ni sospecha usted lo que cuesta adquirir ese título. Qué desgraciado. En fin, su ignorancia le disculpa.

YO (muy afligido)

¡Oh... ¡Oh... ¡Oh, señores... Ustedes perdonen: yo no sabía absolutamente nada de eso. Luego... como eran cosas tan inútiles para mí.. En fin, yo no tengo la culpa. Pero como quiera que ya las han recuperado, no... No se ha perdido nada. Sin embargo... Ustedes perdonen.

Y crispando las manos y mordiéndose de rabia los labios ahí mismo desaparecieron, como consumidos por su propia bilis.

V

Doy media vuelta en la cama y en la pared veo que se profundiza una habitación.

Es mi taller, en el que tengo lindos trozos de madera muy fina.

Estoy muy ocupado, fabricando animalitos.

Al hermoso cretino que me servía de modelo, hace más de un mes que a puntapiés lo eché a la calle.

He dejado, pues, de trabajar la figura humana, porque resulta perfectamente improductivo. Eso de trabajar mendigando las obras y en ayunas... ¡hum! ya no.

Pues es una gran verdad que para trabajar es necesario previamente haber comido, si no bien, por lo menos lo suficiente, ya que sin fuerza no se puede hacer absolutamente nada. Así que, so pena de muerte, el círculo elemental en que se mueve el instinto y la inteligencia, es comer para trabajar y trabajar para comer, lo cual no acepta juego de conceptos.

De modo que de toda esa madera destinada para tallar dioses y gente célebre me puse a fabricar hormas de zapatos y un surtido completo de animalitos que sirviese de juguetes para los niños. De ese modo ya pude pagar el alquiler de la casa y la pensión. En fin, ya se podía vivir y sin matarse, devanándose el alma en las angustias del amor y la belleza.

Mas, aquí viene lo notable.

*

Yo estaba haciendo una recua de borriquitos de a diez centímetros cuando oí un extraño murmullo muy cerca de mí.

**LOS DIOS Y LAS GENTES CELEBRES (de
frente a mi, hechos unos energúmenos)**

¿Por qué fabricas bestias de esa madera destinada para nosotros? ¿Es que no sabías acaso que la tal madera es sagrada ya? Pedazo de idiota y sacrilego. ¡Sacrilego! ¡Sacrilego!

*

Así estuvieron horas enteras. Yo no sé de dónde sacaban tanto razonamiento para insultarme con todo el vocabulario ad hoc en todos los idiomas. Unos políglotas sulfúricos.

Al fin, cansados de lo inútil que les resultara hablarme, tuvieron que ponerse patitas en la calle.

Por lo que hace a mí, me puse del mejor humor posible. Seguramente; porque querer que yo, a mi edad, pierda en ellos mi tiempo... ¡Oh, qué inocencia! Y, además, he visto que siempre, que, no sé por qué, es gente muy fea.

*

En eso aparece el Nazareno, anquilosado en cruz, todo ensangrentado; hecho un monstruo, completamente hinchado.

JESÚS (con voz muy compungida)

Buenas tardes, Loco. Vengo a ver si quisieras hacer mi retrato. En pago yo te llevaría al cielo, cuando...

YO (como al influjo de las cosquillas)

¡Oh... Muy buenas tardes, mi buen Jesús. Pero qué es eso? Se ve que llevas veinte sig[^]s de atraso. La intima vez que te vi estabas más limpiecito. Pobre Jesús: no dejas de hacerte estropear; ese es muy mal oficio, aunque el más fácil que se pueda imaginar; pero es una mala profesión. Esto no está bien. Apostara que has ido a hacer algún disparate. No está bien, repito; es menester reformarse. Estás hecho... Estás hecho lo que eres: un nazareno. Pues no hay más que conformarse o morir de una vez para siempre; ¿qué es eso de estar haciéndose aporrear a cada rato? Y con tantas palizas ese cuerpo debe estar hecho un escabeche. ¿Y tu cruz? Apostara también que la empeñaste ya. Los tiempos están muy malos.

JESÚS (muy triste)

Bueno, Loco, hijo mío, ahora no te burles tanto. No seas tan malo, y has, más bien, mi retrato. ¿Quieres, Loquito?

EL LOCO

YO (sorprendido)

i Hombre! ¡Qué chistoso! La verdad es que la historia nada dijo de esta tu habilidad. Tremendo eres Jesús Nazareno. Que siquiera se te hubiese ocurrido ordenar pinte una transfiguración, vaya, pasaba, por ser una cosa decentita; pero un nazareno, así como estás... ¡Oh, eso ya no pasa ni con jarabe. Te aseguro que la gente ya no quiere saber ni ver' cosas tristes. Y tiene razón. Pero más que nadie sabes cuánto se sufre tanto y a cada momento ¿entonces para qué más tristezas de las que sepultamos en el silencio de nuestro secreto soberbio, altivo, digno y rebelde? En fin, con ustedes, los humildes, resignados y santos, ya no hay negocio posible. Imáginate que ni aun las Afroditas desnudas, ni los Apolos y Adonis, ni las lúbricas bacantes y ni las sílfides calatas, con ser tan sensuales y bellas, es decir, que representan la alegría de la vida misma, la potencia del placer... Pues ¡nada! Qué han de querer comprar tu retrato, ni los frailes ni las monjas, que son la dolorosa y rabiosa acumulación de angurrias locas de placer. Las imágenes de miseria, de dolor y sufrimiento, las rechaza aun la gente medianamente culta, porque ya son vejece que se las destina únicamente para los museos, como testimonio de una civilización verdaderamente bárbara del mundo, que llevó el cilicio a la conciencia misma de los seres.

JESÚS (casi llorando)

Entonces has siquiera el retrato de mi madre.

YO (meneando la cabeza)

¡Hum!... Gato escaldado... Si fuera virgen para el amor profano quizá tuviera aceptación en el mercado. Pero tal como es, imposible. ¿Quien ha de querer una virgen pudibunda, que esté a guisa de guillotina encima de la libertad conquistada con cuántos siglos de lucha y a costa de tantos mares de sangre? Por otra parte bien sar bes que ya nadie respeta esas efigies, en cuya presencia misma se cometen atrocidades inconcebibles, tanto en los

hampas como en los prostíbulos y en las reservas de los hogares más virtuosos. Ya ves, es inútil que porfíes más.

Ahora ha sustituido a todas esas imágenes sagradas el retrato de cada cual. Pero todavía la gente no comprende que los retratos son también no más que para la persona retratada, ya que a nadie más puede interesar lo que carece de una alta belleza puramente física, de manera que el valor del retrato se ha concluido con el individuo, o dura, a lo sumo, con el afecto de los hijos, si su fidelidad no se ha mezclado el interés de los legados, porque generalmente... !Uf!... ¡Qué caras! No te digo nada. *Pero* tú mismo, mi Buen Jesús, mírate en ese espejo y verás la cara que llevas, tan aporreada, que es para cerrar los ojos y matarse de risa.

Sí, hombre: no seas tan bromista...

Además, tú que predicas la más alta moral ¿cómo diablos andas desnudo, sólo con un taparrabo? Eso ahora no se usa nada más que en los balnearios, en verano. Y la gente va, no como vos, sino que bien aseadita, por lo menos debías limpiarte esos cuajarones de sangre.

Pero baya ya los brazos. Si te ven así te van a creer loco y te expones a que te lleven al manicomio. Ahí está todo lo que sacaste de tu inútil sacrificio en la cruz: anquilosarte en esa forma. En tal actitud parece que quisieras bailar la jota, que es un baile español muy divertido. Tu postura es pues muy chistosa; si te vieras en un espejo, como dije, tú mismo te reirías.

JESÚS (llorando)

No seas malo, Loco: has nomás mi retrato.

YO (afirmándome)

No, hombre. No seas porfiado. Más bien si me hicieras el servicio de irte ya... Me estás haciendo perder miserablemente el tiempo, *THE TIMES IS MONEY*, en inglés, que es un idioma que no debes conocer. ¿No ves que

ahora estoy tan atareado, fabricando esta indómita cebra tan linda? Mira ¡qué gallardía! Mírala. Aquí tengo un águila en pleno vuelo, y aquí, en éste otro lado, fíjate en ese picaflor, emborrachándose de miel en esa flor. Yo hago únicamente toda la libertad, como no la hizo nadie, sin miedo ni al cielo ni a la tierra, ni a lo conocido ni a lo incognoscible, ni a la vida ni a la muerte. ¡Claro! Eso agrada a la gente, porque eso constituye un tónico para la lucha diaria, por ser el ejemplo de la libertad y la rebelión de lo más profundo de la conciencia. ¿Comprendes?

¡Vaya, vaya con el hombre! Que siquiera te hubieras llamado Heracles, por ejemplo, listo. Ya está. Pero te llamas también Jesús... ¡Bah! Ahora se llaman Jesús únicamente las mujeres. Estás, como ves, en absoluta derrota. Sin embargo, si quieres, más bien puedo hacer suscribir un acta de protesta por eso de tu nombre, aunque en verdad las protestas no significan en el hecho otra cosa que la gritería de la impotencia. Entre gente inteligente no hay protesta sino reivindicación violenta.

Como vez, los tiempos han cambiado mucho y aun tienen que seguir cambiando, sin que nadie alcance a sospechar hasta cuándo ni cómo. Es una barbaridad. Por eso pienso que no sé cómo se acuerdan todavía de ustedes algunas que otras personas piadosas, pero que carecen de inteligencia para poder pensar en la lógica de los hechos. Malos tiempos son estos, Jesús, Sin embargo lo peor es que ustedes, los dioses sólo se acuerdan de las gentes para pedir limosnas con objeto de construir suntuosos edificios para los haraganes, sin que haya un sólo ejemplo de que hayan construido habitaciones para la gente desvalida: en cambio las gentes se mueren de puro viejas esperando vuestros favores o milagros. Por estas razones tú también, mi Buen Jesús, resultas en efigie un miserable y vulgar explotador de la buena fe y del trabajo de los mesterosos.

Ahora, hasta luegoito ¿eh!

Acto seguido se presentaron en tropel todos los santos, encabezados por Santa Teresa, el de Loyola y San Pe-

ARTURO BORDA

dro. Con ellos sí que ya no pude. Antes de que abriesen siquiera la boca les largué en la cabeza todas las hormas que tenía a la mano. Y tuvieron que salir a la disparada, vendiendo almanaques. Había que verlos cómo al correr tropezaban unos con otros. Y qué porrazos los que se pegaban. Era de verlos. Al fin pude reír de lo lindo.

*

Después vino mi alma, muy asustada, sacudiendo la mano, como quien amenaza a los niños.

ALMA

¡Idiota! ¡Bárbaro! ¿Qué has hecho? Me pones en ridículo y en peligro. Tengo vergüenza ya decir que me perteneces. Cada cosa que haces es una atrocidad. ¡Idiota...! ¡Idiota! ¡Mil veces idiota!

Y sin embargo quería entrar a la fuerza en mí. Pero yo gozaba mucho soplándola. De cada soplo la despachaba muy lejos. Y ella nada, señor: dale que dale que había de entrar en mí, y yo sopla que soplarás, hasta que encendiendo un cigarrillo le eché con el humo, por lo cual, bonitamente atolondrada, sin por dónde escabullirse, ya y se refugia en un chanchito de sándalo, el cual arrancó a rompecincha, marrando que daba risa y gusto verlo; tan pequeñito y con vida de persona... Era un dije. ¿Dónde iría a parar? No sé.

Desde entonces vivo tranquilo, sin ninguna necesidad de eso que llaman espíritu o alma; estoy suficientemente servido con la fuerza y le conciencia. Pues así.

*

Y por eso mismo las gentes tienen envidia de mí, porque no hago nada más que reír, hecho que ya parece constituir en mi una enfermedad.

Pero después, viendo a un hombre a quien lo trajo un ventarrón, el cual a causa de mi risa incontenible se

EL LOCO

mordía los labios, zapateando y con las manos terriblemente empuñadas, ridículamente incapaz de sofrenar sus nervios mal educados, pues a causa de él de porrazo me puse serio. Y el desgraciado echó a correr con un susto que... entonces sí que ya no pude contener la carcajada más estrepitosa.

VI

Pero inmediatamente me retiré malhumorado a la ventana, desde donde veo justamente sorprendido, de cuclillas a César, Cristo, Napoleón, Goethe y Beethoven, a Humbolt y Bolívar, a San Francisco y Voltaire, a la Magdalena, a Venus, Hércules y María, y a la mar de tipos célebres que charlando entre pujo y pujo hacían su torpe necesidad.

EL LOCO (que riéndose salta de su escondite)

¡Aja, ja, ja! ¡Los pesqué...! ¡Los pesqué! ¡Aja, ja ja! **(Gritando)** Vengan todos los esclavos; todos los que humildes y respetuosos sufren el yugo de la grandeza. Vengan a carrera los que quieran libertarse a pesar de los calofríos de su miedo, porque esos son los valientes que salen de la esclavitud. Vengan todos los que sienten rebullir en su sangre el impulso de la rebeldía.

Entonces saltando los valladares del corral llegó la juventud a millones, la que se desaguaba de risa, viendo a los dioses, a los guerreros, a los sabios y los santos, que haciendo su necesidad física, de pura vergüenza no se atrevían a levantarse y ni siquiera a alzar la cabeza. Luego llegaron todos los menesterosos, toda la legión de hambrientos y harapientos del mundo, cuya carcajada ya no era una burla sino un dolor mezcla de venganza, de insulto y triunfo, lo cual concluyó a pedradas, por cuya razón las Magdalenas, los Césares y Cristos, las Evas y los Bolívares y Humboídts, los Goethes y Voltaires, etc., etc., huye, ron a espetaperros al son de una infinita rechifla de carcajadas que iba retremblando en el mundo, de confín a confín.

Y mi carcajada aumentaba tanto que yo me sentía adquirir proporciones gigantescas entre la humanidad, entre la humilde humanidad temerosa que me aplaudía frenéticamente en acción de gracias. Mas yo seguía desarrollándome hasta que de pronto ya no pude ver el mundo, porque mi cabeza quedaba muy sobre las nubes.

Entonces a modo de tromba marina con alas de fuego llegó entre nubes, sobre el azur, el Loco, quien diciendo: —¡Bravo! ¡Bravo!— se mataba de risa. Indignado por lo cual, no obstante de reconocerme en él como en un espejo, rompiendo las más altas nébulas, de un bofetón lo echo a rodar en la inmensidad. Había que verlo cómo iba dando volteretas.

Por eso mi carcajada fue tan tremenda que perdía el equilibrio. Yo también iba a caer ya en el infinito cuando el susto me despertó.

*

Con la emoción me parecía que estaba cayendo aun en la eternidad en una especie de suspensión helada sobre mí mismo. Digo que nunca como entonces experimenté tan formidable satisfacción de encontrarme en mi cama. ¡Oh, mi buena cama! — decía — Y la estrujaba revoleándome, sin poderme convencer que era mi cama, mi propia cama, y que consiguientemente no había peligro. ¡Uf...! Respiré de contento cuanto pude, largamente, con calma, hasta que me dolieron los pulmones y apenas se sentía las palpitations de mi corazón.

*

Luego, ya con más calma, fui considerando lo estúpido de mi error y terror postrero.

¿Qué significa el infinito? ¿Hay, por ventura, nada más estúpido y sin sentido que el infinito y la eternidad, de eso que quiere expresar incalculablemente más de lo que se pudiera entender por ello? ¿Qué significa eso de siempre más, más, más siempre en espacio, en materia y

EL LOCO

tiempo? Y en ese siempre, siempre, naciendo y muriendo hechos, seres y muchos absurdos, sin objeto anterior ni ulterior? ¡Oh, nada hay imaginable más estúpido y despreciable que lo infinito y eterno!

*

Estaba en eso cuando apareció el Demoledor, corriendo como una ardilla, de modo que iba sacando de sus escondites a todos los archimillonarios, a los monarcas y los dioses, a los sabios, generales y policiales, a los espíritus y a todos los diablos.

Y en medio de la más abigarrada muchedumbre, como en un tablado de feria universal, empezó a charlar, burlándose de los dioses de todas las religiones, es decir, de todas las autoridades, enamorándose cínica y libertinamente de las diosas, de las vestales y las emperatrices,, proponiéndoles con descaro rufanesco el adulterio, de modo que se reía a mandíbula batiente, mirando de soslayo a los dioses, a los emperadores y a los sacerdotes, y archimillonarios. En fin, el caso es que ellos estaban como los perritos cuando se arrinconan de miedo. Así. En cambio la humanidad proletaria, la gente sufrida, los eternamente humillados y obedientes y temerosos de todo, como si se hallasen ante los clowns en la pista de un circo ecuestre, reían al parecer de una manera inextinguible.

Seguidamente todos los empiéicos, los edenes o wall-hallas y todos los orcos, o infiernos se conspiraron contra el Demoledor; pero él con un vigor y una audacia sin límites, remangaba las túnicas a las diosas y a los dioses, dándoles sendas palmadas en las nalgas si no les jalaba las orejas o les arrancaba cabellos, cuando no les pellizcaba en la nariz; luego tiraba del rabo a éste o aquel demonio, aventando de cada soplillo millares de almas errantes que iban girando ridículamente impotentes a modo de polvillo en los torbellinos.

Esto sucedía en medio de una chilla y barabúnda indecibles, mientras que la humanidad reventaba de risa.

ARTURO BORDA

EL DEMOLEDOR (acometiendo cien mil diabluras con todo lo sagrado, entre las súplicas y las amenazas)

Hola, vosotros, dioses, sabios, monarcas, potentados y milicianos, iniquitosa selección de pitarrillas, por vosotros es que ha caído la humanidad en la vorágine caótica, porque desviando cada cual a su lado la corriente natural de los instintos y las ideas, según su conveniencia, han desorientado los corazones, mostrando auroras falsas de promisiones presentes o futuras, de Norte a Sur, de Este a Oeste.

Vosotros, simuladores de redentores, sois los verdaderos tiranos.

Pero sabed que yo soy el Dios de la Libertad, yo, el Demoledor, y que de hoy más ya no hay nada sagrado que oprima el fondo de la conciencia; ni yo.

¿Comprendéis, lacayos de vuestras angurrias y vuestro despotismo? La humanidad es libre en su conciencia, aquello único que vosotros los redentores no queréis libertar. Pues eso está libre ya. ¡Ja, ja, ja!

*

Luego el fuego a manera de un sol en palingenias, circuye los horizontes, avanzando sordamente, incendiando el cielo, el agua y la tierra. Y así el ígneo círculo cerróse a semejanza de un fanal en el que se volatilizaron el Loco y la humanidad.

La insospechable angustia que me aniquilaba me hizo despertar sobresaltado.

Mis ojos alocados vagaban inciertos en la densa sombra cuando al Levante veo venir en el cielo azul una cadena de nubes pesadas en forma de rosas marmóreas, cuyo sentido voy explicando a las gentes; en seguida llega otra

EL LOCO

que también explico; pero al empezar la tercera siento como si se refrescase mi espíritu y algo así como fuera un despertar, el cual en verdad no es.

Ojalá concluyesen ya por siempre estas vorágines en que se hundan mi corazón y mi cerebro. Tengo asco, rabia y cansancio. Hago todo lo posible por despertar definitivamente; pero otra vez veo que materializándose mi Alma y mi Cuerpo en medio de una extrañas brumas, vienen hablando.

MI CUERPO (furioso y gritando)

¿Dónde irá el buey que no are? El mundo y la humanidad tienen razón, Alma: hay que saber vivir. Y no tienes más, pues, Alma que saber vivir. Me envejeciste miserablemente en una carrera de sacrificios, yendo por en medio mismo de la libertad, reatando inútilmente el ejercicio de actividades. Para así más hubiera valido que me hubiese enclaustrado desde el principio en un monasterio, porque con menos sacrificio mis penas hubieran tenido el mérito de la santidad y no que ahora apenas si me llaman tonto. Es necesario saber vivir, Alma idiota.

MI ALMA (serenamente)

Pobre Cuerpo Es incuestionable que piensas como cerdo: como cuerpo; como todo el mundo: como los que saben vivir, aceptando resignados todas las humillaciones por un centavo, por un mendrugo y por un andrajo. Nada más que por eso; pero hacen bien, porque si no, no serían Cuerpos. De manera que tu gritería se explica muy bien; pues ya estás viejo y casi immaculado, contemplando con envidia el libertinaje en que el mundo da rienda suelta a sus instintos, por lo que sientes que el placer perdido te llama desde la cloaca común; por eso grita sin esperanza la agonía de tu energía animal. Pero eso me complace, ya que significa ser el testimonio inocente de tu pureza. Además ¿dices que para ir la vía crucis que pasaste hubieras preferido que se te enclaustrase desde un principio? Eso también es muy razonable, porque lo que bien hubieras querido era dormir a pierna suelta en colchón de plumas, mo-

ARTURO BORDA

viendo los labios haciendo como si rezases por no hacer nada; comer bien y holgar con hipócritas hembras entregadas a la misma farsa. Conque ¿sabes vivir, eh! Eso dice todo el mundo.

MI CUERPO (asintiendo alegre)

Claro: hay que saber vivir. Eso ya te dije y además dije que eso mismo la humanidad repite a modo de eco sempiterno.

MI ALMA

Tú lo dices y el mundo repite sin cesar, bien lo sé. Y dijeron, dicen y dirán los que han logrado amasar su alma en su sexo y en sus intestinos; pero como quiera que he visto que el **saber vivir** aun de los más líricos idealistas es tener que arrastrarse como víboras o perros, abdicando su altivez predicada, ya sea para lograr los favores del amor o de la fortuna de gentes generalmente más canallas que la misma canallería. Por eso yo, el Alma, he preferido venir por esta vía de tortura, por conseguir plena **autoridad** para mirar de alto a bajo a las gentes y hablar claro y fuerte desde el avatar más alto del orgullo. Y he querido que tú también logres esa **conciencia**, única forma de autoridad. Pues observa que toda esa porquería de gente que con más o menos hipocresía y miedo tiene que disimular la vergüenza y la humillación de arrastrarse continuamente, em-puercando su alma en la mentira sólo por dar satisfacción a su animalidad. Mira cómo quieren ocultarse y desaparecer. ¿No oyes cómo se esfuerzan gesticulando cómicamente trágicos por hallar alguna disculpa a la inmundicia de su **saber vivir**? ¿No ves cómo su propia conciencia los aplasta ante ellos mismos más que ante nosotros? Quiere decir que nuestra autoridad ha entrado más allá de sus huesos y sus tuétanos.

Mas, ahora que me comprendes, debe desaparecer ese tu sutil temblor contenido, de rabia sofrenada por no poder sobreponerte a mí.

MI CUERPO (sonriendo pensativo)

¡Hum___

EL LOCO

Y a medida que venían iban desapareciendo en la sombra, en la que....

.....

Después de un instante pasan las tinieblas en forma de bocanadas de la noche. En el horizonte se ve resplandores de incendio y

OMAR (saltando como un demonio de entre la» llamaradas de un volcán)

Yo me río de todo, porque yo he incendiado treinta mil ciudades, aldeas y castillos y seis mil templos. He vencido a Izdger, Rey de Persia, y a Heracleo, Emperador de Oriente. Acabo de incendiar setecientos mil volúmenes en la biblioteca de Alejandría. Loco, aprende, pues, de mí. No hay vencedor cobarde. Mira cómo arde la biblioteca más grande del mundo. Soy el vencedor de la inútil sabiduría del pasado.

RABELAIS, RAUE T MOLIERE (sonriendo)

¡Húm __ ! Parece que Ornar tiene razón y parece también que no.

*

Entonces, en el silencio de aquella noche, era de verlo al Loco, cómo para luchar a zarpazos y dentelladas a la luz del sol, hecho una bestia feroz iba afilando sus uñas y sus dientes en la, tiniebla que giraba solemnemente. En seguida empezó a descuajeringar el Corán y la Biblia, el Edda y el Zend — Avesta, el Talmud, los Vedas y el Toldos Jeschut, cuyas páginas aventó en pedacitos el viento de la noche.

UNA VOZ (emergiendo de la lobreguez)

Esquilo habla. Loco, presta atención.

Dice y la sombra se ilumina misteriosamente, cuando entre brumas las altas cumbres al despeñarse se conver-

ARTURO BORDA

tían en arenilla que se hundía en el océano, el cual iba rompiéndose en los escollos que los carcomía lamiéndolos dulcemente. El bramar de los aquilones arrastra un lejano rumor de voces.

"Prometeo: — ¡Ah...!

Mercurio: — Esa exclamación no es de Júpiter.

Geronte (el Océano) a Prometeo: — Parecer loco es el secreto del sabio".

Esto mismo repite San Pablo como cosa suya; pero no importa.

.....

De pronto el cielo, la tierra y las aguas, todo empieza a temblar, rezongando larga y horrisonamente en medio de nieblas y sombras, cuando entre retumbos y rayos salen lentamente de las tinieblas

LAS AMERICAS

(diciendo con voz de terremoto)

Oye, Loco, lo que decimos.

Anda tranquilo, hijo dilecto,
sin zozobras ni decaimientos,
y ante la Europa, el Asia y el África,
ante la Oceanía y la Australia,
para que tu acción sea libre,
presentarás esta credencial:
—REDENTOR DE LA CONCIENCIA

LOS ANDES

(hablando con rumor de remesón)

Oíste ya, misérrima criatura.
Ahora ciego, sordo y mudo al dolor,
al desaliento, al temor y la fatiga,
anda audazmente al tremendo cumplimiento
de tu destino,
porque estás ungido ya
con nuestro helado sudor
que te trasminó alma y huesos.

EL LOCO

EL TITICACA

(agitándose furiosamente)

Yo infundiré en el segador
y Demoledor,
con los ímpetus de mi alma,
ánimos y fe de surcador
y sembrador.

Pues ved ya cómo en la sorda calma
de mis negros fondos
el débil y fuerte amor opreso
del más alto, profundo y grande lago,
rebulle impaciente y a prisa
en los ignotos antros hondos,
queriendo ser, de su oleaje mago
en la superficie blanda y lisa,
la sonrisa de un beso
en la caricia de la brisa.

Mas, ya empieza el suceso.
¡Oh, mi celosa
chiquitíña!
armoniosa
ola chilindrina
que revienta, procelosa
y opulenta,
en rauda loor
que seduce y fascina
al intrépido Demoledor,
con lauros de espuma
en la mimosa
bruma misteriosa.
Y miles de millares a millones
llegan como ella a empellones.

Lista ya, mirad cómo se desliza,
cristalizándose, la sonrisa que idealiza
en los resecos labios de mi Loco,
limpiando así el gesto de su seño

ARTURO BORDA

siempre adusto,
grande y justo,
dibujando en su mente
con el agridulce beleño
de su ínclito ensueño
que en lo recóndito siente:

**El Triunfo del Arte, del
Illimani en la más alta cumbre** —
a donde soñando en breve parte,
cima en que a la mañana luce y besa
y a la tarde agonizando cesa
siempre primero toda lumbre,
refulgente o apacible
ya de **Inti, Paxi o Huarahuaras**,
como en oblación de lo incognoscible
a la gran Pachajmama
en las niveas aras
que de veras ama
de los grandes
Andes.

Por eso yo, el Titicaca,
así como en Manco Capaj un día intuyo,
en el espíritu de mis aguas,
el noble y grande imperio del Thahuantinsuyo,
ahora al insano cenceño
que con audacia se destaca
al soplo de mis íntimas fraguas,
yo le aclamo: **Rey del Ensueño.**

Pero que repose algo y se levante
para que a la aurora emprenda
su ruda travesía que fervoroso cante
por el ancho mundo en su nueva senda.

Luego un soplo de tinieblas impenetrables lo escondió todo; pero en seguida se fueron aclarando en sombras índigo verdosas, de tintes más mordorees, entre las que se veía venir, envueltas en un resplandor misterioso, saliendo de las islas del Sol y de la Luna, notando lentamente

EL LOCO

te sobre las frías ondas del lago sagrado, hacia Thiahuanacu.

LOS MONOLITOS

(que hablaban como con el rumor de los ensueños)

Loco,
hijo amado...
¿Qué?
¿La fatiga te aniquila?
¿No echas de ver
que no eres tú quien obra
sino que la inconciencia
de la voluntad ambiente?
No son, pues, el Alma y la Carne
quienes han de desviar tu destino;
y sin embargo
es cierto que esta tu agonía
es inquietante y dolorosa;
pero recuerda que llevas nuestro espíritu,
el espíritu de la piedra,
de la piedra endurecida
en la contemplación y la meditación
de los orígenes y fines
de la belleza y la verdad
en manos de los verdaderos y grandes poetas,
los artífices originarios
que reconcentraron en su corazón
toda la energía de su vida
en la idea de nuestra forma.
Somos la luz y la verdad hechas piedra,
y tú, Loco, hijo,
eres la piedra hecho sentimiento
y pensamiento americano;
así que alístate, pues, tranquilamente,
porque tu sino te prepara una nueva jornada
que deberás rematar
con **El Triunfo del Arte**
en la más alta cumbre del Illimani.
¿Comprendes?
Ahora anda,
que nuestra luz alumbrará tu ruta.

ARTURO BORDA ATAHUALLPA,

MOCTEZUMA y CAUPOLICAN

(severamente inmóviles)

Loco, hijo amado,
que tu pecho no se agite
ni en el llanto ni en las carcajadas,
ni tus párpados pestañeen
ni ante el rayo ni en el trueno
ni tiemblen tus dedos en el amor
ni ante la daga del asesino,
porque representas el sereno silencio
de nuestra oculta potencia
de inmémores siglos
y llevas, además,
nuestra bendición.
Cumple, pues, indiferentemente tu sino.
Pero nota que tu misión
no es ir a la conquista material
de Iberia o Albión,
sino que es ir al mundo
a la liberación
de la conciencia.
¿Comprendes? ¿Sí?
Entonces anda veloz,
que hace siglos
te espera el mundo.

LAS ESTRELLAS

(alocadas y radiantes)

Hagamos que, cintilando
y bailando,
nuestro pestañeo
de inquietas estrellas
sea un amplio derroche
en el cabrilleo
de las ondas sin huellas
en la densa noche.
Mas, para la ya gran alborada
— oh adamantino brillo —

EL LOCO

de la última sacra jornada,
id saltando
en centellas
de seductores zarcillos,
los sádicos arrullos
y los místicos murmullos,
en relumbros de lánguidos polvillos,
sobre las ondas y en los vientos,
sublimando así los sentimientos
de nuestro rebelde Loco amado
en sidérea luz abrasado,
a quien, sabed, oblamos ya el eterna!
e infinito imperio del sumo Ideal
en aquesta serenata sutil
y fútil de
la bella
querella de
chiquititas
estrellitas
rotas en astillas
de lucientes culebrillas,
en los rápidos reflejos
de quebrados y ondulantes
lóbregos espejos,
donde resbalando semejantes
a brillantes
collares
inquietantes
a millares,
van extinguiéndose luego,
con reluciente juego,
en la ociosa
arenilla
de la orilla
silenciosa.

.....

Y desperté, por fin, pensando con repugnancia en que estas mis pesadillas no son nada más que un miserable reflejo de la inmundicia del sentir o pensar artísticos o filosóficos del tiempo, con lo que fui haciendo estas reflexiones a modo de una...

ARTURO BORDA

INÚTIL APOSTILLA

Pero ¡oh, el asco que también siento ya por todas estas manifestaciones del alma! Ya no puedo explicarme la soberbia de los intelectuales, artistas o sabios y todos los demás, desde que he comprendido que la satisfacción de las necesidades espirituales es ni más ni menos que la satisfacción de las necesidades corporales. Ambas son apenas las evacuaciones perfectamente urgentes,, que de no hacerlas reventaría el individuo, por el cerebro, el corazón, el estómago o el sexo.

El conocimiento de la vida, o sea de la verdad, es lo que más humilla al hombre, toda vez que limita de un modo miserablemente fatal las más sublimes ambiciones. Esto sabido admira la ignorancia y la vanidad humana.

Así como la tremenda y grande soledad está en la conciencia de esa sociedad, la grande y tremenda ignorancia debe estar en la conciencia de la ignorancia que tiene de sí la sabiduría.

No, no sé qué febriles agujijones ha dejado en mi agonía esta siniestra pesadilla. Todo es ya en los ayeres y hoy, escombros en soledad y muerte... ¡Qué ansias de crear universos...!

En eso noté al fin que sonaba la hora postrera hacia el tránsito.

REACCIÓN

REACCIÓN

NOVELA RADIAL

Cansado al fin de tanto ir y venir sin lograr hacer nada productivo, febricitante de tedio me dormí en ayunas aquella noche también...

*

Estaba parado, apoyándome en la esquina Comercio - Plaza Murillo. La hora era de la luz indecisa en un crepúsculo violáceo en el que al encenderse las lámparas del alumbrado público fue una epifanía de naranjas. Mucha gente moza alegre iba y venía, descansando del trabajo.

Llega un grupo de amigos.

—¿Qué haces, Loco?

—Nada. Plantado, como siempre.

—¿Sabes? Estamos pensando reorganizar el Círculo Inti. ¿Qué te parece?

—Macanudo. El Círculo **Cinti** de las añejas parrandas, que inquietó un día al ambiente?

—Bueno. Y, fuera de broma, tienes que ponerte en actividad.

—De acuerdo, mi Jefe.

—Cierto; ya está el programa y te buscábamos para ver si quieres tomar parte.

—Bueno, pero ¿si les hago pasar las Horcas Cau-dinas?

—Claro será. Mas, prepara algo de lo que sabes. Ya te avisaremos qué noche será. Y hasta luego, Loco.

—Hasta luego. Vayan con suerte.

Ellos se van y yo también.

Días después. La sala está llena, Los números se sucedían deliciosamente. Al final citan mi nombre y el público se sonríe y tose de buen humor; yo también, pensando que no habiendo preparado nada, debo decir algo para zafar del atolladero. Y me pongo de pie, sonriendo impávidamente de mis apreturas. Comienzo así:

Con mi más afectuoso saludo a todos, debo comunicarles que habiendo sido honrado para distraeros durante una hora al reiniciar las actividades intelectuales y artísticas del Círculo Inti, en el primer programa de su reorganización, lo hago con mi mayor beneplácito, contándo les un ensueño o cuentoUn cuentito, pero no del tío,

Así que desde luego pido disculpa por la mucha lata que os he de dar. Y si os fatigo, advertidme para suspender la lectura. Hay que ser francos.

Recuerdo que la noche aquella estaba linda como una ilusión. Era en invierno. En las calles no había sino uno que otro viandante apurado. Yo iba cabizbajo con las manos en los bolsillos del pantalón, suspendidos los hombros y levantada la solapa, todo aterido. Verdaderamente el frío en la boca era de mascar como hielo. De rato en rato me soplaban las manos. La luna era llena y en el gris

EL LOCO

turquí del firmamento las estrellas fulguraban alegres, llamábanse con sus pestañas de luz. Y crucé la gran avenida Santa Cruz que están abriendo, entubando el torrentoso Choqueyapu, internándome lentamente en esas callejas angostas y tortuosas del suburbio en el que los raros foqui-tos de luz mortecina parecían avergonzados ante la suave claridad lunar. Dijérase que mi sombra me guiaba. De pronto una forma sigilosa ha trastornado una esquina. A lo lejos se oye el pitar de un guardián y acaso si la bronca bocina de algún auto, prolongándose cual si fuese la Sirena de "La Razón", anunciando alguna novedad a la vez se oye dar las doce de la noche. Yo estoy yendo como una sombra, metido en mis tuétanos, en el silencio nocharnie-go, cuando a mi espalda oigo una voz que repite: Reacción. Reacción. Y calla. Vuelvo la cabeza, y no hay nadie. Será la voz de alguna radio o gramófono, digo. Así, prosiguiendo, ensimismado, pensando y pensando en verdad, sin saber qué, atolondrado, con un cúmulo de ideas en fuga, entré en un tienducho destartalado, sórdido, mugriento. Un foquito antiguo, de veinte bujías, esparce su media luz en el local de asientos de adobes y cajones vacíos. En la trastienda un lecho de adobes con cama y un fonógrafo viejo, empolvado. En la armazón del mostrador de barro cinco o seis botellas vacías. Tres bebedores charlan en voz baja en un rincón. Saludo, tomo asiento en el lado opuesto. La dueña, veterana, está dormitando, arrebujada en su manta hasta la nariz, sentada en un pellejo de llama negra, soñando acaso su lejana juventud aborigen o en las tradiciones misteriosas del Kollasuyo ignoto. Cabecea lentamente al peso de sus heroicos años anónimos. La miro con tristeza. Se llama Kgana-Huara. Un gatito bien enroscado runrunea a su lado.

—Señora, buenas noches— le digo. Y despertando sobresaltada, responde:

—¡Ay! Señor. Me había dormido. Se ha perdido Ud. también tanto tiempo...

—Sí, señora— replico—; soy, pues, aviador en las sombras de la noche. Hace mucho frío. ¿Quiere Ud. darme una copita? Más bien que sea una cuartita.

—Le daré, pues, —dice levantándose muy apenas, y agrega:— ¿Y me lo ha escrito Ud. la carta para mi hijo el Escalera que está en la frontera, en el Regimiento Illi-mani?

—Sí, señora; ya lo creo. Aquí está. Y le estoy mandando los 20 que le debo.

—¿De veras! ¿A ver? —dice—. Le muestro. Mira alegre con sus ojitos nublados, y, sonriéndome la linda viejecita, continúa: Tan sola que estoy desde que se ha ido. Lea Ud. a ver.

Leo y me alcanza alegre la cuarta de duraznillo. Bebo dos copetines y otro más, repitiendo y aspergeando con el dedo el licor en el suelo, para la Pacha Mama. La primera en la frente y las demás en la boca. Ella se sienta y cabecea al punto.

En el silencio, cual lejano organillo, se oye el zumbido elitral de una mosca que ha caído en alguna telaraña. Acaso ha salido ya la peluda araña cautelosa con sus ojos enormes y atrapándola la arrastra a su cubil y lentamente le está sorbiendo ya su sangre. Pobre mosquita incauta;, ya no zumba como música de ensueño.

La luz de la luna ha entrado ya al tienducho; está en el cesto de coca y en el balay de pan con cebollas, quesos, ají y tomates.

Cerca a mi copetín, en el canto del cajón mugriento que sirve de mesa, con sus ojillos negros y brillantes me está mirando un ratoncillo vivísimo; ladea lindamente su cabecita como queriendo escuchar mi pensamiento cuando toso y de un salto desaparece.

Así, poco a poco mis párpados se caen. Me estoy durmiendo ya.

De tal manera me hallé de pronto, no sé dónde ni cuándo, inquietado por espinillos y pellizcos en todo el cuerpo. El sitio me era desconocido y sin embargo me pa-

recia haber estado en él ya, como en alguna premonición o en bilocación. Luego hay mutación constante de escenas. Suburbios y boulevares; bajos fondos de hampas y palacios; estruendosas cataratas y océanos en calma chicha; paisajes hórridamente dantescos y apocalípticos o de indescriptible belleza tropical edénica; caminos que voy, esfumados en lontananzas del azul; abismos que bajo, perdidos en limbos, y cumbres que escarpo, radiantes de luz nivea; luego en la umbría, al través de la fronda húmeda y verde se ha filtrado un rayito de sol, iluminando la arenilla del fondo del arroyuelo en la que la sombra cristalina de sus olitas entreteje lindos arabescos. Enormes mariposas tornasoles revuelan aletargadas con levedad de ensueño; mientras que en el rumor glicenado de la espesura se oye a coro, tamizado por el glú-glú de las aguas, el estri-dul de las cigarras, el canoro trino de mil aves y el canto del ruiñeñor; cuando de pronto, rápida y a pasito menudo, casi triscando, pasa coqueta y leve sobre el césped una linda chiquilla, túrgida, velada su sonrosada carne impoluta por un sutil tul inconsútil anacarado. Y mientras susurra el céfiro en la enramada olorosa, la virgencita, sonriendo desaparece en el manantial.

Y he suspirado involuntariamente.

Sí, la belleza femenina, desde su virginal niñez hasta el místico esplendor en su pubertad, es el augusto anzuelo y cabo de la ignota maternidad siempre vigil, como la sabia Naturaleza bifurca la existencia hacia la conservación ilimitada de la especie en la alegre exaltación de la belleza ágil, sana y fuerte. Ahora estoy subiendo en un ascensor regio de un rascacielos que atraviesa las nubes, cuando me hallo en el fondo de un abismo del cénit o nadir esfumado en las tinieblas. Luego estoy en sitios que me recuerdan mis horas venturosas o mis peores días. Y eso sucede en el silencio de una profunda soledad en invierno a tiempo en que pasan las sombras de los santos eremitas en la Trapa o en la Tebaida que se desvanece en una niebla densa, en la que estoy sudando frío. Pero de pronto, unos amigos, profesores todos, irrumpiendo en algazara en un vetusto caserón en una ciudad extraña, me conducen a la Escuela de Artes y Oficios de La Paz, cuyo

ARTURO BORDA

pueblo se halla prendido a su tierra; y empujándome suavemente ante el micrófono de la radio América, me dicen al oído:

—Che, Loco, te hemos buscado todo el día, sin poder hallarte. Estás en programa. Y éste es tu número. Habla ya.

Dicen matándose de risa al pellizcarme. Yo los miro alhelado, sin saber qué pensar ni qué decir, en mi perplejidad. Y ellos tornan a hablar, riendo aún más por mi desorientación en su intrínquilis.

—Habla rápidamente. Es el día del Maestro; nuestro día, che, Loco, ¿has creído que te ibas a burlar? Arréglate. ¿Para qué te has ofrecido a hablar? —dicen, largando el trapo de la carcajada, mientras desaparecen y se cierra la puerta de la cámara. Estoy hecho un tonto, sin saber qué hacer.

El locutor: —Ha de hacer uso de la palabra el profesor de dibujo de la Escuela de Artes y Oficios, desarrollando el tema Reacción.

Y sin saber también cómo, y temblando de miedo ante el micrófono, oyendo en mi aturdimiento una música lejana que el viento lleva, veo pasar, como en el cine, a Juan Jacobo Rousseau, Fovel, Pestalozzi, Juan Amos Can-sinno y Ferbart y la Decroles, que me miran enojados y de reojo; luego sonriendo me hacen un guiño y se esfuman, mientras que yo, asustado, con mis ojos bien abiertos estoy mirando la pared a tiempo en que oigo que comienzo a balbucir, más o menos, en esta forma:

*

En el insulso bregar de este tráfago inútil y estúpido, me parece que ya no veo nada justo, bueno o bello, arrastrado y envuelto, cual todos, por la brutal vorágine del mendrugo. Y paso tal si ya no existiese: insensible, sordo y mudo, a modo de un degenerado; sin embargo ahora, cual si fuese empujado por un huracán, me parece cru-

zar una zona salútfera al saber que es El día del Maestro y..... Recuerdo que hace días fue el gran día de la Madre.

Me sorprenden mis propias palabras. Sacudo la cabeza y me restregó los ojos.

Estoy atontado y temblando aún. Pero noto que comienzo a meditar, como no lo hiciera desde hace años. Y de pronto creo comprender, viendo tanta miseria espiritual y física en el mundo, que quizá las dos grandes figuras y fechas del nuevo calendario, sean las de la Madre y el Maestro. Reflexiono.

Pero en este momento siento que, semejante al impulso de una fuerza superior, quiero decir con el fervor más íntimo de mi alma, algo, respecto a esa sagrada idea y realidad que es la Madre.

Creo que la humanidad —desde que el mundo es— no pudo ni podrá concebir ideas o imagen más inmensa del misterio de lo incognoscible que Dios: aquello que no se puede concebir: precipitado de toda idea de infinito y eternidad insondable en el macro y el microcosmos.

Este concepto humano de Dios es el mejor testimonio de nuestra absoluta ignorancia. Luego siento, veo, palpo y comprendo que sobre la rugosa Madre Tierra no hay ni habrá ninguna realidad más tangible de la representación de esa divinidad, que es la Madre; nexo sagrado entre la humanidad y El Eterno, inabarcable e incomprensible de la suma bondad palpitante y sin término. Es decir, la Madre, en el estremecimiento perpetuo del amor cósmico, es la única representación divina en el Paráclito y el Demiurgo de lo más sagrado concebible en el fondo de cualquier religión.

La Madre que es a la vez todas las pasiones, todas las Viacrucis y todos los sacrificios y martirios, y todos los calvarios mudos y silencios, generadora de los poderes y potencias del misterio gnóstico. Ella, la inmensa, la divina, que es a la vez llanto, sonrisa y congoja, —amor, do-

lor, angustia y pasión, consuelo, soplo de fe y aliento—, agonía gozosa de dación íntegra al hijo, desde la concepción hasta la muerte, y más allá del nunca más y de todas las lontananzas. Ella la sacrosanta Klepsidra o reloj de arena o de la vida: en que la eternidad del futuro se filtra en ella, en el Yo perpetuo del ser, el hijo, hacia la otra eternidad que es el pasado ineluctable ya.

¡Salve a tí, Oh La Madre!

Dios hecho en tí amor, dolor, sacrificio sin tregua de la vida y de la muerte que la bienandanza de tu criatura que es el dolor de tus dolores, gozo de tus goces; fe de tu fe, leche de tu leche, amor de tus amores, hueso de tus huesos, alma de tu alma, médula de tu médula, y sangre de tu sangre, y vida de tu vida; suspiros, quejas y sonrisas; carcajadas y locura; delirios, hambres y sedes; desvahimientos y ensueños; pasado, presente y futuro, todo en el crisol de tu amor. Todo: tú misma; la prolongación de tu espíritu y materia en tu vastago, y que cuan, to más sufres y mueres por él, tanto más te das y callas.

—Salve a tí ¡oh Madre! El corazón más inmenso que ha podido concebir Dios en su infinita bondad.

Y quién ante Ella, ¿la inmensa, la divina, la inmortal, no se sublimará en lágrimas y de rodillas, sin las inútiles oraciones ya, sino que en el más puro amor de los amores de la gratitud humana?

Sí, señores.

Así pues; un día, para comprender tal infinitud de concepto, purificado en lo más abscondito de mi espíritu, cuidado en el esfuerzo y el estupor de todos los dolores... un día ascendí sangrando en el temblor de la Eternidad, yendo de esfera en esfera y de ronda en ronda al origen, donde creí hallar la vida en ebullición y solamente vi en el pavor helado de un silencio de vacío a las Madres... Estaban en la tiniebla circundada de radiante luz, mudas y pálidas, absorta la mirada enigmática y zahori, perdida en

EL LOCO

el eterno misterio, escrutando anhelantes en el terror sin nombre el destino aciago o feliz del hijo a venir. . .

Y en mi ser anonadado se hizo la idea de Dios. Y fue tal mi espanto, que desperté en una especie de agonía, como petrificado en los témpanos del polo ártico, tal si estuviese ante las anunciaciones o revelaciones de lo incognoscible. . . Sí. . . Pero perdonadme. Estoy inquieto y agitado,

Mas, ya debo volver al tema mismo, tema de actualidad constante. Y procuraré explicarme, porque creo que mi idea se enrevesa y mi pensamiento se enmaraña; es tanta mi emoción ante Ella

Y sospecho que quizá deberían ser una sola fiesta la del Maestro y la de la Madre, y a la vez la fecha de la renovación de protesta para obrar jesucristianamente en conjunto, hacia un solo fin: la redención humana contra viento y marea de toda idea castradora. Y ahora, a guisa de paréntesis, quiero, con mi más hondo afecto y deseo, recomendar a la juventud su benévola atención a lo siguiente:

Seré lo más breve posible, aunque el asunto da para mucho.

Y debo decir, previamente, contra toda corriente secante y pechoña, que a toda Maestra la conceptúo Madre y a todo Maestro, padre. Hogar y escuela se complementan.

Entiendo que la Madre con su idea y su voluntad, desde el instante de la divina concepción, y en el tiempo gestatorio, se reconcentrará sin tregua, en la vigilia y en el ensueño, forjando con su pasión, en espíritu y materia, al vastago, encarnando en él estas tres ideas: Fuerza, Sabiduría y Belleza — ; así en el máximo de su amor, acrisolado en el ansia de los más lejanos futuros, rodeándose de todas las imágenes perfectas de tales ideas, de manera que ella viva en esa sociedad de conceptos, estereotipando en su progenie, cual si fuese en una placa fotográfica. Todo

el tiempo debe estar pensando que está formando en ella el ser más perfecto.

Más claramente: deberá repetir con todo fervor, como la más alta oración sobre la tierra, para la cual la vida concede las máximas indulgencias: Dirá: —Mi rorro o guagua, es **fuerte, sabio y bello.**—

Y así, por tal manera, se irá formando el milagro en la maternidad sabia, al través de la infinita eternidad, como infiltración de Dios en la tiniebla siete veces honda de su sacrosanta matriz. Luego después de la prodigiosa epifanía del alumbramiento, la púérpera en la lactancia escopiará, gota a gota, la concepción de su amor, hecho carne: **Fuerza, Sabiduría y Belleza.** Tal, pues, el hijo será la encarnación de esa trilogía; el alto fin de la maternidad. A su vez, digamos, que el padre, desde antes del engendro, desde el comienzo de la atracción en la afinidad electiva del amor, irá consubstanciando en su naturaleza esa trinidad de ideas o fuerzas que la Madre realizará conciente-mente, sin que la descendencia sea ya un mero accidente, del espasmo ignorante y simplemente animal.

Ahora bien, el Maestro y la Maestra, en el Kindergarten, en la escuela, en el colegio y en la Universidad, y aún en la especialización facultativa, irán puliendo en sus hijos y en sus alumnos, en estado de plena conciencia ya, tales ideas: **Fuerza, Sabiduría y Belleza,** infundiéndoles con amor la fe tónica y la habilidad segura, sin los egoísmos y las envidias que algunos pseudo maestros suelen tener para la victoria de sus alumnos en su juventud, en la juventud que es todo el esfuerzo y la potencia de toda la voluntad sana posible en el individuo. Luego comprendamos, pues, ya, que el magisterio Psicoaltruista es la experiencia conciente de toda sabiduría, es decir, la que a raíz de los hechos analizados deduce normas ponderadas para evitar los errores y los fracasos en la niñez y la juventud que prepara para su victoria oportuna.

El maestro es eso: el más desinteresado amor y deseo del triunfo ajeno y lejano ya de sí mismo que continúa humildemente en la misma labor, sin idea ni espera de ningún galardón.

Eso son: la prof escrita y el profesor cito tan tenidos a menos en el escándalo mercantil y político.

En acápite tan importante y fundamental, cual es el mejoramiento de la especie, no veo razón valedera por qué desde la historia conocida no se ha dilatado y multiplicado en el pueblo y la humanidad una idea o fórmula semejante, conducente a la superación humana, justamente en el principio o punto de partida, en el genésico, con método y fin humano.

La educación física más antigua con la fórmula **Mente Sana en cuerpo sano y el Conócete y conocerás la humanidad** de la Pitonisa de Delf os o de Thales de Mileto, no va más allá; deja que el grueso mundo vaya como quiera o pueda.

La Juventud, atolondrada con su ansia de placeres a que le impulsa su plétora; la mayoría, constreñida por sus preocupaciones, y la vejez, pensando en la muerte, no sospechan ni preparan su hijo para ningún objeto y fin, como se prepara, por ejemplo, un proyectil en la guerra, desde el metal, las preparaciones químicas, el envase, todo, lo mismo el arma. Y así en todas las industrias, en que todo debe ser **fuerte, bábil y bello**.

La experiencia de nuestro fracaso debe enseñarnos y obligarnos a señalar a los que vienen la ruta del éxito.

Asimismo el hombre y la mujer desde el instante de la atracción o afinidad electiva ya deben estar preparando física, moral e intelectualmente, todos los elementos constituyentes de su heredero pre natal, el Rey de la Naturaleza, y no dejar que les sorprenda una criatura del azar, desprovista de toda herencia que no sea la puramente animal, dejan después, más ignorantemente aún, que la educación y la instrucción suplan de afuera a dentro lo que la paternidad no hizo en su inconciencia.

Todas las madres pueden certificar de la influencia de sus ideas y sus impresiones, cuando están encinta, en sus hijos. A su arbitrio está el tener hijos brutos, feos y malos y débiles, o bellos, fuertes y sabios.

Bueno, pues: Madres y Maestros, ya sabéis. Y a vosotros jóvenes: Los nuevos hogares deben ser la incubación inteligente de la Sabiduría, la Bondad, la Belleza y la Potencia del futuro Rey de la Naturaleza.

Vosotros, jóvenes, no tengáis ante el futuro la responsabilidad ignorante o maliciosa de los viejos egoísmos» Va en ello el más grande Ideal.

He aquí, pues, señoras y caballeros, una expresión inconfundiblemente tácita del más acendrado amor humano que han sentido palpitar en sus corazones y golpear en sus sienas todos los redentores de la humanidad, provocando luchas y guerras cruentas con océanos de sangre vertida inútilmente por el apremio de sus urgencias, revolando entre las ramas, sin sospechar que el principio genésico, acaso, sabiéndolo callaron por miedo y vergüenza a la tradición de sus normas educacionales. Han silenciado cómplicemente, atentando contra la felicidad humana Anarquista del Porvenir por ello mismo.

Y aquí la Madre y el Padre, el Maestro y la Maestra, forman una sola entidad hacia un solo fin, no solamente racial sino que humano; la perfección de la especie. En todo impulso y acción el individuo parte inconcientemente de lo humano y su misión es pues humanizar la vida. Eso. Y para eso se debe patentizar o entronizar en el hogar y el aula, en imágenes seleccionadas del arte y de la ciencia, los ejemplares más perfectos, como se seleccionan en la flora, en la fauna, etc., y no exhibir monstruos que no pertenecen a ninguna raza humana. En la escuela y el hogar las chiquillas, que luego serán madres, deben estar mirando constantemente lo más bello **posible**.

Esta concatenación de ideas me recuerda a las exposiciones de arte que se realizan en estos lares, en que se exponen supuestos tipos raciales americanos que no existen ni entre mongoles, hotentotes, esquimales, abisinios o patagones, ni en el arte cavernario: ojos y cejas perpendiculares, que no se hallan en la escala zoológica: entre aves, peces ni paquidermos y ni entre moluscos ni batracios; frentes tan deprimidas y ridículas cual no se encuen-

tran entre los simios; labios tan exagerados que no simulan ser sino belfos de jumentos; pómulos tan protuberantes que no son sino como cráneos descarnados. Y por último, la exposición corpórea en conjunto, y esto casi de una manera unánime, acaso de escuela ya, simula que fuese de tipos humillados, vapuleados, atrofiados, hipertrofiados en panópticos o centinas; una especie de ahorcados; tipos ago--biados, hundidos. Figuras que dan lástima. O quizá hayan tales ejemplares entre los efímeros infusorios... No lo creo.

El tipo racial se ha de buscar en el promedio, pero jamás puede ser de una excepción caprichosa, sin tomar en cuenta la acción selectiva natural.

Hablo de esto porque constituye un atentado espiritual y físico contra la pureza y belleza racial. Constituye una calumnia, por lo que se verá. Todos podemos ver cada día y a cada paso, en las calles, escuelas, conventos y cuarteles, el tipo de belleza aborigen y criollo, masculino y femenina, y nadie podrá constatar un solo caso dé parecido con tales pretendidos modelos, ni en kechuas ni aimaras. Todo el mundo puede atestiguar ante mi aserto. Y nadie puede desmentirme . . . Mas mis ideas se fracturan, huyen y se recomponen como las nubes.

Pero hagamos una pausa para decir que si las dres, siendo como fueron y son aún, meras esclavas, ignorantes y simple carne de placer del macho, dieron tanto hombre ilustre en el arte y la ciencia; ¡cómo sería siendo Ella, sabia y libre y, por consiguiente, madre y maestra a la vez! . . .

A este fin deben cooperar, a ojo cerrado, sociedad, Estado y pueblo, teniendo en cuenta que del germen que se esparce desde el Kindergarten saldrán los futuros hogares que den sabios, santos y héroes conscientes de su propio valer y valor.

Por esta manera al fin triunfará la escuela algún día al través del inconfeso batallar sin tregua del hambre del mísero maestro nacional. Pero sin lucha no hay triunfo, y

ARTURO BORDA

a mayor resistencia corresponde mayor victoria. Y a mayor sabiduría y libertad material mayor felicidad humana.

En los repliegues más secretos y cobardes de nuestra conciencia, ¿no sentimos acaso danzar alegre y leve la verdad desnuda, iluminando con rubores de amapola nuestras hipócritas tinieblas asesinas, carceleras de la libertad a la luz del sol?

Debo hacer notar también, a propósito, que de levante a poniente y de oriente a occidente, y en medio día, todos los cráneos humanos tienen las órbitas de dentro a fuera y de arriba a abajo, solamente en la raza amarilla, y en los asirios, se ve los ojos ligeramente oblicuos, lo cual sospecho que obedece al deseo de hacer un distinguo racial. A ello me induce la observación acerca del peinado en la más antigua estatuaria de China, Mongolia y Siria; en ella es invariablemente atirantado el cabello de las sienas hacia arriba y atrás, suspendiendo y alargando consecuentemente los remos de las cejas y los rabillos de los ojos, lo que el hábito diario en centenas de años ha definido esa forma. Y... que ese signo es más ostensible en las mujeres. Asimismo, los chinos constriñendo el desarrollo de los pies han formado el pie diminuto de las gueisas. Aquí, en América, no existe tal fenómeno en el autóctono, en cuanto a cejas y ojos. Si se ve algunos ejemplares será, seguramente, debido a la emigración asiática. En las razas rebeldes, casi extintas ya, urus, araucanos, pieles rojas, etc., no existe tal hecho. Como el testimonio más sólido, véase los monolitos de América. Y ahora bien; si a las madres durante la gravidez del embarazo, se las hiciera vivir entre semejantes tipos de esculturas, dibujos y pinturas, y entre sociedades que reflejan verbalmente semejantes imágenes, no se tardaría en tener en el país un terrible conglomerado de idiotas y monstruos; es decir, sería ir contra la corriente misma, porque a poco de observar se verá que todo va en ascensión incesante de perfeccionamiento hacia el trono del Señor, corroborando así las leyes biológico-sociales del transformismo evolucionista.

Notemos ahora, que en este sentido, aun las industrias puramente mecánicas tratan de embellecer día a día

EL LOCO

sus artefactos: véase autos, camiones, edificios, pasteles, zapatos, radios, máquinas de escribir, etc. Se trata, pues, de fortificarlo y embellecerlo todo; y tolerar una tendencia en contrario es ir derechamente a un estado de degeneración racial. ¡Claro! Y ¿cómo sería posible, me pregunto, que a algún floricultor se le ocurra que una linda planta de flores dé flores raquíticas y marchitas, o a ningún ganadero, sean sus reses inferiores al promedio, en peso, substancia y volumen? Todos tratan de producir o hacer producir cada vez lo mejor, no tienden a que su producción desmejore; entonces con mayor razón en cuanto se refiere a la especie, y particularmente cada individuo en cuanto a su raza; asunto del egoísta amor colectivo: familia, aillu, clan o raza.

Si en la pubertad consciente y en la primera juventud no se aprovechan el tiempo con avaricia egoísta, recordad que no se podrá ser ni hacer nada eficiente para nadie. Recordad también que el tiempo es lo que no se recupera, por centuplicado esfuerzo que se haga, y eso equivale a lápida anónima sobre nuestros días y la muerte de lo mejor y más valadero de nuestra existencia. Recordad también que la vida, con toda su sabiduría, su fuerza y su belleza, sólo se entrega gozosa a la juventud ambiciosa.

Jóvenes, la resultante de vuestra existencia será en el recuerdo el mayor galardón o baldón de vuestros maestros y padres; de manera que procurad ser lo más y mejor de vuestros días; esto ya depende de vosotros exclusivamente.

La juventud en el apogeo de sus aspiraciones, debe intentar la conquista de sus ideales, estén donde estuviesen, tentando si es necesario al Olimpo mismo. Debe lograr su triunfo en plena mocedad, en la potencia taumaturga de su vida en acción, en la plétora de su voluntad; porque luego vendrán sobre sí la debilidad, la impotencia y el agotamiento y no será sino desecho, vejez y remora quebranta-huesos.

Podemos hacer otra experiencia del poder reflejo aún en sujetos bien controlados y que por añadidura sean psiquiatras.

Estamos en un Hospital. Sitio de miseria, de angustia y de dolor. Ya el ambiente nos constriñe. Nuestro acompañante nos dice:

—¿Recuerdan de la bailarina Lyra y del atleta Sampson?

—Ya lo creo que sí —respondemos.— —Pues están hospitalizados hace, ella un año y él cinco meses ya. Y justamente están charlando en aquel kiosco. Vamos. Están en convalecencia. Casi mueren.

La simple sugerencia reavivó las imágenes. Ella rozagante está danzando fascinante en el escenario, sobre fondo de selva tropical, luciendo la maravilla de su cuerpo estatuario de músculos túrgidos y pechos erectos, al compás de una música cadenciosa, enloqueciendo de admiración y entusiasmo a los espectadores, lo mismo que después el atleta Sampson, tan recio y armonioso como el hercúleo Farnesio, haciendo demostraciones de un esfuerzo y salud increíbles; por lo que nos sentimos alegres, impulsados a saltar, cantar y volar, acrecentando nuestras fuerzas. El optimismo nos invade e infunde fe.

Pero mientras tanto ya hemos llegado al kiosco y ... ¡Qué lástima! La linda Lyra y el potente Sampson son dos espectros encorvados, cadavéricos, verdosos; hablan amenas; sus párpados se caen; tosen, lagrimean. No pueden pararse. Quieren sonreír y hacen un gesto que angustia y repulsa en mezcla de cariño y compasión. Una congoja se ahoga en el pecho. Ganas de llorar. La palabra se atraganta en la garganta. Nuestras alas se caen y nos sentimos descompuestos e impotentes. Sí, impotentes.

Estamos en el desarrollo de nuestro tema, señores: la influencia objetiva en la escuela y en el pueblo.

Sí, se ve que no hay ningún crítico, al parecer, que entienda de estética ni de asuntos sociales, ya que no solamente toleran semejantes manifestaciones, sino que aun las aplauden; y esto, sensiblemente, ocurre en todo el con-

EL LOCO

teniente, sin que hasta hoy se alce ninguna voz en favor de la palingenesia terrícola.

Y téngase en cuenta que la crítica en toda actividad debe ser en raíz, seria, honda y sincera, si se quiere que sea útil a los autores y la colectividad.

El arte es una aspiración hacia lo divino y no un descenso antinatural. Aun la muerte se levanta transformada y asciende en nuevas formas de existencia.

Diré, por otra parte, que yo no tengo ninguna animadversión contra ningún artista; pero me indigna profundamente, y temo por lo que ello pudiera tener influencia en el porvenir de la raza, no obstante del buen sentido natural de las gentes en general a quienes no se les puede paralogizar impunemente y que instintivamente, por defensa propia y de la especie, nadie acepta.

Y nótese que el arte es lo único que prevalece con la especie como testimonio aun de la prehistoria. Esta tendencia que se va generalizando, requiere ya la intervención de alguna entidad que la controle; y pienso, pues, nuevamente, en el Maestro, y la Madre, en el Padre y la Maestra, que deberían ir en protección del futuro de sus hijos y de sus educandos.

Siguiendo con mi propósito, ruego a los artistas no entiendan esto en forma de crítica de arte, porque comprenderán fácilmente, que el asunto va mucho más allá: va hacia la abscóndita labor de la raza, hacia su palingenesia. Y aun más: hacia la especie en su acción incesante de evolución ascendente. Lo explica, claramente, Darwin. Porque si tratara el asunto bajo el punto de vista estético, lo hiciera y digo, que lo hago, no como censura, sino que en forma puramente de advertencia. Esto entendido, les rogaría que presten atención al arte griego y el clásico del Renacimiento y a un arte anterior aún, al de los Incas, aquí, en Sur América. Véase las cabezas de los Incas en vasos, que existen en el Museo de Lima, reproducidos en "La Nación" de Buenos Aires de hace unos quince años. Quien las viera sin saber su origen, supondría ser arte

griego. Tal creí al ver los grabados sin antes haber visto su leyenda.

Y ahora he de pedir muy encarecidamente a mi auditorio, que al revés del proceso usado, preste atención a las redundancias en que incurro, porque no es esta una conferencia simplemente literaria, sino que quiero expresarme claramente también. Y así digo con justeza lo que quiero decir. Y si fuese necesario repetirla cien mil veces en cien mil formas distintas la misma idea redentora y salvadora en principio, según mi criterio, así lo hiciera alegremente a trueque mismo de que me japapeasen en silbatina, echándome afuera a empellones. Es que pongo en esto todo el amor de mi fe en esta garrulería que en puridad de verdad se puede reducir a diez líneas y que precisamente por eso pasaría sin su importancia, como pasa la simplicidad de todo principio o verdad. Y además así vamos distribuyendo esta hora de pasatiempo.

Así que aun puedo apuntar algunas consideraciones más.

El esfuerzo que la escuela hace por el mejoramiento de la raza, mediante la educación física, y la ética, queda, pues, anulada por la acción acaso inconciente de esta corriente de arte de snobismo referido, contra el alto fin artístico, que entiendo y siento ser, en lo posible, la sublimación del sentido de la vida. Para este efecto me permitiré recomendar a los artistas el estudio del mejor tratado de estética que conozco, el de Hegel, —claro, vasto, hondo y metódico—. De tal manera podrán orientarse hacia el verdadero arte.

Y debo expresar que no habría hablado del asunto, no obstante de haber tenido insinuación de muchísimas personas; pero lo hago, como queda dicho, porque ello interesa a la gran masa aborigen del continente que no puede salir en su defensa propia.

Lo hice por esas dos grandes ideas o fuerzas que son Madre y Maestro.

Y sin embargo de tratar insistentemente de este asunto, no está por demás, ya que puede ser útil, digamos que tales manifestaciones del pseudo arte son totalmente esporádicas y efímeras, tales como el cubismo, maquinismo, futurismo, etc., todos los ismos, que con Marinetti, que por lo absurdo, no llegan ni al nivel de las caricaturas de Karikato que resueltamente desfiguró la verdad, ridiculizando, con objeto de hacer reír al público, quedando, en consecuencia, en parangón con la petipieza de tonis y payasos en los circos. No así el arte serio y verdadero que trata de ennoblecer lo que hay de ridículo y trágico en la realidad, utilizando con su principal elemento, medio y fin la belleza, el amor, la verdad y la justicia, en la proporción y, consiguientemente, en la armonía. Tal es la diferencia entre un hazmerreír y una comedia, un entremés, un drama y una tragedia. Lo noble y alto y lo ridículo y lo grosero.

Y en mi aturdimiento en mi cabeza zumban los nombres de Esquilo, Shakespeare, Chaplin, Eurípides, Garrick, Maeterlink, etc.

¡Cierto! Pero disculpadme: casi no sé lo que digo.

Sin embargo, ahora podemos hacer una experiencia aplicable a cualquier parte del mundo y en cualquier tiempo.

Dije, y me parecía que la cámara se inclinaba a un lado, lentamente, después al otro lado; luego para adelante y para atrás, lo mismo que en un barco, de proa a popa y de estribor a babor. Naturalmente que llevando el compás, conservando el equilibrio. En seguida se inclinó tanto que me caí a una de las paredes, después a otra y en seguida al tumbado y al piso; pero caí despacio, cual si fuese de lana en la campana de vacío.

Las paredes, el piso y el tumbado, todo estaba acolchonado, blando. Después el movimiento fue más rápido y la cabeza me daba vueltas, también, tal si estuviese ebrio, Y no podía darme cuenta si estaba de costado o parado; naturalmente pensé que estaba borracho. En eso el moví-

miento se hizo más rápido, con lo cual imaginé ser dado en cubilete agitado por un loco y me hallaba ya envuelto a la diabla por el hilo del micrófono, que no lo soltaba, a, pesar de que daba tumbos de arriba para abajo y de uno a otro lado. Yo estaba callado y sin embargo sentí como si estuviese hablando en altoparlante, con todo el volumen del sonido, tanto que me zumbaban el oído y las sienas, por lo que mis ideas en tumulto y contrapuestas, se mezclaban de modo incomprensible, lo que a la vez me daba rabia y risa; entonces, creyendo resueltamente que estaba

ebrio, quise soltar el micrófono, desenredarme y No sé. Pero en eso, felizmente el movimiento se detuvo y yo seguía diciendo de este modo:

Nos hallamos en una exhibición de pintura, escultura, música, poesía y arquitectura y podemos ver que casi la totalidad de los visitantes prestan atención derechamente a las obras más bellas, tales si fuesen atraídos por la bondad o un electroimán. Y eso porque cualquiera quiere tener en su recuerdo o en su hogar algo que le agrada, algo que le consuele y le purifique de tanta porquería con que se roza a diario; es decir, conservar aquello por lo que se siente deleite al oír o contemplar; por todo lo que afecte gratamente a los sentidos. Lo bello y lo bueno seduce, encanta, fascina, atrae, arrolla, absorbe y domina en su contemplación, induciendo al individuo a la abstracción y a la meditación que elevan el espíritu en una aspiración de ideas y sentimientos cada vez mayores, lo mismo que cuando uno se halla ante una linda mujer o una bella flor o cuando oímos el sortílego trino o gorgoritar del organillo canoro o del ruseñor en el oquedal, junto al arro-yuelo murmurador. Mientras tanto, ¿qué ha sucedido con lo feo, lo malo o lo grotesco? Que se quedó en la berlina del olvido indolente e indiferente, ab eterno. Claro está que no faltará alguien de mal gusto; pero eso mismo confirmará la regla general de la existencia en mayoría del sentido común, del que Voltaire dijo ser lo menos común.

¿Cómo sería posible que nadie prefiera, por ejemplo, una cencerrada a la honda emoción contenida en simpleza del canto llano de Palestrina en la Capilla Sixtina?; ¿la farfalla de un gongorismo cualquiera a la limpieza majes-

tuosa de Hornero, el pordiosero ciego?; ¿un cuadro de futurismo o cubismo a cualquiera del realismo del gran Velásquez?; ¿o Michel Angelo, el Viejo Virgen? Un simple modelado tosco a la divinidad de la Manca de Milo o a la mutilada Victoria de Samotracia?; y, por último, un simple ^asimétrico ranchito de adobes a la severa euritmia de la puerta del Sol en Thiawanaku o al Pertenon de la Grecia Magna?

La disciplina del arte, en la belleza, por la armonía, es la más férrea y requiere la severidad de una verdadera vocación, hasta llegar a la ilusión de infundir la vida al mármol de Carrara o de Paros, con Fidias, Praxíteles o Miguel Ángel, quien al concluir su gigantesco Moisés, en la fiebre de la ebriedad de su creación, suponiéndose acaso un Pigmalión, dándole el último martillazo con que lo desportilla, le grita en su paroxismo: —¡Habla!— Y cae rendido el viejo Maestro.

Sublime.

¿No es verdad que esto llena el ansia del espíritu?
Claro que sí.

Pero antes de proseguir, recalquemos en la mente juvenil, que la vacilación acusa siempre ignorancia y miedo. Y la juventud debe ser resuelta.

Pues bien; seguramente el arte es el que más clara y bellamente expresa o trasunta los ideales en la forma más comprensible; por tal manera veremos que el objeto de la palabra es hacerse sentir y entender con precisión y claridad, palabra por palabra; en ello está su encanto, canto o musicalidad; la embolia.

El arte debe ser diáfano, simple y bello, de fácil comprensión, que atraiga al instante; no un problema o rompecabezas de alta matemática en la mecánica celeste, bien es cierto que nadie ha establecido aún la línea divisoria entre el arte y la ciencia, lo mismo que entre el día y la noche o entre la razón y la locura. Así, no obstante que todo está sujeto al justo equilibrio de la proporción y la armonía.

Pues bien, si esto es así, y teniendo en cuenta el decir de Condorcet, de que **el progreso no tiene límites**, ¿cómo sería posible concebir un retroceso en el arte, que es la floración máxima en las civilizaciones? No se puede ni se debe ir impunemente contra los altos designios.

Pero en el torbellino de la vida nos queda la facultad de discernir y andar y ser lo mejor que se pueda.

Mas, francamente, os diré que estoy como el diablo, predicando virtudes. Y, no obstante, perdonadme que prosiga con la lata.

Sin embargo, notemos lo siguiente: Para un cerdo será lo útil y bello el gris tornasolado del lodo en el muladar; en cambio, lo útil y bello para un picaflor o una mariposa será el néctar, el aroma y el color de la flor.

Pero nosotros no comemos ni mariposas, ni picaflores; en cambio, saboreamos y nos es útil la carne del puerco y sin embargo nos extasía el colibrí y las libélulas tornasoles, mientras que nos repugna el chancho.

Así somos; espíritu y materia, viviendo de lo grosero y repugnante y de lo bello y perfecto. Y será, a propósito, pidiendo perdón, al benévolo auditorio, debo decir con la claridad que impone el motivo y la circunstancia, que por ministerio de la creación en el génesis, el gángster, rufián o proxeneta y la ramera, hetaira o meretriz más pervertidos, son sagrados y puros de toda pureza, en la concepción en que se realiza el prodigio eterno y para siempre.

El arte en su aparente sutileza baladí, debe tener toda la fuerza y poder de la naturaleza, con todavía potencia de que es capaz de comprensión la pedagogía moderna, mucho más si se trata del porvenir de aqueste nuestro continente, llamado todavía América, tan vilipendiado y sin embargo tan ambicionado por el mundo entero para su expansión en toda forma y sentido.

Y, a propósito, hay que tener en cuenta que en la postguerra de la hecatombe apocalíptica de Europa, cual-

quiera de los contrincantes que gane, el peligro para América es el mismo; de manera que la unidad fundamentalmente espiritual del continente tiene que plasmarse enérgicamente por la eugenesia.

Y esto hay que entenderlo al pie de la letra, sin eufemismos.

Mientras Europa se hunde en la guerra, América debe elevarse en la paz, a todo trance; va en ello nuestro porvenir, nuestro destino.

En cuanto a esto, conviene tener en cuenta que las razas son meras fracciones o células de la especie humana, como es la familia de la raza. Entonces desde el individuo todo tiene que converger, como en la fuerza centrípeta, a formar totalmente, en un tiempo aún no previsto, el arquetipo super Espécimen de la especie, cuyo objeto, cual el de la vida misma, ni sospechamos todavía, por mucho que constriñamos nuestra comprensión más amplia.

Esto no es, no puede ni debe ser mero asunto egocentrista de sangre o raza que el egoísmo colectivo ignora del otro mundo anhela solamente para sí; es asunto profundamente humano retrotraído desde las más lejanas ondas de la vida. Dicho está.

Hermanos en la ignota raza, compañeros de esclavitud y miseria en estas y las otras tierras, alzad la fe, levantad la conciencia de la urgente necesidad de nuestra unidad de hermandad y compañerismo para nuestra defensa y triunfo en los horizontes perdidos más allá del azul. Sí. Aún es hora.

¿No oís en el orbe el lúgubre salmodiar en la agonía de la civilización de Occidente?

En la campana del Universo ha sonado ya la hora del retorno de la inmémora civilización del Kollasuyo. Desde Alaska hasta la Tierra del Fuego o el Cabo de Hornos; aztecas, pieles rojas, araucanos, quechuas, urus, patagones, calchaquíes, aimaras, guaraníes, tobas, toltecas y ma-

yas etc. Filiales de la raza primogenia: toda América prehistórica, pristina, limpia y clara, y multánime, como su música solemne, alegre y sana. Onomatopéyica de la naturaleza plena. Pinquillo, kgena, huancara, tarka y charango, etc., representando silbo del aire, retemblar de tempestad, el germinar de la simiente, el glú-glú del manantial o el estruendo de catarata; la música clásica antes de todo clasicismo. Es la armonía cantando en la Madre Tierra al esplendor del Padre Sol y su corte estelar.

Tal acaso la piedra angular o el punto de apoyo que pedía Arquímedes, para mover con la palanca el Universo. Pues bien, volviendo a mi tema de actualidad incesante, digo que las cosas hay que enseñarlas cuando es tiempo, para los niños y los púberes y para no tener que lamentar después su caída en un estado nulo, improductivo de sí, o intelectual y sentimentalmente eunuco de la degeneración.

Un paréntesis al respecto. Regularmente, por ese torbellino de incomprensiones en que estamos envueltos, sin ánimo de hacer ningún esfuerzo para comprender, se ha dado en llamar degenerados a los que sin tasa ni medida generan de lo más recóndito de sus existencias, extrayendo la experiencia de su propio cerebro y corazón, las fuerzas, las ideas, el amor en pasión y la belleza más radiante posible en el esfuerzo, esparciéndolo luego todo a todos los vientos; para ellos no son degenerados los que no dando nada de sí en su egoísmo, son los productores —si así se puede llamar— puramente extractivos de la tierra y de sus gentes y bestias.

Así contesto una vez por todas, a mis enemigos destructores, cuya mayoría murió ya, sin dejar huella de su tránsito en el tiempo y esta tierra que suponían, envidiosos, su heredad.

Pero nosotros seguimos lentamente impasibles, indomables e infatigables, roturando insensibles y estarudos el misterio avaro, con el ansia de poder un día, locos de alegría, gritar: —¡Eurekaü— de alguna revelación.

Y en asuntos de la vida hay que tratar en principio las cuestiones de la existencia, tal como el de la generación y no como antes, que al enseñar fisiología se suprimía en los textos el asunto sexual y las láminas, cual si se tratase de un pecado capital o de un crimen, aun de su profilaxia. En esta forma obran, aun simulando el sentido religioso más profundo, quién o quiénes quieren degenerar, matar, extinguir o desaparecer al individuo, a la familia, al pueblo o a la raza que desean suplantar o sustituir en su beneficio propio, so pretexto de conquista o lo que fuere, olvidando que Dios ordena el **creced y multiplicaos**, torciendo ellos necia o ladinamente el concepto en el **sexto na fornicar**; todo un contrasentido palmario que no alcanzo a comprender. ¿Alguien en el auditorio puede resolver este problema... estúpido, absurdo, que no comprendo?

En cuanto a este asunto hay que tener en cuenta que todos los sujetos o grupos que quieren someter a otros individuos o grupos, o a la humanidad misma, tratan de sugerirles o imbuirles las ideas de asco, miedo y vergüenza, a fin de formar hatos de becerros o recuas de jumentos o manadas de siervos, para sus fines proditorios. De ahí proviene en la mayoría de los casos, el predominio de la asombrosa abundancia del mimetismo de tanto imbécil que con torpeza de topos, pretenden simular en esta trágica comedia el valor, la honradez, el talento, etc.; estirados e inflados como pompas de jabón y que cual los dominguillos de celuloide con plomo en las patas, resisten al cambio de orientación de todos los vientos, en forma de veletas, y todo en virtud de su vacío de cascabel. Y no son ni oropéndolas. Y digamos el asunto más claramente. La idea de la vergüenza imbuida por ellos en los niños por cosa tan santa y pura y tan fundamental como es la generación, fatalmente tiene que llevar consigo el asco, la repugnancia y el temor y el miedo a meros fantasmas de la imaginación o mentiras que luego tendrán toda la apariencia de verdades, conduciendo, en consecuencia, al individuo hacia la cobardía. Y todos saben que el cobarde es un derrotado. ¿Quién querrá ser derrotado como individuo o como patriota? Por lo contrario: ¿Quién no anhela ser un vencedor?

Es por eso que en el noviciado de todas las religiones, lo primero que se enseña, secretamente, a los adeptos o novicios, es a perder el asco, el miedo y la vergüenza, sin embargo de que bajo el punto de vista educacional ellos inculcan en sus fieles las ideas de asco, miedo y vergüenza, sin aclarar los conceptos, para sus fines proditorios.

Ahora bien. ¿Qué vencedor, en el fondo, no es un desaprensivo, un audaz y desvergonzado?

Bueno; pues, bajo el aspecto educacional, patriótico y, sobre todo, humano, el hogar y la escuela deben enseñar a los niños, como en las mejores religiones a perder a tiempo el asco, el miedo y la vergüenza para no formar generaciones de alumnos e hijos asquerosos, vergonzosos y cobardes, o sea derrotados, de cadáveres vivientes, o de adobes, ladrillos o adoquines, que pueden servir para todo, menos para seres concientemente libres y productores de lo íntimo de sí mismos en fuerza de su libertad. Un cobarde, asqueroso y vergonzoso jamás puede ser un patriota útil por muy bello, fuerte y sabio que sea; porque la libertad del valor nace de la idea libre, formando el pensamiento libre, y la palabra libre y luego ejecutando la acción libre, la libertad palpitante, vivida. Y todos saben que por nada la humanidad ha vertido, ni vertirá más sangre que por la Sacrosanta Libertad.

De manera que hay que habituar en los alumnos el ejercicio de la idea libre, que luego vendrán el pensamiento, la palabra y la acción libres.

Hablando a este respecto debemos apuntar la sugerencia de que en medio de la disciplina más rígida, el sentimiento y la idea de la libertad debe ser el alma, el objeto y el fin de todas sus acciones, mientras existan opresores en el mundo, bajo cualesquiera nombres que se les den.

Y en pueblos libres como en los de América, debemos suponer que toda autoridad debería ser un maestro en la materia, porque emana del alma y del sacrificio mismo de los Protomártires, haciendo llegar esa fe al pueblo. Entonces se verá realizarse la paradoja de que el pueblo

EL LOCO

se someterá voluntariamente a la más férrea disciplina por y para la conservación de su propia libertad.

Ahora bien; tramontada ya mi mocedad y hombría y no obstante mi intenso amor a la tierra, por su obstinada incomprensión con que sin causa me resistió y resiste, me dirijo ya a los pueblos de América que buena-^ mente quieren y hagan por comprenderme en mi absoluta desnudez de intereses secundarios o parasitarios de la idea.

Y entended bien: a mayor comprensión redundará mayor libertad, que luego la escuela troquelará cimentando la libertad.

Así, pues: Eso, hay que libertar la conciencia humana de la mentira y mentiras con que cuatro bribones la han explotado sin obstáculo: Hay que formar una conciencia de la Libertad y una verdad de la libertad de la conciencia; entendiéndose que la conciencia es el raciocinio sereno de la vida vivida. Y así no tendrán ni asco, ni miedo y ni vergüenza ni al escarnio, ni al dolor, ni a la miseria y ni aun a la muerte, ya que la idea orienta los actos humanos.

En este sentido, ni el pretexto de que **el fin justifica los medios**, condena o absuelve a la mentira que forma hipócritas.

El hipócrita es por naturaleza un cobarde y canalla, que, muy seguramente sufre la dolencia de alguna oprobiosa lacra intelectual, física o moral y que su impotente miedo le impulsa a obrar, ansioso de venganza, desde la irresponsable sombra anónima, agitando la calumnia o empujando el asalto de matar con la delación, el perjurio o cualquier otra infamia de la mentira que satisfaga su envidia que es el ansia de aniquilar lo que no se es o tiene y se desea. El hipócrita es el repugnante fermento del pus, de la pudre más secreta que en la lepra y la sífilis; está oculto en todo y en todas partes, en el agua, en la luz y en la sombra, es incoloro y trágicamente transparente, invisible cuando obra, como el pulpo en celo. Egoísta por na-

turaliza, es el enemigo mortal de toda aspiración sana» del amor, del bien, y la justicia, la belleza y la verdad, de toda inocencia confiada y alegre. El hipócrita es el alma y el brazo armado de todos los crímenes, de todas las traiciones, desde el filicidio y el parricidio hasta el deicidio. Para el hipócrita no hay nada sagrado ni tiene ninguna responsabilidad ante nadie, acaso ya ni ante su propia conciencia, en cuyo tenebroso fondo sus peores enemigos son el amor, la belleza, la justicia, la verdad, la alegría de la felicidad y la sacrosanta libertad que es la única enfermedad contagiosa y redentora sin remedio a pensar de las horcas, calvarios y las guillotinas.

Nada más siniestro y trágico que un hipócrita invisible que nos sigue por todas partes para asestarnos su puñalada a mansalva; es todos los espíritus del mal: Lucifer, Ariman y Moloch disfrazado de Adonai, Ormuz y el Ángel de la Guarda.

Es el Espectro del Umbral haciendo de Ángel de la Luz. El envidioso alacranado.

Y bien, señores, es necesario considerar que no por ello se ha de detener el proceso de la existencia; si lo hiciese equivaldría a un retroceso: tal es la ley cósmica, en virtud de que en la vida todo avanza.

Ello tendremos de modo más comprensible recordando el pasaje de la Biblia, en que al huir del incendio de Sodomá y Gomorra la mujer de Lot, por detenerse un instante a verlo, se convierte en estatua de sal.

En eso, en que yo estaba hablando con tanto entusiasmo, se abre la puerta y entran los maestros, matándose de risa y dicen:

—Che, Loco. Qué disparates estás diciendo. El público se está riendo a carcajadas de tus inocentadas. ¿O estás borracho todavía?

Y unos me jalan de las orejas, otros de los cabellos o de la nariz, otros me pellizcan y otro me da coscorrones.

Y me empujan de un lado para otro. Yo quería contestar y defenderme y ellos se reían a mandíbula batiente, mientras que yo estaba reventando de rabia, queriendo emprender con todos a golpe limpio, pero se reían tanto que yo también lancé la carcajada.

Y todos reímos como locos; pero yo no soltaba el micrófono, pensando en el boche que estarían oyendo los radioescuchas, imaginando quizá que era la audición de un manicomio.

Entonces uno de ellos dice: —Lo has embarrado, che Loco; mejor es que no hables más. Trae el micrófono o cortamos. Otro de ellos, riendo siempre:

—No; habla nomás, pero razonablemente, en serio. ¿O has creído que te hemos traído aquí para que te burles de nosotros y del público? Así que habla bien. Nosotros hemos de ir a oír; y si vuelves a disparatar te prometo que te pegamos una paliza; y si no, ya sabes, hay farra.

Y dándome una fuerte palmada en la cabeza, con la que me deja más tonto, desaparecen nuevamente.

Sería, entonces, por temor o quizá por qué, que parándome firme sacudo la cabeza, frunzo el entrecejo y ahuecando la voz, así como cuando uno está mareado, sin acordarse de lo que dijo y va diciendo, y todo lo ve llano como desde las nubes, como buen aviador, prosigo diciendo: Pero reanudemos ya el hilo.

Pues bien, en consecuencia, ¿qué Padre o Madre ¡qué Maestro o Maestra, poniéndose la mano en el corazón, no querrá que sus hijos y alumnos, deseando que nos superen en todo sentido, no querrá, digo que sean lo más grande y mejor de la vida!

¡Ay de la enseñanza que envidiosa y egoístamente oculte la sabiduría a sus hijos o alumnos: su memoria si no maldita, será sepultada en un piadoso olvido de muerte; porque la conciencia de la enseñanza honrada es el crisol en que se funden el artista, la madre y el maestro; la tri-

nidad libre que eclosiona en el máximo progreso de cada civilización, según su tiempo y lugar.

Entre todas las avaricias la más ridícula, estúpida y criminal es, seguramente, la avaricia de la sabiduría y más aún en el magisterio, donde se aprende, precisamente para darla acrecentada de experiencia.

Y no he podido averiguar en qué sentido será avara la Madre Tierra.

También es bueno que sepamos que para nuestro señorío y gobierno, que la envidia constituye la más feroz maldición del suplicio más perenne, por cuanto que es lo que más lacera, consume, roe y envilece; degenera tanto o más que la ociosidad, que la hipocresía o la avaricia; no deja espacio ni tiempo ni aun para dormir, alimentarse ni pensar; es la madre de los más horribles crímenes que puede forjar la imaginación. Para la envidia no existe lo sagrado; puede ser, conciente o inconcientemente, parricida, filicida, fratricida, matricida o deicida. Es el amor propio encarnizado, el fuego de la más infame de las pasiones.

Artistas, sabios, madres, maestros, padres y maestras, guardaos de ello con grande celo.

En este sentido, son tres los enemigos del magisterio, de la maternidad y el arte: la hipocresía, la envidia y la avaricia. Y pregunto: ¿Quién quiere hacerse delincuente de semejante crimen?

Ahora notad que sólo en la guerra, en toda forma de guerra, siempre aniquiladora, entre enemigos, en el secreto de la envidia, de la hipocresía y de la avaricia está la fuerza del triunfo.

Y aquí es forzoso distinguir la guerra de la escuela, del hogar y el arte: la paz que es el amor altruista, fecundo y creador, no obstante que en la existencia todo es batallar.

Además, digamos, que la madre al transformarse «n su prole crea el árbol genealógico y que el Maestro con

EL LOCO

el supremo desinterés de su apostolado redentor, se da sin tasa ni medida a los hijos de los demás: y luego el artista, olvidado de sí, absorbiendo con angustia insaciable la esencia del amor, la potencia y belleza de todas las existencias en la poliinfinitud proteica y proteiforme de lo cognoscible, viviendo esa pluralidad, lo traduce todo en armonía, vaciándolo luego todo a manos llenas en el universo mundo del Ser.

Pues bien; en síntesis, que es la esencia del conocimiento, como la definición, digamos:

—Se es Madre en la concepción; en la lactancia y en la educación;

—Se es Maestro en la instrucción, y en la educación de la sabiduría y el poder; y

—Se es Artista en el amor, en la belleza y la justicia: la eruitmia.

Tal es la suprema trinidad en la Tierra, el trasunto de la cósmica y divina: Sabiduría, Amor y Fuerza.

Por esta manera, el pensar en el maestro, considero que una escuela, por pésima que sea, por plagada que esté de deficiencias es, siempre, mejor y preferible al mejor cuartel o convento; porque en la escuela se va formando humanamente la conciencia, la conciencia del sabio, del obrero, del artesano, del artista y del labrador, y del científico, del héroe, del mártir, etc.; el cuartel; conglomerado de toda idea y profesión, no arroja más que soldados, generales y grandes capitanes para la bala, la devastación y la desolación en la guerra. No crea nada. El convento en su indolente molicie, somnolenta y segura de su vida, apta para el misticismo despreocupado, no da más que meros frailes, obispos y papas, siendo así que por sus condiciones de vida muelle, fácil, todos deberían ser sabios. Así, cuartel y convento, en fuerza del comunismo que practican, allegan fácilmente de los cuatro puntos cardinales todas las dóciles fortunas. No así la escuela paupérrima.

El abandonado Maestro laico, apretado por la condenación de su tiempo para la enseñanza y educación de sus alumnos, constreñido por su deber hondamente concienzual, puede morir de hambre y desnudez y nadie hace nada por él.

En este sentido, en el cimiento de la Universidad, una kindergarterina, en mi concepto, vale, puede y hace más y trabaja y produce más que todos los obispos y generales y, por consiguiente, merece todos los honores de las mayores autoridades del mundo; porque está en sus manos abriéndose el germen de las futuras conciencias, es decir, de las futuras autoridades: está modelando humildemente santidades, heroísmos y sabidurías que un día asombrarán al mundo.

¿Habéis pensado lo que significa y vale una kindergarterina? ¿Os dais cuenta de la paciencia y sabiduría de tacto, y más que todo, del amor y sacrificio que importa su labor de ir despertando y orientando por la vida diversa, con más amor, fe y cuidado con que cultiva su vergel una jardinera y lo hace con más amor, ultrasensible, con que un escultor modela su creación en la arcilla blanda con las yemas de sus cálidos y sensibles dedos? Ella es la piedra angular sobre la que se levanta la Universidad.

En todas las actividades humanas la básica y más útil, es, sin lugar a duda, la del Magisterio. Por esto creo que algún día en los Estados, el Canciller será el Ministro de Educación. Hay que considerar la magnitud de la cuestión para revelarse y proceder en consecuencia.

Madres, Maestros y Artistas que amáis vuestros hijos, alumnos y obreros, pensad que no se puede vivir responsables de alumnos e hijos ante la eternidad del porvenir, bajo semejante férula de una tal educación eternamente irracional y secante de la libertad espiritual y material en estas tierras inocentes y hermosas en que pesa todavía en muchas formas la opresión del imperialismo calculador. Vosotros sois y seréis los únicos responsables del fracaso o la victoria de la nacionalidad.

EL LOCO

Y hago este hincapié para que tan enorme responsabilidad pase incandescente en vuestra conciencia.

Y es verdaderamente asombroso, pero así sucede en el curso de la humanidad: lo que más urge para su perfeccionamiento y ventura es lo que justamente más olvida, en el hecho, aun cuando es muy posible que en la idea el suceso esté durmiendo en la subconciencia.

Esto se puede observar desde las más grandes remotas ideas filosóficas, teogónicas y cosmogónicas, con relación a nuestro objeto.

En la Judea con Kapila y Patandjadi en la concepción de Brahama, formando Kchetryas, Vaisyas y Soudras, y la Metempsícosis. Y así en la China Lau Tsen con su dios Too y Koung-fu tzce; o Confucio, en su obra Ta hio, por el deber de trabajar el individuo en su propia perfección, también. En Persia, encontramos a Zoroastro con el Zenda - Avesta con su dios Zenam Akeram. Entre los Caldeos hallamos a otros zoroastros removiendo el asunto del génesis. En el Egipto con Kermes y Trismegisto se halla el mismo principio. Los fenicios con Moscus, Sanchinian-ton y Cadmo, andan también de acuerdo en el fondo, teniendo la doctrina de los átomos. En la Jonia Thales de Mileto anda igualmente con sus doctrinas. Pues bien, estos asuntos traídos al parecer de los cabellos, se verá que tienen su razón de ser cuando se trata de la naturaleza de las cosas que interesan al fondo humano, espiritual y material.

Todas estas cuestiones que tienen profundas raigambres religiosas tratan de la obligación y deber del perfeccionamiento del individuo, pero en el desarrollo práctico de sus doctrinas se alejan infinitamente del individuo, olvidando todos desde hace centenas de siglos, olvidando, acaso intencionalmente, que el fundamento básico está en la educación y la instrucción eugenésica e inteligentemente humana.

Es así que todos se dedican al perfeccionamiento de todas las artes y las ciencias, mejorando día a día todas las

maquinarias, así, sin acordarse prácticamente del modo de perfeccionar el organismo o máquina humana, siendo que la matriz en la máquina materna es lo más suprasensible, más que un receptor radial y micrófono o sismógrafo, ya que imprime, transmite y trasfunde en el hijo las formas, potencias y modalidades y sentimientos e ideas o el sentir, así como se troquelan medallas, se vacían estatuas o se transmiten televisiones.

Tal, por voluntad de la Madre se tendrá juventudes constitucionalmente fuertes, sanas, buenas, bellas y felices. Y, felizmente, sabemos todos, lo que es cuánto vale la santa y bendita voluntad — lograr que se realice lo que se apetece. Pues bien; la Madre, como el Maestro en el alumado, puede y debe forjar en el hijo de sus entrañas esa gran fuerza y poder, mucho más siendo ese el fin máximo de la madre, mientras lo gesta, y después: —Yo, yo quiero y estoy haciendo de mi hijo, con toda mi alma y mi vida reconcentrada, el más alto poder de potencia en acción de la voluntad más firme del ser más perfecto y feliz en todos sus atributos y facultades. Y esto lo haré sin antinomias.— Cada cual repetirá esta oración del modo más comprensible. Perfeccionar el imperio y poder de su voluntad en la obra de sí, en sí, en su prole, será, hasta la consumación de los siglos, el hecho más enorme y glorioso de la Madre, que contemplan absortas las edades.

¿Qué cerebro podrá imaginar una humanidad de tales descendencias? ¿Acaso no llegará a divinizarse así la humana especie y vivir una existencia de Edén, Cielo, Olimpo o Walhalla?

Entonces, desde la floración carnal de la pubertad, tal debe ser el más alto ideal femenino, concebible, surgiéndose en esa sacrosanta meditación con que un día obrará su voluntad, sin esfuerzo ya, a semejanza de la ley y fuerza cósmica: estará en posesión del fuego sagrado de Vesta.

La vida es una insatisfacción insaciable e insatisfacible, y el conformismo es la idea de que hay que sacudirse: reaccionando hacia las ascensiones con mayores mira-

jes de horizontes y posibilidades más amplias y luego ilimitadamente en el alto Ideal.

Vosotros Maestros, Madres y Artistas, ponderad bien lo dicho: es el secreto robado a vuestras vidas en vuestras horas de meditación más profunda en el silencio gélido de vuestra soledad, desde la que hasta Dios pasa ausenta En consecuencia, impelid y exaltad en vuestros hijos y alumnos: ellos deben realizar en sus días el ideal de ventura y poder que no alcanzasteis por impotencia o por el odio de la envidia-ambiente. Alentad y tonificad sus vidas con palabras que sean aletazos inmensurables con que les mostréis el esplendor de la gloria; porque el triunfo de ellos será el vuestro; habréis vencido en el engarzamiento del Ideal, vosotros los perifrastes del misterio, los promotores y guías. Tened la sangrante conciencia de los precursores obsesos, abriendo a tajo la verdadera senda enmarañada en el oscurantismo de milenios, hasta hoy, en que canta la Libertad...

Que el concepto de libertad no sea, pues, en vosotros mera palabra. Una idea nacida en una impresión, ebullendo al cerebro y el corazón imprime desde la inteligencia sus impulsiones a las manos, a los pies y a todos los órganos que exteriormente ejecutan al pie de la letra o el impulso medido de la idea o el sentimiento; y los órganos femeninos de la generación, constituyen en la concepción y el embarazo el prodigio ultrasensible de la acción psíquica, física, intelectual y moral, transmitiendo y organizando las fuerzas o dolencias. Pero nosotros no pensamos en esas herencias sino cuando vemos arrastrar sus lacras la miseria, que es justamente la que debe reaccionarnos a considerar y obrar en sentido contrario, contando con nuestro poder de inteligencia y voluntad consciente. La experiencia diaria, objetiva y palpable, prueba, pues, con superabundancia de hechos, de razón, de criterio y lógica, que está al arbitrio de la Madre el hacer de su hijo lo que le plazca, salvo naturalmente en casos de fuerza mayor. Y ahora estamos precisamente en el punto por el que debería comenzar la educación sabia; y no dejar que se esté procreando bajo la inconciencia del sólo orgasmo en celo.

En este caso recorro lleno de fe a biólogos y médicos, por ser el asunto de tanta trascendencia humana. Recorro también a los periodistas para lo que entiendan necesario hacer. De manera que la hembra debe tener con ciencia de esta verdad pedagógica, de esta fuerza o poder intelectual yno solamente lechos es lo único concedido a la mujer, no obstante Madame Curie y otros miles de ilustres mujeres en el campo de las ciencias y el arte. Yo he dicho intelectual; la virtud de su inteligencia humana, de su cerebro. Si su cuerpo es bello como su amor, sus ideas y voluntad deben ser aún más bellas y potentes; debe obrar también ya con su cerebro. No es inferior al hombre y quizá sea más. Que piense que su cabeza está encima de su corazón y de sus entrañas y que no es simple carne.

He ahí que con el menor esfuerzo imaginable logrará el éxito más grande: con un poco de voluntad en el éxtasis de la concepción. De esta suerte la mujer madre hará lo que con cruentos sacrificios no lograron Redentores, Libertadores o Salvadores. Luego cada chiquilla en lo íntimo de los repliegues de su conciencia o yo, su alma, verá que puede ser más que todos los Libertadores, Redentores y Salvadores, en la base del hecho mismo; y más aún: lo será en la conciencia usufructuaria del porvenir que hará del mundo su pedestal universal.

Por eso las gentiles y gráciles chiquillas y las señoras que me oyen o luego me lean con atención analítica, ruego tengan la bondad, por ellas mismas, de meditar siquiera un instante durante el silencio de sus soledades, acerca de este asunto en que el porvenir les atañe, asunto el más humano y femenino, hasta la divinidad, en fuerza de humanidad.

Es así que esta idea, pensamiento y versos debe hacerse carne en la voluntad de las chiquillas púberes.

Y, al referirme a la pubertad, no puedo nada menos que recordar la delectación con que la contemplaba en mi mocedad febril de ideales, cuyos resabios sedimentados desaparecen ya en mi indolente indiferencia reconcentrada.

EL LOCO

Pero... ¡Eh!... ¿Cómo se entiende?

Yo sueño. Oigo el aleteo sonoro del reloj del público, las once. Estoy en el Mercado de Flores.

¡Oh!... ¡Qué alegría! Pero; ¡qué lindo! ¡Cintas, búcaros y luz! Color. Y en el aire hay sensación saltarina: di-ríase que rebota la luz del sol. Brillo, salpicón de agua, temblor del iris o venturina? ¡Qué sé yo! Es la ebriedad de un repentino advenimiento en inquietud. Las gentes huyen de sus quehaceres y de las sombras, buscando la luz y calor del sol para sus entumecidas carnes.

Estoy entretenido en una esquina. La ventolera juega con frías rachas, alternando la tibieza otoñal.

Por la vereda sur, al sol, las colegialas vienen en grupo, exhalando el amor de su efímera hermosura. El viento juega en sus cabelleras y en los cintillos y tules que las engalanan, diseñando sus núbiles y turgentes formas. ¡Oh, sevres, tanagras y mayólicas de ensueño! Lindas criaturas que enervan cuando pasan así, arrullando como torcasas con su ruidosa ufanía: sugieren algo de salterios, arpas y laudes o de gacelas, vicuñas o bayaderas y gueisas en danza.

Quiero, gritándoles de entusiasmo, decirles:

¡Oh!, inquietas libélulas tornasoles, intensamente
id raudas, en las ardientes auroras;
Mas vuestra inocencia
¡Oh crisol virginal!
Mustie sin piedad
las adormideras y trinitarias
de invernaderos conventuales
o prostíbulos sociales.

Y así, en tanto que hago un esfuerzo inútil por romper mi silencio, ellas pasan alegres, mirándose en su propio andar y en el goce de quien las mira. Y esa es toda su atención. Hacen bien: son la belleza en la única plenitud de sus días. Es de verlas cómo al simple empuje de la ecl-

ARTURO BORDA

sionada pubertad, gráciles y enamoradas ostentan donairoso la gloria de sus nacientes pechos. Preconciencia del orgullo materno ensoñando a carcajadas con muñequitas de carne y hueso...

Y se alejan las chiquillas, casi volanderas.

Me siento triste, deprimido y lleno de angustia, como después de una borrachera. Es la ebriedad de la belleza de la juventud, del color, de la luz, de la música, el aroma y el amor.

La promisión, la algazara y el deleite se van y se van quizá para no volver; porque es invisible y traidora la Negra Capitana.

¡Cómo se van en grupo, allá lejos!

En su diminuto y ágil andar, al tijejetear sus pies, arremolinan sonrisas y atenciones de los ávidos ojos. A su paso todo tiembla febrilmente en risas y amor: dijérase que cuanto existe afluye a ellas en ondas de carcajadas, semejando las turbulentas ondas de invisibles ríos que desembocan en la mar, la cual los dilata en su hondo y salobre seno de traidoras aguas. Mientras estoy pensando ya no se las ve; se fueron...

Así la eterna chiquillada seguirá pasando ante la torva gravedad de los mayores; pero ellos, mirándolas sin verlas, abstraídos en sus secretos urdimbres, ni siquiera sabrán que...

No; tengo miedo hablar. Todo es prodigio, misterio y maravilla.

¡Oh, las chiquillas! Aun me parece que las veo. El recuerdo me constriñe y tortura con su melancolía. Si yo no ignorase el verso y la prosa, así les cantaríá:

La Pubertad...

Arcana anunciación

de la inmortalidad materna:

EL LOCO

Floración carnal del hondo misterio,
divina dádiva purpurina
en migración eterna:
plétora cósmica en eclosión
murmurando el ¡Salve, Oh María!
¡Ahí va la Pubertad!
Eremitas o tumultuarios
abrid en silencio la amplia vía.
¡Ahí va la Pubertad!
Cálido vaho, aura mañanera y sol de abril;
Aloe y Mirra;
cantárida, abeja y colibrí;
leche y miel;
sonaja, pajarillo y tamboril,
hosanna y gloria,
todo exhala éxtasis, ansias y ebriedad.

Canta tú, Ruiseñor, la
canción del amor, gorgorita
maravilla en delirio a la
aurora carnal; disloque y
armonía canta lírico
Ruisseñor; canta la canción
del amor.

La Canción

Silbo, sonrisa y lágrima que
son mi alegría y dolor. ¡Oh
canción del Amor! ~ di en loor
al dueño mío, que por Ella
expiro llenando el orbe de
ensueño sacro y que mi suspiro,
que la eternidad absorbe,
retiembla ya en armonía. Entre
tanto el origen sonría en su
alto retiro.

Y, como siempre, después de una emoción de
amor y belleza, envuelto en mi indecible soledad de
silencio, me

ARTURO BORDA

ahondo en el exilio de mí mismo asfixiándome en el hueco que ha dejado el cantar de la honda y leve canción del Bul-bul al espíritu y la carne de las muy amadas prin-cesitas.

Y no hablo como chiquillo, hombre o joven ansioso de conquistar corazones o lograr situaciones; hablo, desasido de todo interés, a la razón crítica de las mujeres inteligentes, que se propongan conscientemente hacer la felicidad humana en un tiempo en que quizá ya no seamos ni recuerdo.

Sí, señoras y señoritas. Pero ya os veo sonreír, pensando que en verdad os habla un loco. Así sea; mas, hay que libertar la conciencia, desde la niñez, en el sujeto, por el triunfo insustituible en la plenitud de su vida, es decir, en su juventud: en lo único valedero cósmicamente para sí y para el resto de la vida de relación. ¿Qué o quiénes no viven de la juventud? La juventud masculina o femenina no es la explotada por su fuerza, por su inocencia y belleza en todas las actividades y masacres, contando con su infinito altruismo inconciente? No ha de ser siempre la juventud esfuerzo inútil y pasto o res de tropa o manada para la satisfacción de los egoísmos y vicios de la vejez en-dulzada en el abuso impositivo de su supuesta autoridad aun en su decrepitud.

Y es bueno saber que la autoridad en sí es el poder del conocimiento concienical de los hechos, las fuerzas y las cosas. Esa autoridad, en los demás por intuición, experiencia o referencia, es el reconocimiento tácito de las fuerzas y poder que puede usar. La autoridad no tiene edad, sexo ni rango social: es una fuerza netamente moral.

La autoridad puede estar en los antípodas, inmóvil y mudo y sin embargo su conciencia será acatada con fe. En cambio, un ignorante e inepto por venerable y centenario que fuese, puede usar todos los atributos del mando y de la fuerza y violencia, si se quiere, y estar incluso en el más alto sitial, pero nadie le obedecerá ni a palos, aun cuando grite a voz en cuello. Claro; si no tiene autoridad en sí mismo.

EL LOCO

Así devienen la conciencia y la inconciencia introspectiva.

Estos asuntos, son tan antiguos como la existencia misma en los que multitudes de gentes deben haber sentido vagar la idea informe ansiosa de corporizarse en un concepto en la confesión de sus pensamientos, deseando precisar en una fórmula. Quien siente latir en lo hondo de su ser esa incontenible ansia de perfeccionamiento y ascensión ¿no verá que ello vale una cartilla? Yo creo que estas ideas son útiles, urgentes y necesarias y que por consiguiente merecen atención y propaganda. Y la intelectualidad proletaria joven de ambos sexos que siente y presiente en carne propia el misterioso picor del advenimiento y porque su innato altruismo les hará multiplicarse en la propaganda de asunto tan importante en mí sentir; y porque los viejos ya no servimos nada más que, urgidos por nuestros ridículos egoísmos totalmente improductivos ya, para ser quebrantahuesos en el instante más grosero y egocentrista con alardes de mocedad.

Mas, permitidme esta observación.

La vejez tiene que defender su tesoro, su prestigio, bueno o malo, todo limitado por su merma de vida, exasperada por lo irremediable; en cambio, la juventud, esponeada por su plétora de vida, ebria de optimismo y bondad, vuela alegre a la conquista de sus éxitos en la iluminación de sus posibilidades en el radiante esplendor de las auroras.

Tales cuestiones nos hacen comprender, Madres y Maestros, desentrañando las consecuencias de los hechos. Y de ese modo sentimos la lógica de la justicia por el imperio educacional que los alumnos y los hijos, orando en acción de gracias, deben revertir tanto amor, desinterés, abnegación y sacrificio hacia la trinidad del verdadero apostolado, por la libertad feliz, Artistas, Madres y Maestros, quienes, iluminados del santo orgullo de su fe, infundirán su alegre altivez y la energética de su poderosa voluntad recreadora en sus alumnos e hijos a semejanza de como desde la aurora y el amanecer, y en su orto, comu-

nica su calor vital a la creación entera el Padre Sol en el esplendor del día. Todo canta y baila en el hosanna inmortal al origen cósmico en esa transfiguración constante de la vida en la noche y la muerte; luz, potencia, amor y belleza, — fe, aroma y febriles ansias locas de volar con alas de inmensidad a la infinitud en el soplo apolíneo de la olímpica libertad en la creación. Tal se está verificando el prodigio: La Tierra, El Sol, la Luna, las estrellas y todo el sistema planetario, y los universos, van ascendiendo por la Vía Láctea, hacia la constelación de Hércules en la eterna infinitud de Dios.

"Claro misterio
de azul etéreo
sueño sidéreo:
Luz!"

El Maestro y la Madre, operando la transfusión de su espíritu y voluntad en la célica arcilla latente, encarnando su alma y su ser en sus alumnos e hijos, realizan el misterio de Pigmalión, el Sumo artífice de la mitología griega que trasfunde su hálito a su creación marmórea. Es por esta razón de similitud que concreto a una sola fuerza y virtud los conceptos de Maternidad y Magisterio y Arte.

Ahora bien, tratado así el asunto del Maestro y la Madre, veamos lo que es el Arte. Para ello vamos a leer este poema titulado "El Triunfo del Arte". Esto también os servirá de distracción para completar la hora de entretenimiento que corre a mi cargo.

Pero, si os he fatigado, decídmelo, porque si no, comienzo con el poema.

("El Triunfo del Arte")

Estaba yo comenzando a leer las cuartillas del poema, cuando apoyando materialmente en mi hombro su sarmentosa y pesada mano, y, empujándome levemente, dice la buena señora:

EL LOCO

—Ya es tarde, Don Loco. Se ha dormido usted también. Los gallos ya están cantando. Recójase Ud.

Yo, despertando sobresaltado, la miro, somnolento aún. Me fijo en la tienda cenicienta y me parece que algo de mis horas más amargas y abandonadas de esta Paz sin paz antinómica, están trasudando en forma de viscosa pátina, esas paredes terrosas, con restos de empapelados y periódicos descoloridos, mientras que el viento de la noche silba, gime, muge y canta en los alares de paja. Es el embrujo del suburbio en la cordillera; dijérase que los espíritus están vagando en las sombras. Frío y brumas en el recuerdo, frío de muerte.

No, los instantes no pasan tan en vano: algo agrio sedimenta la vida, algo que duele y hace pensar*

¡Oh! rinconcito amable y discreto de silenciosos suburbios en el que se vierte a raudales cristalinos las indecibles ansias opresoras que emergen desde las mudas y lejanas soledades del recuerdo.

La buena señora Kjana Huara, bien arrugadita y canosa, ya está cabeceando nuevamente en la bruma de sus recuerdos, esperando acaso su tránsito a mejor vida. Quizá. Y no acierto a recordar de cómo me hallo aquí. Mientras tanto bebo uno y otro copetín en la sórdida tristeza de este tienducho hospitalario, donde siento ascender el espíritu de la tierra amarga en una especie de vaho de amor que me satura y aprisiona; parece que la viejecita me estuviese abrazando: sí, en esta tierra aymara inmensa.

Vuelvo a beber, sorbo a sorbo, mientras que la señora, arrastrando pesadamente sus pies en los ladrillos envejecidos de mugre, y apoyándose en el mostrador de adobes donde hay cigarrillos Inca, Cóndor, Aymara y fósforos, viene y empujándome nuevamente, repite:

—Despierte Ud. **ampe**, Don Loco; ya está amaneciendo. El ronda ha de venir. ¿No oye Ud.? La moto está sonando. ¿Por Ud. acaso he de pagar multa?

ARTURO BORDA

—¡Ah! sí; señora. Sí. Sí. Perdona Ud., señora. Sí. SL ¿Cuánto es? Caray; me había dormido nomás, señora.

Estaba soñando que me hallaba diciendo un discurso en...

—Cómo no, pues. Un boliviano no más es. Y de la otra noche, que ha venido Ud. con el Chullunquía y el Quirquincho, me debe Ud. de dos medias de Ormaco, cuando estaban leyendo eso que me ha hecho reír tanto. ¡Ah! También ha pedido Ud. tres kaucas, dos ají verdes y queso, que es dos ochenta. En todo es quince ochenta, no más.

—Entonces —digo, rascándome la cabeza— dándole diez le he de estar debiendo cinco ochenta. Mañana se lo voy a dar.

—¡Hum! ¿Cuándo volverá Ud., pues?

Bebo el resto de la botella. Humo, algodones, niebla; inconsistencia en todo. Los otros borrachos siguen hablando en voz baja, en la penumbra, mientras que otro está roncando sobre un cajón.

Me despido. Y al salir tambaleando, cuando empuja la puerta la señora, tropiezo en el dintel y caigo de bruces a medio callejón húmedo, a tiempo en que llega y se detiene el Carrito Verde; por lo que más que volando, me levanto, sorprendido de hallarme aquí, en cuerpo y alma,, sano y salvo, en el Paraninfo de la Universidad, agradeciendo a Uds. su benévola atención por tanta lata.

Y estalla en la sala una carcajada formidable, de pesadilla, que me despierta definitivamente. Estoy en cama, en un tugurio sin luz.

FIN

EL ALBA

Es innegable que filtrando en los cadáveres de la esperanza, la existencia ha mezclado su tedio en mi sangre. Necesito, pues, a falta de un sueño profundo, una eterna borrachera, para aniquilar mi razón, porque en mi alma todo se convierte silenciosamente en el cilicio analítico y luego la melancolía me satura. De esa suerte mis horas son lacerias.

*

Cuando en la vejez, hostigándonos impía la lucha desesperada por el pan de cada día, nos dejan de tarde en tarde, ya como simple sarcasmo o por milagro, un instante de sosiego, entonces cómo nos parece imposible el fue, aquel sacrificio inútil y juvenil por el amor y la belleza que huyen, tan lejanos ya, en los confines brumosos; y, ¡corazón!, esta inquietud del irse incontenible, segundo a segundo, sin notar, en el día y en la noche, en la naturaleza impasible y tarda, deglutando la eterna angustia del mañana... Así los espectros del ansia me enloquecen en el desfile funeral del obsesor pasado.

*

Sí, hay una edad y una condición en que sólo urge ir aturdiéndose sin sosiego en la inconciencia, de vértigo en vértigo, hasta morir.

ARTURO BORDA

LA TARDE

Durante el día he mirado de frente al sol: al atardecer mis ojos estaban calcinados; ya no miran nada, pero en mi recuerdo, en medio de la noche, en las absolutas tinieblas, creo ver permanentemente un sol negro, orlado de inmensas llamaradas heladas y argénteas.

LA MEDIA NOCHE

Desde ayer en que me molestaron esos espectros de mis ideas, mi vida se retrajo sobre sí misma, ansiando desaparecer, para conservarse egoístamente hostil y pura. ¡Ay! ya no hay en mí ni restos de simpatía a nada ni a nadie. ¡Qué aburrimiento! Cómo se repliega mi alma en contracciones imposibles, haciendo grotescas muecas, cada vez más cansada y hastiada.

Seguramente que debo inmaterializarme ya, comiendo las raíces de la flor subacuátil, según Helionoto, porque en estas horas en que me consume lentamente el cansancio y el hambre de no sé qué, experimento una inaudita maquinación en el alma y un loco automatismo en los pies, los que me llevan desesperadamente en todas direcciones, en la angustia de mi ceguera. Por eso torno y retorno mil veces en pos de algo que ignoro y que me inquieta sin cesar.

Sí, después de la agonía, mis ecos, mi sombra y mis reflejos, almacenados en mí, años ha, se dispersarán en legiones en el Orbe, huyendo al igual de los secretos al abrirse la caja de Pandora, para ser después espectros en los terrores de media noche.

Así llega mi última voluntad, rectilínea en el renunciamiento de todo, acaso por nada, para nada y por siempre.

Masco y trago, pues, ya, las mágicas raíces, sin saber si sueño o no, y mis huesos y mi carne se combustionan sin dolor; luego siento que lentamente voy ascendiendo, dilatándome en la sombra nocturna, a semejanza de humo o nube que se deshace en la nada.

ÍNDICE

Un día... ¿Cómo fue?...

Yo era muchacho. La hora estaba cenicienta; el cielo fingía ser acero empavonado, en el cual serpeaban los rayos; los montes en la sombra se hallaban funeralmente índigos, mientras que los árboles se hacían venias. Entre tanto el viento gemía como nunca; tenía inquietudes y dolor; su musitar era un extraño parloteo. Esas voces no las puedo olvidar; eran tan hondas, más que el De Profundis Clamabat, girando siempre en torno mío. Sentí miedo. Y supe que aquel viento murmurador era un Alma en pena de una ronda inmemorial, y que así había pasado solitaria, cantando sus angustias, ora en la región helada, ora en las ardientes canículas del férvido ecuador como ya en la eterna inquietud de los desolados mares. Era un Alma triste, de cansancio inmortal, maldita para no reencarnarse; y en aquella tarde oscura, preñada de retumbos y rayos, mi Espíritu le dio albergue. Aquel fue un extraño maridaje. Esa Alma errante y triste que desde un principio viera las humanidades, se multiplicó infinitamente, poblando de melancolía y desesperación mis ideas y mis sentimientos, agotándome el cerebro y el corazón. Tal arrebató el señorío de mi espíritu. Es así cómo soy un colmenar de espíritus esquivos y tristes por siempre. Mi Yo desde entonces vaga alocado en mi propio mundo interior. Por tal manera en cada átomo de mi naturaleza desesperada, cada una de esas almas obra y considera por distinto modo.

Esa tarde...

Pero aquella Alma nonata y anónima, huye hoy, dispersando en la existencia, en forma de céfiros y huracanes, las innúmeras almas que procreara; y ellas fugan de mí, como las avispas de un colmenar incendiado.

Y tú, lector, huye siempre de las tardes misteriosas, cerrando el oído al silbo de los vientos; que tu Espíritu no albergue Alma alguna en su seno.

EL LOCO

La Editorial "Las Américas"*, estimando también de su deber incluir en la presente edición el siguiente esquema de trabajo encontrado entre los manuscritos de "El Loco", lo hace con la esperanza de que quizá más tarde sean habidos esos originales así como se hubo hallado casualmente por la policía esta segunda parte. Dicho esquema dice:

EN PREPARACIÓN

- 1 Cuentos . . . : Verdaderas mentiras verdaderas.
- 2 Poesía. . . . : En verso y en prosa.
- 3 Novela : La existencia.
- 4 Teatro : La tragedia de los vientos.
- 5 Crítica : El arte americano: valores efectivos.
- 6 Política : Cómo se debe sentir, pensar y obrar.
- 7 Historia : Hechos, seres y cosas que conozco.
- 8 Filosofía : Lógica de la verdad.
- 9 Religión : El Origen.

* Esta referencia a la Editorial "Las Américas" aparece en los originales dejados por el autor tanto al principio como al final de la obra

ARTURO BORDA

EL LOCO

1902 á 1925

**publicado fragmentariamente
en revistas y periódicos
en
BOLIVIA**

EX LIBRIS

En un instante o mil años después ¿en qué forma de enigma, en qué olvido y a qué distancia estoy..? ¿De dónde? Ignoro, sin embargo tengo una vaga sensación reminiscente, como si hubiese vivido en una existencia anterior. Si eso es así, mi pasado ha sido en vano... Pero, ¿qué más me da haber sido? ¿Qué hice o fui? Ello es un misterio. Una ilimitada y desconsoladora onda de olvido nos sigue siempre; es inútil avizorar la existencia pre: niebla, silencio y sombra. Sombra y sombra o sólo el vacío..

INDICE TOMO TRES

DE LA RAZA

	Pg.
La fiesta de a raza.....	969
El agitador.....	978
La conquista	982
La Epifanía.....	997
Primera expedición.....	1000
El regreso.....	1003
Segunda expedición.....	1003
Tercera expedición.....	1005
Ultima expedición.....	1007
¿Es un mito la confraternidad Hispanoamericana?	1010
Andando a la ventura.....	1025
Reivindicaciones sociales.....	1032
El Yatiri.....	1048
Metamorfosis.....	1064
La Patria.....	1067
Los Hijos del Andes.....	1093
El símbolo rojo.....	1104
La rebelión de la raza.....	1107
La alegría de los vientos.....	1123

DE LA HISTORIA

De la Historia.....	1129
Los Colorados o la plebe heroica.....	1139
La madre del héroe.....	1142
Los chanchos.....	1165
El misterio de la hora.....	1200
El fuego sagrado.....	1208
Revelación	1230
Feminif lor.....	1235
Síntesis.....	1278
El valor.....	1312
Odio.....	1337

Razón.....	1337
Amor.....	1338

EL TRIUNFO DEL ARTE

El día.....	1343
La noche I.....	1344
II.....	1344
III.....	1346
IV.....	1348
V.....	1349
VI.....	1350
VII.....	1356
VIII.....	1369
IX.....	1370
La aurora.....	1419
Veintidós años después.....	1420

EL DEMOLEDOR

El Demoledor.....	1423
II.....	1430
III.....	1431
I.....	1448
II.....	1448
III.....	1448
I.....	1453
II.....	1454
III.....	1454
IV.....	1454
V.....	1454
VI.....	1454
VII.....	1454
VIII.....	1455

I.....	1455
II.....	1457
III.....	1457
IV.....	1458
V.....	1458
VI.....	1459
VII.....	1459
VIII.....	1459
I.....	1464
II.....	1465
Los grandes autodidactas.....	1511
REACCIÓN - Novela radial.....	1601
FIN	
El Alba.....	1647
La Tarde.....	1648
La Media Noche.....	1648
Índice.....	1649
Fe de Erratas.....	1650
ExLibris.....	1653
ÍNDICE DEL TERCER TOMO.....	1655
ÍNDICE GENERAL.....	1658

ÍNDICE GENERAL

(POR CAPÍTULOS)

	Pag.
PRIMER TOMO	
PROLOGO	
EL LOCO	2
DIVAGACIONES 1	19
DIVAGACIONES II -	53
DIVAGACIONES III	87
DE LA MISERIA-. ,	213
RAZÓN Y LOCURA	277
SEGUNDO TOMO	
LA MISERIA	443
DE LA AUSENCIA	569
NELLY - LA SINFONÍA DE LOS CORAZONES.	641

ZONA DE AMOR - LA GOLONDRINA 731

TERCER TOMO

DE LA RAZA 959

DE LA HISTORIA 1129

EL TRIUNFO DEL ARTE 1343

EL DEMOLEDOR 1423

REACCIÓN..... 1601

DE LA PRESENTE EDICIÓN EN TRES TOMOS DE
"EL LOCO", DE ARTURO BORDA, SE HICIERON
950 EJEMPLARES EN RUSTICA IMPRESOS
EN PAPEL OBRA DE 70 gr., CARÁTULA
DE CARTULINA DE 260 gr.
Y 50 EJEMPLARES IMPRESOS
EN PAPEL PLUMA DE 60 gr.
ENCUADERNADOS EN
TELA; LA PRESENTACIÓN
Y CUIDADO
ESTUVO A CARGO
DE LA
SRTA.
ALCIRA
CARDONA
TORRICO, DIRECTORA
GENERAL
DE CULTURA DE
LA MUNICIPALIDAD, RESPETANDO
LOS ORIGINALES
DEJADOS POR EL AUTOR. LA
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACION
SE REALIZO EN LA IMPRENTA TALLERES
GRÁFICOS BOLIVIANOS", DE LA PAZ,
BOLIVIA, TERMINÁNDOSE LA MISMA EL DÍA
LUNES 10 DE O C T U B R E DE 1966 AÑOS.

